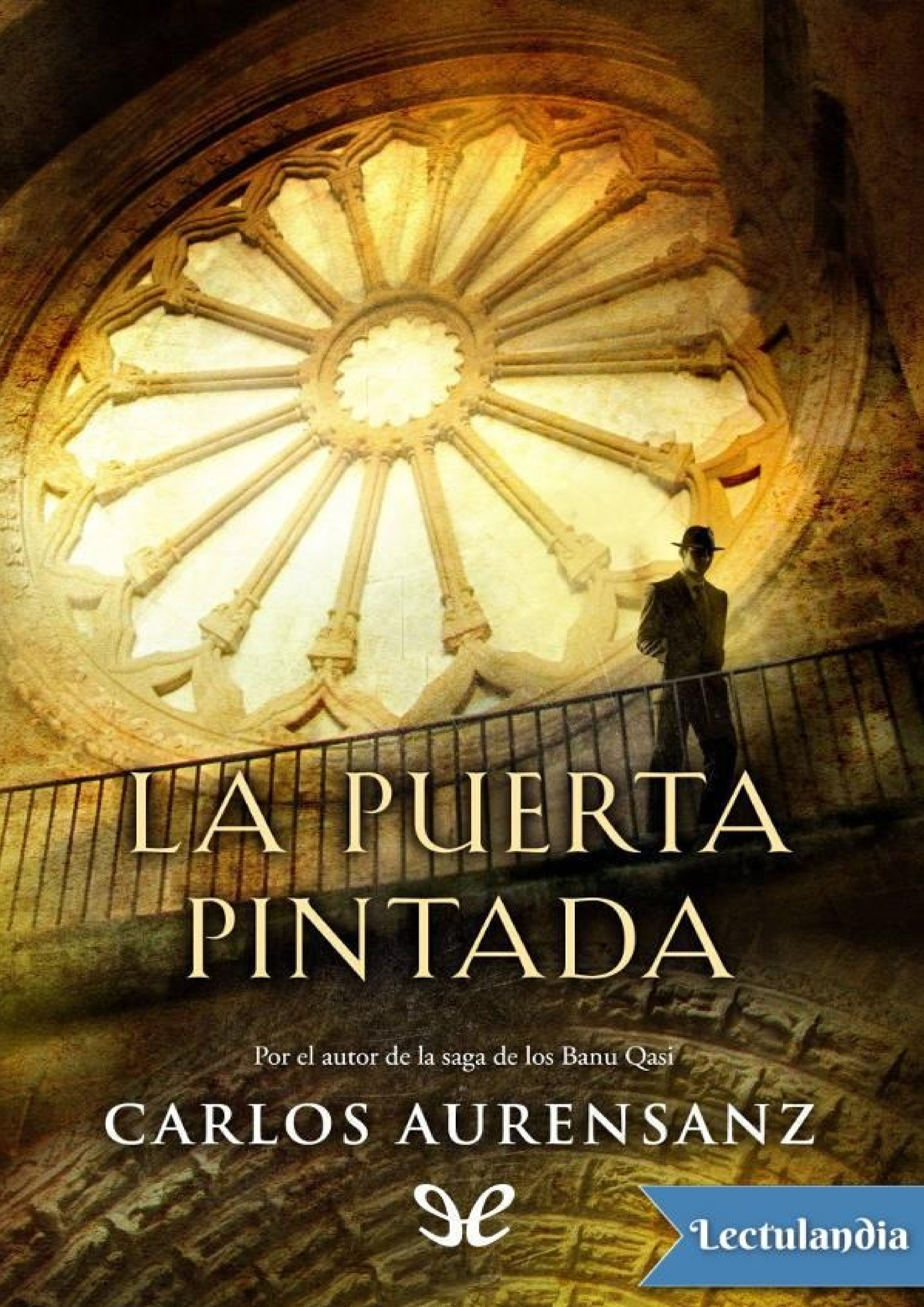

LA PUERTA PINTADA
Por el autor de la saga de los Banu Qasi
CARLOS AURENSANZ
Lectulandia

Año 1949. La aparición de un cadáver junto al río está a punto de trastornar la vida de los habitantes de Puente Real, una tranquila ciudad de provincias en la posguerra. Es solo el primero de una serie de extraños crímenes que van a cambiar para siempre la vida de don Manuel, el médico forense encargado de la investigación.

Año 1936. Ha estallado la Guerra Civil. A su pesar, la vida de Salvador, un impresor simpatizante de las izquierdas, y la de su esposa Teresa, maestra en una escuela de la República, se ven arrastradas inexorablemente hacia la tragedia y la muerte.

Los protagonistas de estos dos momentos tejen de forma magistral una historia que es en sí misma un *thriller*, pero también una novela costumbrista que retrata la cerrada sociedad de la posguerra, sin rehuir el drama descarnado de la Guerra Civil y la posterior represión.

Cuenta, además, con elementos propios de una novela gótica, como el escenario principal donde se desarrolla la trama, la catedral de Puente Real, la vivienda del campanero ubicada en su tejado y, sobre todo, su magnífica Puerta del Juicio, en la que se revelan, dramáticamente esculpidos en piedra, los castigos que esperan a los pecadores. En medio de todo ello, una improbable historia de amor acaba por abrirse paso para conducirnos al desenlace final.

Lectulandia

Carlos Auresanz

La Puerta Pintada

ePub r1.0
Ablewhite 27.09.16

Título original: *La Puerta Pintada*
Carlos Auresanz, 2015

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

PRIMERA PARTE

Puente Real, 1949

PUENTE REAL

Plano

1. Plaza de los Fueros 2. Catedral 3. Plaza Vieja 4. Plaza de San Jaime 5. Iglesia de San Jorge 6. Colegio Castel Ruiz 7. Hospital Ntra. Sra. de Gracia 8. Nuevo Casino 9. Hotel Unión 10. Círculo Carlista 11. Junta de Guerra 12. Cárcel de San Francisco 13. Cuartel de la Guardia Civil 14. Círculo Mercantil 15. Plaza Mercadal 16. Librería Royo 17. Clínica Vega 18. Imprenta Urrutia 19. Calle Muro 20. Calle General Mola 21. Calle General Franco 22. Plaza Calvo Sotelo 23. Calle Primo de Rivera 24. Calle Gaztambide 25. Ctra. de Pamplona 26. Ctra. de Zaragoza 27. Teatro Cervantes 28. Calle Herrerías 29. Bar Aragón 30. Bar Sport 31. Mercado municipal 32. Puente del Ebro 33. Vía del ferrocarril 34. Paseo del Prado 35. Palacio Episcopal 36. Ayuntamiento 37. Calle del Juicio 38. Río Queiles 39. Río Ebro 40. Iglesia de la Magdalena.

Capítulo 1

Jueves, 7 de julio de 1949

Poco imaginaban los confiados parroquianos del Nuevo Casino de Puente Real, dispuestos a ocupar sus asientos bajo las enormes aspas del ventilador en aquella tórrida tarde de verano, que el drama que iba a cambiar sus vidas ya había comenzado. El zumbido del aparato quedó eclipsado un instante por el chirrido de las sillas al arrastrarse por encima de la tarima cuando Manuel Vega y sus tres acompañantes se acomodaron en sus lugares habituales antes de terminar los saludos, los chascarrillos y los desafíos verbales que cada día, casi como un ritual, precedían a la partida.

Benito, el engolado camarero, esperó a que todos estuvieran alrededor de la sólida mesa de mármol para acercarse sosteniendo con maestría en la mano izquierda su inseparable bandeja redonda, con las cuatro tazas de café humeante que distribuyó a ambos lados del tapete. Después sirvió las copas. Colocó el coñac junto al capitán Solís, sorteando el taburete en que este acostumbraba dejar su arma reglamentaria, siempre cubierta por el tricornio. El anís era para mosén Hipólito, el archivero de la catedral, que trataba de despegarse el alzacuello de la abundante papada con dos dedos, sudando dentro de la sotana. Dio la vuelta a la mesa de espaldas al ventanal entreabierto para dejar el aguardiente a la derecha del alcalde y vació la bandeja cuando acercó a don Manuel la copa de Ponche Caballero. Dejó un cenicero de la mesa contigua y, con la servilleta blanca pulcramente doblada en el antebrazo izquierdo, terminó por preguntar:

—¿Desean algo más los señores?

—Abre la ventana del todo y retira la cortina, a ver si entra un poco de aire fresco —pidió el archivero.

—Fresco no será, mosén —contestó el alcalde—, que viene de bochorno. No nos queda más que aguantar.

El capitán dejó la taza en el plato después de darle un sorbo, cogió el mazo de cartas y aprovechó para terciar mientras empezaba a barajar.

—No te quejes, Hipólito, que más calor pasarán los que están trillando —soltó con sorna, y dejó la baraja a su derecha—. Corta, anda, que hoy os desplumamos. Nos vamos a tomar la revancha, ¿eh, Manuel?

El médico se estaba secando con el pañuelo los ojos permanentemente llorosos, pero respondió:

—Eso será si el Altísimo se despista y deja de favorecer a su ministro… ¡Que no es normal cantar tres veces las cuarenta, diantre!

—Déjate de ayudas divinas y de excusas, Manuel. ¡A un aragonés vais a ganar vosotros al guiñote! —exclamó el cura, que iba cogiendo con los dedos regordetes las cartas que el capitán repartía.

—Siendo el día que es, a ver si es san Fermín el que nos echa algún capote. A nosotros, a ser posible. —El capitán Solís rio.

—Deja en paz a san Fermín, Domingo, que bastante trabajo tendrá hoy por la capital. —Bromeó al recoger la primera baza.

—¿Qué tal Margarita, por cierto? —preguntó el alcalde, sonriendo aún.

—Pues ya me gustaría decirte que bien, pero me temo que no puedo —respondió Manuel—. Le va a costar mucho superarlo… si es que lo hace. La he dejado descansando un rato, al cuidado de Carmencita.

—Fue muy duro, también para ti, Manuel. Un hijo es un hijo. Pero si algo sabemos todos es que el paso del tiempo ayuda —añadió con gesto de contrariedad, quizás arrepentido de haber sacado el tema—. ¿Qué le voy a contar yo a un médico? De todas formas, has hecho bien en recuperar la costumbre de la partida, no es bueno encerrarse en el dolor.

—Y yo os agradezco que me hayáis acogido de nuevo —murmuró Manuel, acercándose el pañuelo a los ojos una vez más.

—¡Coño, Manuel! Eres el único que puede ayudarme a ganar una partida a estos dos —soltó el capitán, para romper la tensión.

—¡Veinte en copas! —anunció don Hipólito.

—¡No te digo! ¡Ya estamos! —protestó frunciendo el ceño.

Cuando terminó la primera partida, el alcalde se volvió hacia el ventanal abierto y retiró la cortina. La mole del edificio del Nuevo Casino empezaba a sombrear el inicio de la calle Gaztambide, que daba acceso a la plaza de los Fueros desde la carretera de Zaragoza, por la que bajaba, ruidoso, el coche de las cuatro de La Veloz Puentesina. El vetusto autobús iba completo, de modo que varios mozos de blanco y rojo compartían el espacio del techo con el equipaje.

—¡Ah, la juventud! —exclamó el alcalde, volviéndose de nuevo para coger sus cartas—. Por nada del mundo pasaría yo ahora dos o tres horas ahí arriba, a pleno sol, para subir a Pamplona.

—¿No te han invitado siendo hoy el patrón?

—Sí, claro que sí. Hemos recibido invitación oficial del Ayuntamiento y del gobernador civil, pero estoy descubriendo que ser mutilado de guerra y arrastrar una pierna te permite tomar decisiones que de otra manera serían interpretadas como descortesía. De todas formas, ha acudido una buena representación, tres concejales con Herminio a la cabeza.

—Bueno, ahí está siempre el vicealcalde, dispuesto a asumir esas funciones —dejó caer el capitán, con sorna.

—¡Solís…! —exclamó el alcalde con media sonrisa, utilizando el apellido como hacía cada vez que reconvenía a alguien.

—¡Joder, Santiago! —soltó el capitán en voz baja y mirando de soslayo a las mesas contiguas—. Que nos conocemos hace muchos años, como para andarnos con remilgos.

—Estamos en el mismo barco, Domingo. Y es mi deber cuidar de que esta tripulación se mantenga unida, por la cuenta que nos trae.

—Qué bien hablas, alcalde… En eso ni Herminio te supera. —El capitán rio.

—¡Las cuarenta! —cantó mosén Hipólito.

—¡Joder, mosén! ¡Las mata callando!

—¡Arrastro! —anunció de nuevo cuando se acabaron las cartas del mazo.

—No te despistes, Domingo —bromeó Manuel—. Contra estos dos hay que jugar con los cinco sentidos.

—No hace falta contar —dijo ufano el archivero—. Dos a cero.

Benito se acercó para retirar las tazas del café, y el alcalde aprovechó para encender el puro que se había sacado del bolsillo de la chaqueta. El agradable aroma del tabaco se extendió en torno a la mesa.

—¿Y de dónde viene lo de «mosén». Hipólito? —preguntó el capitán—. Siempre te lo quiero preguntar y nunca lo hago.

—Ya sabes que soy de Zaragoza. Acabé aquí en los fatídicos años de la República, ¡quiera Dios que no se repita un infierno como aquel! Conocía al que entonces era deán, y él sabía de mi trabajo en el archivo Diocesano. Casualmente el puesto de archivero de la catedral estaba vacante… y aquí sigo, más de quince años después. ¡Estamos en manos de la Divina Providencia!

—Te pregunto por el «mosén».

—Ya sabes que es el título que se da a los curas en Aragón. Allí todo el mundo me conocía como mosén Hipólito, y eso respondía cuando me preguntaban a mi llegada a Puente Real. Y con mosén Hipólito me he quedado… —explicó con una sonrisa, sin dejar de mirar las cartas—. ¡El as de oros, Manuel, no te queda otra!

El médico miró perplejo al religioso y dejó caer la carta sobre la mesa, lanzando una mirada de excusa a su compañero de partida.

—¡Coto en blanco! —El archivero rio abiertamente, de forma que todos los parroquianos pudieran oírlo.

Benito se acercó por tercera vez, en esta ocasión sin la bandeja ni la servilleta colgada del brazo. Rodeó la mesa y se colocó detrás del guardia civil.

—Capitán Solís —dijo después de carraspear para llamar su atención—, el cabo Guzmán está abajo, dice que es urgente.

—¡Coño! ¿No vamos a poder ni acabar la partida? —repuso risueño a pesar de la contrariedad, aunque sin hacer ademán de levantarse.

El camarero se acercó un poco más y habló en voz baja.

—Ha insistido en que baje de inmediato…, que deje lo que esté haciendo.

—Está bien, bajo enseguida. —Se puso en pie al tiempo que cogía el tricornio y se enfundaba el arma en la pistolera—. Voy a ver qué ha ocurrido. Esperad un momento, quizá pueda volver si el asunto no es tan urgente.

Mientras el capitán hacía crujir la tarima con los zapatos reglamentarios camino de la escalera, el alcalde volvió a correr la cortina.

—Empieza a ser apremiante construir una estación de autobuses en Puente Real. Fijaos en qué atasco se ha montado en la parada…

Salió al balconcillo con el puro en una mano y la copa de aguardiente en la otra. Miró a derecha e izquierda en lo que constituía el centro neurálgico de la ciudad.

—Quizás hable con las monjas Clarisas —declaró, observando la tapia que delimitaba el convento—. Ese patio es el lugar perfecto, y no costaría demasiado acondicionarlo.

Manuel se levantó también y salió al balcón.

—Un alcalde no puede olvidar su trabajo ni en el tiempo de asueto —comentó el archivero sin abandonar el sillón, al tiempo que se volvía hacia la escalera de nuevo.

El capitán había subido los escalones de dos en dos y se plantó en el balcón con cuatro zancadas. Cerró las dos hojas tras de sí, y el archivero se encontró aislado del resto, con las cartas aún en la mano.

—Santiago, el asunto es serio… Ha aparecido un cadáver en la orilla del río.

—¡Coño! —espetó el alcalde, prestándole toda la atención—. ¿Quién es? ¿Alguien conocido?

—La han encontrado unos chavales que iban a bañarse, el hijo del Zapaterico y su cuadrilla, ya los conoces. Han ido corriendo al cuartel.

—¿Una mujer? Joder, ¿la han reconocido? —preguntó el alcalde con gesto grave.

—A ver, Santiago, con todas las reservas, dicen que estaba boca abajo, con la cabeza entre los carrizos. No le han visto la cara. Pero hay dos que dicen… que seguro que es Engracia.

—¡No me jodas, Domingo! ¿Engracia? ¿La maestra? ¿La directora de la escuela?

El capitán asintió.

—Pero eso tenemos que comprobarlo, vamos para allá.

—Habrá que avisar al juez —advirtió el alcalde, con el rostro demudado.

—Ya he mandado a Guzmán. Y el sargento Ramírez va hacia el río con los críos. Ven tú también, Manuel, me temo que esta tarde vas a tener más trabajo del que esperabas, pero como forense —añadió mientras abría las puertas del balcón.

»Tenemos que marcharnos, mosén —fue lo único que dijo el capitán cuando pasó junto al cura esquivando los muebles—. Mañana será otro día.

El archivero los miraba de hito en hito, encajado todavía entre los brazos del sillón. Cuando quiso reaccionar, ya bajaban las escaleras.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó el alcalde, sosteniendo al capitán con el brazo una vez que hubieron dejado atrás la suntuosa puerta del casino.

—En la Peñica, alcalde.

—En ese caso será mejor que nos acerquemos en mi coche.

El capitán asintió. La cochera del alcalde se encontraba a cien metros, y el vehículo les permitiría llegar con rapidez al final del paseo que bordeaba el río a su paso por la ciudad.

Manuel, alterado e inquieto, abrió la portezuela trasera del Citroën negro, se sentó

en el centro del asiento corrido y esperó a que el alcalde se pusiera al volante. La puerta del garaje quedó abierta, el vehículo giró a la izquierda y enfiló la carretera de Zaragoza. El motor rugió cuando su dueño pisó a fondo el acelerador. El capitán Solís accionó la manivela de la ventanilla y una corriente de aire caliente golpeó el rostro de Manuel.

—¿Y qué hacían esos mocosos en la Peñica? —preguntó el alcalde cuando pasaban bajo la vía del tren.

—Pues imagínatelo. Bañarse… porque se bañan. Pero de paso esconderse y espiar a alguna de las parejas que suelen acercarse por allí al atardecer.

—¿Y para qué estáis vosotros, si puede saberse?

—¡Hostias, Santiago! ¿Y qué quieres que hagamos? ¿Que nos pasemos el día vigilando a los zagales para que no se hagan pajas mirando a las parejas? Manda a los alguaciles y a los serenos…

—Eso ahora es lo de menos —repuso Manuel—. Si es verdad lo que dicen los chicos, el revuelo va a ser de consideración.

—¿Creéis que ha podido caer al río de forma accidental? —preguntó el alcalde cuando, al completar una curva, vio al grupo que esperaba en la orilla.

—Lo dudo, Santiago, pero aunque hubiera sido así, me consta que Engracia era buena nadadora —recordó Manuel.

Antes de que el coche se hubiera detenido del todo, el capitán había abierto la portezuela y corría ya hacia el río.

Lanzó una mirada a los muchachos que aguardaban un poco apartados, con rostros que reflejaban desde el temor y el disgusto hasta la más que evidente excitación por el acontecimiento.

—¿Dónde está? —preguntó al sargento, que se había cuadrado ante él con gesto marcial.

—Allá abajo, capitán —respondió señalando un pequeño remanso tras las rocas que daban nombre al lugar.

La tela oscura de uno de los sobrios trajes de chaqueta que solía vestir la maestra asomaba en la superficie del agua, que se agitaba en la orilla por el ligero oleaje que levantaba contra la corriente el viento del sur.

—¡Acompáñeme! —ordenó.

Descendieron por las rocas irregulares hasta el borde del cauce.

—Ayúdeme —pidió mientras se inclinaba sobre el cadáver y le sujetaba el antebrazo izquierdo—. Cójala por la pierna. Al menos la sacaremos del agua.

Ambos tiraron con fuerza. El peso de las ropas empapadas y los carrizos que cubrían la orilla no se lo pusieron fácil, pero al cabo de un instante el cuerpo sin vida de la mujer descansaba sobre las rocas. El capitán la tomó con cuidado, esta vez por el brazo derecho, y le dio la vuelta, ahogando un gemido de angustia.

—¡Baja, Manuel, por favor! —llamó.

El médico descendió con cautela y se colocó entre los dos guardias.

—El cuerpo está hinchado, y el rostro bastante desfigurado, pero yo creo que no hay duda… —opinó el alcalde sin perder la mueca de disgusto.

—No la hay, Domingo. Es Engracia Huerta —confirmó Manuel, anotando mentalmente los pormenores de cuanto veía. En unas horas redactaría el informe forense, y cualquier detalle, por nimio que pareciera, podía resultar trascendental.

—Será mejor que no hagamos nada antes de que llegue el juez —decidió el capitán—. Subiré a hablar con los chicos mientras tanto.

Con cuatro zancadas había alcanzado el borde del paseo, y con una docena más se plantó ante el grupo de muchachos.

—¿Quién de vosotros la ha visto primero?

—Yo, señor —contestó un chico de unos trece años, de piel y cabello morenos, que no llevaba más que un pantalón corto, a modo de bañador, y unas alpargatas de esparto.

—Bien, cuéntame lo que has visto.

—Pues… he *llegao* corriendo. Estábamos echando una carrera *pa* ver quién llegaba antes, *pa* ser el primero en subir. —Señaló hacia un árbol que proyectaba sus ramas sobre el río y que los muchachos utilizaban para lanzarse al remanso desde lo alto—. La he visto cuando subía y casi me caigo al agua del susto. Luego, enseguida, antes de que bajara otra vez, han *llegao* los demás.

—¿Había alguien más por aquí?

—¡Qué va! Al menos no hemos visto a nadie. ¡Menudo calor hace *pa* venir ahora hasta aquí si no es a darte un chapuzón!

—¿Ninguno de vosotros ha notado nada extraño? —preguntó al grupo, sin recibir más que gestos de negación en respuesta.

—Domingo, la mujer lleva muerta varias horas, el cuerpo…

—Lo sé, don Manuel —lo interrumpió, recuperando el tratamiento delante de los chavales—, pero el protocolo exige que se hagan este tipo de preguntas. ¡Podéis marcharos! Y gracias por dar el aviso.

—¿Será mucho pedir que no habléis demasiado de esto? —pidió el alcalde—. Tan solo en vuestras casas, no vayáis contándolo por todo Puente Real, ¿de acuerdo?

Algunos de los muchachos asintieron, aunque ninguno daba la impresión de tener ganas de moverse de allí. Parecían considerar el hallazgo como suyo, lo que les daba derecho a permanecer en el sitio hasta ver satisfecha por completo su curiosidad.

—¡Andando! —apremió el capitán, dando palmas ante el grupo—. Id a refrescaros a otro lugar, donde haya algún adulto cerca. Junto a la noria, por ejemplo. Aquí ya no tenéis nada que ver.

Los muchachos obedecieron a regañadientes, aunque al cabo de un instante ya corrían por el paseo en dirección al puente.

La mesa de autopsias era una fría superficie rectangular de mármol con las esquinas

redondeadas, sostenida por una pata gruesa del mismo material. El perímetro se levantaba varios centímetros, y una ligera pendiente enviaba cualquier fluido hacia el desagüe situado en el extremo. Había una rejilla en el suelo, alrededor de la mesa, en cuyo extremo se había añadido un lavamanos de loza. La sala, funcional y aséptica, se encontraba en la trasera del hospital Nuestra Señora de Gracia. La luz entraba a través de un amplio ventanal de cristales esmerilados y se proyectaba sobre la sábana blancuzca que cubría el cadáver. Don Manuel acababa de ponerse el mandil, los guantes y la mascarilla, y abrió el maletín, que se encontraba sobre una pequeña mesa auxiliar provista de ruedas. Empezó a extraer de él el instrumental y lo fue depositando en orden y a su alcance.

—Empezaré en un momento, Domingo —anunció mientras se secaba los ojos de nuevo con un pañuelo—. Aún estás a tiempo.

—Joder, Manuel, daría cualquier cosa por estar en la otra punta de Puente Real, pero con lo que me acabas de enseñar, me pica la curiosidad. Quiero saber si hay alguna otra sorpresa.

—Como quieras —asintió—. Ve leyendo mis notas mientras termino con esto y me dices si se me ha pasado algún detalle.

El capitán se acercó a la mesa y cogió la libreta, cuya primera hoja ya estaba parcialmente cubierta con la letra menuda de Manuel.

NOTAS INFORME AUTOPSIA

Preparación cadáver para examen.

Traje chaqueta color gris, sobre blusa abotonada antes blanca (ahora color barro del agua del río). Tejido: lino. Ausencia de roturas, desgarros, falta de elementos que hagan pensar uso violencia.

Retirada la chaqueta, se observan dos manchas rojizas en la blusa a la altura del pecho. Ausencia de sujetador. Se aprecian erosiones en ambos pezones.

Retirada falda, llama la atención abultamiento del sexo bajo la ropa interior. Ausencia de señales de violencia en la misma. Ni roturas ni desgarros en la tela. Se retira con cuidado y el extremo de lo que parece un reptil que asoma de la vagina. Antes de continuar doy aviso al capitán Domingo Solís de la Guardia Civil, que actúa como autoridad y testigo. Procedo a retirar el reptil, tirando del extremo que sobresale. Sale con facilidad e íntegramente. Presenta la cabeza machacada. Los conocimientos de ambos permiten asegurar que se trata de una víbora. Especie habitual en la zona (aunque no en el paraje donde se halló el cadáver). Se preserva en solución de formalina.

Ausencia de señales externas de otra violencia sexual (pendiente de examen necrológico que lo confirme).

—No se me ocurre nada más. Como no pongas que conserva las alhajas…

—Lo anotaré, sí, es cierto. ¿Preparado, entonces?

El capitán asintió, y Manuel retiró con cuidado la sábana que cubría el cadáver. Solo el rostro y el sexo seguían tapados por dos pequeños paños. Manuel rodeó la mesa levantando los miembros, en busca de cualquier señal externa que llamara la atención. No encontró nada. Procedió entonces a examinar el cuerpo en busca de fracturas. Recorrió las extremidades sin hallar nada digno de mención. Se colocó tras la cabeza y palpó los huesos del cráneo. Solo al introducir los dedos bajo la cabeza, en la región occipital, sus dedos tropezaron con una alteración.

—Aquí hay algo —anunció, mientras hurgaba en la base del cráneo—. Parece una fractura por traumatismo, lo bastante relevante para haber podido causar la muerte.

—Viendo lo que hemos visto, no hay razón para pensar que la fractura fuera fortuita, ¿no crees? —razonó el capitán en voz alta.

—Sin eso —señaló con un gesto el frasco de formol en el que había introducido la víbora— podría pensarse en una caída en las rocas donde la encontramos. Pero ahora no, ya no.

Manuel siguió con el examen minucioso de todos los orificios corporales, mientras el capitán, con pudor, se volvía hacia el ventanal.

—Definitivamente, parece que podemos descartar la violación —anunció el forense—, si no es bastante violación que alguien te meta una víbora por ahí. Pero ya me entiendes… Sin embargo, opino que quien hizo todo esto lo hizo cuando Engracia ya estaba muerta.

—Es un alivio saberlo. Dentro de lo malo…

—¿Qué hay de su familia? —preguntó Manuel.

—Ya sabes que vivía sola. Creemos que tenía parientes en Madrid, pero de momento no tenemos direcciones, y ella iba indocumentada. Ya he enviado un telegrama a la Comandancia de Pamplona para que se pongan en contacto con Madrid. Y hablaré con el juez para registrar su casa. Pero antes quiero ver en qué termina tu trabajo.

—Oye, Domingo… —El médico pareció dudar al meter las manos debajo del grifo—, quizá no sea asunto mío, pero la gente murmura, ya sabes cómo son las ciudades pequeñas.

—¿Qué me vas a preguntar, acerca de lo que había entre Engracia y Herminio?

—Sí, pero vamos, que si no puedes…

—Joder, Manuel, pero si es la comidilla de Puente Real. Quizá la única que no lo sepa sea su mujer, o no lo quiera saber. Últimamente se ocultaban poco.

—Hombre, te lo digo porque quizá sea importante para tu investigación, si resulta que esto es un crimen —añadió mientras se quitaba los guantes para coger de nuevo el pañuelo—. ¿Ya le habéis avisado?

—Sí, en el mismo telegrama a la Comandancia. Supongo que a estas horas ya estará en camino.

—¡Pues vaya cuadro, cuando llegue! Sería mejor que le diera un torzón en Pamplona, de esos de caballo. Al menos se evitaría el entierro.

—Me temo que si no regresara habría que reclamarlo. Va a tener que declarar…

—¡No jodas! ¿Por su relación? En ese caso su mujer…

El capitán chasqueó la lengua, dudando sobre la conveniencia de seguir hablando. Pareció decidirse.

—Siendo quien es, habrá que actuar con discreción. Pero Engracia llevaba mucho tiempo chantajeándolo. No te cuento nada que no se sepa en el Ayuntamiento y entre los miembros de la Falange. Hacía años que obtenía de él lo que quería, bajo la amenaza de sacar a la luz su relación. Eso hubiera supuesto el fin de su matrimonio y, lo que seguramente le dolería más, el fin de su carrera política. Me consta que las autoridades estaban preocupadas por el asunto. ¿No has visto cómo se ha puesto el alcalde?

Manuel se encontraba otra vez delante del cadáver. Por su expresión, parecía estar asimilando la información.

—Lo que me cuentas lo convierte en sospechoso, ¿no?

—He pensado en él desde el primer momento —confirmó el capitán.

—Pero está en Pamplona, no ha podido…

—Ha salido hoy a primera hora. Y tú mismo me has dicho que el cadáver puede llevar muerto varias horas, quizás incluso un día.

Manuel alzó las cejas, suspiró hondo y fijó de nuevo la vista en el cuerpo.

—Bien, voy a darle la vuelta —indicó, y, con un pequeño gruñido, hizo cuña con las piernas para alzar el peso.

—Perdona que no te ofrezca mi ayuda —dijo el capitán levantando las manos con gesto de repulsión.

Manuel sonrió mientras empujaba para colocar el cadáver de lado.

Al hacerlo, la espalda de Engracia quedó frente al capitán.

—¡Coño! —exclamó.

Salvó la distancia que lo separaba de la mesa y se inclinó hacia la mujer.

—Joder, ¿qué es esto? —preguntó cuando el cuerpo descansó sobre el pecho.

También Manuel examinó la espalda.

—Son marcas, hechas con alguna clase de objeto punzante —dijo mientras las recorría con el dedo enguantado—. Y, si no me equivoco, también después de muerta. No hay hematomas ni signos de hemorragia, y tampoco reacción inflamatoria.

—Pero ¿qué son? Son dos líneas paralelas y lo otro… yo diría que es un tres.

—Eso veo yo también.

—No me jodas, a ver si resulta que el asesino nos ha firmado el trabajo.

Manuel llegó a casa pasadas las once. Abrió la puerta con cuidado, dejó el maletín y los zapatos al pie de la escalera y subió a la planta de arriba. Tan solo una pequeña

lámpara en el primer rellano iluminaba aquel espacio central de la casa, pero a través de los ventanales de la biblioteca se filtraba la luz del exterior. En el lado opuesto, la puerta del dormitorio se encontraba entreabierta, y oyó la respiración rítmica de Margarita. Sabía de las dificultades de su esposa para conciliar el sueño tras la muerte de su hijo, de modo que decidió no despertarla.

Descendió de nuevo a la planta baja y encendió la luz de su consulta. Abrió el maletín para sacar su libreta de notas, extrajo varios pliegos de papel del portafolio de cuero que ocupaba el lugar central de la magnífica mesa y cogió su estilográfica del primer cajón. Releyó dos veces sus propias anotaciones, y todas las imágenes de la tarde pasaron de nuevo ante sus ojos. Sonrió al recordar la escena del capitán tirado en el suelo, cuan largo era, al poco de comenzar con la disección del cadáver. Había tenido que pedir ayuda al conserje del hospital para sacarlo de allí, y aquello lo había retrasado. Retiró el capuchón de la pluma y empezó a redactar su informe.

Hacía rato que el reloj de péndulo del vestíbulo había dado las doce cuando se dispuso a transcribir los signos que había copiado en sus notas. Se proponía respetar el tamaño, la inclinación y la disposición de los trazos, así que antes de dibujar las señales en el pliego, copió en el informe su descripción.

Cortes en espalda 4 cm por encima de articulación lumbosacra. Dos líneas verticales y paralelas, ambas de 6 cm, separadas entre ellas por 1 cm. Sigue pequeño corte horizontal de 1 cm, y a continuación un signo formado por cuatro trazos rectos que configuran lo que parece un tres. Realizados con instrumento cortante de tamaño pequeño, no excesivamente afilado (navaja, estilete o similar). Ausencia de sangre en la zona y en vestimenta en contacto (aspecto poco significativo por la permanencia del cadáver en el agua durante varias horas). Sin hematomas, sin signos de inflamación local: los cortes se presumen realizados post mórtem.

Por costumbre, sopló el papel para terminar de secar la tinta, mientras llevaba la mano derecha al segundo cajón del escritorio para coger uno de los pañuelos que Carmencita dejaba allí para él, perfectamente lavados, planchados y perfumados. Fijó la vista, aún borrosa, en aquellos signos, y la imagen de la serpiente se superpuso a los trazos de la estilográfica. El autor de aquel macabro crimen sin duda pretendía transmitir algún mensaje, pero ¿cuál? Sí, la víbora podía ser una forma de referirse a una persona abyecta y cruel, a alguien que gozara causando daño a sus semejantes. Pero ¿podía asociarse esa imagen a Engracia? Entonces recordó que había acudido a su consulta años atrás, y se levantó para buscar en los archivos. Pasó con los dedos las fichas hasta llegar a la «H» de Huerta, y sí, allí estaba. De poco le sirvió, sin embargo, salvo para comprobar que le había mentido con respecto a su edad. El motivo de la consulta había sido un ligero desarreglo intestinal que curó con una simple dieta. Ninguna otra información. Dejó la ficha en su sitio y se concentró de nuevo en el informe.

—¿Qué quieres decirnos? —preguntó en voz alta—. ¿Quién cojones eres y qué pretendes con esta representación?

Dio un respingo cuando la voz de Margarita resonó desde lo alto de la escalera.

—Manuel, ¿estás ahí? ¿Con quién hablas?

Capítulo 2

Viernes, 8 de julio de 1949

Don Serafín paseaba inquieto por el amplio despacho que ocupaba en el Palacio Decanal desde que asumiera el cargo de deán en la catedral de Puente Real. Habían sido años duros de posguerra, en los que había tenido que lidiar con graves conflictos, no solo en el aspecto eclesiástico, sino también en su relación cotidiana con los responsables políticos locales. En su presencia, nadie se atrevería a negar que la Iglesia navarra había tomado parte activa en el alzamiento, muchos de los suyos habían acudido al frente en las filas de los requetés y se habían dejado la vida allí como mártires, luchando contra las hordas rojas que años antes, durante la República, habían despojado a las órdenes religiosas de todos sus derechos, habían expropiado los colegios en los que impartían sus cabales enseñanzas y habían permitido que ardieran sus iglesias. Así pues, no iban a dejar que alguno de los falangistas que ostentaban el poder político de la ciudad, en parte gracias a su sacrificio, echara borrones sobre una trayectoria moral intachable que solo pretendía predicar a los fieles con el ejemplo.

Se dispuso a levantar el teléfono para pedir comunicación con el arzobispo, pero lo pensó mejor y retiró la mano. El enojoso asunto que había estallado la tarde anterior le había impedido conciliar el sueño, pero pensaba resolverlo solo, y sin tardanza. Se ajustó el alzacuello, terminó de abotonarse la sotana y tomó el bonete que reposaba en un estante antes de salir al zaguán. Acababa de sonar el toque del Ángelus en el campanario, por lo que supuso que encontraría al sacristán en la catedral. Cubrió a pie la escasa distancia que separaba el palacio de la Puerta del Juicio de la catedral y descendió la escalinata que conducía al interior del templo. Avanzó por el lado de la epístola para evitar la capilla de Santa Ana, siempre concurrida, sobre todo después de la reciente restauración. Se aproximaba su novena, de modo que aquello estaría repleto de feligreses. No pudo evitar a los que habían preferido la capilla del Espíritu Santo, pero no se detuvo. Alcanzó el altar mayor, se persignó al cruzar ante el sagrario y entró en la sacristía. Allí solo vio al canónigo más antiguo, quien no supo indicarle el paradero del sacristán. Irritado, don Serafín regresó sobre sus pasos, con la intención de seguir buscando en el claustro. Sin embargo, cuando se disponía a abandonar el templo, la puerta que llevaba a la torre se abrió y bajo su dintel apareció el campanero.

—¡Ángel! —llamó el deán—. ¡Qué bien me vas a venir!

Don Serafín se dirigió hacia él con paso decidido. Cuando lo tuvo delante, comprobó de nuevo la envergadura de aquel hombre, que le sacaba una cabeza. Su altura y fortaleza lo intimidaban, pero sentía un sincero aprecio por él. Los dos habían llegado a la ciudad años después de la guerra, casi al mismo tiempo, y el hombre se presentó humildemente, solicitando el puesto de campanero, que había quedado

vacante poco antes. Sus brazos poderosos lo hacían apto para el trabajo, pero aquello no era suficiente, desde luego. Habían sido sus referencias y una larga conversación con él lo que acabó de convencerlo. Excombatiente y mutilado de guerra, Ángel Expósito había luchado con los nacionales en Belchite, junto a muchos requetés navarros. Tras el asedio republicano, fue uno de los pocos que lograron escapar cuando, perdida cualquier esperanza, recibieron la orden de huir. Su fortaleza física le salvó la vida, pues tuvo que caminar durante toda la noche campo a través hasta alcanzar las posiciones de los nacionales. Muchos no lo consiguieron y acabaron engrosando la terrible lista de muertos en aquella épica batalla, en la que cinco mil valientes alcanzaron el martirio. Ángel Expósito salvó la vida, pero el lado derecho de su rostro había quedado desfigurado para siempre por una explosión de mortero en algún lugar del frente.

Aunque trataba de ocultar las terribles cicatrices con una barba poblada, era evidente que rehuía el contacto con los demás. Según él mismo le había confesado, después de la guerra se había convertido en un tipo solitario y taciturno. De ser un hombre apuesto y deseado por las muchachas de su pueblo, pasó a experimentar el rechazo que su deformidad provocaba. Perdida la esperanza del matrimonio, de formar una familia, anhelaba un puesto como aquel, un trabajo que pudiera desempeñar en soledad y, lo que no era menos importante, le permitiera alojarse en la vivienda de la torre, que los campaneros de la catedral habían ocupado durante generaciones.

Don Serafín le había dado el trabajo sin vacilar, y desde aquel día no se había arrepentido ni un momento. Servicial hasta el extremo, quizá por agradecimiento hacia él, podía contar con su ayuda cada vez que la precisara, y colaboraba sin ninguna objeción en el difícil mantenimiento de la catedral. Pero lo que más satisfacciones le estaba proporcionando era su habilidad con las campanas. Él mismo se había ocupado de aprender los diferentes toques, había hablado con un antiguo campanero, ya anciano, quien le había enseñado su ancestral arte y, en los últimos tiempos, los habitantes de Puente Real disfrutaban de toques olvidados mucho tiempo atrás. Había preparado con él a varios muchachos, monaguillos algunos, amigos de estos en otros casos, y la ciudad esperaba con ganas las vísperas de las fiestas para escuchar el volteo de las magníficas campanas de la catedral.

—Hazme un favor, Ángel —le pidió—. ¿Sabes dónde vive Herminio Polo?

El campanero se tomó su tiempo, pero acabó asintiendo lentamente con la cabeza.

—Acércate hasta allí y dile que el deán quiere verlo por un asunto urgente y de su interés. Lo espero en casa.

—Voy —respondió lacónicamente, y abrió la puerta de madera que conducía al exterior.

El primer teniente de alcalde, y jefe local de facto del Movimiento, llamó a la puerta

del Palacio Decanal con la aldaba de hierro en forma de mazo. El sonido reverberó en el interior del amplio zaguán, y la puerta se abrió un instante después. Una religiosa cuyo hábito no identificó le franqueó el paso.

—Pase usted, don Herminio, el deán le espera en su despacho.

Herminio Polo no había renunciado a vestir la camisa azul mahón, en cuyo bolsillo derecho destacaba el escudo con el yugo y las flechas, emblema de la Falange. Nunca había llevado la boina roja que había entrado a formar parte del uniforme tras el Decreto de unificación con los carlistas, pues él, tras el fin de la guerra, los consideraba rivales políticos. Por ello lucía la cabeza siempre descubierta, con el cabello repeinado y engominado, eso sí. El gesto de aplastarse el cabello contra las sienes se había convertido casi en un tic, lo que provocaba las chanzas de sus camaradas. Alcalde de la ciudad durante los primeros años de la posguerra, consideraba que Puente Real se quedaba pequeño para sus méritos y su ambición, por lo que había recibido como un agravio y una traición la decisión del gobernador civil de obligarle a ceder la vara de mando a su sucesor, Santiago Crespo, el alcalde actual.

Llamó a la puerta con los nudillos y giró el pomo cuando creyó oír una tímida respuesta. En el interior, el rostro huesudo y la nariz aguileña del deán se perfilaban contra el cristal de la ventana. Don Serafín se alzó despacio del soberbio sitial de madera labrada que utilizaba como asiento y, con calculada parsimonia, se dirigió hacia él. Pese a que el tono de su voz fue amable cuando le dio la bienvenida, Herminio echó en falta una gota de efusividad.

—Me reclamaba usted, don Serafín… Pues aquí me tiene. No he podido atender su ruego con más diligencia.

—Te agradezco que hayas venido, Herminio. El asunto que quiero tratar contigo es delicado. Toma asiento, por favor. —Señaló el sillón situado ante la mesa. A continuación la rodeó para volver a ocupar su sitial—. Seré claro, Herminio. Entre nosotros hay pocos secretos, no en vano he sido tu confesor y tu director espiritual durante todos estos años.

Herminio cerró los ojos y respiró hondo, una vez confirmadas las sospechas que había albergado desde que recibiera el aviso.

—Esta mañana he hablado con el capitán Solís al salir de misa y, aunque se ha mostrado más reservado de lo que me hubiera gustado, al final he conseguido que me pusiera al corriente de los últimos sucesos. Es abominable lo que han hecho con la pobre Engracia. Bueno, con su cadáver. Ha sido vejado, horriblemente profanado, quizá, quién sabe, durante algún rito satánico. No se explican de otra forma las… huellas que han encontrado en su cuerpo.

—¿Adónde quiere ir a parar, don Serafín?

—Quiero decir que tengo serias dudas de que Engracia pueda recibir sepultura en sagrado. Quizá sería mejor llevar todo esto con la mayor discreción, prescindir de funerales y traslados, y darle sepultura de la forma más reservada que se pueda, por supuesto, en el cementerio civil.

Herminio advirtió que estaba a punto de experimentar uno de sus proverbiales ataques de ira. Sintió que la sangre se le concentraba en la cabeza, y supo que las venas del cuello y la frente se le engrosaban por momentos, pero hizo un esfuerzo titánico por controlarse.

El deán solo advirtió los ojos brillantes, el rostro rubicundo y la mandíbula apretada del falangista.

—Engracia será enterrada como corresponde a todo buen cristiano.

La gravedad de su voz, la cadencia de sus palabras y la fuerza de la mirada, clavada en los ojos del deán, transmitían su determinación.

—Hijo mío… ¿qué pretendes? ¿Dar más alas a la maledicencia? Nunca has seguido mis consejos respecto a ella, habéis persistido en el pecado contra la Ley de Dios, y no queda nadie en Puente Real que no esté al tanto de lo que os unía. Pero esta función, que jamás debió empezar, ha terminado. Deja que evitemos un último y bochornoso acto.

—A pesar de sus defectos, quería a esa mujer.

—¡Por Dios, Herminio! —El deán se puso en pie—. ¡Piensa en tu esposa! ¿Acaso vas a obligarla a asistir al entierro de la amante de su marido? Evítale al menos ese último trance, bastante ha tenido que aguantar ya.

—¿De verdad es Josefina quien le preocupa?

El deán hizo caso omiso del tono de sorna de la pregunta, pero no evitó responder.

—Me preocupa Josefina, me preocupa que me obligues a dar un entierro religioso a quien está en boca de todo el mundo por sus pecados. No dudes que trascenderán las circunstancias de su muerte. Y me preocupa también el escándalo que supone para la feligresía el hecho de que sus gobernantes se comporten de esta manera, sin que los encargados de velar por la moral de este rebaño hagan nada por impedirlo.

—También es cierto que Engracia, como directora, abrió de par en par las puertas de la escuela para que los sacerdotes hicieran y deshicieran a su antojo. ¿O es que no va a tener eso en cuenta?

Herminio calló, aunque esbozaba una sonrisa cargada de ironía. Su silencio permitió que el deán siguiera hablando.

—Es tan fácil, hijo mío… Excúsate con cualquier pretexto y viaja fuera de la ciudad, a Zaragoza, o a Madrid, mejor. Cuando regreses todo esto habrá pasado, y las aguas habrán vuelto a su cauce.

—Y seré el gallina que huye porque no es capaz de enfrentarse a la mirada de sus vecinos. Si le hiciera caso, no podría volver a poner los pies en Puente Real.

—¿Y si me niego a conceder el permiso para el funeral?

—No lo haga, don Serafín. Ni yo ni Engracia éramos los únicos en esta ciudad con cosas de las que avergonzarse.

Aunque el deán se giró bruscamente y retiró la cortina para mirar a través del ventanal, a Herminio no le pasó desapercibido su súbito enrojecimiento.

—Muchos de quienes me critican a mis espaldas —continuó— tienen pecados

propios que ocultar, contra el mismo mandamiento y contra otros. Ya sabe, quien esté libre de pecado… ¡Qué pocos puentesinos están libres de culpa, para permitirse mirar a nadie por encima del hombro!

—¿Es tu última palabra? —preguntó por fin el deán, sin volverse.

—Lo es, don Serafín. Así que vaya preparando el funeral para mañana y avise al campanero para que esta tarde suene el toque de difuntos.

Capítulo 3

Sábado, 9 de julio de 1949

Manuel había decidido no acudir al cementerio, como tampoco iba a hacerlo Margarita, a quien, nueve meses después, el recuerdo del pequeño Alfonso todavía le resultaba demasiado doloroso. Su esposa se había negado a asistir al entierro del muchacho y en el tiempo transcurrido jamás había mostrado ningún deseo de visitar su sepultura. Decía que prefería recordarlo tal como había sido, un muchacho inteligente, extrovertido y enormemente cariñoso, sobre todo con ella, que lo había colmado de atenciones durante sus doce años de vida. Las razones de Manuel, sin embargo, habían tenido que ver más con el deseo de no verse obligado a responder preguntas inoportunas. Aquel sábado no madrugó, de modo que oyó entre las sábanas las nueve campanadas en la cercana Casa del Reloj. Reconoció al instante el nudo que en el último año le atenazaba el estómago tras cada despertar. El sol de la mañana se filtraba por las persianas de madera y proyectaba un mosaico de sombras y luces en la pared opuesta del amplio dormitorio. Agitó la sábana para contemplar la trayectoria de las motas de polvo iluminadas por los rayos de luz y se alegró de no tener que abrir las puertas de su consulta.

Nunca había tenido vocación, y solo había accedido a iniciar los estudios de Medicina para no contrariar a su padre y a su abuelo, médicos ambos. Sin embargo, una vez en Zaragoza, no había tardado en verse seducido por el ambiente estudiantil de la ciudad, que en los primeros años veinte lo tenía todo para deslumbrar a un joven como él, bien parecido, con sobrados medios económicos y dispuesto a aprovechar aquella oportunidad lejos de la disciplina familiar y del ambiente opresivo de Puente Real. El exceso de diversión y las muchachas de la capital impidieron que llegara a ser un estudiante brillante, pero los veranos que pasó junto a su padre en la consulta le proporcionaron la práctica y las tablas suficientes para desempeñar el oficio con eficacia.

El último de aquellos veranos, la familia anunció su compromiso con Margarita, la única hija de los Esparza, terratenientes de abolengo, cuyo patriarca llegaría a ocupar un lugar destacado en las listas del Bloque de Derechas a partir de las elecciones de abril del 31, que obligaron a partir al rey Alfonso y trajeron la República. Margarita era por entonces una muchacha preciosa, cuatro años menor que él. Sobre la mesa de su consulta conservaba aún una fotografía en la que su rostro aparecía enmarcado por una melena corta y suavemente ondulada al estilo de la época. Llevaba un vestido claro y vaporoso cuyo color había olvidado y un largo collar de perlas de dos vueltas que sujetaba con la mano en que apoyaba la barbilla con gesto seductor.

Fueron tiempos felices para ambos. Tras la boda y el viaje de novios a París, Manuel se dedicó de lleno a su trabajo en el remozado consultorio familiar, la nueva

Clínica Vega, en la que su padre le fue cediendo el protagonismo de forma gradual. Sin embargo, pronto surgieron los nubarrones que habrían de oscurecer el horizonte de su matrimonio. Margarita no habló de ello sino transcurrido un año desde la boda, aunque llevara ya tiempo mostrándose reservada y taciturna. Fue una noche de primavera, cuando llegaron a casa tras la cena con un matrimonio de amigos, en la que la joven esposa había aprovechado la ocasión para anunciarles su próxima maternidad. Los dos brindaron con ellos por el feliz acontecimiento, pero regresaron a casa en silencio, y la zozobra desbordó a Margarita en cuanto se acostaron. Manuel sintió los sollozos silenciosos en la penumbra, acercó las yemas de los dedos a su rostro y aquello la hizo estallar. Lloró desconsoladamente mientras se abrazaban con fuerza, sin hablar. Pasada la crisis de llanto, la mano de Manuel se deslizó hacia las aberturas del camisón, e hicieron el amor de forma pausada, intensa, conjurando en el acto a los demonios que amenazaban su felicidad.

Por eso no creía ya en conjuros. Aquella noche decidieron intentarlo con más ahínco, lo que para Manuel se convirtió en una de las pocas satisfacciones de los meses que siguieron. Hacían el amor en cualquier ocasión, al amanecer o tras el almuerzo, al acostarse por la noche o en mitad de la madrugada. Pero todo fue inútil. Dos años después de la boda un pequeño drama se desataba un mes tras otro en casa de los Vega, cada vez que Margarita comenzaba a manchar. Emprendieron entonces la peregrinación por las consultas de colegas de Manuel, los ginecólogos y urólogos más prestigiosos, quienes solo acertaron a descartar que el problema tuviera que ver con él.

Pasaron años en los que Margarita se aferraba a cada nueva propuesta de tratamiento, a cada consejo, por descabellado que resultara. Las imágenes de santa Ana, de la Virgen del Pilar, de la Virgen de Lourdes y de otras tantas que Manuel nunca acertó a distinguir, pasaban por la casa y presidían durante semanas el pequeño altar que había en el descansillo de la escalinata central de la vivienda. Las estampitas con oraciones a san Gerardo, patrón de las embarazadas, al arcángel Gabriel y a san Ramón Nonato asomaban entre las devotas lecturas de Margarita, y cuando resultó evidente que nada de aquello daba resultado, comenzaron las infusiones, los extraños rituales y los viajes a San Sebastián para tomar las olas en el vientre, nueve seguidas, en la playa de la Concha.

Con el paso de los años, el carácter de Margarita cambió, se acentuó su tendencia al aislamiento, y dejó de ser la muchacha alegre y despreocupada que Manuel había conocido. Cuando llegó la República y con ella la relajación de las costumbres, no soportaba ver en la calle las barrigas que exhibían las esposas o compañeras de simples jornaleros, algunos de ellos al servicio de su propia familia. Su rostro se tornaba lívido cuando se acercaba un carrito de bebé, hasta el punto de que llegó a evitar las salidas en las horas que los puentesinos dedicaban al paseo. Entonces comenzó el deterioro de su salud. La falta de apetito, la astenia y la tendencia a la melancolía aparecieron de forma sucesiva y casi imperceptible, y mientras en la

ciudad proliferaban los disturbios y las huelgas protagonizadas por los obreros de la Azucarera, y los Jesuitas eran desalojados del colegio que dirigían, ella tomaba las aguas en el cercano balneario de Fitero o releía las obras de Gustavo Adolfo Bécquer en la misma hospedería de Veruela donde se habían escrito.

Él, por su parte, se había refugiado en el trabajo, en los libros de su magnífica biblioteca, en la música y en las partidas con los amigos. Sabía que se murmuraba sobre él, que le achacaban cierta debilidad por no poner coto a aquella deriva en que había entrado Margarita, pero lo último que deseaba era enfrentarse a su esposa, pues en el fondo la comprendía.

Entonces llegó Carmencita. Era huérfana de padre y, a pesar de su juventud, ya había pasado lo suyo. Desde el bendito día en que entró a servir en aquella casa, todo pareció cambiar. Una vez que acababa sus tareas en la cocina, tras el almuerzo, solía ocupar el tiempo en la luminosa sala de costura con vistas al río de la primera planta. Margarita empezó a frecuentar su compañía en aquellas horas de asueto y se interesó por las labores que Carmencita, como una hormiga, completaba sin descanso, una tras otra. Los comentarios desenfadados de la muchacha parecían divertirla, y por vez primera en años Manuel escuchó desde la biblioteca contigua la olvidada risa de su mujer. Cuando compraron un nuevo y costoso aparato de radio, ella se empeñó en colocarlo en aquel preciso lugar y, a partir de entonces, las lejanas voces de los locutores de Unión Radio se sumaron a los sonidos que recibían a Manuel a su vuelta, después de la partida vespertina en el Nuevo Casino.

Nunca supo si había sido cosa de Carmencita, de la radio o del simple convencimiento por parte de Margarita de que, bien superada la treintena, el tiempo de ser madre había pasado, pero una tarde de otoño, cuando Manuel regresó a casa, lo tomó de la mano y le comunicó su deseo de iniciar los trámites para una adopción. Recordaba bien la fecha, por la sorpresa que le produjo una decisión que ella misma había rechazado durante tantos años y porque la fuerza pública cargó con violencia contra los manifestantes en la cercana plaza de los Fueros, el único día en que la Revolución de Octubre se hizo sentir en Puente Real.

Sin embargo, una nueva desilusión aguardaba a Margarita, porque la inestabilidad social y política del país tenía prácticamente paralizada la administración con respecto a cualquier asunto que no resultara de importancia vital. Fueron, de nuevo, años de zozobra e incertidumbre, aunque sus gestiones acabaron dando resultado. Un día de noviembre, trece años atrás, Margarita observó embelesada el cuerpecito diminuto de su pequeño Alfonso, que chupaba con fruición del pecho de su ama de cría.

La llegada del bebé convirtió en dicha lo que había sido desconsuelo e hizo que su esposa pasara de puntillas por el drama que se desarrollaba a su alrededor, con el país desangrándose en una cruenta guerra civil. Lejos de enfriarse, la devoción de Margarita se convirtió en fervor, convencida de que la intercesión de santa Ana había sido decisiva para la materialización de aquel milagro. El altar del descansillo,

ocupado ya en exclusiva por su imagen, dio luz a la escalera con sus cirios encarnados durante toda la contienda. Un año después, su casa se llenó de puentesinos cuando el deán se llegó hasta ella, accediendo a los repetidos ruegos de la esposa del médico para que consagrara la pequeña capilla. Desde entonces cada vez que Margarita subía o bajaba, se detenía en el descansillo, recitaba una oración más o menos breve y se persignaba con el agua bendita que contenía el cuenco de alabastro colocado junto a la imagen. Por si aquello no fuera suficiente, en cada aniversario de la llegada del pequeño Alfonso, el vasto vestíbulo de la residencia se convertía en el escenario de una misa celebrada por el propio deán o por alguno de los canónigos de la catedral.

Lo cierto es que, al acabar la guerra, Margarita parecía haber recobrado las ganas de vivir, y su deseo colmado la había transformado de nuevo en una mujer distinta, extraordinariamente parecida a la exultante joven que lo había acompañado al altar. Amuebló con esmero el dormitorio del pequeño, en la misma planta que el suyo, puerta con puerta. Con la intención de darle buen uso, hizo renovar la decoración del salón de la planta baja y, poco a poco, fue recuperando la relación con su viejo círculo de amistades, que no dudaron en responder a su llamada.

Carmencita, para entonces, ya era parte de la familia. Aya, doncella, enfermera, cocinera incluso, pero sobre todo compañera de confidencias de Margarita, se había hecho un hueco en la casa que, ambos estaban seguros, nadie más podría ocupar. También la muchacha parecía sentirse agradecida, sobre todo después de perder a su hermano menor en la guerra. Manuel se encargó entonces de que la madre tuviera todas las necesidades cubiertas y así fue hasta su muerte, pocos años después.

Mientras tanto Alfonso crecía deprisa. Los años de la posguerra fueron duros para todos, años de escasez y miseria, pero su existencia parecía haber dado un vuelco: la desolación, el abatimiento y la tristeza que se respiraban en las calles de Puente Real terminaban al atravesar el sólido portón de la vivienda situada en el número 9 de la calle Muro. La sala de costura de la casa, con su amplio ventanal, su excelente aparato de radio y su servicio de té sobre la mesita del rincón, se convirtió en el lugar de reunión preferido para las recuperadas amigas de Margarita. Desde allí, con el bastidor y la aguja entre las manos, esta observaba el deambular de Puente Real por el paseo, y poco a poco se puso al corriente de todos los pormenores de la vida de sus vecinos, por los que no hubiera movido un solo dedo unos años atrás.

También Manuel recuperó sus viejos hábitos. Regresó a la partida del Nuevo Casino, en parte porque después de la guerra solo allí se disfrutaba del privilegio de saborear auténtico café, y no el caldo de achicoria al que habían tenido que acostumbrarse. Allí recuperó el contacto con la política local, con las nuevas oportunidades de negocios que ofrecía la reconstrucción del país, y allí fue donde le ofrecieron ampliar su actividad profesional colaborando, siquiera por las mañanas, con el hospital de la ciudad. Quizá no habría aceptado de haber sabido que aquel encargo incluía las tareas del forense, un puesto que llevaba tiempo vacante, pero se

impuso la necesidad de colaborar con aquella ciudad que era la suya y que acababa de pasar por las peores horas de su historia reciente.

Casi al mismo tiempo, Alfonso había ingresado en el colegio de los Jesuitas. Si cerraba los ojos, aún podía ver al muchacho, corpulento para su edad, a las puertas del imponente edificio, agitando la mano para despedirse, sin la menor muestra de inquietud. En los años siguientes resultó ser un estudiante excelente, además de un destacado deportista, algo que los religiosos potenciaban de manera decidida. Nueve años después del fin de la guerra, todo parecía haber regresado a su cauce en la familia Vega. Habían rehabilitado una extensa propiedad de la familia de los Esparza como casa de campo y la habían dejado en manos de un matrimonio que residía en una pequeña casita en el extremo del recinto. Las cuadras alojaban tres hermosas yeguas, que tanto Margarita como el muchacho, con algunos de sus amigos, montaban con frecuencia.

Sin embargo, ninguno de los dos estaba preparado para el golpe que el destino todavía les tenía reservado. El sabor de la hiel regresaba a la boca de Manuel al recordar el momento en que recibieron la noticia del terrible accidente, la sensación de estupor y de incredulidad, la certeza de que la muerte, con aquel cruel golpe de guadaña, cercenaba no solo la vida de su hijo, sino cualquier posibilidad de felicidad en lo que les quedara de vida.

Habían pasado nueve meses desde entonces y, en efecto, nada había sido ya igual. Ahogado en su propio sufrimiento, se había sentido incapaz de seguir atendiendo en su consulta los banales problemas de los demás. Margarita se limitó a asentir, indiferente, cuando le comunicó la decisión de cerrar la clínica. La ausencia de un hijo en cuyo futuro hubieran de pensar hacía que las rentas de las fincas de su esposa bastaran para cubrir de forma holgada sus necesidades. De manera temporal, había abandonado también su puesto en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, aunque había regresado allí unos meses antes, tras comprender que realizar cierta actividad le resultaría provechoso. Margarita se encerró en su sufrimiento, y los fantasmas del pasado regresaron con furia renovada. De luto riguroso, solo veía la luz del sol en el obligado trayecto hasta la catedral, pues de nuevo había hecho de la fe su refugio. Asistía cada día, después de la habitual noche de insomnio, a misa de nueve, y regresaba por la tarde para el rezo del rosario. Las persianas de la casa habían permanecido bajadas durante la mayor parte de aquel tiempo, excepto en las ocasiones en que Carmencita las levantaba para airearla, siempre en ausencia de la señora. Y la radio de la sala de costura había vuelto a enmudecer.

Las dos campanadas del reloj de la plaza le indicaron que llevaba ya media hora sumido en sus recuerdos. Manuel decidió poner fin a tanta cavilación y apartó las sábanas para iniciar su rutina: se aseó con calma, regresó al dormitorio para vestirse y bajó a la cocina, donde Carmencita ya se afanaba en trocear unas judías verdes para el almuerzo.

—Buenos días, don Manuel —saludó con su alegría habitual—. ¿Ha descansado

bien?

—Muy bien, gracias —mintió—. ¿La señora ha salido a misa de nueve?

—Sí, don Manuel. Ha dejado dicho que quizá se entretenga después, que están preparando la novena a santa Ana.

—Salgo a por la prensa, vuelvo enseguida. Tomaré un café con leche y una tostada.

—Muy bien, don Manuel. Lo tendrá listo para cuando vuelva —respondió la muchacha mientras se secaba las manos en el delantal.

Cuando Manuel abrió la puerta la luz intensa del exterior lo obligó, como siempre, a sacar el pañuelo para enjugarse las lágrimas. A pesar del calor, que no había cedido durante la noche, regresó para coger su sombrero de ala ancha, cruzó la calle mientras se lo ajustaba y se asomó al pretil del río. Abajo, una rata corrió a esconderse entre la maleza que poblaba la orilla, lo que hizo que arrugara la nariz con gesto de desagrado. Echó a andar sin prisa en dirección a la plaza de los Fueros y, como cada día, en el breve trayecto lo saludaron varios antiguos pacientes. A todos correspondió con cortesía, siguiendo su vieja costumbre de incluir en el saludo sus nombres de pila. Sabía que lo apreciaban, y aquel era el mejor de los frutos que había obtenido en veinticinco años de ejercicio. Penetró en la plaza por la esquina del bar Aragón, repleto de parroquianos que comentaban los últimos acontecimientos en la ciudad, esperando la hora del entierro. Rodeó el quiosco por la izquierda para evitar la concurrida terraza del Sport y se dirigió a la librería Royo.

—¡Buenos días, don Manuel! —saludó el librero.

—Demasiado buenos para mi gusto, Damián —respondió, tocándose el ala del sombrero.

—Unas gafas oscuras harían bien a esos ojos. Como las que llevan esos artistas americanos del Nodo —observó mientras le entregaba los ejemplares del *ABC* y el *Diario de Navarra* bien doblados.

—A ver qué tenemos hoy. —Desplegó el periódico al tiempo que dejaba caer un duro en el mostrador.

—La ola de calor y las fiestas de Pamplona. Parece que ha caído alguna tormenta en la capital y los toros del encierro resbalaban —adelantó el librero—. Y la Vuelta a Francia, y el Generalísimo, que ha recibido en El Pardo a la Diputación de Navarra.

—Ya veo. Bueno, a ver si en Madrid nos resuelven de una vez el problema de la vivienda.

—¿Usted cree? Por lo que dice ahí, solo han ido para entregarle una medalla. Dos años hace que nombraron al caudillo hijo adoptivo de la ciudad y ni casas protegidas, ni cuartel nuevo de la Guardia Civil. ¡Dios del cielo! Pero ¿es que no ven cómo vive la gente todavía, hacinados en las cuevas allá arriba?

—Todo se andará, Damián, que hay mucho por hacer —respondió mientras guardaba en el monedero las cuatro pesetas de las vueltas.

Desplegó la portada del *ABC*, ocupada en su totalidad por una enorme fotografía

en la que aparecían varios jóvenes tomando el sol en las ruinas de los bombardeos alemanes, junto a la catedral de San Pablo en Londres. «Sol en las ruinas de la guerra», era el único titular. El librero lo miraba por encima de las gafas, hizo ademán de hablar, se detuvo y por fin se decidió a hacer la pregunta que parecía arderle en la lengua.

—Don Manuel, si no es indiscreción, y por la confianza que nos tenemos… ¿es cierto eso que se comenta de la víbora?

El médico esbozó una sonrisa.

—El secreto de mi oficio me obliga, Damián. No puedo decir nada.

—Mucho es que no salga nada en el periódico.

—En eso le alabo el gusto al alcalde, si es que es cosa suya que esto no haya trascendido fuera de aquí.

—¡Más periódicos hubiera vendido yo si saliera! ¡Que en los tiempos que corren cada uno tiene que mirar por lo suyo!

—Aquí te viene negocio; llega Benito a por los periódicos del Casino.

—Sí, a ese ya me lo conozco yo. —Salió del mostrador ajustándose los manguitos —. A por los periódicos y a por noticias frescas, viene, para mantener contenta a la parroquia. Pues con tanto secreto… igual que viene se va a ir.

El librero acompañó a Manuel hasta la puerta y la mantuvo abierta mientras este salía.

—Irá usted al entierro… —supuso.

—Pues lo dudo, Damián.

—No quiere responder preguntas…

—No quiero responder preguntas.

—Mensaje recibido —bromeó entonces, imitando un saludo militar.

—Hasta mañana, Damián. —El médico rio.

Después de aquella noche calurosa, que a muchos había impedido conciliar el sueño, a nadie extrañó que poco antes del mediodía, la hora señalada para el funeral, el calor pegajoso hiciera alzarse nubes blancas y algodonosas por la zona del Moncayo. A pesar de las circunstancias, habían decidido que el cadáver se velase en una de las aulas vacías de las escuelas de Castel Ruiz, las mismas que Engracia había dirigido durante trece años. Por eso pareció lo más natural que el funeral se celebrara en la cercana parroquia de San Jorge, y no en la catedral. La organización del entierro corría a cargo de una empresa de pompas fúnebres que había abierto sus puertas recientemente en la ciudad y, puesto que los familiares no daban señales de vida, el Ayuntamiento había acordado la tarde anterior correr con los gastos del sepelio, así como asistir en comitiva para acompañar en su último trance el cuerpo de la que fuera una de las maestras más insignes del municipio. Ese precisamente había sido uno de los primeros temas de conversación entre los puentesinos. A nadie se le escapaba que

solo la mano del teniente de alcalde podía estar detrás de una decisión tan inusual. Incluso hubo quien aseguró que había sido el propio don Herminio quien había corrido con los gastos del entierro de su querida.

Muchos fueron los corrillos que, como aquel, se formaron en la plaza del Mercadal, que se abría ante la fachada compartida por la escuela de Castel Ruiz y la propia parroquia de San Jorge. Hacía mucho tiempo que ningún acontecimiento social despertaba tal expectación; ni siquiera el gentío que había acudido un año antes a contemplar el enlace entre la hija de don Santiago, el alcalde, y el heredero de una de las mayores fortunas de la ciudad, habría conseguido llenar una plaza como aquella. Esa mañana, a las once ya no quedaban bancos libres en la iglesia, a excepción de los reservados para la corporación municipal. Tanto el coro como las capillas laterales se llenaron poco después, y cinco minutos antes de las doce, resultaba complicado dar un paso en toda la plaza. El murmullo de las conversaciones se alzaba por encima de las cabezas, ocultando el tañido a difuntos que sonaba a lo lejos, en las campanas de la catedral. No obstante, hubo quien reparó en el singular sonido del toque de aquella mañana, y el enigma no se resolvió hasta que un monaguillo proporcionó una explicación. Era el toque que el campanero había rescatado para anunciar a la población el fallecimiento de una mujer, diferente al habitual, que a partir de aquel día se reservaba para los hombres.

El vocerío aumentó cuando el flamante furgón de la nueva empresa de pompas fúnebres dobló la esquina, procedente de la calle Herrerías. La multitud a duras penas dejaba paso, hombres y mujeres se ponían de puntillas y estiraban el cuello para tratar de ver a la corporación, y en especial a uno de sus integrantes. Los munícipes rebasaron al automóvil una vez que este se detuvo, ascendieron los escalones de la iglesia en dos filas y se perdieron en el interior, en dirección al magnífico retablo barroco que ocupaba el ábside, donde los recibió don Hipólito, a la sazón párroco de San Jorge. Fueron los propios empleados de la funeraria quienes abrieron el portón trasero para extraer el ataúd, lo cargaron con soltura sobre los hombros e hicieron su entrada al tiempo que en la torre alguien tocaba la tercera llamada a los fieles, perfectamente prescindible aquella mañana.

Durante la ceremonia, las más de mil personas que abarrotaban la plaza tuvieron tiempo de comentar las extrañas circunstancias que habían rodeado aquel suceso. El primer tema de conversación había sido sin duda doña Josefina. ¿Alguien la había visto entrar en la iglesia? ¿Cómo podía don Herminio desfilar tan fresco tras el ataúd, cuando dos días antes, al atardecer, le habían visto entrar a hurtadillas en la casa de la difunta? Los calificativos se pronunciaban a media voz, pero nadie se privaba de opinar sobre el asunto. Luego, andarían ya por la homilía, fue la aparición del cadáver lo que centró los comentarios. Tenía la ropa interior desgarrada, los pechos al aire y arañazos por todo el cuerpo. Eso es lo que habían visto los críos que la encontraron, pero la Guardia Civil les había prohibido que lo contaran bajo serias amenazas. Hubo incluso quien se atrevió a asegurar, porque lo sabía de buena tinta, que el cadáver

había aparecido profanado, ¡con una víbora dentro de sus partes!

Los alguaciles no lo tuvieron fácil para regular el tráfico en la media hora larga que la comitiva empleó en recorrer la distancia que separaba la iglesia del cementerio. Una interminable procesión ocupaba toda la parte derecha de la calzada, aunque muchos de los vecinos de Puente Real se habían adelantado al cortejo y observaban su paso encaramados en carros y muros, incluso en sillas que habían sacado de las viviendas cercanas. Al enfrentar la prolongada rampa que conducía en línea recta al camposanto, se dejó oír el primer trueno. Las nubes, que a las doce eran blancas, presentaban entonces una amenazante variedad de grises, y los más prudentes empezaron a dar media vuelta.

La fosa elegida estaba entre las que el Ayuntamiento había ordenado abrir aquel mismo invierno. Se encontraban junto a la tapia oriental, y el enterrador ya había dispuesto junto a ella todo lo necesario. En cuanto la caja estuvo colocada por encima de la tumba, suspendida sobre dos firmes travesaños y los fieles se apiñaron en torno a ella, mosén Hipólito inició un rápido responso, mientras un viento amenazador comenzaba a levantar el polvo del suelo. Las primeras gotas cayeron sobre la tierra reseca cuando el sacerdote rociaba el féretro con agua bendita. Con la ayuda de dos sogas, el enterrador y su joven ayudante hicieron descender el ataúd a lo más hondo del foso. El primero saltó al interior, mientras el muchacho le acercaba las losetas de ladrillo. La multitud se dispersó en dirección a las salidas y, pronto, no se oyó más que el sonido rítmico de la paleta extendiendo el cemento que había de sellar las juntas para siempre.

Cuando el enterrador asomó la cabeza, las cortinas de agua barrían ya todo el camposanto. Empapado por completo, se alzó sobre el borde de la fosa y se incorporó. El muchacho se protegía con la lona destinada a tapar el material y le ofreció cobijo.

—Anda, corre, vete a casa —rehusó—. Ahora me seco y me cambio de ropa.

El chico, como siempre, obedeció sin rechistar y enfiló la vereda hasta la salida chapoteando en los charcos. El enterrador recogió los útiles y comprobó que no quedara nadie en el cementerio. A continuación se acercó de nuevo al borde del foso, y miró a derecha e izquierda antes de bajarse la bragueta y ponerse a orinar dentro. Después escupió sobre la tumba.

—Que Dios te maldiga y te mande *p’al* infierno, mala puta —espetó mientras la lluvia se deslizaba por su mentón sin afeitar.

Capítulo 4

Domingo, 10 de julio de 1949

A Manuel le gustaba madrugar los domingos y dar un paseo por el centro de la ciudad, que a esas horas aparecía especialmente tranquila, desierta a veces. Sus pasos aquella mañana le llevaron hasta la orilla del río, que se deslizaba majestuoso aguas abajo del soberbio puente medieval. Pasó junto al quiosco de la música que se alzaba al inicio del paseo y avanzó por la vereda hasta salvar la distancia, casi un kilómetro, que lo separaba de la Peñica, el lugar donde habían hallado el cadáver de Engracia. La luz de la mañana daba al lugar un aspecto completamente distinto, y en ese momento la imagen del cuerpo flotando junto a la orilla se le antojó incongruente. Se enjugó los ojos con el pañuelo antes de mirar en derredor, en busca del sujetador que faltaba en el cadáver. Caminó unos metros arriba y abajo escrutando la orilla, pero no vio nada aparte de un par de envases agitados por el ligero oleaje. Aunque en modo alguno era su función, la curiosidad le llevó a recorrer el lugar en busca de marcas de vehículos, de alguna carretilla quizás. Y las había, demasiadas para poder sacar alguna conclusión. Supuso que la Guardia Civil habría hecho ya el trabajo, y decidió regresar pasando por el cuartel. Cuando enfiló el paseo del Generalísimo vio a uno de los números en la garita, al otro lado del río. Alzó la mano para llamar su atención.

—¿Está el capitán? —preguntó tratando de no elevar demasiado la voz.

El joven guardia miró a un lado y a otro, cruzó la calle y se recostó contra el pretil del río.

—Aún no, don Manuel, pero le esperamos en media hora.

—Dile que pasaré en un rato. Tengo que hablar con él —contestó, y reemprendió la marcha.

Llegó hasta la plazuela de Calvo Sotelo y se detuvo a comprar una docena de churros recién hechos. Luego cruzó por el puente de hierro para enfilar la acera de su casa. Desayunó con su mujer, e insistieron en que Carmencita también probara aquel pequeño capricho crujiente y azucarado. Cuando sonó el primer toque para la misa de nueve en la catedral, Margarita subió a arreglarse y Manuel se dirigió a la consulta. Tomó del cajón un ligero portafolio de piel, se despidió a través del hueco de la escalera, se puso el sombrero y volvió a salir.

Siguió el paseo a lo largo del río, cruzó ante el viejo convento de San Francisco, que seguía teniendo el mismo aire siniestro, quizá porque albergaba la cárcel, aunque se había anunciado la remodelación de su enorme estructura, que adecuara las instalaciones que también albergaban el depósito militar de sementales. Después solo tuvo que cruzar la calle para plantarse bajo el enorme letrero de fondo rojigualda con el «Todo por la Patria», el lema de la Benemérita, en grandes letras negras. Domingo Solís parecía estar esperándolo. Entró en el vetusto despacho del primer piso haciendo crujir el combado suelo de tarima que quizá tiempo atrás mostrara algún

brillo. El retrato del Generalísimo presidía la estancia, aunque su imagen compartía protagonismo con otra del general Mola del mismo tamaño, y una más pequeña de la Virgen del Pilar. Encima de la mesa, atestada de papeles, había un crucifijo y un pequeño mástil con la bandera nacional.

—Ya me han dicho que has estado madrugador —saludó el capitán.

—Ya sabes, a quien madruga Dios le ayuda, aunque últimamente no me prodigo tanto a esas horas.

—Haces bien, si no te hace falta. Siéntate, anda. —Señaló una de las sillas que había delante de la mesa—. ¿Te importa que me encienda un cigarro?

Domingo no esperó la respuesta para coger uno de los que tenía liados en una cajetilla y accionó un viejo mechero de yesca.

—Estos no fallan como esos modernos de gasolina —aseguró, mientras exhalaba el humo de la primera calada entornando los ojos—. ¿Y bien? Veo que me traes el informe de la autopsia… —Manuel le tendió el portafolio—. Perdóname por lo del otro día. Pensé que iba a soportarlo, pero verte cortando de aquella manera…

—Te advertí de que no sería agradable. Pocos aguantan enteros la primera vez. Por cierto… ya circula por Puente Real la historia de la víbora. Que sepas que yo no he hablado de ello con nadie.

El capitán pareció confundido.

—Bueno, puede que yo le diera alguna pista al deán, que insistió en conocer detalles de la muerte… pero no creo que él se haya ido de la lengua.

—Entonces solo queda el conserje que me ayudó cuando te caíste al suelo. Quizá vio la serpiente en el frasco sobre la mesa y ató cabos.

—Joder, ¿no te digo? Al final soy el responsable.

—De todas formas mañana mantendré una conversación con él, en su puesto la discreción debería estar asegurada.

—Bien, ¿me he perdido algo por la flojera? —preguntó mientras ojeaba el documento.

—La disección fue rutinaria, nada llamativo. Te confirmo la muerte por traumatismo con un objeto contundente y muy pesado, una barra de hierro, tal vez.

—¿Lo que podría descartar la autoría de una persona débil o de una mujer?

—Al menos reduce las posibilidades, sí. Yo diría que la muerte se produjo de forma rápida y por un solo golpe en la nuca.

—Concuerda con lo que pensaba. Quienquiera que le hiciera eso, la bajó en brazos hasta el agua por aquella pendiente, quizá después de cargar con el cuerpo hasta allí.

—¿No pudo bajar por el río? El cadáver ya flotaba.

—No, ayer lo comprobamos con unos maderos. Todos pasaron de largo con velocidad. Para entrar en aquel recodo el cuerpo tendría que haber remontado la corriente.

—¿Huellas? —preguntó, sin revelar que aquella misma mañana había vuelto a

visitar el lugar.

—Es hierba y gravilla, apenas hay huellas. Y por allí anduvieron los chavales y algún curioso que se acercó antes de que llegáramos. No tenemos nada por ahí.

—Bueno, no sé si debo preguntarte más…

El capitán se lo quedó mirando un instante. Al final soltó el humo del cigarro en una media sonrisa.

—Joder, Manuel, si contigo no hay confianza… Al menos podré hablar en voz alta e intercambiar pareceres con alguien con dos dedos de frente —soltó bajando el tono—, porque este sargento que me han mandado… ¡Dios, qué pocas luces!

Manuel sonrió. Le gustaba la forma de ser del capitán, a pesar del lenguaje tosco y soez que utilizaba.

—¿Tienes alguna idea, entonces?

—Pues lo que ya sabes… Podemos descartar el móvil sexual, tú mismo dices aquí que no hubo penetración, al menos por la fuerza. Tampoco fue un robo, porque apareció con las joyas puestas.

—¿Qué nos queda?

—Queda todo lo demás, Manuel: la venganza, el despecho, que alguien quisiera deshacerse de ella porque supusiera un peligro…

El médico asintió. Cuando habló lo hizo en voz queda.

—Eso último que has dicho tiene nombre y apellidos.

—Claro que los tiene. Y no hace falta pensar mucho, cualquiera en Puente Real podría llegar a la misma conclusión solo con las informaciones que circulan de boca en boca. Si tuviera que escribir una lista de sospechosos, Herminio estaría arriba del todo, y subrayado.

—Pero Herminio es cualquier cosa menos tonto. De haber sido él, sabría que iba a estar bajo el foco desde el primer minuto.

—Herminio Polo es… Herminio Polo. Uno de los pocos en Puente Real que no tendría que mancharse las manos en un trabajo sucio como ese. Puede tener a una docena de viejos falangistas dispuestos a hacerle un favor así. —Levantó la cabeza para expulsar el humo del cigarro—. Y si no, hay sicarios que por unos cientos de pesetas le harían el trabajo. Solo tiene que recuperar algunas viejas costumbres.

—Y en ese caso, ¿a qué viene lo de la víbora? ¿Y lo de esas extrañas marcas…?

—No sé, podría ser un juego macabro de los sicarios, que encontraran la víbora por ahí y quisieran dejar clara su catadura con un juego como ese. O quizá lo hicieran simplemente para despistar, ¿qué se yo? Me resulta más chocante esto que pones aquí de las heridas en los pezones.

—A mí eso tampoco me parece tan extraño. He tenido consulta muchos años, Domingo, y he visto muchas cosas. Si estuvieron juntos la noche anterior… hay a quien le gusta jugar fuerte.

El capitán sonrió.

—¡Joder con la maestra!

—Eh, que no digo que fuera así… pero podría ser una explicación.

El capitán se quedó pensativo.

—Existe también la posibilidad de que haya otro hombre de por medio, algún amante que podría haberla descubierto con Herminio. Ahí lo de la serpiente en el coño encajaría mejor.

—No deberías descartar algo así, claro está.

—Y ya que me pongo a revelarte todos los secretos de la investigación, te diré que tenemos un sospechoso más.

—Bien, esto empieza a ponerse interesante —ironizó Manuel—. Cuenta, cuenta…

—Se trata de algo que ocurrió en el camposanto. Había apostado a uno de mis hombres en los montículos de arriba, en la subida a Santa Quiteria.

—Sí, desde allí se domina todo el cementerio.

—Quería que vigilara cualquier cosa extraña que ocurriera antes o después del entierro. No sé, alguien con actitud sospechosa, alguien que observa desde un lugar retirado… Nunca se sabe. Pues bien, como empezó a llover fuerte y todo el mundo salió pitando de allí, el enterrador se quedó solo y, aunque acabó empapado, terminó el trabajo.

—Todo un profesional…

—Lo extraño es lo que hizo después. Cuando salió del agujero, se sacó la minga y meó dentro. Y después escupió.

—¡No jodas!

—Como te lo cuento.

—¿Y habéis hablado con él?

—Claro. Pensaba que no lo estaba viendo nadie, claro, y se mostró muy asustado. Teme perder el empleo si se entera Herminio.

—¿Y qué explicación os ha dado para algo así?

—Joder, que es pariente de Josefina.

—¡Coño! —exclamó Manuel, separando las sílabas.

—En cualquier caso, Herminio se mantiene en el primer puesto de la lista, que exista otro hombre es mera especulación, y lo del enterrador… ya ves… —Hizo una pausa, mientras escachaba la colilla en el cenicero—. Mira, quizá no esté haciendo bien al contarte todo esto, pero… Engracia tenía cogido a Herminio por los huevos, y no solo literalmente. Desde la primera vez que se metió en su cama, ella debió de comprender que tenía el poder. Y bien que lo aprovechó. Todo lo que tenía se lo sacó a él, seguramente mediante insinuaciones y amenazas veladas, pero que al final no dejan de ser un chantaje. ¿Cómo te crees que consiguió el puesto de directora de la escuela nada más terminar la guerra?

—¿Y él se ha dejado someter a ese chantaje durante todos estos años? ¿Crees que a Herminio le importa algo su matrimonio? Quiero decir que quizá no le afectaran las habladurías. Es consciente de que su esposa lo sabe, pero prefiere callar para

mantener su posición social.

—Manuel, entre nosotros: Herminio es un cabrón sin escrúpulos y, es cierto, Josefina le importa un bledo. Pero su carrera política no. Y sabe, o intuye, que el gobernador forzó su destitución en la alcaldía porque temía que estallara el escándalo. Así, ahora, muerto el perro se acabó la rabia. Vía libre para seguir subiendo, a Pamplona primero, quién sabe si a Madrid después. Esta gente guarda información que, de hacerse pública, podría poner en la picota a cualquier mandamás. Y quienes tienen la llave para hacerlos progresar en el escalafón lo saben. Tipos como él solo tienen que dejar caer la insinuación en el despacho adecuado, y al día siguiente aparecen nombrados en el Boletín Oficial. A Herminio solo le faltaba liberarse de la piedra que le colgaba de los cojones y, créeme, no pasará mucho tiempo antes de que tengamos noticias sobre él. Ya me dirás si me equivoco.

Manuel suspiró.

—No sé si me apetecía saber todo esto.

—Ah, pues has esperado a que terminara para darte cuenta. —Domingo rio.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a llamarlo. Con la mayor discreción posible, pero voy a llamarlo. Lo he consultado con la Comandancia de Pamplona y tengo vía libre. He dejado pasar el fin de semana, porque mañana, con la actividad habitual, resultará más sencillo concertar una entrevista discreta.

—Si es como dices, ándate con cuidado. No me gustaría perder a mi pareja de guiñote por un traslado inoportuno.

El capitán hizo un gesto con el brazo doblado.

—¡Calla, joder, no seas agorero! —Rio.

—No lo digo en broma, Domingo. Aunque ahora el alcalde sea Santiago, todo el mundo sabe que las decisiones las sigue tomando Herminio.

—No, hombre. No llegará la sangre al río. Bueno —se interrumpió al reparar en la inconveniencia de la frase—, espero que al menos no la mía.

Manuel se levantó y recogió su portafolio.

—Te veo mañana en el Casino —dijo desde la puerta—. El cura y el alcalde se van mereciendo una lección de humildad.

—Hasta la vista, Manuel —respondió.

En la salida recibió el relajado saludo militar del número de guardia. La reciente remodelación del paseo del Generalísimo, en el margen opuesto del río, lo había transformado por completo, y para bien. Al pasar por delante, se fijó en la fuente que habían colocado junto al acceso, en las proximidades del hotel Unión, con un pez que vertía el agua por la boca sobre un recipiente inferior en forma de concha. Solo restaba que llegaran a buen puerto las interminables gestiones para cubrir por completo la maloliente rambla, desde la plaza de los Fueros hasta la confluencia con el Ebro. La ciudad entera lo agradecería, pero él más que nadie, pues la fachada principal de su residencia daba al cauce que, sobre todo en verano, y si el

Ayuntamiento no andaba listo con la limpieza, acababa convirtiéndose en un foco de insectos, ratas y malos olores.

Caminó hasta allí buscando la sombra de los árboles e introdujo la llave en la cerradura pensando en la frescura del amplio vestíbulo de entrada. En cuanto se abrió la puerta, supo que algo iba mal. Oyó los sollozos apagados de Margarita, y al momento la voz de Carmen, que trataba de calmarla. Arrojó el portafolio y el sombrero a un sillón y se apresuró hacia las escaleras. Su esposa se hallaba arrodillada en el reclinatorio del descansillo con el rostro enterrado entre las manos y lloraba con desconsuelo. La muchacha lo miró con una mezcla de lástima e impotencia, con una mano apoyada en el hombro de su señora.

—¿Qué ha ocurrido?

Carmencita señaló con la cabeza hacia lo alto. Desde allí se veía la puerta entreabierta de la habitación de Alfonso.

—¡Has entrado! —exclamó en una mezcla de pregunta y afirmación—. Pero no pasa nada, cariño, tranquilízate.

—No sé cuánto tiempo lleva así, la he encontrado aquí al volver a casa.

Entonces fue él quien tomó a su esposa por los hombros. Carmen interpretó con rapidez el gesto de Manuel y descendió las escaleras para dejarlos solos. Al instante se oyó el ruido del picaporte de la cocina.

—Levanta, mujer. Te acompañaré a un lugar más cómodo —dijo, ejerciendo una cierta presión sobre sus brazos.

Margarita se descubrió el rostro, pero mantuvo las manos ante los ojos, aún cerrados. Luego, con lentitud, se apoyó en el reclinatorio y se alzó muy lentamente con la ayuda de su esposo. Cuando se encontraron frente a frente, abrió los ojos por fin, y Manuel descubrió en ellos una pena infinita. La abrazó con fuerza, luchando por contener las lágrimas. Permanecieron así un instante hasta que, poco a poco, se separaron.

—Bajemos al comedor —sugirió Manuel—. Allí podremos hablar.

Descendieron despacio y entraron en la amplia habitación que se abría a la izquierda. Las persianas de la parte frontal estaban bajadas casi por completo y reinaba una agradable semipenumbra. Manuel condujo a su esposa hacia el sofá que ocupaba el fondo de la estancia, bajo un hermoso óleo que reproducía al arcángel san Rafael en tonos dorados.

—Le diré a Carmencita que te prepare una tisana, te hará bien.

Regresó al instante y la encontró incorporada en el asiento, respirando larga y profundamente, como tratando de recuperar la serenidad y el aliento.

—Creía que estaba preparada… —musitó.

—No has debido hacerlo estando sola.

—¡Ha sido como regresar a aquel día horrible!

—Debemos darnos tiempo —se limitó a responder mientras se sentaba a su lado y la tomaba de la mano.

—Sé que esta pena no me abandonará mientras viva —se lamentó con amargura —. Jamás podré librarme del dolor… y de la culpa.

—Calla, Margarita. ¿De qué culpa hablas?

Se volvió hacia él, con una expresión dura y asqueada.

—No has entendido nada. ¿Es que no lo ves? ¿No ves que todo lo que nos ha ocurrido es solo un castigo por nuestros pecados?

Manuel se levantó airado y se dirigió a una de las ventanas.

—¡Empiezas a desvariar de nuevo! —acertó a replicar, irritado—. Fue un accidente, tan solo un triste y desgraciado accidente. ¿Quién te mete esas ideas en la cabeza?

—Algún día lo reconocerás…

—¡No hay nada que reconocer, Margarita! —gritó—. ¿Es ese cura al que confías todas tus intimidades? Te diré lo que vamos a hacer… Mañana mismo haré que Carmencita vacíe esa habitación, y donaremos lo que hay en ella a la beneficencia. ¡Y se acabaron la oscuridad, el silencio y el luto en esta casa! Quiero escuchar de nuevo esa radio en la sala de costura. Y te diré algo más: no pienso salir de la ciudad cuando empiecen las fiestas, como me habías pedido.

Manuel vio que lloraba de nuevo, pero esta vez estaba dispuesto a impedir que su matrimonio se precipitara por la misma pendiente de antaño. Siguió hablando, con más determinación de la que recordaba haber mostrado jamás con su esposa.

—Mira, Margarita —tragó saliva—, no puedo obligarte a recuperar la relación con tus amistades, pero sí te pido que vuelvas a salir de casa, a montar a caballo, a pasear hasta la finca de la vega. ¿Me oyes?

Hurgó entre las cortinas, tiró con fuerza de la cinta de la persiana, y la luz del sol inundó el salón.

—Se acabó, Margarita —dijo sereno, con los ojos entornados—. Nueve meses de luto son suficientes.

Capítulo 5

Martes, 26 de julio de 1949

Finalmente, la asistencia diaria a la novena a Santa Ana parecía haber resultado un bálsamo para Margarita. Manuel había llevado a cabo su advertencia, y embalaron la mayor parte de los objetos personales de Alfonso en cajas de cartón para almacenarlos en el desván del tercer piso. La ropa, juguetes, peluches, pelotas y raquetas fueron entregados a la casa de Misericordia, y solo unos cuantos libros infantiles permanecieron en la librería. Aprovecharon para dar una mano de pintura al cuarto, colocaron nuevas cortinas y vistieron la cama con ropa impersonal. Manuel recogió las fotografías y los recuerdos de su hijo, y los trasladó a la biblioteca, a la espera de poder organizarlos en el álbum familiar tras las fiestas, cuyo comienzo había sido anunciado dos días atrás por el estallido de bombas japonesas, los cohetes y por el estruendo de las charangas. Habían concedido el día libre a Carmencita y, antes de marchar, Manuel depositó en sus manos un sobre con cuarenta pesetas. La muchacha lo recibió con lágrimas y grandes muestras de agradecimiento, hasta el punto de que se despidió depositando sendos besos en sus mejillas. Margarita, sin embargo, solo salió de casa para asistir al rezo del rosario y a la penúltima sesión de la novena. Él pasó la tarde en la biblioteca en compañía de una copa de Ponche Caballero y las novelas de José María Pemán, el segundo volumen de sus obras completas recientemente editadas que Damián acababa de traerle de Madrid.

Había aguardado con ansiedad la llegada del lunes, día de Santiago. De hecho llevaba dos semanas esperándolo, desde que anunciara a Margarita su intención de no abandonar la ciudad durante las fiestas. Y es que el cartel de la corrida de aquel día era de postín, y no pensaba renunciar a ella. Toreaba Manolo González, quizás el menos consagrado, pero repetían, después del éxito del año anterior, el matador local Julián Marín y el gran Luis Miguel Dominguín. Las faenas de los tres la tarde anterior habían conseguido hacerle olvidar cualquier preocupación, participó de la merienda de sus compañeros de tendido y regresó a casa con el ánimo distendido y con la sensación de que la vida, en ocasiones dura en extremo, también proporcionaba momentos que la hacían soportable.

La mañana del 26, el día grande de las fiestas de Santa Ana, había amanecido radiante. Todo indicaba que la jornada iba a resultar tan calurosa como las anteriores, pero un ligero cierzo del norte, apenas una brisa, prometía hacerla más llevadera. La casa olía a albahaca desde la hora del desayuno, pues Joaquín, el capataz que gobernaba la finca de la vega, había subido una barquilla entera, que había extendido su aroma desde el zaguán hasta la planta superior. Carmencita había formado grandes manojos con ella y los había sujetado con un pequeño cordel a los cirios que ya estaban junto a la puerta, a la espera de que sus dueños partieran hacia la catedral para participar en la procesión. En ese momento la muchacha estaba arriba, ayudando

a Margarita a vestirse, mientras Manuel apuraba su café con leche leyendo la prensa en mangas de camisa. Aún no habían tocado a misa cuando ambas aparecieron en la puerta de la cocina.

—Yo estoy lista —anunció Margarita.

Manuel la miró confundido, por lo temprano de la hora y por el aspecto soberbio que presentaba. Su delgadez, acentuada en los últimos meses, hacía que el entallado vestido de seda negra, con un amplio vuelo bajo la cintura, dibujara una figura impropia de una mujer de su edad, acentuada además por unos estilizados zapatos de tacón de puntera más que aguda. En el cabello, recogido, llevaba una peineta no demasiado grande, de la que pendía una delicada mantilla española, negra, de luto, como el resto de la indumentaria. Completaba el tocado un velo denso, aún recogido, destinado sin duda a ocultar su rostro durante la procesión.

—Pero mírame, todavía tengo que vestirme. No me has avisado de…

—No te preocupes, voy por delante —cortó—. Quizá los hombres entren más tarde en la catedral, pero si no voy ya, será imposible encontrar asiento en el lado de las mujeres.

—Como quieras, yo no tardaré. ¿Dónde te colocarás durante la procesión?

—Lo más cerca posible del paso de Santa Ana, para oír bien las jotas —respondió ya desde el vestíbulo.

Mientras Manuel se ajustaba la corbata, comenzaron a voltear las campanas de la catedral. Pareció la señal que esperaban para hacer lo mismo en el resto de las iglesias de la ciudad. Antes de ponerse la americana, abrió el balcón del dormitorio, y los sonidos de aquella jornada solemne inundaron la habitación. Se apresuró al comprobar que la calle era ya un río de hombres y mujeres que acudían a la misa mayor vestidos con sus mejores ropas, con velas y cirios de cien tamaños, todos sujetando el inevitable manojo de albahaca. Desde siempre había sido tradición entre los hombres de Puente Real estrenar traje para la procesión de Santa Ana. No quería esto decir que cada año lo hicieran, al menos las clases humildes, y menos aún después de la guerra; pero nadie que necesitara un traje nuevo no lo estrenaba hasta este día.

Cuando llegó a la catedral, la Puerta del Juicio era un hervidero y, como le había advertido Margarita, algunos ya retrocedían asegurando que no cabía un alma. Cruzó entre el gentío, sin poder evitar alzar la vista hacia las soberbias arquivoltas que representaban, en más de un centenar de imágenes, las escenas del Juicio Final. Avanzó hasta la cercana plaza Vieja, y comprobó que no había sido el primero en contemplar esa opción. A unos metros, ante la fachada del ayuntamiento, vio a Damián, que lo saludó con la mano.

—Nos vemos por segunda vez en el día —observó el librero, afable, tendiéndole la mano.

—No te conocía yo ese sombrero…

—De algo me tiene que servir tanto viaje a la capital. Para eso y para traer libros a clientes exigentes —bromeó.

—Se hace raro verte fuera de la librería. Pocos días cerrarás…

Damián se puso de puntillas para mirar por encima del hombro de Manuel.

—Navidad, Año Nuevo y hoy —contestó mientras saludaba de nuevo con la mano—. Mira, ahí está Nazario. ¡Eh, Nazario, vente *p'acá*!

Manuel se volvió a tiempo de saludar al recién llegado. No tenían demasiado trato, pero sabía que era el propietario de uno de los mayores talleres de impresión de la ciudad.

—Buenos días, señores —saludó, haciéndose un hueco.

Las campanas comenzaron a sonar de nuevo. Damián se revolvió, incómodo por el calor y los empujones.

—¡Ahora tocan el tercero! Oídme —dijo, y por el tono parecía estar improvisando—, como parece que a oír misa no llegamos… ¿qué tal si echamos un vino en San Jaime hasta la hora de la procesión?

—Mejor una cerveza bien fría —aceptó el impresor—. Además, aunque hoy no sea día para negocios, contigo quería yo hablar.

Rodearon el ayuntamiento y giraron hacia la izquierda, en dirección a la cercana plaza de San Jaime. La animación allí era notable. Obreros, empleados, jornaleros, todos bien acicalados y con la rama de albahaca sobresaliendo del bolsillo de sus camisas blancas, aguardaban la procesión con un vaso en la mano, bajo la sombra de los toldos y los aleros.

—¡Madre mía! —exclamó Damián, mientras trataba de escrutar el interior de los establecimientos—. ¡A ver si no va a ser tan fácil!

Lo siguieron hasta un local en forma de ele, con los parroquianos apiñados en la entrada, pero con mucho más espacio en el fondo. Era una vieja casona de piedra, y el calor de la calle parecía no penetrar a través de sus gruesos muros. Manuel y el librero se acodaron en la barra.

—Y bien, ¿qué me dices de la corrida de ayer? —preguntó Damián mientras repartía los vasos.

—Memorable.

—¡Cómo se arrimaba Julián! ¿Lo vio usted? —terció Nazario.

—Tenía dura competencia con Dominguín, y toreaba en casa, así que tenía que arriesgar. Pero tuvo mérito el muchacho, no lo niego.

—Hasta los toros acompañaron…

Manuel disfrutaba de la conversación y del corto de cerveza.

—A ver qué se cuece esta tarde en la novillada —dijo, tratando de continuar con el tema cuando ya habían dado un repaso completo a la corrida.

—Para empezar se cocerán los del tendido de sol, que buena tarde viene… —bromeó el impresor, antes de apurar su vaso—. Pero ganas no les faltarán a los

novilleros, que a veces tienen más pundonor que los matadores veteranos. ¡Camarero! ¡Otra ronda!

—¿Y qué tal va el negocio? —se interesó Manuel.

—Hombre, no nos podemos quejar, pero podría haber más alegría. El taller ahora es grande y, si no hay pedidos de envergadura, resulta difícil mantener a los obreros. De eso precisamente quería tratar contigo, Damián… sobre lo que hablamos hace tiempo del nuevo semanario, pero ya lo discutiremos, no vayamos a aburrir a Manuel.

—Si es sobre eso… quizás hasta él esté interesado. Manuel es de comprar la prensa diaria, y más de una vez hemos comentado la falta que haría un nuevo semanario local.

—Si es que no es normal, Damián. Antes de la guerra había dos, *El Eco del Distrito*, de las izquierdas, y *El Ribereño Navarro*. ¡Cuatro llegó a haber, y esto no era más que un pueblo! ¿Y no vamos a ser capaces de sacar ahora uno solo a la calle, sin competencia siquiera?

—Ya sabes que puedes contar conmigo. Mira… dejamos que pasen las fiestas y estos calores, y luego empezamos a buscar patrocinadores y a preparar las colaboraciones. Quizás hasta Manuel se apunte, con una columna semanal sobre salud… ¿Qué le parecería?

—Interesante. —El médico asintió después de un instante de reflexión—. Desde que cerré la clínica, no me falta tiempo.

—Hablado queda, y pendiente. Supongo que en la librería no andarás sobrado de clientes. Y para la imprenta sería bueno contar con una tirada fija semanal. Había pensado en un millar de ejemplares, para empezar.

De nuevo llegó hasta allí el apagado sonido de las campanas.

—Me parece razonable. Pero, de momento, lo que empieza es la procesión —advirtió Damián.

Regresaron a la plaza, donde el repicar resultaba ensordecedor.

—¡Joder con el campanero! Se emplea a fondo, el lisiado —exclamó el impresor.

—He oído hablar de él, pero no lo conozco —dijo Manuel—. ¿Lisiado, dices?

—Mutilado de guerra, sí.

—¡Coño! ¿Qué hombre mutilado podría voltear las campanas así?

—Bueno, dicen que le explotó un obús cerca, en una trinchera. El foso le protegió el cuerpo, pero tiene desfigurada una parte del rostro. ¿No lo has visto?

—Nunca, y mira que paso por la catedral…

—Creo que se deja ver poco en público —aclaró Damián—. Yo tampoco lo conozco.

—No tiene familia. ¿Qué mujer querría tener a alguien con la cara así por esposo? Lo comprenderéis si lo veis.

—En cualquier caso, me parece bien que se le diera el puesto de campanero siendo mutilado de guerra —repuso Manuel—. Y mejor no lo puede hacer. ¡Está haciendo volar esas campanas!

—Estará agradecido al cabildo —insistió Nazario—. Le dieron trabajo y vivienda, además en la misma torre.

—¡Ah! ¿Se aloja en la vieja vivienda de los campaneros? —preguntó Damián.

—Si es que a eso se le puede llamar vivienda —dijo Manuel—. Nunca he subido, pero me tocó tratar de bronquitis a alguno de los niños de los antiguos campaneros. Aquello en invierno debe de ser una nevera, un espacio enorme imposible de aislar, y no digamos de calentar.

—Después de la guerra, un palacio, comparado con las cuevas que hay por el monte —opinó el impresor.

—Tenía que ser curioso ver a los críos usando los tejados de la catedral como lugar de juegos —comentó Damián.

Enfilaron entonces la angosta calle del Juicio, que desembocaba ante la fachada de la catedral.

—Yo subí una vez al campanario. Y fue curioso. —Nazario señaló a lo alto, donde las campanas volteaban sin descanso—. Se sube por esa torre de la derecha, y por una portezuela se sale al rosetón. Hay un pasillo estrecho que cruza por delante, ¿lo veis? Allá arriba, se ve la barandilla. Después, por un angosto pasadizo, se llega al tejado del lado del evangelio. Y en él se abre una puerta que da acceso a la casa del campanero, que es la misma base del campanario. Allí comienzan las escaleras que suben a lo más alto.

—¿Quieres decir que hay que salir a cielo abierto por el tejado para entrar en la vivienda?

—Sí, así lo recuerdo. Además cuesta trabajo subir, tanto que los campaneros utilizaban una garrucha para izar las provisiones. Y los llamaban golpeando el tubo de desagüe que baja hasta la calle.

—Qué curioso —comentó Manuel—. Me gustaría verlo algún día.

Las campanas seguían sonando por encima de sus cabezas, y en la plaza ya se estaba conformando la procesión. Dos hileras paralelas, los hombres a la izquierda, las mujeres a la derecha, caminaban con los cirios encendidos. Esperaron casi hasta al final para incorporarse, una vez que la imagen de la patrona había abandonado la catedral. Tras ella, solo quedaban por desfilar las autoridades, y la banda de música hacía sonar sus instrumentos mientras esperaba para cerrar el cortejo. El arzobispo marchaba bajo palio, precedido por el cabildo de la catedral y todos los párrocos de la ciudad, incluido mosén Hipólito. Tras los representantes del clero, Manuel vio a Santiago al frente del consistorio, a varios alcaldes de localidades cercanas, al comandante militar, al gobernador civil y al capitán Solís con el jefe de la Comandancia de Pamplona. Recorrió la comitiva con la vista en busca del rostro de Herminio Polo. Un año antes no se hubiera fijado en él, pero tenía interés por ver cómo se desenvolvía en las circunstancias actuales. Sin embargo, pronto resultó evidente que el primer teniente de alcalde había decidido no asistir a la procesión de la patrona.

Aquella noche Manuel no durmió bien. Había regresado pronto de la plaza, donde la novillada no había estado a la altura de las expectativas, y encontró a Margarita en la sala de costura, pues la novena había llegado a su fin. Cenaron pronto para permitir que Carmencita acudiera al baile, leyó un buen rato en la biblioteca y fue a acostarse junto a su esposa cuando la oyó prepararse en el cuarto de baño, seguro de que le iba a ser imposible conciliar el sueño mientras la orquesta no pusiera punto final a su actuación. Mientras la esperaba, recordó cómo habían sido los últimos doce años de su matrimonio y sintió de nuevo aquel cosquilleo familiar en el vientre. Margarita se acostó por fin, y conversaron brevemente sobre lo ocurrido a lo largo del día. Luego ella se acomodó sobre las almohadas y apagó la luz de la lámpara. Él deslizó una mano entre ambos y le acarició el brazo. Sin embargo, Margarita murmuró unas pocas palabras ininteligibles, se giró bruscamente de costado, y Manuel sintió cómo la incipiente erección desaparecía.

Mientras recordaba tiempos más felices, escuchó una tras otra todas las canciones que interpretó la orquesta: Juanita Reina, Conchita Piquer, Juanito Valderrama, Antonio Machín… Llegó a tararear su «Mira que eres linda», y también el «Mirando al mar», de Jorge Sepúlveda. Calló la música y al poco oyó la puerta y los pasos quedos de Carmencita al dirigirse a su dormitorio. Solo entonces debió de quedarse dormido.

Lo despertó el sonido de las dianas que anunciaban el tercer encierro de reses, al tiempo que sonaban siete campanadas en la Casa del Reloj. La frescura de la mañana le hizo sentirse a gusto entre las sábanas y se dio media vuelta. De nuevo interrumpió su descanso un sonido irritante e insistente que parecía proceder de sus sueños, hasta que, sobresaltado, comprendió que se trataba del timbre de la puerta. Saltó de la cama, aún adormilado, se calzó las zapatillas y se echó una bata sobre los hombros. Cuando enfiló el último tramo de escaleras, Carmencita ya descorría el cerrojo. Oyó su nombre. La figura del número de la Guardia Civil que días antes había visto en la puerta del cuartel se recortaba en el vano de la puerta.

—Hazle pasar —dijo desde la base de la escalinata.

—Buenos días, doctor —saludó el joven guardia, con el tricornio en la mano—. Lamento despertarlo así, pero el capitán Solís me envía en su busca. Se ha producido una nueva desgracia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Manuel, alarmado.

El guardia desvió la mirada hacia Carmencita.

—No sé si debo…

—Está bien, pasa a mi consulta —indicó, impaciente.

En cuanto Manuel hubo cerrado la puerta, el guardia comenzó a hablar.

—Han encontrado a don Herminio, doctor. O, mejor dicho, su cadáver.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Manuel, sinceramente conmovido—. ¿Dónde?

—Al parecer lo han encontrado los primeros hortelanos que acudían a las huertas, al amanecer. En la noria, junto al puente. El juez de guardia ha acudido ya, y el capitán me ha enviado a darle aviso, al parecer precisan de su ayuda.

—Está bien. Dile al capitán que estaré allí en un momento, lo necesario para vestirme y coger mis cosas —aseguró, mientras le indicaba la salida—. Pero dime… ¿se trata de otra muerte violenta?

—Eso es seguro, doctor —respondió ya en la calle—. Aunque resulta difícil explicar lo que hay allí, será mejor que lo compruebe usted mismo.

Cerró la puerta, intrigado y confuso. De lo alto de la escalera llegó la voz de Margarita.

—¿Pasa algo, Manuel?

Esperó a alcanzar el rellano donde se encontraba la capilla.

—Pasa que, con toda probabilidad, las fiestas han llegado a su fin por este año.

Llegó al viejo convento de San Francisco algo más tarde de las ocho, instantes después de que desde aquel mismo lugar hubieran soltado las reses del encierro, las cuales ni siquiera habrían llegado a la plaza de toros. Cruzó los tablones del vallado y caminó en dirección al río. En el cuartel, un guardia solitario vigilaba la entrada. Giró a la izquierda por la carretera de Pamplona, dejó atrás la entrada del matadero viejo y se encaminó hacia el puente y la vieja noria que desde tiempo inmemorial elevaba el agua del río hasta la acequia de riego que discurría por la margen derecha. Varios alguaciles habían acordonado la zona, de difícil acceso por otra parte. La noria se había detenido, y un numeroso grupo de personas, entre las que reconoció al capitán Solís, a Santiago, el alcalde, y a uno de los jueces que desempeñaban sus funciones en la ciudad, formaba un semicírculo en torno a un bulto cubierto con una manta.

Domingo Solís acudió a recibirlo cuando se apartó del camino y se adentró en la vereda que conducía a las compuertas.

—Manuel, no te lo vas a creer…

—¿Cómo lo han encontrado?

—Ha sido uno de los serenos quien ha dado el aviso al amanecer. Estaba con dos o tres hortelanos ahí en el bar de la Mejana y con las primeras luces han visto algo en la noria, un bulto enganchado en uno de los travesaños. Han acudido hasta aquí pensando que se trataba de algún animal muerto, un jabalí o una oveja. Y al llegar… ahí estaba, amarrado con sogas entre dos cangilones de la noria, girando sin parar bajo la fuerza de la corriente. Al principio no lo han reconocido, pero uno de los hortelanos ha venido al cuartel a dar aviso, mientras el sereno cerraba la compuerta del canal.

Avanzaron hasta el grupo e intercambiaron los saludos de rigor con gesto grave. El primer edil parecía especialmente afectado.

—Es una tragedia, Manuel. Cuando me lo han dicho no daba crédito. He tenido que venir aquí para verlo con mis propios ojos. ¡Fue alcalde de la ciudad, y ha sido

teniente de alcalde hasta hoy! Las repercusiones de esto pueden ser incalculables —se lamentó—. ¡Y en mitad de las fiestas!

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó, dirigiéndose al juez, un hombre joven y espigado con el que no había coincidido antes.

—No veo inconveniente —respondió—. Sobre todo si, como tengo entendido, será usted el encargado de realizar la autopsia.

Manuel se acercó al bulto y retiró la manta que lo cubría. El cadáver de Herminio Polo permanecía maniatado a la espalda. La misma soga sujetaba los pies y el cuello, imprimiendo al cuerpo un arqueamiento poco natural. Vestía los pantalones y la camisa azul de la Falange, pero le faltaban los zapatos.

—Así es como ha aparecido —explicó el capitán—, sujeto por el cuello y por los pies a los cangilones, con la espalda curvada de manera que se adaptaba al arco de la noria.

Manuel abrió el maletín y se enfundó unos gruesos guantes de goma. Sacó un pequeño cuchillo.

—¿Puedo, señor…?

—Armando Garbayo —respondió el juez—. Soy nuevo en la plaza. Supongo que ambos desearíamos habernos conocido en otras circunstancias, pero proceda.

Manuel cortó con energía la cuerda que unía las manos y los pies, pero el cuerpo solo recuperó su posición natural de forma leve. Lo mismo sucedió al cortar la que unía las manos con el cuello. Exploró algunas articulaciones y asintió.

—¿Alguna idea acerca del momento de la muerte? —preguntó el juez.

—Resulta especialmente difícil de determinar por las circunstancias en que ha aparecido el cadáver, sumergido de forma alternativa y sometido por tanto a continuos cambios de temperatura, atado en posición forzada. Pero el rígor mortis aún no es completo. Habrá que esperar a realizar la autopsia para comprobar otros signos cadavéricos, aunque me sorprendería llegar a una conclusión distinta a la que voy a aventurar… Creo que no han pasado más de doce horas desde su muerte, ni menos de ocho.

El juez consultó su reloj.

—Eso nos sitúa entre las ocho de la tarde y las doce de la noche, de forma aproximada.

—Lo cual no quiere decir que el cadáver haya estado aquí desde entonces —aclaró el médico—. De hecho creo que no lleva demasiado tiempo en el agua, desde las primeras horas de la madrugada, quizá.

Manuel volvió la cabeza al oír lo que parecía un sollozo. Era el alcalde, que se cubría el rostro con la palma de la mano.

—Pero ¿quién ha podido hacer una cosa así? —se preguntó, tratando a todas luces de recobrar la compostura—. Será inevitable que todo el mundo relacione esto con el asesinato de Engracia. ¡Qué escándalo, Dios mío!

—Te aseguro, Santiago, que me dedicaré en cuerpo y alma a resolver este caso lo

antes posible. Si es necesario pediré refuerzos. Esta misma mañana telegrafiaré a la Comandancia de Pamplona.

—Quizá no sea necesario, Domingo. La cena de ayer se prolongó más de lo previsto… El comandante ha pasado la noche en el hotel Unión.

—¡No me jodas, Santiago! ¿Cómo no me has dicho algo así?

—Lo lamento, Domingo, aún estoy conmocionado. Envía a alguien, no creo que haya madrugado para regresar.

El capitán se volvió hacia uno de los cabos que se mantenía en segundo plano y un gesto bastó para que se pusiera en marcha.

—Señores, si no me necesitan… —dijo entonces el alcalde—. Me temo que me espera la ingrata tarea de informar a la familia del pobre Herminio. Y será necesario convocar un pleno en el ayuntamiento. En estas circunstancias es impensable continuar adelante con las fiestas.

—No te envidio, Santiago —reconoció Manuel.

—Tampoco yo a ti, si te soy sincero —respondió el alcalde señalando el cadáver y sus manos enguantadas—. Dime si necesitas cualquier cosa.

—Descuida. Hombre, lo único que puede resultar delicado es el traslado del cuerpo hasta el depósito…

—Intentaremos entrarlo por la parte de atrás y con la mayor discreción —apuntó el capitán—. Podemos utilizar nuestro propio vehículo.

El alcalde pareció reflexionar.

—Sería absurdo tratar de mantener oculta una noticia como esta, pero una vez más apelo a tu discreción, cuanto menos trasciendan los detalles macabros, mejor para todos.

Todos asintieron.

—Y, por supuesto, mantenedme informado de cualquier novedad.

Capítulo 6

Miércoles, 27 de julio de 1949

—¡Adelante! —Manuel alzó la vista del informe que estaba terminando de releer.

La cabeza del capitán Solís asomó por la puerta del depósito. Anochecía ya, pero el calor parecía no ceder, a juzgar por el cerco de sudor y el cabello empapado que el tricornio le había dejado en la frente. De inmediato, su vista se desvió hacia la sábana blanca que cubría el cadáver, dispuesto aún en la mesa de disecciones. Un flexo cromado proyectaba un haz de luz amarillenta sobre la mesa de Manuel.

—¿Molesto? —preguntó, sin ocultar el gesto de desagrado que le producía el lugar.

—En absoluto, estaba a punto de llamarte al cuartel. Acabo de terminar el informe.

—¿Novedades?

Manuel asintió lentamente con la cabeza.

—¡Y tanto! Anda, pasa. Y siéntate. —Señaló un taburete de madera al otro lado de la mesa.

—¿De qué se trata?

—¿No lo imaginas?

—¡Joder, no! ¿Qué tengo que imaginar? No me hagas pensar más, anda, que no sabes qué día llevo.

Manuel sonrió.

—Pues que puedes borrar a Herminio de la lista de sospechosos en el asesinato de Engracia.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque el asesino de ambos es el mismo.

—¿Y eso lo has sabido haciendo la autopsia a su cadáver? ¡Joder con el medicucho!

—Parece que ese cabrón quiere ponérnoslo fácil. Se empeña en dejar pistas. Lo entenderás en cuanto te enseñe un par de cosas —dijo, poniéndose en pie.

—¡Eh, otra vez no! ¡A mí no me jodes la cena! Prefiero ver el informe.

—Como quieras. —Sonrió—. Yo te lo explico, aunque hay algo que sí que quiero que veas. Para empezar, te diré que la causa de la muerte es la misma, un golpe en la nuca con un objeto pesado y contundente. Pero hay algo más: a Herminio le han cortado la lengua.

—¿Que le han cortado qué?

—La lengua, de un tajo. Y, como en el caso de Engracia, después de muerto.

—¡Joder qué carnicero! ¿Es que no le bastaba con cargarse a los dos tortolitos? ¿Además tiene que entretenerse en hacerles la puñeta después de muertos?

—Eso por un lado, Domingo…, pero ahora me vas a hacer el favor de venir aquí

porque te voy a enseñar algo —indicó mientras se levantaba y se acercaba al cadáver.

—Supongo que no me queda otra…

—Tranquilo, solo te voy a enseñar la espalda. Mira.

El capitán emitió un silbido prolongado.

—¡Coño! ¡Esto sí que es bueno!

Manuel siguió sosteniendo la sábana para que Domingo contemplara las marcas con detalle.

—Son cortes, parecidos a los de Engracia, y en el mismo lugar.

—Pero forman signos distintos. ¿Tú qué ves?

—Yo creo que está muy claro: un seis, en números romanos, y después un dos.

—No hay duda. Incluso se ha molestado en añadir un trazo oblicuo para evitar la confusión posible entre un dos y una zeta. Te lo he transcrito en el informe —dijo yendo hacia la mesa.

Domingo tomó la carpeta y contempló los trazos reproducidos por Manuel.

—¿Entiendes ahora por qué te digo que el asesino es el mismo?

Domingo asintió con el informe entre las manos.

—Pero ¿qué quiere decir todo esto? Estos números, la serpiente, la lengua…

—Llevo todo el día dándole vueltas, pero no doy con la clave. He pensado en algún tipo de simbología relacionada con los evangelios, algo que pudiera conducirnos hacia algún versículo determinado, sin embargo, el formato, la combinación de letras y números no tiene nada que ver.

—Joder, qué imaginación. Lo que parece evidente es que, quienquiera que haya hecho esto, lo ha hecho en venganza por su relación sentimental. Pero ¿quién?

—Josefina sería incapaz de matar una mosca, y mucho menos de colgar a su marido de una noria. ¿Tiene parientes?

—Sí, el primo enterrador. Aunque tiene dos hermanos también.

—Quizá deberías investigar por ahí.

Domingo asintió.

—Lo sé, Manuel. Con Herminio muerto, la familia de Josefina pasa al primer lugar en la lista, y estoy pensando en detener al enterrador para sacarle lo que sabe, aunque mear en una tumba le puede costar el puesto, pero delito no es. Queda también la opción del tercer hombre, un posible amante de Engracia.

—¿Qué quieres decir? —Se pasó el pañuelo por los ojos.

—Imagina que Herminio hubiera matado a Engracia por celos, por despecho o para deshacerse de ella, ¿por qué no? Si el supuesto amante pensara que Herminio había sido el culpable, ¿no podría haber sido él quien planeara su asesinato por venganza? Además, en circunstancias parecidas, con el cadáver en el río, una muerte similar…

—Te olvidas de las marcas… ¿Cómo iba a saber ese presunto amante lo de las marcas en el cuerpo de Engracia? Es el único detalle de su muerte que no ha trascendido.

Manuel suspiró, desalentado.

—Eso es verdad —concedió—. Y son iguales…

—Así es, Domingo. Apuesto a que han sido grabadas por la misma mano y con el mismo instrumento.

El capitán se puso en pie y se acercó a la ventana, en la que ya no se reflejaban más que sombras.

—Joder, Manuel, te juro que esto empieza a superarme. Yo no soy más que un guardia civil de pueblo y no sé si estoy preparado para esto… No veas cómo estaba esta mañana el comandante. El muy cabrón me ha cargado con toda la responsabilidad de la investigación, sin importarle la falta de medios, de personal…

—Sabes que me tienes aquí si puedo servir de ayuda.

—¡Pero si ya te estoy estrujando! Estás tan metido en esto como mis propios hombres, y sabes más que ellos. —Domingo rio.

—Tarde o temprano darás con el culpable.

—Espero que sea más pronto que tarde, porque ahora sí que creo que nuestras partidas de guiñote peligran. Al menos mi mujer y los chicos están en el pueblo, y puedo dedicar todo mi tiempo a este asunto.

Manuel se levantó de su silla.

—¿Sabes lo que creo? Que ha sido un día muy largo. Lo mejor que podemos hacer es meter a Herminio en la cámara y marcharnos a tomar un vino antes de la cena. Es el turno de los de pompas fúnebres, estarán a punto de llegar para preparar el velatorio.

—Prefiero que no me vean tomando vinos hasta que resolvamos esto.

—Entiendo… En ese caso vamos a hacer una cosa: pásate por el cuartel para dar aviso y te vienes a cenar a casa. Después de un día como hoy, un buen rioja de esos que guardo en mi bodega nos hará bien.

—No te molestes, Manuel.

—No es ninguna molestia, todo lo contrario. Además quiero comentarte algunas ideas de las que no te he hablado hasta ahora.

—¿Sobre los crímenes?

—Bueno, sí. Recuerdo haber leído algo sobre los castigos que se contemplaban en algunos códigos legales hace siglos, que consistían básicamente en mutilar el órgano con el que se había pecado. Ahí tienes la misma Biblia… ¿Recuerdas el Sermón de la Montaña? Aquello de «Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo». O la *sharia* musulmana, que castiga a los reos de robo con la amputación de una mano.

—Hombre, eso encajaría con la serpiente en el sexo de Engracia y con las erosiones en sus pechos. Pero a Herminio lo que le han cortado es la lengua, no la polla…

—Bueno, es solo una idea. Buscamos un hilo del que tirar para desenredar este ovillo. Quizás el rioja y la cena de Carmencita nos ayuden a pensar.

Salieron del hospital por la puerta más próxima a la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, y Manuel se acercó a leer la esquela que colgaba ya en el tablón de la fachada.

—El entierro, mañana a las seis —dijo—, y el velatorio, en el salón de plenos del ayuntamiento.

El capitán soltó un silbido.

—Eso es que esperan la llegada de gente de fuera y quieren darles tiempo para el viaje. Y la presencia de gente importante significa que crecen mis problemas.

Rodearon el quiosco y se dirigieron hacia la calle Muro. La plaza se encontraba atestada de gente, que no terminaba de asimilar que los tres días de luto decretados hubieran puesto fin de forma tan abrupta a las fiestas patronales. Pasaban ante la terraza del bar Aragón cuando un hombre salió del mismo de manera precipitada. A pesar del calor, iba trajeado, aunque sin corbata. Lucía un sombrero que acentuaba su altura y portaba al hombro lo que parecía una voluminosa cámara fotográfica.

—Discúlpeme, el capitán Solís, ¿no es cierto? Vengo de Madrid, trabajo para *El Reportero* —se presentó tendiéndole la mano—. ¿Sería usted tan amable de responder a unas preguntas?

El capitán correspondió al saludo pero no se detuvo.

—Discúlpeme usted, pero no estoy autorizado para hacer ningún tipo de declaración —se limitó a afirmar al tiempo que doblaban la esquina.

—¿Es cierto que los dos fallecidos mantenían una relación sentimental? ¿Podemos encontrarnos ante un crimen pasional?

—Le repito que no puedo revelar ningún dato de la investigación, tendrá que hablar usted con el juez. Y le advierto que se ande con cuidado con lo que dice, ciertas afirmaciones pueden atentar contra el honor de las personas.

—Solo busco confirmación por su parte de detalles que circulan de boca en boca, como el asunto de la víbora. Serán publicados si usted no los desmiente.

—Le he dicho que no tengo nada que decir —atajó deteniéndose con brusquedad —. Y le ruego que deje de importunarme si no quiere buscarse problemas.

Con el rabillo del ojo, Manuel comprobó que el periodista se quedaba plantado en la calzada. Un instante después, llegaron a la puerta de la clínica, aunque ambos pasaron de largo.

—¡Esto era lo que me faltaba! —explotó el capitán, irritado.

—Te acompaño hasta el cuartel. Espero que haya desaparecido cuando regresemos.

Por segunda vez en menos de tres semanas, el enterrador hubo de hacer su trabajo bajo la mirada de cientos de personas, muchas de ellas autoridades y gente principal. En esta ocasión la inhumación tuvo lugar en el sepulcro de los Polo, compuesto por dos fosas paralelas al pie de un magnífico monumento que representaba la

resurrección de Jesucristo, realizado en mármol y alabastro. La lápida derecha, la que iba a cubrir la fosa, se encontraba en el taller de los marmolistas a la espera de ser grabada con el nombre del difunto y la fecha del óbito. Por eso, cuando terminó de alisar el cemento que debía sellar la cavidad, salió de la sepultura y pidió a su joven ayudante que le ayudara a extender la lona que, de manera provisional, lo protegería de la improbable lluvia, sujeta con cuatro pesados ladrillos.

Cuando, apenas media hora después, terminaron de limpiar el material, se lavaron en la pileta del almacén y emprendieron juntos el camino a la salida. El sol ya declinaba, y los cipreses proyectaban sus sombras sobre aquel extenso bosque de tumbas que cada día les recordaba la fútil vanidad de los vivos. El enterrador tocó la campanilla de la puerta, advirtiendo a los rezagados que había llegado la hora de cierre del camposanto. Repitió el aviso dos veces más mientras paseaba la mirada por el recinto. Alzó los ojos también hacia el monte de Santa Quiteria, que se elevaba más allá de la tapia del fondo, y, entonces sí, creyó percibir un movimiento apresurado entre los pinos. Seguro de que ya no quedaba nadie en el recinto, cerró la puerta y echó la llave en la cerradura engrasada. Cuando llegaron a su vivienda, el enterrador se despidió del muchacho, que siguió camino hacia Puente Real, y entró en su casa.

Un fino gajo de luna creciente se alzaba sobre los cipreses cuando de nuevo dejó la casa y caminó hacia la tapia del cementerio. Tres solitarias bombillas protegidas por sombreros de metal, situadas entre los accesos al camposanto, emitían una luz amarillenta incapaz de disipar las sombras. Introdujo la llave en la cerradura y la puerta giró sin ruido sobre sus goznes. Cerró tras de sí y avanzó por el pasillo central oculto por las sombras. Sonrió entre dientes al ver la luz azulada de uno de aquellos fuegos fatuos que en las noches de verano solían asustar a los caminantes poco avisados que bordeaban las tapias del cementerio. Llegó a la sepultura de los Polo y, sin prisa, levantó dos de los ladrillos que sujetaban la lona, la retiró y dejó al descubierto la fosa.

—Hola, cabrón, aquí me tienes de nuevo —dijo, antes de escupir con fuerza hacia el hueco—. Esta vez estamos solos. —Con lentitud, se desabrochó los botones de la bragueta. El chorro de orina salpicó el cemento fresco—. Que todos los demonios del infierno vengan esta noche en tu busca, hijo de la gran puta.

Capítulo 7

Lunes, 1 de agosto de 1949

Manuel cerró la puerta con cuidado, con la llave dentro del bombín. Había dejado a Margarita durmiendo y no quería despertarla con un inoportuno chasquido del pestillo al salir. Agradeció la frescura de la mañana, en aquellos instantes previos al alba. Dudó un instante sobre el camino a tomar, pero emprendió la marcha hacia el río. Continuó adelante al llegar a la plaza de Calvo Sotelo, siguió el muro del convento de San Francisco y pasó por delante del cuartel, donde no vio señales de movimiento dentro de la garita de guardia. Cruzó por debajo del puente del ferrocarril y giró a la izquierda a la altura del antiguo matadero, transformado en sede de las Escuelas Protegidas. La luz de los faroles iluminaba aún las inmediaciones del puente que daba nombre a la ciudad, pero los primeros hortelanos ya se habían dado cita allí, algunos para comprar el pan del almuerzo en la panadería del cercano molino, otros para empezar la mañana con una copa de anís en el viejo quiosco que hacía las veces de bar.

Le gustaba contemplar la escena que cada día tenía lugar ante la puerta de la Mejana, la célebre huerta que se extendía en la margen derecha del río, de donde procedían aquellas afamadas hortalizas que eran el orgullo de Puente Real. Un anciano cuyo rostro no le era desconocido, con albarcas y unos raídos pantalones sujetos con una cuerda de esparto, cruzó bajo el arco de la vía. Empujaba el manillar de una vieja bicicleta, en cuya parte trasera había sujetado un capacho trenzado con cañas. Manuel se sobresaltó cuando un perrillo, que compartía el espacio con la hoz, la azada y el botijo, se apoyó en el borde y le ladró.

—¡Calla, *Morucho*! —espetó el viejo—. Que molestas al doctor.

—¡Cuánto madruga, abuelo!

—¡No madrugues, no! Que te den las doce con la faena sin terminar, y verás tú sudar —contestó con la bicicleta parada. Que en este tiempo cuanto más bebes más sudas, ¿sabe usted?

Manuel no tenía intención de pararse a entablar conversación.

—Que tenga una buena mañana —se despidió, alzando la mano a modo de saludo, sin dejar de caminar.

Junto al terraplén del ferrocarril se alzaba la iglesia románica de la Magdalena, que daba paso a la abigarrada trama de callejuelas de la vieja ciudad musulmana. Se adentró en ellas con las primeras luces. Disfrutaba paseando por aquellas calles aún desiertas, escuchando los sonidos del despertar a la actividad diaria, percibiendo el olor de la leña y el aroma de las tahonas. Decidió empezar con paso ligero la que había dado en llamar la «Vuelta al Vaticano»: por San Antón llegó hasta San Nicolás, y por San Salvador alcanzó la plaza de San Juan, con sus dos iglesias, la de los Jesuitas y la de la Compañía de María. Siguió por las Dominicas hasta las

inmediaciones de las Capuchinas, para regresar por las Siervas de María y la iglesia del Carmen. Cruzó las Herrerías hasta San Jorge, y por la calle del Pasaje, se plantó en la plaza Vieja, delante de la catedral. Los primeros rayos del sol se proyectaban sobre la parte alta del campanario y, al mirar a lo alto, Manuel se vio obligado a sacarse el pañuelo del bolsillo para enjugarse las lágrimas, deslumbrado.

Empezó a sentir el gusanillo del hambre y decidió pasar por la plaza de San Jaime en busca de unas magdalenas recién hechas para el desayuno. Enfiló la calle del Roso para pasar, como siempre que tenía ocasión, por delante de la Puerta del Juicio. Alzó la vista hacia las arquivoltas mientras se llevaba el pañuelo a los ojos de nuevo, se acercó a la pared opuesta para ganar perspectiva y a punto estuvo de tropezar cuando encontró en su trayectoria un obstáculo con el que no contaba.

—Discúlpeme —mascculló—. No lo había visto.

Sentado en un taburete en la esquina con la calle del Juicio, un hombre de mediana edad de barba poblada, en torno a los cuarenta años quizá, dibujaba una de las escenas de la portada apoyado en una tabla.

—No se preocupe —respondió.

—¡Dios mío! ¿No le habré arruinado el trabajo? —preguntó al ver que se disponía a borrar un trazo desviado.

—No es nada, se lo aseguro.

Manuel se colocó a su lado y observó el dibujo para asegurarse de que era cierto. Y lo que vio lo dejó boquiabierto. Aquel hombre había plasmado sobre el papel una de las escenas de los capiteles que sostenían las arquivoltas, en concreto la que representaba la creación del cielo y el mar. Lo había hecho con un simple lápiz de carboncillo, pero con tal maestría que las figuras parecían cobrar la vida que no tenían en la piedra.

—Ha hecho usted un trabajo magnífico…

—Gracias —se limitó a responder, aunque Manuel detectó cierta intranquilidad en su voz.

—Discúlpeme si le importuno, pero soy un apasionado del arte que contiene esta catedral y le aseguro que jamás había visto un carboncillo que reprodujera con tanta calidad esos capiteles. ¿Sería pedir demasiado que me permita examinarlo?

El hombre se volvió para dejar los útiles en un pequeño morral de cuero que reposaba junto al taburete, lo cual permitió a Manuel observar el lado derecho de su rostro. La sien, el ojo y el pómulo estaban desfigurados por profundas cicatrices que se perdían bajo su poblada barba.

—¿Es posible que sea usted el campanero? —preguntó entonces.

—Lo soy —respondió al tiempo que se levantaba.

—Doctor Manuel Vega —se presentó, tendiéndole la mano.

—Mucho gusto. Ángel Expósito, un simple campanero —respondió sin asomo de sonrisa.

—¡Y magnífico dibujante! —exclamó Manuel.

—Es una afición que he desarrollado desde que era niño, disfruto con ella, sin más.

—¿Me permite? —pidió, extendiendo la mano hacia el dibujo.

Durante un instante sostuvo el trabajo entre sus manos y se acercó después hasta el capitel.

—¡Pero esto es magnífico! —exclamó con entusiasmo—. Le puedo decir, Ángel, que he pasado horas ante esta portada, he consultado grabados y he visto imágenes de estas esculturas en libros de arte… y le aseguro que jamás había reparado en detalles que usted ha captado. ¡Fíjese en esos tres peces nadando entre las aguas del mar! ¡Hubiera negado que están ahí de no verlo ahora con mis propios ojos[Fig. 1]!

—A veces sucede, no reparamos en lo que tenemos ante nosotros cada día.

—Y dígame, Ángel, ¿tiene usted más trabajos como este?

—Alguno tengo, sobre todo de los capiteles del claustro, aquí es difícil dibujar. Excepto a estas horas, la calle es un ir y venir…

Manuel asintió.

—No quisiera abusar de su confianza, pero ¿podría usted mostrármelos en algún momento? Cuando pueda, por supuesto.

El campanero pareció vacilar.

—Está bien —cedió al cabo de un instante, consultando un reloj que extrajo del bolsillo—. Tendrá que esperar, es hora de tocar a misa. Si pasa al interior, yo mismo se los bajaré en unos minutos. Hay tiempo entre toque y toque.

—No quisiera hacerle bajar sin necesidad. Puedo subir con usted si lo prefiere —dijo mientras entraban en el templo a través de la puerta entreabierta.

Esta vez el campanero pareció azorarse y golpeó la puerta al cerrar de nuevo una vez dentro.

—No puedo enorgullecerme del lugar en el que vivo, se lo aseguro. Espero que lo comprenda.

—Desde luego, en ese caso esperaré aquí. Nunca he visto el interior de la catedral a una hora tan temprana.

—Parece una catedral diferente a cada hora del día —coincidió el campanero—. El amanecer en esta época del año es uno de mis momentos preferidos, justamente desde aquí.

Los rayos de sol, cercanos a la horizontal, atravesaban los esbeltos ventanales góticos de la nave central y proyectaban las sombras de sus nervaduras sobre los sillares de la pared opuesta.

—Espéreme aquí, vuelvo enseguida.

El campanero abrió la pequeña puerta de madera que daba acceso a la torre meridional, accionó el interruptor de una pequeña bombilla y se perdió entre las sombras de la escalera de caracol que ascendía a lo alto. Manuel alzó de nuevo la vista y por un momento lamentó no tener manera de captar aquella pequeña maravilla. Pensó que quizás entonces, sin la carga de la consulta, podría ser el

momento de iniciarse en los secretos de la fotografía, algo que siempre le había atraído pero que siempre había pospuesto.

Avanzó por el lado del evangelio y acercó el rostro a la verja que cerraba la sorprendente capilla barroca de Santa Ana. También allí la luz se filtraba por los ocho ventanales que rodeaban la cúpula, dando vida al ejército de querubines que parecían revolotear en las alturas. En aquel momento empezaron a sonar las campanas. Mientras avanzaba hacia la nave central, contó de manera casi inconsciente los cuarenta toques y uno más, separado del resto, que identificaba la primera llamada a la primera misa del día. Pasó por delante del coro y dejó a su izquierda la capilla del Espíritu Santo antes de regresar por la nave de la epístola. Anotó mentalmente la incomparable sensación de pasear por aquel lugar en completa soledad y decidió volver en otra ocasión, con más tiempo. En ese momento prefirió esperar al campanero en el punto del trascoro en el que lo había dejado. Apenas tuvo tiempo de contemplar los dos enormes lienzos que lo presidían, pues las pisadas en la escalinata le advirtieron de su regreso.

—Aquí tengo algunas —dijo alzando un viejo cartapacio de cartón—. Pero será mejor que salgamos al claustro, aquí la luz es escasa.

Manuel caminó tras él, atravesando las puertas que abría con un manojo de llaves que le colgaban del cinto. Accedieron al claustro por la esquina nororiental, y el campanero avanzó por la crujía, hasta alcanzar uno de los últimos capiteles del ala norte. En todos ellos aparecían representadas distintas escenas de la vida de Jesús. La luz excesiva había obligado una vez más a Manuel a secarse los ojos con el pañuelo.

—He empezado a pintar los menos deteriorados, este es uno de los que más me gustan —explicó el campanero al tiempo que abría el cartapacio.

Se sentó en la piedra, apoyó los dibujos en el muro y fue pasando los pliegos hasta que encontró el que buscaba.

—Aquí está, representa la resurrección de Lázaro. [Fig. 2]

Manuel se guardó el pañuelo en el bolsillo, tomó el carboncillo entre las manos y lo dispuso de manera que la luz permitiera contemplar los detalles. Durante un minuto se limitó a llevar la vista del papel a la piedra del capitel, girando en torno a él para abarcar sus cuatro costados, que en el pliego aparecían como un continuo.

—Esto es asombroso, Ángel…, si me permites que te tutee —dijo al fin, con la sorpresa reflejada en el rostro—. ¡Es mejor que una fotografía, más expresivo! ¡Y tan fiel al original!

—Me gusta lo que hago —repuso el campanero con humildad—. Y tiempo no me falta.

Manuel dejó el dibujo y tomó el siguiente.

—La entrada de Jesús en Jerusalén[Fig. 3] —reconoció en voz alta.

—Veo que conoce bien el claustro.

—Soy un buen aficionado al arte. Sería un crimen no serlo, teniendo tesoros como estos a nuestro alcance —contestó sin apartar la vista de los dibujos—. ¡Pero

esto es simplemente soberbio!

—Exagera usted, doctor.

—Por favor, llámame Manuel. Si de mí depende, creo que podremos mantener una relación más estrecha en adelante. Me gustaría disfrutar de tu trabajo con más detenimiento —dijo mientras ojeaba el resto de los dibujos.

—Puede llevárselos, ya me los devolverá.

—Lo haré, sin duda. Pero me refiero a algo más, tengo una propuesta que hacerte…

—Usted dirá, pero espérese, que tengo que tocar el segundo —añadió de repente, echando a andar en dirección al templo.

Manuel entretuvo la espera comparando dibujos y originales. De nuevo escuchó, mucho más claro entonces, el tañido de la campana y, al cabo de un momento, Ángel estaba de regreso.

—¿Me decía?

Manuel reparó en el aire circunspecto que el campanero no había abandonado desde que entablaran conversación. Sus ojos siempre aparecían entornados, sus labios apretados… En ningún momento había esbozado una sonrisa siquiera, aunque su tono no dejara de ser cordial.

—He de confesarte que, aunque este claustro es una joya del románico, mi debilidad es la Puerta del Juicio. Creo que el auténtico tesoro de la catedral está allá fuera. Hay otras portadas en las que se representa el Juicio Final, pero ninguna con tal cantidad de escenas referidas a los castigos del infierno. ¡La mitad derecha de la portada está dedicada por completo a representar los pecados más variados y los tormentos que aguardan a los condenados!

—Lo sé, don Manuel. Casi sesenta escenas, y otras tantas en el cielo.

—Manuel a secas, por favor.

—De acuerdo, Manuel a secas…

—Un auténtico libro abierto para los habitantes de Puente Real de hace más de setecientos años. ¿Qué otra cosa necesitaba la Iglesia de entonces para aleccionar a los vecinos que mostrarles de esta forma tan expresiva el premio que aguardaba a los mansos y el castigo que merecían los díscolos? Daba igual que ninguno de ellos supiera leer. Ahí podían ver, igual que ahora vemos una película en el cine Cervantes, las calderas del infierno preparadas para los panaderos que les sisaban con el pan, a los carniceros que engañaban con el peso y a los usureros que abusaban con los intereses de sus préstamos. O a esos sodomitas a los que un demonio lleva colgados de los huevos en una barra. —Rio.

—Incluso algún clérigo al que otro diablo pone una mano en el hombro, recordándole que él también tiene un lugar reservado en el infierno.

—¡Cierto! ¿Imaginas el efecto en aquella gente, en tiempos del rey Sancho el Fuerte, cuando se descubriera por fin la portada acabada? Además en sus orígenes estaba policromada, la llamaron la Puerta Pintada.

—No lo sabía.

—Así es. Debió de ser sencillamente impactante, todas esas escenas del fuego del infierno pintadas de rojo, supongo que las del cielo en azul…

—Aun con el color de la piedra desnuda sobrecoge.

—No hay vez que pase por delante y no me detenga a mirarla. Gracias a eso he tropezado contigo. Si no, quizá ni siquiera hubiera reparado en tu dibujo.

—Pues hemos coincidido por casualidad, estaba a punto de subir a tocar a misa.

—Las cosas no ocurren por casualidad, Ángel. A mí me apasiona esa puerta y he tropezado contigo, que estabas pintándola. Y eso me va a permitir proponerte algo que lleva tiempo rondándome la cabeza.

—Pues dígame… dime —se corrigió.

—¿Querrías dibujar para mí todas y cada una de las dovelas de la portada?

Ángel dio un respingo, y sus ojos terminaron de entornarse en un gesto de extrañeza.

—Te pagaría por ello, por supuesto. Imagino que tu salario como campanero no te permite demasiados dispendios. Es, como te digo, algo que tengo en mente desde hace tiempo, pero ni yo tengo la capacidad de hacerlo ni mi cansada vista me lo permitiría.

El campanero consultó de nuevo el reloj.

—Son casi las ocho, deme un momento.

Esta vez Manuel aprovechó la espera para recorrer el claustro, recordando las distintas escenas representadas en cada uno de los laterales. Observó con preocupación el progresivo deterioro que sufrían algunos de los capiteles, en especial en aquellas partes más expuestas a las inclemencias del tiempo, y recordó las noticias de prensa acerca de repetidas demandas a la Diputación por parte del Ayuntamiento para proceder a la reparación de las cubiertas.

Ángel bajó de la torre sin una señal que delatara el esfuerzo.

—¿Tienes que subir cada vez a lo alto del campanario?

—No, no. No sería posible, tan solo hasta la base del campanario, a la altura del rosetón. Allí está la vivienda de los campaneros y hay una cuerda que permite tocar sin subir. ¡Son doscientos escalones!

—Bien, ¿qué respondes a mi propuesta?

—No necesito dinero, tengo lo suficiente para mantenerme, y un techo donde cobijarme. Lo haré porque me divierte.

—Insisto…, el trabajo será largo y tedioso.

—Si creyera que va a ser tedioso no aceptaría, Manuel. Así que no insista, no vaya a ser que cambie de opinión. Tengo mis razones para no aceptar ese dinero.

—Como quieras, es tu decisión. Permite al menos que te proporcione todo el material necesario.

—A eso no le diré que no. Ni a que me explique qué hará cuando tenga todos los dibujos. Son más de un centenar y medio, en total, contando los capiteles y las claves.

—¡Es cierto, qué estúpido! Quiero hablar con algún impresor para tratar de hacer reproducciones y, si fuera posible, editar un libro con ellas. Hasta ahora no se ha hecho nada parecido, y creo que la singularidad de nuestra portada merece una mejor divulgación. No resultará barato, pero estoy dispuesto a correr con los gastos, sobre todo después de saber que el autor no quiere cobrar por su obra.

Tampoco esta vez consiguió sacar una sonrisa al campanero.

—En ese caso, empezaré cuanto antes.

—No quiero meterte prisa, supongo que cada dibujo te llevará varios días.

—Ha habido días en que he terminado dos…

—¿Bromeas?

—Trabajo rápido. El dibujo de la Puerta del Juicio que ha visto… lo empecé ayer cuando hubo luz suficiente, hasta la misa de ocho. Y lo estaba terminando esta mañana cuando ha llegado usted.

—¡Asombroso!

—Antes de Navidad tendrá usted terminada su portada. Si todo va bien —añadió.

—Magnífico, Ángel. —Le estrechó la mano de nuevo—. Una provechosa mañana, sin duda.

—También para mí lo ha sido.

—Hagamos una cosa —dijo, echándose la mano a la billetera—. Toma cincuenta pesetas y compra tú mismo el material que necesites.

—Si no es molestia, preferiría que lo hiciera usted, acostumbro dejar la catedral solo lo imprescindible. Un papel de cierta calidad y buenos lápices, con eso será suficiente.

—Y unos portafolios nuevos, no quisiera que tu trabajo sufriera desperfectos.

—Compre si acaso papel de seda para separarlos.

Manuel asintió.

—¿Por dónde empezarás?

—Por donde usted me diga. Pero si me lo permite, iré alternando las dovelas del cielo y el infierno, y los capiteles. Así resultará menos monótono.

—Sobre todo el cielo. —Rio—. ¡Resulta aburrido en comparación con la actividad frenética del infierno!

—Precisamente.

—Me gustaría… que fueras tú mismo quien trajera los dibujos a casa cuando los vayas terminando. Así tendremos ocasión de intercambiar impresiones y te mostraré el material que guardo en mi biblioteca sobre la portada. Hay cosas realmente interesantes sobre la interpretación de las escenas…

Aunque sin convicción, el campanero asintió, lo cual pareció dar pie a Manuel para dar una vuelta de tuerca más.

—¿Por qué no te vienes esta misma noche? Si está disponible, te podrás llevar todo el material. Conocerás a mi esposa, y te aseguro que nuestra doncella cocina como los ángeles.

—Deje, don Manuel —dijo, recuperando el tratamiento al parecer de forma inadvertida—. Le recuerdo que la gula tiene su correspondiente castigo en la portada.

—Lo sé, lo sé. —Rio—. No te fuerzo, pero si trabajas al ritmo que aseguras, te espero cualquier tarde de la próxima semana. Puedes venir un rato antes de la cena, te mostraré mi biblioteca y me enseñas los primeros dibujos. Estoy impaciente por que los vea Margarita, mi esposa.

—¿Qué quiere que haga con las dovelas dañadas? Hay algunas cabezas, sobre todo de demonios, que han sido arrancadas; sin ir más lejos, la de Satanás sentado en su trono.

—Mi intención es representar la portada tal como la conocemos hoy, es mejor que la pintes tal como es.

—Me parece acertado. No sería difícil copiar las cabezas siguiendo el modelo de otras dovelas, incluso de otros capiteles de la catedral, pero, si lo que pretende es hacer un trabajo riguroso, opino como usted.

El campanero se levantó y se puso el cartapacio bajo el brazo. Manuel se incorporó también.

—Por cierto, Ángel —dijo Manuel mientras caminaban hacia el templo—, también debo felicitarte por tu trabajo como campanero. En todo Puente Real se comenta tu maestría, has dado nueva vida a esas viejas campanas.

—Me gusta hacer bien mi trabajo, eso es todo —respondió.

La puerta del claustro se cerró tras ellos, y se dirigieron hacia el trascoro, en dirección contraria al lugar de donde llegaba la voz del sacerdote, que pronunciaba en aquel momento la homilía.

—No sabes cuánto me alegro de haber tropezado contigo —dijo Manuel con voz queda al coger el pestillo de la puerta.

—Aquí dentro, agradézcaselo a la Divina Providencia. Fuera… usted verá —contestó cuando la puerta de la torre se cerraba tras de sí.

Capítulo 8

Miércoles, 10 de agosto de 1949

Carmencita salió de la cocina al oír el timbre de la puerta. Se secó las manos con un trapo limpio y se ajustó el delantal mientras recorría el espacioso vestíbulo hasta la entrada. Cuando abrió vio al otro lado de la acera, y bastante alejado de la casa, a un hombre alto y corpulento al que no había visto nunca. Miraba hacia los balcones del primer piso y portaba bajo el brazo un portafolio de buen tamaño.

—Buenas tardes, perdóneme —dijo mientras se acercaba—. Soy Ángel Expósito.

—Pase usted, don Manuel le está esperando —respondió haciéndose a un lado—. ¿Me permite?

Solo entonces pareció reparar el recién llegado en que llevaba puesto el sombrero y, con un gesto de disculpa, se lo entregó. Permaneció en pie junto a la puerta mientras la muchacha lo colgaba del perchero.

—Tenga la amabilidad de esperar —le pidió—. Avisaré a don Manuel.

Aún no había dado dos pasos cuando se oyó una voz en lo alto de la escalera.

—¡Ángel! ¡Bienvenido! Sube, sube, estoy en la biblioteca —indicó con tono jovial, asomando la cabeza por la parte alta de la balaustrada.

El campanero dirigió un gesto de cortesía a Carmencita y se encaminó hacia la escalinata. La doncella, con lentitud, regresó a la cocina, sin perder detalle de aquel hombre del que don Manuel había hablado a la señora en repetidas ocasiones en aquellos últimos días. Era buena observadora, y había percibido que, aunque tratara de ocultarlo tras una actitud orgullosa, se había sentido intimidado al entrar. El pantalón que llevaba era nuevo, igual que la camisa, aunque a ambos les faltaba un buen planchado. Saltaba a la vista que tampoco estaba acostumbrado a llevar sombrero. Y lo más llamativo: en todo momento había tratado de ocupar una posición que le permitiera ocultar su perfil derecho, algo que sin embargo le había resultado imposible al girar en el descansillo de la escalera. En ese instante, Carmencita había vislumbrado la cicatriz que deformaba un rostro que de otro modo habría resultado agraciado, a pesar de la densa barba con la que trataba de ocultarlo.

Manuel esperaba en lo alto y le tendió la mano sin esperar a que llegara arriba. Aunque Ángel se encontraba un escalón más abajo, sus ojos estaban a la misma altura cuando se saludaron.

—Me alegro de tenerte aquí —dijo, e indicó el camino a su invitado—. Pasaremos a la biblioteca mientras nos preparan algo de cenar. Ya veo que has traído lo que estaba esperando… ¡y con impaciencia!

Ángel alzó ligeramente el portafolio, confirmándolo, aunque en su rostro seguía ausente cualquier atisbo de sonrisa. Manuel tomó los dos pomos de la puerta e hizo rodar las hojas sobre los rieles.

—Pasa, deja el portafolio en la mesa, me reservo el placer para más adelante… —

dijo, observando la reacción de su invitado.

Lo primero que llamaba la atención al entrar en la biblioteca era la chimenea tallada en piedra que ocupaba el centro de la pared frontal. A su izquierda arrancaba la magnífica librería que cubría por completo el resto de la pared y doblaba dos esquinas hasta la puerta. Los estantes de madera noble, salpicados de pequeñas lamparitas doradas, albergaban centenares de volúmenes de apariencia tan variada que daban al conjunto un aspecto abigarrado pero soberbio. En el ángulo de la librería se había dispuesto un escritorio de época con una magnífica lámpara. En la parte derecha de la chimenea se hallaba la zona de estar, sobre una enorme alfombra idéntica a la que cubría la zona de biblioteca. Un sofá de piel y dos amplios butacones rodeaban una mesa baja situada entre los dos balcones que daban al exterior. Las puertas de ambos se encontraban abiertas, y la brisa del atardecer se colaba en el interior agitando con suavidad las cortinas.

—Aquí es donde paso la mayor parte del tiempo —explicó Manuel, mientras se dirigía al fondo de la estancia—. ¿Qué más puede pedir un hombre para los ratos de soledad? Libros, buena música, una copa de vez en cuando…, algún cigarro de tarde en tarde. ¿Tú fumas?

Ángel asintió.

—Yo no suelo fumar, así que nunca sé dónde dejo la pitillera, pero mientras la busco podemos tomar algo.

Se acercó a lo que parecía un mueble para las bebidas, junto a una pequeña mesa auxiliar.

—¿Qué te apetece? Me he permitido subir un buen vino de la bodega, pero si prefieres cualquier otra cosa tienes donde elegir…

—El vino estará bien —respondió el campanero.

—Excelente, déjame entonces que abra la botella. Un Marqués de Riscal, reserva del 45, un caldo excelente.

Ángel observaba la estancia mientras Manuel se empleaba con el sacacorchos. Después el médico sirvió dos copas. Probó el vino y, satisfecho, tendió la otra copa a su invitado.

—Y aquí está… la última de mis aficiones.

Con la copa en la mano se había acercado a un voluminoso mueble de madera situado en un costado de la estancia. En el frontal destacaba el dial de una radio, pero cuando Manuel alzó la tapa superior, apareció un tocadiscos eléctrico.

—Disfruto con la música, en especial con los maestros italianos del Barroco. Me relaja, consigue serenar mi ánimo cuando me hace falta.

Manuel manipuló el mecanismo y colocó el brazo sobre el disco que estaba puesto. La estancia quedó inmediatamente inundada por una melodiosa música de flauta.

—«Concierto para flauta dulce», de Vivaldi —explicó—. El largo es asombroso… ¿Te gusta la música clásica?

—Donde vivo no tengo ocasión…

—Bueno, si te gusta aquí tienes tu casa, puedes venir cuando quieras —respondió, y saboreó un sorbo de vino—. Luego te presentaré a mi esposa, supongo que está terminando de arreglarse, ya sabes cómo son las mujeres… ¿Has estado casado?

—Tuve una novia, antes de la guerra. Pero al volver del frente me enteré de que su familia había decidido regresar al pueblo del que procedían. Habían dejado referencias y podía acudir en su busca, pero con mis heridas… preferí desaparecer.

—Lo lamento.

—Para ella fue lo mejor. Más tarde me enteré de que se había casado y tenía varios hijos.

—Entiendo. Han debido de ser años duros para ti.

—Son cosas de las que prefiero no hablar.

—¡Claro! —se apresuró a decir Manuel—. Por supuesto… Además, es hora de que me enseñes tus dibujos, estoy impaciente.

Ángel hizo ademán de dejar la copa en la mesa.

—¡No, siéntate en el sillón! Ahí estaremos bien. Yo traeré la carpeta.

Manuel cogió el portafolio y lo depositó en la mesa baja del centro, mientras ocupaba el asiento del sofá más cercano a Ángel. Él mismo desató las pequeñas cintas de color granate que lo mantenían cerrado. En ese momento, unos golpes apenas audibles sonaron tras ellos.

—¿Se puede? —preguntó Margarita, al tiempo que entraba en la biblioteca.

—¡Ah, ya estás aquí, estupendo! —exclamó Manuel poniéndose de nuevo en pie—. Permitid que os presente: Margarita, mi esposa. Ángel Expósito, el mejor campanero que ha tenido nuestra catedral y el mejor dibujante que he conocido.

Ángel, visiblemente azorado, también se había levantado. Estaba arrinconado por los muebles, de modo que esperó a que su anfitriona se acercara, le tendió la mano y la saludó con delicadeza.

—Encantado —acertó a murmurar.

—Mi esposo lleva diez días sin dejar de hablarme de sus dibujos. Deben de ser magníficos, es muy especial con el tipo de pintura que le gusta.

Manuel reparó en el recogido de su esposa, algo poco habitual en aquellos últimos tiempos, en que las visitas no se prodigaban. El maquillaje que se había aplicado suavizaba sus marcadas ojeras, y el ligero vestido de verano, negro como toda su indumentaria, acababa de resaltar la serena belleza que la madurez le iba aportando.

—¡Has llegado justo a tiempo! Ángel se disponía a enseñarme sus primeros dibujos. ¡Ven, siéntate a mi lado, los veremos juntos!

De nuevo, tomaron asiento.

—Será mejor que lo abras tú —dijo Manuel desplazando la carpeta hacia su izquierda—, y nos vayas mostrando los dibujos en el orden que mejor te parezca.

Ángel colocó la carpeta en el suelo, de canto y apoyada en las patas de la mesa, rebuscó en su interior y, con delicadeza, extrajo el primer pliego.

—Es el capitel que tanto le gustó cuando nos conocimos.

—¡Lo has repetido!

—Sí, el papel que me ha proporcionado usted es de calidad muy superior, y el tamaño tampoco coincidía. He preferido empezar desde el principio.

—Fíjate, Margarita —dijo Manuel, sin ocultar su entusiasmo—. ¿No es extraordinario?

En la escena, que representaba la creación de los cielos y el mar, la figura de Dios aparecía tallada en dos lugares distintos. De su mano, en la primera, parecía surgir el firmamento, con el Sol, la Luna y las estrellas. La figura de la izquierda sostenía un caldero del que se vertían las aguas del mar, entre las que Ángel, jugando con las tonalidades del gris, había destacado los tres peces que representaban las criaturas de los océanos. Margarita parecía realmente pasmada.

—¡Pero, Ángel…! ¡Este trabajo es obra de un auténtico artista! ¿Cómo puede usted dar esa sensación de volumen jugando tan solo con las sombras y los diferentes trazos y texturas? ¡Parece que pueden tocarse esos pliegues de las ropas, esas ondas en el agua!

—Me he permitido dibujar las pupilas en los ojos de todos los personajes —explicó Ángel—. Eso les da mucha más expresividad. En la piedra, los ojos en blanco proporcionan a las figuras un aire fantasmal.

—¡Soberbio trabajo! ¿No te lo dije, Margarita?

El campanero ya se disponía a sacar el segundo dibujo.

—Esta es una de las diez dovelas que componen la primera arquivolta. Son todas muy parecidas, así que he empezado por una de ellas para poder espaciarlas. Todas tienen a dos ángeles que portan coronas y cetros en distintas posiciones[Fig. 4].

—¡En efecto! Son las coronas y los cetros que se entregarán en el Juicio Final a los bienaventurados que gozarán del Reino de los Cielos.

Manuel se puso en pie.

—Perdonadme, pero he pasado estos últimos días buscando entre mis libros todo lo que hubiera sobre la Puerta del Juicio. Recuerdo haber leído algún detalle acerca de esto.

Se dirigió a la mesa más próxima a la librería y tomó dos libros de distinto tamaño. Luego buscó en uno de los estantes y extrajo lo que parecía un ejemplar de la Biblia. Cogió unas lentes de la mesa, regresó y lo depositó todo junto a él, antes de abrir el más pequeño de los libros.

—Aquí está —dijo ajustándose las lentes—. Permitid que os lea esto: «En la Biblia existen múltiples referencias al premio de la corona para los elegidos, aunque quizá la principal se encuentra en el libro del Apocalipsis (Apocalipsis 2, 10)».

Manuel empujó la Biblia hacia Margarita.

—¿Puedes buscarlo tú? Creo que tienes más práctica —añadió, burlón.

Margarita compuso un gesto indescifrable, pero hojeó el libro y encontró el pasaje.

—«Mantente fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de vida» —leyó.

—¡Ahí está! Pero busca este otro, en la primera epístola de san Pablo a los corintios, Corintios 9, 24-25.

Margarita rebuscó de nuevo con agilidad.

—Este es más largo: «¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo, ¡y eso por una corona corruptible! ¿Qué no haremos nosotros en cambio por una incorruptible?».

—¿Imagináis a nuestros paisanos en tiempos de Sancho el Fuerte contemplando estas coronas pintadas de color dorado en manos de ángeles alados? No necesitaban leer la Biblia para comprender el mensaje. Va a resultar apasionante ir buscando la interpretación de las escenas a medida que Ángel las dibuja.

—Debo agradecerle su tarea —dijo Margarita—. Hacía tiempo que no veía a mi marido tan entusiasmado con algo. ¿Ha dibujado usted alguna más?

Esta vez Ángel esbozó lo más parecido a una sonrisa que Manuel le había visto.

—He dibujado quince en total.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Manuel—. ¡Solo han pasado diez días!

—Los días se hacen muy largos en la torre.

—Pero supongo que deberá tener el modelo ante usted para pintar con semejante detalle —contestó Margarita.

—En las primeras fases del trabajo es así. Realizo el boceto poco después del amanecer y en una hora, antes de misa de ocho, suelo tenerlo acabado. Luego subo arriba y allí, en los tejados, a la sombra de la torre, aplico las sombras y las texturas. Le aseguro que después de una hora de trabajar en el boceto, tengo todos los detalles en la cabeza, y lo mejor para trabajar es la tranquilidad de aquellas alturas. Algunos días repito el proceso tras la hora de la comida, cuando el calor vuelve a dejar las calles desiertas.

—Asombroso —reconoció Margarita—. ¿Y no ha pensado dedicarse usted a esto de manera profesional?

—No, señora, hasta hace diez días no le daba a esta capacidad más valor que el de una simple afición. Y ya tengo un trabajo que me satisface.

—Ángel se ha negado a cobrar por este trabajo —aclaró Manuel a su esposa.

—Y mantengo mi decisión. No podría aceptar dinero por hacer algo que me apasiona.

Manuel se levantó de nuevo, abrió una puerta que había en la parte baja de la librería y extrajo un paquete envuelto con un vulgar papel de embalaje marrón y atado con bramante.

—Disculpa la presentación, ha llegado esta misma mañana en La Veloz, y parece que mi contacto en Barcelona no aprecia el valor estético de sus envíos. Espero que el

contenido lo compense. Ya que te niegas a cobrar, acepta este pequeño obsequio.

Ángel tomó el paquete y soltó con cuidado el nudo que sujetaba el envoltorio. Desdobló las esquinas del papel y dejó al descubierto una caja negra de madera, con una leyenda grabada con letras blancas.

FABER-CASTELL
(Since 1761).
Art & Graphic
Monochrome

—Recién llegadas de París, pero fabricadas en Alemania, según me han contado. La mejor calidad —explicó Manuel con una sonrisa—. Pero ábrelo, espero que sea lo que necesitas.

Ángel accionó los mecanismos de cierre y la caja se abrió desplegándose en dos pisos. En perfecto orden apareció ante ellos un espectacular surtido de lápices de grafito ordenados según su dureza, lápices de carbón, de cera y de pastel, barras de grafito de diferentes calibres, carboncillos, gomas, afiladores y difuminos. Manuel vio que Ángel tragaba saliva, sin dejar de mirar.

—Nunca había visto nada igual —declaró, moviendo la cabeza de un lado al otro —. Es el sueño de un dibujante, aquí hay más de cien piezas. Esto debe de valer una fortuna.

—Hacía tiempo que no gastaba unos duros tan bien gastados. Para mí son todos iguales, no sabría qué hacer con todo esto, pero en tus manos…

Ángel sacó una hoja de papel en blanco de la carpeta, cogió con cuidado uno de los lapiceros, trazó varios círculos perfectos y empezó a sombrear el primero. Al cabo de un minuto, el resultado era una esfera que parecía iluminada desde el ángulo y que proyectaba su sombra oblicua en el papel. Difuminó los trazos entrecruzados con el dedo anular, y el resultado adquirió un aspecto casi real. Dejó el lápiz y cogió otro para repetir el proceso, absorto y en silencio. En este caso, la bola brillante tenía un tono algo más oscuro y una textura granulada. Se decidió luego por una pequeña barrita y tardó apenas un instante en sombrear la tercera esfera, esta vez de un negro opaco.

—Asombroso… —musitó Margarita cuando les tendió la hoja.

—Son de excelente calidad, en efecto. Esto me facilitará todavía más el trabajo — aseguró, echando un último vistazo a los lápices antes de cerrar la caja.

—Lamento no poder verte trabajar en tus dibujos, resulta hipnótico.

—No me molestaría si algún día madruga usted y se acerca por la catedral.

—Lo haré, pero tendrás que olvidarte del «usted» de una vez por todas.

—Enséñanos algún dibujo más —pidió Margarita, tuteándolo intencionadamente.

—¿Alguno del infierno? —sugirió Manuel.

Ángel pasó varias láminas y extrajo una.

—Esta me ha llamado la atención desde que la vi. —Le dio la vuelta para mostrarla.

Una criatura infernal con cuerpo humano, garras con grandes uñas, fauces de lobo y largas orejas, asía la mano de un monje y acercaba su repulsiva lengua a la caperuza de su hábito, para lamerla o quizá para susurrarle al oído. El rostro desencajado del clérigo parecía indicar que el demonio le estaba reclamando el cumplimiento de un viejo pacto entre ambos. Junto al monje, alejado de la figura del averno, se hallaba un abad, identificado por el báculo que portaba. Sin embargo, el demonio, con el brazo por detrás del monje, colocaba la mano sobre la cabeza del abad, recordándole quizá que también él tenía un lugar reservado en el infierno[Fig. 5].

—Nunca me había parado a pensar en el significado de estas escenas —reconoció Margarita.

—Ni tú ni la mayoría de los que cada día pasan por debajo de ellas. En realidad, hay que tener ciertos conocimientos bíblicos para saber interpretarlas o disponer de alguien que lo haga.

—Hoy en día pocos están dispuestos a hacer un esfuerzo así. O estamos… —reconoció Margarita.

—Es lo que pretendo con todo esto. En la Edad Media, seguramente habría un clérigo que explicara a los fieles el significado de cada escena —aventuró Manuel mientras se levantaba—, pero ahora eso no ocurre.

Los conciertos de Vivaldi habían llegado a su fin, y el disco giraba emitiendo un sonido acompasado. Tras detener el aparato, lo cogió con suavidad y lo introdujo en la funda de cartón.

—Por cierto, ahora que te veo con la Biblia en la mano —se volvió hacia su esposa—, recuerdo que quería preguntarte algo. ¿A ti te dicen algo unas referencias como II-3 y VI-2?

Margarita compuso una expresión de extrañeza.

—¿Algo relacionado con la Biblia, quieres decir?

—Sí, algún pasaje conocido, alguna carta como la que has leído hace un momento, la de san Pablo a los corintios o a los efesios, no sé…

Margarita negó con la cabeza.

—Es igual, no tiene importancia. Hablábamos de los dibujos de Ángel —continuó el médico—. Me gustaría consultar a algún impresor para intentar editar todos los dibujos, junto a una breve interpretación de su significado, recopilando los pocos trabajos que he encontrado sobre la Puerta del Juicio —explicó en voz más alta, sin ocultar su entusiasmo, mientras seleccionaba un nuevo disco—. Desde luego, ninguno de ellos incluye las imágenes de las dovelas; a lo sumo grabados o fotografías de la portada en su conjunto.

Ángel, entretanto, había sacado nuevos dibujos y los había esparcido sobre la mesa, bajo la mirada continuamente sorprendida de Margarita.

—Boccherini —anunció Manuel—. La «Música nocturna de las calles de

Madrid» estará bien, hoy estoy de buen humor.

La música inundó de nuevo la biblioteca mientras regresaba a su asiento. Contempló algunas de las escenas que representaban a apóstoles, mártires y profetas. Entre ellas asomaba una lámina con un perro en la parte inferior.

—Ah, fíjate en este. —La sacó con cuidado—. Es la representación de la avaricia.

No resultaba difícil deducir que se trataba de un carnicero. Encima de una mesa se veía una gran pieza de carne, pero la mayor parte del espacio estaba ocupada por una balanza, que el dueño del negocio trataba de inclinar apoyándose en ella. A los pies de la mesa se encontraba el perro[Fig. 6].

—Pero ¿dónde está el demonio? —preguntó Margarita.

—¡Ah, es una curiosidad de esta dovela, y de unas cuantas más! Aquí se representa el pecado en el momento en que es cometido, y no el castigo, como en el resto. Ocurre lo mismo con los pañeros y con una panadera, por ejemplo. No todas las escenas se desarrollan en el infierno. Pero ¿os habéis fijado en un detalle? La pieza de carne que hay encima de la mesa del carnicero y la cabeza que está pesando en la báscula se parecen sospechosamente al perro que retoza a sus pies.

—¡Es cierto! —Margarita rio—. ¡No solo engañaba con el peso, sino con la calidad de la carne!

—Me asombra la habilidad de los canteros para representar en piedra escenas con tanto detalle. En el borde de alguna dovela me ha parecido ver marcas que se repiten: su firma, sin duda.

—Hay muchas en toda la catedral, que incluso coinciden con las que aún se ven en el puente del Ebro. Ya sabrás que las dos obras son contemporáneas.

—En aquella época no les faltaba el trabajo.

—Tampoco a ti te va a faltar, al menos en lo que queda de año —bromeó Manuel, al tiempo que se incorporaba—. Magnífico trabajo, no puedo estar más satisfecho. Espera a que se conozca en Puente Real, te vas a convertir en un personaje célebre.

Ángel recogía ya los dibujos con cuidado, alternando cada lámina con una hoja de papel de seda, y no respondió al comentario.

—Le dejaré el portafolio con los dibujos, tengo en la torre el otro que me proporcionó.

—Estupendo. Los iré guardando como oro en paño. Pero ahora será mejor que bajemos a cenar, ya huelo los aromas que suben de la cocina. Carmencita es una gran cocinera.

—Si me permitís, yo me adelanto para ayudarla con la mesa —anunció Margarita.

Manuel tomó el portafolio y se acercó al escritorio para depositarlo allí. Después regresó hasta el tocadiscos para guardar el último disco que había sonado, cerró con cuidado la tapa del aparato y tomó de la mesa auxiliar la botella de vino, aún mediada.

—Me está sabiendo delicioso, lo terminaremos durante la cena.

Todavía se entretuvo en abrir varios cajones hasta que pareció encontrar lo que buscaba. Mostró a Ángel un pequeño estuche de cuero.

—Los cigarrillos que te había prometido. Para acompañar el café.

Ángel cogió el maletín de los lápices, y salieron al rellano, decorado con sobriedad pero con gran elegancia.

—Esta es la sala de costura, donde las mujeres suelen pasar largos ratos —indicó Manuel abriendo la puerta—. Y enfrente está nuestro dormitorio. Las dos puertas pequeñas son de los cuartos de baño. Carmencita tiene su cuarto en el piso de arriba. Y la habitación que queda en esta planta es… era la de Alfonso.

Manuel advirtió que Ángel parecía realmente conmovido.

—Lamento lo del muchacho.

—¡Ah! ¿Estás al corriente?

—Sí, claro. Todo Puente Real lamentó la desgracia.

—Lo sé. Hasta hace pocos días seguía como él lo había dejado antes de sufrir el accidente. —Señaló la puerta cerrada—. Pero tuve que tomar la decisión de cambiarlo. Para Margarita no suponía más que un perjuicio. Aún no lo ha superado.

—Hoy parecía contenta —acertó a comentar el campanero mientras descendían.

—Lo que has visto es resultado de su estricta educación, sabe mantener las formas cuando hay una visita. Aunque sí, quizás hoy la he visto realmente animada, creo que ha disfrutado mucho con tus dibujos.

Ángel asintió.

—En esta planta están el comedor y la cocina. El resto lo ocupan mi consulta, un pequeño quirófano y la sala de espera. Apenas lo utilizo ya.

La luz del salón ya se hallaba encendida cuando entraron. La zona de estar compartía el espacio con una gran mesa de comedor, vestida con un delicado mantel y con tres cubiertos puestos. Manuel dejó el vino en un extremo, tomó dos copas de cristal de la vitrina más cercana y regresó para llenarlas. De nuevo probó una de ellas.

—Sí, mantiene una buena temperatura —aseguró tendiendo la otra copa a Ángel.

Manuel se dirigía hacia los sillones cuando entró Margarita.

—No, no os sentéis. La cena ya está lista.

—¡Perfecto! Estoy hambriento —declaró—. ¡A la mesa entonces!

La cena se desarrolló en un ambiente distendido, aunque Manuel no dejó de reparar en que Ángel se encontraba incómodo a la hora de manejarse en la mesa. En un par de ocasiones sorprendió a Carmencita contemplando a su invitado con excesivo descaro y hubo de fruncir el ceño para que se diera por aludida. Había preparado una ensaladilla rusa con los productos de la huerta que Joaquín cultivaba en la finca de la vega. Hasta los huevos duros que llevaba eran de sus gallinas, igual que el aceite de la mayonesa, de sus propias olivas, exprimidas en el trujal municipal. Comieron después lomo y costilla en conserva, procedentes de la matanza del último

invierno, que aquel año había tenido pocas ocasiones de menguar en cenas como aquella. Y terminaron con las primeras uvas de moscatel de la temporada, un tanto picadas por las avispas, pero dulces y sabrosas.

—Si le soy sincera —dijo Margarita mientras Carmen retiraba el primer plato—, cuando Manuel me advirtió de su visita… no sé, quizá no me explique bien, pero… me había hecho una idea equivocada acerca de usted.

—¿A qué te refieres, Margarita? —preguntó Manuel, aprovechando para pasarse la servilleta bajo los ojos llorosos.

—No es usted… —vaciló, tratando de encontrar la palabra adecuada— un hombre ignorante o sin formación. Más bien todo lo contrario.

—Todo se lo debo a un gran maestro que tuve durante mi niñez. Fue él quien descubrió en mí cierto talento para el dibujo, me alentó y alentó a mi familia para que me permitiera aprovecharlo. Ellos no tenían recursos ni podían enviarme a un buen colegio, pero don Javier, así se llamaba, me permitió pasar tardes enteras con él, y no solo dibujando, sino adquiriendo conocimientos de otras disciplinas.

—¿El arte estaba incluido entre ellas?

—Muy de pasada, pero consiguió estimular mi interés por aprender. Me prestaba libros, incluso me permitía asistir a las clases con muchachos mayores que yo. Tengo mucho que agradecerle, aunque tal vez haya muerto ya.

—¿Y no continuó usted los estudios?

—Si se refiere al dibujo, era una simple afición, y las aficiones no dan de comer. En cualquier caso, la guerra lo cambió todo.

—Ya, sí, lo sé. Tengo entendido que fue herido en el frente.

—Todavía resulta evidente —respondió el campanero.

Manuel sorprendió de nuevo a Carmencita examinando con poco disimulo las cicatrices de Ángel.

—Lo mejor de todo —trató de desviar la conversación de nuevo— es que estas lamentables circunstancias te han traído hasta aquí, y yo no puedo sino alegrarme por ello.

Terminaron de cenar y se sentaron en los sofás del extremo opuesto, bajo el óleo del arcángel san Rafael, y Manuel ofreció un cigarro a Ángel, que prefirió uno de los cigarrillos de la pitillera. Carmencita sirvió un café humeante.

—Un privilegio, en los tiempos que corren —aseguró Manuel, bajando la voz—. Un café así no se encuentra en los colmados, conviene mantener buenas relaciones en la ciudad.

Ángel pareció disfrutar del café, aunque su carácter y su expresión casi hierática no ayudaran a adivinar sus estados de ánimo. Apuró el cigarrillo y lo apagó en el cenicero antes de anunciar que empezaba a hacerse tarde para él.

—Pretendo seguir con mi costumbre de estar en la Puerta del Juicio al amanecer —explicó.

—Y yo aplaudo tu decisión —Manuel rio—, aunque pueda parecer egoísta por mi

parte.

Se pusieron en pie, y Ángel se despidió de Margarita.

—Estoy pensando que un paseo hasta la catedral me sentará estupendamente. ¡Te acompaño! La noche no puede ser más agradable.

—No me gusta que salgas solo a estas horas, Manuel —protestó Margarita.

—¡Mujer, que hace mucho que las calles están iluminadas! Y para algo están los serenos.

Ángel cogió su nuevo maletín y su sombrero, y salieron a la calle. La brisa había refrescado el ambiente después de la calurosa tarde de verano, y la noche invitaba realmente al paseo, opinión que parecían compartir muchos otros vecinos de Puente Real. Se dirigieron a la plaza del Mercado y ascendieron por la angosta calle que la unía con la plaza de San Jaime. Desde allí, no tardaron en alcanzar la puerta del Palacio Decanal.

—Entraré por aquí —señaló el campanero—, la llave de la puerta de la catedral es demasiado pesada para cargar con ella.

—Algún día me tienes que mostrar los secretos que esconde la catedral, la propia torre… Subir allá arriba ahora, en plena noche, debe de resultar imponente.

—Después de visitar su casa, me avergonzaría todavía más mostrarle el lugar donde vivo.

—No creas que me impresionan ese tipo de cosas —aseguró Manuel—. Quizá cuando tengas la suficiente confianza para tutearme de una vez…

—Le avisaré cuando haya terminado unas cuantas dovelas más.

—Esperaré impaciente. —Sonrió—. Buenas noches.

Ángel cerró la puerta tras de sí y cruzó el zaguán del palacio. Conocía bien cada recoveco, cada escalón, de modo que no necesitaba encender la luz. Le bastaba con la claridad procedente de los ventanales. Atravesó el ala norte del claustro y accedió a la catedral, iluminada por el resplandor de la luna que se filtraba a través del rosetón. Abrió la puerta de la torre y, entonces sí, accionó el conmutador. Cuando la triste luz de las bombillas iluminó la escalera de caracol, cerró la puerta tras de sí y comenzó a ascender los cincuenta y cinco escalones que salvaban el desnivel hasta el rosetón mismo. Abrió la portezuela anclada entre los sillares y salió al exterior, al estrecho pasillo que discurría ante la enorme vidriera circular, sostenida por bellísimos radios de piedra. Avanzó hasta el extremo opuesto y se introdujo en el estrecho pasadizo de piedra que comunicaba con el tejado del ala norte. Allí cruzó las enormes losas de piedra escalonadas y alzó la vista hacia la mole del campanario, que proyectaba su sombra sobre la catedral. Se dirigió hacia la portezuela que se abría en la base de la torre y se agachó para entrar. Accionó el interruptor, y la estancia quedó iluminada. Solo dos troneras se abrían en los sólidos muros, una al frente y otra en el lado izquierdo, sobre la fachada principal. La del lado contrario estaba obturada por la

escalera que arrancaba a su derecha y se perdía en la oscuridad por encima de la luz de la bombilla.

Bajo esa misma escalera se encontraban los escasos muebles que constituían su dormitorio: un catre con un grueso colchón de lana, una mesilla con una pequeña lámpara y una mesa con su silla en la pared opuesta, entre la cama y la tronera. Al otro lado del ventanuco había un viejo armario de madera maciza y junto a él, formando parte del mismo conjunto, una sólida estantería repleta de libros. La pared izquierda albergaba los elementos que en cualquier otra casa se encontrarían en la cocina: un viejo fregadero de piedra con lavadero para la ropa, cuyo desagüe vertía en un gran cubo de hierro, y una cocina económica desde la cual se alzaba un tubo ennegrecido que se perdía en lo alto. Entre ambos se extendía una plataforma que hacía las veces de mesa, sobre la que se apoyaba una alacena repleta de útiles de cocina.

Arrojó el sombrero encima de la cama, dejó la caja de lápices en la mesa y se sentó pesadamente sobre el colchón. Lo primero que hizo a continuación fue quitarse los zapatos. Permaneció pensativo durante varios minutos, hasta que en el reloj de la torre sonaron once campanadas. Accionó entonces el conmutador en forma de pera que colgaba de la mesilla, y la pequeña lámpara proporcionó al rincón un aire que Ángel había acabado por considerar acogedor. Se inclinó hacia delante, apoyó el codo en la rodilla y dejó descansar la cabeza sobre la mano, sujetando la barba entre los dedos entreabiertos. Permaneció así un buen rato, pensativo, hasta que exhaló un profundo suspiro y se incorporó. Entonces extendió la mano hacia la mesilla, abrió el cajón y buscó en el interior. Entre sus dedos apareció un sobre amarillento y arrugado, con los bordes oscurecidos. Alzó la solapa, introdujo el pulgar y el índice y extrajo una carta doblada en cuatro partes iguales. Con cuidado la desdobló y comenzó a leer. Sus ojos se deslizaron con lentitud sobre la letra apretada e irregular, hasta que alcanzó el borde inferior. Le dio la vuelta y continuó. Se enjugó la primera lágrima con el dedo corazón, y también las siguientes. Pero, al dejar la carta sobre la mesilla, su pecho se sacudió con un sollozo incontenible, se dejó caer de lado y enterró la cabeza en la almohada.

Capítulo 9

Jueves, 18 de agosto de 1949

Manuel creía conocer bien a Domingo Solís y sabía cuándo le preocupaba algo. En las últimas semanas habían sido muchas las tardes en que no había acudido a la partida en el casino y, cuando aparecía, se mostraba taciturno e incluso ausente, aunque el capitán ocultara a los ojos de alguien menos observador su verdadero estado de ánimo.

Aquel día mosén Hipólito y el alcalde no les habían dejado hacer baza, y Domingo acabó tirando con desgana las cartas sobre el tapete.

—Ya me perdonarás, Manuel. No estoy a lo que tengo que estar, así es imposible ganar una mano.

—Y menos contra los mejores —bromeó el archivero, que había derramado parte de su copa de anís sobre la pechera de la sotana.

Manuel había reparado en que aquella tarde, a mitad de la partida, el capitán había pedido a Benito un segundo coñac, algo muy poco habitual. En ese momento, apuró la copa de un trago y se levantó del sillón.

—Si me disculpan los señores… el deber me reclama —anunció con cierta sorna, cogiendo el tricornio, que siempre dejaba a su lado.

—Te acompaño, yo también espero una visita en casa —dijo Manuel, mientras dejaba sobre la mesa la peseta que costaban el café y la copa de Ponche Caballero—. Pagad vosotros.

—Mosén Hipólito, mañana debo viajar a Pamplona, pero el sábado pasaré por San Jorge para aclarar algunas dudas sobre el robo.

—Estaré libre después de la misa.

—Procure que estén presentes todos aquellos que pudieran haber oído algo extraño o haber visto rondar a alguien por allí. Cualquier detalle puede ser importante.

—Hablaré con el sacristán y con las mujeres de la cofradía que se encargan de arreglar el altar. Ya han contado lo que vieron, pero nunca se sabe…

—He leído en la prensa de esta mañana que una de las piezas robadas era realmente valiosa —comentó el alcalde.

—Sí, el cáliz. Una excelente copa del siglo XVII. De oro y plata, con incrustaciones de pedrería. Pero no ha sido la única, se llevaron también varias bandejas de plata y un relicario.

—¿Y tenía la parroquia o el Cabildo contratado algún tipo de seguro?

—Lo tiene, aunque el deán se reunió ayer con el corredor y parece que habrá problemas…

—¿Problemas? ¿Acaso no estaban inventariados los objetos? —inquirió el alcalde.

—Lo estaban, pero el corredor dice que no se trata de un robo.

—¿Qué es sino un robo que alguien se cuele en la iglesia y se lleve varios objetos de valor?

—Me temo que su corredor tiene motivos para asegurar tal cosa —intervino el capitán, de pie junto a la mesa—. No se forzaron las puertas, por lo que técnicamente no es un robo, sino un hurto.

—Eso es exactamente lo que dice él. Que alguien debió de dejar la puerta sin cerrar, aunque el sacristán lo niega de forma tajante.

—Bien, bien, pasado mañana hablaremos de ello —repuso el guardia civil ya desde la escalera, ante la mirada curiosa de varios de los parroquianos.

Los dos hombres salieron del casino a la calle Gaztambide, justo en el momento en que un cúmulo de nubes grises ocultaba el resplandor del sol.

—Se avecina tormenta —dijo Manuel, calándose el sombrero.

También Domingo se puso el tricornio con desgana.

—Esto es ya lo que me faltaba, Manuel, un robo de obras de arte en Puente Real. Si no fuera por no dejarte sin pareja de guiñote, ahora mismo solicitaba el traslado.

Manuel rio de buena gana.

—No sería propio de ti.

—No, no lo sería. Pero ¿te crees que ayer pasé buena parte de la mañana hablando con el deán, el archivero y el ecónomo sobre ese dichoso cáliz? A ver si ahora me voy a tener que convertir en un experto en arte barroco… Hasta un dibujo tuve que incorporar al informe para Pamplona.

—Siempre será mejor dibujar objetos de arte robados que víctimas de asesinatos.

—Venga, sí, ahora sácame tú el tema de los asesinatos y me acabas de joder la tarde…

—Hombre, perdona… —Rio de nuevo Manuel—. Imagino por lo que dices que no hay nada nuevo, ¿no es cierto?

—Pues no, absolutamente nada. Y hace cuarenta días que apareció el cadáver de Engracia.

—Veo que llevas bien la cuenta…

—¿Yo? La lleva el comandante, que me lo recuerda cada día. Sobre todo después de la crónica del gilipollas aquel de *El Reportero*. Al punto de la mañana suena el puto teléfono, y no tengo que preguntar quién llama, siempre es él en busca de novedades.

—Hombre, también él estará recibiendo presiones para resolver este asunto. Herminio fue uno de los principales jefes de la Falange.

—Pues que mande más efectivos, que estamos en cuadro… Yo me he volcado en este asunto desde el primer día, y más aún desde que apareció Herminio. ¡Joder! Si es que, cada vez que lo recuerdo, se me revuelven las tripas de pensar lo que tenemos entre manos… Y mañana se ha empeñado en que suba a Pamplona para dar novedades en persona, ¡como si hubiera algo nuevo que contar!

Cruzaron el puente de hierro y buscaron la acera junto a los edificios de la plaza de Calvo Sotelo.

—Pero ¿tú no esperabas una visita? —preguntó Domingo.

—Sí, dentro de una hora. No tenía ganas de aguantar al fanfarrón de Hipólito. ¿Adónde vas?

—Al cuartel.

—Te acompaño, quizá luego vuelva por el casco viejo dando un paseo.

—Perfecto, además tengo algo que enseñarte.

—¿Ya se ha hundido el suelo de tu despacho? —se burló Manuel.

Domingo se volvió frunciendo el ceño.

—Sí, tú bromea con esas cosas —dijo, acercándose al portón de un local—. ¡Me vas a hacer tocar madera!

—Así que ¿nadie vio ni oyó nada ninguna de las dos noches? —preguntó Manuel mientras caminaban hacia el cuartel.

—Si lo hicieron, nadie suelta prenda. Ya sabes que se emitió un bando pidiendo que cualquiera que tuviera alguna información la pusiera en conocimiento de las autoridades. Nada. Más tarde se ofreció una recompensa, con la garantía del anonimato. Y nada. Bueno, sí, una vieja loca que dijo saber que todo esto es cosa de brujería y que Puente Real por las noches es poco menos que un aquelarre.

—¿Tampoco los serenos?

—Tampoco. Y está claro que quien lo hizo trasladó los dos cadáveres durante la noche. El día de Santa Ana no había luna, pero el siete de julio había luna llena.

—Cabe pensar que el autor de los crímenes conoce bien Puente Real, incluso los hábitos y las rondas de los serenos.

—Sí, pero eso tampoco nos sirve de mucho. Cualquier mozo que sale de ronda sabe arreglárselas para sortear a los serenos.

—Es curioso que los cadáveres aparecieran el día de San Fermín, el patrón de Pamplona, y el día de la patrona de Puente Real. ¿Casualidad? ¿Tú crees?

—No lo sé, sinceramente. Y no será porque no le haya dado vueltas. He escrito las fechas de todas las formas posibles, he tratado de establecer una relación con las marcas de los cadáveres… y nada.

—Yo también lo he hecho. —Manuel sonrió—. Y con los mismos resultados.

—He hecho venir al cuartel a más de treinta personas. Todos los que pudieran tener algo contra Herminio, y no son pocos, han demostrado tener coartada, salvo el enterrador, que vive solo, y un par de mozos viejos. Pero no hay nada que los incrimine.

—Hombre, lo que contaste del enterrador… normal no es. Esa escena es propia de alguien que se regodea por una venganza consumada.

—Ya te dije que es pariente de Josefina.

—Sí, lo sé, aun así…

—Y en el entierro de Herminio no se repitió, aunque, claro, estaba advertido. No

obstante, volvimos a interrogarlo, y no encuentro razones suficientes para acusarlo de nada. ¿Qué hago, meterlo en la cárcel por mear en una tumba, a ver si canta? Si te digo la verdad, es lo que me han sugerido desde arriba, solo quieren tener algo que ofrecer a los periodistas.

Al llegar al cuartel, un conocido estruendo pareció inundarlo todo. Domingo miró hacia el puente del ferrocarril, cuyos tres arcos salvaban la carretera hacia Pamplona, el cauce del río y el paseo que, por la margen derecha, conducía hasta el Ebro. En un instante apareció un convoy empujado por una poderosa máquina de vapor que, como era habitual, no se había detenido en la estación. La columna de humo negro de la caldera, arrastrada por la velocidad del convoy, se mezclaba con el vapor blanco, oscureciendo el cielo tras el puente. Hasta el lugar en que se encontraban llegaba la vibración a través del suelo.

—Vas a tener razón con lo del suelo de mi despacho —bromeó, reparando en el gesto tenso de Manuel—. Mal cuando paran en la estación, por el esfuerzo de la máquina para arrancar, pero cuando pasan estos «mercancías» desbocados parece que se hunde el edificio. Por no hablar de las pavesas que saltan de vez en cuando y prenden en el terraplén. Cualquier día, a poco que sople el cierzo, tendremos que salir pitando del cuartel o se nos tostarán los huevos.

Manuel esbozó una sonrisa forzada.

—¿Qué es eso que me querías enseñar?

—Ah, no, no se me olvida. Es la única satisfacción que he tenido en cuarenta días —exageró—. Espera y verás.

Se acercaron a la puerta y el número de guardia se cuadró ante Domingo.

—¡Sin novedad, mi capitán!

Él le devolvió el saludo.

—Anda, sácame la llave de la cochera.

—A sus órdenes, capitán Solís —respondió solícito al tiempo que desaparecía en el interior.

—Aguarda… —dijo cuando las tuvo en la mano.

Doblaron la esquina y Domingo manipuló la cerradura de un enorme portón en la parte lateral del edificio. Abrió una pequeña portezuela y se perdió en el interior. Al instante se abrieron las dos hojas de la portalada y la luz inundó el lugar.

—Ahí la tienes… recién llegada, esta misma mañana.

Manuel emitió un silbido y se dirigió a la deslumbrante motocicleta negra que descansaba sobre su apoyo.

—Magnífica, ¿no te parece?

Manuel se acercó, apoyó la mano en la empuñadura del manillar y observó las letras plateadas que destacaban en el depósito.

—¡Una Sanglas!

—Sanglas 350, fabricada en Barcelona. Las acaban de repartir por las comandancias y, por fin, a Puente Real le ha correspondido una. Cuatro velocidades,

catorce caballos…

Manuel rodeó la máquina, contemplando su enorme faro cónico, el guardabarros delantero, que desde el lateral semejaba un casco romano, las poderosas ruedas de radios entrecruzados y los dos tubos de escape cromados que flanqueaban el chasis.

—Cuando se pone en marcha ronronea como una gata en celo —aseguró el capitán.

—Curiosa comparación —comentó Manuel con sorna.

—No se me ha ocurrido otra mejor. Será que empiezo a echar de menos a la mujer.

—Eso me parece a mí. —Rio—. En serio, es preciosa.

—¡Y de fabricación española!

—Eso sí, con una como esta, ya no vas a tener excusa para no perseguir a nuestro escurridizo asesino por toda la ciudad.

—Ni para no recorrer todos los anticuarios de la provincia en busca de un cáliz del siglo XVII. ¡Estoy por devolverla!

Manuel siguió la broma, si bien al cabo de un momento su gesto se tornó más grave.

—Me alegra verte ilusionado de nuevo, las preocupaciones de las últimas semanas podían pasarte factura.

—Las preocupaciones siguen ahí, pero no te negaré que con este juguete me siento como niño con zapatos nuevos.

—Ahora tengo que dejarte —dijo Manuel alzando la vista hacia poniente—. Aún me mojaré antes de llegar a casa…

No había acabado de decirlo cuando un relámpago hendió el cielo, seguido poco después por un trueno apagado y prolongado.

—Me voy, no está bien hacer esperar a los huéspedes. Llámame si hay alguna novedad o si te puedo ser útil en algo.

—Descuida, sabes que lo haré.

Las primeras gotas se estrellaban contra el polvo de la calle cuando Manuel llegó a la puerta de casa. Tras el calor pegajoso, agradeció la corriente de aire fresco que lo recibió al entrar en el vestíbulo en penumbra. La única luz que lo iluminaba procedía de la planta superior, al igual que las voces de Carmen y Margarita. Se alegró al oír la voz masculina del locutor de radio, que retransmitía una conocida obra de teatro por entregas. Cuando pasó junto a la capilla del rellano, la risa de Margarita le llegó con toda claridad desde la sala de costura, y aquel hecho simple y banal bastó para disipar la sombra de preocupación por el estado de ánimo de su esposa que siempre se instalaba en su interior cuando llegaba a casa. Cruzó el rellano de la primera planta pensando en una frase ingeniosa con la que celebrarlo y golpeó la puerta entreabierta. A ambos lados de la mesa camilla situada frente al balcón se encontraban Carmen y

Margarita, y de pie, entre ambas, la figura inconfundible del campanero.

—¡Ángel! —exclamó cruzando la habitación con grandes zancadas—. No te esperaba tan pronto. De haberlo sabido no me habría entretenido.

—Sin duda prefiere nuestra compañía, y de ahí el adelanto —bromeó Margarita.

—Fíjate que he confundido tu voz con la de uno de los actores de esa comedia de la radio… —dijo mientras le tendía la mano a Ángel, que a duras penas esbozaba un atisbo de sonrisa.

—Mira lo que te ha traído —indicó Margarita.

Sobre la mesa repleta de retales, bastidores, hilos de colores y otros utensilios de costura, Ángel había abierto su carpeta y Manuel reparó en el dibujo que los tres estaban comentando a su llegada. El campanero se hizo a un lado.

—¡Excelente! ¡Una nueva remesa! —exclamó, al tiempo que se inclinaba a un lado para bajar el volumen de la radio.

—He dibujado las dovelas que comentamos la última vez, las que representan escenas que no tienen lugar en el infierno, sino en vida de los pecadores. Esta es la de los pañeros.

Manuel tomó la hoja con cuidado entre las manos y se acercó al ventanal.

La tormenta se había desatado ya en el exterior, y la luz era escasa. La lluvia, arrastrada por las fuertes rachas de viento, golpeaba el cristal en oleadas.

—¡Pobres cristales! Podíamos haber bajado las persianas —comentó Margarita.

—Descuide, señora, ya los limpiaré por la mañana —respondió la doncella.

—Carmencita todavía no conocía el trabajo de Ángel.

—¿Y qué te parece? —preguntó Manuel mientras examinaba a la luz del ventanal la representación del pañero engañando a uno de sus clientes con la medida de las telas[Fig. 7].

—Estoy impresionada, don Manuel. Jamás creí que alguien pudiera dibujar así. —Señaló la lámina que había quedado sobre la carpeta abierta—. ¿Qué representa?

—Es una panadera amasando el pan entre las llamas del infierno.

En el dibujo aparecía una mujer envuelta por completo en llamas, inclinada sobre una mesa en la que amasaba varias piezas de pan. A su lado, un demonio parecía sujetarla por la cabeza, abriéndole los ojos para que viera adónde la habían conducido los engaños en el ejercicio de su oficio[Fig. 8].

—Esta dovela la pintaste al amanecer, ¿no es cierto? —apuntó Margarita.

—Así es.

—Me asombra cómo puedes reproducir la iluminación de la escena tan solo con unos lápices, se ve perfectamente que la luz procede del lado derecho.

—Esa es una parte fundamental de la técnica, es lo primero que aprende un niño que empieza a dibujar: identificar la fuente de luz y jugar con los tonos para reproducir la sensación.

—Parece muy sencillo cuando lo explicas, y sobre todo viendo el resultado, pero yo sería incapaz de hacer algo así.

Carmencita asentía, si bien parecía cohibida para intervenir. Sin embargo, atendía con interés las explicaciones del campanero.

Manuel regresó a la mesa y depositó con cuidado el dibujo de los pañeros. Luego acercó la lámpara y proyectó su luz sobre la carpeta. Pasó con cuidado las láminas, colocando las delicadas hojas de papel de seda entre ellas.

—¿Y esa? ¿Qué representa? —preguntó Margarita al llegar al final.

—Es la resurrección de los pecadores, ¿ves cómo levantan las tapas de los ataúdes, cubiertos aún con los sudarios? Uno de ellos lleva la cabeza oculta por completo, pero el otro parece mirar el lugar donde se encuentra, con gesto de sorpresa.

—Y está en el infierno, por supuesto.

—Sí, hay varias dovelas similares, y todas están en el lado del infierno. Seguramente todas ellas se basan en el pasaje del Evangelio de San Juan en el que se describe la salida de los muertos de los sepulcros cuando llega el Juicio Final[Fig. 9].

—¡Qué curioso! —se atrevió a decir Carmencita, sin apartar la vista de la escena.

Manuel ojeó la última lámina y cerró la carpeta.

—Pasemos a la biblioteca, Ángel —sugirió—. Pondremos estos dibujos con los otros para que te puedas llevar la carpeta.

El campanero asintió.

—Os dejamos seguir con vuestras cosas —dijo, cerca ya de la puerta, dirigiéndose hacia las dos mujeres.

—Ha sido un placer —añadió Ángel.

—El placer ha sido nuestro, Ángel, créeme. Es un privilegio contemplar tu trabajo —respondió Margarita con amabilidad—. Y tendré en cuenta tu consejo.

—¿Un consejo? —se extrañó Manuel—. ¿Me he perdido algo?

—Le he contado a Ángel que me gusta montar y al parecer también a él le gustan los caballos, ¿no es cierto? Me ha animado a retomar el hábito de salir con la yegua a pasear cada día, como antes de…

—Una estupenda recomendación, sabes cómo me gustaría que la tuvieras en cuenta.

Los dos hombres salieron y Margarita se dirigió hacia el balcón. La lluvia, que azotaba la fachada a ráfagas, se deslizaba sobre el cristal e impedía ver el exterior con claridad.

—¿Está todo cerrado arriba? —preguntó.

—Sí, señora. Lo he comprobado al ver que se preparaba tormenta. Y también abajo, en la parte de atrás.

Margarita se sentó en uno de los sillones y cogió de la mesa el bastidor con el bordado en que se afanaba. Carmen hizo lo mismo en el asiento situado al otro lado de la lámpara.

—¿Qué te ha parecido?

—Un trabajo precioso, nunca había visto nada igual.

Margarita sonrió.

—Me refiero a Ángel.

Carmen levantó la cabeza.

—¿Por qué me lo pregunta, señora? —dijo algo azorada.

—Porque he visto cómo lo mirabas.

—¡Señora! Pero si…

—Sí, tiene esas cicatrices, eso no se puede ocultar. Pero no me negarás que, por lo demás, es un hombre apuesto. No es de extrañar que con esos brazos voltee las campanas como lo hace. Y le sienta bien la camisa blanca que lleva, ¿no crees?

—No lo niego, señora, pero de ahí a… Además, su camisa necesita un buen planchado —terminó, tratando de eludirla.

Margarita tiró del hilo verde que manejaba con soltura y, en silencio, continuó dando puntadas precisas para conformar lo que parecía una delicada hoja de sauce. En sus labios persistía un asomo de sonrisa, que se convirtió en una risa ahogada cuando Carmen soltó un pequeño grito al clavarse la aguja y, con el ceño fruncido, se llevó el dedo a la boca.

Capítulo 10

Sábado, 20 de agosto de 1949

Domingo Solís golpeó el picaporte de la casa parroquial de San Jorge el Real. Había esperado ver salir de la iglesia a mosén Hipólito al finalizar la primera misa de la mañana, pero en su lugar lo hizo uno de los canónigos, que, sin detenerse, se ajustó el bonete, dobló la esquina y enfiló la calle Pasaje en dirección a la catedral. Domingo había acudido con el sargento, quien, impaciente, golpeó la puerta con el puño. No tardó en oírse el sonido de un cerrojo en el interior, un segundo antes de que la puerta se abriera para mostrar el rostro del sacristán de la parroquia.

—Ah, es usted, capitán Solís —dijo a modo de saludo, sin prestar atención al sargento.

—El sargento Ramírez —lo presentó Domingo—. Tenemos concertada una visita con mosén Hipólito, ¿puede hacer el favor de avisarle?

El hombre pareció turbado.

—Me temo que no va a ser posible, capitán.

—¿Está enfermo?

—Mosén Hipólito no se encuentra en casa.

—Supongo que no tardará en volver, me había citado con él a esta hora.

—No sé cuándo volverá, ¿quizá podría usted dejar el asunto para mañana?

—Me temo que arrastramos demasiado retraso, el robo de ese cáliz preocupa en Pamplona, me consta. Y no solo en el obispado, sino también en la Diputación y en la Comandancia. Es preciso aclarar por completo las circunstancias del caso, y para ello necesito la colaboración de todos ustedes, como ya advertí a mosén Hipólito.

—Tal vez le sirva lo que yo pueda contar, aunque ya declaré que ni mi esposa ni yo oímos nada.

—Pero ¿se puede saber adónde ha ido don Hipólito? —intervino el sargento con brusquedad.

—Será mejor que pasen —contestó el sacristán por fin, apartándose de la puerta.

Siguieron un pasillo estrecho que les condujo a lo que sin duda era el despacho parroquial. Las revistas eclesiásticas, los periódicos atrasados y decenas de documentos yacían amontonados sobre la mesa en completo desorden, amenazando con hacer caer el crucifijo que ayudaba a afianzar la pila. Una gran librería de madera con puertas de cristal cubría toda la pared posterior, y en su interior se acumulaban, con el mismo desorden que reinaba en la mesa, cientos de libros, legajos y registros parroquiales. Muchos de ellos estaban forrados con papel de periódico y el título aparecía escrito con tinta en el lomo. Sobre las filas de volúmenes se apilaban más revistas, cajas de sobres y calendarios de taco, y en primer plano se tenían en pie decenas de estampitas con imágenes del Papa, de vírgenes y santos, además de los recuerdos y relicarios más dispares. Olía a papel viejo y a humedad, y todo en aquella

habitación daba sensación de descuido y abandono.

El sacristán entró con ellos y se colocó detrás de la mesa, evitando sentarse en el sillón del párroco. Les señaló las dos sillas vacías frente a él, pero ambos hicieron caso omiso de la invitación.

—¿Y bien?

—Mire usted, capitán, resulta que don Hipólito no ha pasado la noche en casa. Algo fuera de lo habitual —se apresuró a añadir.

—¿Y conoce usted el motivo? —preguntó el guardia civil.

—Lo ignoro por completo.

—Dice usted que es poco habitual…

—Muy poco, se lo aseguro.

—Pero ¿ha ocurrido algo parecido con anterioridad?

—Sí, ha ocurrido —concedió el sacristán—. Pero siempre ha estado de regreso para la misa de la mañana.

—¿Y dónde se supone que ha pasado esas noches de las que nos habla? —intervino el sargento.

—No sabría decirles. No soy quién para pedir ese tipo de explicaciones.

—¿Cuándo se ha dado cuenta de su ausencia?

—Esta mañana, capitán, poco antes de la misa. La vivienda del párroco está en la planta de arriba y, aunque el encargado de tocar a misa soy yo, él baja con puntualidad, a tiempo para celebrar.

—Algo que hoy no ha ocurrido…

—No, ha sido una situación incómoda. Al ver que no bajaba, he llamado al timbre, sin respuesta. Tengo mis propias llaves y, preocupado por si le había ocurrido algo, he entrado en la casa. Pero no estaba. He tenido que enviar al monaguillo a la catedral para que diera aviso a un canónigo. Y, aunque con retraso, él ha celebrado la misa.

—Sí, lo hemos visto salir.

El sargento intercambió una mirada de interrogación con su superior.

—Nos gustaría echar un vistazo a la casa de don Hipólito —sugirió el capitán.

El sacristán pareció turbado.

—Discúlpeme, capitán, pero no sé si debo… —dudó en voz alta—. No, desde luego no sin el permiso del deán.

—Lo comprendo. Tan solo dígame si ha observado algo extraño en la vivienda.

—La verdad es que no me he fijado especialmente, pero no, nada que me haya llamado la atención. Salvo la cama de don Hipólito, que estaba sin deshacer. Entiéndame, al no responder al timbre he usado mi llave, he llamado en voz alta y me he limitado a comprobar que no estaba en su cama. También he mirado en el cuarto de baño, ya sabe, a veces los resbalones pueden ser traicioneros. Antes de salir he comprobado, desde el pasillo, que no estuviera en la cocina ni en el cuarto de estar.

—¿Tendría usted inconveniente en subir de nuevo? Solo para estar seguros.

Nosotros esperaremos aquí.

—No creo que haya nada malo en ello —consintió, e hizo ademán de salir.

—Simplemente recorra toda la casa y compruebe que no está, y fíjese si hay algo fuera de lugar o que le llame la atención. Pero no toque nada.

—Me preocupa usted, capitán. Estoy seguro de que don Hipólito entrará por la puerta en cualquier momento.

—Es lo más probable, pero conviene ser precavidos.

Los dos guardias oyeron al sacristán abrir la puerta del pasillo que conducía al piso superior.

—Muy extraño todo esto, ¿no? —comentó el sargento.

El capitán asintió con la cabeza, pensativo.

—Es una situación muy incómoda, joder.

—¿A qué se refiere, capitán? ¿A que haya pasado la noche fuera de casa?

—¿A qué me voy a referir si no, Bartolomé?

—Le entiendo…

—Me temo que cuando regrese va a tener que dar muchas explicaciones. Esto es muy desagradable para todos.

—Claro, son ustedes amigos.

—Jugamos a las cartas en el casino, sin más. Hasta ahí llega nuestra amistad.

—Está bien, capitán, no se ponga a la defensiva.

Domingo Solís lanzó un suspiro de hastío.

—No sé qué pensar… Primero el robo del cáliz, y ahora no aparece el párroco.

—¿Cree usted que las dos cosas pueden estar relacionadas?

—¡Qué sé yo, Bartolomé! Lo único que sé es que nada de lo que tenemos entre manos parece tener solución y cada día que pasa se suma un nuevo problema a la lista. Como no espabilemos, nos va a empezar a oler el culo a quemado. No sabes tú cómo estaba ayer el comandante.

Las pisadas en la escalera les advirtieron del regreso del sacristán. La puerta del piso superior se cerró de nuevo, y al cabo de un instante entró en el despacho.

—¿Ha visto algo?

—Sí. En la cocina. La tapa de la cocinilla económica está abierta, y la portezuela lateral, la que se utiliza para sacar la escoria, también. Hay muchas cenizas en el suelo, como si se hubiera dejado quemar una gran cantidad de carbón. Y la mesa está dispuesta, con un guiso de carne y patatas en una cazuela. Una parte está servida en el plato, pero no la han tocado, porque la cuchara está limpia. Ah, y hay un vaso lleno de vino al lado.

—¿Y qué conclusión saca usted de todo eso? —preguntó, tratando de que fuera el sacristán quien adelantara su opinión.

—Que don Hipólito salió con prisa justo cuando se disponía a cenar.

El capitán asintió.

—¿Hay teléfono aquí?

—No, están a punto de instalarlo, pero de momento hay que ir al Palacio Decanal si se quiere llamar. Y lo mismo sucede cuando llama alguien, no sabe usted lo incómodo que es tener que acudir hasta allí cuando…

—Está bien, está bien —le cortó—. Lo importante es que quienquiera que interrumpiera su cena tuvo que venir aquí en persona y llamar a la puerta. ¿No oyó usted nada?

El sacristán entrecerró los ojos, pensativo, y negó con la cabeza.

—Supongo que a esa hora yo estaría en casa cenando con mi mujer. La casa es independiente, pero si le digo la verdad me resulta extraño no haber oído nada, si es que alguien llamó a la puerta. Hacía calor, así que cenamos con el balcón de la cocina abierto.

—Quizá no llamara nadie —terció el sargento—. Pudo recordar algo y salir pitando… Darse cuenta de que llegaba tarde a alguna cita que había olvidado.

—Todo eso son conjeturas —reconoció el capitán—. Espero que dé señales de vida a lo largo de la mañana y él mismo nos lo explique. Pero, si no, tendré que pedir permiso al deán para registrar a fondo la casa parroquial y la iglesia.

—No será necesario, ya lo verán. Estoy convencido de que aparecerá por esa puerta en cualquier momento.

Manuel se encontraba en la biblioteca, sentado en su sillón favorito junto al ventanal, con una copa de jerez al alcance de la mano. Sostenía en el regazo un voluminoso tratado de arte románico que dejó precipitadamente sobre la mesa cuando empezó a sonar el teléfono. Se levantó con rapidez y cogió el pesado auricular negro.

—Doctor Vega, dígame.

Oyó cómo la operadora terminaba de manipular las clavijas y la voz de Domingo Solís a continuación.

—¿Manuel?

—Sí, Domingo, dime.

—Perdona si te interrumpo a la hora de la comida. Solo quería advertirte de que esta tarde tampoco habrá partida.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Conocía bien a su amigo, y el tono de su voz le indicaba que algo no marchaba bien.

—Pues mira, que mosén Hipólito no da señales de vida.

El capitán puso a Manuel al corriente sin muchas explicaciones.

—Tengo a todo el cuartel recorriendo Puente Real en su busca, tratando de averiguar si alguien lo ha visto desde ayer por la tarde, pero, ya te digo, parece que se lo haya tragado la tierra.

—Si hay algo que pueda hacer…

—No, tranquilo, solo quería avisarte. Si quieres pásate por el casino para advertir al alcalde, no consigo hablar con él. Después de comer vamos a ir a San Jorge, tengo el permiso del deán para inspeccionar la casa parroquial.

—Está bien, aunque no haya partida, siempre se agradece tomar un café y ponerse

al corriente de lo que se cuece en Puente Real.

—Sé discreto respecto a mosén Hipólito, di simplemente que está… ausente —pidió el capitán, dejando traslucir cierta intención en la voz.

—Descuida, no daré detalles. Pero, por favor, mantenme al tanto si hay alguna novedad, me dejas inquieto.

—Lo haré, no te preocupes.

Manuel oyó el chasquido al otro lado de la línea y colgó el receptor. Cruzó la habitación en busca de la copa de jerez, se acercó con ella al balcón y, pensativo, se entretuvo contemplando a los pocos viandantes que pasaban por delante de la casa, buscando la sombra de los árboles del paseo en aquel caluroso sábado de agosto. Se disponía a sentarse de nuevo en el sillón cuando oyó la voz de Margarita anunciando que la comida estaba lista.

El sol caía de plano sobre la fachada de San Jorge mientras los dos guardias esperaban. Bartolomé se había quitado el tricornio y, con él en la mano, se secaba la frente. El sudor empezaba a empaparle también la parte posterior de la camisa, donde la bandolera de cuero de la bolsa que portaba la oprimía contra la piel. Cuando se abrió la puerta, se coló en el pasillo de la casa parroquial con un simple gruñido a modo de saludo, y el sacristán se hizo a un lado para que entrara también el capitán.

—¿Ha sabido algo de él?

—Nada en absoluto —respondió el sacristán con un tono de voz que, entonces sí, dejaba entrever una honda preocupación—. Pasen al despacho si quieren.

—El deán ha dado su autorización para…

—Estoy al corriente —lo interrumpió—. Pueden subir cuando quieran. Espero que encuentren algo que les sirva para averiguar su paradero.

El sacristán abrió la puerta del descansillo que comunicaba con el piso superior y les precedió por una escalera estrecha y demasiado empinada hasta la vivienda del párroco. El lugar no causaba mejor impresión que el despacho. Varios fardos de periódicos y revistas viejos se apilaban en el pasillo y de un perchero colgaban sin orden prendas que con seguridad no se habían utilizado desde el invierno anterior. Cajas de cartón repletas de legajos parecían esperar para ser clasificados y devueltos a los archivos.

—A don Hipólito no le gusta que mi mujer ponga orden en sus cosas —se excusó el sacristán—. Debe limitarse a quitarles el polvo y a limpiar y fregar la casa. Pero pueden ustedes pasar, empiecen por donde gusten.

Recorrieron la vivienda durante más de media hora sin encontrar nada que les llamara la atención, de modo que se centraron en la cocina. Allí, en efecto, todo parecía dispuesto para una cena que en ese momento aprovechaban media docena de moscas que revoloteaban en torno al plato lleno de comida.

—Gasta buen apetito don Hipólito —soltó el sargento al acercarse a la mesa.

—¡Bartolomé! —reconvino el capitán en voz baja.

—Perdón —musitó.

—¡Bartolomé! ¡Párese!

El sargento se detuvo paralizado por la sorpresa.

—¿Qué he hecho? —dijo levantando las manos.

—Échese atrás, por favor.

El capitán se agachó junto a la cocina económica. La portezuela, como había explicado el sacristán, se hallaba abierta, y la escoria había caído al suelo formando un pequeño montón. En torno a este, las baldosas estaban cubiertas por una fina capa de polvo de ceniza y, en su extremo, se distinguían dos huellas con nitidez. Más allá había otras que se perdían a medida que desaparecía la ceniza.

—¿Ha pasado usted por aquí esta mañana? —preguntó volviendo la cabeza.

El sacristán negó con la cabeza.

—¿Podría mostrarme la suela de su zapato?

El hombre se apoyó en la mesa para levantar el pie.

—No, no es la misma —afirmó—. Quizá sean de mosén Hipólito.

—No, ¡qué va! —negó el sacristán—. Don Hipólito es obeso, pero tiene el pie muy menudo.

—Deme la bolsa —pidió el capitán a su subordinado.

El sargento dejó el tricornio en la silla, se pasó la bandolera por encima de la cabeza y se la entregó. El capitán levantó la solapa y extrajo un cuaderno del interior, arrancó una hoja del lomo engomado y, con cuidado, la depositó sobre una de las huellas. Después, con un lápiz, comenzó a marcar su contorno en el papel traslúcido.

—¡Coño, capitán! ¿Dónde ha aprendido usted a hacer eso?

Domingo le lanzó una mirada furibunda, mientras retiraba la hoja. Después la colocó en una de las baldosas limpias y, con cuidado, acercó su propio pie al dibujo.

—Un pie grande, sin duda. Pero es lo único que vamos a sacar en claro, la suela es muy lisa, sin dibujo. Un ligero jaspeado, a lo sumo, quizás una alpargata de esparto.

—Pues sí, de esas hay pocas en Puente Real.

—¡Ya está bien, Bartolomé! —estalló el capitán—. Ha desaparecido el párroco y usted se permite seguir con sus chanzas a todas horas.

El sargento se pegó a la pared, muy tieso.

—Perdone, capitán. Tiene usted razón. —Lanzó también una mirada de disculpa al sacristán.

—Esto es importante. Indica que en esta habitación ha estado alguien aparte de mosén Hipólito. ¿Sabe si acostumbra recibir visitas aquí arriba?

—Yo jamás he visto a nadie, ya ve cómo está la casa. La verdad es que don Hipólito gusta de aceptar invitaciones de feligreses, sobre todo si es para compartir la mesa, ya me entiende usted —agregó con expresión culpable—. Pero creo que no le gusta subir a nadie aquí, recibe a todas las visitas abajo, en el despacho parroquial.

El capitán asintió.

—Supongo que habrá dado usted una vuelta por la iglesia… —dijo mientras guardaba la hoja de papel en la bolsa.

—Sí, claro —repuso el sacristán—. Y tenga usted en cuenta que esta mañana se ha celebrado allí una misa.

—No obstante, bajaremos a echar un vistazo.

—Como desee. El deán me ha ordenado que no ponga ningún tipo de traba a sus pesquisas.

Descendieron hasta el pasillo de la planta baja y esperaron allí mientras el sacristán recogía un manojo de llaves. Después salieron al exterior.

—¿No hay comunicación directa de la casa parroquial con la iglesia?

—No, a la iglesia se accede desde el exterior —respondió el sacristán, apurándose para huir del intenso calor del sol.

Al entrar en el templo, les asaltó el olor a cera quemada, madera vieja e incienso, si bien el aire fresco del interior les proporcionó un gran alivio. Recorrieron las capillas laterales, subieron al coro y acabaron en la sacristía, donde un alba y una casulla, ambas de buena talla, aguardaban al celebrante de la misa vespertina.

—Aquí tampoco hay nada —declaró el sargento.

—¿Adónde da esa puerta? —preguntó el capitán.

—Lleva al pequeño campanario de la iglesia —respondió el sacristán.

—¿Se puede subir?

—No es necesario —dijo el sacristán abriendo la vieja puerta de madera—. Aquí esta la cuerda que utilizo para tocar a misa. Hará un año que no subo al campanario, es muy angosto, por no hablar de la escalera. Apenas tiene luz y está llena de excrementos de paloma.

—Bartolomé, me temo que va a tener que subir usted. No podemos marcharnos sin comprobar el campanario.

El sargento refunfuñó, pero cedió cuando el sacristán regresó de la sacristía con una vela encendida sobre una palmatoria.

—Con esto tendrá usted bastante, no son muchas escaleras. Eso sí, tenga cuidado con la palomina.

El guardia inició el ascenso con la cabeza gacha, para evitar golpearse con los escalones. El capitán vio que el reflejo de la vela se perdía tras el primer recodo.

—¡Dios, cómo está esto! —se oyó gritar al poco.

El capitán tenía la mirada fija en el primer escalón.

—Deme otra vela, por favor. Dese prisa.

Mientras el sacristán regresaba a la sacristía, paseó la vista por el altar y en dos zancadas subió a coger el pesado cirio que ardía ante el retablo mayor. Con él en la mano regresó a la base del campanario y acercó la luz a las escaleras.

—¡Dios mío! —exclamó.

Impresas en la gruesa capa de polvo que cubría los primeros escalones, se veían

con toda nitidez varias huellas. Unas correspondían a un pie pequeño, que a simple vista podría parecer el de un niño o de una mujer. Estas se dirigían hacia arriba, y no había ninguna similar en dirección contraria. Junto a ellas, a veces superpuestas, había pisadas mucho mayores, de un tamaño muy parecido a las huellas de la cocina. Las últimas eran mucho más abundantes y aparecían en sentido ascendente y descendente. Y, finalmente, en medio de todas, las huellas que Bartolomé acababa de imprimir.

El sacristán regresó con otra vela y lanzó al capitán una mirada de sorpresa, que se convirtió en reproche al comprobar que se trataba del cirio que ardía ante el sagrario.

—¿Ha visto algo? —preguntó.

El capitán asintió con la cabeza, con marcada lentitud.

—Mosén Hipólito está arriba —declaró.

Manuel apuraba su café y su Ponche Caballero junto al alcalde y varios parroquianos cuando Basilio se acercó por detrás.

—Tiene usted una llamada, doctor.

—¿Ha dicho quién es?

—No, don Manuel, pero, a juzgar por el apremio de la voz, diría que se trata de algo urgente.

Manuel bajó las escaleras con prisa, deslizando la mano derecha por el barandado. El aparato se encontraba descolgado en el interior de una pequeña cabina de madera y cristal. Se acercó el auricular al oído y respondió:

—Sí, Manuel Vega al habla, ¿quién llama?

—¡Manuel! Soy Domingo —dijo el capitán sin ocultar su zozobra—. Hemos encontrado a mosén Hipólito. En la iglesia de San Jorge. Ven, por favor.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Está enfermo? ¿Está herido?

—Joder, Manuel, está muerto.

Un pitido continuado le indicó que se había cortado la comunicación. Aturdido, colgó el aparato. Al salir de la cabina, el gran espejo que cubría la pared del fondo le devolvió la imagen de su rostro, lívido y demudado. Caminó hacia la calle absorto en sus pensamientos, sin responder a los saludos de los habituales del casino con los que se cruzaba.

De forma inconsciente dirigió sus pasos hacia su casa. Cruzó el puente de hierro en la plaza de Calvo Sotelo y, aunque le temblaban las piernas, aceleró la marcha hasta que se plantó en la puerta. Entró en el vestíbulo y se dirigió hacia el consultorio en busca de su maletín. Arriba se oía el eco apagado de la radio en la sala de costura, pero decidió salir sin dar explicaciones. Atravesó la plaza de los Fueros, casi desierta a esas horas. Solo unos cuantos parroquianos soportaban el calor a la sombra de los toldos, en las mesas más resguardadas de las terrazas. Franqueó el arco de salida y

giró a la derecha, por la estrecha callejuela que conducía directamente a la plaza del Mercadal. En su mente se agolpaban las imágenes del archivero, que en aquel preciso instante debería haber estado echando con él la habitual partida de guiñote. Se plantó ante los escalones de la iglesia y suspiró con fuerza antes de empujar la puerta entreabierta. Un número de la Guardia Civil controlaba la entrada desde el atrio, resguardado del calor.

—Ah, doctor Vega. Pase usted, el capitán Solís le está esperando —indicó con gesto afligido.

Todas las luces del templo estaban encendidas. Manuel avanzó por la nave central orientándose por las voces que llegaban desde el crucero, hasta que vio a otro número de la Guardia Civil ante una puerta de madera que parecía conducir al campanario. A su lado reconoció al deán de la catedral, conversando con gesto grave con un hombre vestido de seglar. Junto a él, sentada en el primer banco de una capilla lateral, una mujer de aspecto sencillo lloraba desconsoladamente, cubriéndose el rostro con las manos. Manuel se dirigió hacia el grupo, y el deán dio un paso hacia él. Le tendió la mano.

—Soy Manuel Vega, el forense.

—Le conozco, doctor. Lamento que el encuentro se produzca en circunstancias tan dramáticas —dijo con la mano entre las suyas—. Tengo entendido que eran ustedes amigos.

Manuel asintió.

—Así era, don Serafín —respondió, mostrando su abatimiento—. No consigo asimilar lo que está ocurriendo; me cuesta creer que estemos hablando de él en pasado.

—A todos nos ocurre lo mismo —le aseguró el deán.

Un sonoro lamento de la mujer sentada en el banco pareció confirmar las palabras del canónigo.

—Es la esposa del sacristán —aclaró.

Manuel se volvió hacia ella.

—Lo lamento, señora.

La mujer levantó los ojos hinchados y asintió.

—El sacristán, supongo —dedujo a continuación, tendiendo la mano al hombre que la acompañaba.

Tras los saludos, Manuel hizo un gesto hacia el hueco de la escalera.

—¿Está arriba?

El deán asintió con la cabeza.

—Supongo que tendré que subir.

—Tendrá que esperar a que baje alguien, don Manuel —le advirtió el sacristán—. La escalera es muy angosta, igual que la plataforma del campanario, y ya están arriba el capitán Solís, el sargento y el juez.

Manuel decidió hacer caso al sacristán.

—Habrá que suspender la misa de la tarde —le oyó añadir con voz queda.

—Adviértaselo usted a los feligreses, con un cartel en la puerta cerrada será suficiente. Y, por favor, de momento… ninguna explicación a nadie.

—¿Y qué pongo en el cartel? —preguntó el sacristán, al parecer superado por la responsabilidad.

—Algo tan sencillo como «Por motivos ajenos a nuestra voluntad hoy no se celebrará la misa habitual en esta parroquia».

Manuel se sentó en el segundo banco, detrás de la esposa del sacristán, y dejó el maletín a su lado. Sacó su cuaderno de notas y el bolígrafo. Anotó la fecha y la hora en el extremo superior derecho de la página y, a continuación, en el centro y subrayado, un nombre: Hipólito Pascual.

—¿Cuánto hace que ha aparecido? —preguntó al sacristán.

El hombre pareció dudar, pero tras un momento respondió con aplomo:

—Todavía no hace una hora, recuerdo que acababan de dar las cuatro.

Manuel consultó su reloj de pulsera y anotó la hora aproximada del hallazgo.

—¿Ha sido usted quien lo ha encontrado?

—No, no. Ha subido el sargento, Bartolomé… Él ha dado el aviso, pero el capitán subía ya. No sé cómo, pero sabía que don Hipólito estaba arriba. Ha bajado al cabo de un rato y me ha… me ha contado lo que había —dijo, con la voz quebrada.

—Está bien, tranquilícese. El capitán me dará los detalles.

—Luego me ha pedido que lo acompañara al teléfono —prosiguió, haciendo un esfuerzo por recomponerse—. Ha llamado al juez, a don Serafín, después a la Comandancia de Pamplona y por último a usted.

Manuel asintió mientras desviaba su atención al hueco de la escalera, donde se oían los pasos de alguien que bajaba con cautela. Se puso en pie, a tiempo para ver al juez descender los últimos escalones, con una vieja linterna de petaca en una mano y sacudiéndose la ropa con la otra.

—Ah, Vega, ya estás aquí —saludó—. No hay quien se revuelva ahí arriba, nos va a costar bajar el cadáver.

La mujer dio un gemido al escuchar aquello.

—Será mejor que acompañes a tu mujer a casa —aconsejó el deán—. Que se tome una tila, le hará bien.

—¿Has terminado tú? —preguntó Manuel.

—Sí, pero sube. Esperaré a que bajes para firmar el levantamiento. Antes de hacerlo quiero conocer tu opinión sobre lo que hay ahí arriba.

—¿A qué te refieres?

—Prefiero que lo veas tú —respondió el juez en voz baja, dando la espalda a los demás—. Anda, sube, Domingo te está esperando.

Manuel se volvió hacia el maletín.

—Será mejor que no cojas más que el cuaderno y el bolígrafo. Ya te digo que no hay sitio ni para darse la vuelta —dijo entregándole la linterna—. Toma, te hará falta,

a mitad de trayecto apenas hay luz.

Manuel tan solo se entretuvo en sacar un par de guantes que se metió en el bolsillo del pantalón e inició el ascenso por la empinada escalera de caracol. La primera imagen que le vino a la mente fue la de mosén Hipólito tratando de empujar su cuerpo pesado, casi deforme, por aquellos angostos escalones. Ignoró los montones de excrementos de paloma en que parecían hundirse sus zapatos a cada paso, y el polvo y las telarañas que se le pegaban a la camisa al rozar las paredes. El calor se incrementaba a medida que ascendía. Oyó las voces de los dos guardias al tiempo que percibía la claridad procedente del campanario. Apagó la linterna.

—¡Domingo! —llamó desde allí.

—¡Ah, Manuel! Sube —respondió Solís desde lo alto.

Vio la figura del capitán recortada contra la luz y tuvo que echar mano del pañuelo que llevaba en el bolsillo. No había acabado de secarse los ojos cuando oyó de nuevo su voz. Domingo había bajado un par de escalones, impidiendo con su propio cuerpo la visión del suelo del campanario. Le tendió la mano sudando copiosamente.

—Manuel, te advierto que… lo que vas a ver no es agradable.

—Supongo que estoy acostumbrado a estas cosas.

—Sí, si alguien lo está eres tú.

El capitán dio un paso atrás, y los ojos del médico abarcaron la escena que se dibujaba ante él. El diámetro interior de la torre no alcanzaría los dos metros, y la temperatura, con el sol de la tarde entrando de lleno a través de las arcadas, resultaba casi insoportable. El sargento, en el lado opuesto, se hallaba sentado en el suelo con el rostro lívido y envuelto en sudor. El cadáver de Hipólito se encontraba tumbado boca abajo, con el rostro hacia un lado. Las moscas zumbaban a su alrededor, concentrándose enloquecidas en torno a la boca y los ojos que, aún abiertos, componían una mueca de estupor.

—¡Por Dios bendito, Domingo! ¿Qué coño es esto?

De la boca del archivero, abierta por completo, asomaba un objeto negruzco, parecido a una piedra de aspecto blando.

—Es carbón quemado, joder —contestó el capitán—. Quien haya hecho esto le metió carbón ardiendo en la boca.

La mirada atónita de Manuel se desplazó al objeto que yacía a un palmo del rostro del archivero. Parecía una copa grande que, al volcarse, había dejado caer más trozos de carbón como el que llenaba la boca de mosén Hipólito. El médico se volvió hacia Domingo, interrogándolo con el gesto, y este asintió.

—Sí, es el cáliz que había desaparecido. Se diría que lo usaron para traer hasta aquí los carbones encendidos que le han metido en la boca.

Manuel se llevó la mano a la frente, absolutamente descompuesto.

—Pero ¿quién coño puede hacer algo así? —masculló, sintiendo náuseas.

—Tendrás que decir si esto lo hicieron mientras estaba vivo o una vez muerto.

Manuel dio un paso tratando de buscar un hueco donde apoyar el pie, se puso los guantes que llevaba en el bolsillo y se agachó con cuidado. Tocó la nuca del cadáver, que mostraba claros signos de rigidez. El cuero cabelludo se arrugaba en un gran pliegue de grasa, que el médico oprimió con fuerza, hasta que sus dedos dieron con los bordes de lo que sin duda era una fractura en el hueso occipital.

—Con todas las reservas, parece que la muerte se produjo por traumatismo.

—¿Otra vez el estacazo en la nuca? —aventuró el sargento desde el suelo.

—El golpe en la nuca se lo dieron. Ahora falta determinar si fue lo que le produjo la muerte. Y por las características de la fractura podremos saber si el objeto utilizado es el mismo que utilizaron con Herminio y con Engracia.

—¡Vaya! Veo que tú también los relacionas…

Manuel hizo un gesto con las manos para indicar que hacerlo parecía obvio.

—Hay algo que resultará determinante, Domingo.

—Lo sé. No he querido tocar el cadáver hasta que lo vieras tú.

—Pues va a ser complicado. La sotana está abotonada hasta los pies, y los botones han quedado aprisionados bajo el peso del cuerpo. Vamos a tener que darle la vuelta. Entre los tres —dijo mirando al sargento.

—Por eso no he dejado que te fueras, Bartolomé, aunque estuvieras pidiéndolo a gritos —se explicó el capitán—. Venga, échanos una mano y bajas a refrescarte.

Los tres hombres se dispusieron en torno al cadáver. Manuel tomó el cáliz con los guantes, con cuidado de no tirar el contenido, y lo examinó admirado antes de dejarlo a un lado. A una voz del capitán, los tres empujaron y colocaron el cuerpo de costado.

—Sujetadlo así mientras desabotono la sotana —pidió Manuel.

Tuvo que quitarse los guantes para hacerlo, pero al cabo de un minuto había conseguido soltar los veinticuatro botones, que se entretuvo en contar.

—Ahora dejadlo como estaba —les indicó con la tela negra en alto.

El cuerpo rodó hasta ocupar una posición parecida a la del principio, aunque la sotana había quedado abierta.

—Está bien, Bartolomé, ya puedes bajar —dijo el capitán.

El sargento no ocultó su alivio.

—Pide permiso al sacristán para usar el teléfono y llama al cuartel. Que vengan todos excepto el número que está de guardia —ordenó cuando ya desaparecía por el hueco—. Vamos a necesitar mucha ayuda para bajar el cadáver por esas escaleras.

Manuel apartó la sotana y dejó al descubierto los pantalones y la camisa del archivero. Tiró de esta hacia fuera para liberarla del cinturón, y los pliegues blancuzcos de la cintura del orondo archivero quedaron a la vista. Domingo y Manuel se miraron perplejos cuando comprobaron que los cortes rojizos que esperaban ver en la espalda no se encontraban allí. Los ojos del médico se vieron atraídos entonces hacia el puño derecho de la sotana, que dejaba al descubierto parte de la muñeca del sacerdote.

—¡Una vez muerto, no ha sido capaz de quitarle la sotana! —Comprendió el

capitán siguiendo con la vista a Manuel.

Este alzó el brazo del cadáver y retiró la manga para exponer el antebrazo blanquecino.

—Hijo de puta —exclamó, apartando la vista.

El forense recogió el cuaderno y lo abrió por la página que había iniciado poco antes. Se sacó el bolígrafo de la camisa y copió el mensaje que el asesino de mosén Hipólito les había dejado escrito sobre su piel.

Capítulo 11

Jueves, 8 de septiembre de 1949

Carmen aclaró la bayeta con la que acababa de fregar el suelo de la cocina y se secó las manos en el delantal. Se inclinó para frotarse las rodillas, magulladas después de media hora arrodillada sobre un simple pedazo de esponja. Las dos campanadas del reloj de la plaza le indicaron que estaba a punto de comenzar la cuarta entrega de la obra de teatro que, a modo de serial, habían empezado a emitir aquel mismo lunes. Se quitó el delantal, salió de la cocina evitando pisar las pocas baldosas que seguían húmedas y subió las escaleras en dirección a la sala de costura. Lo primero que hizo fue pulsar el botón que ponía en marcha el aparato de radio y, mientras las válvulas se calentaban, acercó al sillón los dos pantalones de don Manuel cuyos bajos tenía que coser aquella tarde. Poco a poco, la familiar voz del locutor, que repasaba el reparto de la obra, fue inundando la habitación. Corrió la cortina para permitir que la luz entrara a raudales, se sentó con un suspiro de alivio y se relajó un instante con los ojos entrecerrados antes de abrir el costurero.

Estaba enhebrando la aguja cuando la sorprendió el timbre de la puerta. No esperaba visitas aquella tarde. Don Manuel y su esposa pasaban el día en la finca de la vega, donde Margarita por fin había accedido a retomar sus paseos a caballo, y no regresarían hasta la hora de la cena. Se asomó a la ventana, pero no vio a nadie: el propio balcón ocultaba el dintel de la puerta de acceso y, a menos que el visitante se apartara lo suficiente de ella, era imposible verlo. Clavó la aguja en el alfiletero y bajó las escaleras sin poder evitar un asomo de aprensión. Desde el horrible asesinato de mosén Hipólito, las propias autoridades habían recomendado extremar las precauciones, quizá forzadas por las sensacionalistas portadas de *El Reportero* que, en los días siguientes al hallazgo, no habían dejado de hablar del «asesino de Puente Real». El propio don Manuel les había recomendado no abrir la puerta a nadie en su ausencia sin estar seguras de su identidad y, aunque Carmen no era dada a asustarse con facilidad, tantas precauciones habían acabado por inquietarla. Cruzó el vestíbulo en penumbra y se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó sin retirar el cerrojo.

—Soy Ángel Expósito —oyó al otro lado.

Sorprendida al experimentar un cierto alivio, corrió el pasador y abrió la puerta. El campanero se encontraba de pie ante la entrada con su ya inseparable carpeta bajo el brazo. Lo primero que llamó la atención de la joven fue que la camisa blanca que siempre llevaba remangada aparecía aquel día impecablemente planchada, igual que los pantalones. Ya las últimas veces había notado un cambio en su aspecto: sin duda las visitas al barbero se habían hecho más frecuentes, a juzgar por el cuidado aspecto de la barba, y lo acompañaba el olor a Varón Dandy. Se había peinado el cabello hacia atrás con una buena dosis de fijapelo y, como era habitual, no la miraba de

frente. Sonrió al comprobar que seguía observando cierto hábito: nunca se colocaba en el centro de la puerta, sino un tanto desplazado hacia la izquierda, con el rostro dirigido al frente. De esa forma evitaba mostrar la parte derecha de su rostro. Quizás Ángel interpretó su expresión de forma equivocada, pues también él esbozó un gesto que podía parecer una sonrisa.

—¿No me vas a dejar pasar?

—Estoy sola en casa. Don Manuel y doña Margarita están en la finca de la vega.

—Lástima —respondió—. Le traía unos cuantos dibujos más.

Carmen pareció vacilar, un tanto azorada.

—Puedo dejárselos encima de la mesa, en la biblioteca —sugirió él.

—Ángel, no me lo tomes a mal, pero alguien podría interpretar… —Pese a que dejó la frase inacabada el gesto hacia la calle fue lo bastante expresivo—. No hay nadie más en la casa. Si te parece yo se los subo.

—El caso es que necesito la carpeta…

Carmen asintió y se retiró hacia el interior franqueándole el paso, no sin antes barrer de un vistazo el paseo junto al río.

—Sube, ya conoces el camino.

Ángel entró con decisión, dejando vagar la mirada por los exquisitos objetos que adornaban el vestíbulo y la escalinata. Carmen lo siguió unos pasos más atrás, sin dejar de reparar en el porte erguido del campanero, los anchos hombros y el cuello poderoso, enmarcado por aquella densa barba oscura. Sus piernas, sin duda acostumbradas a ascender a lo alto de la torre varias veces cada día, parecían salvar los escalones como si caminara por el salón. Y entonces notó un ligero cosquilleo en el vientre que la hizo sentirse culpable.

Entraron en la biblioteca y Ángel se dirigió hacia el escritorio.

—Va a resultar… que don Manuel no ha vaciado la carpeta que trajiste el sábado. Quizá no esperaba que volvieras tan pronto.

—Esta semana he trabajado con rapidez, los motivos se repiten en algunas dovelas, sobre todo en el cielo, y me resulta más sencillo trabajar con ellas.

—Puedes volver otro día, cuando esté don Manuel, y recoger la carpeta.

—No será necesario, he traído pocas. Las pondré aquí, sobre el escritorio, para que las recoja cuando llegue. Creo que será lo mejor.

Depositó la carpeta entreabierta entre los brazos del sillón y fue sacando los dibujos con cuidado, colocando papel de seda entre uno y otro. Cuando la carpeta estuvo vacía, la cerró y se la colocó de nuevo bajo el brazo.

Carmen miraba el dibujo que había quedado encima.

—¿Qué horrible figura es esta?

—Es Satanás, el príncipe de los demonios[Fig. 10].

—¡Dios mío, qué garras! Casi se agradece que el resto de la figura no se aprecie bien.

—Es lamentable, pero toda la parte superior de la figura ha sido mutilada. Y

además, seguro, de manera intencionada. No es la única figura diabólica que ha sido destruida.

—Esta debía de ser impresionante.

—Sí, en la portada está situada de tal forma que parece abarcar todo lo que ocurre en el infierno. Fíjate, está sentado en su trono, con las garras cruzadas en señal de poder. Y a su lado hay otro demonio armado con un garfio, que parece recibir órdenes.

—Es asombroso, jamás me hubiera fijado en estos detalles, y mira que llevo toda la vida pasando por debajo de esos arcos.

Ángel esbozó una sonrisa al escuchar de nuevo aquel comentario, esta vez en boca de Carmencita. Sin embargo respondió con amabilidad:

—A la mayor parte de la gente de Puente Real le sucede lo mismo. Por eso me pareció una buena idea la propuesta de don Manuel.

—Y te lo estás tomando en serio…

—Me gusta terminar lo que empiezo, y hacerlo bien. He sido así desde niño.

—Don Manuel se alegrará cuando vuelva. Me consta que no te esperaba tan pronto —añadió Carmen mientras se dirigía ya hacia la puerta de la biblioteca.

Salieron al descansillo, hasta donde llegaba el sonido de la radio y la voz impostada de los actores que daban vida a los personajes.

—Me temo que he estropeado tus planes…

—No, bueno… sí —vaciló Carmen—. Iba a escuchar el serial. Pero siempre es mejor poder hablar con alguien de carne y hueso, ¿no te parece?

Carmen sintió que se azoraba al pronunciar aquella frase. La voz profunda de Ángel y su expresión, siempre tan grave, la intimidaban. Pero al mismo tiempo la presencia física y la forma de ser de aquel hombre ejercían sobre ella una atracción que no acertaba a explicarse. Una idea cruzó por su cabeza como un relámpago y, sin darse tiempo a reflexionar, la expresó en voz alta.

—¿Quieres que te prepare un café? Supongo que allá arriba, en la torre, tampoco vas sobrado de compañía.

Esta vez fue Ángel quien, por un instante, pareció desconcertado, si bien respondió enseguida con su habitual aplomo.

—Tienes razón, aunque en mi caso la soledad es algo que he buscado deliberadamente. Pero aceptaré ese café con gusto.

Carmen permaneció callada un instante, mirándolo.

—¿Qué? —Entonces sí, Ángel sonrió.

—No, perdóname… Es solo que… bueno, pensaba que te expresas muy bien, no parece algo propio de un… campanero.

—Me encanta leer, paso horas haciéndolo. Es una afición que debo a un buen maestro que tuve en mi niñez, el mismo que me enseñó a dibujar.

—Fuiste afortunado. ¿Aún vive?

—No lo sé. No he vuelto por mi pueblo desde antes de la guerra. Mis padres

murieron, y apenas tengo familia allí.

—Dame un momento… —le interrumpió—. Bajaré a preparar ese café. Espera en la sala de costura.

—Quizá sea mejor tomarlo en la cocina —sugirió.

Carmen asintió con una sonrisa de complicidad.

—Gracias por tu comprensión.

Descendieron por la magnífica escalinata y entraron en la cocina. Carmen abrió un armario bajo y sacó un pequeño cazo que llenó de agua antes de colocarlo sobre el infiernillo. Después tomó una taza de porcelana y el azucarero de la alacena, y los dejó en la mesa, a la que ya se había sentado Ángel.

—Tienes esto reluciente —dijo él, mientras paseaba la vista por la habitación.

—A mí también me gusta hacer bien mi trabajo —respondió con una sonrisa tímida.

Ángel asintió, tamborileando con los dedos sobre la mesa. Carmen permanecía de pie junto al infiernillo, esperando que el agua hirviera, y se hizo un silencio que le resultó incómodo. Al final abrió un cajón y sacó un colador de tela, que ajustó a una pequeña jarra también de porcelana. Notó que la miraba.

—¿Lo tomarás con leche? —preguntó volviéndose hacia él.

—No, lo prefiero solo. ¿Y tú? ¿No tomas nada?

Carmen pareció dudar, pero decidió que sería bueno tener algo en que ocuparse mientras el agua hervía por fin.

—¿Por qué no? Tomaré un café con leche.

Colocó su taza en la mesa y regresó hasta el infiernillo, retiró el cazo del fuego y puso en el agua dos cucharadas colmadas de café. Después lo vertió en la jarra y dejó el colador en el fregadero. El aroma se extendió por toda la cocina.

—No creo que ese café pueda comprarse en el colmado…

—Ni el que se toma en el Casino o en el Círculo Carlista. Hay cosas que se mueven más en el mercado de estraperlo que en las tiendas de ultramarinos. Pero tú disfruta del café y no preguntes de dónde viene —dijo, mientras le servía una humeante taza.

Ángel la tomó del asa con cuidado y aspiró el aroma con los ojos entrecerrados. Después dio un sorbo.

—¿Estás bien aquí?

La pregunta tomó por sorpresa a Carmen, que se quedó con la jarra de la leche suspendida de la mano, a punto de verter el contenido en el café.

—Quiero decir… —trató de explicarse—. Si eres feliz y todo eso.

Carmen bajó los ojos. Sin responder aún, añadió una cucharada de azúcar a la taza y se sentó en el lado opuesto de la mesa.

—Supongo que sí —respondió al fin, mientras daba vueltas con la cucharilla de forma mecánica.

—¿Lo supones? —preguntó Ángel mirando fijamente a la muchacha.

—¿Qué es ser feliz, Ángel? —replicó ella, alzando la vista apenas lo suficiente para intercambiar una mirada fugaz con él—. Don Manuel y su esposa me acogieron en un momento muy difícil de mi vida. Mi padre murió cuando no era más que una niña, y mi madre tuvo que hacerse cargo de mí y de mi hermano Félix, dos años menor. Fueron tiempos muy difíciles. Mi padre había sido un simple jornalero casi analfabeto que entendía poco de política, pero había estado afiliado a la CNT. Eso marcó a mi familia cuando llegó la guerra, y Félix se alistó voluntario para evitar las represalias. Bueno… en realidad fue obligado a alistarse, y no de buenas maneras.

Ángel pareció querer decir algo, pero Carmen parecía emocionada, de modo que lo pensó mejor. Hizo un gesto con la mano, negando, y la animó a continuar.

—Tenía dieciocho años, Ángel —añadió con los ojos vidriosos—. Un buen muchacho, guapísimo, responsable. Desde niño trabajó en lo que pudo para ayudar en casa.

—¿Qué ocurrió después?

Carmen luchaba por contener las lágrimas.

—Se fue en agosto del treinta y seis y regresó en Navidad, a escondidas, demacrado y completamente cambiado. No parecía él. Recordaré siempre el día en que entré en casa y lo vi allí, sonriendo, junto a nuestra madre, posiblemente la mujer más feliz del mundo en aquel momento. —Se le iluminó el rostro—. Aunque solo pasó aquí la Nochebuena. No habló de nada que tuviera relación con el frente, ni con los sufrimientos que debía de haber soportado, seguro que no quería entristecernos. Para mí que se había pasado a los republicanos, a pesar del uniforme que vestía para volver a casa… pero no quiso responder a ninguna de mis preguntas sobre la guerra.

—¿Y después?

—Solo envió una carta en la que también parecía callar más de lo que contaba. Decía que estaba bien, que había pasado por trances duros, pero había conseguido superarlos. El único detalle de su paradero aparecía al final de la carta, fechada «en algún lugar del Bajo Aragón».

—¿Cuándo recibisteis esa carta?

—En septiembre del treinta y siete, pero estaba fechada a finales de agosto.

Ángel asintió, pensativo.

—Corresponde con la ofensiva republicana sobre Zaragoza que acabó con la batalla de Belchite.

Carmen no pudo evitar un gemido al oír el nombre de aquel lugar, que tras la guerra se había convertido en símbolo de muerte y destrucción.

—Jamás volvimos a saber de él —explicó con la voz rota, mientras sacaba un pañuelo de su bata para secarse los ojos—. Debió de morir en el frente, y estará en alguna de esas fosas repletas de soldados anónimos. ¡Ni siquiera tengo una sepultura a la que poder ir a llorar por él!

Ángel alargó la mano por encima de la mesa y la colocó sobre los dedos de Carmen, agitada ya por el llanto.

—Lo siento —dijo—. Y siento haberte hecho revivir esto.

Carmen negó con la cabeza mientras trataba de respirar por la boca antes de sonarse ruidosamente.

—El dolor me acompañará siempre. ¡Lo quería tanto! —exclamó con un nuevo acceso de llanto—. Era mi único hermano, el pequeño, mi juguete.

Esta vez la emoción asomó también a los ojos de Ángel.

—¿Ya trabajabas aquí por entonces?

—Sí, entré a servir aquí al poco de morir mi padre. Nunca se lo podré agradecer lo suficiente a don Manuel y doña Margarita, no sé qué hubiera sido de nosotros sin su ayuda. Mi madre se quedó sola, pero ellos se ocuparon de que la pobre tuviera lo necesario. Y así fue hasta que murió, hace siete años. La muerte de mi padre había sido un duro golpe para ella, pero la necesidad de sacarnos adelante la obligó a superar la pena. Lo de mi hermano… de eso jamás se recuperó. Se fue apagando, la abandonaron las ganas de vivir.

—¿Y tú?

—Déjalo, Ángel —replicó mientras trataba de recomponerse—. Te estoy importunando con mis penas. Me temo que ya tienes tu respuesta a la pregunta que me has hecho.

—No me importunas. Te he preguntado si eras feliz aquí y hasta ahora me has hablado de tu familia. ¿Y qué hay de ti?

—¿De mí? Pues después de la guerra todo transcurría muy deprisa. Servía en la casa, ayudaba a don Manuel en la consulta, estaba al tanto de mi madre y, sobre todo, me ocupaba del pequeño Alfonso. El día se hacía corto, puedes creerme. No tenía tiempo de pensar en otras cosas.

—A eso me refería —reconoció Ángel—. ¿No ha habido ningún hombre? Cuando terminó la guerra tendrías… ¿veinte años?

—Veintidós —le corrigió, con el primer asomo de sonrisa.

—Serías una muchacha preciosa.

Carmen se sintió enrojecer, pero trató de disimular su azoramiento respondiendo sin alterar la voz.

—Ya te digo que el día se hacía corto para pensar en nada que no fueran mis tareas.

—Una lástima —remarcó él.

—Además, la afiliación de mi padre había marcado a toda la familia. Nadie en Puente Real después de la guerra hubiera permitido que su hijo entablara relación con la hija de un «rojo».

—Y del otro bando quedaban pocos, los que no fueron fusilados murieron en el frente o simplemente huyeron.

—Y don Manuel tampoco hubiera permitido que yo…

—Que festejaras con alguien del bando perdedor —la ayudó Ángel—. Es comprensible, supongo que ellos se han convertido en tu segunda familia.

—En mi única familia, en realidad —respondió, y se llevó a los labios la taza de café con leche, ya tibio.

—Quizá deberías salir más de entre estas cuatro paredes.

Una vez más Carmen se sonrojó, lo que provocó una contenida carcajada de Ángel.

—No te gusta hablar de ti, ¿no es cierto?

—Supongo que no estoy acostumbrada a hacerlo. Y menos —añadió—, con un desconocido.

—Ya no tanto —la corrigió con una expresión bien estudiada de su rostro—. Llevo un mes viniendo a esta casa y ya me he sentado incluso a vuestra mesa.

—Sin embargo, yo apenas sé nada de ti.

—Eso es porque no preguntas. Empezaba a pensar que no te interesaba saber más.

—Lo único que sé es que alguien que vive encerrado en lo alto de una torre me aconseja salir más de entre estas cuatro paredes.

Esta vez Ángel rio con franqueza.

—¡Tocado! —concedió—. Pero sabes que mis motivos son otros.

Carmen apreció el rápido retorno de su rostro hasta su habitual expresión circunspecta. Sus labios eran de nuevo una línea recta bajo el poblado bigote, y la arruga que marcaba su ceño había vuelto a aparecer.

—No es más que una cicatriz. No debería afectarte tanto.

—No soy un iluso y sé qué reacciones provoca esto en la gente —dijo pasándose la mano desde la sien hasta la barba—. Hace mucho que dejé de intentar…

—¿Y si ese ha sido tu error? —se atrevió a sugerir Carmencita.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá tú mismo evitas que te conozcan. De otro modo…

Carmencita pensó que estaba hablando demasiado y se interrumpió.

—Es difícil superar eso cuando en la expresión de los demás uno solo ve lástima, cuando no burla. Hace unos días, mientras dibujaba a mediodía una de las dovelas, pasó por allí una cuadrilla de muchachos. Se pegaron a la pared opuesta, murmurando entre risas, pensando quizá que no reparaba en ellos. Al final, cuando llegaron a la puerta del ayuntamiento, gritaron «¡Quasimodo!», varias veces y a pleno pulmón, y salieron corriendo por la plaza Vieja.

—¿«Quasimodo»? ¿Qué es eso? —preguntó Carmen.

—Es el personaje de una novela de Víctor Hugo, un ser deforme y jorobado que vive en la catedral de Notre Dame, en París. No le doy ninguna importancia, seguramente algún profesor les habló de él durante el curso, y los chicos asociaron…

—En cualquier caso, no debieron utilizar eso como un insulto.

—Te lo cuento solo para que comprendas mis razones…

—Si se hubieran detenido a hablar contigo, quizás ahora serían tus amigos —soltó Carmen de forma un tanto inocente.

—Puede ser, ¿quién sabe?

—No debe de ser sencillo vivir allá arriba. ¿Cómo te las arreglas para lavar, para cocinar…?

—Allí ha vivido el campanero con su familia desde hace generaciones, incluso con niños pequeños. Aunque no me los imagino correteando por los tejados a veinte metros del suelo. Y ahora llega hasta allí una tubería de agua y hay instalación de luz eléctrica. Antes debían subir incluso el agua mediante poleas, desde la calle.

—¿Y en invierno?

—Hay una buena estufa y una cocina de carbón. No te niego que las noches de cierzo fuerte hace frío, pero en Puente Real hay familias que viven en peores condiciones.

—Ángel, lo hablé con doña Margarita después de tu última visita, y quedó en ser ella quien te lo sugiriera, pero ya que ha salido el tema… Yo no tengo ningún inconveniente en lavar y planchar tu ropa, si a ti te parece bien.

Ángel sonrió.

—Noté cómo mirabas mis camisas en mis primeras visitas.

Por enésima vez aquella tarde, Carmen se sonrojó.

—También es cierto que eso ha cambiado en las últimas.

—¡Me hice con una plancha! Aunque reconozco que no es lo mío. Además, se funden los plomos de la instalación eléctrica, y tengo que bajar de la torre para cambiarlos. —Rio—. Pero no será necesario, creo que me arreglaré…

—Déjame insistir. Más que nada por doña Margarita. Para ella será una forma de colaborar en el servicio de la catedral, algo por lo que siempre se muestra ansiosa. Y para mí no supone el más mínimo esfuerzo. Un hombre solo no puede…

—Está bien, lo tendré en cuenta. Si no consigo solucionar el problema de la instalación, quizá no me quede otro remedio, pero solo la plancha. Te aseguro que allá arriba tengo el tendedor más aireado de Puente Real.

—Doña Margarita se alegrará.

—Tengo entendido que ha retomado sus paseos a caballo.

—Así es. Y sin duda le están haciendo bien. Llevaba meses recluida y guardando luto —aseguró Carmen, antes de dar el último sorbo a su café con leche.

—Está bien, Carmen. Te agradezco la invitación, te aseguro que ha sido muy especial para mí, hacía años que no disfrutaba de un café en compañía. Pero ahora me tengo que ir, dile a don Manuel que regresaré la semana que viene.

—Vuelve cuando quieras, don Manuel agradece tus visitas. Y está ansioso por tener la colección completa. ¡Si me recuerda al pequeño Alfonso, cuando coleccionaba sus cromos de aviones! —Rio.

—¿Aviones?

—Sí, su padre le compró en la librería Royo un álbum de la historia de la aviación y cada semana le traía algún sobrecito de cromos. Recuerdo los saltos que daba cuando consiguió el único que le faltaba. Lo recuerdo como si fuera ahora, todos nos alegramos. El cromo se titulaba «La epopeya del Plus Ultra». Supongo que estará en

el desván, con el resto de sus cosas. Estuvo hasta hace poco en su cuarto, hasta que don Manuel decidió que no era conveniente para doña Margarita conservar todas sus cosas a la vista.

—Entiendo —aseguró Ángel, ya de pie—. Debió de ser muy duro para ellos.

—Créeme que lo fue. Para todos nosotros. Era un muchacho maravilloso, en la flor de la vida… Después de la guerra, con mi hermano desaparecido, también yo me volqué en él, para todos nosotros fue el bálsamo que necesitaban nuestras heridas. Lo vi crecer como si fuera mi propio hijo, pasé junto a él tantas horas como su madre. ¡Si hasta pronunció mi nombre antes que el de doña Margarita! «*A-men*», decía, hasta que aprendió a pronunciar la erre.

Los ojos de Carmen se nublaron de nuevo.

—Nunca olvidaré aquella tarde. ¡Fue tan doloroso, tan cruel! ¡Una muerte así…! Pero perdóname, vas a pensar que me paso el día llorando.

Ángel no respondió. Simplemente cogió la carpeta, que había dejado en una silla, y cruzó el vestíbulo en dirección a la salida. La intensa luz de la tarde los deslumbró al cruzar el dintel de la puerta. Ángel se puso la mano en la frente a modo de visera e incluso se frotó los ojos, molesto.

—Trae tu ropa cuando quieras, no lo olvides —le recordó Carmen.

—Lo haré, si insistes —respondió, serio de nuevo—. Gracias por todo.

Carmen permaneció un instante en la puerta, paseando la mirada por el bulevar, siguiendo el caminar erguido y seguro del campanero. Cuando su figura dobló la esquina en dirección a la plaza del Mercado, cerró la puerta, echó el cerrojo y se obligó a devolver sus pensamientos a las tareas que tenía pendientes. En aquel momento, coser el bajo de los pantalones de don Manuel se le antojó una labor tediosa.

Capítulo 12

Viernes, 16 de septiembre de 1949

Manuel, sentado en la biblioteca, oyó los taconazos de Solís desde el momento en que el capitán puso los pies en el vestíbulo. Le pareció que subía las escaleras de dos en dos, hasta que el suelo de la primera planta tembló con sus pasos. Apareció en el umbral sudoroso y algo despeinado, con el tricornio bajo el brazo y un periódico doblado en la mano derecha.

—Buenos días, Domingo —saludó—. No sé qué te pasa, pero me temo que nada bueno.

—¿«Buenos días»? Será para algunos. Para Damián, por ejemplo, que se está hinchando de vender periódicos, ¡no te jode!

—Estupendo, hoy que me he retrasado con la prensa… seguro que han publicado algún bombazo.

El capitán salvó en cuatro zancadas la distancia entre la puerta y el sofá que Manuel ocupaba frente al ventanal. Desplegó el periódico y lo lanzó a su lado.

—Ahí lo tienes. Échale un vistazo a eso, a ver qué te parece. También para ti hay estopa.

Era el ejemplar de aquella semana de *El Reportero*, que, a dos columnas y con una tipografía generosa, titulaba: «Sin pistas del asesino de Puente Real dos meses después». En caracteres más pequeños podía leerse: «En vía muerta la investigación, que, de forma incomprensible, continúa en manos de la Guardia Civil local». La información iba acompañada por la imagen de una plaza de los Fueros semidesierta, con un pie de foto que decía: «Puente Real, una ciudad fantasma: la población, atemorizada, se recluye en sus casas al caer la tarde».

—¡Será hijo de puta! ¡Si lo veo le arranco la lengua y se la echo a los perros!

—No hagas eso, ¿qué mal te han hecho los perros? —bromeó Manuel.

—¿Y te ríes? Sigue, sigue leyendo…

Manuel se secó los ojos con el pañuelo y se dispuso a leer el artículo completo.

Puente Real, 15 de septiembre

De nuestro enviado, Samuel Noriega

Cuando el 7 de julio, día de San Fermín, apareció el cadáver de la joven directora de un colegio de la localidad, nadie pensaba en lo que esta ciudad, hasta entonces tranquila y apacible, iba a vivir. Desde aquel día han aparecido dos cadáveres más, asesinados ambos con saña, y con una puesta en escena en la que el criminal parece recrearse, si no reírse de quienes le persiguen.

Aunque ¿de verdad se le persigue? Quiero decir, ¿hay alguien realmente

capacitado y con experiencia al frente de las pesquisas? Mucho me temo que la respuesta sea negativa. Al parecer la muerte de quien fuera alcalde de Puente Real y jefe de la Falange no bastó para desplazar hasta aquí a un equipo de investigadores competentes. Tras la aparición del tercer cadáver, nada más y nada menos que el del archivero y canónigo de la catedral, el Gobierno Civil y la Comandancia de la Benemérita se limitaron a reforzar el destacamento local con tres números más, manteniendo al frente al capitán que durante dos meses ha sido incapaz de seguir una pista que conduzca hasta el asesino. ¿Es que un hombre que comete tres asesinatos, que dispone los cadáveres a su antojo durante la noche, es capaz de actuar sin dejar huella alguna que lo delate? ¿Acaso el forense local no ha advertido los rastros que esos crímenes habrán dejado en los cuerpos y que seguro saltarían a la vista de un investigador más avezado? Ambos personajes únicamente parecen competentes en algo: despreciar el trabajo de los periodistas ocultando información y, en el caso del capitán Domingo Solís, practicar la violencia contra quienes solo tratamos de mantener advertida a la población en un asunto en el que literalmente les va la vida.

Los rumores, las sospechas y el miedo se han instalado en Puente Real. La vida cotidiana se ha alterado de forma drástica, pues nadie se aventura por las calles antes del amanecer ni tras la puesta de sol. Y con buen criterio, pues anda suelto un asesino sin escrúpulos, capaz de matar a una mujer, a un representante de la autoridad e incluso a un eclesiástico. Nadie volverá a estar seguro en Puente Real hasta que las autoridades tomen cartas en el asunto y conduzcan al garrote vil a la bestia que ha cometido tan nefandos crímenes.

Desde esta bella ciudad navarra a orillas del Ebro, solo puedo hacer votos para que tal cosa ocurra antes de que me vea obligado a relatarles a ustedes la aparición de un cuarto cadáver.

—¡Madre mía, Domingo! ¿Qué le has hecho a este elemento? —soltó Manuel con aire de reproche al terminar de leer—. Y te quejabas porque había salido la noticia en el *ABC*…

El capitán apretó los dientes y los músculos de sus mejillas se tensaron en un gesto de rabia.

—Se me fue la mano, joder. Salía del cuartel justo después de una de las «cordiales» conversaciones con la Comandancia, y lo veo allí enfrente, plantado con su cámara. Soltó el fogonazo y no me lo pensé. Me fui a por él y de una hostia le mandé la cámara contra el tronco de un árbol.

—¿Hiciste eso? Si te saca un palmo…

—Y bien que me arrepiento, no tenía ni idea de lo que valía un juguete de esos.

—Pues yo sí, precisamente estuve hace unos días en casa del fotógrafo mirando unos catálogos, ya te dije que tengo intención de comprar una. Una de las que me enseñó era justo la que llevaba el reportero, una Kodak Brownie Hawkeye con *flash*.

—¿Una qué? Joder, habla en cristiano.

—«Ojo de halcón», significa.

—De buitre, diría yo. ¿Y cuánto cuesta eso? Porque ya me ha dicho el comandante que si presenta denuncia la cámara va a salir de mi sueldo del mes.

—Pues no sé cuánto ganas, pero igual te hace falta más de un mes para pagarla —dijo Manuel con expresión todavía grave—. Aunque a lo mejor este bonito artículo te sale todavía más caro.

—Joder, Manuel, siento que te haya salpicado.

—Por mí no te preocupes. Es mejor que ese payaso nos dé cera, pensando que le ocultamos información, cosa que es absolutamente cierta. Imagina lo que sucedería si salen a la luz todos los detalles acerca de los cadáveres.

—Lo que más me jode es que tiene razón en muchas cosas de las que dice. En dos meses no hemos avanzado nada, y el comandante ya me había dado un ultimátum. Si no hay detenciones pronto, tengo el traslado asegurado y, cuando lea esto —señaló el periódico con la barbilla—, no será de extrañar que se me caiga algún galón.

—El comandante debe saber que no se las está viendo con cualquiera. Habéis hecho lo que estaba en vuestra mano, pero ese cabrón es listo.

—Joder, cuando encontramos las huellas del pie creí que teníamos algo importante. Pero fue al ver el cáliz allá arriba cuando pensé: «Ya te tengo, hijo de puta».

—Por eso digo que tu trabajo fue correcto. Tuviste el buen juicio de enviarlo a Pamplona sin tocarlo, en busca de alguna huella dactilar.

—Si hubiera aparecido alguna… ¡vamos!, soy capaz de poner a todo Puente Real en fila para que dejen la huella en un papel. Pero nada, o lo había manejado todo el tiempo con guantes o había tenido la precaución de borrar las huellas antes de dejarlo allí.

—¿Y las huellas del pie? ¿Habéis seguido con eso?

—Pues ya sabes, investigamos a los del entorno, hasta se pidió la orden del juez para registrar la casa del sacristán. Y nada, su pie es mucho más pequeño.

Manuel se irguió de pronto.

—¿Y el enterrador? —recordó.

—También, solicité otra orden para registrar su casa.

—¿Y?

—Mira, al principio creíamos tener algo, incluso pensé en ordenar su detención para volver a interrogarlo, porque guardaba unas alpargatas que podían haber dejado aquellas huellas. Pero al llegar al cuartel comprobé que cualquiera de las de mis hombres encajaba con aquel dibujo tan bien como las suyas, y en Puente Real serán cientos las que coincidan.

—Sí, es la huella que deja cualquier alpargata de esparto, por aquí todas se cosen de la misma manera.

—Puede dar pistas sobre la extracción social del asesino, eso sí. No todo el mundo usa ese tipo de calzado.

—Hombre, si yo fuera un marqués y quisiera matar a alguien, quizá me calzara unas alpargatas y no unos escarpines de charol.

El capitán rio.

—Pues viéndolo así… —concedió—. Y luego están las marcas en los cadáveres… Mandé tus tres informes a Pamplona, y de ahí fueron enviadas copias a Madrid. Pero nadie le encuentra significado a esos símbolos, ni siquiera en relación con la manera en que fueron encontrados los cuerpos.

—Yo también los tengo en mente a todas horas. Los he copiado juntos, los miro, trato de buscar una relación entre ellos… pero nada. Siento que es un alfabeto que solo conoce el asesino, y mientras no tengamos la clave no sabremos interpretar el mensaje.

—Eso… o le echamos el guante antes y le hacemos cantar.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Tienes algún hilo del que tirar?

Domingo se dejó caer en el sillón contiguo al sofá.

—Venía con la esperanza de que el forense del caso me hiciera alguna sugerencia —repuso con sorna.

—Pues pinchas en hueso. ¿Qué esperabas de este «poco avezado» profesional? —respondió.

El capitán suspiró hondo y posó la vista en la mesa.

—¡Coño! ¿Quién hace esos dibujos? —preguntó.

—Ángel Expósito, el campanero —contestó tendiéndole una de las láminas—. Sorprendente, ¿no crees?

—No sabía que os conocierais.

—Lo vi dibujar en la puerta de la catedral y se me ocurrió entablar conversación con él. Y en buena hora, porque me está dibujando la Puerta del Juicio completa, dovela a dovela.

El capitán había cogido la lámina que representaba a dos ángeles preparados para tocar las trompetas anunciadoras del Juicio Final[Fig. 11].

—¡Joder con el campanero! ¡Esto es dibujar! Pero si parece piedra de verdad… Se ven hasta las marcas del cincel.

—Es un genio, yo estoy entusiasmado con esto —confesó—. Precisamente estaba acabando de ordenar estas últimas hojas para ir a hablar con Nazario, el de la imprenta. Cada vez estoy más decidido a editar esto en forma de libro, aunque me cueste una pequeña fortuna.

—¿Y no le has dicho nada a Santiago? Él puede ponerte en contacto con la Diputación, quizás estén interesados…

Manuel lo miró, pensativo.

—¿Sabes que tienes razón? Mira, no se me había ocurrido… —dijo, satisfecho—. Por fuerza les tiene que interesar, esta portada que tenemos en Puente Real es única en el mundo, y hay muy poco publicado sobre ella.

—Bueno, tampoco has tenido oportunidad de estar con Santiago, desde lo del

pobre Hipólito…

—No, y me temo que tardaremos en reanudar esas partidas, ¿no crees? Al menos hasta que se aclare todo esto.

El capitán asintió con desánimo.

—Con lo que ha escupido ese sinvergüenza… —dijo señalando al periódico—, solo faltaba que se me viera jugando a las cartas en el casino.

—Tampoco vas a pasar las veinticuatro horas del día pateando la ciudad. Aunque sí, tienes razón, no daría buena imagen —reconoció Manuel.

—A este paso, no sé dónde voy a echar yo la siguiente partida…, en alguna cantina de Las Hurdes.

Manuel sonrió. A pesar de todo, Domingo no parecía haber perdido aquel peculiar sentido del humor que siempre había apreciado en él.

—De todas maneras… —soltó a medida que la idea tomaba forma—, quizá no sea prudente dejarnos ver en el casino en una temporada, pero nada impide que nos juntemos algún día aquí, y más ahora, que ya se acerca el invierno.

Domingo siguió la mirada de Manuel, que había vuelto la cabeza hacia la gran chimenea que presidía la biblioteca.

—Lo malo será buscarle un sustituto a Hipólito.

—De momento, se lo propondré a Santiago y de paso le comentaré el asunto este de la publicación. Y ya le encontraremos pareja.

—Espero que Hipólito me perdone desde allá arriba —dijo con media sonrisa alzando los ojos a lo alto—, pero que no sea tan pretencioso como él.

—¿Sabes quién haría buen papel? —preguntó Manuel, y señaló los dibujos—. Ángel, el campanero. Es muy reservado…, demasiado quizá.

—¿El campanero? —El capitán pareció dudar—. ¿Ya encajaría con el alcalde?

—¿Ángel? Te advierto que es un hombre muy leído. A Margarita y a mí nos tiene sorprendidos. Yo creo que lo del oficio de campanero es algo que buscó porque le permitía ganarse la vida a la vez que evitaba el contacto con los demás.

—Ah, ¿por lo de la deformidad que tiene en la cara?

Manuel asintió.

—Imagínate las horas que habrá pasado solo todos estos años, y más desde que vive allá arriba, en la torre. Al parecer ocupa su tiempo con la lectura… y dibujando, claro.

—En ese caso el que voy a desentonar soy yo —respondió con una carcajada, mientras se echaba hacia atrás en el sillón.

—Bueno, déjame a mí, ya lo hablaré con los dos.

—Pero ¿será buen jugador? Mira que aquí hay más afición al mus.

—Ah, yo creo que sí. Lo hirieron en el frente de Aragón, así que al guiñote sabe jugar seguro.

—Lo malo será que sepa jugar como dibuja… Ya me veo pagando la ronda otra vez —siguió con la broma mientras se levantaba del sillón.

—¿Hacia dónde vas? Yo voy a pasar por la librería de Damián y luego me acercaré a la imprenta.

—Me vuelvo al cuartel —contestó, cogiendo el tricornio que había dejado en una esquina de la mesa—. No paso otra vez por la plaza aunque le prendan fuego al quiosco.

Manuel rio con ganas.

—Ten cuidado, no le vayan a pegar fuego al cuartel cuando lean ese panfleto…

Domingo bufó al recordarlo.

—De todas formas, el cuartel cualquier día arderá solo, es todo madera vieja, y la instalación eléctrica, de antes de la República.

Manuel pasó el brazo por los hombros del capitán.

—No le des demasiada importancia a todo esto. Todo el mundo sabe que esa gente de *El Reportero* busca el escándalo para vender periódicos. Ya ves que el *Diario de Navarra* y el *ABC* también han informado, pero ateniéndose a los hechos, sin alharacas. Eso sí, si vuelves a ver a ese tal Samuel Noriega, procura guardar los puños.

—Después de esto —sacudió el periódico—, me va a costar todavía más.

—Pues dobla el esfuerzo. Y… no estaría de más que te disculparas con él, incluso que lo pusieras al corriente de la dificultad de investigar un caso así, con un asesino escurridizo que sabe lo que hace y que se asegura de no dejar huellas.

Los dos hombres bajaron la escalinata hasta el vestíbulo. Manuel se excusó con un gesto y se asomó a la puerta de la cocina.

—Carmen, dile a mi mujer que salgo a hacer unos recados, no tardaré.

—Descuide, don Manuel, se lo diré en cuanto llegue. Tampoco ella ha de tardar —se oyó desde el interior.

Manuel cogió el sombrero del perchero y abrió la puerta de la calle.

—Piensa en lo que te he dicho, Domingo, quizá deberías tener a esa gente de tu parte. Y eso lo puedes conseguir facilitándoles alguna información, la que a ti te interese dar a conocer, por supuesto. Aunque haya detalles que deban permanecer ocultos.

—Tal vez tengas razón —respondió mientras se calaba el tricornio—. Pero eso te lo voy a dejar a ti, me parece que tú te desenvuelves mejor, y para ese elemento el testimonio del forense tendrá más valor aún que el mío.

—Como quieras, pero tenemos que dejar claro qué vamos a contar. ¿Lo de las huellas en San Jorge, por ejemplo? Le puedo decir que pida en su información la colaboración de cualquiera que pudiera ver algo, un hombre corpulento en las cercanías…

—Pero si ya interrogamos a todos los vecinos del Mercadal…

—Quizá vio algo alguien que pasara por allí por casualidad.

—No sé… —Vaciló—. ¿Y si nos encontramos con una avalancha de denuncias? ¿Y si la gente empieza a desconfiar de cualquiera que mida más que la media?

Aunque es cierto que no queda ninguna otra cosa que probar.

—Por supuesto, lo que no podemos es decir ni una palabra de las sospechas sobre el enterrador, la gente es capaz de plantarse allí y lincharlo.

—Sin embargo, convendría decir que estamos sobre la pista de un sospechoso que podría conducir a su detención. Eso, ¿quién sabe?, podría ponerlo nervioso y obligarle a hacer algún movimiento que lo delate…

Esta vez fue Manuel quien suspiró, escéptico.

—Está bien, ya lo hablaremos con más calma, ni siquiera sabemos si ese reportero va a volver por aquí. Puede que haya cogido miedo a tus puños.

—Vendrá, no lo dudes, sin tardar y quizá rodeado de abogados. Y lo primero que hará será presentar una denuncia por agresión. Debió de regresar a Madrid después de nuestro encuentro, y con el enojo suficiente para redactar ese libelo.

—En ese caso, quizá podamos llegar a un acuerdo con él. Ofrecerle información a cambio de dejar pasar tu pequeño desliz —sugirió Manuel mientras echaba a andar en dirección a la plaza.

Domingo, a dos metros ya de él, lo miró con sorpresa.

—No, si no hay nada como tener amigos ilustrados: médico, forense, sabe de música, de arte… y ahora también hace de abogado defensor.

Manuel, sonriente, le hizo un gesto de despedida.

—Me pasaré por el hotel Unión, creo que es allí donde se aloja. A lo mejor en recepción saben de sus intenciones. Ahora voy a ver a Damián, que al final me quedaré sin mi ejemplar de *El Reportero*. Quiero enmarcarlo para colgarlo junto a mis diplomas.

Manuel no pudo evitar sentirse el centro de las miradas de los pocos parroquianos que a aquella hora frecuentaban los cafés de la plaza de los Fueros. Esquivó las preguntas de Damián, quien, como siempre, trató de sacar más información que la que aparecía en los periódicos que vendía. Pudo llevarse un ejemplar de *El Reportero* porque el librero se lo había reservado, pero, según le contó, se habían agotado poco después de que el paquete llegara en el autobús de línea. Salió a la plaza y consideró sortear las mesas del Sport, el bar que ocupaba los bajos de la Casa del Reloj, pero decidió que no tenía motivos para rehuir a sus vecinos desviando su camino de forma tan evidente. Con los periódicos bajo el brazo se limitó a responder a los saludos y las preguntas de la media docena de parroquianos que se levantaron de sus sillas. Lo hizo con naturalidad y utilizando vaguedades que ocultaban más de lo que revelaban, hasta que, cumplido el trámite, siguió adelante hacia el arco de la plaza que conducía a la calle de las Herrerías. Antes de doblar la esquina, sonrió al ver con el rabillo del ojo que aquellos que antes no se habían levantado lo hacían entonces, e incluso se iniciaba un trasiego de clientes desde el resto de los bares de la plaza hacia el Sport.

No tuvo que recorrer más que unos metros, pues la imprenta de Nazario Palacín se encontraba en aquella misma calle. Ocupaba los bajos, el sótano y la primera planta de uno de los edificios más notables de los alrededores, desde que su

propietario se trasladara allí al poco de terminar la guerra desde un local mucho más modesto y menos céntrico. Estaba a punto de abrir la puerta acristalada que daba acceso al taller cuando cayó en la cuenta de que no había llevado ninguno de los dibujos de Ángel. Contrariado e irritado consigo mismo, se enfrentó a la necesidad de cruzar la plaza una vez más en busca de la carpeta y hacia allí se encaminó, pero no había llegado al arco cuando detuvo sus pasos. Allí plantado, entre el trasiego de muchachos desocupados y de mujeres que iban y venían de la compra, pareció reflexionar un instante, hasta que una sonrisa se dibujó en sus labios y, con un ligero cabeceo de afirmación, dio media vuelta y tomó una callejuela lateral que conducía a la catedral. Llegó a la calle Carnicerías, la recorrió en toda su longitud y desembocó en la plaza de San Jaime. Desde allí tardó apenas un instante en alcanzar el Palacio Decanal y la Puerta del Juicio. Sin embargo, la catedral se encontraba cerrada, también la casa parroquial y el palacio, y ninguno de los transeúntes parecía tener ninguna relación con el templo. Alzó la vista hacia el campanario, cuya aguja se recortaba contra el intenso azul del cielo, aunque, como esperaba, no se observaba ningún movimiento en lo alto. Pensó en dirigirse hacia la casa consistorial y fue entonces cuando reparó en el tubo de desagüe que descendía desde el tejado por el muro de la torre. Recordó haber oído comentar que aquel era el sistema que se usaba para dar aviso a los antiguos campaneros y decidió probar suerte. Dio unos pasos hasta una piedra del tamaño de un puño que descansaba en un rincón, la sujetó en la mano derecha y golpeó el tubo metálico cuatro veces seguidas, haciendo caso omiso de las miradas de extrañeza de dos mujeres vestidas de negro con largas sayas que doblaron la esquina en aquel momento. Se apartó de la fachada de la catedral y alzó la vista, pero el campanero no apareció. Repitió los golpes y de nuevo se echó atrás, utilizando el pañuelo para enjugarse los ojos llorosos a causa de la intensa luz. En esta ocasión la familiar figura del campanero asomó en la parte izquierda de la barandilla que cruzaba ante el enorme rosetón. Pareció reconocerlo, porque alzó el brazo derecho indicando que esperara. Se perdió por el extremo opuesto del rosetón, y al cabo de un instante se oyó el mecanismo de la llave que abría la Puerta del Juicio. Ángel también pareció entrecerrar los ojos, molesto al salir al nivel de la calle.

—Buenos días, don Manuel. Qué extraño verle por aquí a estas horas —dijo, tendiéndole la mano.

—No es normal, no. Y si no es por el tubo, no nos vemos —contestó.

—Sencillo pero eficaz…

—Oye, ¿tienes un rato libre? —preguntó Manuel.

—¿Qué hora es?

El médico lo miró extrañado.

—¿Eres el encargado de tocar las campanas y no llevas reloj? No había reparado en ello.

—No me hace falta, con el reloj de la torre me arreglo bien, y de aquí salgo poco. Pero reloj tengo…

—Van a dar las diez y media.

—En ese caso dispongo de algo más de una hora, hasta el toque del Ángelus.

—¡Excelente! Me puedes acompañar entonces…

—Si me dice usted adónde… —respondió a modo de pregunta.

—¿Has acabado algún dibujo más?

—Le llevé la última carpeta anteayer.

—Lo sé, pero no quería pasar por casa y necesito alguno para mostrárselo a Nazario, el de la imprenta.

—Sí, tengo dos más —respondió con poco entusiasmo—. Bueno, son tres, ahora mismo estaba retocando el último.

—¿Podrías bajarlos y vamos juntos a hablar con el impresor? Si te parece bien, claro, no quiero importunarte ni alterar tu ritmo de trabajo…

—No, no pasa nada. Es solo que… Bien, espéreme aquí, subo en un momento a por la otra carpeta, ahora vuelvo.

Desapareció en la oscuridad y la puerta quedó entornada, acabando con cualquier señal que pudiera interpretarse como una invitación a subir tras él.

Ángel tardó apenas unos minutos en aparecer por la puerta.

—Tenga, guárdelos, voy a cerrar por dentro —pidió—. Espéreme en la puerta del Palacio Decanal.

Manuel tuvo tiempo de soltar los cordones que cerraban el cartapacio y echar un vistazo al interior. Una de las escenas era del arca de Noé[Fig. 12], y alzó la vista para observarla en el capitel que se encontraba justo sobre su cabeza. De nuevo se maravilló ante la fidelidad del dibujo hacia el original de piedra. La segunda era una representación de dos apóstoles: san Pablo, con una espada en la mano derecha, y san Pedro, con unas enormes llaves[Fig. 13]. La última era una escena del infierno, que mostraba a dos demonios arrojando a un hombre que parecía resistirse al fuego eterno, en el que ya se abrasaban otros dos pecadores[Fig. 14].

La voz de Ángel desde la esquina del palacio lo sorprendió con una sonrisa de satisfacción en los labios. Cerró apresuradamente la carpeta tratando de sujetar a la vez los periódicos y alcanzó al campanero antes de llegar a la plaza de San Jaime.

El sonido de la maquinaria en pleno funcionamiento, el olor a tinta y a papel, y la intensa luz de las lámparas, encendidas a pesar de la hora, asaltaron sus sentidos cuando abrieron la puerta del taller. Varios operarios ataviados con chaquetillas azules se afanaban sobre lo que a Manuel se le antojaron complejísimas máquinas que escupían sin parar hojas de papel impreso en intervalos perfectamente regulares.

El que parecía efectuar las labores de coordinación se acercó a ellos.

—Quisiéramos hablar con don Nazario —dijo Manuel, alzando la voz para hacerse oír.

El encargado se limitó a señalar una cristalera iluminada en la planta superior, a la

que se accedía por una escalera en forma de ele que ocupaba la esquina más próxima a la puerta. Con un gesto, Manuel pidió a Ángel que lo siguiera, subió con ligereza los escalones y llamó a la puerta de la oficina. El ruido les impidió escuchar la respuesta, si es que la hubo, así que Manuel optó por entrar.

Nazario se levantaba ya, a la vez que dejaba en el cenicero el puro que se estaba fumando.

—¡Ah, eres tú, Manuel! ¡Adelante! No te esperaba tan pronto…

—¿Me esperabas? —se extrañó el médico.

—Bueno, sí. Ayer hablé con Damián sobre tu colaboración en la nueva revista, me dijo que él mismo te lo propondría. Supongo que vienes por eso.

—No, no. En realidad acabo de pasar por la librería y no me ha comentado nada.

—¡Este Damián! ¡Qué cabeza!

—Supongo que hoy estaba más interesado en las portadas de algunos periódicos —dijo, mostrando el ejemplar de *El Reportero*.

—¡Ah, claro! ¡No digas más! Lo he leído. —Asintió y cogió otro ejemplar de una pequeña mesa auxiliar situada a su derecha—. Lamentable, lamentable. Espero, sin ser periodista, saber hacer un trabajo más decente y más digno que esa cuadrilla de alcahuetas de Madrid.

—Así pues, entiendo que la nueva publicación está en marcha…

—Ah, pero ¿es que Damián ni siquiera te ha hablado de ello? —preguntó con gesto de resignación—. Mira, ¡si tengo ya aquí el primer boceto de la cabecera!

Manuel dejó la carpeta y los periódicos en una silla, y tendió la mano para coger la hoja de papel, aunque en lugar de examinarla se volvió hacia su acompañante.

—Permíteme que te presente a Ángel Expósito. En realidad él es el motivo de mi visita.

Ángel se había mantenido al margen de la conversación, absorto en la labor de los operarios de la imprenta que desarrollaban con destreza su trabajo entre las máquinas, al otro lado del cristal. Al oír su nombre se volvió, pero la expresión de su rostro era tan hierática como de costumbre y se acercó a saludar al impresor sin un atisbo de sonrisa. Fue Manuel quien hizo las presentaciones mientras los dos hombres se estrechaban la mano.

—Es el campanero de la catedral, creo que ya lo conoces…

—Sí, aunque no habíamos tenido ocasión de saludarnos en persona —dijo, mirando a Ángel a los ojos, y evitando de forma un tanto forzada desviar la vista hacia las cicatrices del lado derecho de su rostro—. Aprovecho la ocasión para felicitarlo por su trabajo, ha dado usted nueva vida a esas campanas.

Ángel se limitó a asentir con la cabeza y se retiró de nuevo a la posición que ocupaba detrás de Manuel.

—No es esa su única habilidad, ahora te hablaré de ello… pero antes veamos esto, supongo que es un privilegio observar este primer boceto.

—Lo es, solo parte del personal de la imprenta y yo mismo lo hemos visto.

Manuel alzó la hoja de papel y se colocó de forma que también Ángel pudiera verla. Con grandes tipos negros aparecía la primera parte de la cabecera, LA VOZ. En las líneas inferiores y con un tamaño de letra mucho menor se leía el resto, «de Puente Real» y «Semanario local de noticias». Después, a ambos lados y debajo del título, el resto de la información, que incluía los cuarenta céntimos del precio y el nombre de los dos fundadores, Damián Royo y Nazario Palacín.

—Una seria competencia para la prensa de Madrid y de Pamplona —comentó Manuel risueño—, ¡diez céntimos menos!

—Bueno, no tengo que pagar a elementos como ese tal Samuel Noriega. La información local siempre es más barata. Ya tenemos una larga lista de anunciantes —dijo al tiempo que exhibía un estadillo repleto— y unos cuantos colaboradores dispuestos a aportar su saber. Espero que tú seas uno de ellos…, la columna sobre salud lleva escrito tu nombre.

Manuel rio con franqueza.

—Supongo que no puedo negarme.

—Damián y yo contamos contigo desde aquel encuentro en la procesión de Santa Ana.

—Es cierto, recuerdo que lo hablamos. Fue justo la víspera de la aparición del cadáver de Herminio. ¡Parece que hubiera pasado un año desde entonces!

—¿Te puedo anotar pues en la nómina?

—Creo que ya lo has hecho —contestó, señalando una hoja de papel encabezada con un «Colaboraciones».

Nazario rio con ganas.

—¿Qué te parece una columna fija de unas seiscientas palabras?

—¿Cuánto es eso?

—Un par de folios escritos a mano…

—Está bien.

—¡Coño, bien! —El impresor rio—. Es un lujo, te vas a hacer famoso.

—¿Más? —respondió falsamente escandalizado, señalando de nuevo al ejemplar de *El Reportero*—. Lo último que necesito es notoriedad, y menos cuando tengo la clínica cerrada. ¿Y acerca de contenidos?

—¡Ah! Eso corre de tu cuenta, por supuesto. Tú eliges el tema, supongo que a vosotros, los médicos, os interesará divulgar vuestras cosas, todo eso de la prevención de enfermedades, las vacunas… Yo qué sé.

—Creo que resultará muy útil, y más ahora, cuando se abra por fin el Centro Rural de Higiene.

—Pues, ¡hala!, ya puedes ir pensando en el primer artículo, porque salimos el tres de octubre, lunes. —Señaló el calendario que colgaba de la pared—. Pero los artículos tienen que estar aquí casi con una semana de tiempo, el lunes anterior o el martes a mucho tardar, que hay que maquetar, preparar las planchas… Vamos a tener trabajo.

—Te veo emocionado.

—Lo estoy, y Damián también, aunque no lo demuestre. Pero ya tendremos tiempo de seguir hablando de esto. Contadme ahora el motivo de vuestra visita.

Manuel se volvió hacia Ángel, que de nuevo se encontraba absorto en el trabajo que se desarrollaba abajo, en la imprenta.

—Es curioso, ahí fuera el ruido es ensordecedor, pero aquí no llega más que un suave murmullo —observó.

—Un sistema de dobles cristales, ingenioso, sencillo y eficaz —explicó el impresor—. De otra manera sería imposible trabajar. El negocio ha ido bien desde que nos trasladamos aquí, y son pequeñas mejoras que podemos permitirnos. Toda la planta alta está aislada de la misma manera.

Manuel cogió la carpeta y buscó un lugar donde abrirla. Nazario le indicó que lo hiciera sobre los papeles que cubrían su mesa.

—Como te decía, tocar las campanas no es la única habilidad de Ángel —explicó Manuel tomando al campanero por el brazo para que se acercara—. Lo descubrí por casualidad, pero desde entonces estoy entusiasmado. Fíjate en esto, aunque sea solo una pequeña muestra.

La expresión de Nazario cambió de inmediato cuando la carpeta quedó abierta ante él. La imagen del infierno fue la primera que quedó expuesta ante sus ojos, y un silbido escapó de sus labios. A continuación echó mano a unas pequeñas lentes circulares que reposaban en el borde de la mesa y se las colocó sobre la nariz. Durante unos minutos examinó los tres dibujos en silencio, ante la mirada risueña de Manuel y el gesto inmutable del autor. Por fin alzó la vista hacia ambos, dejando a un lado las gafas.

—Le felicito, señor Expósito, es usted un gran artista —dijo al tiempo que le tendía la mano.

—Es solo una muestra, Nazario. Ángel está dibujando para mí todas las dovelas de la Puerta del Juicio y lleva la tarea bien avanzada. Su capacidad de trabajo es asombrosa.

—Y sin perder un ápice de calidad, por lo que veo —afirmó el impresor.

—Pues bien, no quiero que todo esto se pierda, que dentro de unos años esté acumulando polvo dentro de una carpeta olvidada. Me gustaría publicarlo, en forma de libro, junto a una breve explicación de cada uno de los dibujos y, por supuesto, una amplia introducción sobre el conjunto de la Puerta, sobre su importancia y sobre la misma catedral de Santa María. ¿Qué posibilidades ves?

Manuel había hablado de forma vehemente y aguardó la respuesta con expectación. Nazario se tomó su tiempo antes de responder.

—Trasladar la excelente calidad de estos dibujos a una copia impresa no es sencillo, pero hoy en día se puede hacer casi todo… Otra cosa será el coste, Manuel.

—No te preocupes por eso, ahora solo quiero que me confirmes que es factible técnicamente, lo del dinero vendrá después. Quiero hablar con Santiago, por si al

Ayuntamiento le parece oportuno divulgar este patrimonio, y también con el Cabildo. Si consigo atraer su interés, tal vez podamos implicar a la Institución Príncipe de Viana… Y si nada de esto es posible, estoy dispuesto a empeñar parte de mi patrimonio.

—Bueno, bueno, tampoco estamos hablando de una fortuna.

—No te preocupes por el dinero, al fin y al cabo ya no tengo un hijo en quien pensar —cortó con tono sombrío.

—Pensaré en la mejor manera de hacer la tarea, te lo aseguro. Quizá si me traes uno de tus dibujos podamos empezar a hacer algunas pruebas —aseguró el impresor, dirigiéndose a Ángel.

—Yo mismo le traeré alguno.

—Le noto interesado en el trabajo de ahí abajo…

—Me llama la atención, sí —se limitó a responder.

Manuel rio de manera un tanto forzada.

—No tomes por descortesía la seriedad de Ángel, es su carácter. Supongo que es el resultado de demasiados años de aislamiento, provocado por su accidente durante la guerra —lo excusó—. Pero creo que eso es algo que ya ha empezado a cambiar, ¿no es cierto?

Manuel acompañó estas palabras apoyando la mano en el hombro del campanero, en un gesto de confianza.

—Me alegro de que sea así, un talento como el suyo no debería desperdiciarse —intervino el impresor—. Y no os preocupéis, si logro hacer lo que estoy pensando, el resultado puede que sea excelente. Utilizaré para ello una vieja máquina de la primera imprenta que, aunque es mucho más lenta, consigue una calidad excepcional, un trabajo casi artesanal.

—¿Podría verla? —preguntó Ángel.

—Por supuesto, bajad conmigo —accedió el impresor.

El ruido inundó la oficina cuando Nazario abrió la puerta y los tres hombres descendieron. Caminaron entre los operarios hasta el fondo del local, donde una máquina a todas luces más antigua que el resto permanecía inmóvil, ajena al ajetreo que se desarrollaba a su alrededor.

—La usamos muy poco, solo en ocasiones especiales, pero como veis está bien engrasada y lista para funcionar —explicó Nazario.

Ángel pasó la mano por la superficie de metal negruzco y bien pulido.

—Esta será la máquina que reproduzca tus dibujos.

—Estoy impaciente por ver las primeras pruebas —intervino Manuel—. Avísame en cuanto las tengas, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, me encargaré de ello personalmente.

Cuando salieron de la imprenta, Ángel pareció vacilar, pero el médico decidió por él.

—Será mejor que lleves la carpeta contigo, de otra manera no la tendrás a mano para hacerme llegar la siguiente remesa. Además yo tengo que hacer una gestión más esta mañana y no pensaba pasar por casa.

—Como quiera, Manuel —respondió, a medio camino entre el tuteo y la cortesía —. La usaré también para traer alguno de mis dibujos al impresor.

—Excelente, cuanto antes los tenga, antes veremos los resultados. Y al ritmo que llevas con tu trabajo, pronto tendremos entre las manos el mejor libro que se haya editado sobre la Puerta del Juicio.

El campanero se limitó a asentir.

—Debo regresar, se acerca la hora del Ángelus —dijo cuando se oyeron los tres cuartos en el reloj de la plaza.

Se despidieron, y Manuel cruzó con paso ligero la plaza, mucho más tranquila que a primera ahora. Se encaminó hacia la calle Gaztambide y poco después pasó sin detenerse ante la puerta del Nuevo Casino. Tuvo que dejar paso al coche de La Veloz, que descendió hacia el puente haciendo honor a su nombre, luego atravesó la calle y se detuvo en la entrada del hotel Unión. Empujó la puerta y entró en la reducida pero acogedora recepción. Preguntó al recepcionista por Juan Garde, el dueño, y este le indicó que esperara mientras daba el aviso. El muchacho se volvió hacia una pequeña centralita, introdujo una clavija en el orificio apropiado y al instante estaba hablando con él.

—Puede usted subir —indicó—. Es en el primer piso, la segunda puerta a la derecha.

Manuel siguió las indicaciones del conserje y llamó a la puerta con los nudillos antes de accionar la manija.

—¡Adelante! —Oyó.

Manuel se acercó a la mesa que ocupaba el dueño del hotel, que se afanaba en redactar una carta.

—¿Cómo está, doctor Vega? Es una sorpresa verle por aquí.

—Está usted atareado, no quisiera…

—¡No, no se preocupe! —respondió con tono distendido—, una simple reclamación. Siéntese, por favor. ¿Puede usted creerse que acabo de recibir un pedido de jerez que hice en el mes de junio, para las fiestas? Además al abrir la caja han salido tres botellas rotas por defecto del embalaje.

—Hace usted muy bien en reclamar, desde luego. —Manuel asintió con poco interés.

—¿Y qué se le ofrece? —preguntó mientras dejaba la estilográfica.

—Supongo que ha leído usted *El Reportero* esta mañana…

—Lo he hecho, sí. Y lo siento, sé que nada de lo que dice sobre ustedes tiene ningún sentido.

—Lo cierto es que me gustaría reunirme con Samuel Noriega y venía a preguntarle si ha dejado aviso de la fecha de su regreso.

El hotelero dudó, pero pareció decidir que no había motivo para ocultar una información así.

—Está de camino, posiblemente llegue esta misma tarde. ¿Quiere dejarle algún aviso? Me encargaré de hacérselo llegar en persona. Y, por supuesto, puede contar con un rincón discreto de este hotel para mantener esa entrevista.

—Se lo agradezco, es muy amable —respondió—. Sin embargo, hay una segunda cosa que me gustaría pedirle.

—Usted dirá…

—Ese reportero…, ¿se ha alojado aquí siempre que ha venido a Puente Real?

—Supongo que sí, ¿por qué lo dice?

—Sería de mucha ayuda para mí tener información sobre las fechas de sus estancias en la ciudad.

Esta vez el gesto de Juan Garde se tornó grave.

—Me temo que esa información pertenece al ámbito privado del señor Noriega. En un hotel como este debemos ser extremadamente cautelosos con este tipo de cosas… Ya me entiende usted.

—Le entiendo perfectamente. Y le advierto que no me interesa ningún detalle sobre sus andanzas ni sobre posibles compañías durante sus estancias. Tan solo deseo conocer los períodos en los que ha estado en la ciudad.

—Compréndame, doctor Vega, para mí es imposible…

—A ver, señor Garde —le cortó—. No me gusta hacer las cosas así, pero, como le acabo de decir, esa información es importante para mí. Y no tengo más remedio que recordarle que en el pasado su familia se benefició de determinados servicios que también pusieron en riesgo mi reputación como médico. Estoy seguro de que no necesita que le explique a qué me refiero.

El hotelero enrojeció hasta el cuello de la camisa y guardó silencio un instante.

—Haré que suban los registros.

—Gracias, señor Garde.

Desde que colgó el auricular hasta que el recepcionista subió el libro, en el despacho del director reinó un silencio tenso. De nuevo solos, el hotelero comenzó a pasar las hojas.

—Comprenderá usted que no le dé esta información por escrito.

—No será necesario. Dígame, ¿cuál es el primer registro en que aparece?

—Se alojó aquí el día cinco de julio por la tarde y salió la mañana del día siete.

Manuel trató de almacenar el dato en su memoria, mientras Juan Garde continuaba pasando las hojas de registro, siguiendo las anotaciones con el dedo índice.

—Aquí está de nuevo, el veintitrés de julio. Y en esta ocasión permaneció en la ciudad cinco días.

—Continúe —pidió.

—Aparece de nuevo el día diecinueve de agosto, hasta el veintidós.

—Y esta última semana, supongo…

—Así es —respondió, con el índice en el trece de septiembre.

—Me ha sido de gran ayuda —dijo mientras se levantaba—. Espero que mi petición no le haya importunado demasiado. Créame que lamentaría haber resultado demasiado brusco.

Juan Garde lo despidió en la puerta de su despacho, y Manuel descendió hasta la recepción. Saludó al muchacho, que lo miraba con cierta suspicacia, y salió a la calle, donde el sol del mediodía resultaba molesto para sus ojos. Cruzó el puente y se encaminó con paso decidido hacia el cuartel de la Guardia Civil. Se presentó ante el cabo que montaba guardia en la entrada y preguntó por el capitán Solís.

—Se encuentra en su despacho, con el sargento.

—Hágale llegar un aviso. Dígale que el doctor Vega quiere verle y que es urgente.

Capítulo 13

Domingo, 18 de septiembre de 1949

—Le agradezco que haya venido, a pesar de ser domingo —dijo el capitán Solís una vez que Samuel Noriega se hubo sentado en una vieja silla de madera, en su despacho de la primera planta del cuartel.

—Usted dirá —contestó el periodista con un tono menos amable—. Por la forma en que ha irrumpido su sargento en el hotel, me ha dado la sensación de que no tenía muchas más alternativas.

—Le pido disculpas si el sargento Ramírez se ha extralimitado en su cometido, no eran esas sus instrucciones —se obligó a decir, al tiempo que lanzaba una mirada furibunda hacia la puerta abierta, donde estaba apostado Bartolomé—. Tan solo deseo que responda usted a unas preguntas.

La luz de la mañana entraba por el ventanal situado a la espalda del capitán, lo que obligaba al periodista a entrecerrar los ojos para mirar a su interlocutor.

—Empezaba a pensar que esa era la forma habitual de conducirse en este cuartel.

—Si se refiere usted a nuestro desafortunado encuentro de hace unos días, le diré que también deseaba hablar con usted para presentarle mis excusas.

—No sé si serán suficientes, y no ya por mí, sino por mi editor. El equipo que destrozó valía unos cuantos cientos de pesetas y eso es algo por lo que sin duda habrá de responder. Pero, al parecer, me he equivocado al pensar que me reclamaba usted para contestar a las preguntas que llevo meses haciéndole.

—Por favor, señor Noriega, esto de alguna manera es un interrogatorio en el marco de la investigación de los asesinatos cometidos en esta ciudad. Le ruego que se limite a responder a las cuestiones que le voy a plantear.

El reportero frunció el ceño.

—Creo que no le entiendo. ¿Está usted diciendo que me va a interrogar en relación con esos crímenes? ¿A mí?

—Eso es exactamente lo que pretendo hacer. Disponemos de ciertas informaciones que lo hacen aconsejable.

—¿«Informaciones»? ¿Qué informaciones? —preguntó, elevando el tono—. Capitán, si lo que pretende es intimidarme e impedir que siga haciendo mi trabajo, lamento decirle que pierde el tiempo.

—Señor Noriega, usted mismo ha denunciado en su periódico la falta de avances en esta investigación, y no le faltaba razón. Es por ello que me veo en la necesidad de seguir cualquier indicio.

El capitán sacó una hoja de papel cubierta con anotaciones manuscritas.

—Tengo aquí una transcripción de los registros del hotel Unión, donde aparecen las fechas en las que se ha alojado usted en la ciudad. Curiosamente, se encontraba aquí cuando se cometieron los tres crímenes.

El periodista soltó una carcajada llena de sarcasmo.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó, al tiempo que se balanceaba en la silla, con las manos apoyadas en las rodillas—. Todos los vecinos de esta ciudad se alojaban aquí cuando se cometieron los crímenes… ¡incluido usted!

—¡Más respeto a la autoridad! —espetó el sargento desde la puerta, ganándose una nueva mirada de reproche de su superior.

—Me resulta llamativo que un periodista de Madrid se encuentre en una pequeña ciudad de provincias como esta en tres ocasiones distintas, con seis semanas de diferencia, justo en el momento en que se comenten tres crímenes.

—Tan llamativo como que usted se base en un hecho casual como ese para interrogar a un periodista que, sospecho, le resulta especialmente molesto, a juzgar por la agresividad que ha exhibido hasta ahora.

—Si es solo casualidad, no tendrá usted reparos en explicar el motivo de su estancia aquí en esas tres fechas.

—Cinco, capitán. Me he alojado en Puente Real en cinco ocasiones y, que yo sepa, en las dos últimas no se ha producido ningún crimen.

—Empecemos por el principio —dijo el guardia civil ignorando el comentario—. Se registró usted en el hotel Unión la tarde del cinco de julio y salió la mañana del día siete. ¿Qué hizo aquí esos dos días?

Samuel Noriega suspiró, con un gesto que demostraba que iba a necesitar cargarse de paciencia para responder.

—Iba a Pamplona a cubrir la información de las fiestas de San Fermín, y una avería en mi automóvil me obligó a detenerme aquí. No estuvo reparada hasta las últimas horas de la tarde del día siguiente, así que decidí pasar la noche en Puente Real y continuar viaje al amanecer del día siete.

—¿A qué taller llevó usted su coche?

—Al primero que se ve al entrar en la ciudad, Talleres Puebla. Supongo que ellos podrán darle detalles de la avería. Ah, y en la redacción conservarán la factura, que entregué para el reembolso del importe.

—Lo comprobaremos.

—Para que no vaya usted diciendo que no investigamos…

—¡Sargento Ramírez! —explotó el capitán—. Por favor, déjenos solos. Cierre la puerta y espere fuera.

El sargento obedeció con expresión de no comprender qué había de inapropiado en su comentario.

—Regresó usted el día veintitrés de julio —continuó el capitán para evitar dar explicaciones sobre su subordinado.

—Así es, para las fiestas.

—¿Quiere usted decir que las fiestas de una pequeña ciudad a trescientos kilómetros de Madrid tienen algún interés para su periódico?

—No, no lo tienen.

—¿Entonces…?

—Toreaba Luis Miguel Dominguín, y él sí que tiene interés para nuestros lectores…, para nuestras lectoras, en realidad. De hecho, se le sigue por gran parte del país durante la temporada taurina. Después, cuando ya tenía la maleta preparada para marchar, apareció el segundo cadáver, y recibí órdenes de la redacción de cubrir la noticia. Se trataba, ni más ni menos, del antiguo alcalde de la ciudad y un destacado falangista. No dudará usted a estas alturas del interés que tenía el asunto.

—No, no lo dudo —respondió, pasando el dedo por las anotaciones, hasta alcanzar un tercer epígrafe.

—Diecinueve de agosto… —dejó caer el capitán.

—Me llegó la noticia de un robo de valiosos objetos de culto en la iglesia de San Jorge, y en la redacción nos pareció oportuno cubrir el suceso e indagar en los avances de la investigación de los dos crímenes anteriores. Al día siguiente apareció el cadáver del archivero.

—Parece usted tocado por un don divino que le permite presentir la inminencia de las noticias. ¿Quién le advirtió del robo?

—¿Es necesario que responda a eso?

—Es necesario que compruebe que lo que me dice es cierto.

—Damián, el librero.

—¿Damián le…?

—Sí, Damián, ¿qué tiene de extraño?

—No, nada. Pensándolo bien, es de todo menos extraño…

—¿Satisfecho en ese caso con las explicaciones? Reconozco que la suerte ha estado de mi parte, tanto que puede resultar raro.

Al capitán pareció chocarle el comentario.

—¿Considera que es tener suerte que se produzcan tres asesinatos estando usted cerca?

—No me malinterprete, capitán Solís. Sabe a qué me refiero.

El capitán se echó hacia atrás en la silla, y se pasó el pulgar y el índice por los ojos. Regresó a la postura inicial expulsando el aire por la boca.

—Discúlpeme, señor Noriega. Creo que esto no nos lleva a ningún sitio. Hace días un buen amigo me recomendó que tratara de reconducir la situación con usted y empiezo a pensar que será lo más provechoso para todos.

—Supongo que eso sería antes de que surgiera el cúmulo de pruebas que me incriminaban —respondió con sorna.

—Mire, Samuel, creo que nos enfrentamos a un asesino peligroso en extremo, inteligente y frío —se confió—. Ha cometido tres crímenes horrendos y no ha dejado más pistas que las que él mismo ha querido que encontráramos. A estas alturas lo ignoramos casi todo sobre él y creemos que solo nos queda la salida de buscar la complicidad de los vecinos. Y para ello usted y su periódico podrían resultarnos útiles.

—Es lo que le vengo reclamando desde hace semanas —recordó el reportero con gesto grave.

—Al principio consideramos que era mejor mantener ocultos ciertos detalles de la investigación, y aún sigo creyéndolo. Pero quizá sea conveniente divulgar otros.

—Pues usted dirá… ¿Puedo? —preguntó al tiempo que se incorporaba para sacarse una pequeña libreta del bolsillo trasero del pantalón.

El periodista sacó también una estilográfica de la camisa cuando el capitán asintió.

—Tenemos la huella de un hombre en la casa parroquial, donde vivía el archivero. Por el tamaño creemos que se trata de un sujeto fuerte y corpulento, algo que corrobora la aparente facilidad con que trasladó los cadáveres hasta los lugares en los que fueron hallados. Es la marca de una alpargata de esparto, aunque eso poco ayuda, pues no presenta ninguna particularidad.

—¿No ha dejado huellas dactilares?

—No. Quizás ha utilizado guantes, quizá las ha borrado, lo que nos indica que nos enfrentamos a un hombre informado y que sabe lo que hace. Pero le rogaría que no publique usted este detalle. Nos gustaría que se limitara a divulgar las características físicas que le he explicado, por si algún transeúnte vio aquel día y a aquella hora a alguien de esas características. Algo que puede hacerse extensivo a las horas previas a la aparición de los otros cuerpos. Puede usted decir que quienes aporten cualquier información quedarán en el más absoluto anonimato.

—En estos casos suele ser útil ofrecer algún tipo de recompensa…

—Pues tiene usted razón —asintió, también con el gesto—. Lo consultaré con la Comandancia y que lo hablen con el gobernador.

—¿Qué les hace pensar que el asesino es la misma persona en los tres casos?

—Digamos… que ha dejado su «firma» en los tres cadáveres. Pero no le puedo dar más detalles. Lo que le aseguro es que no hay duda de que se trata del mismo hombre.

—¿Hay algo más que pueda contarme?

—Le agradecería que dejara caer algo en su información, pero como si fuera una deducción suya… que la Guardia Civil tiene a un sospechoso sometido a vigilancia y que si no lo ha detenido ya es porque está esperando a reunir más pruebas que lo incriminen.

—No se estará refiriendo usted a mí.

—¡No, no, por Dios! —El capitán rio.

—Pues perdone usted, señor Solís, pero no incluiré informaciones falsas a sabiendas…

—No es una información falsa, en realidad, se lo aseguro. Pero actúe usted como crea conveniente.

A pesar del calor, que todavía apretaba, Carmen se disponía a salir de casa. Con los dedos a modo de peine terminó de ahuecarse los cabellos ondulados y después entreabrió el cuello de encaje de la blusa blanca para dejar al descubierto la pequeña medalla de la Virgen del Carmen que había pertenecido a su madre. Se miró en el espejo del ropero, e hizo girar la falda larga y estrecha que le cubría las piernas casi por completo, hasta que dejó el cierre justo en el centro de su espalda. Satisfecha, bajó la escalera desde el segundo piso, donde se encontraba su dormitorio, hasta la planta noble de la casa, echó un vistazo para comprobar que las persianas estaban bajadas y todo seguía en orden, e inició el descenso por la gran escalinata que llevaba al vestíbulo. Se detuvo a mitad de camino, al llegar a la pequeña capilla del rellano, y pareció dudar, pero por fin regresó a la primera planta. Entró en el dormitorio de doña Margarita, se acercó al tocador y, aún en penumbra, sus manos se dirigieron sin vacilar al perfumero al que cada mañana, en los últimos quince años, había quitado el polvo. Se lo acercó al cuello y apretó varias veces la delicada perilla de goma hasta que el conocido aroma la envolvió. Cerró los ojos y aspiró con fuerza. Era la primera vez que hacía algo así, quizá porque no temía ser descubierta: los señores habían pasado todo el fin de semana en la finca de la vega y seguramente no volverían hasta el anochecer.

Descendió al vestíbulo y entró en la cocina para coger la cesta de mimbre en la que había dispuesto, cuidadosamente doblada, la ropa de Ángel. Antes de hacerlo, abrió la alacena y sacó una lata que había mantenido oculta tras otras muchas. Había ido sisando pequeñas cantidades de café durante días, y en ese momento se sintió un poco tonta por haberlo hecho: don Manuel le habría permitido llevarle al campanero un paquete entero si se lo hubiera pedido, pero en cualquier caso levantó la ropa por un extremo y colocó la lata debajo. De aquella manera el pequeño regalo era más personal. Tenía la intención de acercarse hasta la catedral y llamar a Ángel por medio del sistema del que había oído hablar a don Manuel. Sentía curiosidad por conocer aquella curiosa vivienda de la torre en la que el campanero pasaba su tiempo, y quizás aquel día tuviera la oportunidad. Salió al zaguán con la cesta colgando del brazo y cogió la llave de la casa, que siempre dejaba sobre la mesita del recibidor. En aquel instante sonó el timbre, y el sobresalto la hizo soltar un grito ahogado.

Cuando abrió la puerta, vio a Ángel allí plantado, con las manos a la espalda, pegado a la fachada para buscar la sombra y tan serio como siempre. Quizá fuera aquel rostro circunspecto vuelto hacia un lado para mostrar tan solo su perfil izquierdo, o quizá la coincidencia de sus intenciones, pero lo cierto es que Carmen no pudo reprimir un pequeño ataque de risa, que se intensificó al ver la expresión cada vez más perpleja de su visitante.

—¡Perdóname, Ángel! —dijo, tratando de dominarse—. Es que…, es que los dos hemos tenido la misma idea.

En aquel instante empezó a sonar el teléfono en la biblioteca. Carmen dejó la cesta en el suelo y corrió hacia las escaleras.

—¡Pasa y cierra la puerta! ¡Ahora mismo bajo!

Ángel entró en el vestíbulo y esperó. Su vista no se había acostumbrado del todo a la penumbra cuando Carmen descendió de nuevo.

—Era don Manuel —explicó—, para avisar de que pasarán otra noche en la finca de la vega y regresarán por la mañana.

—Parece que por fin Margarita ha recuperado el gusto por los caballos y por la finca —observó Ángel.

—Así es, y me alegro. Pero lo de hoy es algo más prosaico, al parecer Joaquín ha estado pescando cangrejos, su mujer los prepara como nadie y a don Manuel le encantan. Estoy segura de que se quedan solo para cenar.

—Veo que ibas a salir… —tanteó Ángel.

—Sí, tenía lista tu ropa desde ayer y, como no venías, había pensado llevártela.

Ángel, plantado ante la puerta, la miró fijamente, y durante un instante ninguno de los dos dijo nada. Fue Carmen la que, azorada, rompió el silencio.

—Pero no te quedes ahí —dijo—. Ya que has venido, podemos preparar un café. Tengo la tarde libre, ni siquiera he de preparar la cena.

—Acepto ese café —respondió, y separó las manos, que hasta entonces llevaba a la espalda—. Toma, te he traído esto —añadió, tendiéndole el rollo de papel que había mantenido oculto—. Es lo único con lo que puedo corresponder a tus atenciones.

Carmen lo cogió con cuidado, soltó la delicada cinta que lo sujetaba y desenrolló la lámina mientras la sostenía ante sus ojos. No pudo evitar una exclamación de asombro.

—¡Es la imagen de santa Ana! —casi gritó, con los ojos brillantes por la emoción.

La figura de la santa que se veneraba en la hermosa capilla de la catedral aparecía en el centro del pliego, dibujada con carboncillos con todos los detalles. A sus pies había colocado una delicada composición de flores, azucenas, gladiolos y albahaca, al parecer. Sobre la corona, y difuminándose a medida que se acercaban al borde del papel, completaban la composición tres angelotes de rostro infantil idénticos a los que poblaban la cúpula de la capilla.

—¡Oh, Ángel! —exclamó—, esto es una maravilla. Fíjate en esos detalles del manto, ¡si parece real!

El pliego se enrolló de nuevo cuando Carmen soltó el borde para secarse las lágrimas que se deslizaban por su mejilla. Entonces, de forma impulsiva, se agachó, dejó el dibujo sobre la cesta de la ropa y se alzó de puntillas para plantar un beso en el rostro de Ángel.

El campanero sonrió.

—Este me ha costado algo más que los demás —explicó—. Quería asegurarme de

que el resultado estuviera a la altura…

Carmen se inclinó y de nuevo tomó el dibujo entre sus manos.

—Aquí hay poca luz, vamos a la cocina para verlo mejor —propuso con entusiasmo.

Ángel, sin borrar la sonrisa de su rostro, la siguió hasta la ventana, donde extendió el dibujo de nuevo.

—¡Es una maravilla, Ángel! Lo colocaré en mi dormitorio, quizá yo misma le pueda preparar un marco apropiado. ¡Me siento tan privilegiada!

—No supone ningún esfuerzo para mí, y es lo mínimo que podía hacer para corresponder a tus atenciones —repitió.

—Para mí tiene más valor que una de esas alhajas que don Manuel ha regalado en alguna ocasión a doña Margarita.

Carmen dejó con cuidado el dibujo sobre una repisa y se dirigió a la alacena.

—Prepararé ese café —añadió, con tono alegre—. Ven, ayúdame. Saca dos tazas de esa vitrina, y el azucarero de la alacena. ¡Dios mío, espera a que lo vea doña Margarita! Me temo que te va a pedir que le hagas uno igual, con la devoción que le tiene a santa Ana.

—Espero que no te reclame este, en pago por el perfume que le gastas.

Carmen se volvió, enrojeciendo súbitamente.

—¡Lo has notado!

Ángel rio entonces, mostrando una sonrisa amplia y franca. El rostro de Carmen, sin embargo, adoptó una expresión grave.

—¿Qué te ocurre?

—No, no es nada. Es solo… que nunca te había visto reír así.

El agua hirviendo en el cazo le proporcionó la posibilidad de volver la espalda. Mientras manipulaba el café y el colador, parecía sentir la mirada de Ángel clavada sobre ella y trató de controlar el ligero temblor que sentía en las rodillas, todavía con la imagen en su retina de aquella boca de labios amplios que hasta entonces había ocultado una dentadura blanca y perfecta. Oyó sus pasos alejándose hacia la puerta que comunicaba con el patio y, cuando se dio la vuelta, él aguardaba mirando hacia el exterior con las manos juntas en la espalda. Durante un instante tuvo ocasión de contemplar su silueta desde aquel lado y pensó que decididamente era un hombre apuesto. Su camisa blanca se adaptaba a unos hombros poderosos, al igual que los brazos que surgían de la tela remangada por debajo de los codos. La barba bien arreglada cubría un mentón vigoroso y dejaba entrever unos rasgos que, sin las heridas ahora ocultas, le resultaban francamente atractivos.

Ángel se volvió y Carmen desvió la mirada.

—Me estabas mirando…

—Ya está el café —anunció, eludiendo la respuesta.

Ángel se acercó y tomó de su mano la cafetera de porcelana para dejarla en la mesa. La asió con delicadeza por ambas muñecas y tiró suavemente de ella hasta que

quedaron frente a frente. Ella bajó la vista.

—Mírame, Carmen —le pidió—. Puedo interpretar lo que veo en tus ojos, y sé que me deseas tanto como yo a ti. Dime que no es así, y no volveré a poner los pies en esta casa, pero si no…

Durante un instante no sucedió nada hasta que, poco a poco, la muchacha alzó el rostro hacia él. Sus ojos se encontraron, pero fue solo un instante, porque el impulso irrefrenable del deseo les llevó de nuevo a cerrarlos mientras unían sus labios en un beso largo y apasionado. Las manos de Ángel buscaron los pechos de Carmen, que respiraba afanosamente, arrastrada por sensaciones que jamás había experimentado.

—Ya hemos sufrido demasiado, Carmen —susurró él, mientras con dedos temblorosos por el deseo le soltaba los botones de la blusa—. Es hora de que nos permitamos ser felices. ¿Estás dispuesta a serlo?

A modo de respuesta, Carmen volvió a unir sus labios a los de él, mientras sus manos trataban torpemente de abrirse paso entre los botones de la camisa blanca. Ángel se apartó un instante y se despojó de ella por la cabeza.

—Te deseo tanto… —musitó cuando sintió las manos de Carmen sobre su pecho.

—También yo te deseo —confesó ella con voz temblorosa.

—Espera, déjame que…

Carmen no esperaba lo que sucedió a continuación. Ángel la cogió en brazos y salió de la cocina con ella en volandas. Atravesó el vestíbulo con paso seguro y comenzó a subir los escalones.

—Oh, Ángel, ¿y si vuelven?

—Tú misma me acabas de decir que no vendrán hasta mañana.

—Mi habitación está en la tercera planta —rio—, déjame en el suelo, te vas a agotar.

—Pesas como una pluma, y tampoco vamos a la tercera planta.

Cuando Carmen quiso protestar, Ángel había entrado en el dormitorio principal y la había depositado con delicadeza en la cama, se sentó junto a ella y acalló sus quejas uniendo de nuevo sus labios. Acto seguido, la perfumada blusa cayó al suelo, también lo hizo el sujetador, y Carmen gimió de placer cuando sintió las manos de él sobre la piel desnuda de sus pechos.

—Ángel, yo nunca…

—Lo sé, tranquilízate —le cortó él, abrazándola con delicadeza.

—Pero es que…

—Dime, ¿qué te ocurre? —preguntó.

—Hasta ayer mismo estaba… estaba indispuesta —confesó con timidez.

—Eso es una excelente noticia —le susurró al oído, sonriendo, antes de mordisquear el lóbulo de su oreja.

La reclinó sobre la almohada, le quitó los zapatos y las medias, y subió sus piernas sobre el lecho. Ella misma le ayudó despojándose de la falda. Después, de pie frente a ella, sin dejar de mirar su cuerpo semidesnudo, él mismo se desvistió hasta

quedar en calzoncillos. Se tumbó a su lado, y sus manos empezaron a recorrer la piel intacta de Carmen, provocando en ella estremecimientos de placer. También los dedos de ella se deslizaron sobre el pecho de Ángel, enredándose entre el vello suave, descendieron hasta su vientre, hasta que la reacción en él se hizo evidente.

De nuevo sonó el teléfono en la biblioteca contigua, pero esta vez nadie atendió la llamada. Ninguno de los dos oyó las campanadas de las siete en la Casa del Reloj, y las de las ocho sorprendieron a los dos amantes tumbados en el lecho, acariciándose en silencio mientras el reflejo de la luz del atardecer se proyectaba en el techo.

—Me parece tan irreal… —dijo Carmen cuando el reloj dejó de sonar—. Es como un sueño del que temo despertar.

—También a mí me lo parece —confesó Ángel, incorporándose, apoyado sobre un brazo—. ¿Sabes? He pensado en ti cada día, desde la primera vez que entré en esta casa. Traer los dibujos se convirtió en la excusa para poder verte.

Carmen acarició la barba de su mentón.

—He pensado en ti cada día, desde la primera vez que entraste en esta casa. Lavar tu ropa era solo la excusa para poder verte.

Ángel sonrió durante un segundo, pero entonces un velo de tristeza pareció ensombrecer su rostro.

—Creí que ninguna mujer volvería jamás a acercarse a mí, pero tú… tú has…

Carmen alzó los brazos, tomó su cabeza entra las manos y tiró de él hacia sí, impidiéndole terminar la frase.

—Los dos tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Se besaron de nuevo, pero esta vez los labios de Carmen buscaron la mejilla de Ángel, su pómulo derecho y la sien destrozados por la metralla. Recorrió con ellos cada centímetro de su cara, hasta sentir el sabor amargo de las lágrimas que se deslizaban desde los ojos del campanero.

Capítulo 14

Sábado, 5 de noviembre de 1949

Manuel se encontraba en la finca de la vega, sentado en su viejo sillón de mimbre con un libro entre las manos, aprovechando los tibios rayos de sol de la tarde al abrigo de una de las glorietas. Después del Pilar, el tiempo se había estropeado, la lluvia y el cierzo habían azotado la ciudad, y como cada otoño Puente Real se había visto invadida por el agradable aroma de la leña que ardía en las estufas. Sin embargo, el mes de octubre se había despedido con un breve veranillo, y la festividad de Todos los Santos se celebró con un tiempo soleado y tranquilo.

Margarita había vuelto a negarse a subir al cementerio, incapaz aún de contemplar el lugar donde descansaba el cuerpo de su hijo. Era Manuel quien, en compañía de Carmencita, había llevado hasta allí el magnífico ramo de crisantemos que Joaquín había cultivado con esmero en la finca. Manuel sabía que aquella iba a ser una semana difícil, porque al recuerdo inevitable del día de los difuntos se iba a sumar el primer aniversario del accidente, tan solo cinco días más tarde. Por ello, y aprovechando el buen tiempo, había propuesto a su esposa pasar el fin de semana en la vega. Pretendía con ello apartar a Margarita del lugar donde un año atrás recibiera la brutal noticia de la muerte del pequeño Alfonso, y ella había accedido. La misa de aniversario se celebraría el mismo día seis por la tarde, pero acudirían a la catedral directamente, sin pisar la casa de la calle Muro en aquella fecha aciaga.

Oyó pisadas en el sendero de grava que conducía hasta allí desde la casa, y un instante después apareció Inocenta, la esposa del capataz, con una vieja bandeja de metal en las manos.

—Buenas tardes, don Manuel, he pensado que le apetecería tomar su café aquí.

Manuel dejó el libro a un lado de la mesa, al tiempo que la mujer hacía lo mismo con la bandeja.

—No tenías que haberte molestado, mujer…

—Me da a mí que el tiempo va a cambiar a peor, los huesos me lo dicen, y no va a tener usted muchas más oportunidades…

—Bueno, esta última semana ha sido un regalo, años ha habido en que por estas fechas ya había caído algún copo.

—Ya lo puede usted decir, y lo que yo me alegro por poder tener a doña Margarita aquí, en estos días tan duros para todos. Anoche se lo comentaba a mi Joaquín, los paseos con la yegua le hacen mucho bien.

—Estoy de acuerdo con usted, lástima que se eche encima el invierno.

—Mire, le he traído unos cafareles, los he hecho yo misma. No está bien que lo diga, pero están para chuparse los dedos.

Manuel la miró y sonrió.

—Gracias, Inocenta. Te preocupas demasiado por nosotros.

—Una vez que pase el aniversario será otra cosa —siguió, sin hacer mucho caso del comentario—, pero yo veo que estos días su mujer lo está pasando muy mal. Se ha levantado de la siesta con los ojos llorosos, no creo que haya llegado a dormir…

—Ah, ¿sí? —exclamó algo alterado—. La creía dormida aún, me acercaré ahora mismo.

—No, no, puede estar tranquilo, que no será necesario —dijo la mujer, haciendo un gesto de rechazo con la mano—. Joaquín está ensillándole la yegua, va a salir ya a dar su paseo.

Manuel pareció relajarse, se sirvió una cucharada de azúcar y empezó a dar vueltas al café. No tenía apetito, pero sabía que Inocenta no iba a moverse de allí hasta que probara uno de sus cafareles, así que cogió uno, le retiró el envoltorio y le dio un buen mordisco, acompañándolo con el primer sorbo de café. Cerró los ojos contra el sol mientras saboreaba el delicioso bocado.

—Realmente exquisito, Inocenta —dijo, provocando en ella una sonrisa de satisfacción.

—Pues ahí tiene unos cuantos. A las mujeres nos gusta que se aprecie nuestro trabajo, así que puede comérselos todos.

—Inocenta, mujer, que a mí no me tienes que cebar para San Martín —bromeó.

—Sí, pues hablando de todo un poco, no vea usted cómo se están poniendo las tres cerdas. ¡Menudos lomos van a sacar! No veo el momento de preparar las morcillas y los chorizos.

Manuel rio de buena gana.

—Ni yo de probarlos, igual que tus costillas en adobo.

—Deje, deje, que solo de oír mentarlos se me abre el apetito. ¿Otro café? —ofreció, inclinando ya la cafetera sobre la taza vacía.

—No, gracias, Inocenta, así está bien —rechazó, poniendo la mano sobre la taza para evitar que le sirviera.

—Como quiera, pero comen ustedes como pajarillos. Y mire que yo quiero que se mantengan fuertes… por la cuenta que me trae.

Manuel sonrió de nuevo ante la candidez y la franqueza de la mujer.

—Ay, perdóneme —dijo ella apartándose con la bandeja—. Ya le dejo a solas con sus lecturas, que una no sabe medir cuándo molesta.

—No molestas nunca, Inocenta, faltaría más —respondió el médico, cortés, mientras cogía el libro de nuevo y buscaba la cinta que marcaba el punto de lectura.

—Ah, le tengo preparada una sorpresica para la cena, que sé que le gustará —añadió aún, volviéndose después de doblar la esquina de un seto—. Cangrejos ya no se ven, pero Joaquín me ha traído unas madrillas que han *entrao* por la tajadera del riego. Fritas con harina estarán para chuparse los dedos.

Manuel, sonriente todavía, la despidió con un gesto y releyó las primeras líneas tratando de retomar la lectura donde la había dejado. Lo hizo tres veces hasta que fue consciente de que el sopor que sentía iba a hacer inútil cualquier intento. Se ajustó el

cojín detrás de la cabeza, subió los pies encima de la mesa y se dispuso a descabezar un breve sueño.

No sabía el tiempo que llevaba dormido, pero lo despertó la voz alterada de Joaquín, que llegó dando grandes zancadas por el camino de grava. Se plantó en la glorieta demudado y respirando afanosamente.

—¡Corra, don Manuel! ¡La yegua ha vuelto sola, desbocada! Su mujer ha debido de sufrir un accidente.

Todavía aturdido, Manuel se puso en pie tratando de ubicarse. La gravedad del asunto hizo que no tardara más que un segundo en estar completamente alerta, y se lanzó a la carrera tras el capataz, que regresaba ya hacia la casa. Inocenta salió de la cocina, alarmada por las voces, secándose las manos en el delantal.

—¡Ave María Purísima, protégenos de todo mal! ¡Santa Ana bendita, ruega por nosotros! —exclamaba mirando a derecha e izquierda con los ojos desorbitados por la zozobra, sin saber qué hacer.

Manuel salió de la finca al camino que bordeaba el río y corrió en la dirección que Margarita solía tomar en sus paseos. Creía que Joaquín había salido antes, pero el tramo que alcanzaba a ver se encontraba desierto. Al oír el entrechocar de cascos a su espalda comprendió que el capataz había corrido a las cuadras para volver a aparejar la yegua y tuvo que apartarse cuando lo rebasó al galope.

—¡Me adelanto, don Manuel! —gritó.

Tras cada curva esperaba encontrar al capataz con Margarita, que quizá volviera a casa a pie tras una caída sin consecuencias. Trató de calmarse pensando que, si no era así, lo más probable es que hubiera sufrido alguna fractura que le impedía moverse por sí misma. Corrió hasta que sus piernas no dieron más de sí y, cuando creía que no iba a aguantar un paso más sin detenerse a tomar aliento, oyó la voz de Joaquín en una de las alamedas que separaban las huertas del río.

—¡Corra, don Manuel! ¡Por Dios, corra!

Con el corazón desbocado, intentó saltar la acequia que discurría entre el camino y el soto, pero calculó mal la distancia y se golpeó el pecho contra el talud de tierra. Ignorando el dolor, agarrándose a las matas y a las zarzas, salió del profundo regato sin aliento y reemprendió la carrera hasta el lugar donde se encontraba el capataz.

Margarita se hallaba tendida en el suelo, bajo la rama de un olmo, que sin duda la había derribado de su montura. En una décima de segundo, mientras se acercaba, su experiencia le permitió calcular que el impacto debía de haberse producido a la altura del cuello o de la cabeza. Joaquín estaba de pie junto a ella, con el rostro descompuesto, cuando él se arrojó de rodillas junto al cuerpo magullado de su esposa. Una oleada de dolor y de inexplicable angustia pareció subir por su pecho cuando colocó la mano en el cuello de Margarita. La lividez de su piel le había dado una pista, pero mantuvo la esperanza hasta que con las yemas de los dedos comprobó la ausencia de cualquier latido en las arterias del cuello.

Joaquín permanecía expectante, paralizado junto al cuerpo, en espera de la

reacción del médico. El hombre le oyó repetir la palabra «no» en voz muy baja, una y otra vez, mientras le buscaba el pulso, mientras apoyaba la cabeza en el pecho de doña Margarita buscando el latido de su corazón. Luego, tras un instante que le pareció una eternidad, lo vio incorporarse muy lentamente, sus miradas se cruzaron, y el ruego de Manuel Vega repetido para sí se convirtió en un grito de desesperación que reverberó a lo largo del cauce del río.

El capataz sintió que le flaqueaban las piernas y apoyó la cabeza en el brazo, contra un tronco. Murmurando maldiciones, sintió cómo las arcadas le subían hasta la garganta y vomitó de forma violenta al pie del árbol.

—Está muerta, Joaquín —oyó decir a su espalda, con voz entrecortada.

Joaquín, pasándose el antebrazo por la boca sin dejar de sentir el sabor de la hiel, se obligó a avanzar hasta el médico, que no apartaba los ojos de él. Se dejó caer de rodillas, y los dos quedaron frente a frente, sin hablar, con los ojos arrasados por las lágrimas, hasta que el médico, derrotado, se derrumbó, hundió la cabeza en el pecho del capataz y rompió a llorar desconsoladamente.

La cocina de la casa de la vega se había convertido en un hervidero. Empezaba a anochecer y el frío de noviembre se hacía notar ya. Inocenta, sin dejar de sollozar, se afanaba en preparar una infusión de tila y manzanilla. El capitán Solís había llegado en moto en cuanto recibió el aviso y, en ese momento, sentado junto a él en la bancada de la chimenea, trataba de consolar a Manuel, quien, con los codos apoyados en las rodillas, mantenía la mirada vidriosa fija en las brasas.

El párroco de la Magdalena se había enterado de la desgracia durante su paseo junto al río, y había acudido de inmediato para confortar a Manuel y para dar la extremaunción a la difunta, cuyo cuerpo se había dispuesto en el dormitorio del matrimonio.

Carmencita llegó en el coche del alcalde, que la había recogido cerca del cuartel cuando, advertida por alguien, corría ya hacia el puente. Bajó sin esperar a que el vehículo se parara del todo, entró atropelladamente en la cocina y se detuvo para escrutar a todos los presentes, que de forma respetuosa se apartaron para franquearle el paso. Manuel pareció advertir su presencia y se incorporó en el banco. Mientras ella se acercaba, el médico se puso en pie, y solo tuvieron tiempo de intercambiar una mirada de desconsuelo antes de fundirse en un abrazo, rotos ambos por el llanto.

—Ha sido la yegua, Carmencita —sollozó—. Tanto insistirle en que montar le haría bien, y ha sido lo que la ha matado.

—No, don Manuel —contestó a pesar del llanto—, no es justo que se culpe. Usted hizo lo que creía mejor para ella.

Permanecieron unos momentos cogidos de las manos, sin encontrar palabras capaces de expresar su dolor.

—¿Puedo verla? —preguntó Carmen al fin.

Manuel asintió con la cabeza.

—¿Puedes acompañarla, Inocenta? —pidió, e hizo un gesto a Santiago, el alcalde, que había permanecido en la entrada hasta entonces.

Mientras los dos viejos compañeros de partida se abrazaban, la cocina se inundó con el sonido del llanto desconsolado de Carmencita, que llegaba desde el piso de arriba.

Era ya noche cerrada cuando la necesidad de poner orden en aquel desconcierto acabó por imponerse. Había sido Domingo quien había hecho correr el ruego de que nadie más acudiera a la casa de la vega por aquel camino sin iluminar. Desde el mismo cuartel había hecho una llamada a la nueva empresa de pompas fúnebres que habría de ocuparse de trasladar el cadáver y organizar el sepelio. Aquella misma noche conducirían a Margarita a la casa de la calle Muro, donde a primera hora de la mañana se instalaría el velatorio. Allí sí, Manuel y sus allegados, a quienes se había dado aviso telefónico, recibirían las muestras de condolencia de los vecinos, que sin duda habrían de ser numerosas.

Cuando Domingo regresó a la casa de campo encontró a Manuel en el lugar donde lo había dejado, abatido hasta el extremo, y se acercó a él, decidido a tomar la iniciativa.

—Ya está solucionado el asunto del traslado y el velatorio, en un momento estarán aquí los de las pompas fúnebres. Y la familia de Margarita y la tuya han sido avisadas. Se han mostrado consternados, pero todos han confirmado que se pondrán en camino mañana a primera hora.

Manuel asintió, agradecido.

—Ahora os vais a ir a casa en el coche de Santiago. Todos, también Joaquín e Inocenta, estos días serán más útiles allí. Tendréis que intentar descansar algo antes del velatorio.

—¿La has visto?

El capitán asintió.

—Creo que no ha sufrido, el golpe contra la rama ha sido fulminante —aventuró el médico—. Se ha partido el cuello.

—Me he dado cuenta.

—No será necesario que hagáis nada, ¿no? La autopsia, quiero decir…

—No, he hablado con el juez, va a bajar ahora. Será suficiente con una inspección visual y después dará los permisos necesarios.

—Gracias. No sería capaz ni de imaginar…

—No pienses en eso. Trata de recordarla en sus mejores momentos y quédate con esa imagen.

—Es extraño, casi me consuela saber que ha muerto en el acto. No me habría perdonado saber que agonizaba en ese soto mientras yo dormía la siesta

plácidamente.

Manuel rompió a sollozar de nuevo, y el capitán lo rodeó con el brazo.

—Ha debido de pasar al poco de salir de aquí. Cuando ha vuelto, la yegua estaba ya tranquila y fría. Y creo que, cuando hemos llegado, Margarita llevaba casi una hora… muerta.

—Todo eso ahora da igual, no te tortures.

—Necesito estar seguro de que no podía haber hecho nada…

—Lo comprendo.

—Estaba pasando unos días muy malos, Domingo. Mañana se cumple un año de lo de Alfonso.

—Joder, Manuel, lo siento —dijo cuando vio que las lágrimas asomaban de nuevo a los ojos de su amigo—. No puedo ni imaginar lo duro que debe de estar siendo todo esto para ti. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

Terminó la frase con una palmada cariñosa en la pierna.

—Lo que quieras, de verdad —insistió—. Pero ahora súbete a casa. Haz lo que hemos hablado, ¿de acuerdo? Yo me encargo de todo lo demás aquí.

Joaquín, Domingo y el sargento Bartolomé esperaron en la cocina la llegada del juez y de los empleados de las pompas fúnebres con el vehículo que había de trasladar a Margarita. El capataz, que había insistido en permanecer en la casa por el momento, les ofreció un plato de queso, pan y un vaso de vino, que aceptaron agradecidos.

—Es todo lo que tengo a mano —se excusó—. Si se hubiera quedado mi mujer habría podido cocinar algo para cenar. Además, ¿no hubiera sido mejor que se encargaran las mujeres de preparar a la difunta?

—Las cosas han cambiado, Joaquín.

—No entiendo tanta modernidad —repuso sin ocultar su irritación—. ¿Dónde se ha visto, hombres metiendo la mano en el cadáver de una mujer?

—Los empleados de las pompas son profesionales y saben hacer su trabajo.

—De todas maneras… esta familia tiene la negra —comentó el sargento, antes de apurar el vaso—. No me lo negarán.

—Ya lo puede usted decir. —El capataz asintió—. Yo no sé si don Manuel va a levantar cabeza después de esto. Mira que quería a su mujer…

—Un momento…, escuchad —cortó el sargento—. Están tocando a muerto en la catedral.

—Alguien habrá llevado el aviso.

—Mucho tocan esas campanas en los últimos tiempos, y no el toque de Gloria precisamente.

El traqueteo de un motor y el ruido de los neumáticos sobre la gravilla interrumpieron la conversación.

—Aquí están los de las pompas —se adelantó el sargento.

Cuando Joaquín abrió la puerta, el juez tenía la mano en alto, a punto de llamar.

—Buenas noches. Armando Garbayo, el juez.

—Ah, es usted. Pase, por favor —dijo, haciéndose a un lado—. El capitán Solís le espera.

—Don Armando, adelante. —El guardia civil le tendió la mano—. El cadáver está en el piso de arriba.

Joaquín hizo ademán de dejar la puerta para mostrarle el camino.

—Atienda usted a los de las pompas, yo le acompañaré —ordenó el capitán.

Los dos hombres subieron las escaleras hasta el dormitorio. Era una habitación espaciosa pero con la sobriedad propia de una casa de campo. Los sencillos muebles de madera maciza combinaban bien con las baldosas del suelo, de barro cocido, y con las contraventanas, también de madera, sujetas con grandes bisagras de hierro forjado. La cama en la que yacía el cuerpo de Margarita se hallaba en el centro de la habitación, cuya luz se había mantenido encendida. El juez se aproximó al lecho y echó un vistazo al cuerpo.

—¿Cómo ha ocurrido? Exactamente.

—Doña Margarita ha salido de la finca para dar su habitual paseo a caballo poco después de la hora de la comida, antes de las cuatro, según refieren el capataz y su esposa.

—¿Siempre salía sola?

—Al parecer así era. Don Manuel no suele montar, prefiere pasar su tiempo leyendo o dando paseos a pie.

—Siga…

—Al cabo de una hora, al filo de las cinco, la yegua que montaba ha regresado sola y desbocada. Eso ha provocado la alarma del capataz, que ha avisado a don Manuel, y ambos han salido en su busca. Joaquín lo ha hecho sobre la misma yegua, y ha sido él quien ha encontrado el cuerpo, poco antes de que don Manuel alcanzara el lugar. Ha sido a unos quinientos metros de aquí, en uno de los sotos del Ebro.

—¿Y cómo creen que ha ocurrido?

—Quizás algo haya asustado a la yegua, quizá doña Margarita la haya lanzado al galope… Es difícil de saber. Lo cierto es que el animal se ha desbocado y ha estrellado a su jinete contra una rama baja. El mismo don Manuel ha comprobado que tenía el cuello partido. Opina que ha muerto en el acto.

—Entiendo. ¿Algo que le haga pensar en la intervención de un tercero? ¿Algún signo de violencia?

—Nada en absoluto. Bastante violento ha debido de ser el impacto contra el árbol.

—¿Estaba usted presente cuando se ha trasladado su cuerpo hasta aquí?

—Sí, en efecto. Mis hombres se han encargado de hacerlo. Ya sabe que me une una buena amistad con Manuel Vega.

—Muy bien. En ese caso, como hemos hablado, considero innecesario ordenar la necropsia. Al fin y al cabo, la primera inspección del cadáver la ha efectuado un

forense y, por supuesto, confío en su juicio.

—¿Puedo entonces dejar que suban los de las pompas fúnebres?

—Sí, hágalo. Antes de depositar el cuerpo en el ataúd, haré una somera inspección visual y firmaré el acta de defunción.

El capitán bajó las escaleras y, poco después, dos operarios se afanaban en subir la caja de madera utilizada para los traslados. El juez esperaba al pie de la cama cuando los dos hombres la depositaron sobre una de las alfombras que cubrían el suelo.

—¿La depositarán así mismo en el ataúd?

—Sí, en nuestro local la colocaremos en el féretro definitivo, con la ropa que nos facilite la familia.

—Adelante. Si al hacerlo observaran algo que se salga de lo normal, no duden en avisar, a mí mismo o al capitán Solís.

—Descuide, así lo haremos.

El capitán Solís llevaba más de una hora en casa de Manuel, haciéndole compañía hasta que llegaran los empleados de la funeraria con el cuerpo. A pesar de los avisos, la casa era un hervidero de antiguos pacientes de la clínica, y de amigas y compañeras de cofradía de Margarita. Se había dispuesto lo necesario para el velatorio en la biblioteca, todas las sillas de la casa circundaban la amplia habitación, y en el rincón del fondo se había colocado un catafalco para el ataúd, mediante el sencillo método de cubrir el escritorio con una tela púrpura que alguien había llevado de la catedral. Cuando dieron las once en el reloj de la plaza de los Fueros, la creciente impaciencia del capitán empezó a convertirse en preocupación. Dejó a Manuel rodeado de conocidos y, sin hacerse notar, bajó las escaleras. Se puso la capa y salió al frescor de aquella noche de noviembre, en que una bruma procedente del río matizaba la tenue luz de los faroles y presagiaba la primera mañana de niebla en la ciudad. Con el tricornio calado, recorrió las calles desiertas hasta el local de la funeraria. En la parte superior de la puerta, cerrada con dos vanos de cristal, se adivinaba la luz del interior y las sombras que proyectaban los operarios. Utilizó el picaporte con un único golpe seco y al instante oyó los pasos que se acercaban. Abrió el propietario.

—Ah, capitán Solís, es usted por fin. Llevamos media hora intentado localizarlo. En el cuartel no sabían darnos razón de usted.

Domingo se maldijo a sí mismo por el error; era cierto que había salido por la puerta de su vivienda sin advertir al cabo de guardia.

—Estaba en casa de los Vega.

—Lo hemos supuesto y acabamos de enviar a un chico en su busca. Quien sí que ha llegado ya es don Armando, el juez. Se le ha avisado tal como nos había pedido.

—Entiendo que ha surgido algún problema… —dijo, alerta.

—Mis empleados me han comentado que tenían orden de advertirles a ustedes si algo les resultaba extraño —respondió mientras lo conducía al interior.

—¿Han visto algo fuera de lo normal en el cadáver? —preguntó, con impaciencia.

—Será mejor que lo vea.

El dueño de la funeraria había abierto la puerta de una sala amplia y bien iluminada, de paredes revestidas de baldosas blancas hasta la altura de un hombre y el suelo ligeramente inclinado, que convergía en un desagüe central. Resultaba evidente que era allí donde se preparaban los cadáveres. El cuerpo de Margarita descansaba todavía cubierto con un lienzo blanco en la mesa central, flanqueado por el juez y por dos operarios, que interrumpieron su conversación al verlo entrar en la habitación. El juez dio dos pasos hacia él.

—Novedades —anunció—. Y no te van a gustar.

Los dos hombres se acercaron a la mesa. Solo entonces el capitán reparó en que el cuerpo se encontraba boca abajo. Uno de los empleados, por indicación del juez, alzó la parte central del lienzo, dejando al descubierto la zona baja de la espalda del cadáver.

Lo que el capitán había estado temiendo en los últimos minutos tomó forma ante sus ojos. Varios cortes que le resultaban dolosamente familiares daban forma a cuatro signos, que de inmediato quedaron grabados en su cerebro de manera tan indeleble como aquellas inesperadas marcas en la piel.

El capitán permaneció inmóvil un minuto, con la mirada clavada en aquellos cortes y el rostro casi tan lívido como el del cadáver.

—¡No puede ser! —exclamó al fin, volviéndose hacia el juez y negando con la cabeza—. ¿Cómo ha podido…?

—Eso deberá averiguarlo usted, me temo que va a tener que cuestionarse todas sus suposiciones.

El capitán dio varios pasos hacia atrás, alcanzó una silla de madera colocada junto a la pared y se dejó caer en ella.

—Joder, ¿y cómo le digo yo esto a Manuel?

—Sé que es su amigo. Si le parece, puedo encargarme…

Domingo negó con la cabeza.

—No, se lo agradezco… pero lo haré yo. —Se cubrió el rostro con las manos.

—Lo que resulta evidente es que, después de todo, va a ser necesario realizar esa necropsia. A primera hora habrá que avisar a un forense de Pamplona.

El capitán asintió de forma mecánica. Con los ojos cerrados, echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared, con las manos aferradas a los bordes de la silla. De repente se levantó como impulsado por un resorte, dio media vuelta, alzó la pierna derecha y descargó todo el peso de su bota sobre la silla, que con un crujido seco

acabó hecha astillas.

—¿Quién eres, hijo de puta? —bramó, prolongando cada una de las sílabas.

Capítulo 15

Viernes, 11 de noviembre de 1949

Carmen, en la puerta de la calle, acababa de extender el agua de una palangana sobre el polvo. Cogió la escoba de esparto y comenzó a barrer el trozo de acera que se extendía ante la fachada. No lo había hecho desde el día del fatal accidente, y las hojas que el otoño había arrancado de los árboles habían acabado amontonándose, arrastradas por los caprichos del viento. Los pocos vecinos que pasaban se bajaban a la calzada, respetando el trabajo de la muchacha, intercambiando con ella simples saludos o una breve conversación de cortesía. Con la ayuda de un recogedor, fue arrojando los restos al cubo de hojalata que tenía bajo el dintel y, al levantar la cabeza después de verter la última palada, vio a Ángel doblar la esquina, con su enorme carpeta bajo el brazo. De nuevo sintió aquel cosquilleo que en el último mes y medio se le había hecho tan familiar, una agradable sensación que invadía su vientre cada vez que pensaba en el hombre que había llegado para dar un inesperado vuelco a su vida.

Tratando de mostrar naturalidad, metió el recogedor en el cubo y, con la escoba en la otra mano, entró en el zaguán y cerró la puerta con suavidad. Aguardó con ansiedad la llamada y, cuando los nudillos de Ángel golpearon la madera, se obligó a esperar un minuto antes de abrir. Sabía que la suya era una relación pecaminosa a los ojos de aquella sociedad cerrada y opresora, ávida siempre de reos de castigo a los que condenar aunque solo fuera en los corrillos, donde las habladurías y la maledicencia circulaban de boca en boca. Una simple sospecha, un comentario hecho con mala fe podían bastar para arruinar el buen nombre de una muchacha como ella, hacer que de la noche a la mañana se viera en la calle y con las puertas de cualquier otro empleo cerradas. Y más si, como en su caso, el asunto tenía que ver con el sexto mandamiento. Sabía que debía conducirse con cuidado extremo, bastantes pistas había dado ya al grupo de cotillas que llevaban la cuenta de las muchachas que dejaban de pasar a comulgar en cada misa o que no frecuentaban el confesionario.

—Vengo a ver a don Manuel —dijo Ángel con voz innecesariamente alta.

—Pasa, está en la biblioteca —respondió Carmen, haciéndose a un lado antes de cerrar la puerta tras él.

Una vez que la penumbra volvió al vestíbulo, Ángel soltó la carpeta y sus labios se unieron con ansiedad. Luego Carmen apoyó la mano en su pecho para apartarlo, al tiempo que con el índice le conminaba a guardar silencio.

—Sube, está arriba. Creo que hoy don Manuel te necesita más que yo.

El campanero asintió. Carmen lo vio subir las escaleras envuelta en una mezcla de sentimientos. Por una parte, aquel mes y medio había sido el más intenso de su vida. Una vez derribadas las barreras que se habían interpuesto entre ellos, la pasión contenida había fluido desbocada, y habían aprovechado cualquier ocasión para verse

a solas, sobre todo durante las repetidas ausencias de los señores hasta el domingo anterior. Por eso, la culpa y el remordimiento se entremezclaban con el fervor que sentía por aquel hombre, y es que la noticia del accidente de Margarita les había sorprendido mientras yacían abrazados y desnudos, después de hacer el amor en el cuarto de la tercera planta. Era la primera vez que se veían a solas desde entonces, aunque habían intercambiado algunas palabras durante el velatorio y el funeral. Carmen suspiró de congoja al recordar lo vivido en los últimos días, pero se obligó a recoger el asa del cubo y la escoba para dirigirse a la cocina.

La puerta de la biblioteca se encontraba entreabierta, y hasta el rellano llegaban las notas tristes de una pieza que a Ángel se le antojó de una excepcional belleza. Manuel se hallaba en pie ante el balcón, de espaldas a él, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, mientras que con la otra parecía sujetarse a la cortina. Fue el leve chirrido que sonó al empujar la puerta lo que le advirtió de su presencia. Volvió solo la cabeza, y Ángel contempló el rostro demacrado del médico, en el que destacaban los ojos enrojecidos y llorosos. Un leve movimiento de cabeza fue su único saludo.

—Pasa, siéntate donde quieras —indicó con voz apagada, mirando de nuevo a la calle.

Ángel avanzó con lentitud y se detuvo junto al soberbio mueble en el que giraba el disco. Sobre el ángulo Manuel había depositado la funda. «Pergolesi: *Stabat Mater Dolorosa*», leyó. La voz de contralto que surgía de la rejilla del mueble recitaba las notas de aquella composición, que le pareció magistralmente concebida para acompañar un dolor tan intenso como el que afligía a su anfitrión.

—Ponla desde el principio —pidió Manuel.

Ángel dejó la carpeta apoyada entre los brazos de un sillón y después hizo lo que había visto hacer al médico en ocasiones anteriores, alzó el brazo del tocadiscos y lo depositó con cuidado en el borde exterior del disco.

Surgió la música, luego la voz del solista, y Manuel empezó a recitar con ella. Ángel comprendió que estaba traduciendo del latín la letra de aquella composición desconocida para él.

Estaba la madre sufriendo,
junto a la cruz llorando,
mientras su hijo pendía.

Su alma llorosa,
triste y dolorida,
fue traspasada por una espada.

¡Oh! Cuán triste y afligida
estaba aquella bendita madre…

Estaba triste y dolorosa,
como madre piadosa,
al ver el sufrimiento de su hijo…

¿Qué hombre no lloraría
si viese a una madre
sufrir por su hijo?…

Manuel se detuvo y se volvió hacia él, aunque la música seguía sonando.

—Resulta incluso difícil de soportar —dijo, dejándose caer en el sillón más cercano—, pero refleja a la perfección mi estado de ánimo.

—Es una música muy bella —afirmó.

—Muchos compositores pusieron música al Stabat Mater: Rossini, Scarlatti, Vivaldi, Bach, y otros, pero ninguno supo dar con la clave para remover el ánimo de quien la escucha como Pergolesi. O para tratar de dar un poco de consuelo cuando está tan revuelto como el mío.

—Le comprendo, créame.

—En un año he perdido a los dos seres que más quería. ¿Qué me queda, Ángel? —se preguntó, con la cabeza apoyada en la palma abierta de su mano—. Todas las ilusiones que pudiera albergar se han ido, primero con Alfonso, y después con Margarita.

Mientras hablaba, tomó una botella de coñac que había encima de la mesa y llenó un vaso con una generosa dosis.

—Tráete una copa —le pidió.

Ángel negó con la cabeza.

—¿También ha perdido el interés por los dibujos? —dijo, señalando la carpeta.

El médico no respondió, aunque su expresión era muy elocuente.

—Ya solo me quedan unos días para terminar —prosiguió Ángel—. Cuando lo haga se los entregaré, son suyos. Es usted libre de hacer lo que quiera con ellos, tanto si desea seguir adelante con la publicación como si prefiere guardarlos en el desván.

—Ponlos encima del escritorio —se limitó a contestar.

Ángel cogió los dibujos del sillón y los acercó hasta la mesa que unos días antes había servido de catafalco para el ataúd de Margarita. Al hacerlo reparó en varios folios, algunos arrugados, en los que Manuel parecía haber garabateado una serie de números que se repetían sin cesar cubriendo hasta el último centímetro de papel.

—¿Qué son todos estos papeles llenos de números, si me permite la pregunta?

—¿Eso? El motivo de mi aflicción. Lo que me ha quitado el sueño desde la muerte de mi esposa. Pero no estoy autorizado a revelarte el motivo por el que están ahí, forma parte de la investigación.

—En ese caso… ¿son ciertos los rumores que circulan?

—No sé qué rumores circulan, desde el día del entierro no he salido de casa.

—Que en la muerte de… su esposa —vaciló— también concurrieron circunstancias extrañas, como en las últimas que se han producido en Puente Real.

—Lo siento, Ángel. Quizá si el capitán da su permiso, podamos…

—No se preocupe. No era mi intención indagar en lo que no me incumbe —dijo cruzando de nuevo la biblioteca, después de colocar en su sitio la carpeta.

—Siéntate, te lo ruego, y sírvete algo. Todos estos días he buscado la soledad, pero creo que está empezando a volverme loco.

Esta vez Ángel aceptó la invitación, sacó una copa de la vitrina y se sirvió de la botella. Se recostó en el sillón frente a Manuel y ambos guardaron silencio.

—Nunca me ha hablado usted de la muerte de su hijo —dijo el campanero por fin.

La mano con la que Manuel se llevaba el vaso a la boca se detuvo a mitad de camino.

—Supongo que a ambos nos resultaba demasiado doloroso —confesó al cabo de un rato—. En vida de Margarita, era un tema del que no se hablaba en esta casa. Nadie, ni siquiera Carmencita lo hacía.

—¿Cómo ocurrió? —insistió.

Manuel dio un sorbo largo y después suspiró profundamente.

—Fue hace poco más de un año, ya lo sabes, solo quedaban dos días para que cumpliera los doce. Su madre ya tenía ultimados todos los detalles para la fiesta de cumpleaños con que pensaba sorprenderle. Había salido del colegio y siempre que podía aprovechaba el último rato de luz para estar con los amigos, mientras merendaban. Aquella tarde se fueron hasta las cercanías de la estación, delante de la Azucarera. Al parecer, habían cogido la costumbre de poner clavos en las vías poco antes de que llegara el tren. Cuando la rueda pasaba por encima, quedaban convertidos en pequeños estiletes. Según me contaron después, llevaban meses jugando de aquella manera por las vías y nunca habían tenido el más mínimo contratiempo, pero esa tarde… algo salió mal. Parece ser que Alfonso se entretuvo demasiado, quizás el clavo se deslizó de la vía y regresó para colocarlo bien. Otros dicen que había metido el pie entre dos raíles cuando se produjo un cambio de agujas que lo atrapó. Lo cierto es que cayó sobre las vías, el tren se le echó encima, y le seccionó la pierna por encima del tobillo y el brazo derecho por debajo del codo.

Su voz se quebró al revivir la escena, pero hizo un esfuerzo por continuar.

—Sus amigos, horrorizados, no supieron reaccionar, y no recibió ayuda hasta que un empleado de la estación oyó los gritos. Cuando llegó, intentó hacerle torniquetes para parar la hemorragia. Me lo trajeron aún con vida a la clínica, e hice lo que pude para salvarlo. Pero no lo suficiente, quizá porque yo mismo estaba en un estado que no me permitió tomar las decisiones adecuadas. Había perdido demasiada sangre y dejó de respirar en mis brazos, mientras alguien sujetaba a mi mujer en la puerta de la consulta, en medio de terribles gritos de dolor, que no dejaré de oír mientras viva.

Las lágrimas que resbalaban por su rostro habían empezado a mojarle la camisa y

utilizó el pañuelo que siempre llevaba encima para secarse la moquita. También Ángel tenía los ojos arrasados y, cuando el médico calló al fin, los mantuvo cerrados, limitándose a escuchar el monótono chasquido de la aguja del gramófono sobre el disco, ya finalizado.

—No sufrió, perdió el conocimiento al instante. Ese es mi único consuelo.

—Gracias a Dios —respondió el campanero, sinceramente conmovido—. Lamento haberle hecho revivir un momento así.

—Me ha hecho bien contarlo. Ya no cabía tanto dolor dentro… —dijo, acercándose de nuevo el coñac a los labios—. Era un buen muchacho, guapo y muy alto para su edad. ¿Quieres acercarte de nuevo al escritorio y abrir el cajón? Ahí encontrarás una foto suya.

Ángel se levantó e hizo lo que le había indicado. Regresó con la fotografía en la mano y se sentó de nuevo.

—¿A quién se parecía? —preguntó—. No a usted, desde luego.

—No, era mucho más guapo que yo —respondió con sorna—. A veces los hijos tienen la suerte de no parecerse a sus padres.

Ángel dejó la foto encima de la mesa.

—¿Qué va a hacer usted ahora?

—No lo sé. No he tenido tiempo de pensar en ello. Quizá tenga que empezar por preguntar a Carmencita cuáles son sus planes, ignoro si deseará permanecer en esta casa.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —preguntó, extrañado.

—Ya sabes cómo son aquí las cosas, no está bien visto que una mujer joven sirva en una casa en la que vive un hombre solo.

—¡Eso es absurdo!

—Lo es, para ti y para mí. Pero no para esta sociedad de beatas, timoratos y meapilas en que ha acabado convertido Puente Real.

Ángel lo miró con sorpresa.

—Tenía entendido que usted había apoyado el alzamiento.

—Lo hice entonces, y estoy donde estoy por aquella toma de postura. Pero eso no quiere decir que comparta la deriva que ha ido adquiriendo el régimen. Demasiado poder de algunos estamentos, la Iglesia, por ejemplo…

Manuel calló de repente. Había sonado el timbre de la puerta. Instintivamente, los dos hombres se secaron los ojos con las manos e intercambiaron un gesto de complicidad cuando se cruzaron sus miradas.

—Los hombres no lloran —dijo el médico con media sonrisa, poniéndose en pie.

Oyeron los pasos de Carmencita, la puerta al abrirse y, por fin, la voz familiar del capitán Solís. También Ángel se puso en pie.

—Es Domingo —anunció Manuel.

Se inclinó para dejar el vaso en la mesa y después se dirigió al tocadiscos. Con delicadeza retiró el brazo, dio la vuelta al disco y lo puso de nuevo en marcha, hasta

que la música de Pergolesi volvió a inundar la biblioteca. En ese instante el capitán de la Guardia Civil, con el tricornio en la mano y despeinado, asomó a la puerta.

—¡Ah, estás acompañado! —dijo a modo de saludo, y se acercó a Ángel en primer lugar.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—¿Una nueva entrega de esos magníficos dibujos tuyos?

—Así es —confirmó Ángel.

—Y un poco de conversación, que no viene mal —añadió Manuel.

—Ya ves que nos tienes a tu disposición. No digo yo que vayamos a retomar las partidas, pero sabes que puedes contar con nosotros, al menos cuando el trabajo nos lo permita. ¿No es cierto? —dijo el capitán, dirigiéndose a Ángel.

—Por supuesto. Yo también creo que la compañía le hará bien. Mis horarios son más rígidos, pero a primera hora de la tarde no tengo que tocar a misa. —Miró el carillón—. En cambio, ahora sí. Le dejo en buena compañía —añadió volviéndose hacia Manuel.

—¿No lo ves? Hasta nos relevamos sin necesidad de ponernos de acuerdo —trató de bromear el capitán.

—En ese caso, hasta otro día —se despidió Ángel.

—Manuel, ¿te parece que quedemos aquí mañana a las cuatro? —insistió Domingo, antes de que el campanero cruzara la puerta.

—Como queráis —concedió el médico.

—Eso sí, yo también pongo una condición —dijo el guardia civil—: no tener que soportar esta música tenebrosa.

Se acercó al mueble del tocadiscos, levantó el brazo de la aguja y lo colocó en su soporte.

—No te digo que pongas a Machín, pero esto hunde la moral a cualquiera.

—¡Qué bruto eres, Domingo! —exclamó Manuel negando con la cabeza.

—Sí, sí, bruto. Pero no me digas que no se está mejor así —respondió con expresión satisfecha, quizá porque había conseguido arrancar una sonrisa a su amigo.

—¿Mañana a las cuatro, entonces? —preguntó Ángel desde la puerta.

El médico asintió.

—Quizá Carmencita no tenga inconveniente en prepararnos incluso un café —añadió el capitán.

—Hasta mañana, Ángel —se despidió Manuel con tono paciente, antes de volverse hacia el sillón, invitando al capitán a hacer lo mismo.

—Me da un poco de lástima —dijo este, dejándose caer.

—¿Quién, Ángel?

—Sí. Parece un tipo majo, pero esas cicatrices en la cara… Joder, eso le condena, por ejemplo, a mantenerse alejado de las mujeres. La verdad es que da un poco de grima.

—Por eso aceptó el puesto de campanero, esas cicatrices siempre le han hecho

rehuir el contacto con la gente en general, no solo las mujeres. Eso, y su carácter. Ya ves que es reservado e introvertido, le cuesta abrirse y hablar de sí mismo. —Hizo un gesto de contrariedad antes de continuar—. Por cierto, espera un minuto, se me ha olvidado decirle algo…

El médico salió con pasos rápidos al descansillo, seguro de que todavía no se había oído la puerta de la calle. Bajó el primer tramo de escaleras hasta la capilla.

—¡Ángel! —llamó.

El campanero y Carmencita estaban junto a la puerta, y se volvieron al mismo tiempo. La doncella parecía azorada y se atusó el delantal mientras abría la puerta de la calle.

—Se me olvidaba, Ángel. Sigue dibujando. Tus trabajos son lo único que me ha proporcionado alguna distracción estos días —reconoció Manuel.

Ángel asintió y salió a la calle, y Carmencita cerró la puerta tras él. El médico, pensativo, regresó a la biblioteca con un caminar pausado y se sentó de nuevo frente a Domingo.

—Amigo mío —dijo con un nuevo brillo en los ojos—, olvídate de lo que acabamos de hablar. Parece que no todas las mujeres rehúyen el contacto con Ángel.

El capitán tardó en asimilar lo que Manuel insinuaba.

—¿Quieres decir que… que Carmencita y…?

El médico se limitó a asentir con aire risueño.

—Pero… ¿has visto algo o qué? —preguntó con la curiosidad brillando en sus ojos.

—Si no me ha engañado la vista… se estaban besando —contestó el médico con voz queda.

—¡Fiuu…! —silbó el capitán, con una amplia sonrisa—. ¡Esta sí que es buena!

—Anda, sácate una copa —dijo Manuel, al tiempo que se servía de nuevo de la botella—. Es la primera alegría que tengo desde hace semanas.

Domingo se sirvió el coñac en silencio, pero sin alterar el gesto en ningún momento.

—¡Coño con el campanero! —exclamó sin embargo después del primer sorbo—. No se habrá acercado a las mujeres en todos estos años, pero no ha elegido mal a la primera.

—Y de alguna manera yo soy el responsable de que lo haya hecho.

—¡Ah, eso ni lo dudes! —Rio—. Con la excusa de los dibujos, carpeta para aquí, carpeta para allá…

—No, si ahora me explico muchas cosas… Ni Margarita ni yo sospechamos nada cuando Carmencita se ofreció a lavar su ropa.

—Ah, ¿sí? ¿Le lava la ropa?

—Sí, ella insistió en hacerlo. Él la trae en un saco de tela, y se la lleva lavada y doblada. En eso Margarita tuvo algo que ver, cuando advirtió lo mal planchadas que llevaba las camisas.

—Bueno, bueno… ¿y Carmencita? Quién lo iba a decir…

—No sé si esto tendrá algún futuro, pero para mí es un alivio. También para Margarita lo hubiera sido. La queríamos, la quiero aún como a una hija, y sufríamos pensando que se había entregado en exceso a nosotros, renunciando a emprender una vida propia, rehuyendo el matrimonio. Es una chica estupenda… y, ya lo ves, muy guapa.

—Lo es, vaya si lo es. —Domingo asintió sin perder la sonrisa—. Yo también me alegro, hombre. ¿Le vas a decir algo?

—¿Estás loco? Tendrán que ser ellos quienes lo hagan.

—¿Ni una indirecta, mañana cuando venga?

—Ni una indirecta.

—Está bien, no te lo tendré en cuenta —bromeó, pero la risa se congeló en sus labios al volver la vista hacia Manuel y comprobar que tenía los ojos llenos de lágrimas de nuevo.

—Excúsame —pidió, pasándose el dorso de la mano derecha por las comisuras —. Es solo que… estaba pensando… que a Margarita le habría gustado saber esto.

—Seguro que lo sabe y está sonriendo allá arriba —dijo, aún con cierto sonrojo, poco acostumbrado quizás a aquellas concesiones a la sensiblería.

Manuel lo miró, comprensivo.

—¿Has descubierto algo más? —preguntó, borrando definitivamente cualquier rastro de sonrisa.

—Nada, Manuel. Seguimos tan perdidos como al principio. Y siento que se me está acabando el tiempo. Porque hemos conseguido que lo de Margarita no trascienda a la prensa, que si no… ya me habrían relevado.

—Desde que supe lo de las marcas, me he vuelto loco dándole vueltas. He rebuscado en la Biblia, incluso en libros sobre cábala que rescaté de las purgas y que mantenía ocultos en lo más hondo del desván. Pero nada, sin resultado.

—¿Hay alguien que pudiera guardaros rencor? ¿Tanto como para hacer lo que ha hecho?

Manuel, con gesto de impotencia, acabó negando.

—¿Algún paciente, quizá? Trata de recordar, ¿algún error médico que haya podido provocar la venganza de un pariente?

—No hay médico que se libre de eso, pero no recuerdo ningún conflicto de tanta gravedad, nada que haya ido más allá de algún familiar que se negara a pagar la factura al fallecer un paciente.

—Trata de hacer memoria, sabes bien que cualquier detalle puede ser importante. ¿Algún asunto relacionado con el enterrador? No me fío de él, todavía hay cosas en su actitud a las que no encuentro explicación.

Manuel negó con la cabeza mientras alzaba las cejas tratando de hacer memoria.

—Pues estamos jodidos —concluyó el capitán, abatido—. ¡No tengo nada! Fíjate que estoy por llamar a Pamplona para pedir el relevo. Son cuatro meses ya, y estamos

como el primer día.

—¿Y el que venga a sustituirte va a hacer algo más?

—No lo sé, Manuel. Pero la presión es cada día mayor, y empiezo a pensar que quienes me critican tienen razón y quizá todo esto me venga grande.

Se oyeron unos golpes suaves en la puerta.

—¡Adelante! —respondió Manuel—. ¡Ah, eres tú, Carmencita!

—Don Manuel, quería preguntarle si va usted a necesitar algo. Me gustaría acudir a la misa de ocho en la catedral.

—No, no, puedes ir tranquila. No tengas prisa, cenaré cualquier cosa cuando vuelvas, apenas tengo apetito.

A Manuel no le pasó desapercibido el examen que el capitán hizo a la muchacha, aunque aquella sonrisa de picardía prácticamente imperceptible solo tuviera algún sentido para él.

Si al acabar la homilía alguien le hubiera preguntado por el contenido del sermón, Carmen no habría sido capaz de responder sino vaguedades, pues su mente había estado en otro lado. Se había sentado en un banco lateral, al abrigo de una columna, y permaneció arrodillada durante la comunión, con el rostro enmarcado por la mantilla negra y oculto tras las manos. Cuando finalizó la misa, esperó a que la nave se fuera desalojando y salió por el lado de la epístola una vez que el sacerdote se recogió en la sacristía, seguido por dos beatas que habían terminado de apagar los cirios y de recoger los útiles de la celebración. Al llegar al trascoro se detuvo y se pegó al muro del fondo, donde se hallaba la puerta por la que se accedía a la torre.

—¡Perdone!

Carmen alzó la vista y vio a un joven sacerdote que se dirigía hacia ella.

—Discúlpeme, la he asustado. Trabaja usted en casa del doctor Vega, si no me han informado mal, ¿no es cierto?

—Así es —respondió ella, tratando de controlar las palpitaciones de su corazón.

El sacerdote, sin embargo, no parecía haber notado nada extraño.

—Soy el nuevo archivero, sustituyo a mosén Hipólito —se presentó estrechándole la mano con delicadeza—. Tengo entendido que don Manuel está muy interesado en nuestra Puerta del Juicio y, precisamente esta tarde, ordenando el despacho, ha aparecido este librito que me gustaría hacerle llegar.

Carmen lo tomó entre las manos. Era un libro encuadernado de forma sencilla, con unas tapas de cartón que ya amarilleaban y en las que se leía «La Puerta del Juicio de la catedral de Santa María de Puente Real». Y en una tipografía más pequeña «Estudio pormenorizado e interpretación».

—¿Quiere que se lo lleve? —acertó a preguntar.

—Si me hiciera usted el favor… Quizá le sirva de distracción, sé que está pasando por un duro trance.

—No faltaba más, lo haré encantada —respondió, azorada aún.

—Muchas gracias. Dígale que no tenga prisa en devolverlo, sé que está en buenas manos —añadió el archivero, regresando ya hacia el altar.

Carmen se quedó sola y suspiró hondo, tratando de recuperarse del sobresalto. Por segunda vez, se acercó a la puerta de la torre y barrió con un vistazo rápido la parte del templo que quedaba a la vista. Luego accionó la manilla, entró con cierto apresuramiento y cerró tras de sí. Tal como Ángel le había dicho al despedirse, una palmatoria con una vela encendida la esperaba en el primer escalón, para que evitara encender las luces. La cogió y comenzó a ascender la escalera de caracol. Sentía un ligero temblor en las piernas y el conocido cosquilleo en el vientre, incrementado esta vez por el desafío de lo prohibido.

Capítulo 16

Miércoles, 16 de noviembre de 1949

Manuel cerró la puerta tras de sí y se volvió hacia Domingo al tiempo que se subía las solapas del abrigo, encogido. Se ajustó el sombrero mientras el capitán hacía lo mismo con el tricornio y se metió la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo con el que secarse los ojos. El cierzo soplaba con fuerza, pero la tarde era soleada, y Domingo lo había arrastrado fuera de casa después de diez días sin pisar la calle. Su intención, había dicho, era pasar por el cuartel para comprobar que no hubiera ningún asunto pendiente y dar juntos un largo paseo por los arrabales, a modo de ronda.

—¡Joder, qué cierzo! Engaña el día —dijo el capitán con los ojos entornados, ajustándose la capa.

—Vas a tener razón, con este paseo me voy a despejar seguro —respondió Manuel, con cara de circunstancias.

—¡Ah, esto es sano! —respondió Domingo mientras bordeaban el río en dirección al cuartel.

Al llegar a la plaza de Calvo Sotelo, un cierto revuelo en la puerta del hotel Unión atrajo la atención de ambos. Había dos enormes y lujosos vehículos negros aparcados en la puerta, y los mozos del establecimiento cargaban con el equipaje hasta el interior ante la mirada curiosa de los transeúntes. También a los balcones del casino situado enfrente se habían asomado algunos parroquianos, que alzaron la mano en señal de saludo al ver a los dos amigos al otro lado del puente.

—Matrícula oficial y peces gordos… —observó Domingo.

—Quizá sea por fin la delegación del Ministerio que se esperaba, por lo del nuevo Centro Rural de Higiene.

—Ah, ¿los de Sanidad?

—Supongo, hace ya un año que se anunció la construcción con cargo al Ministerio, y el Ayuntamiento cedió los terrenos de la calle Eza en marzo, pero las obras aún no han empezado.

—En ese caso, es una buena noticia para ti. ¡Mira que has dado la lata con ese centro!

—Ya me enteraré. Lo que me extraña es que Santiago no me haya dicho nada.

—Estos del Ministerio aparecen cuando menos se les espera y, además, exigiendo que todo el mundo les haga reverencias.

Continuaron por la calle General Mola, pasaron ante el convento de San Francisco y poco después estaban ante la puerta del cuartel. El cabo de guardia se cuadró.

—¿Alguna novedad?

—Mi capitán, le esperan dos hombres en su despacho. El cabo Guzmán ha salido en su busca.

—¿En mi despacho? —preguntó sorprendido—. ¿Quién cojones les ha dejado subir a mi despacho?

—Mi capitán, son agentes del Ministerio de Gobernación, el sargento Ramírez ha comprobado sus credenciales. Está arriba, con ellos.

—Esto me huele mal, Manuel. Esta gente viene por el asunto de los asesinatos.

—No te preocupes, atiéndelos. Daré ese paseo solo.

—No, sube. Si ese es el motivo de esta intromisión, como forense, puedes aportar detalles que a mí se me escapan.

Manuel pareció dudar.

—Por favor… —insistió el capitán.

Los dos hombres subieron junto al cabo hasta el descansillo de la primera planta. La puerta del despacho se encontraba abierta, y la figura de uno de los agentes se recortaba contra el ventanal. No vieron al otro hasta que alcanzaron el dintel: estaba arrellanado en su sillón, con los brazos cruzados a la altura del pecho y aire de impaciencia. El sargento se quedó junto a la puerta, con expresión de disgusto. No cabía duda de que les había oído llegar, porque se encontraba vuelto hacia ellos, dispuesto a explicarse.

—Mi capitán —dijo, alterado, señalando a los dos hombres que ya se encontraban en pie frente a ellos—, estos señores afirman que son enviados del Ministerio de Gobernación. He comprobado sus credenciales.

El hombre que había ocupado su silla se adelantó y le tendió la mano.

—Soy el coronel Mariano Rozas. Y este es el comandante Alberto Iglesias. Ambos desempeñamos nuestra labor en las dependencias del Ministerio de Gobernación, en Madrid.

Mientras se presentaban, el capitán los observó con detenimiento. Al de mayor rango le adjudicó una edad cercana a los cuarenta y cinco. Era seis dedos más bajo que él y entrado en carnes. Peinaba hacia atrás el escaso cabello que conservaba con una generosa dosis de gomina, lo que, con el bigotillo recortado que lucía, reflejaba de forma inequívoca su filiación. El comandante era mucho más alto, unos años más joven, y su rostro afeitado con esmero le otorgaba un aspecto pulcro y cuidado. Ambos vestían trajes grises y camisas que solo se diferenciaban en el tono de azul.

—Les presento a Manuel Vega. Es médico y…

—… Y forense, estamos al corriente —le interrumpió el coronel—. Permítame transmitirle nuestras condolencias por el trágico suceso que le ha afectado personalmente.

—Gracias —respondió Manuel mientras les estrechaba la mano.

—No le sería sincero si le oculto que es precisamente la muerte de su esposa lo que motiva nuestra presencia aquí. Este asunto se nos está yendo de las manos, y en las altas esferas empieza a cundir la preocupación.

—Con el debido respeto —intervino el capitán—, se han presentado ustedes aquí, sin previo aviso, han ocupado mi despacho… ¿Sería descabellado pedirles una

explicación?

—En primer lugar, este ya no es su despacho —respondió el coronel tendiéndole un documento con el membrete del Ministerio de Gobernación—. Ha sido usted relevado, y desde este instante yo asumo el mando en la ciudad.

—Discúlpeme, coronel, pero no tengo ninguna comunicación de la Comandancia de Pamplona y…

—Por favor, capitán, moléstese en leer la firma del documento que tiene en las manos. Es del ministro de Gobernación. Como le digo, en Madrid se considera de vital importancia dar con el asesino; la imagen del propio Gobierno empieza a estar en entredicho. Yo mismo estoy por encima del jefe de la Comandancia de Pamplona. ¿Le queda claro?

—Sí, coronel —asintió Domingo, aceptando la autoridad del hombre que tenía delante.

—Hoy mismo nos pondrá usted al corriente de los pormenores del caso. Instalaremos aquí el puesto de mando, aunque nosotros y los hombres que nos acompañan nos alojaremos en el hotel Unión. Y nos pondremos manos a la obra sin perder un día más. Este asunto se ha declarado prioritario, el propio Caudillo ha sido informado, y no se van a escatimar medios. Nos ocuparemos de que dejen de filtrarse a la prensa detalles de la investigación que deberían mantenerse bajo el máximo secreto.

—¿Insinúa usted…? Si se refiere a ese periodista de *El Reportero*…

—No es mi estilo andar con insinuaciones. ¿Qué día es hoy? Miércoles, ¿no? Pues le informo de que la edición del lunes de *El Reportero* fue secuestrada por orden del propio ministro, cuando ya estaba en talleres. Hablaba, con todo lujo de detalles, de las marcas encontradas en los cadáveres, incluido el de su esposa… Ha sido necesario ejercer toda nuestra autoridad y amenazarles incluso con cerrar el periódico si persisten en su actitud.

—¡No puede ser! —exclamó el capitán—. Solo un reducido grupo de personas está al corriente…

—Pues ha fallado usted a la hora de mantener sus bocas cerradas —intervino por primera vez el comandante, adusto.

—Me imaginaba una ciudad más populosa, quizá porque había oído hablar de su catedral, pero una vez aquí me da más la sensación de estar en un pueblo grande. ¿Cómo es posible que en cuatro meses se les haya escurrido entre los dedos un asesino que ha actuado cuatro veces?

—Le aseguro que todos nos hemos volcado en el asunto, y esta desgracia que nos ha caído encima sigue quitándonos el sueño. Pero debo advertirle que nos enfrentamos, me temo, a un asesino calculador, despiadado y muy inteligente.

—Estamos seguros, y por eso estamos aquí.

—Les deseo toda la suerte del mundo y haré lo posible por colaborar con ustedes. Nada me haría más feliz que… que dieran ustedes con él, mañana mismo.

—En ese caso empiece por desalojar este… despacho. —Miró con gesto de desagrado la envejecida tarima, con el tono de quien está acostumbrado a imponer su autoridad—. Mientras, nosotros regresaremos al hotel para terminar de instalarnos allí y dar las órdenes precisas a nuestros hombres. Recopile cuanta información tenga disponible y téngalo todo dispuesto a nuestro regreso. Digamos que en hora y media.

El capitán asintió, resignado.

—¿Tendría usted inconveniente en acompañar al capitán Solís, doctor? Sus informaciones y su opinión como forense pueden resultar relevantes.

—Por supuesto, coronel. Pero permítame decirle que el capitán es un hombre competente y entregado, y si no ha dado con el criminal no es por falta de pericia ni de método.

—En ningún momento lo hemos puesto en duda, doctor, créame.

—En ese caso, excuse mi error de percepción.

El coronel se volvió cuando ya salía por la puerta.

—Veo que ustedes son buenos amigos, pero le advierto que, aunque no esté usted bajo mi mando directo, ahora soy aquí la autoridad y debería dejar de utilizar ese tono para dirigirse a mí, si no quiere que lo acuse de desacato.

—Estoy seguro de que no ha sido la intención del doctor…

—¡Buenas tardes, señores! —cortó el coronel, girando con un taconazo para salir hacia las escaleras.

Manuel y Domingo se miraron mientras oían el eco de las enérgicas pisadas sobre los peldaños.

—¡Joder, con los del Ministerio! —soltó el sargento, que había permanecido mudo durante toda la entrevista—. ¿Han oído? ¡Hasta el Caudillo sabe de los sucesos de Puente Real!

—Bien —contestó Domingo—, lo que tenía que pasar ya ha pasado. Y no creáis que lo lamento, de alguna manera siento que me he quitado un gran peso de encima.

—Hasta ahora toda la responsabilidad caía sobre tus hombros. Ahora que apechuguen ellos, y Dios quiera que no aparezca un nuevo cadáver.

—Joder, toca madera —repuso el capitán.

—No, que no ocurra nada más, pero es muy bonito venir aquí a toro pasado y con esos aires de superioridad… —insistió el sargento.

—Venga, basta de cháchara —espetó Domingo—. Tenemos hora y media para recoger todas nuestras cosas y preparar la documentación del caso. Y me gustaría pasar un momento por casa, para contarle las novedades a mi mujer.

—Yo os dejo —anunció Manuel—. Terminaré ese paseo, iré a por mis propias notas y estaré aquí para esa hora.

Domingo asintió y lo siguió con la mirada hasta que salió del despacho. Lo llamó cuando se apoyaba ya en el pasamano de la escalera.

—¡Manuel!

El médico se volvió.

—Gracias por tu defensa. Ha sido valiente…

—E inútil —respondió, con un gesto con el que pretendía quitarle importancia al asunto.

No había bajado cuatro escalones cuando tuvo que detenerse para dejar paso al cabo Guzmán. Este subía sin aliento, encarnado, y las venas de su frente parecían a punto de estallar. Pasó por su lado como una exhalación, subiendo las escaleras de dos en dos, y en cuatro zancadas se plantó en el despacho.

—¡Capitán! No se lo va a creer… ¡Otro! ¡Otro muerto!

La impaciencia le hacía tamborilear con los dedos en el mostrador de recepción del hotel Unión, mientras esperaba que el coronel y el comandante bajaran de sus habitaciones. No había pasado ni media hora desde el final de su entrevista, y la situación había dado un vuelco dramático. Acudió al pie de la escalera cuando oyó las voces de los dos hombres.

—¿Ocurre algo, capitán? ¿Qué es eso tan apremiante que tiene que decirnos?

—Coronel, comandante… Me temo que traigo malas noticias. Tenemos una nueva víctima.

—¿Qué está usted diciendo? —exclamó el coronel con estupor.

—El cabo Guzmán ha sido requerido por un transeúnte, alertado por los gritos en una finca cercana, en la misma carretera de Zaragoza, a doscientos metros de aquí. Ha regresado al cuartel en busca de ayuda en cuanto ha visto lo que había.

—¿Y qué había?

—Un hombre muerto en el pequeño jardín interior de su casa, coronel. Parece que se ha ahogado en una alberca que en verano utilizan como piscina.

—¿Quién es el muerto? ¿Lo conocía? —inquirió el comandante.

—Sí, por supuesto. Se trata de Nazario Palacín, el dueño de una de las imprentas de la ciudad.

—¿Ha pasado usted ya por allí?

—No, coronel. Ha dejado usted muy claras mis atribuciones en la conversación que acabamos de mantener. He mandado por delante al cabo y al sargento para que se hagan cargo de la situación, pero como ve he pasado por aquí para darles aviso. También me he permitido mandar recado a Manuel Vega.

Los dos enviados de Madrid se miraron y asintieron con la cabeza.

—Llévenos a esa casa, capitán.

El cabo Guzmán estaba en la puerta, impidiendo la entrada a los vecinos, que habían oído los gritos de la desesperada esposa. Los primeros curiosos se arremolinaban ya en corrillos engrosados por los pasajeros y acompañantes que esperaban el coche de La Veloz, cuya parada se encontraba en la misma calle, unos metros más adelante. La

aparición del tricornio del capitán bastó para que se abriera un pasillo, por el que accedieron los dos hombres que lo acompañaban, ambos bien trajeados y ataviados con sombrero y abrigo de buen corte.

—El edificio es nuevo —explicó el capitán una vez dentro del zaguán, decorado con cierta ostentación—, cinco o seis años a lo sumo. Al acabar la guerra, Palacín prosperó en los negocios, y eso le permitió construir esta casa en un solar propiedad de la familia.

El capitán llamó al timbre, y al cabo de un instante se abrió la puerta. El sargento Ramírez apareció en el dintel.

—Ah, son ustedes —dijo, a modo de saludo—. Pasen, el juez Garbayo acaba de llegar y está fuera, en el jardín.

—¿Ha llegado ya el doctor Vega?

—Sí, lo he encontrado en la calle cuando venía hacia aquí, hemos venido juntos. Pero se encuentra atendiendo a la esposa del difunto en sus habitaciones, ha sufrido una crisis de ansiedad. Vamos, que se ha desmayado.

—¿Por dónde se sale al jardín? —preguntó el coronel al tiempo que le entregaba su sombrero.

—Por la puerta del fondo —señaló con el índice—, bajo la escalera principal.

El coronel se adelantó, abrió la puerta y salió seguido por el comandante y el capitán. Domingo había oído hablar en el casino de la nueva residencia de Palacín, pero no imaginaba un lugar tan acogedor dentro del edificio. A pesar de que los árboles habían perdido las hojas y estas se arremolinaban sobre la hierba empujadas por el cierzo, las hiedras que trepaban por las paredes mantenían un verdor intenso. Un porche protegía de la intemperie la zona más cercana a la casa, y más allá se extendía una zona cubierta de hierba, con una fuente de alabastro, ya sin agua, y una mesa redonda de hierro pintada de blanco con seis sillas. El jardín estaba rodeado por los muros elevados de edificios contiguos, excepto en el lado más meridional, que debía de ser el lugar por donde entraba el sol del verano. Allí, elevada sobre el terreno, se encontraba la alberca, a la que se accedía por una escalera con balaustrada también de alabastro. En lo alto adivinó la figura del juez, aunque la luz de los faroles que salpicaban el jardín no permitía distinguir los rostros con claridad.

Los dos hombres caminaron con decisión por la hierba y subieron las escaleras. El capitán, que aún no se había acostumbrado a su nueva posición, los siguió indeciso. Sin embargo, el coronel se hizo a un lado y le permitió pasar cuando llegaron a la superficie en la que se abría la alberca, sin duda con la intención de que fuera él quien procediera a las presentaciones. Mientras lo hacía, Domingo tuvo tiempo de echar un rápido vistazo al lugar: el agua de la piscina era de un verde opaco y una capa de hojas podridas cubría la superficie. El cadáver se encontraba sobre el pavimento de barro rojizo junto a una tumbona de lona, cubierto por una manta. Tendió la mano al juez cuando llegó a su lado.

—Aún tengo la esperanza de que esta vez sea un accidente.

—Vana esperanza, Domingo.
—¿Las has visto?
El juez asintió, y el capitán cerró los ojos durante un instante. Un carraspeo de impaciencia a su espalda le hizo reaccionar. Se retiró a un lado.
—Armando, te presento al coronel Mariano Rozas y al comandante Alberto Iglesias. Han llegado esta misma tarde desde Madrid, enviados por el Ministerio, y desde hoy se van a hacer cargo de la investigación.
—Soy el juez, Armando Garbayo.
—¿Qué nos puede decir usted? Al parecer ha sido el primero en llegar.
—No es extraño, vivo dos casas más abajo. Les supongo al corriente de los antecedentes…
—Así es en lo fundamental, en lo que atañe al contenido de los informes que hemos recabado desde el Ministerio. Sin embargo, en Puente Real hemos tenido el tiempo justo para hacer las presentaciones.
—Si les parece, esperaremos a que baje el doctor Vega, que actuará como forense, y después procederemos al levantamiento del cadáver.
—¿Quién lo ha descubierto? ¿Ha sido la esposa?
—Sí. Regresaba algo más tarde de lo habitual de reunirse con su grupo de amigas. Palacín solía esperarla en casa, tras la partida en el casino, pero hoy parecía no haber vuelto. La mujer ha subido al piso de arriba para cambiarse de ropa y, al asomarse a la ventana, ha visto el cuerpo flotando en la alberca.
—Por lo que veo, ya ha inspeccionado usted el cuerpo…
—Se encontraba en el mismo lugar que ahora, ha sido un vecino quien lo ha sacado del agua, al acudir en ayuda de la viuda después de oír los gritos.
—Pero ya ha comprobado la presencia de esas marcas…
—Así es, solo he tenido que descubrirle la espalda. Lo suficiente para saber que estamos ante un nuevo asesinato.
—¿No debería haber esperado usted a la llegada de las fuerzas de la autoridad y del forense?
El juez arrugó el ceño, claramente molesto, pero prefirió no responder.
—¿Y cuáles eran esas marcas?
—Si no le importa, esperaré a que baje el forense para que sea él quien examine el cadáver. La luz es escasa, y no estoy muy seguro de lo que he visto.
El capitán no pudo evitar esbozar una sonrisa, que tampoco debió de pasar desapercibida para el coronel.
—¡Capitán Solís! ¡Retire la manta! —ordenó.
Domingo hizo lo que se le indicaba, y el cuerpo tumbado boca abajo de Nazario Palacín quedó al descubierto. El traje gris que vestía aparecía empapado y cubierto de hojas y de algas verduzcas. El comandante hizo un gesto de desagrado.
—Que alguien avise ya al doctor Vega —pidió el coronel.
El capitán regresó al interior, subió las escaleras y llegó a la planta superior en el

momento en que se abría la puerta de uno de los dormitorios. Una mujer salió de la habitación con una taza entre las manos y se detuvo frente a él.

—¿Está disponible el doctor Vega? —preguntó a la que reconoció como pariente de la viuda.

—Sí, hace un rato le ha dado a Sagrario algún tipo de calmante, y empieza a estar más relajada.

—Me haría usted un favor si le avisara. El juez le reclama.

—Descuide, capitán Solís, yo me quedaré con ella —respondió con gesto compungido, mientras dejaba la bandeja sobre una silla—. ¡Ay, qué desgracia más grande, capitán!

Manuel salió al instante. La expresión de sus ojos lo decía todo.

—Temo pensar en lo que me voy a encontrar.

—Ya lo ha visto Armando, tiene marcas.

Manuel soltó un gemido de desesperación.

—Empiezo a preocuparme de veras, Domingo —confesó mientras bajaban—. Conocía a Nazario.

—¿Habías estado con él recientemente?

—Joder, ayer mismo le llevé mi último artículo para *La Voz*.

—¿Y le notaste algo raro?

—Nada, en absoluto. Estaba contento con la marcha del periódico y me mostró algunas pruebas de imprenta de los dibujos de Ángel.

—Nada que te hiciera pensar en ningún tipo de preocupación, en que fuera objeto de algún tipo de amenaza, de chantaje…

—Nada, Domingo. Todo lo contrario, lo vi más contento que cualquier otro día —dijo, mientras cruzaban el jardín.

Manuel subió las escaleras de la alberca y tendió la mano a los tres hombres que le aguardaban. Luego se sacó unos guantes del bolsillo y se los puso mientras se inclinaba sobre el cadáver. Lo primero que hizo fue palpar la nuca, y al instante su expresión indicó que había descubierto lo que esperaba.

—De nuevo hay un fuerte traumatismo en la base del cráneo. Y por la falta de color azulado en la piel, todo indica que también esta vez esa ha sido la causa de la muerte. Ha debido de ser arrojado al agua después, aunque habrá que comprobar el grado de encharcamiento de los pulmones para confirmarlo.

El coronel no pudo reprimir un gesto que podía ser tanto de admiración como de escepticismo.

—¿Con solo poner la mano sobre el cadáver puede determinar la causa de la muerte?

—La primera valoración me conduce a esa suposición. Las conclusiones definitivas las tendrá usted en mi informe, una vez concluida la autopsia. Pero sí, creo que, de forma parecida a las ocasiones anteriores, el cuerpo fue arrojado a la alberca después de muerto.

Se volvió hacia la parte posterior del cuerpo, y alzó la americana y la camisa, que ya estaba fuera del pantalón. La tela azul aparecía ligeramente manchada de sangre. Se entretuvo soltando los tirantes y dejó al descubierto la base de la espalda. A pesar de la falta de luz, eran evidentes tres cortes paralelos sobre la piel, seguidos por un guión y otros tres cortes que dibujaban un cuatro.

—Que alguien tome nota, por favor. Será necesario para el informe —pidió.

—Ahí lo tienen —dijo el juez—. ¿Estas marcas tampoco tienen ningún significado para ustedes?

—Le aseguro que han pasado por las manos de nuestros mejores expertos. Se han hecho consultas a otras policías a través de algunas embajadas, y no hay antecedentes. Todos coinciden en que parece tratarse de un código que solo conoce el criminal.

—¿Qué sentido tiene tomarse la molestia de grabar estos mensajes, si nadie puede comprender su significado? —se preguntó el juez.

—Estamos aquí para averiguarlo —respondió el comandante—. En cuanto el forense haga la primera inspección y se levante el cadáver, comenzaremos con los interrogatorios. La viuda en primer lugar.

Manuel levantó la cabeza.

—No creo que la pobre mujer esté en condiciones de responder ahora a sus preguntas.

—Será necesario…

—Insisto, le he administrado un sedante, lo que necesita es descansar.

—Doctor Vega, está usted aquí como forense. Limítese a llevar a cabo su trabajo como tal —cortó el coronel—. Con ese tipo de contemplaciones no es extraña la ausencia de resultados en la investigación.

El médico pareció indiferente a la reconvención, enfrascado ya en lo que parecía una lucha con la mano cerrada del cadáver.

—Tiene algo en el puño —anunció, con una mueca por el esfuerzo—. Pero no puedo sacarlo, el rigor cadavérico… lo impide.

El capitán se agachó junto a él. Pidió a Manuel que sujetara la muñeca del impresor y trató de abrir los dedos con las dos manos. Lo consiguió solo en parte, aunque lo suficiente para extraer un objeto que alzó a la luz.

—Es una moneda, una peseta —anunció ante la sorpresa de todos.

—La otra mano también está cerrada —observó el médico, pasando por encima del cadáver.

El capitán se agachó para repetir la operación, pero en esta ocasión tuvo que emplearse a fondo para liberar el objeto que se ocultaba entre los dedos.

—¿Qué coño es eso? —exclamó el comandante cuando Domingo lo alzó.

El capitán se acercó a una farola y sostuvo el objeto de metal entre el pulgar y el

índice. Le dio la vuelta varias veces hasta que estuvo seguro.

—Es un tipo de imprenta. Una uve mayúscula.

—¿Tan grande? —se extrañó el coronel.

—Yo diría que es la uve de la cabecera de *La Voz* —dijo Manuel, aturdido.

Capítulo 17

Domingo, 20 de noviembre de 1949

Aunque acababan de dar las cuatro en la Casa del Reloj, Manuel encendió la luz del escritorio. Los días lluviosos de otoño, como aquel, siempre le habían puesto melancólico, pero aquella tarde de domingo la sensación que atenazaba su estómago iba más allá, hasta hacerle sentir algo parecido a la náusea. Para disgusto de Carmencita, una vez más apenas había probado bocado. Llevaba casi desde el mediodía copiando una y otra vez aquellos grupos de signos, que ya sumaban cinco. Los recordaba de memoria, hasta en sus más mínimos detalles, y de nuevo cogió la estilográfica y arrancó una hoja de la libreta que reposaba a un lado. Aunque era algo que ya había repetido decenas de veces, los volvió a escribir, esta vez en orden creciente, según los primeros caracteres que a todas luces eran números romanos.

II-3 Engracia
III-4 Nazario
VI-1 Hipólito
VI-2 Herminio
VII-1 Margarita

Había pasado horas ante una lista como aquella y sabía que no iba a encontrarle sentido. Probó ordenándolos de nuevo según el orden de aparición.

II-3 Engracia
VI-2 Herminio
VI-1 Hipólito
VII-1 Margarita
III-4 Nazario

Comprobó que en las dos listas Engracia ocupaba el primer lugar y era precisamente la única con la que apenas había mantenido relación personal antes de su muerte, si es que el trato lejano con Herminio, tantos años atrás, podía considerarse como tal. Rodeó su nombre con un lápiz rojo pero, al cabo de unos minutos, eran los trazos rojos provocados por la ira contra sí mismo los que cubrían todo el papel, en movimientos caóticos y sin sentido.

Sacó su bloc de notas, arrancó otra hoja y volvió a copiar los cinco epígrafes. Después colocó al lado de cada uno, de forma resumida, las circunstancias que habían rodeado el hallazgo de los cadáveres.

II-3 Engracia En el río. Serpiente en el sexo. Pezones lacerados.
VI-2 Herminio Atado a la noria. Lengua cortada.
VI-1 Hipólito En la torre. Carbón ardiendo en la boca.
VII-1 Margarita Caída del caballo. Sin golpe en la nuca.
III-4 Nazario Alberca. Moneda y tipo de imprenta en la mano.

Así, en hileras, aquello tenía el aspecto de una serie de castigos bíblicos. Había consultado la Biblia, teniendo en cuenta las referencias numéricas de la izquierda, y no había hallado sino citas inconexas, a las que no había conseguido encontrar sentido. Sin embargo, de nuevo experimentaba una sensación extraña. Por un instante fue presa de una excitación pasajera, como si algo le estuviera pasando por delante de los ojos y no fuera capaz de verlo. Trató de aprehender esa sensación, releyendo la lista de crímenes, pero solo sintió un escalofrío que le recorrió la espalda, al recordar que las atrocidades que tenía ante sus ojos habían ocurrido en aquella misma ciudad, y las víctimas habían sido personas de su entorno, su propia esposa entre ellas.

—¿Qué te había hecho Margarita, hijo de puta? —se sorprendió diciendo con rabia, al tiempo que pegaba un puñetazo sobre la mesa.

La estilográfica cayó al suelo, y Manuel enterró la cara entre las manos. Al cabo de un minuto, apartó el sillón y se levantó. Se dirigió al tocadiscos y se entretuvo buscando entre los discos que reposaban en el estante próximo. Escogió el *Concerto Grosso*, de Arcangelo Corelli, dejó caer la aguja en el borde y se sirvió una copa de coñac. Después, con el sabor del licor en los labios, se acercó a la ventana. Llovía ligeramente, y la calle estaba prácticamente desierta, a pesar de que era domingo, o quizá por ello. Solo la música del *adagio* rompía el silencio de la casa, y una tristeza lacerante se apoderó de él al recordar a Margarita junto a Carmen unas semanas atrás, escuchando las transmisiones de radio en la habitación contigua, el murmullo de su conversación, sus risas incluso, algo que jamás se repetiría.

El timbre de la puerta evitó que diera salida a las emociones que pugnaban por brotar en forma de lágrimas. Oyó los pasos de Carmen, las voces en el vestíbulo, y se sacó el pañuelo del bolsillo para enjugarse los ojos. Al menos, el lagrimeo que padecía le estaba resultando un aliado útil en las últimas semanas.

La puerta se abrió un instante más tarde, y Ángel pidió permiso para pasar. Un olor acre pero agradable, a humo de leña, invadió la biblioteca, y el campanero notó el gesto apenas perceptible.

—Lo siento, Manuel, es que allá arriba empieza a hacer un frío de mil demonios.

—Deberías ir pensando en buscar una vivienda en condiciones, ¿no te parece? No he estado nunca en la torre, pero me imagino que calentar aquello debe de resultar complicado. Un invierno entero con el cierzo entrando por cualquier hueco, y no te librarás de una neumonía. Pero pasa, siéntate. Le pediré a Carmen que suba ya el café.

—Se ha quedado con la carpeta que traía, la está secando. Al final, de la catedral

aquí ha acabado empapada.

Manuel asintió, sin prestar demasiada atención. Aunque aquellos dibujos eran lo único que había conseguido atraer su atención desde la muerte de Margarita, también el interés por ellos había pasado a un segundo plano. Salió al rellano y se asomó a la balaustrada.

—¡Carmen! —llamó.

La voz de la muchacha llegó desde la cocina, y al instante su rostro apareció en el hueco de la escalera.

—Carmen, prepara ya ese café, por favor.

—Ahora mismo, don Manuel —dijo, mientras regresaba a la cocina.

—Para ti también.

La muchacha se detuvo, con cara de no haber oído bien.

—Sí, que subas una taza más para ti.

—Como usted quiera… —respondió, con un gesto de extrañeza.

Manuel volvió a la biblioteca y comprobó que Ángel lo esperaba de pie, junto al tocadiscos. Se acercó al escritorio, recogió la estilográfica del suelo, arrugó en un puño las hojas que acababa de emborronar y las arrojó a la papelera. Luego cruzó la habitación, cambió el disco y se asomó de nuevo a la ventana, mientras la música comenzaba a sonar.

—La *Misa de Madrid* de Scarlatti le vendrá bien una tarde triste como esta —declaró mientras corría las cortinas y encendía la lámpara de pie de la esquina—. Me deprimen los días de lluvia.

—A mí me gustan. Desde siempre —explicó Ángel cuando se sentaban—. Me encanta el olor a tierra mojada, el sonido del agua al caer de los tejados… En días así disfruto con un libro entre las manos.

—Vas a tener que enseñarme a soportar la soledad.

—Lo primero que tiene que hacer es empezar a apreciarla. Le aseguro que es más fácil disfrutar de ella en esta biblioteca, escuchando música como esta… que en una torre.

—Es verdad, discúlpame. No tengo derecho a quejarme.

—No, no, Manuel, no he querido decir eso… —se corrigió—. Es solo… que en cierto modo envidio su forma de vida.

—Y yo insisto en mi opinión sobre tu alojamiento.

—No se preocupe, nunca he pensado que aquel vaya a ser un lugar definitivo para vivir. Pero tampoco podía exigir, recién llegado, una vivienda propia al Cabildo, sabiendo que en la ciudad hay familias con varios hijos que viven en cuevas, hacinados como animales. Además, en esa torre han vivido los campaneros con sus familias durante generaciones.

El médico lo miró, pensativo.

—Antes de morir Nazario… había pensado que la publicación de tus dibujos podría proporcionar algunos beneficios, lo suficiente para costear la renta de una casa

sin muchas pretensiones.

—No se preocupe, Manuel. Todos estos años me he ganado bien la vida, y lo que tengo ahora es lo que buscaba.

Los dos volvieron la cabeza a un tiempo cuando Carmen entró en la biblioteca portando una amplia bandeja, que depositó en la mesa de centro.

—Siéntate, Carmencita —dijo Manuel.

La joven hizo lo que le indicaba y se acomodó en el sillón del extremo opuesto, con las piernas hacia un lado en un gesto muy femenino, aunque enseguida se las cubrió con el delantal blanco. Después, ella misma se encargó de servir el café, mientras mantenían una conversación intrascendente llena de formalismos. Estaban apurando sus tazas cuando Manuel se irguió en el sillón, para sentarse justo en el borde.

—Bien, Carmen. Te preguntarás por qué te he pedido que subas a tomar el café con nosotros…

Ella alzó las cejas en un gesto muy expresivo.

—Sé que las últimas semanas también han sido duras para ti. Y tú sabes que la situación en la casa tras la muerte de Margarita no puede mantenerse mucho más tiempo. Han pasado solo dos semanas, pero, de seguir así, pronto comenzarán las habladurías.

Carmen bajó la mirada, consciente de la realidad de las palabras de don Manuel.

—Es momento de pensar en alternativas… y la primera es que reabras la casa de tu familia y vengas aquí solo el tiempo necesario para realizar tus tareas, quizá por las mañanas.

La muchacha asentía, con la resignación dibujada en el rostro.

—No hay que decir que, después de tantos años en esta casa, tu asignación se mantendría.

—Es usted muy generoso.

—No, no lo soy. Solo correspondo a la entrega y a la fidelidad que has mostrado hacia nosotros durante todo este tiempo.

Los ojos de Carmen habían comenzado a anegarse, y durante un instante nadie dijo nada más. Fue Ángel el que rompió el silencio.

—No soy quién para meterme en esto… —dijo con tiento—, pero ¿ha hablado de otras alternativas?

—En realidad son remotas. La única posibilidad de que pudiera permanecer aquí es que tuviera un novio formal… que anunciara su compromiso. De esa manera no habría lugar a malentendidos. Pero, que yo sepa, hasta ahora Carmen ha cerrado las puertas a todos sus pretendientes.

Pronunció la última frase de modo casual y, aunque sus ojos en apariencia se mantenían fijos en el poso del café que seguía removiendo con la cucharilla, no se le escapó la mirada que intercambiaron sus dos acompañantes, ni el intenso color rojo que adquirieron las mejillas de la joven.

—En cualquier caso, no es algo que hayamos de decidir hoy o mañana —continuó—. Simplemente quería plantear el asunto porque debemos pensar en ello, aunque podemos darnos unas semanas de margen.

Manuel se levantó y se acercó a la vitrina. Abrió las puertas, sacó dos copas y cogió la botella de coñac de la mesa auxiliar.

—¿Has dicho que has traído nuevos dibujos?

—Sí, se han quedado abajo —contestó Ángel, que hizo ademán de levantarse.

—No, no te molestes, yo bajaré —dijo Manuel, deteniéndolo con una mano sobre su pierna, al tiempo que se levantaba—. Tengo que subir unos papeles de la consulta, así aprovecho el viaje.

—Es la penúltima tanda. Creo que ya solo me quedan seis dovelas por dibujar. Dentro de una semana tendrá usted todo el trabajo terminado.

—¡Eso es excelente! —exageró Manuel, desde la puerta—. Lástima lo de Nazario… Pero servíos otro café, yo tardaré un momento, quiero consultar unos datos en los archivos de la clínica.

Manuel descendió las escaleras y no pudo evitar un estremecimiento al pasar ante la imagen de santa Ana, ya sin los cirios que Margarita solía mantener encendidos. Se prometió que volvería a encenderlos en cuanto tuviera ocasión, pero lo pensó mejor y se detuvo en el descansillo. Cogió la caja de cerillas que su esposa guardaba en uno de los cajones y pasó los minutos siguientes prendiendo la mecha de las velas y disfrutando del olor de la cera. No tenía prisa alguna. La decisión de bajar solo obedecía al deseo de dejar a solas a la pareja, y por eso se había asegurado de cerrar la puerta de la biblioteca al salir. Cuando llegó al vestíbulo vio la carpeta, ya seca del todo, apoyada en uno de los divanes. La cogió y caminó con ella hasta la consulta. El ejemplar de aquella semana de *La Voz de Puente Real* permanecía sobre la mesa a medio leer, y decidió repasarlo para hacer tiempo. La muerte de Margarita había impedido que publicara su artículo sobre temas de salud, pero en su lugar aparecía una amplia referencia al accidente, y una semblanza de su figura con continuas referencias a él mismo. En el obituario destacaban asimismo varias esquelas con su nombre, que solo por unas horas no habían coincidido con las que recordaban a Alfonso en el primer aniversario de su muerte. El periódico se leía pronto, y optó por prolongar la espera examinando los dibujos de la carpeta. Con solo abrirla, al toparse con el primero de ellos, sintió renacer todo el interés por el trabajo de Ángel. Era una escena que representaba la Resurrección de los muertos, con tres personajes envueltos en sudarios que levantaban las tapas de sus ataúdes, posiblemente dispuestos a comparecer en el Juicio Final. En la siguiente, también correspondiente al cielo, dos personajes con aureola de santidad conversaban sentados en un banco. La tercera, en cambio, correspondía sin duda al infierno, a juzgar por las dos figuras demoníacas que sujetaban por los dos brazos a una condenada. Lo primero que le llamó la atención fue el rostro resignado de la pecadora, pero, cuando bajó la vista por su cuerpo, sintió que una fuerte conmoción lo sacudía. La luz era escasa y,

temiendo que su vista lo engañara, encendió la lámpara de pie que iluminaba el escritorio vacío. Cogió el dibujo, lo extendió bajo el haz y, con la respiración acelerada, tomó asiento al sentir un temblor repentino en las piernas. Se sacó el pañuelo para limpiarse los ojos y centró la mirada en la reproducción. Allí, ante él, una serpiente esculpida en piedra se enroscaba en una de las piernas de la condenada desde el tobillo hasta el sexo, aunque no estaba claro si lo mordía o simplemente trataba de introducirse en él. Pero no eran los únicos animales que aparecían en la escena porque, agarrados a los pechos, aparecían lo que parecían ser dos ratas sin cola, grandes sapos quizá[Fig. 15]. No pudo evitar visualizar de nuevo la imagen de Engracia sobre la mesa de necropsias, real y vívida.

—¡Dios mío! —exclamó con voz queda.

Recordaba haber visto aquella dovela en la Puerta del Juicio en alguna ocasión, pero la distancia desde el suelo y sus ojos siempre llorosos le habían impedido reparar en los detalles. Contemplarla allí, reproducida ante él con toda exactitud, suponía una revelación. Lo primero que hizo fue repasar el resto de las láminas de la carpeta, pero ninguna contenía lo que había esperado ver. El resto de los dibujos se encontraban en la biblioteca, junto con los libros que hablaban de la Puerta del Juicio, y sintió la imperiosa necesidad de ir en su busca.

Mientras subía por la escalera con la carpeta bajo el brazo ansioso por revelar su descubrimiento, su mente trabajaba afanosamente. Lo primero que reconsideró fue hablar de aquello en presencia de Carmencita. Quizá ni siquiera fuera buena idea contárselo a Ángel, al menos sin esperar a que el capitán Solís estuviera al corriente. Porque si algo tenía claro era que Domingo iba a ser el primero en saber aquello, y no los dos prepotentes inspectores recién llegados de Madrid. Pero antes tenía que hacer varias comprobaciones fundamentales, y eso solo podía hacerlo en la biblioteca. Entró sin llamar, y una cierta sorpresa sustituyó a la sonrisa que se dibujaba en el rostro de ambos al abrir la puerta.

—Ya estoy aquí, perdonad la tardanza —se excusó, mientras iba directamente al escritorio del rincón.

El disco había terminado y, sin duda, uno de los dos se había levantado, porque el tocadiscos se encontraba ahora apagado. Carmen había recogido las tazas en la bandeja y se puso en pie.

—Bajaré esto a la cocina —dijo, al tiempo que la tomaba.

—Yo también me iré, en ese caso —anunció Ángel, incorporándose.

Manuel apenas les prestó atención. Notablemente nervioso, ojeaba el trabajo sobre la Puerta del Juicio que el archivero le había hecho llegar diez días atrás. Pasaba las hojas con la yema del pulgar, hasta que se detuvo y volvió atrás cuando encontró lo que buscaba. Extendió el texto encima de la mesa y leyó deprisa, tratando de captar lo fundamental, y sí, allí estaba. La escena que acababa de ver dibujada correspondía al pecado de la lujuria, mediante el habitual recurso de representar el castigo al órgano con el que se había pecado.

—Manuel —volvió a llamar el campanero—, le decía que me voy ya. Si no nos vemos antes, la próxima semana tendrá todos los dibujos.

—Ah, sí, sí, excúsame, solo estaba comprobando un detalle. ¿De verdad no quieres quedarte un rato más? —preguntó con falsa cortesía.

—No, está lloviendo con fuerza y quiero revisar algunas goteras de la catedral. Si no estoy al tanto, podrían verse dañados algunos elementos valiosos. Además, hoy tendré que subir al campanario para llamar a misa de ocho; la cuerda que usaba para tocar desde abajo se ha partido y hasta mañana no podré cambiarla.

—Claro, en domingo la cordelería estará cerrada —observó—. Vuelve cuando quieras, pero no tardes una semana. Tenemos que seguir hablando.

—¿Está usted bien, don Manuel? —preguntó Carmen antes de salir, con aire de inquietud.

—Sí, sí, perfectamente. No te preocupes, solo estoy un poco alterado —trató de tranquilizarla, aunque no pudo evitar reflejar su impaciencia.

Lo primero que hizo cuando la puerta se cerró tras ellos fue coger la abultada carpeta que contenía todos los dibujos que Ángel había ido entregándole. En ningún otro lugar podría apreciar con tanto detalle las dovelas de la Puerta del Juicio y, por suerte, solo quedaba media docena por entregar. Quizás allí se ocultara la clave del resto de los asesinatos. La abrió en el centro de la mesa y con manos trémulas empezó a pasar las láminas, apartando en un montón a su izquierda las correspondientes a las escenas del cielo. Del centenar y medio de dibujos acumulados en aquellos meses, poco más de cuatro decenas correspondían al infierno, y en ninguno de ellos encontró una relación directa con alguno de los asesinatos posteriores. Decepcionado, cerró la carpeta. Quizá se había precipitado en sus suposiciones, y la aparición de aquella escena de la Puerta del Juicio no era más que una simple casualidad: después de todo, la representación del castigo de la lujuria utilizando a la serpiente bíblica debía de ser algo bastante extendido a lo largo de la historia del arte.

Cerró la carpeta y abrió de nuevo el libro sobre la Puerta del Juicio. Buscó en las primeras páginas, donde recordaba haber visto una fotografía a doble página de la portada al completo. La parte correspondiente al infierno se encontraba a la derecha, pero el tamaño de las dovelas era demasiado pequeño para apreciar los detalles. Recordó que tenía una buena lupa en la mesa de la consulta, la misma que utilizaba para examinar con detalle las lesiones de la piel de sus pacientes. No dudó ni un instante: bajó las escaleras sin pararse a encender la luz, entró en lo que un día fue la clínica más reputada de Puente Real, tanteó bajo el tablero del escritorio y sus dedos tropezaron al instante con una pequeña llave dorada que colgaba allí. Abrió el segundo cajón del escritorio y sacó la lupa. Sin detenerse para cerrar el cajón ni para guardar la llave, subió de nuevo, cerró la puerta de la biblioteca y se sentó a la luz de la lámpara, que se proyectaba sobre la imagen de la portada. Buscó la escena de la serpiente y la encontró en la tercera dovela de la segunda arquivolta.

Todo cobró sentido en aquel instante. II-3, la señal marcada en el cuerpo de Engracia. Segunda arquivolta, tercera dovela. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Había tenido la respuesta ante sus ojos todo el tiempo y no había sabido interpretarla.

Indignado consigo mismo, buscó la pieza correspondiente a las marcas del cadáver de Herminio. La segunda dovela de la sexta arquivolta representaba a un demonio que manejaba una rueda, a la cual aparecían atadas las lenguas de los pecadores[Fig. 16]. Trató de buscar la interpretación en las páginas del estudio, pero lo único que hizo fue perder la página de la imagen de la portada. Irritado, la buscó de nuevo y, con cuidado, la arrancó para dejarla entre su pecho y el libro. Descubrió que su autor había hecho un trabajo sistemático de interpretación, y había ordenado las dovelas según un sistema muy similar, aunque había numerado las arquivoltas utilizando los caracteres arábigos en lugar de los romanos. Eso le permitió localizar con facilidad la dovela VI-2, para descubrir que aquella rueda, por la que los condenados entraban y salían del agua, representaba el castigo a la maledicencia, el perjurio y la mentira.

Solo tuvo que retroceder una página para descubrir la interpretación de las señales de mosén Hipólito. La dovela VI-1 mostraba a un demonio que obligaba a ingerir algo al condenado. Según el autor del estudio, la escena correspondía al pecado de la gula, aunque, en relación con otras dovelas similares, en las que el condenado se veía forzado a ingerir objetos incandescentes hasta abrasarse la lengua, podía referirse de igual manera al perjurio[Fig. 17].

El corazón le latía desbocado cuando pasó las páginas para llegar a la séptima arquivolta. Allí estaría sin duda la marca que había lacerado la piel de Margarita. No se sorprendió al ver un caballo, pero sobre él no había un pecador desprovisto de ropa como en las anteriores, sino un caballero ataviado con la indumentaria de un guerrero medieval. Eso sí, en la grupa cabalgaba un demonio que apoyaba la mano en el escudo del jinete, y a los pies del caballo corrían dos cabras y una oveja. Con curiosidad leyó la interpretación: «… otros autores ven en esta dovela la representación del pecado de la soberbia personificado en un caballero que abusa de su poder para arremeter contra la propiedad de su prójimo y arrebatarle el ganado. Según esta teoría, le escena muestra cómo el demonio sentado a la grupa conduce al jinete al infierno para hacerle pagar por su pecado[Fig. 18]».

Sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas y se vio forzado a dejar de leer, desbordado ante la evidencia. Mientras se secaba los ojos con el pañuelo, sintió nacer en su interior un temor hondo, procedente de una intuición que no deseaba que cobrara fuerza. Por eso se centró en la última marca, la que presentaba Nazario Palacín en la espalda. Miró el dibujo de la portada, localizó con la lupa la cuarta dovela de la tercera arquivolta y descubrió a un pecador al que dos demonios arrojaban al agua. La interpretación del autor relacionaba el castigo con el pecado de la avaricia[Fig. 19].

Realmente no quería pensar más. Sabía que, si lo hacía, habría de descubrir una

realidad dolorosa y cruel, capaz de herirlo en lo más hondo, más incluso que las muertes de Margarita y Alfonso. Pero la pregunta a la que no quería responder pugnaba por abrirse paso, una y otra vez. Con los codos apoyados en la mesa, se sujetó la cabeza entre las manos y cerró los ojos, sintiendo la presión de la sangre en las sienes. Acababa de descubrir el código que el autor de aquellas muertes había estado utilizando y quería darse una oportunidad antes de responder a la pregunta que habría de revelar su nombre. Aunque la certeza se abría paso con más fuerza a cada instante, se obligó a actuar de forma racional. Con ello ganaría tiempo antes de afrontar aquella realidad que aún se negaba a aceptar y, si tenía que hacerlo, lo haría sin vacilar. Se levantó y salió de la biblioteca, caminó hasta su dormitorio y abrió un pequeño cajón de la cómoda. Sabía que Margarita guardaba allí una cajita repleta de alfileres, con cabeza nacarada unos, negra otros. La cogió y regresó a la biblioteca, sin olvidarse de cerrar la puerta tras de sí. Acercó un sillón, tomó la fotografía de la Puerta del Juicio y la depositó en el asiento, sujetando los extremos con cuatro alfileres. Después abrió la carpeta de los dibujos de nuevo y, de uno en uno, con la ayuda de la lupa, fue localizándolos en la portada, para clavar sobre cada dovela una de aquellas agujas de cabeza blanquecina.

A medida que se acercaba al final de la carpeta y toda la imagen empezaba a cubrirse de puntos blancos, la sospecha inicial fue convirtiéndose en convicción, y después, cuando todos los dibujos estuvieron marcados, en certeza.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible? —se lamentó, desesperado.

Quedaban siete huecos sin perforar con alfileres blancos, y las cinco dovelas marcadas en los cadáveres estaban entre ellos.

—¿Por qué no las has dibujado? —preguntó en voz alta, con un rictus de dolor en los labios—. ¿Eres tú el asesino, hijo de puta?

Cogió cinco alfileres negros y los clavó en los cinco lugares cuya localización conocía ya de memoria. Pero todavía quedaban dos dovelas sin marcar. Utilizando el código del asesino, correspondían a la III-3 y a la V-6. Se incorporó en la mesa y buscó su interpretación en el libro: la primera se refería al pecado de la pereza y la desidia[Fig. 20]; la segunda representaba el perjurio[Fig. 21].

—¿Aún te quedan dos, cabrón? —dijo de nuevo en voz alta—. Y yo soy uno de ellos, ¿no es cierto? Me has dejado para el final…

Manuel movió la cabeza para uno y otro lado, incapaz aún de asimilar lo que ya resultaba incuestionable, pero también indignado consigo mismo. Unos minutos antes estaba animando al asesino de su mujer a anunciar su compromiso con Carmen e incluso, aunque eso no se lo hubiera dicho todavía, había pensado cederles la última planta de la casa para que establecieran allí su primer hogar. Sintió un escalofrío.

La luz de la biblioteca quedó encendida cuando Manuel salió al rellano. Bajó las escaleras muy despacio, con los brazos pegados al cuerpo, dejando caer el peso de su

cuerpo en cada peldaño. Carmen debía de estar en su dormitorio de la segunda planta, porque no había luz en la cocina. Atravesó el vestíbulo, cogió el abrigo del perchero y también su sombrero gris. Antes de salir a la calle entró en el consultorio, abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un estilete afilado que se guardó en el bolsillo. Chispeaba cuando se asomó al exterior, pero no pensó en volver a buscar el paraguas. La puerta se cerró con un suave chasquido y echó a andar en dirección a la plaza de los Fueros, sumido en sus pensamientos y sin atender al saludo del par de vecinos con los que se cruzó.

—¡Doctor Vega! —oyó gritar a su espalda.

A pesar del tono apremiante de la voz, creyó reconocer el timbre de uno de los cabos de la Guardia Civil. Detuvo sus pasos y se volvió. En efecto, el cabo Guzmán acababa de rebasar la puerta de su casa y corría hacia él.

—¡Gracias a Dios que lo encuentro! —masculló, respirando con la boca abierta.

Se echó la mano al costado, tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué ocurre, cabo? —aprovechó para preguntar el médico.

—¡Otro! ¡Otro muerto!

Manuel lo miró, inexpresivo.

—Respira, muchacho —dijo—. Tranquilízate.

—Es don Francisco Villanueva, el notario.

Manuel cerró los ojos un instante, asintiendo.

—Lo han echado en falta a primera hora de la tarde. El director del Crédito Navarro ha acudido a la notaría y nadie abría la puerta. Pero no ha sido hasta hace un rato, cuando la han echado abajo, cuando ha aparecido el cuerpo. Ya están todos allí, esos dos fantasmas de Madrid y el capitán, que me ha enviado en su busca.

—¿Algo extraño en el cadáver?

—Joder, ¡qué le falta la mano derecha! Y otra vez esas marcas, yo mismo las he visto.

—Una V y un 6…

El cabo abrió los ojos desmesuradamente.

—Coño, ¿cómo lo sabe?

—No importa —se limitó a responder, con un gesto de la mano—. Regresa y dile a Domingo que iré en cuanto pueda.

El cabo Guzmán se quedó plantado en medio de la acera con cara de no entender nada, mientras el médico doblaba la esquina y enfilaba la calle del Mercado, en dirección a la catedral. Al hacerlo sonaron en la Casa del Reloj las dos campanadas de las siete y media.

Contra la luz de la farola, el chirimiri parecía mucho más intenso cuando Manuel llegó a la Puerta del Juicio y alzó la vista para contemplar las figuras esculpidas en la piedra. Le costó un instante dar con la tercera dovela de la segunda arquivolta, pero

allí estaba, como lo había estado en los últimos ochocientos años, la figura de la mujer atormentada a causa del pecado de lujuria. Durante cuatro meses había pasado bajo aquella portada, y ni por asomo se le había ocurrido pensar que la clave a todas sus preguntas estuviera en ella.

El portón exterior se hallaba abierto, pero no así las dos puertas interiores que daban acceso al trascoro. Empujó la de la derecha y, al instante, le asaltó el familiar y agradable olor de la cera y el incienso, al tiempo que llegaba a sus oídos el murmullo de las letanías de las mujeres que rezaban el rosario, sin duda en la capilla de Santa Ana. En aquel momento, por encima de su cabeza empezó a sonar la campana, llamando a misa de ocho. En la penumbra del trascoro contó mentalmente los cuarenta tañidos, seguido de uno más espaciado de los anteriores que señalaba el primer toque. Salvó la distancia que lo separaba de la puerta de la torre sur y accionó la manivela. Para su sorpresa, la portezuela se abrió, y el inicio de la escalera de caracol apareció ante sus ojos bajo el tenue resplandor de las luces del templo. Había considerado aguardar hasta que acabara la misa, pero aquella puerta abierta representaba la oportunidad que había estado esperando desde que conociera al campanero. La providencial rotura de la cuerda de la campana le aseguraba que Ángel permanecería en lo más alto de la torre hasta el tercer toque, al menos veinte minutos más tarde.

A pesar de la zozobra que lo invadía, la curiosidad acabó imponiéndose. Decidió no esperar más y pisó el primer escalón. La oscuridad se hizo total cuando cerró la puerta tras de sí, pero inició el ascenso tanteando con el pie y apoyando ambas manos en las paredes del estrecho hueco. Calculó que habría dado un giro completo cuando percibió cierta claridad: procedía de una estrecha tronera a través de la cual se filtraba la luz de la misma farola que le había deslumbrado un momento antes, en el exterior. Siguió ascendiendo hasta que llegó a una angosta portezuela metálica, a la que se accedía salvando dos escalones elevados. La empujó, y esta cedió con un agudo chirrido. Al atravesarla, se encontró en el exterior.

A su derecha, al alcance de la mano, estaba el enorme rosetón de la fachada principal, ante el cual discurría un pasillo que conducía al lado opuesto. Comprendió que se hallaba sobre la misma Puerta del Juicio, protegido de la lluvia por un enorme arco apuntado que enmarcaba la vidriera. Se asomó a la barandilla metálica que protegía el paso y de nuevo vio la farola, varios metros por debajo de sus pies. En la calle, ajena a los ojos que la observaban desde lo alto, se aproximaba a la catedral una de aquellas beatas con mantilla negra que llegaba demasiado pronto a la misa o demasiado tarde al rosario. Se inclinó por lo segundo al ver el paso apresurado con que avanzaba por la estrecha calle del Juicio, aunque su ligereza bien pudiera deberse a la lluvia que seguía cayendo.

Sin soltar el pasamano pasó por delante del rosetón, admirando la perfección de los esbeltos radios esculpidos en piedra que convergían en un círculo central tallado con la misma maestría. El balconcillo, estrecho y prolongado, terminaba en el

extremo opuesto de la vidriera y abocaba a un pasadizo de varios metros de longitud, tan angosto que obligó a Manuel a caminar de lado para atravesarlo. En su interior tuvo que salvar cinco suaves escalones y, cuando lo hizo, se encontró sobre una enorme superficie cubierta con amplias losas de piedra. Comprendió que estaba en el tejado de la nave del evangelio. El escenario que se dibujaba ante sus ojos era magnífico. Frente a él, enmarcado por un soberbio arco apuntado que servía de contrafuerte, se abría un lucernario circular en el crucero. A su derecha se elevaban los muros de la nave principal, con los amplios y esbeltos ventanales góticos, a través de los cuales se filtraba la tenue luz del interior del templo, la única que proporcionaba cierta claridad al lugar. Avanzó unos pasos por aquel enlosado apenas inclinado hasta que alcanzó el borde, desde el que contempló el suelo mojado de la plaza Vieja, una quincena de metros más abajo. Se entretuvo solo un instante, porque la puerta que realmente buscaba se encontraba frente al acceso, en la base de la enorme torre del campanario. La luz se colaba por las grietas de la madera envejecida, y Manuel supo que estaba en la entrada de la vivienda de Ángel. Acercó el ojo a una de las rendijas y escrutó el interior. El ángulo de visión no le permitía observar toda la estancia pero, como imaginaba, allí no parecía haber nadie. Se decidió a tirar de la manilla y la puerta, bien engrasada, se abrió hacia él sin el más leve quejido.

Lo primero que pensó al atravesar el hueco en el grueso muro fue que el campanero tendría que pasar por allí totalmente encorvado. Accedió a una estancia amplia de forma cuadrangular, que no era sino la base del campanario. Hacia lo alto, la vista se perdía en la oscuridad, aunque a más de diez metros de altura se adivinaba el suelo del siguiente piso de la imponente construcción. La única luz procedía de una pequeña bombilla que colgaba del cable a más de dos metros de altura, aunque sobre una mesilla, junto a la cama, había una pequeña lámpara. No le sorprendió ver, al frente, una estantería con las baldas dobladas por el peso de los libros que se acumulaban sobre ellas. El resto del equipamiento estaba compuesto por un fregadero de piedra, una alacena y una cocina económica que en aquel momento se encontraba encendida, aunque la temperatura en el interior difiriera poco de la que había en la calle. Quizás ese era el motivo de que, muy cerca de aquella fuente de calor, hubiera un pequeño sillón de mimbre con un cojín de tela y un libro abierto sobre él.

Había avanzado dos pasos hacia la estantería cuando lo sobresaltó el sonido de las campanas. Sin mirar al reloj, supo que eran las ocho menos diez. Invirtió el minuto siguiente en ojear algunos libros y comprendió que aquella pequeña colección nunca había sufrido los rigores de la censura, ni siquiera la visita del deán o del archivero, quienes no hubieran dudado en requisar gran parte de aquellas lecturas. Buscó a tientas por encima de los libros y los desplazó, sin saber bien lo que buscaba. Tal vez tratara de encontrar algo que diera respuesta a los interrogantes que aún se agolpaban en su mente aturdida, pero sin duda aquella zozobra no terminaría hasta el momento en que se enfrentara al hombre que en ese momento tocaba las campanas, treinta

metros por encima de su cabeza, el mismo hombre al que había ofrecido su amistad, el hombre que había asesinado a su esposa. De forma inconsciente, las yemas de sus dedos tocaron el acero helado del estilete que llevaba en el bolsillo del abrigo.

Pensó en aquel asesino frío y calculador, tumbado en aquella cama, pergeñando su próximo crimen. Lo imaginó después de cometerlos, con la vista perdida en aquel hueco negro, reproduciendo en cambio en su mente la imagen de los cortes en la piel de sus víctimas. Quizás era lo que había ocurrido por última vez aquella misma tarde, tras el asesinato del notario, solo unas horas antes de acudir a su casa para compartir con él café, conversación… y la compañía de Carmencita.

No sintió repulsión al sentarse en el borde de la cama donde dormía aquel desalmado, sino un irresistible deseo de ponerse en su piel, de comprender los motivos que podían llevar a un hombre a degradarse hasta el extremo, de forma tan inhumana como lo había hecho Ángel Expósito. Era el mismo deseo que lo había empujado hasta allí, sin dar aviso al capitán, que de inmediato lo hubiera prendido, privándole de la oportunidad de comprender por qué, quizás, él mismo fuera el último de la macabra lista. De forma mecánica abrió el cajón de la mesilla, y su mirada tropezó con un sobre manoseado y amarillento. Lo sacó con cuidado, desdobló la solapa a punto de desprenderse y extrajo un pliego de papel doblado en cuatro partes iguales, tan amarillo como el sobre. La luz era demasiado escasa para descifrar aquella letra menuda y desvaída, emborronada en varios sitios por lo que parecían gotas de agua, así que se puso en pie para colocarse bajo la bombilla.

Se trataba de una carta fechada en Puente Real, en noviembre del año 36. Leyó despacio, llegó al final y, con manos temblorosas, le dio la vuelta para continuar. Sin embargo, no pudo hacerlo sin sacar antes el pañuelo para enjugarse las lágrimas que pugnaban por brotar. Cerró los ojos al terminar, pero, al hacerlo, sintió que el suelo se ondulaba bajo sus pies. Buscó de forma apresurada el respaldo del sillón para apoyarse, hasta que acabó por tomar asiento, apartando antes a un costado el libro abierto. La mano que sujetaba la carta colgaba inerte a la derecha del sillón, mientras que con la mano izquierda se ocultaba el rostro, a medida que un llanto incontrolable comenzaba a agitarle el pecho. Escenas vividas trece años atrás y que creía enterradas en su conciencia salían de nuevo a la superficie. Volvió a escuchar, atormentado, aquella voz pidiendo clemencia, hasta que no tuvo más remedio que soltar la carta y taparse los oídos con las dos manos. Por eso no oyó las campanadas del último toque a misa de ocho.

SEGUNDA PARTE

Puente Real, 1936

Capítulo 18

Domingo, 16 de febrero de 1936

A pesar del frío intenso de febrero y de lo avanzado de la noche, la plaza de los Fueros registraba todavía el trasiego continuo de los numerosos hombres y las escasas mujeres que se resistían a terminar la jornada sin conocer los resultados de las elecciones celebradas aquel domingo en la ciudad. Aún persistían corrillos en los que bajo el relente se comentaba el transcurso de la jornada, pero la mayor parte de los parroquianos había buscado cobijo en alguno de los múltiples bares que ocupaban los bajos de la plaza. Frente al quiosco central, las luces del Círculo Mercantil e Industrial se proyectaban sobre el suelo recién pavimentado, y el murmullo de las voces procedentes del interior alcanzaba la calle cada vez que alguien abría las puertas.

Salvador retiró el brazo que había cubierto los hombros de Teresa para sujetar el tirador y, al instante, les alcanzó aquel familiar olor mezcla del humo de estufas y cigarros y de la colonia de los domingos de decenas de hombres y algunas mujeres. Aunque el local se encontraba atestado y el vocerío resultaba incluso molesto, ambos agradecieron el ambiente tibio y acogedor mientras se desabrochaban los botones de los abrigos y echaban un vistazo por encima de las cabezas. La mayoría rodeaba un grupo de mesas dispuestas junto a los ventanales, en las que Salvador distinguió a varios miembros destacados de los partidos republicanos y de izquierdas de Puente Real, coaligados para aquellas elecciones trascendentales en la candidatura del Frente Popular Navarro. Entre ellos, sentado en posición central y al parecer concentrado en los papeles que cubrían la mesa, destacaba la figura de Aquiles Cuadra, el único candidato a diputado de la ciudad en aquellas elecciones.

Trataron de acercarse a la barra en el extremo más alejado, el único donde aún se veía algún hueco. Teresa se quitó los guantes y se frotó las manos enrojecidas, al tiempo que con una sonrisa intercambiaba saludos con los presentes, la mayoría conocidos. Uno de ellos, un apuesto muchacho que apenas superaría los veinte años, le cedió sin dudar y con gesto un tanto cohibido el taburete que ocupaba. Salvador sonrió.

—Aún conservas el respeto de tus antiguos alumnos —dijo, mientras trataba de llamar la atención de un camarero.

—Quiero creer que es aprecio, y no temor —respondió.

A pesar de su juventud, Teresa Monreal dirigía una de las escuelas públicas que se habían puesto en marcha en Puente Real al inicio de la República, la que contaba con el mayor número de alumnos en la actualidad. Estaba ubicada en un edificio histórico de la plaza del Mercadal, junto a la iglesia de San Jorge y, aunque precisaba con urgencia la mano de un ejército de albañiles, las dependencias que rodeaban su hermoso patio porticado cumplían su función en una ciudad que aún mantenía una

tasa de analfabetismo inaceptable, sobre todo entre la mujeres. Habían sido su entusiasmo y su dedicación los que la habían aupado al cargo tras el fallecimiento repentino del director anterior. Aceptó la propuesta no por un afán de notoriedad, del que carecía, sino porque desde un puesto como aquel podía poner en marcha algunos de los proyectos que acariciaba desde su llegada a la ciudad. El que más apreciaba había sido la escuela vespertina, en la que se acogía sobre todo a mujeres, madres muchas, pero también a jornaleros del campo y de la incipiente industria local. Apenas sabían leer ni escribir cuando llegaban allí, en aquellas horas en que quienes no engrosaban las crecientes listas del paro obrero robaban a su descanso. Tanto Teresa como el resto de los maestros que ocupaban su tiempo en aquellas clases vespertinas lo hacían de forma desinteresada, pero todos coincidían en que la recompensa, el agradecimiento que aquellos hombres y mujeres les manifestaban a cada momento, resultaba tanto o más valiosa que el sueldo que percibían a fin de mes.

—¡Muy buenas noches! —saludó uno de los camareros con una mirada vivaz y una amplia sonrisa, al tiempo que pasaba enérgicamente una bayeta húmeda sobre el mármol—. ¿Qué se les ofrece a esta pareja?

—Te veo contento, Vicente —dijo Salvador sin responder.

—Y no es para menos, creo que hemos ganado…

—¿Y cómo lo sabes? Si aún están con los recuentos —repuso, señalando con la cabeza al grupo de cabecillas locales que se afanaban en la mesa con lápiz y papel.

—Para mí que los recuentos de las mesas ya están hechos, los interventores han ido llegando hasta hace poco. Ahora están acabando de sumar los resultados, pero no tienes más que verles la cara, fíjate en don Aquiles.

—En poco lo sabremos. Anda, pon dos cafés con leche.

—¡Marchando dos con leche! —gritó.

Cuando llegaron los humeantes cafés, Salvador y Teresa conversaban animadamente con un grupo de parroquianos. Todos los habituales del Círculo sabían de las simpatías de la pareja por la causa republicana, y de la tarea ímproba que Salvador Urrutia había llevado a cabo en su taller, imprimiendo todas las octavillas y los pasquines que el Frente Popular había empleado en la comarca en la reciente campaña electoral, así como en el mitin que el día anterior había tenido lugar en el Teatro Cervantes, en el que se habían reunido dos mil quinientas personas para escuchar a los candidatos navarros de la izquierda.

A pesar de su situación económica, relativamente desahogada, Salvador compartía con su esposa los ideales republicanos y de progreso, sobre todo en lo referente a la justicia social y la superación de las sangrantes desigualdades que marcaban la vida cotidiana de la ciudad. Si por algo anhelaba la victoria del Frente Popular, era por la promesa de la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, que llevaría consigo la reversión de las corralizas y los comunales a sus legítimos propietarios, una aspiración ya secular de los jornaleros que trabajaban, en

deplorables condiciones, las tierras que habían acabado en manos de unos pocos terratenientes. Los motivos de Teresa tenían que ver más con su vocación, la enseñanza, y ansiaba el regreso a la política llevada a cabo en el primer bienio de la República, en el que se construyeron miles de escuelas públicas, algunas de ellas en Puente Real.

—¡No dejéis que se enfríen! —advirtió Vicente, mientras servía dos vinos a su lado.

Los dos se volvieron, y Teresa se sirvió del azucarero que el camarero había dejado junto a las tazas.

—¿Qué te debo? —preguntó Salvador, al tiempo que sacaba el monedero.

El camarero se acercó a ambos y les habló en voz baja.

—Mientras yo trabaje aquí, nadie le cobrará un café a Salvador Urrutia ni a Teresa Monreal. Mi mujer no me lo perdonaría, lee y escribe gracias a ti.

Salvador soltó una carcajada.

—¡Gracias, hombre!

—Y dígame, ¿qué se siente al votar en unas elecciones siendo mujer? —preguntó tratando de cambiar de tema, aún atento a la llamada de otros clientes.

—No debería resultar tan extraño, pero lo cierto es que la novedad emociona —respondió Teresa con una sonrisa—. Aunque ya sea la segunda vez.

—Mi mujer también ha ido a votar, pero ella se estrenaba. ¡Casi le temblaba el pulso! —Rio.

Pocos se atrevían ya a cuestionar la participación de las mujeres en el proceso electoral, aunque en el ámbito de los partidos navarros de la izquierda se diera por seguro que este hecho habría de inclinar la balanza de forma definitiva del lado del Bloque de Derechas. No en vano toda su campaña se había centrado en los llamamientos a defender la religión y la patria frente al marxismo, la masonería y el separatismo, sabiendo que entre las mujeres, devotas católicas en su mayor parte, el mensaje habría de calar con facilidad.

Teresa no había aprobado la política del primer Gobierno republicano, que había prohibido a la Iglesia ejercer la enseñanza. Pensaba que lo importante era proporcionar formación a los jóvenes, aunque de paso se les adoctrinara obligándoles a aprender el Catecismo, y que un país como España no podía permitirse el lujo de prescindir de un activo tan importante de colegios y maestros. Los mismos jesuitas habían tenido que abandonar el colegio que dirigían en la ciudad, y resultaba evidente que aquello no había contribuido en nada a mejorar la situación de la instrucción en Puente Real. También Salvador se mostraba de acuerdo en aquella postura, aunque por razones más pragmáticas: estaba seguro de que la radicalidad en los postulados de la izquierda republicana podía acabar volviéndose contra ella, como había ocurrido en el año 33 y temía que pudiera ocurrir algo parecido tras las elecciones de aquel domingo. Esa misma radicalidad pasada había sido utilizada por la prensa de la derecha en los últimos días. Aún recordaba las admoniciones de *El Pensamiento*

Navarro y del *Diario de Navarra*, que advertían a sus lectores de que debía evitarse por todos los medios el triunfo de las izquierdas, pues de lo contrario podría desencadenarse en el país una «hecatombe trágica», expresión que consiguió alarmarlo y que no había podido olvidar, aunque era consciente de que formaba parte de la campaña tremendista que aquella prensa había puesto en marcha en defensa de sus postulados ideológicos.

También en la prensa local se había desatado una lucha de proclamas. *El Ribereño Navarro*, el semanario católico de la ciudad, había reclamado la unión de las derechas en defensa de la religión, recordaba la postura de la jerarquía eclesiástica en contra de la abstención y llegó a publicar la carta pastoral del primado de Toledo en la que se instaba a los católicos a defender su religión y a votar a candidaturas cuyo programa no fuera contrario a la doctrina de la Iglesia. Por su parte, *El Eco del Distrito* recordaba la política agraria de los últimos gobiernos de la derecha, que había aparcado la Ley de Reforma Agraria, haciendo caso omiso de los intereses de los agricultores modestos para defender a los grandes terratenientes, con una ley de arrendamientos que oprimía a los colonos de forma inhumana. Pero también habían sido continuos los llamamientos a las mujeres, para que votaran al lado de sus familias por la candidatura del Frente Popular. Su eslogan se había hecho muy conocido y lo habían incluido en algunos de los pasquines de la campaña: «Votando a la República seréis madres de hombres libres».

Teresa sostenía el vaso entre las manos aún frías, tomando el café a pequeños sorbos, saboreándolo con deleite. Un repentino revuelo en la parte opuesta del Círculo llamó la atención de todos. Aquiles Cuadra y quienes lo acompañaban se habían puesto en pie, y el candidato local se subía en ese momento a una silla al tiempo que reclamaba silencio. Las gafas redondas le daban un aspecto intelectual y distinguido, pero su actitud y la media sonrisa que exhibía lo hacían más cercano.

—¡Buenas noches a todos! —gritó, tratando de hacerse oír—. Veo a muchos compañeros de Izquierda Republicana, pero también a socialistas y a amigos de la UGT. Todos hemos ido juntos en estas elecciones, por vez primera en mucho tiempo, y tengo que deciros que nuestra unión ha obtenido su recompensa.

El vocerío creció de nuevo, y el concejal y candidato a diputado tuvo que guardar silencio mientras trataba de apaciguar los ánimos con el gesto de las manos.

—Acaban de llegar varios telegramas, y tengo grandes noticias que daros, y también hay un fiasco, que no es tal por esperado. Empezaré por ahí: el Bloque de Derechas ha alcanzado el copo en Navarra, todas las actas de diputado son suyas —recalcó con voz clara y rotunda.

Un coro de voces desilusionadas llenó el local.

—Como os digo, nada que no se esperara, dada la tradición conservadora de esta sociedad. Sin duda la gran influencia de la Iglesia sobre nuestras mujeres ha

decantado la balanza hacia el bloque, pero eso es algo que podremos cambiar en el futuro. De hecho, ya hemos empezado a cambiarlo. —Aquí el tono de su voz experimentó una inflexión, y una amplia sonrisa llenó su rostro—. ¡El Frente Popular ha ganado las elecciones en Puente Real!

Esta vez fueron los gritos de entusiasmo, los abrazos y los saltos de alegría los que interrumpieron al concejal, que contemplaba a los reunidos con expresión satisfecha.

—Todos habéis hecho un gran trabajo —dijo, tratando de hacerse oír de nuevo—. ¡Todos y cada uno de vosotros! Los grupos de propagandistas que habéis recorrido el distrito, los delegados sindicales en las fábricas… Ahí veo a los de la Azucarera, que os habéis dejado la piel pegando pasquines, ¡y veo también a quien los ha impreso!

Salvador correspondió al saludo levantando la mano.

—Dejad que os dé las cifras, acabamos de terminar el recuento provisional —continuó—. El Frente Popular ha obtenido el 49,8% de los votos, por el 48,2% del Bloque de Derechas. Pero este triunfo se ha gestado sobre todo en las zonas más humildes y deprimidas de la ciudad, con unos espléndidos resultados en el distrito de Huérfanos y también en la plaza Consistorial. Debemos un homenaje a los vecinos de esos barrios, por honrados, por decentes, por republicanos… ¡Y el mejor homenaje que podemos darles será transformar esos barrios sucios e intransitables en una taza de plata, mejorando sus condiciones de vida al tiempo que se ganan un jornal por su trabajo en el saneamiento de sus barrios!

Una ovación cerrada siguió a sus palabras, pero el candidato no se bajó de la silla. Dejó que el entusiasmo fuera apagándose antes de continuar, entre las peticiones de silencio de quienes le acompañaban.

—Como os decía… hace tan solo unos minutos hemos recibido un telegrama de Madrid, de nuestra sede de Izquierda Republicana. Aunque el gobierno de Portela aún se niega a reconocerlo… ¡el Frente Popular ha ganado las elecciones en España! —gritó con todas las fuerzas de sus pulmones—. Salid pues a difundir la noticia. Con mesura, pero celebrémoslo.

Esta vez la euforia se desató sin medida y nadie escuchó las últimas palabras. Teresa se puso de puntillas, se apoyó en los hombros de Salvador y le plantó un sonoro beso en los labios. Los apretones de manos y los abrazos se sucedían, y los hombres se tomaban de los brazos unos a otros. Solo Vicente y el resto de los camareros miraban el alboroto con gesto de aprensión, que se disipó cuando el encargado del local apareció en la barra con la orden de preparar vasos y botellas, y servir vino para todos.

Pronto, la mayor parte de los congregados había abandonado el local, y era de la plaza de donde llegaba el sonido de los vítores y los cánticos. Salvador y Teresa se acercaron al dirigente republicano, que conversaba animadamente con un grupo de militantes.

—Enhorabuena, Aquiles —dijo Salvador mientras le estrechaba la mano—.

Estabas en lo cierto cuando decías que solo la unión de las izquierdas podría llevar a la victoria.

El concejal se apartó del grupo y saludó a Teresa efusivamente con dos besos, sin poder ocultar su satisfacción.

—Eso sí, me temo que no vais a poder perderme de vista. —Rio—. ¡Han conseguido el copo en Navarra!

—Supongo que ha funcionado la campaña del miedo que han hecho los medios de la derecha —apuntó Teresa.

—Ah, eso y el control sobre las conciencias que todavía ejercen los curas desde los púlpitos y los confesionarios —opinó el concejal en voz alta para hacerse oír por encima del alboroto—. No te ofendas por lo que te toca, pero es especialmente cierto en el caso de las mujeres, me temo.

—Tampoco los excesos cometidos nos han ayudado, Aquiles. Ya sabes lo que opino al respecto. Y si vais a gobernar de nuevo en Madrid, deberíais tenerlo en cuenta.

—Me temo que la voz de un concejal de provincias que ni siquiera ha conseguido acta de diputado va a escucharse poco.

—Deberíais valorar los motivos de la derrota en Navarra en la asamblea provincial y hacer llegar a Madrid vuestras conclusiones. Tú has ganado en Puente Real, y eso dará peso a tu voz —razonó Salvador—. Mucho me temo que ahora, otra vez en el Gobierno, esta gente pueda repetir los errores del pasado.

El concejal cabeceó, asintiendo.

—Por tu forma de ver las cosas, siempre he pensado que hay un hueco para ti en el partido. Y también para ti, Teresa. Confío en que algún día reconsideréis vuestra negativa. Este podría ser un buen momento. —Sonrió—. Me consta que, tras esta victoria, lo primero que hará el Gobierno es una convocatoria extraordinaria para renovar a los concejales de todos los municipios, después de las anomalías de estos dos últimos años.

—En lo que a mí respecta —respondió Teresa con la misma sonrisa—, las horas del día me resultan escasas. Hay demasiado que hacer entre nuestros propios vecinos.

—Lo sé, Teresa, pero yo tenía que intentarlo. —Aquiles rio abiertamente, mirando hacia atrás mientras se dirigía a la barra—. ¡Vicente! ¡Pon unos cafés!

—Mucho café será… —dijo Salvador con gesto de indecisión.

—Yo quiero mantenerme despejado, me temo que la noche puede traernos algún sobresalto.

—Nada más que a la gente se le ocurra pasarse por delante del Círculo Carlista o de la sede de Falange —comentó Salvador.

—Los nuestros tienen orden de evitar los enfrentamientos, pero nunca se sabe. También ellos querrán celebrar su triunfo en Navarra. Y no lo he dicho en público, pero por Madrid circulan rumores inquietantes.

—¿Otra vez lo del golpe? —preguntó Salvador.

—Así es, parece que en los cuarteles reina la agitación, y hay quien dice que algún general ha ofrecido ya sus servicios a Portela Valladares para anular las elecciones.

—¡Joder! Como se les ocurra intentarlo, esto va a arder por los cuatro costados.

—Portela convocó las elecciones pensando en una victoria del centro, de los sectores más moderados. Pero no contaba con que el miedo al fascismo iba a unir a republicanos de izquierdas, socialistas y comunistas. Si se confirma la inesperada victoria del Frente Popular, la situación se le habrá ido de las manos, y quién sabe lo que puede ocurrir después. Circulan rumores de que quiere abandonar la presidencia mañana mismo, sin esperar siquiera al recuento oficial ni a la reapertura de las Cortes para entregar el Gobierno a Azaña.

—¿Es posible que todo transcurra tan rápido? A veces los rumores corren más que la verdad.

—Todo puede ser, pero seguro que ya lleva días viéndolo venir. En cuanto se confirme la victoria del Frente, las izquierdas van a echarse a la calle para exigir su dimisión inmediata. No van a esperar a un cambio reglado de Gobierno, para dar tiempo a que el jefe de Estado Mayor, ese tal Franco, actúe por su cuenta. Yo también creo que el nombramiento inmediato de Azaña es la única alternativa al caos en las calles.

—He visto que aquí el capitán Pelegrín ya anda con la Guardia Civil alerta, supongo que para evitar altercados.

—Sí, claro. Espero que no tengan que intervenir. Mala cosa si no…

—Joder, a qué extremo hemos llegado… ¿Tú crees que esta gente va a dejar hacer ahora su política al nuevo Gobierno?

—No de momento, Salvador. Hasta que se celebren las elecciones municipales, la situación en Navarra va a ser complicada. Aunque Azaña sustituya pronto al gobernador civil y a los generales de Capitanía, la suspensión de los Ayuntamientos de izquierdas después de la revolución de octubre nos ha perjudicado demasiado, es preciso aún recuperar nuestra fuerza en los Ayuntamientos. Y no os engañéis, con la victoria de hoy en Navarra las derechas van a sentirse legitimadas para exigir que las cosas aquí sigan como están.

—Si tan solo se retomara la política de construcción de escuelas y de apoyo a la Instrucción Pública del primer bienio… —añadió Teresa, agitando el café que Vicente les acababa de servir.

—Mujer, malo será que después de estos años de Gobierno de la CEDA no notemos un cambio a mejor. Pero eso es algo que también debe impulsarse desde los Ayuntamientos, y para eso hace falta alguien con empeño. —Se llevó la taza humeante a los labios y alzó la vista entre las volutas para mirar a Teresa—. ¿Sabes? Serías una excelente concejala de Instrucción Pública.

La muchacha tuvo que contener la risa mientras dejaba la taza en la barra.

—¡Dos intentos en cinco minutos!

—Y las veces que me oirás hasta que cerremos las listas. —Rio, antes de volverse hacia un grupo de militantes que reclamaban su atención.

—¿Vamos afuera? —propuso entonces Salvador, después de empujar las tres tazas hacia el centro de la barra.

Teresa asintió, entrecerrando los ojos, molesta por el humo del local. Antes de alcanzar la salida empezó a abotonarse el abrigo de paño y alzó sus amplias solapas cuando Salvador le franqueó el paso con la puerta abierta. También él se colocó la gorra que llevaba en el bolsillo del abrigo cuando el viento helador les recordó que estaban en febrero. Teresa sabía que Salvador habría preferido llevar sombrero, pero su corpulencia casi se lo impedía, so pena de que su cabeza destacara más de un palmo por encima de los demás. A sus veintiséis años, pocos en Puente Real lo superaban en estatura y, aunque ella misma destacaba también al compararse con otras muchachas, sus ojos quedaban justo a la altura de la nuez de su esposo. De nuevo él la tomó por los hombros.

—¿Te parece que demos una vuelta hasta el hotel Unión?

—Quieres ver lo que se cuece, ¿no es así? —Teresa sonrió, asintiendo—. De acuerdo, podemos regresar hacia casa por la calle Muro, junto al río.

Teresa se dejó abrazar y empezó a caminar con la cabeza ligeramente reclinada en el hueco del hombro de Salvador. Le gustaba hacerlo así y sorprender las miradas furtivas que otras mujeres lanzaban de vez en cuando a su esposo. Claro que también ella recibía las miradas de muchos hombres, aunque en tal caso siempre solían ir acompañadas del correspondiente saludo, porque pocos eran quienes no la conocían en Puente Real, a pesar de que solo habían transcurrido cuatro años desde que, recién casados, se asentaran en la ciudad.

Salvador era oriundo de una pequeña ciudad de Vizcaya, donde su familia regentaba una productiva imprenta. Había trabajado desde los dieciséis junto a su padre y a su hermano mayor, a la vez que aprendía el oficio. Los dos jóvenes se conocieron el día en que el rey Alfonso abandonaba el país camino del exilio. Por entonces ella, dos años mayor, ocupaba su primer puesto como maestra en una humilde escuela de la misma ciudad. Su relación se consolidó durante los primeros meses de la República, hasta que las circunstancias los llevaron a Puente Real. El hermano de Salvador acababa de contraer matrimonio y en pocos meses anunció que iba a ser padre. En aquel momento, la emigración hacia Bilbao estaba esquilmando a la población de la ciudad, hasta el punto de que el negocio familiar empezó a decaer y pronto se hizo evidente que no podría dar sustento a tres familias. Cuando Salvador anunció su marcha, el padre dio cuenta a la familia de la decisión que probablemente llevaba meses pergeñando: el primogénito seguiría con el negocio, y el benjamín recibiría una sustanciosa cantidad que le permitiera establecerse en otro lugar. Se habían planteado renovar la maquinaria de la imprenta, y el patriarca de los Urrutia decidió que aquel era el momento, de forma que Salvador pudiera aprovechar el viejo material en su nuevo negocio, al menos para empezar.

Por otra parte, en aquellos meses el primer Gobierno de la República emprendía su ambicioso programa de construcción de escuelas, y la demanda de maestros era grande en todo el país, así que su mayor preocupación fue elegir el lugar donde habrían de iniciar una nueva vida juntos. La casualidad quiso que un amigo común les hablara de una pequeña ciudad de provincias en la ribera del Ebro, de tamaño muy similar a la que abandonaban, de incipiente prosperidad por su agricultura floreciente y por la existencia de una importante industria azucarera, y en la que estaba prevista la apertura de varias escuelas públicas en los meses siguientes. Un único y fructífero viaje a Puente Real les bastó para confirmar las expectativas: en efecto, la demanda de maestros era grande, y Teresa tenía asegurada una plaza para el inicio del curso siguiente.

Parecían tenerlo todo de cara: un viejo impresor de la localidad, viudo y sin hijos, cerraba en aquellas fechas las puertas de su decadente negocio que, sin embargo, ocupaba un local céntrico y amplio, muy cercano a la plaza de los Fueros, el centro neurálgico de la localidad. Salvador comprendió que no tendría que hacer una oferta demasiado generosa, y así fue. El anciano, resignado ya al cierre del negocio, vio en la providencial llegada de aquella joven pareja la manera de asegurar sus últimos años, y todo quedó ultimado para la firma del contrato de alquiler, que incluía la amplia vivienda situada en la planta superior del local. La boda civil se había celebrado en agosto y, tras el viaje de novios, regalo del padre de Salvador, en el que tuvieron la ocasión de visitar la Costa Azul, se instalaron definitivamente en Puente Real, justo a tiempo de comenzar el curso escolar.

Eran jóvenes, de modo que decidieron tratar de esperar antes de tener descendencia. Por fortuna lo habían conseguido, pues en poco tiempo Teresa se había implicado con tanto ímpetu en su trabajo y en las clases en la escuela nocturna, que mal hubiera podido compaginar su vocación con el cuidado de un bebé. Sin embargo, las cosas habían cambiado el verano anterior, tras la repentina muerte del viejo impresor. Compungidos, asistieron a su funeral y dos días más tarde recibieron la llamada del notario de la ciudad. Inquietos por las consecuencias que la muerte del dueño del local pudiera acarrearles, acudieron a su despacho, donde recibieron la noticia de que el testamento del anciano les nombraba herederos de la imprenta y de la vivienda que ocupaban. Asistieron emocionados a la lectura del documento.

Era cierto que el anciano había mostrado a Teresa su admiración por el trabajo que realizaba con los más humildes, y Salvador se había mostrado en todo momento afable con el impresor, permitiéndole incluso pasar algunas de sus muchas horas libres en la remozada imprenta, donde se sentía útil aconsejando a los aprendices recién contratados y a los empleados más bisoños. Sin embargo, la relación no había ido más allá, y el anciano había pasado solo aquellos últimos años, en la pequeña vivienda que poseía en una calle cercana. En aquel momento, asombrados aún por lo que el notario les había comunicado, lo lamentaron. No habían sabido valorar el aprecio que el viejo impresor les había profesado. La sorpresa, no obstante, llegó

cuando el notario se refirió a una disposición testamentaria añadida posteriormente, y entonces comprendieron el insistente interés del anciano, que continuamente preguntaba a Teresa por una maternidad que no llegaba. El añadido especificaba que la transmisión de la propiedad se haría efectiva solo en el momento del nacimiento del primer hijo varón de la pareja. Al parecer, el anciano había querido evitar que les sucediera lo que él había tenido que sufrir, la ausencia de un hijo que heredara el negocio. Mientras tanto, deberían seguir satisfaciendo el alquiler mensual, en una cuenta abierta en uno de los bancos de la localidad, administrada por un albacea. En el momento del nacimiento del varón la pareja recuperaría aquellos fondos junto con la propiedad de la vivienda, pero si en el plazo de diez años el alumbramiento no se había producido, el importe acumulado y los alquileres sucesivos pasarían como donación al cercano hospital de Nuestra Señora de Gracia. Desde el verano anterior, las precauciones para evitar el embarazo habían desaparecido y, sin embargo, este aún no se había producido.

Una sombra de preocupación cruzó la mente de Teresa, mientras caminaba observando el vaho que salía de las bocas de ambos. Sin embargo, todos estos pensamientos quedaron aparcados cuando sintió que Salvador se tensaba, deteniéndose en seco. Al instante oyó un tumulto que iba en aumento, poco antes de que un grupo de una veintena de hombres apareciera al doblar la esquina. Eran jóvenes en su mayor parte, y Teresa creyó reconocer a alguno. Parecían avanzar en su dirección, arrastrando a otro sin ninguna contemplación, a empellones y patadas.

De forma instintiva, Salvador arrastró a Teresa hacia un portal próximo, para protegerla con su cuerpo, aunque ella se las arregló para asomar la cabeza. Cuando lo hizo, el maltratado joven alzó el rostro descompuesto y, por un instante, la luz de una farola incidió en él. Teresa no pudo reprimir un grito.

—¡Es José, tu aprendiz!

—¿Estás segura? —preguntó Salvador, con evidente inquietud—. No he podido verle la cara…

Teresa no tuvo tiempo de contestar, porque su esposo había salido ya al paso del grupo. Apartó a los dos hombres más cercanos sirviéndose de su corpulencia y la fuerza de sus brazos. Antes de abrir la boca, se había hecho idea de la situación, sabía que no era más que un grupo de muchachos exaltados y bastante ebrios, conocidos en su mayoría.

—¿Qué os ha hecho este chaval? —preguntó, plantándose en medio de ellos al tiempo que sujetaba al aprendiz por el brazo.

Habló el que parecía llevar la iniciativa, uno de los que habían empujado al joven con más saña.

—Es un puto carlista y nos ha faltado al respeto —contestó, alzando aún el brazo contra él con gesto amenazador—. Se nota que les jode haber perdido…

—Es uno de mis trabajadores, y yo respondo por él —respondió Salvador con firmeza.

Percibió que la mayor parte del grupo relajaba su actitud amenazadora, aunque el cabecilla insistió.

—¿Y a esta escoria tienes en la imprenta? —Escupió—. ¡Menuda mierda! Hijos de papá, de esos de misa diaria, pero sin ningún escrúpulo para explotar a sus semejantes.

Teresa se acercó.

—Deberías ser más selectivo con tus pullas, no puedes aplicar el mismo discurso a todos los que no piensan como tú —respondió sin ocultar su desprecio—. José es tan trabajador como el que más, y eso es lo que mi marido valora en él, más allá de su ideología y sus creencias, que respetamos.

—Vosotros veréis con quién os juntáis —replicó el muchacho cuando Salvador se puso detrás de José y lo sacó del círculo.

—Tú lo has dicho, eso es cosa nuestra —replicó él, desabrido—. Pero ya que te permites dar consejos, yo también tengo uno… para todos. Idos a la cama y dormid la mona, antes de que os pillen por la calle otros menos inofensivos que este chaval. Me parece que no tenéis idea de lo que se cuece en Puente Real y, como sigáis así, a lo mejor os ponéis en el punto de mira de gente que no va a conformarse con daros una paliza.

—Siempre la misma monserga, a ver si esa gentuza se cree que nos vamos a acojonar con sus bravatas —soltó otro—. Siempre presumiendo de que tienen pistolas, pero nadie ha visto ninguna…

—Venga, listo, solo espero que nunca tengas que recordar mis palabras —dijo mientras los tres se alejaban, de regreso hacia la plaza.

José sangraba profusamente por un profundo corte en el labio inferior. Salvador sacó un pañuelo de su abrigo y se lo prestó al muchacho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Teresa.

—Había acompañado a mi padre hasta el Círculo Carlista, para enterarnos de la marcha del recuento. Aunque, si te digo la verdad, a mí me apetecía más tomar un café con los amigos, y eso es lo que he hecho. Ellos se han quedado un rato más, estaban escuchando la radio, pero yo me iba ya a casa, que hay que madrugar para ir a la imprenta.

—Y has salido solo… —dedujo Teresa, con tono de reproche.

—Joder, sí, como otras veces, pero hoy me he topado con esos energúmenos. Me han cortado el paso, querían que les diera la enhorabuena por haber ganado, pero enseguida han empezado a empujarme y a llamarme… Bueno, es igual —dijo mirando a Teresa—. Me he revuelto contra uno de ellos, y entonces han empezado a caerme golpes por todas partes.

—Ven a casa, te curaré esa herida —dijo Teresa.

—No, no será necesario, de verdad. Yo mismo lo haré, es solo un corte. No quiero que mi padre llegue a casa y vea que no estoy.

—Está bien, lo entiendo, pero te acompañaremos —resolvió Salvador—. Y si

estás dolorido, no vengas mañana a trabajar.

—Estoy bien, Salvador. Y tenemos mucho trabajo atrasado después de la campaña electoral.

—A ver si mañana me dices lo mismo. Hemos visto los golpes y las patadas que te estaban propinando esos imbéciles. Cuando te levantes no vas a poder tenerte en pie —aseguró aún con tono de broma.

—Y gracias a que habéis aparecido…

Sonó una solitaria campanada en la Casa del Reloj cuando Salvador introdujo la llave en la cerradura de su portal, al otro lado del arco que se abría en la fachada de la plaza de los Fueros.

—¡La una ya! —exclamó Teresa, un instante antes de que la luz mortecina de una bombilla iluminara el zaguán y la escalera que conducía a los pisos superiores.

—¿Tienes sueño? —preguntó Salvador mientras subían—. Yo creo que no voy a pegar ojo, parece que esos cafés que nos ha puesto Vicente eran dinamita.

Teresa sonrió.

—Últimamente siempre andas muy despierto, justo a la hora de meternos en la cama…

—Hay estímulos que son aún más poderosos que el café. —Rio él, volviéndose para mirarla.

—Mira, en eso estoy de acuerdo…

Alcanzaron el gélido rellano del segundo piso y entraron en la vivienda. Los acogió el ambiente tibio que proporcionaba la estufa de leña y se despojaron de los abrigos.

—Se está bien —advirtió Teresa—, pero prepararé el calentador para la cama.

Salvador la tomó por el brazo, y ella se volvió.

—¿Crees que será necesario? —preguntó, con tono sugerente.

Teresa sonrió antes de que sus labios entraran en contacto, ella de puntillas, y él con las rodillas dobladas. Quizá por eso aquel primer beso tan solo duró un instante.

—Ven —dijo Salvador, sonriente, tomando en brazos a su esposa.

Entraron en la amplia habitación que hacía las veces de salón, donde aún ardían los rescoldos del leño que habían introducido en la estufa antes de salir. Salvador depositó el liviano cuerpo de su mujer en el sofá, le colocó un cojín debajo de la cabeza y se sentó a su lado, en la alfombra. Empezó a desabrocharle los botones del jersey sin prisa, y después siguieron los de la blusa. Un escalofrío pareció estremecerla cuando la mano aún fría de Salvador se posó en la piel desnuda de su vientre. La acarició con suavidad, y Teresa cerró los ojos cuando los dedos de su esposo se deslizaron hacia sus pechos, que tocó por encima del sujetador, provocando que el primer gemido se escapara de sus labios. Se puso de rodillas, y él mismo se quitó el jersey con gesto enérgico, y la camisa después. Antes de regresar al cuerpo

de Teresa le soltó los tres botones de la falda, y después deslizó los dedos por aquella abertura en dirección a su vientre, mientras sus labios volvían a unirse, esta vez en un beso prolongado, anhelante y cargado de deseo. También las manos de Teresa buscaron el torso de Salvador y se deslizaron hacia su vientre. Solo se detuvieron para despojarse del resto de las ropas.

—Hoy tengo un pálpito, Teresa —dijo Salvador, en pie, tratando de librarse algo torpemente de los pantalones.

—Ah, ¿sí?

—Recuerdas cuándo nos conocimos, ¿no? El catorce de abril del treinta y uno.

—¿Y?

—Parece como si nuestro destino estuviera ligado al de la República. Y hoy es un día importante para la República. Siento que también va a ser un día importante para nosotros. Y para nuestro futuro.

Teresa sonrió y abrió los brazos, dispuesta a recibir a su esposo, que se había arrodillado de nuevo junto a su cuerpo, ya completamente desnudo.

Capítulo 19

Martes, 14 de abril de 1936

Aunque los últimos minutos Salvador había mantenido la mirada clavada en el último ejemplar de *El Eco del Distrito*, vislumbró la conocida figura del concejal, que pasaba junto al quiosco en dirección a la mesa que ocupaban. Aquel segundo martes de abril, quinto aniversario de la proclamación de la República, había amanecido radiante, y la plaza de los Fueros ejercía ya en aquellas horas del mediodía el papel de cuarto de estar de la ciudad. El bar Sport apenas contaba ya con espacio en la amplia terraza dispuesta a las puertas del local.

—Aquí viene Aquiles —le advirtió Teresa, estirándose la falda en un acto reflejo.

Salvador dejó el periódico sobre la mesa, tomó el vaso del vermú y lo alzó a modo de saludo.

—¡A tiempo llegas!

El abogado, con sonrisa franca, se apoyó en el respaldo metálico de la silla más cercana.

—¡No se vive mal, pareja, a pesar de todo!

—Hay que honrar a la República como se merece. —Salvador rio—. Además ya lo decía Ciro Royo en su coplilla: «Ay de ti, Puente Real, la de la Navarrería, noventa y nueve tabernas y una sola librería». Siéntate, anda, y tómate un vermú con nosotros, deja un momento esos quebraderos de cabeza.

—Pues no os digo que no, pero solo un minuto, que me voy para el ayuntamiento —contestó, al tiempo que retiraba la silla y se dejaba caer en ella.

Salvador hizo una seña al camarero para pedir un vermú más.

—¿Y qué? ¿Vas en las listas para compromisario?

—Eso parece, pero ¡está yendo todo tan rápido! No da tiempo a asimilar tanto cambio. Primero la campaña para las municipales, ya sabéis hasta qué punto nos implicamos en ellas… y las suspenden cuando faltaba una semana para las votaciones. Y ahora, sin tiempo para nada, las elecciones de compromisarios para la presidencia de la República.

—Al menos ahora tenéis mayoría en el Ayuntamiento —intervino Teresa—. ¿Van adelante los proyectos de esos grupos escolares?

—Pues van como todo lo demás, despacio, y tiempo es lo que no tenemos. El problema del paro se ha vuelto acuciante, y todos los planes que se llevaron a Madrid por la comisión nombrada al efecto parecen estancados. Todavía no se han aprobado ni las nuevas obras de regadío para beneficiar a los agricultores más humildes ni las obras de las escuelas, la casa de Correos y la de Sementales; por no hablar del nuevo matadero, del centro de Higiene y de la estación de autobuses… Así no hay forma de dar trabajo a la gente que lo necesita.

—¿Y el nuevo gobernador civil no apoya estas demandas en Madrid?

—No como debiera. Fíjate que todos los ediles socialistas y republicanos nos estamos planteando presentar la dimisión y solicitar la suya si esto sigue así.

El concejal guardó silencio cuando el camarero se acercó a la mesa para dejar su consumición.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó Teresa sin ocultar su preocupación.

—Y que no vayan a peor es lo que hace falta —respondió el abogado.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Salvador, con el ceño fruncido.

—Mirad, a vosotros no os lo quiero ocultar, estamos viendo cosas muy extrañas. Las derechas del Ayuntamiento han renunciado a participar en las labores del consistorio después de la derrota de febrero, con el único propósito de crear problemas y dañar el prestigio del Frente Popular.

—Pero eso a ellos tampoco les va a favorecer. Faltan menos de dos semanas para las elecciones a compromisarios, y no tardarán en volver a convocarse las municipales.

El abogado esbozó un atisbo de sonrisa y respondió bajando la voz.

—Quizá no sea en elecciones democráticas en lo que estén pensando…

—Te refieres a… —Teresa dejó la frase sin terminar.

—Mucho me temo que esta negativa a participar en la vida pública, la intensa labor de desprestigio en la que se han embarcado, no tenga otra intención que preparar el terreno para otro tipo de solución, siguiendo los dictados de las direcciones nacionales de sus partidos.

—Por favor, Aquiles, no me asustes… —pidió Teresa.

—No hay más que tener los ojos abiertos. ¿Acaso no leéis los pasquines que lanzan los de la Falange casi cada noche desde vehículos sin matrícula? ¿Por qué creéis que la Guardia Civil hace la vista gorda? Y eso no es todo: sabemos de buena tinta que tanto ellos como los del Círculo Carlista están haciendo acopio de armas y realizando ejercicios militares clandestinos en los que se reúnen decenas de hombres de Puente Real y de los pueblos cercanos.

—*El Eco del Distrito* ya se hizo eco de esos rumores —recordó Salvador—. Pero hace quince días también detuvieron a varios comunistas realizando la instrucción al otro lado del puente.

—Con la diferencia de que esos no portaban armas y, aun así, se les detuvo.

—¿No estaremos dando pábulo a rumores y exageraciones? Quizá sea eso lo que pretenden, asustar a la población acerca de las consecuencias que podría tener una nueva derrota electoral.

—La derrota electoral de la derecha ya se ha producido, Salvador, tuvo lugar en febrero y perdieron el poder. Creo que ahora va en serio. Los grandes propietarios no van a permitir que se ponga en marcha la reforma agraria de una vez por todas sin resistencia, la jerarquía eclesiástica teme que se imponga de nuevo la educación laica en las escuelas, por no hablar de la actitud de parte del Ejército y de la Guardia Civil.

—Aun así, Aquiles, me resisto a creer que a estas alturas alguien pueda pensar

que una asonada militar vaya a tener éxito. El Gobierno de la República tiene todos los medios en su mano para detenerla.

—Espero que tengas razón, Salvador. Pero me temo que pronto tendremos ocasión de comprobar quién de los dos se equivoca, la tensión no deja de aumentar. Tú, que lees la prensa, tienes ocasión de verlo cada día, y una sola chispa puede hacer que este país arda en llamas.

—¡Joder, Aquiles, bonita manera de celebrar el Catorce de Abril! —El impresor soltó una carcajada, alzando la mano para llamar al camarero—. Precisamente estaba leyendo en *El Eco* la evocación de aquel día, en que la tricolor ondeó por vez primera allá arriba, en aquel balcón. Y la celebración que siguió a la proclamación… Mira, de momento nos vamos a tomar otro vermú, y vamos a brindar por que dentro de cinco años estemos aquí otra vez, celebrando el décimo aniversario de la República.

—Acepto otro vaso, y además voy a ser yo quien os invite, pocos habrá en Puente Real tan interesados como yo en hacer un brindis como ese, pero te sorprenderías si supieras el nombre de algunos de los que están desfilando cada atardecer con el fusil al hombro.

De nuevo dejó de hablar cuando se acercó el camarero.

—Pon otra ronda. Y unas banderillas también, que a estas horas empieza a protestar el estómago.

—Anda, sorpréndeme —dijo Salvador cuando el mozo se hubo retirado—. ¿Alguien a quien conozca?

El concejal asintió.

—Joder, me tienes en ascuas…

—Trabaja para ti.

—¡Coño! ¿José, mi aprendiz? —dijo, abriendo los ojos desmesuradamente.

—Y su hermano, y su padre…

Tanto Teresa como Salvador enmudecieron un instante.

—No puedo decir que me extrañe —reconoció al fin—. Pero me preocupa, claro.

—Haces bien en sentirte preocupado, eso hará que adoptes precauciones. En caso de que las cosas pasaran a mayores, en esa imprenta tienes material que te incriminaría.

—Nada que no sea legal.

—Siempre que nos mantengamos dentro de la legalidad de la República…

El camarero llegó con los vermús, un refresco para Teresa y un plato lleno de banderillas.

—¡Se me hace la boca agua! —exclamó el concejal, al tiempo que entregaba al camarero un billete de cinco pesetas con una mano y sujetaba el plato con la otra—. Tú primero, Teresa…

—Te lo agradezco, pero tengo el estómago algo revuelto —se excusó, y dio en cambio un sorbo al refresco—. Comedlas vosotros.

Los dos hombres aceptaron la sugerencia.

—Y hablando de la imprenta —dijo Aquiles, sin terminar de masticar—, ¿cómo van los carteles de la campaña?

—Los tendréis mañana por la tarde.

—Me imagino lo que pasará por la cabeza de ese aprendiz tuyo cuando tenga entre sus manos esas imágenes y esos eslóganes que seguro que aborrece.

—Te aseguro que los trata con un mimo exquisito, es un buen aprendiz.

—¿Confías en él?

—Plenamente, Aquiles. Sé que nunca hablará en mi contra.

—Pues me alegro —respondió, pensativo.

Un grupo de militantes del partido republicano se acercó al Sport con la intención de saludar a su candidato, y este se levantó con gentileza para hablar con ellos. Salvador aprovechó para volverse hacia Teresa.

—Oye, ¿y esa repentina indisposición?

—Nada, unas ligeras náuseas…

—¿Náuseas? —inquirió, atravesándola con la mirada.

Teresa no pudo evitar una sonrisa.

—No nos precipitemos —se limitó a decir y se llevó el índice a los labios—. Solo es una falta.

—¡Cómo que solo una falta! —repitió todavía en voz baja, sintiendo que la emoción le asaltaba en oleadas.

Se puso en pie y apoyó la mano en el hombro de su amigo, haciéndole volverse.

—¡Eh, Aquiles, que no hemos brindado por lo más importante!

Sin hacer caso a la mirada sorprendida del grupo de militantes, llamó de nuevo al camarero y gritó a voz en cuello sin darle tiempo de separarse de la puerta del local.

—¡Una ronda para todos! —pidió, abarcando toda la terraza con el brazo.

Una treintena de miradas perplejas se posaron en él.

—¡Qué voy a ser padre, coño! —Se vio obligado a explicar, exultante y risueño —. Así que a brindar todos… ¡y que viva la República!

Capítulo 20

Martes, 14 de julio de 1936

—¿Qué ha pasado? —preguntó Teresa con tono de preocupación, mientras atravesaba el sinuoso pasillo abierto en el suelo entre los cristales de la imprenta, hechos añicos.

—Nada que no esperáramos —respondió Salvador resignado—. No deberías haber venido sola, las calles no son seguras.

Ella hizo un gesto con la mano, quitando importancia a aquel detalle.

—¿Se sabe quién…?

—Me da igual, Teresa —contestó él mientras negaba con la cabeza—. Ha podido hacerlo cualquiera: carlistas o fascistas, por supuesto; pero también comunistas, quizá por mantener a un carlista trabajando con nosotros, o los de la CNT por no secundar cada una de las huelgas que han convocado… ¿Quién sabe? En los últimos tiempos todo el mundo parece tener motivos para liarse a pedradas o a culatazos con el vecino.

—Pero alguien habrá visto algo… Lo han hecho a plena luz del día.

—Claro que lo habrán visto, pero nadie va a delatar a nadie. En cuanto la gente advierte la proximidad de un altercado cierra los postigos, y muchas veces los ojos también.

—Tienes razón —concedió Teresa, recorriendo con mirada cansada los ventanales destrozados—. Además, ¿de qué serviría? Sean quienes sean los causantes, se amparan en la impunidad.

—Unos porque gozan de la protección de la Guardia Civil, que hace la vista gorda, y los otros porque cuentan con su incapacidad para hacerles frente. Lo cierto es que, como el Gobierno no haga algo, y pronto, esto se va a la mierda.

Salvador se acercó a su esposa, se colocó detrás de ella y le pasó los brazos alrededor del abultado vientre.

—Pase lo que pase, tú no debes alterarte. Aquí está lo más valioso que tenemos.

Teresa se volvió y sonrió. Sus labios se unieron. En aquellos cinco meses de embarazo, el ambiente en Puente Real se había ido enrareciendo de forma progresiva. La victoria del Frente Popular pareció suponer el pistoletazo de salida para expresar el malestar existente en el país: los unos exigiendo la aplicación inmediata de las medidas prometidas por el nuevo Gobierno, los otros mostrando su voluntad de impedir al ejecutivo de Azaña cualquier cambio que afectara a sus intereses. Se había sabido que, ya en la noche electoral del 16 de febrero, Gil Robles, el líder de la CEDA derrotado en aquella jornada, había intentado convencer al presidente del Gobierno, Portela Valladares, para que declarase el estado de guerra antes de hacer público el escrutinio. Gil Robles también se había dirigido a Franco, el jefe del Estado Mayor del Ejército, quien a su vez trató de convencer al ministro de la Guerra y al mismo Portela de la necesidad de adoptar tal medida para evitar alteraciones del

orden público. Tales demandas no fueron atendidas en ningún caso, pero desde aquel día los desórdenes habían ido en aumento, los enfrentamientos en las calles entre las distintas facciones políticas eran constantes y trascendían a pesar de las férreas medidas de censura de prensa establecidas.

Por otra parte, las continuas huelgas estaban ahogando la actividad económica del país. En este estado de cosas, los rumores sobre una asonada militar no habían dejado de extenderse y, aunque el grueso de la población no parecía preocupado por la posibilidad de un pronunciamiento, en las sedes de los partidos republicanos la inquietud era palpable. La prensa de izquierdas, también *El Eco del Distrito*, daba cuenta de los continuos ejercicios de instrucción militar que se desarrollaban en las afueras de pueblos y ciudades, ya con vestimenta militar y armamento real, sin que las fuerzas de seguridad hicieran nada por impedirlo ni el propio Gobierno diera muestras de intranquilidad. Así sucedía en el mismo Puente Real, donde las escuadras carlistas y los grupos de la Falange habían llegado a practicar ejercicios de tiro con fuego real, y a nadie se le ocultaba ya la existencia de escondites que albergaban un auténtico arsenal de armas. Ante hechos como estos, a oídos de Salvador había llegado la propuesta de los socialistas situados más a la izquierda de armar al pueblo para proteger al Gobierno de la República frente a un posible golpe militar.

En las últimas semanas, las noticias que se publicaban resultaban cada vez más inquietantes. Los jornaleros del sur, hartos de esperar una reforma agraria que no llegaba, habían empezado a ocupar las fincas por la fuerza, y se hablaba de que en Madrid, después de semanas de huelga sin cobrar sus salarios, algunos trabajadores habían comenzado a actuar según los principios del comunismo libertario, comiendo en restaurantes y llevándose víveres de los comercios sin pagar.

—Me pregunto qué habrá de ver nuestro hijo cuando nazca —declaró Teresa con amargura, sin apartar la vista de los destrozos—. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? Parece imposible que en este país se imponga la cordura. ¿Acaso alguien piensa que la violencia es la solución a nuestros problemas?

Salvador abrazó de nuevo a Teresa.

—No permitamos que un simple incidente empañe nuestra felicidad —dijo.

De repente Teresa soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Salvador, extrañado.

—No, no es nada… Solo que nunca te había oído hablar así. Parece que el embarazo no solo me está afectando a mí —bromeó.

—¿Te resulta extraño que no hable como los rudos campesinos a los que enseñas a leer y a escribir? —inquirió con fingido tono ofendido.

—No, no, si me gusta… Es solo que no estoy acostumbrada. Pero tienes razón —continuó, borrando la sonrisa del rostro—, por peores trances hemos pasado y siempre se ha salido adelante.

—Si después de las elecciones, cuando todo el mundo lo esperaba, no se produjo un alzamiento militar, ¿por qué iba a tener lugar ahora?

—¿Crees que de verdad ha pasado el peligro?

—No lo sé, Teresa, pero el Gobierno no parece demasiado preocupado, al menos eso dice Aquiles. Y si alguien tiene toda la información, esos son Azaña, el ministro de la Guerra y las fuerzas de seguridad. Quién sabe, quizá los últimos traslados y los nuevos nombramientos de militares hayan conjurado el peligro.

—¿Y tú crees que el traslado a Pamplona de ese tal Mola ha sido un acierto? A nadie le da buena espina, y en Navarra quizás encuentre entre los carlistas un buen caldo de cultivo para sus ideas involucionistas.

—El gobernador y el comandante de la Guardia Civil son republicanos leales, confiemos en que sepan mantenerlo a raya. Y si intentan algo, estoy seguro de que el Gobierno de la República cuenta con medios más que suficientes para afrontar y sofocar una asonada militar. ¿Crees que el Gobierno habría permitido que miles de chicos se separaran de sus familias para ir a campamentos de verano si pensaran que hay un alzamiento en marcha? ¿O que iban a mandar a decenas de oficiales de caballería a participar en los Juegos Olímpicos de Berlín?

Teresa se encogió de hombros y permaneció un momento pensativa. Después sus ojos se posaron de nuevo en los cristales del suelo y pareció volver a la realidad.

—¿Qué vas a hacer ahora? La imprenta no puede quedarse así esta noche.

—Ya he enviado a José a por unos paneles de madera, no tardará en regresar. Los colocaremos como podamos, y mañana será otro día. Me temo que los cristaleros no van a dar abasto durante semanas. Tú súbete a casa y descansa, ya sabes lo que opino de tu empeño en seguir con las clases, con este calor y el embarazo.

—Las mujeres somos más fuertes que vosotros —bromeó, caminando ya hacia la puerta—. Sois todos unos falsos.

—Conociéndote, no puedo llevarte la contraria en eso. —Salvador rio, mirando por encima del hombro de Teresa—. Me temo que tienes toda la razón.

—Además, solo quedan diez días para que empiecen las fiestas.

—Sí, pues eso me recuerda que los programas están sin acabar, a este paso voy a tener que trabajar por la noche. ¡Mira, ya está aquí José!

El muchacho empujaba con dificultad la carretilla de dos ruedas empleada habitualmente para el reparto de pedidos.

—Pesar no pesa, pero ¡joder!, qué incómodo de llevar es —se quejó el aprendiz cuando Salvador apareció en la puerta.

—Déjalo ahí, ahora lo descargaremos. Entra y échale un trago al botijo.

El muchacho no pareció escucharlo.

—¿Saben lo que se dice? Lo he oído al cruzar la plaza, ¡menudo revuelo hay formado! ¡Han asesinado a Calvo Sotelo!

El rostro de Salvador se demudó por la sorpresa.

—¿A José Calvo Sotelo? ¿El diputado, el jefe de Renovación Española? —inquirió con vehemencia.

—Sí, sí, lo están diciendo por la radio, han encontrado su cadáver esta mañana en

un cementerio de Madrid.

—Joder, esto lo han hecho los de la Guardia de Asalto, en represalia por el asesinato de su teniente a manos de falangistas —aventuró.

—¡Madre mía! —acertó a decir Teresa, que se cubrió la boca con la mano.

Salvador permaneció en pie, al parecer indeciso entre acudir a la plaza en busca de más información o atender en cambio la tarea de cerrar la imprenta.

—Descarguemos estos paneles —se decidió—. Puede que esta noche haya más movimiento. Y tú, Teresa, vete a casa ya y cierra la puerta por dentro. Enciende la radio e intenta sintonizar alguna emisora que hable del atentado. Subiré en cuanto acabemos.

Trabajaron durante una hora serrando los tableros a la medida de las ventanas. Después los sujetaron a los marcos con gruesos clavos del tamaño de un dedo. Oscurecía ya cuando cubrieron el hueco con el último panel.

—José… —vaciló.

—Dígame, Salvador.

—¿Estás a gusto con nosotros?

El muchacho pareció sorprendido por la pregunta.

—Sí, lo estoy, es usted un buen patrón, y me gusta mi trabajo.

—También tú eres un buen trabajador. Sin embargo… hay algo que me preocupa.

—Lo sé, mis ideas políticas y las de mi familia.

—No, no vuestras ideas, cada uno es muy libre de pensar lo que quiera… Pero sí las actividades que desarrollas cuando terminas tu jornada aquí.

—¿La instrucción?

Salvador asintió.

—Ya no os ocultáis…

—Así es —se limitó a reconocer el muchacho, sin dar más explicaciones.

—¿Qué es lo que os cuentan en el Círculo, para que todos parezcáis tan convencidos de que se acerca un enfrentamiento?

—En el Círculo ya nadie cuenta nada. Las charlas se han sustituido por las prácticas militares y el entrenamiento en el uso de las armas. La hora de luchar contra los comunistas que quieren apoderarse de España está muy cerca.

—Ya veo…

—Dicen que Calvo Sotelo ya sabía que lo iban a matar, ha sido el Gobierno. Un martirio.

—No digas tonterías, sin duda ha sido obra de algún grupo de incontrolados sedientos de venganza.

—¿Y los cientos de iglesias quemadas, las monjas violadas y las casas y los negocios asaltados sin que el Gobierno haga nada por evitarlo?

—No niego que se han producido excesos, pero no te creas todo lo que difunde la propaganda de uno y otro bando. Algunas de esas iglesias se han dado por incendiadas solo porque algún grupo de imbéciles ha prendido fuego a un montón de

periódicos en los escalones.

—Desde el Gobierno se alienta el odio a la Iglesia.

—Nadie impide el culto, la República simplemente aplica una Constitución que es laica, sin conceder privilegios a una u otra religión, tampoco en la enseñanza.

—¡Pero si las órdenes religiosas tienen prohibido dedicarse a ella!

—Algo con lo que ni Teresa ni yo estamos de acuerdo.

—Pero está sucediendo. Por cosas como esa, la gente de bien ha decidido acabar con todo este sinsentido.

—No te engañes, José. Esos argumentos pueden utilizarse como reclamo, como banderín de enganche para gente de buena fe, como sin duda sois tú y tu familia. Pero los verdaderos motivos de quienes están promoviendo esta locura son otros…, simplemente la defensa de los privilegios económicos de la oligarquía. Son ellos quienes financian la compra de las armas que vas a manejar esta noche para que, en caso de estallar la insurrección, seas tú, un simple aprendiz de imprenta, quien se eche al monte para defender el estatus que han heredado y que no van a consentir que nadie menoscabe. Por mucho que sea de justicia social lo que algunos propugnamos: actuar desde el Gobierno legítimo para repartir los recursos, pues unos pocos viven en la opulencia mientras la mayoría pasa hambre.

Salvador se detuvo al darse cuenta de que los martillazos que estaba dando sobre el panel eran mucho más fuertes de lo necesario.

—Esa chusma comunista no puede pretender quedarse por la fuerza con las tierras que durante generaciones han estado en manos de sus legítimos propietarios.

—Por supuesto que no. Lo que se pretende es que se aplique una norma aprobada en el Parlamento, la Ley de Reforma Agraria. Pero me temo que algunos no están dispuestos a aceptar las decisiones democráticas de la mayoría.

José soltó el martillo al acabar.

—Mire, Salvador, yo le aprecio como patrón y sé que lo que defiende lo defiende de corazón. También la labor de su mujer me parece admirable. Y por eso me siento en la obligación de advertirle.

—¿Advertirme?

—Esto se va a complicar, créame. Y quizá la actividad de este negocio no esté bien vista si la situación da un vuelco. Si cayera la República… gran parte del material que almacena en la imprenta podría considerarse subversivo. Quizá después de este destrozo sea buen momento para hacer una buena limpieza del almacén.

Salvador miró fijamente al muchacho, con rostro grave y en silencio. Después asintió con lentitud.

—Entiendo lo que me dices. Pero mi trabajo es honrado, y nadie podrá reprocharme que haya vulnerado la ley.

—Usted verá, pero uno oye cosas que le inquietan. Hasta yo tengo que dar explicaciones por seguir empleado con usted.

—¿Cómo? —exclamó Salvador, sorprendido.

—La imprenta de los rojos…

—¿Así es como la conocen tus amigos?

José asintió, con la mirada ahora en el suelo, consciente de que Salvador tenía la suya clavada en su rostro.

—Comprendo… —contestó al fin—. Gracias por contármelo.

—Es lo menos que puedo hacer. También a ellos les hablo bien de usted, pero me temo que eso sirva de poco si…

El muchacho dejó la frase sin acabar, y durante un instante se instaló entre ambos un silencio incómodo.

—Vamos a terminar de recoger esto —dijo por fin Salvador agarrando la escoba de paja, que estaba apoyada en el quicio de la puerta—. Y luego vete a casa, antes de que oscurezca del todo, que no va a ser noche de andar por la calle.

Capítulo 21

Sábado, 18 de julio de 1936

Cuando Salvador miró a su alrededor, pensó que aquello distaba mucho de parecerse a una comitiva fúnebre. Eran las cuatro y media de la tarde y, tras el funeral civil celebrado en memoria de la pequeña, fallecida el día anterior, el cortejo había partido hacia el cementerio. La tragedia había tenido lugar en las obras de la Casa del Pueblo, situada a apenas cien metros de la plaza de los Fueros. La niña, de corta edad, había acudido al tajo como todos los días para llevar la comida a su padre, obrero de la construcción y militante de la UGT. La portalada que habría de cerrar la obra se hallaba recostada contra un muro, dispuesta para su colocación, pero un traspié hizo que la pequeña cayera al suelo y la pesada puerta se desplomó sobre ella. Cuando los trabajadores se precipitaron hacia el lugar para liberarla ya era tarde y, ante la desesperación del padre, solo pudieron rescatar el cuerpo exánime de la niña.

Las circunstancias de la muerte, la amistad del padre con el presidente de la UGT y el hecho de que se hubiera producido en la Casa del Pueblo estaban convirtiendo el entierro en un acto de marcado carácter político. Las banderas rojas del PSOE, las rojinegras de la FAI y de la CNT y también la tricolor salpicaban el mar de cabezas que rodeaba la caja de madera y discurría por la empinada cuesta en dirección al cementerio. La banda de música interpretaba una marcha fúnebre tras los padres destrozados, que caminaban con las manos apoyadas en el féretro, como si así fueran a evitar separarse para siempre de la pequeña.

Sin embargo, y a pesar de las trágicas circunstancias, pocas de las conversaciones que mantenían los asistentes en la parte posterior del cortejo tenían que ver con el luctuoso suceso. Y es que, desde las doce del mediodía, hora en que Radio Unión de Madrid había comunicado que parte de la guarnición de Marruecos se había alzado en armas contra la República, apenas se hablaba de otra cosa. El Royalty, uno de los centros de reunión de Izquierda Republicana, había sido el primero en colocar su aparato de radio en la ventana, enfocado hacia la terraza y, a pesar del calor agobiante del mediodía, la multitud se había agolpado entre las sillas de mimbre en busca de información. Desde aquella hora se había instalado un clima de nerviosismo en toda la ciudad. A las tres de la tarde se habían emitido nuevas noticias que alertaban a los españoles frente a los bulos que Radio Ceuta estaba difundiendo, aseguraban que la situación se hallaba bajo control y anunciaban medidas urgentes y radicales para sofocar la sublevación.

Salvador y Teresa habían comido deprisa para bajar a la calle, tan ansiosos de noticias como el resto de los vecinos de Puente Real. Sin embargo, si el mensaje que el Gobierno había transmitido pretendía resultar tranquilizador, en absoluto había cumplido su objetivo. Por el contrario, la confirmación de que la anunciada asonada militar estaba en marcha había conseguido que los rostros de aquellos hombres y

mujeres, mayoritariamente de izquierdas, no mostraran otra cosa que inquietud y preocupación. Nadie, a pesar del calor sofocante, se había movido de allí hasta el inicio de la ceremonia fúnebre. El Sport y el Royalty habían disfrutado de la ventaja de la incipiente sombra, el Aragón se protegía aún con un grueso toldo, mientras que el sol caía inclemente contra la fachada desierta del Círculo Mercantil.

Al inicio del acto, Salvador había buscado entre la muchedumbre a Aquiles, a quien suponía bien informado, no en vano ejercía aquel día como alcalde en ausencia del titular en el cargo. Cuando se situó junto a él, comprobó que no se había equivocado. Acababa de regresar de Pamplona, donde había pasado la mañana reunido con el comandante Rodríguez Medel, de la Guardia Civil, y los miembros más destacados del Frente Popular en Navarra. Por su boca, en voz baja y con gesto grave, Salvador supo de la fidelidad del comandante a la República, pero también de los planes del general Emilio Mola.

—En cuanto termine aquí, me voy al cuartel para hablar con el capitán Pelegrín —explicó el concejal—. Confío en su fidelidad, pero debo estar seguro antes de que se marche.

—¿Marcharse? ¿Adónde? —musitó Salvador.

—Rodríguez Medel ha convocado a todas las unidades de la Guardia Civil. Tiene intención de trasladar el Gobierno Civil y los centros administrativos para establecer la capital interina de la provincia en Tafalla y organizar la defensa en Puente Real, concentrando aquí las fuerzas republicanas para aprovechar la línea del Ebro.

A pesar del calor, un escalofrío recorrió la espalda de Salvador.

—¿Qué estas diciendo? —exclamó demasiado alto—. Si Joaquín se lleva de aquí a la Guardia Civil, ¿quién va a velar por el orden hasta que se organice la defensa?

Aquiles Cuadra le pidió silencio con un discreto gesto de su mano derecha.

—Dejará un destacamento al mando del teniente. Tendremos que arreglarnos con él y con los serenos. Pero Pamplona está en manos del ejército rebelde y de las escuadras de requetés. En cualquier momento Mola dictará el bando declarando el estado de guerra.

—¡No jodas, no es posible! ¿Tan grave es la situación?

El concejal asintió, mordiéndose los labios, mientras mantenía la mirada al frente y fingía escuchar al oficiante.

—No sé lo que está pasando en el resto del país, pero te aseguro que en Navarra las cosas pintan muy mal. Al menos aquí, de momento, parece que Joaquín ha dado órdenes a los guardias para que traten por todos los medios de mantener la paz.

—¿Sabes qué se cuece en el Casino y en el Círculo Carlista?

—Me han dicho que están todos expectantes, posiblemente a la espera de órdenes procedentes de Pamplona. Pero no me cabe ninguna duda de que las armas han salido ya de sus escondites y están preparadas.

—Joder, ¿y no se puede hacer nada?

—Sí, confiar en que Madrid actúe deprisa y pare todo esto. De lo contrario,

estamos jodidos. No digas nada de momento, no es cosa de soliviantar los ánimos y que esto se nos vaya de las manos, pero voy a dar instrucciones para que todas nuestras organizaciones se preparen para lo que pueda venir.

Pocos volvieron a casa después del entierro. En el cementerio habían tomado la palabra varios oradores, y todos habían coincidido en la necesidad de permanecer vigilantes y, de ser preciso, estar dispuestos a dar la vida sin vacilar en defensa de los ideales republicanos. Luego la multitud había regresado, haciendo de las sedes de los partidos, la vieja Casa del Pueblo y los lugares habituales de reunión, el centro de un continuo ir y venir de hombres y mujeres en busca de noticias. Salvador echó en falta, sin embargo, el habitual alboroto de la chavalería jugando a la pelota o corriendo de un lado a otro de la ciudad. El aspecto de Puente Real aquella tarde tenía poco que ver con el que debería presentar un caluroso sábado del mes de julio. Los pasos de los transeúntes no conducían a ningún sitio, la inquietud era palpable y las miradas de recelo solo buscaban el primer indicio de lo que parecía avecinarse. También la plaza de los Fueros era un hervidero de rumores alimentados por las noticias de Radio Unión y por las llamadas telefónicas de familiares y amigos. Cuando a media tarde se interrumpieron las comunicaciones, un nuevo motivo de desasosiego se extendió por los corrillos.

Tras la caminata hasta el cementerio, Salvador había convencido a Teresa de que subiera a casa a descansar hasta que hubiera novedades. La dejó recostada en el sofá, corrió las cortinas para dejar la habitación en penumbra y depositó un beso en sus labios mientras pasaba suavemente la mano sobre la delicada tela de la blusa que le cubría el vientre. Bajó las escaleras y salió de nuevo a la calle bajo el sol inclemente. La parte de la plaza de los Fueros que se veía desde allí, bajo uno de los arcos de entrada que se abrían en las fachadas, le mostró la misma situación que un rato antes. Decidió entrar en la imprenta. Abrió la puerta y accionó el interruptor de la luz, pues los ventanales continuaban cegados con paneles de madera. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la mortecina luz de las bombillas. Empaquetados y apilados junto a la entrada, seguían los programas de fiestas, terminados la noche anterior y listos para ser distribuidos por los comercios de la ciudad. Cerró la puerta tras de sí e inspiró con fuerza para llenar sus pulmones con aquel olor a tinta y a papel que lo reconfortaba. Pasó la mano por la superficie bien engrasada de una de las máquinas y se dirigió al almacén. También allí accionó el interruptor y echó un vistazo a su alrededor. En las estanterías metálicas se acumulaban viejas cajas llenas de folletos, bocetos, pruebas y muestras de impresión, en algunos casos cubiertas por una capa de polvo acumulado a lo largo de meses e incluso de años. Recorrió la estancia con la vista y descubrió octavillas de sindicatos, pasquines que llamaban a la huelga y panfletos de carácter revolucionario junto a estampillas de santa Ana, trípticos con las letras de cantos litúrgicos, hojas parroquiales y convocatorias para la Adoración Nocturna. Recordaba

la advertencia de José, el aprendiz, pero no alcanzaba a ver nada censurable en todo aquello. Era cierto que allí se imprimía la propaganda de Izquierda Republicana, de la Juventud Obrera Socialista, de la CNT, del PSOE y de la UGT, por un simple motivo de afinidad ideológica, dada la pertenencia de Teresa y de él mismo al partido republicano. Pero también había recibido encargos de la CEDA o de Acción Ciudadana, y si los miembros de Falange Española o de la Comunión Católica no habían hecho lo mismo no se debía a ningún rechazo frontal que Salvador hubiera manifestado hacia sus partidos, todos ellos incluidos dentro de la legalidad de la República. Un poso de inquietud, sin embargo, le atenazaba el estómago. Inspiró profundamente y apagó la luz. El calor de la tarde parecía haberse acumulado en el local, y anheló el anochecer, que, por fin, les permitiría respirar hondo. Abrió la ventana trasera que daba al río y comprobó que un ligero frescor ascendía desde el cauce, bajo la sombra de los árboles de la ribera. Decidió que ya podía dejarla abierta para que entrara la brisa que sin duda se movería en un par de horas.

Pasó el resto de la tarde entre el Royalty y el Círculo Mercantil, al tanto de las últimas novedades, aunque se guardó de revelar las informaciones que Aquiles Cuadra le había trasladado. El propio concejal hizo acto de presencia en varias ocasiones antes del anochecer, alternando sus estancias en el ayuntamiento con las visitas a la sede del partido, al cuartel de la Guardia Civil y a los domicilios de significados personajes de la vida de la ciudad. A Salvador se le antojó un alarde de valor su paso por el Nuevo Casino, pues era el centro de reunión de los falangistas. Aquiles regresó con la noticia de que todo allí se hallaba en una tensa calma, aunque muchos de los presentes habían cambiado su indumentaria habitual por la camisa azul. Sin embargo, al menos durante su estancia en el local, Aquiles no había atisbado ni rastro de la existencia de armas. Comprobó, sin embargo, que los números de la Guardia Civil que permanecían en Puente Real disgregaban a los grupos nutridos y cacheaban a los que pasaban por el lugar y por las inmediaciones del Círculo Carlista.

Salvador regresó para cenar junto a Teresa. Los tomates y los pimientos de la afamada huerta de Puente Real estaban en sazón, y ambos disfrutaron de la refrescante ensalada que Teresa ya tenía lista. Lo hicieron en la pequeña mesa redonda instalada junto a uno de los dos balcones de la habitación, abierto de par en par para aprovechar una brisa intermitente que apenas conseguía mover las cortinas. Sobre los tejados, a poniente, el cielo reflejaba el color rojizo que precedía al anochecer.

—Ahora siento no haber adquirido aún uno de esos aparatos de radio —dijo Salvador, antes de atacar un buen pedazo de queso—. Podríamos estar escuchando las últimas novedades desde Madrid.

—Estás inquieto —afirmó Teresa—. Lo noto.

—¿Y quién no, Teresa? —replicó, sin tratar de negar la evidencia—. Lo peor es la

incertidumbre, no saber qué está pasando.

—Pues fíjate que yo estoy ahora más tranquila que a mediodía, cuando se han conocido las primeras noticias. Si lo que ha dicho Radio Unión es cierto, ya han transcurrido veinticuatro horas desde el inicio de la insurrección en África. Si hubiera cuajado en la Península, lo sabríamos.

—Quizá tengas razón —concedió Salvador—. Si no ha tenido éxito en la capital, es posible que en las provincias se hayan echado atrás. Otra cosa es lo que haga el cabrón de Mola; Navarra es muy especial en todos los sentidos. Quizás en otros lugares no haya un seguimiento por parte de la población civil, pero aquí el apoyo de los carlistas puede resultar fundamental. ¡Si dicen que tienen en pie de guerra a más de ocho mil requetés!

—Ya sabes cómo se exageran las cifras en ocasiones…

—He visto a Aquiles muy nervioso, Teresa. Ha pasado la mañana en Pamplona y ha regresado atemorizado después de conocer de primera mano los planes de ese gobernador militar.

—Tú mismo has dicho que el comandante de la Guardia Civil se mantiene leal a la República.

—Sí, Rodríguez Medel. Dios quiera que pueda plantar cara a Mola, de lo contrario…

Teresa sonrió, y Salvador la miró extrañado.

—Es que no te había oído nunca encomendarte a Dios —se explicó.

—Es una expresión, de tanto oírla se acaba pegando.

—Lo sé… —dijo al tiempo que depositaba en la mesa una bandeja llena de higos.

—Lo que ocurra esta noche puede ser determinante —siguió, retomando el asunto que ocupaba todos sus pensamientos—. Creo que si amanecemos en calma será señal de que el Gobierno ha conseguido sofocar la rebelión. Quizá tuvieran razón después de todo y hayan sido capaces de mantener el control. Si es así, habremos salido ganando. Como en la Sanjurjada, el fracaso del golpe puede servir para depurar a los elementos del Ejército que se hayan significado.

—Así será —respondió ella confiada, al tiempo que colocaba su mano encima de la de su esposo—. Anda, termina de cenar y bájate al Círculo, que lo estás deseando.

—¿No vienes?

—No, estoy algo cansada, esto empieza a pesar. —Se dio una palmadita en la barriga—. Te esperaré leyendo un rato junto al balcón, bajo la lámpara de pie.

—Como quieras, no tardaré —contestó, al tiempo que retiraba la silla y se ponía en pie—. ¿Qué estás leyendo?

—*Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen.

Salvador negó con la cabeza.

—Ten cuidado con esas lecturas —ironizó—, son absolutamente revolucionarias.

Salvador atravesó la plaza, de nuevo en busca de Aquiles Cuadra, el hombre a quien suponía más informado sobre la situación en Puente Real y en Navarra, y lo encontró en el centro de un numeroso grupo de hombres y de mujeres, a la puerta del Círculo Mercantil. Cuando se aproximaba para escuchar sus respuestas, en el lado opuesto del corrillo surgieron murmullos de protesta y el concejal calló. Inmediatamente alzó la vista y observó que varios guardias provistos de sus tricornios se abrían paso hacia Aquiles sin contemplaciones. Salvador se valió de su estatura para observar la escena.

—Buenas noches, señor Cuadra —decía en ese momento el alférez que encabezaba el grupo.

—Usted dirá —respondió el concejal, mientras el círculo se recomponía a su alrededor.

—Como primer teniente de alcalde, es usted la primera autoridad civil de la ciudad en ausencia del alcalde, el señor Burgaleta. Le ruego que dé las órdenes oportunas para que se disuelvan los grupos y todo el mundo regrese a sus casas. El orden público ya está garantizado.

El concejal escrutó el rostro del alférez.

—¿Es una petición o una orden? —preguntó por fin, con tono grave.

—Eso no hace al caso. Le ruego que proceda como le he indicado.

Un muchacho al que Salvador reconoció como dirigente de las Juventudes Socialistas dio un paso al frente para colocarse junto al teniente de alcalde.

—El Gobierno de la República está radiando instrucciones para que nos mantengamos alerta y nos consideremos en estado de alarma, así que nos quedaremos aquí. Simplemente para colaborar con ustedes, las fuerzas del orden, si fuera preciso.

El alférez miró al joven en medio del murmullo de aprobación que habían despertado sus palabras.

—No dispongo de efectivos suficientes para hacer cumplir estas órdenes si no es usted quien ejerce su autoridad como alcalde. Pero le informo de que el capitán Pelegrín regresa en estos momentos a la ciudad con todos los efectivos, y sabe usted bien que se ha prohibido la presencia en las calles de grupos nutridos.

—¿Pelegrín regresa a Puente Real? —inquirió Aquiles Cuadra, ajeno a la nueva admonición.

—Así lo ha comunicado, junto a las instrucciones que acabo de transmitirle.

—Pensaba que debía reunirse en Tafalla con el comandante Rodríguez Medel…

—Rodríguez Medel ha muerto en la Comandancia de Pamplona, al parecer a manos de sus propios subordinados, quienes han tomado partido a favor del pronunciamiento.

Aquiles Cuadra no pudo ocultar su estupor. También Salvador sintió un escalofrío.

—Como autoridad civil —dijo el concejal con todo el aplomo que fue capaz de

mostrar—, debo preguntarle por su posición ante estos sucesos. ¿Comparte usted la postura de sus compañeros de Pamplona?

—Yo me limito a esperar instrucciones de mis superiores, señor Cuadra. Es lo que siempre he hecho.

—Eso me tranquiliza. Confío en la lealtad del capitán Pelegrín. Deseo mantener una entrevista con él en cuanto ponga los pies en Puente Real.

—Yo mismo se lo comunicaré.

—Trataré, dentro de mis posibilidades, de que se mantenga la calma entre los republicanos aquí reunidos. Le ruego que haga lo mismo entre los que no parecen tan dispuestos a respetar la legalidad.

—Lo estamos haciendo, señor Cuadra. Nuestras órdenes son preservar el orden público y abortar cualquier conato de violencia.

El alboroto se desató en cuanto los guardias abandonaron la plaza para continuar con su patrulla. El joven socialista que había tomado la palabra interpeló a Cuadra.

—Aquiles, la muerte de Rodríguez Medel significa que en Pamplona ha triunfado el golpe. Es cuestión de muy poco tiempo que las órdenes de los sublevados lleguen aquí.

—Lo sé, Huguet —respondió el concejal, con la preocupación pintada en el rostro—. Pero no estamos preparados para esto. ¿Disponéis de armas?

—Apenas seis pistolas y revólveres, y doce escopetas que nos han proporcionado las Juventudes de Éibar.

—Traedlas aquí, al Círculo. Y haced correr la voz, todas las armas aprovechables y todos los hombres dispuestos a usarlas deben presentarse aquí cuanto antes. Estoy obligado a defender la legalidad que represento, con la fuerza si es preciso.

Hacía tiempo que las campanas de la Casa del Reloj habían anunciado la medianoche cuando la atención de Salvador y la de todos los reunidos junto al Círculo se concentró en el arco de acceso a la plaza más próximo al hospital de Nuestra Señora de Gracia. Los desaforados gritos de «¡Arriba España!» que se oían con creciente nitidez precedieron a la entrada de un grupo de desconocidos, forasteros sin duda. Estos desfilaron uniformados con camisas cuyos tonos azules apenas se distinguían bajo la tenue luz de los faroles y mostrando de manera ostentosa las pistolas que portaban.

El primero que se acercó al grupo fue uno de los serenos más veteranos.

—¡Alto a la autoridad! —gritó, con la mano en la culata del arma que portaba—. ¿Adónde van ustedes?

—¡Qué alto ni qué cojones! —replicó el que parecía el cabecilla, empuñando en alto su pistola—. ¡Arriba España!

Los primeros disparos de la guerra en Puente Real resonaron entre las cuatro fachadas de la plaza, provocando la desbandada de los cientos de personas que aún

llenaban las terrazas. Las sillas metálicas, las mesas y los sillones de mimbre rodaron por el suelo entre gritos y empujones. Las puertas de entrada a los bares se vieron colapsadas por decenas de hombres y mujeres que pugnaban por refugiarse en el interior, de forma que muchos optaron por parapetarse tras las mesas volcadas, mientras otros corrían a esconderse en los servicios de los bajos del quiosco central. Otro de los serenos acudió hasta el lugar donde se encontraba Aquiles Cuadra en busca de órdenes.

—Cumplan con su tarea. Repelan la agresión —dispuso este con voz firme.

El primer sereno se había refugiado tras una pequeña puerta del quiosco donde se guardaban los útiles de limpieza y, desde allí, comenzó a disparar en dirección a los falangistas, resguardados entonces tras una camioneta estacionada a las puertas del hospital. Salvador vio a otros serenos y a un concejal disparando contra el grupo, mientras los gritos de dolor advertían que se habían producido los primeros heridos. Fue consciente del riesgo que corría cuando un muchacho vestido de militar, un soldado de regulares de permiso, cayó a su lado con el rostro crispado, sujetándose el muslo, que acababa de atravesarle una bala. Lo tomó por los sobacos y trató de hacerse hueco, entre gritos de advertencia, a través de la puerta del Círculo.

—Ayúdame a juntar dos mesas —le pidió a Vicente, el camarero, que lo miraba boquiabierto desde la barra, sin comprender aún lo que sucedía.

Acostaron al muchacho en la superficie de mármol, y Salvador improvisó un torniquete con su propio cinturón.

—Tranquilo, chaval, no es nada —trató de calmarlo—. Ahora te acercamos al hospital.

Con un gesto indicó a Vicente que se ocupara de él, antes de lanzarse hacia la puerta de nuevo. Aquiles Cuadra se encontraba en el exterior, inmóvil, absorto e incrédulo ante las imágenes que se desarrollaban delante de sus ojos. Salvador lo sujetó del brazo.

—¡Entra, joder! ¿Qué coño haces aquí? ¿Esperar a que te metan un tiro?

El concejal se limitaba a negar con la cabeza.

—Esto no puede estar pasando, Salvador… —musitó.

Un estruendo de cristales rotos procedente del piso de arriba les hizo agachar la cabeza y zanjó sus dudas. Los disparos, sin embargo, se fueron espaciando, pese a que los gritos en el exterior persistían. Uno de los serenos entró sudoroso, buscando al concejal.

—Hemos podido rechazarlos, señor Cuadra, han retrocedido a través del arco por el que han entrado. ¿Qué hacemos?

—Asegúrese de que no hay peligro y evacuen los bares de la plaza, solo deben permanecer en ella hombres dispuestos a la defensa que cuenten con algún tipo de arma.

—¿Cree que habrá más tiros?

—¡Yo qué sé, Valentín! —respondió con tono asqueado, mientras se dirigía de

nuevo a la salida—. Estos eran forasteros, no sabemos qué va a pasar con los de aquí.

Como respondiendo a sus dudas, nuevos disparos reverberaron en las fachadas, esta vez más intensos. Parapetado en la esquina de la plaza con la calle Gaztambide, el mismo sereno que había hecho frente al primer grupo disparaba contra alguien que al parecer avanzaba hacia su posición.

—¡Felipe! —gritó el concejal—. ¿Qué pasa?

—Los de la Falange, señor Cuadra. Y los carlistas. Vienen juntos, desde el casino y desde el Círculo.

En cuatro zancadas, Salvador había salvado la distancia que lo separaba de la calle paralela que desembocaba en la plaza y regresaba ya para contarle a Aquiles lo que acababa de ver.

—Por la calle Muro casi todo son camisas azules, con fusiles y mosquetones. Y la Guardia Civil se ha unido a ellos.

—¿Qué dices, Salvador? —El concejal se volvió, descompuesto.

—Estamos entre dos fuegos, Aquiles, y no podemos hacer nada frente a centenares de hombres armados. Es cuestión de minutos que tomen la plaza.

—No sin resistir, joder. ¡Que todo el mundo se refugie en los bares y en los pisos altos! —ordenó—. ¡Romped los cristales y disparad desde las ventanas, hasta la última bala! Si entran en la plaza, esta noche será nuestro fin.

El Círculo Mercantil acabó convirtiéndose en el refugio de Salvador, Cuadra, Huguet y varias decenas de hombres más, todos republicanos y sindicalistas. Apenas tenían armas, tan solo las dos pistolas de los dos miembros de las Juventudes Socialistas, algún viejo fusil y varias escopetas de caza. A juzgar por la intensidad del tiroteo, los efectivos de los sublevados y sus armas eran más numerosos de lo que habían supuesto. Por fortuna habían logrado trasladar al muchacho herido al hospital, aprovechando los escasos minutos de calma que se habían producido. Desde el balcón de la primera planta vieron cómo dos serenos y varios hombres armados buscaban refugio, casi a gatas, en los aseos del quiosco. Ya no había resistencia en las calles, y las camisas azules y las boinas rojas empezaban a asomar en las esquinas de la plaza de los Fueros.

—Si nadie les dispara es que ya no quedan municiones —reconoció Huguet con desaliento, volviéndose con rabia—. ¡Mierda, joder! Estamos perdidos.

—Si la Guardia Civil se ha unido a la sublevación, desde luego. —Aquiles Cuadra asintió—. Solo nos queda aguantar aquí y esperar que el golpe fracase.

—¿También se ha unido el capitán Pelegrín? —se preguntó Salvador.

—O se ha unido o le han metido un tiro en la cabeza —respondió Huguet—, pero ahí están los guardias.

—¡Hostias! ¡Y Herminio! —exclamó Salvador—. Míralo en la esquina, con su Mauser en la mano.

—Cabrón, ¿ya tienes lo que buscabas? —pareció escupir Aquiles.

Como si los hubiera oído, el líder local de la Falange alzó la vista hacia el balcón. Antes de que pudieran reaccionar, la bala había destrozado el vidrio para ir a incrustarse en la moldura de escayola del techo. Todos se agacharon de forma instintiva, protegiéndose el rostro con los brazos. Cuando se incorporaron, Aquiles se llevó la mano a la cara, ensangrentada.

—Espera —dijo Salvador—, tienes una esquirla en la frente.

—¡Maldito hijo de puta! —soltó el concejal con rabia, y apretó los dientes mientras se la extraían.

—Saben que estás aquí, Aquiles. Este sitio no es seguro para ti, ya ves el recado que te han mandado —añadió Salvador.

—Ni para mí ni para nadie —objetó—. No veo más solución a esto que salir ahí afuera y dialogar con ellos. Sigo representando a la autoridad del consistorio.

En ese momento la voz de uno de los hombres apostados en la esquina llegó con toda nitidez a través del cristal hecho añicos.

—¡Salid de ahí, rojos de mierda! ¿O queréis que entremos a por vosotros? Tirad las armas a la calle y desfilad con los brazos en alto. Nadie saldrá herido.

—Voy a salir —anunció Aquiles, encaminándose hacia las escaleras.

—¡Quieto! —gritó Huguet, asiéndolo por el brazo—. ¿Tú estás loco? Si te cogen estás muerto, Aquiles. Como muchos de nosotros. No sé cómo, pero tienes que intentar huir. Si acaban con quien ostenta la legítima autoridad, tendrán el camino libre para imponer la suya. Mientras estéis vivos, el alcalde y tú seréis los representantes democráticos de la ciudad, y ellos solo unos usurpadores.

—Debo evitar que esto se convierta en un baño de sangre.

—Que salga quien quiera, los que no se hayan significado no tendrán qué temer. Pero tú y yo somos los líderes de nuestros partidos y nos espera el pelotón de fusilamiento. Debemos escapar de aquí y pasar a la primera ciudad que se haya mantenido leal a la República. Aquí no podemos hacer nada.

—Tiene razón, Aquiles —le aconsejó Salvador.

—Habláis como si fuera fácil salir de aquí…

—Vamos abajo.

La media docena de hombres que permanecían en la planta superior descendieron las escaleras de madera que conducían al bar. Salvador fue directo a la esquina de la barra, donde seguía Vicente, como si los parroquianos fueran a seguir pidiendo vinos.

—Escucha, Vicente… ¿Hay alguna manera de salir del local por la parte de atrás?

El camarero vaciló.

—Abajo está la bodega —respondió—. Pero es una ratonera, por allí no hay salida. Y luego… sí, en los urinarios hay un ventanuco que da al río.

—¿La ventana de los urinarios da al río? —preguntó Salvador esperanzado—. Podría servir, siempre y cuando aprovechemos la oscuridad de la noche.

—Pero el paseo estará atestado de falangistas y guardias civiles.

—No cuando entren en la plaza —razonó Huguet—. Además, si podemos bajar hasta el cauce, la idea es escapar por el túnel que cruza la plaza por debajo. Si lo conseguimos, la maleza del otro lado de la Casa del Reloj puede cubrir nuestra huida.

El rostro de Salvador pareció iluminarse.

—¡Joder, sí! He dejado abierta la ventana de la trasera de la imprenta. Podemos entrar por allí, una vez dentro ya pensaremos cómo escapar.

—No sé, sigo pensando que en la calle Muro habrá mucha luz, si nos ven saltar al río nos van a freír —dudó el concejal.

—No se preocupe usted —intervino un jornalero que les escuchaba.

Llevaba la barba sin afeitar, una colilla colgada de la comisura de los labios, camisa blanca remangada y la boina calada. En la mano derecha sujetaba una deslustrada escopeta de caza.

—Yo me subo al *tejao* y los despisto con los cartuchos que me quedan. O mejor, meto cuatro tiros a las farolas del paseo y lo dejo a oscuras. Nadie los verá saltar al río.

El concejal miró de frente a aquel hombre rudo y franco, y le puso la mano sobre el brazo.

—Te lo agradecemos —dijo emocionado.

—No me agradezca nada, señor Cuadra, que ya toca corresponder a lo que usted ha *luchao* por lo nuestro. De poco va a servir, me parece, pero ahí queda. Ah, y lo mismo vale para la señora de este hombre —dijo volviéndose hacia Salvador—, que conmigo no pudo, pero a mi Miguela le enseñó a leer y a escribir. Le da usted recuerdos de parte del Modesto.

Salvador asintió con la cabeza, sonriendo.

—Pues cuando me digan yo me subo al *tejao*.

Sonaron dos campanadas en el momento en que sacaban los pies del agua por detrás de la imprenta. En total ocho hombres habían atravesado el túnel atestado de ratas y desechos por el que el río Queiles cruzaba bajo la plaza de los Fueros. Todos habían preferido seguir a Huguet a lo largo del cauce en busca de la salida de la ciudad, y solo Aquiles había atendido la sugerencia del impresor de pernoctar en su casa o en la imprenta, a la espera de acontecimientos.

Salvador saltó con agilidad por la ventana y, al cabo de un instante, abrió la pequeña portezuela de madera que comunicaba la trasera del edificio con el cauce del río. Por precaución evitó encender ninguna luz, y se las arreglaron con una simple vela para atravesar las dependencias de la imprenta, que se encontraba a oscuras con los ventanales de la calle obturados.

—Sígueme, subiremos a casa.

—Lo primero que debes hacer es tranquilizar a tu mujer. Habrá oído los disparos y estará inquieta. Yo puedo esperar aquí.

—Subiremos juntos.

Aún no había terminado de introducir la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió de par en par. La luz del pasillo inundó el rellano y Teresa, sin reparar en la presencia del concejal, que aún ascendía los últimos escalones, se lanzó hacia su esposo para rodearlo con los brazos.

—¡Salvador, por fin! —sollozó—. ¡Estaba a punto de salir a buscarte, no soportaba más la incertidumbre!

—Lo sé, lo sé, cálmate, ya estoy aquí —le susurró al tiempo que le besaba las mejillas una y otra vez.

—Se han oído muchos disparos, la gente corría por la calle, decían que ha habido heridos y…

—Ya ha pasado, tranquilízate. No vengo solo…

Teresa miró entonces por encima del hombro de Salvador y vio el cabello negro y engominado del joven abogado, que esperaba junto a la escalera.

—¡Ah, señor Cuadra! Discúlpeme.

Se apartó de su marido y se atusó el cabello, la blusa y la falda.

—No hay nada que disculpar, Teresa. Ha debido de pasar usted el peor rato de su vida.

—No lo dude ni un momento —respondió, y tragó saliva, aliviada—. Pero entremos…

—El tiroteo nos ha sorprendido en el Círculo. Era imposible cruzar la plaza para venir a casa.

—En ese caso, si estáis aquí supongo que ya ha pasado todo…

—No exactamente, Teresa —dijo el concejal—. Al parecer la Guardia Civil se ha sumado al golpe, y han tomado la ciudad por la fuerza. Los de la Falange y los carlistas se han echado a la calle con un arsenal de armas.

—¡Oh, Dios! —masculló Teresa, cubriéndose la boca con los dedos—. ¿Y os han dejado llegar hasta aquí?

—Hemos escapado del Círculo descolgándonos hasta el río —explicó Salvador—. Hemos cruzado la plaza por debajo.

Teresa reparó entonces en los pantalones de ambos, empapados hasta por encima de las rodillas, y en los zapatos embarrados.

—¡Habéis huido! —exclamó, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Tranquilízate, Teresa, me buscan a mí; contra Salvador no tienen nada.

—Apaga las luces, nadie debe saber que estamos despiertos.

—Pero ¿tú crees que hay alguien durmiendo en todo Puente Real? —replicó Teresa, si bien siguió el consejo de su esposo.

—Con la vela será suficiente —añadió Salvador, y la depositó sobre una estantería apartada de la ventana.

—Os prepararé un café. Aunque… ¿ha cenado usted, señor Cuadra? —preguntó, tras reparar en la posibilidad.

—Llámame Aquiles, por favor —rogó—. No, no he probado bocado desde el almuerzo… pero tampoco sería capaz de hacerlo. Te agradeceré ese café, eso sí.

Teresa prendió otra vela y, con la palmatoria en la mano, abandonó la habitación, en dirección a la cocina.

—Sentémonos —sugirió Salvador señalando los dos sillones que había en uno de los rincones. Creo que nos va a costar digerir lo que está pasando ahí fuera.

—No comprendo qué hace el Gobierno de Madrid. En las alocuciones de radio se limitan a repetir que todo está bajo control, cuando resulta evidente que no es cierto.

—Quizá solo sea cosa de Navarra; la presencia de los carlistas la convierte en un caso singular. Quizás el golpe solo haya tenido alguna repercusión aquí.

—Quizá… —se limitó a repetir el concejal, aunque su expresión de desaliento desmentía el aparente acuerdo—. Pero esa gente parecía dispuesta a todo. ¿No has percibido el odio en sus voces?

—Si paran el golpe desde arriba, tendrán que volver a sus casas con el rabo entre las piernas.

—Me da mala espina, Salvador. Una vez que se han enseñado las cartas es difícil dar marcha atrás. Ojalá me equivoque, pero esto tiene pinta de ir a acabar en un baño de sangre.

Teresa llegó sosteniendo una bandeja con dos humeantes tazas de café y se detuvo en seco bajo el dintel al oír la última frase del concejal.

—Tranquila, todavía queda esperanza de que no sea así —agregó Aquiles con escasa convicción—. ¿Tú no tomas?

—No debo —respondió ella con una sonrisa forzada, al tiempo que se llevaba la mano al vientre—. Se pone nervioso.

En ese momento les sobresaltó una ráfaga de disparos.

—¡Dios mío! Me angustia no saber qué está pasando —gimió el concejal—. Me siento mal, debería haberme enfrentado a ellos, no salir huyendo para salvar la vida.

—Tú lo has dicho, Aquiles. Si te hubieras quedado, solo habrías conseguido perderla.

—No, no se habrían atrevido a tanto.

—Has hecho bien —declaró Teresa—. Es mejor que no te hayas quedado a comprobarlo. Si llevan meses reuniendo armas y practicando con ellas, es por algo.

—Puedes quedarte aquí hasta que se aclare la situación —ofreció Salvador—. Cuando sepamos lo que ha pasado en el resto de Navarra y de España podrás decidir qué hacer.

—Te lo agradezco, pero no, aquí supongo un peligro para vosotros. Me iré en cuanto tenga una oportunidad, pero os aseguro que de mañana no pasa.

—Cuando amanezca tendremos noticias, y seguro que veis las cosas con más claridad. Ahora conviene que tratéis de descansar —sugirió Teresa mientras se levantaba—. Te prepararé la habitación.

—¡No, Teresa! No te molestes —le rogó tomándola del brazo—. Si acaso daré

una cabezada aquí mismo, en el sofá, pero me siento incapaz de tumbarme en una cama mientras ahí fuera…

Teresa se detuvo y captó la seña de Salvador.

—De acuerdo, lo comprendo. Pero trata al menos de dar esa cabezada, no sabemos lo que nos deparan los próximos días.

Salvador, aún vestido, saltó de la cama como un resorte al comprender que los golpes apagados que se oían procedían de la puerta principal de la vivienda. Cuando se asomó a la sala Aquiles ya estaba en pie, y bastó con una seña para que saliera en silencio en dirección a las habitaciones.

—¿Quién va? —preguntó, al tiempo que giraba el mecanismo que descubría la mirilla.

Antes de recibir respuesta había liberado el cerrojo y abierto la puerta.

—¡Hola, José! —saludó sin poder ocultar su sorpresa—. Pasa, por favor.

El aprendiz llevaba la boina roja de requeté en la mano y vestía una camisa caqui con los emblemas carlistas. Doblado bajo el brazo, llevaba un ejemplar del *Diario de Navarra*.

—Buenos días, Salvador. Buenos días, doña Teresa —saludó con respeto cuando la vio aparecer tras él—. Será solo un momento… Me ha parecido oportuno venir a traerles noticias, supongo que habrán pasado mala noche.

—Así es, José. No sabes cuánto te lo agradecemos —respondió Salvador, haciéndose a un lado—. Pasa, por favor. ¿Qué se sabe?

Por toda respuesta el chico extendió el periódico y se lo tendió a su patrón. Salvador lo tomó entre las manos y se acercó a la ventana, por la que ya entraba suficiente claridad para leer. El titular decía: «¡Arriba España!», y Salvador leyó la primera información en voz alta, mientras Teresa se acercaba. «El general Mola declara el estado de guerra en toda Navarra».

Y con tipografía todavía más grande: «Hoy, a las diez de la mañana, el general Mola dirigirá una alocución a España desde Radio Navarra».

—El bando, lea usted el bando, en la columna central —le indicó el muchacho.

Salvador se acercó el diario a la cara para poder leer aquella letra, mucho más menuda y apretada. El gesto se le fue endureciendo a medida que avanzaba.

—¿Qué? —inquirió Teresa, frente a él.

—Estado de guerra, todas las fuerzas militarizadas, se autoriza a repeler por la fuerza cualquier agresión —resumió el impresor—, se prohíben las huelgas y manifestaciones, se prohíbe el uso de banderas no autorizadas, se prohíben las reuniones…

—¿También las reuniones? ¿De cualquier clase? —cortó Teresa, con amargura.

—Hasta en los restaurantes y en los cafés —confirmó—. Se prohíben las emisiones de radio no autorizadas, se prohíbe… ¡Se prohíbe todo, joder! Y acaba

diciendo que quedan en suspenso todas las garantías individuales establecidas en la Constitución.

Salvador siguió ojeando la primera plana del periódico.

—¡Joder! —exclamó de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Teresa, inquieta.

—Que esto va en serio, escucha. Se asegura que el presidente del Gobierno ha ofrecido a Mola la formación de un gobierno de derechas a condición de que el ejército deponga las armas… ¡Y él se ha negado! Dice que solo el ejército puede traer al país la tranquilidad que necesita. Y aquí abajo… asegura también que Franco controla ya Sevilla y que ha trasladado allí a las tropas de África.

Salvador devolvió su atención a José.

—¿Y aquí? ¿Qué está pasando aquí?

El muchacho asintió, como si estuviera esperando la pregunta.

—Se han producido muchas detenciones, Salvador, dicen que la cárcel está llena. Pero todo parece en calma ya, hace horas que no se oye un solo disparo. Dicen que hoy mismo salimos hacia Pamplona, y de allí a Madrid, si es que el Gobierno no cae antes.

—¿A quién han detenido? ¿Bajo qué acusaciones?

—Yo no lo sé, Salvador, por ahí solo se habla «de los rojos», sin ponerles nombre. Pero supongo que serán los dirigentes de los partidos y sindicatos más radicales, aquellos que se han distinguido por la violencia contra la Patria… y contra Dios.

—¿Y qué se sabe del alcalde y los concejales?

—Creo que se ha convocado un pleno del Ayuntamiento para esta tarde. Sin duda todos serán cesados y se nombrará una nueva corporación. Pero dicen que algunos, como Aquiles Cuadra, ya han desaparecido.

—¿Quieres decir que han huido? ¿Y se sabe adónde pueden haber ido?

—No tengo ni idea, pero desde luego los están buscando, han salido patrullas en camiones en todas las direcciones, y algunos han sido apresados ya. Aseguran que algunas ciudades cercanas siguen en manos de los republicanos, quizás el resto vaya a alguna de ellas.

Salvador asintió, observando al aprendiz con gesto cansado.

—Gracias por venir —dijo al fin—. Sé que no es fácil para ti.

—Tenía que hacerlo, para traerles noticias… y para advertirles. Vayan con mucho cuidado, entre los carlistas y los de Falange hay muchos exaltados. Si por algunos fuera…

Salvador reparó en el silencio del muchacho.

—Entiendo, y te lo agradezco. Nos conduciremos con la prudencia que nos recomiendas.

—Doña Teresa… deje usted las clases y quédese en casa. Hágame caso, por favor.

Salvador asintió.

—Lo hará —aseguró.

—Y usted… limpie la imprenta, sin tardar un minuto —rogó preocupado, con evidente intención en el tono de voz—. Yo hoy, como es domingo, no puedo ayudarle, pero mañana no abra sin haber destruido cualquier rastro, ya sabe.

—Descuida, José.

Teresa se acercó al chico, lo tomó de las manos y depositó un beso en su rostro.

—Eres un gran muchacho. Los dos te agradecemos lo que haces.

José asintió, turbado y con la vista clavada en el suelo.

—Ahora tengo que irme.

—Por supuesto… Y tranquilo, no es necesario que te arriesgues viniendo a casa, es mi intención hacer vida normal si todo vuelve a la calma.

—Esperen unos días antes de dejarse ver y estén atentos a lo que sucede con otros —le dijo a Salvador cuando pisó el rellano—. Si nota que las cosas se ponen feas, váyanse.

Cuando cerró la puerta y regresó a la sala, Aquiles ya tenía el periódico entre las manos.

—Supongo que has oído toda la conversación… De momento no parecen sospechar que sigues aquí.

El concejal asintió sin apartar la vista del diario.

—¡Hijos de puta! —exclamó, con el rostro encendido—. Si todo esto es cierto, los militares están muy seguros de su éxito. Y el Gobierno no parece tener resortes para hacerles frente, aunque mantengan el poder en la capital.

—Y de Cataluña no hablan, quizá tampoco allí haya triunfado el golpe.

—Pues ¿sabéis lo que yo opino? —intervino Teresa—. Que, llegados a este punto, lo peor que puede pasar es que unos y otros se repartan el país. En ese caso esto lleva camino de convertirse en una sangrienta guerra civil.

A primera hora del lunes, la galera que solían utilizar para el reparto de los encargos se encontraba junto a la fachada de la imprenta, con la trasera pegada a la puerta. Solo Salvador se afanaba aquella mañana ordenando los fardos, mientras Teresa contemplaba inquieta la escena tras las cortinas del balcón. Salvador colocó los paquetes en forma de U, cuidándose de que el hueco central fuese lo bastante amplio para acoger a un hombre. Con trabajo colocó un panel de madera encima y empezó a cargar una segunda tanda de embalajes. Esbozó una sonrisa irónica al poner sobre el tablero las cajas que contenían los centenares de programas de las fiestas de Puente Real, suspendidas en el mismo pleno en el que se había cesado a los concejales electos, la tarde anterior. Al menos, si todo salía bien, aquellos folletos tendrían alguna utilidad. Miró a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie se acercaba y silbó tres veces. Aquiles Cuadra salió de la imprenta y se deslizó en el hueco, y

Salvador lo cerró inmediatamente con los últimos fardos. Sin pérdida de tiempo, cogió al mulo por el ronzal y lo hizo avanzar por el pavimento en dirección al arrabal, entre los agudos quejidos del viejo carromato.

Capítulo 22

Viernes, 24 de julio de 1936

Teresa se despertó sobresaltada y tardó en situarse. La luz intensa que se filtraba a través de los orificios de la persiana le hizo recordar que se había acostado tras el almuerzo. Se incorporó, y el ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que descansaba abierto sobre su pecho cayó al suelo de tarima, levantando una pequeña nube de partículas que revolotearon entre haces de luz. El rumor de la maquinaria le indicó que Salvador se encontraba en la imprenta, pero no era aquello lo que la había despertado, sino un estrépito de cristales rotos. Se calzó las alpargatas de esparto, abrió la ventana y tiró de la cuerda para enrollar la persiana de madera. Pese a que el sol inclemente la deslumbró, asomó la cabeza para comprobar que la calle se hallaba completamente desierta. Cerró de nuevo y cruzó la habitación para salir al pasillo. Se dirigió hacia la ventana de la cocina para echar un vistazo a la parte trasera del edificio, a la pequeña parcela que daba al río, pero al cruzar el umbral mil fragmentos de vidrio crujieron bajo sus pies. Avanzó con cuidado tratando de no cortarse y abrió la ventana. La sorpresa debió de reflejarse en su cara cuando descubrió, mirando hacia arriba, el rostro familiar de José, el aprendiz. Teresa se limitó a encogerse de hombros a la vez que le interrogaba con el gesto. El muchacho respondió señalando a la portezuela trasera para que le abriera.

Teresa salió al rellano y cogió las llaves que descansaban en el cenicero de alabastro de la entrada. Cerró la puerta y bajó las escaleras con prisa. Al abrir la puerta que comunicaba con el taller, el ruido se hizo mucho más intenso, pero Salvador se encontraba de frente a ella y la vio al instante. También él alzó la cabeza, interrogándola con el gesto. Teresa se acercó.

—Es José, pide que le abras, por atrás.

Salvador frunció el ceño, pero accionó un interruptor y el sonido de la máquina que estaba utilizando se fue apagando de forma gradual.

—¿José? —dijo entonces, extrañado—. ¿No había salido con los voluntarios de Somosierra?

—Corre, abre, algo querrá…

El muchacho se coló en el interior en cuanto su patrón retiró el cerrojo, sin saludar apenas. Salvador cerró la puerta tras él y lo siguió a través del almacén, hasta el lugar donde esperaba Teresa. El gesto del aprendiz era tenso, y su respiración, ligeramente entrecortada.

—Tenéis que marcharos —espetó.

—¿Marcharnos? ¿Por qué? ¿Qué sabes? —preguntó Salvador, alterado.

—Están deteniendo a muchos, tantos que en la cárcel ya no caben más. Se los están llevando al fuerte de San Cristóbal.

—Pensaba que habías salido con la columna que partió hacia Somosierra.

—Esa era la idea, pero alguien en la comandancia militar decidió que era demasiado joven. Me han dejado en la cárcel, como refuerzo de los guardias. Pero ¿qué importa eso ahora? —soltó, impaciente—. Tenéis que escapar… y hoy mismo.

—Tranquilízate, José. Dinos todo lo que sepas… —rogó Teresa.

—El domingo, cuando llegó la columna del regimiento de infantería, lo primero que hicieron fue tomar la Casa del Pueblo y las sedes de varios partidos. Por lo que he oído, en casi todas han encontrado la documentación íntegra, y están tirando de las listas para llevar a cabo las detenciones.

—Nosotros no tenemos nada que temer, no hemos hecho nada censurable —objetó Teresa, tratando de transmitir calma.

—Por favor, Teresa, tienen que hacerme caso, les he oído hablar, seguramente vendrán esta noche. Le aseguro que a muchos en Puente Real no les gustaban sus ideas, su defensa del sufragio femenino… y sobre todo la manera en que entiende usted la enseñanza. Y para colmo están ustedes casados por lo civil. No pueden pasar ni una noche más aquí.

—¿Qué pueden hacernos? ¿Detenernos para interrogarnos? No podrán sostener ningún cargo contra nosotros…

José soltó una risa cargada de sarcasmo.

—¿Acaso cree que es necesario? Están arrestando a cualquiera que se haya significado en contra de sus ideas.

—De vuestras ideas —corrigió Teresa.

—Sí, es cierto, pero con ustedes mantengo una deuda de gratitud, sé que son personas cabales y por eso estoy aquí, para advertirles.

—Te lo agradecemos, José —contestó Salvador, al tiempo que le apoyaba una mano en el hombro—. Pero no podemos huir así, no ahora… Teresa está embarazada de cinco meses, ¿adónde iríamos?

—¡No me joda, Salvador! ¿Es que no quiere entenderme? —exclamó con vehemencia, retirando el hombro—. Está bien, se lo explicaré con toda crudeza. No se crea que me he arriesgado a venir aquí solo para meterles miedo. Estoy de guardia en la cárcel y los oigo a diario, oigo a los jefes del requeté y a los de la Falange. Por eso le aseguro que muchos de los que están en la cárcel y de los que quedan por entrar no saldrán de allí si no es con los pies por delante. ¿No han oído los discursos de Mola? ¿No sabe lo que dijo el mismo día que declaró el estado de guerra?

—No hemos salido de aquí desde entonces.

—Pues le aseguro que sus palabras se han repetido hasta la saciedad desde aquel día, y el mensaje está calando. Dijo que había que sembrar el terror y dar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros. A todas horas habla de fusilar a los enemigos. ¡Llegó a decir que si viera a su padre en las filas contrarias no dudaría en fusilarlo! Le aseguro que en Puente Real hay muchos deseando empezar.

Salvador posó en Teresa una mirada triste y cargada de inquietud. Ella, de forma

tal vez inconsciente, se había llevado la mano al vientre abultado, mientras observaba al muchacho con gesto asqueado, quizá sin querer creer sus advertencias.

—Ah, y le digo una cosa —insistió el muchacho—: si decidieran quedarse y al final no sufrieran las represalias que se anuncian, olvídese de su puesto de directora en la escuela, olvídese de volver a impartir clases en Puente Real, jamás se lo van a permitir.

Salvador se pasó la mano por el rostro, y los tres guardaron silencio.

—No temo por mí —dijo Salvador por fin, dirigiéndose a su esposa—, pero llevas ahí a nuestro hijo. A él no podemos ponerlo en riesgo…

—Pero, Salvador, ¿adónde iríamos? —preguntó, sin duda sorprendida por las palabras de su esposo.

—Cualquier opción es buena, excepto la de permanecer aquí —insistió el aprendiz—. Creo recordar que en una ocasión me habló de que tenía usted familia en Francia. Además habla francés correctamente. He oído que se están organizando columnas de evacuación desde varias ciudades cercanas que no se han sumado al alzamiento. Solo tienen que llegar hasta alguna de ellas.

Teresa asintió, sin ocultar su pesadumbre.

—Nuestra familia más directa está en Vizcaya —explicó Salvador—. Podríamos ir allí.

—Es perfecto, Vizcaya no se ha sumado al golpe —anunció el muchacho, satisfecho.

—¿Tú estás de acuerdo? —preguntó Salvador a su mujer.

Teresa asintió lentamente, mordiéndose los labios quizá para ocultar el temblor que los sacudía. Lo que no pudo evitar fue que una gruesa lágrima se deslizara por su mejilla.

—Es lo mejor, háganme caso. Pero tienen que partir cuanto antes, no pueden pasar aquí una noche más.

—¡Pero eso es imposible! Habrá que preparar el equipaje y…

—¡Teresa, olvídese de organizar una mudanza! Prepare usted una maleta que puedan acarrear incluso a pie, y abandonen la casa esta misma tarde, lo más discretamente que puedan. Ojalá me equivoque, pero puede que esta misma noche vengan en su busca. Esta mañana me han enviado con un recado a la comandancia militar, y al entrar en el despacho… usted era el tema de conversación de los reunidos.

—¿Hablaban de Teresa?

El aprendiz asintió.

—Y no en términos elogiosos, créanme.

—Está bien, buscaremos otro sitio donde pasar la noche —decidió Salvador, visiblemente asustado—. Pero si no ocurre nada, regresaré mañana para preparar la marcha con más calma.

—Les ofrezco mi casa si no disponen de…

—No, eso sería poner a tu familia en peligro —negó Teresa, tajante—. Bastante has arriesgado ya llegándote hasta aquí. Tengo las llaves de la escuela, allí no nos faltará sitio.

Salvador se volvió hacia el aprendiz y lo tomó del brazo de nuevo.

—Ya lo has oído, José, seguiremos tu consejo. Ahora vete, de lo contrario te echarán en falta.

El muchacho agachó la cabeza. Estrujaba la boina roja entre las manos. Cuando alzó la mirada, Salvador vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. A continuación los dos se fundieron en un abrazo, mientras un llanto ahogado agitaba el pecho del chico.

—Nunca podré agradecerle lo suficiente el trato que me ha dado…

—Si es cierto lo que cuentas… quizá nos hayas salvado la vida.

El muchacho trató de sonreír, mientras se situaba frente a Teresa. Le tendió la mano con cortesía, pero ella se acercó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Somos nosotros los que siempre estaremos en deuda contigo. Cuídate mucho —dijo con cariño—. Volveremos a encontrarnos cuando esta pesadilla haya acabado.

—Dios la oiga —respondió el muchacho, secándose los pómulos con el dorso de la mano.

Salvador permaneció un momento bajo el dintel, contemplando cómo el joven aprendiz se alejaba entre la vegetación del cauce. Después cerró la puerta y, con movimientos pausados, corrió el cerrojo. Cuando se volvió, Teresa lo miraba con los ojos anegados en lágrimas. Él la tomó por la cintura cuando se le acercó para rodearlo con brazos temblorosos.

—¿Por qué, Salvador? —se lamentó, apoyando la cabeza en el hueco de su hombro—. ¿Qué daño hemos hecho para tener que huir así?

—Debemos ser precavidos, es solo eso. Por nuestro hijo…

Teresa se limitó a cerrar los ojos. También él los cerró y permanecieron así, abrazados en la penumbra del almacén, sin hablar, hasta que tres sonoros golpes en la puerta de la imprenta los sobresaltaron. Teresa sintió que los músculos de Salvador se tensaban bajo la presión de sus dedos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

Salvador negó con la cabeza, al tiempo que caminaba hacia la entrada. El sol proyectaba una sombra intensa a través del visillo que cubría la puerta, parcialmente acristalada.

—Tranquilízate, es un hombre solo —dijo.

Los rayos del sol penetraron en el local de forma casi lacerante cuando la silueta de Vicente, el camarero del Círculo Mercantil, se recortó bajo el vano.

—¡Vicente! ¡Qué sorpresa, tú aquí a estas horas! ¿No trabajas?

El camarero entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Trabajar? —dijo con sorna, al tiempo que se secaba el sudor de la frente con la mano—. ¿Dónde? El Círculo ya no existe, ahora es la sede de Falange.

—Lo lamento —contestó Salvador, con gesto consternado.

—¡Hola, Teresa! —saludó el otro, al percatarse de su presencia.

Ella correspondió con una sonrisa.

—Hola, Vicente. ¿Cómo está tu mujer?

—La Emilia bien, un poco asustada con todo lo que está pasando… pero con la tarea que tiene no le queda mucho tiempo para pensar.

—¿Sigue sirviendo en casa del boticario?

—Hasta hoy sí, pero me da que van a marcharse de aquí, no sé por qué…

—¿Y qué te trae por aquí? —interrumpió Salvador.

El rostro del camarero se ensombreció de súbito, como si la breve conversación con Teresa le hubiera hecho olvidar el verdadero objeto de su visita.

—Vengo a advertiros…

—Me temo que sé lo que nos vas a decir —aventuró Salvador.

—¡Joder, están yendo a por todos…!

—Lo sabemos, Vicente, ya estamos avisados. Nos iremos esta misma tarde.

—¿Y adónde pensáis ir? Si no tenéis a nadie en Puente Real.

—Hemos pensado en pasar la noche en la escuela —explicó Teresa—. Todavía tengo las llaves.

El camarero soltó una carcajada ahogada.

—¿En la escuela? —Rio—. ¿Entre los soldados del regimiento de infantería de Arapiles? —Vicente se detuvo lo justo para comprobar el efecto de sus palabras antes de continuar—. Tu escuela es ahora un cuartel militar, Teresa, olvídate de ella —explicó—. Vosotros os venís conmigo ahora mismo, que la Emilia ya está al tanto y os ha hecho hueco en una alcoba.

—No podemos hacer eso —se opuso Salvador—. Eso sería poneros en peligro a vosotros…

Vicente frunció el ceño.

—A ver, amigo —dijo con cierta chulería, aunque su gesto era grave—, después de lo que tu mujer ha hecho por nosotros, sería de canallas dejaros en la estacada. Así que coged lo imprescindible porque nos vamos.

Teresa y Salvador se miraron. En los ojos de ella se adivinaba la zozobra, pero asintió con la cabeza, tratando de sobreponerse.

—Está bien, subiré a preparar una maleta.

—¿Maleta? Olvídate de maletas, Teresa —objetó Vicente—. Eso sería pregonar tus intenciones. Coged los papeles y lo que te quepa en un capazo, como si fueras al mercado. De la ropa no te preocupes, la Emilia te dejará algo, y ya volveréis a por vuestras cosas cuando todo esto se arregle.

—Me resisto a creer que vayan a venir a por nosotros, Vicente. Te voy a hacer caso, pero si no pasa nada mañana regresaré a por el equipaje. Tenemos la intención de marchar para Bilbao cuando encontremos el medio para hacerlo.

Vicente asintió.

—Me parece bien. Pero ahora coged lo justo, que nadie sospeche que os vais de

casa.

Teresa sabía que aquel camisón era el mejor que tenía Emilia, pero había insistido tanto que no había podido rechazarlo. Tumbada boca arriba sobre el colchón de lana, oía con claridad el canto de los grillos en las eras cercanas al arrabal, el lugar donde se levantaba la humilde vivienda de Vicente y Emilia. La alcoba, situada en la planta de arriba, solo contaba con un ventanuco, cerrado con una hoja de madera, y el suelo, de tierra apelmazada con yeso, había acabado adquiriendo un cierto brillo por el uso. Aunque el sonido de la campana de la Casa del Reloj llegaba tan amortiguado que era necesario aguzar el oído, sabía que acababan de dar las dos de la mañana. A su lado Salvador emitía un murmullo regular que no llegaba a ser un ronquido. Sentía el tacto tibio de su cuerpo, desnudo todavía después de haber hecho el amor. Aquella noche era ella quien lo había buscado: sabía que los brazos poderosos de Salvador serían capaces de proporcionarle la sensación de protección que necesitaba. Anhelaba que el instante de plenitud que acababa de experimentar, durante el cual nada más parecía importar, se hubiera prolongado hasta el amanecer, para siempre, mejor. Pero lo cierto era que, de nuevo, los más negros presagios se habían adueñado de su pensamiento, y sabía que tardaría en conciliar el sueño.

Un ruido seco y lejano la turbó. Después se oyeron dos más, que terminaron por despejar la duda sobre su naturaleza. Disparos. Se encogió abrazándose a sí misma, sobrecogida. En ese momento sintió el inconfundible movimiento del bebé dentro de su vientre, y se le formó un nudo de angustia en la garganta. La imagen del cielo estrellado que se colaba a través del ventanuco se difuminó ante sus ojos vidriosos. Deslizó la mano derecha hasta el costado, y de nuevo sintió la pequeña patada contra la palma, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro antes de caer en la almohada.

Capítulo 23

Sábado, 25 de julio de 1936

Vicente dormía profundamente. En su sueño, el hacha que sujetaba con ambas manos golpeaba con precisión, una y otra vez, el tronco de pino que tenía delante. Sin embargo, entre golpe y golpe se percibían otros sonidos que alteraban el ritmo sostenido de su trabajo. Se despertó sobresaltado al notar los codazos de Emilia en un costado.

—¡Despierta, Vicente! ¡Qué están llamando!

El camarero abrió los ojos, desorientado.

—¿Qué llaman…? —preguntó aturdido.

—Llaman, sí —insistió ella, ya levantada—. ¡Date prisa!

—Pero si apenas es de día —protestó sentado al borde de la cama, tratando de ponerse los pantalones.

Los golpes se repitieron, en esa ocasión con mayor insistencia.

—¡Está bien! ¡Ya va, ya va! —gritó.

Bajó las escaleras con los pies enfundados en las alpargatas, abrochándose aún los botones de la camisa. Cruzó el zaguán y echó mano al cerrojo para retirarlo, aunque se detuvo justo antes de hacerlo.

—¿Quién vive? —preguntó a través de la puerta de madera.

—¡Abra a la Guardia Civil! —respondió una voz con tono imperioso.

Vicente descorrió el cerrojo y alzó el pestillo. A continuación abrió la mitad superior de la puerta, revelando la presencia de un grupo de hombres que lo miraban fijamente. Durante los instantes en que la sorpresa le dejó sin habla, observó que se trataba de dos guardias, un sargento y un cabo, pero el resto eran paisanos, aunque todos vestían la camisa azul de la Falange y todos portaban un fusil al hombro. Solo el más cercano, al que de inmediato identificó como Herminio Polo, el jefe falangista local, blandía una pistola, la Mauser por la que era conocido, con la que le apuntó directamente al pecho.

—¿Es usted Vicente Hernández? —inquirió, aunque por el tono más parecía una afirmación—. Nos han informado de que aloja usted en esta casa a Salvador Urrutia y a la mujer que vive con él, Teresa Monreal.

—En esta casa solo vivo yo con mi mujer —acertó a responder el camarero.

El falangista intercambió una mirada con el sargento de la Guardia Civil.

—Abra la puerta —ordenó el guardia, señalando la parte inferior.

Aunque a regañadientes, Vicente obedeció y dio un paso al frente.

—Dígales que salgan —insistió el falangista, apuntando hacia el interior con el cañón de la pistola.

—Les digo que estoy solo con mi mujer.

Vicente no vio venir el golpe que recibió desde un costado. Uno de los falangistas

que rodeaban la puerta había alzado su fusil, y la culata le dio con fuerza en el rostro. Vicente cayó al suelo, al tiempo que la sangre comenzaba a manar con profusión de su nariz rota.

—¡Alto! —Se oyó desde el interior.

Salvador descendió las escaleras de dos en dos y avanzó hacia la puerta para agacharse junto a Vicente.

—¿Es necesaria esta violencia? —preguntó con la rabia reflejada en la voz, al tiempo que levantaba la mirada para clavarla en el jefe falangista.

—Represento a la autoridad, y este cabrón me ha mentido.

—¿Por qué se me busca?

—No es a usted a quien buscamos, sino a la mujer con la que vive.

—¿A mi esposa? ¿Para qué?

—No nos consta que estén casados, al menos no como Dios manda, pero esos detalles no vienen ahora al caso. Dígale que salga, tendrá que acompañarnos.

En ese momento Emilia salió de la casa y se arrojó sobre su esposo, sollozando. Le tapó la nariz con un pañuelo que sacó del halda para tratar de detener la hemorragia.

—¿Acompañarles? —inquirió Salvador, alterado—. ¿Qué significa…? Todo esto es completamente irregular, ¿acaso se la acusa de algo?

—Tendrá que responder a algunas preguntas, eso es todo —respondió el sargento —. Hay una denuncia contra ella por actos subversivos.

—¡Pero qué dice usted! Mi mujer no ha cometido actos subversivos de ningún tipo, es una simple maestra… Además está encinta. ¿Quién la denuncia?

—Si no ha cometido ningún delito… ¿por qué han huido de su casa? Solo huye quien tiene algo que temer. Haga el favor, dígale que salga y no ponga las cosas más difíciles.

—Mi mujer no va a ningún sitio —replicó, cubriendo el dintel de la puerta con su cuerpo—. Si quieren preguntarle algo, háganlo aquí, pero nadie va a llevársela detenida en su estado.

Herminio Polo respiró hondo y separó las piernas como queriendo afianzarse en el suelo. Su mano se cerró con más fuerza sobre la culata de la Mauser. Deslizó una mirada cargada de odio desde los pies hasta el rostro de Salvador y solo cuando hubo terminado de escrutar su figura pareció decidirse a hablar.

—Mira, rojo de mierda, estás empezando a tocarme los cojones —le espetó, abandonando cualquier apariencia de formalismo—. O te quitas de en medio o te meto un tiro en la cabeza, cabrón.

Salvador observó el cañón negro que el jefe de la Falange había situado a dos palmos de su frente. Trató de mantener la compostura, ocultando el temor y la rabia que lo mantenían en vilo.

—¡Aparta! —gritó el falangista, agitando la pistola.

—Déjame, Herminio, entraremos nosotros —intervino el sargento, que avanzó

hacia él antes de que lo detuviera con un gesto.

—Por última vez —insistió Polo—, dile a esa maestrilla que te follas que salga.

Salvador se abalanzó contra él sin darle tiempo a reaccionar. Golpeó el cañón de la pistola con el canto de la mano derecha, y el arma salió despedida. Mientras el brazo izquierdo de Salvador sujetaba a Herminio por el cuello, la vieja Mauser cayó al suelo. La detonación pareció congelar todos los movimientos y, un segundo después, uno de los falangistas se desplomó entre gritos de dolor y juramentos, llevándose la mano a la rodilla que la bala acababa de destrozar. El jefe falangista aprovechó el desconcierto para clavar el codo en el costado de Salvador y zafarse de su abrazo. A la vez, varios de los camisas azules arremetieron contra el impresor. Al cabo de un instante, estaba tumbado en el suelo, con los brazos sujetos a la espalda y con el sabor de la sangre y la tierra en la boca.

—¡No la toquéis, hijos de puta! —aulló.

El dolor de la patada que recibió en las costillas le obligó a callar. Se vio alzado por varios brazos, que lo maniataron antes de empujarlo calle abajo. Volvió la cabeza a tiempo de ver a Teresa, que trataba de correr tras él, pero solo le llegó el sonido de su voz al gritar su nombre cuando, a empellones, le hicieron doblar la esquina.

Antes de que el sol se alzara del todo sobre el horizonte, conducían a Salvador por las calles de Puente Real en dirección al viejo convento de San Francisco, donde en la actualidad se ubicaba la cárcel. Acompañado por el ruido de las pisadas contra el pavimento en el silencio de la madrugada, durante todo el trayecto no pudo apartar de su mente la imagen de Teresa y la expresión de su rostro al verlo detenido y maniatado. Pese a que era muy temprano, se encontraron con varios hortelanos que salían de casa en dirección a los campos, algunos de ellos conduciendo a sus mulas del ronzal. Le sorprendió la actitud de todos y cada uno de ellos: si tenían ocasión se desviaban del camino para evitar el encuentro o regresaban al zaguán de casa y, si no, se paraban de cara a la pared, con la cabeza gacha para liar un cigarro o para prenderlo con el mechero de yesca.

Penetraron en el imponente edificio por la puerta que daba a la plaza, y lo obligaron a subir las escaleras, cuatro tramos alrededor de un hueco central, hasta el piso superior. Por una puerta acristalada, accedieron a un amplio vestíbulo con el suelo de tarima. Al fondo, la pobre luz de una bombilla que colgaba del techo iluminaba al cabo furriel encargado de registrar las entradas.

—Le traigo trabajo —anunció el sargento, mientras hurgaba en los pantalones de Salvador en busca de la documentación, que encontró en el bolsillo de atrás. Sacó la cédula de identificación de su cartera y la arrojó sobre la mesa.

El cabo tomó dos impresos iguales, introdujo una hoja de calco entre ambos y los colocó en el rodillo de la máquina de escribir antes de empezar a golpear las teclas con energía.

—Apunta que es el dueño de la imprenta de los comunistas —ordenó—, donde se hacía toda esa basura subversiva que inundaba las calles.

—A sus órdenes, mi sargento —se apresuró a responder el cabo, sin apartar la vista del papel.

Salvador contempló cómo el sargento curioseaba en el contenido de la cartera antes de dejarla en un armario junto a otras muchas. Permaneció en pie, respondiendo a varias preguntas sobre su filiación antes de que el registro de entrada estuviera listo.

—¿Motivo de ingreso? —preguntó el cabo cuando llegó al recuadro correspondiente.

El sargento pareció dudar.

—Actividades subversivas. Resistencia a la autoridad, con el resultado de un miembro de Falange herido de gravedad.

—¡Yo no he…! —exclamó Salvador.

—¡Cállate! —cortó el guardia, con aire amenazante—. ¡Abre otra vez la boca sin que te pregunten y te hago saltar los dientes!

Cuando llegó al final, el cabo extrajo los papeles con soltura, dispuso las dos copias encima de la mesa y se volvió hacia el sargento, señalando con la barbilla al reo maniatado.

—¡Ah, es cierto!

El sargento se dirigió entonces a la puerta que se abría al fondo. Era un recio portón de madera maciza reforzado con enormes bisagras de hierro y provisto de un grueso cerrojo bien engrasado. Abrió la portezuela situada a la altura de los ojos y acercó la cara.

—¡Eh, vosotros! ¡Abrid, vamos a entrar!

Los dos cerrojos se descorrieron casi a un tiempo, y Salvador advirtió que en el interior se encontraban no menos de tres hombres armados.

El sargento se volvió entonces hacia él.

—Te voy a soltar, Urrutia. Pero te advierto que aquí andamos escasos de sitio, así que a la menor tontería te meto una bala entre ceja y ceja.

Salvador se frotó las muñecas cuando las tuvo libres de ataduras, pero una voz del sargento le obligó a avanzar hacia la mesa. El cabo le tomó el índice, lo humedeció en una almohadilla de tinta azul y estampó su huella sobre ambas copias del registro de entrada. Después el sargento cogió una plumilla para firmar los documentos. El furriel depositó la copia en una bandeja metálica etiquetada con un cartoncillo en el que se leía NUEVOS INGRESOS y, diligente, se acercó al armario para introducir el original en una carpeta con una «U» en la solapa.

—Listo —anunció satisfecho, al tiempo que consultaba el viejo reloj que colgaba en la pared.

—¿Ya estás mirando la hora? —bromeó el sargento—. Aún no son las ocho.

—El relevo estará al llegar, mi sargento. Hoy es mi santo, Santiago.

—¡Coño, es verdad, felicidades! Con razón miras tanto al reloj. Bueno, acabamos

con el ingreso y te largas.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando se oyeron voces procedentes de la escalera. Las bisagras de la puerta chirriaron y Herminio Polo entró en las dependencias de la cárcel, seguido por otros dos camisas azules y el cabo de la Guardia Civil que había estado presente en casa de Vicente. Salvador dejó escapar un gemido de angustia cuando vio aparecer tras ellos al camarero, también maniatado. Entonces se vio empujado por dos de los guardias a través del portón de madera, que se cerró tras ellos. Con la imagen de Vicente en la retina, atravesó una amplia estancia intermedia con una mesa y varias sillas, donde sin duda descansaban los carceleros, y lo condujeron hacia el fondo. De todas las sensaciones que experimentó aquel día, el hedor que lo asaltó cuando el guardia abrió la puerta de madera maciza por la que se accedía a las celdas fue lo que más habría de perdurar en su memoria. La entrada daba acceso a un amplio pasillo central, abierto en el fondo al patio del convento a través de una ventana enrejada. A ambos lados se sucedían las puertas de las celdas, entonces cerradas, aunque las voces y los ronquidos indicaban que estaban atestadas.

Uno de los carceleros se dirigió al calabozo más alejado, junto a la ventana, y abrió el pequeño portillo de metal de la puerta.

—¡Venga, gandules, arriba! —ordenó—. Los tres en pie, contra la pared del fondo.

Se oyeron ruidos sordos en el interior. El guardia introdujo un candil por el ventanuco y comprobó que su orden había sido obedecida. Solo entonces descorrió el cerrojo, la puerta se abrió y la luz de la mañana inundó el interior. Salvador comprobó con angustia que se trataba de una celda rectangular, de unos dos metros de ancho por tres de fondo, con una elevación de cemento que un delgado colchón convertía en camastro. Había una colchoneta en el suelo, al otro lado. Aquella celda sin duda había sido ideada para albergar a un solo recluso, pero en su interior había tres hombres; él iba a ser el cuarto.

—Tú, trae el cubo de las inmundicias —espetó el carcelero dirigiéndose a uno de los reclusos—. Así me evito pasar dos veces por esto.

Otro de los guardias acercó un cubo de hojalata vacío para efectuar el cambio, que tamborileó contra el suelo con un sonido metálico.

—Venga, adentro, con ellos.

Salvador se vio empujado hacia el interior, y al instante la puerta se cerró tras él. Solo la tenue luz que entraba por el ventanuco iluminaba la estrecha estancia, en la que los tres hombres se mantenían en pie al fondo, en silencio. Los ojos de Salvador aún no se habían adaptado a la penumbra cuando oyó su nombre y dio un respingo.

—Hola, Salvador —dijo uno de ellos.

Los tres estaban mal afeitados, y no se había fijado en sus rostros en los escasos instantes en que la puerta había permanecido abierta.

—Perdonadme, no os reconozco, la luz…

—Soy Mauro Castilla.

—¡Mauro! —exclamó, enfadado consigo mismo por no ser capaz de identificar al colega que durante años había dirigido *El Eco del Distrito*—. ¿Por qué estás aquí?

—Supongo que por lo mismo que tú —respondió—, por lo que estamos casi todos.

Los rostros de los dos restantes compañeros de celda empezaron a dibujarse con nitidez. Reconoció a uno de ellos al instante.

—Ah, tú eres Felipe Escribano, el alguacil que se enfrentó a los falangistas el día del golpe.

—El mismo… —Sonrió—. No hace falta que preguntes por qué estoy dentro.

—Yo soy Andrés —se presentó el tercero—. A mí me tendrás menos visto, no vivo en Puente Real, pero soy el delegado sindical de la CNT en la Azucarera.

—Un placer, a pesar de las circunstancias —respondió Salvador.

—Siéntate —le indicó el alguacil—. Es lo único que nos podemos permitir, porque tumbarse es más jodido.

—¿Cómo pueden tener a la gente en estas condiciones? ¿Es que no hay letrinas? —preguntó extrañado, mirando el cubo de hojalata.

—Claro que las hay, pero somos tantos que no pueden estar abriendo las puertas cada vez que uno quiera cagar —explicó el sindicalista—. Espérate a que llegue el mediodía, con este calor…

—Y eso que se han llevado a muchos al fuerte de San Cristóbal; hasta hace dos días éramos seis en cada celda.

—¿Más de setenta hombres? —Calculó Salvador, tras contar mentalmente el número de celdas que había visto al entrar—. ¿Hasta cuándo piensan retenernos aquí?

—¿Quién sabe? —respondió Mauro Castilla—. Están también Domingo, el alcalde, y varios concejales.

—Y la mitad de los sindicalistas de Puente Real, y la plana mayor de los partidos republicanos de izquierda… —siguió Andrés—. ¡Qué cabrones! Ninguno de los que conozco es capaz de matar una mosca.

—El que no está es Aquiles —anunció Mauro—. Nadie sabe dónde se ha metido. Alguno se pregunta si lo habrán fusilado.

—No, Aquiles está bien. Al menos eso espero, yo mismo lo ayudé a escapar, oculto en el carro de la imprenta.

—Ah, me alegra oír eso —reconoció el editor—. Todos debimos escapar cuando tuvimos la oportunidad. Hemos pecado de ingenuos.

—Nadie podía suponer algo así —reconoció Salvador pensando en su propia peripecia.

—Es igual, el Gobierno de la República no dejará en la estacada a quienes lo defendemos —aseguró Andrés, confiado—. Pronto veremos a estos perros arrastrarse pidiendo perdón por lo que están haciendo.

A las ocho de la mañana, los guardias encargados del relevo subieron las escaleras y ocuparon sus puestos. José reconoció al camarero del Círculo Mercantil, que en ese momento estampaba su huella en el impreso de registro. Se dirigió a la mesa y cogió los partes que contenía la bandeja de Nuevos ingresos. Solo pudo leer el primero antes de devolverlos a su lugar para evitar que el incontrolable temblor de sus manos delatara su zozobra.

Capítulo 24

Martes, 28 de julio de 1936

Teresa inspiró profundamente y el aroma de la hogaza que sostenía entre las manos le hizo cobrar consciencia del hambre que sentía. Si se había alimentado desde el día de la detención de Salvador, era por el hijo que crecía en su vientre, a pesar de la aversión que le producía la mera visión de la comida. Durante aquellos días aciagos, se había conformado con lo poco que había en la despensa, pero el pan se había terminado la tarde anterior y aquella misma mañana, temprano, había acudido a la tahona donde habitualmente lo compraba. La angustia le atenazó de nuevo la garganta al recordar lo sucedido allí tan solo media hora antes.

Ya le había resultado extraño que las conversaciones se interrumpieran cuando entró en el despacho, ocupado en aquel momento por varias mujeres. Todas se volvieron hacia ella, pero ninguna la saludó, y retomaron su perorata al instante, ignorándola. Cuando la esposa del panadero acabó de atenderlas, las tres últimas se entretuvieron cerca de la puerta, guardando las barras de pan en sus bolsas de tela y hablando de asuntos demasiado intrascendentes para la situación que estaba viviendo la ciudad. Teresa aguardó hasta que le llegó el turno en el mostrador, pero la panadera volvió la vista hacia dos soldados que acababan de entrar. Decidió esperar, creyendo comprensible que se diera preferencia a los militares. Sin embargo, cuando por fin pidió su hogaza, se encontró con la expresión apurada de la mujer, que miraba de soslayo a las otras clientas, que no se decidían a salir. «No hay pan si no es por encargo», la había oído decir, incrédula. Trató de objetar que los estantes estaban llenos de hogazas, pero solo consiguió oír por segunda vez la misma negativa.

Desconcertada, había salido del horno sintiéndose observada por aquellas mujeres cuyos rostros le resultaban familiares, para dirigirse hacia otra tahona situada unas calles más allá. No se había alejado mucho cuando el sonido apresurado de unos pasos le hizo volverse. El hijo de los panaderos, un muchacho de nueve años al que conocía bien, le tendía uno de aquellos panes, al tiempo que miraba a su alrededor con gesto furtivo. El chico desanduvo el camino sin pronunciar palabra, y Teresa se quedó inmóvil en medio de la calle, pensativa, con la hogaza caliente que ni siquiera había pagado entre sus manos.

Aquella no había sido la única sorpresa que le reservaba la mañana. Al volver a casa, observó la puerta reventada de la imprenta, que ella misma había sujetado con una cuerda el día de su regreso, tras el prolongado interrogatorio al que la habían sometido. Pero también estaba abierta la pequeña portezuela que albergaba las llaves de paso y los contadores del agua en la fachada. Parecía que había algo en su interior y, al acercarse, descubrió un saco de arpillera. Al abrir la boca del saco se encontró con el color vivo de varios tomates en sazón, unos cuantos pepinos y, mezcladas entre ellos, una gran cantidad de ciruelas claudias. La sonrisa que se dibujó en su rostro al

pensar en el generoso vecino dueño de aquellas ciruelas se convirtió en un gesto de amargura cuando comprendió que no se había atrevido a llevárselas sino amparado en la oscuridad de la noche.

Dentro, partió uno de los tomates, añadió sal y un chorrito de aceite, y dispuso el plato en la mesa, junto a la hogaza. Retiró del fuego una pequeña cazuela en la que había puesto a hervir un huevo, y se sentó en su lugar habitual, junto a la ventana. De forma mecánica partió un pedazo de pan, colocó el huevo pasado por agua en su soporte, rompió la cáscara con una cucharilla, le añadió sal y se llevó a la boca la primera cucharada. Comió sin ser consciente de que comía, con el pensamiento no muy lejos de allí, en la cárcel en la que permanecía Salvador.

Todavía no se explicaba por qué la habían liberado. Durante su estancia en la comandancia militar, donde había sido interrogada, había advertido la presencia de otros compañeros de partido, sindicalistas, incluso algunos maestros y maestras a los que conocía bien. En las primeras horas, el trato había sido desconsiderado, y los insultos y vejaciones, continuos. En uno de los traslados entre una y otra dependencia, había caído al suelo empujada por uno de los falangistas que la custodiaban y había llegado a temer por la suerte del bebé. Sin embargo, a primera hora de la tarde había oído la voz inconfundible de Herminio Polo en el exterior y, a partir de ese momento, las cosas habían cambiado. Le ofrecieron un plato de comida, agua, y la trasladaron a otra habitación con un pequeño camastro en el que pudo tumbarse. Al anochecer, el jefe de la Falange había entrado en la estancia en compañía de Manuel Vega, el conocido médico que ejercía su tarea en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, además de atender la clínica de su propiedad. El médico, a quien había tenido ocasión de visitar al principio del embarazo, se mostró atento con ella, le preguntó por lo sucedido desde la consulta anterior e incluso solicitó su permiso para hacerle una exploración somera. Poco después de terminar, Herminio Polo en persona acudió para anunciarle su liberación. Se le prohibía, sin embargo, abandonar la ciudad, y para ello le retuvieron la cédula de identificación. Debía estar localizable en su domicilio de manera permanente, pero, excepcionalmente, a juzgar por los continuos traslados de hombres y mujeres hacia la cárcel, iba a ser puesta en libertad.

Mientras, aun sin apetito, saboreaba un jugoso trozo de tomate, recordó lo ocurrido a continuación. Cuando Herminio Polo se disponía a abandonar aquella estancia de la Comandancia, Teresa avanzó hacia él y lo sujetó del brazo para interrogarle acerca de Salvador. Él le había atenazado la muñeca con la otra mano hasta separarla de la manga de su camisa azul, con un gesto que solo pudo interpretar como de desprecio. «No se preocupe —se había limitado a decir con gesto hosco—, si no tiene nada por lo que responder, pronto quedará libre».

Aquella primera noche sin Salvador había sido sin duda la peor de su vida. Al regresar a la imprenta, la había encontrado abierta, con señales evidentes de que la habían registrado sin contemplaciones. Lo mismo sucedía en la vivienda del piso de

arriba, cuya cerradura habían hecho saltar. Empujó la puerta entreabierta presa de la angustia, sintiendo que habían violado su intimidad, una sensación que se acentuó con la inmensa soledad que le producía la ausencia de Salvador. Entró en la vivienda solo para comprobar que todo se hallaba en absoluto desorden. Recorrió las habitaciones recogiendo objetos del suelo de forma automática, pero, cuando entró en el dormitorio que dos días antes había compartido con Salvador, se sintió incapaz de permanecer allí un solo minuto más. De no haber sido por el toque de queda, se habría lanzado a la calle para ir al convento de San Francisco, donde estaba preso su esposo, habría exigido verle… pero aquello no era posible sin exponerse a caer acribillada por las balas de alguna patrulla, algo que ya había ocurrido con un pobre muchacho en los primeros días del golpe.

Desmadejada en el sillón, había ocupado las horas tratando de hacer recuento de las posibilidades que se abrirían ante ella al amanecer, de las personas a las que podía recurrir, de los favores cuyo cobro podría reclamar en ese momento de desasosiego. Los anotó en una lista, con la que salió de casa a primera hora de aquel domingo, día de Santa Ana, la patrona de la ciudad. Solo encontró puertas cerradas, vacuas palabras de ánimo a lo sumo, gestos de fastidio ante una visita incómoda que interrumpía los preparativos para la procesión. Ni siquiera un hatillo con comida se le permitió entregar en la prisión. Las campanas de la catedral que anunciaban el inicio de la misa mayor marcaron el final de su particular peregrinación, era inútil seguir llamando a puertas que no se iban a abrir, pues quienes podían ayudarla caminaban por las calles de la ciudad, cirio en mano, aparentemente ajenos al drama que tanto ella como otros muchos vivían.

Cuando volvió a casa al filo del mediodía, había tachado los nombres de aquella lista uno a uno. El silencio la recibió de nuevo, y la sensación de impotencia y de derrota se apoderó de ella. Se dejó caer en una de las sillas, mientras cedía a la tensión acumulada en aquellos dos días, y lloró desconsoladamente con los brazos apoyados en la mesa, sujetándose el rostro con ambas manos.

Dos días después nada había cambiado, al menos para mejor. La invadía la angustia a medida que cobraba consciencia de la situación en la que se hallaba. La escena de la tahona había acabado de abrirle los ojos, pero ya antes había tenido ocasión de comprobar las murmuraciones que despertaba a su paso. El triunfo del golpe en Puente Real la había colocado en el bando de los perdedores, y veía cómo le negaban el saludo, cómo evitaban el contacto con ella. Quienes unos días antes se hubieran detenido en la calle para entablar conversación, cambiaban ahora de acera al verla acercarse en su continuo peregrinar en busca de una ayuda que nadie parecía dispuesto a prestarle.

Ansiaba saber lo que estaba ocurriendo, pero ya no quedaba nadie de los que antaño conformaran su círculo de amistades para transmitir esa información.

Aquellos que no habían huido en los primeros días se encontraban en la misma situación que Salvador, cuando no habían sido trasladados a la capital por falta de espacio en las celdas de Puente Real. Entonces sí, lamentó profundamente no haber adquirido uno de aquellos aparatos de radio que comenzaban a estar presentes en algunos hogares de la ciudad. Salvador decía que prefería enterarse de las noticias en el Círculo o en la sede del partido, donde además podía comentarlas con el resto de los parroquianos y camaradas, así que Teresa decidió recurrir al único medio de información con que podía contar. Rebañó el sabroso jugo de la ensalada con el pan y se levantó para coger dos ciruelas. Cuando dio por terminado el improvisado almuerzo, dejó el plato y los cubiertos en la pila del fregadero y se dirigió a la sala de estar.

Una de las paredes estaba cubierta casi por completo por la biblioteca que entre ambos habían ido reuniendo con los años. Tras el registro, muchos de los libros se hallaban tirados por el suelo, en medio de un caos que no había tenido ni tiempo ni ánimo de organizar. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar uno de los tomos de lo más alto. Lo depositó en la mesa de cristal y lo abrió. Salvador había vaciado el interior y el hueco contenía una cajita de madera rectangular. La extrajo con cuidado y la abrió para comprobar que la reserva de dinero seguía allí. Tomó dos billetes de cinco pesetas y los arrugó para guardarlos en el monedero.

Se miró en el espejo antes de salir con la intención de atusarse el cabello, pero la imagen que este le devolvió le hizo apartar la vista: unas profundas ojeras le enmarcaban los ojos, unos ojos enrojecidos que carecían del brillo y la viveza que su marido siempre alababa. Mientras cerraba la puerta sin cerradura fue consciente de que sus pensamientos volvían una y otra vez a Salvador, cualquiera que fuese la actividad en la que se hallase enfrascada. Bajó las escaleras pensando en él, tratando de imaginar el lugar en el que estaría recluido, pero ni siquiera sabía con certeza si continuaba en Puente Real. Había oído rumores que hablaban de traslados masivos de presos a otras cárceles, a Pamplona y al fuerte de San Cristóbal.

Caminó hacia la plaza de los Fueros con el corazón encogido, escrutando el rostro de las personas con las que se cruzaba, por si reconocía a alguien a quien recurrir en busca de ayuda. Llegó a la librería Royo y compró los dos únicos periódicos que llegaban a la ciudad, un ejemplar del *El Diario de Navarra* y otro del *El Pensamiento Navarro*, y salió del local reconfortada porque el librero no solo no le había negado el saludo, sino que se había interesado por la suerte de Salvador. Tampoco él podía hacer nada por ayudarla, sin embargo. Le informó de que la prensa de Madrid no llegaba desde los primeros días de lo que empezaban a llamar «el Alzamiento», pues la capital se había mantenido fiel a la República, y el país había quedado partido en dos, en lo que ya nadie dudaba que era el principio de una guerra civil.

Decidió no regresar a casa. El día, a pesar de todo, era particularmente hermoso, el calor todavía no resultaba agobiante, y decidió buscar un lugar discreto donde sentarse a leer los periódicos con detenimiento, a la vez que dejaba que los rayos de

sol cayeran sobre su rostro demacrado. Lo encontró cerca de la escuela de la que había sido directora, un rincón que conocía bien porque era utilizado por los alumnos que decidían hacer novillos. Depositó el ejemplar del *Diario de Navarra* sobre el banco de piedra bajo la tenue sombra de una acacia. Uno de los titulares parecía dedicado a ella: «La enseñanza será católica en nuestras escuelas», rezaba la columna de la izquierda. El centro lo ocupaba una imagen enorme de la plaza del Castillo en la que aparecía una columna de voluntarios en formación bajo el título, escrito con grandes caracteres, «Camino de la victoria». Leyó con creciente congoja los principios educativos que, si el Gobierno legítimo no lo impedía, se impondrían en las escuelas navarras. No obstante, ansiaba encontrar algún tipo de información acerca de la situación o del futuro de los presos retenidos en las cárceles. No encontró la más mínima referencia al asunto. Leyendo aquel ejemplar, podría parecer que la vida continuaba sin alteración en la provincia. Un anuncio de Anís Las Cadenas aparecía junto a otro de una academia llamada Studios, que ofertaba cursos intensivos de verano. El Pamplona Law Tennis Club publicitaba un campeonato de tiro de pichón y solo la profusión de noticias de corte religioso señalaba un cambio drástico en aquellos diez días. Se fijó en el anuncio de un receptor de radio La Voz de su Amo, que se ofertaba por setecientas pesetas, con la posibilidad de acogerse a largos plazos. Por lo demás, había poco que destacar, las consabidas efemérides patrióticas, una nota que hablaba del aterrizaje en Pamplona de dos aviones procedentes de Madrid cuyos pilotos habían desertado del ejército republicano y el anuncio de una misa por España. Estaba a punto de cerrar el periódico cuando advirtió un pequeño recuadro en la parte baja de una página interior, bajo el epígrafe de «Gacetilla». En él se daba cuenta de un suceso que le llamó la atención: «En aguas del Ebro, y en el término del Sotillo, ha aparecido el cadáver de un hombre identificado como Pedro Pinilla Martínez, de 32 años, soltero, el cual tenía atado un cordón eléctrico desde las manos al cuello, ignorándose si se trata de un crimen o un suicidio». De nuevo, sin poder evitarlo, el recuerdo de Salvador, solo un poco más joven que aquel desgraciado, regresó a su mente. La inquietud sorda que le había producido la noticia se transformó en temor al encontrar poco después un recuadro similar en el *Pensamiento Navarro*. En este caso se hablaba de la muerte de un pastor de Isaba que había aparecido muerto «en el fondo de un barranco de doce metros, por el que según todos los indicios se precipitó atado de pies y manos». ¿Cómo era posible aquella coincidencia? ¿Dos hombres que se suicidaban el mismo día atándose previamente las manos? ¿Acaso era ese el destino que esperaba a aquellos que se habían opuesto al golpe? ¿Acaso era así como iban a vaciar las cárceles? Una angustia inmensa la invadió y estuvo a punto de vomitar. Consiguió contener la náusea y cerró el periódico, asqueada. Dobló los dos diarios sin ningún cuidado y los arrojó sobre una pila de leña que se amontonaba en un rincón. Pensó que al menos aquellas hojas de papel profanado por la mentira tendrían alguna utilidad si las usaban para prender una hoguera.

A pesar de la desazón que le producía regresar a la casa vacía, sus pasos la condujeron hacia ella. El calor apretaba ya, y al menos allí encontraría cobijo y un poco de agua fresca, que empezaba a necesitar. Se desvió, sin embargo, para acercarse a una cerrajería, con la intención de pedir que le cambiaran la cerradura de la vivienda, pero la persiana estaba echada. Recordó que el dueño también era un militante destacado de Izquierda Republicana, así que decidió seguir adelante, al fin y al cabo la puerta se podía cerrar desde dentro, porque el mecanismo se accionaba en el interior sin necesidad de usar una llave. Se dejó caer sobre el sillón en el que habitualmente leía, frente al balcón. Bajó la persiana, pues los rayos de sol estaban a punto de incidir sobre la fachada, y la habitación quedó en penumbra. Echó un vistazo al ejemplar de *Orgullo y prejuicio* que descansaba sobre la mesa contigua. Habría sido incapaz de cogerlo y leer una sola línea, a pesar del placer con que había iniciado la lectura unos días antes. Ver allí aquella portada la llevó a pensar en el vuelco que había dado su vida en apenas una semana. «Una lectura revolucionaria», había bromeado Salvador al verla con el libro entre las manos. Una vez más, un detalle nimio conducía sus pensamientos hacia él. Se hundió en el sillón y se abrazó el vientre abultado, sin molestarse en enjugarse las lágrimas que empezaban a brotar de forma incontenible.

Despertó sobresaltada, repentinamente consciente de que se había quedado dormida tras el llanto. Permaneció inmóvil un instante, disfrutando aún de la sensación de bienestar físico que experimentaba, acurrucada entre los mullidos brazos del sillón. Sin embargo, unos golpes sostenidos en la planta baja del edificio acabaron por convencerla de que era aquello lo que la había despertado. Llamaban y, por las características del sonido, creía saber quién era. Se incorporó casi de un salto, y dudó sobre la oportunidad de acercarse a la ventana antes de bajar a la imprenta, pero desechó la idea al tiempo que se lanzaba escaleras abajo, tratando aún de despejarse. Retiró con energía el cerrojo de la puerta trasera del almacén y quedó deslumbrada por la luz intensa del sol que caía ya de plano. Reconoció al instante el perfil que se recortaba a contraluz.

—¡José! —exclamó.

—Hola, Teresa, déjame pasar —pidió, obligándola a hacerse a un lado—. Estaba a punto de marcharme, pensaba que no estabas en casa.

Teresa notó las miradas desconfiadas que el muchacho lanzaba a las ventanas traseras de los edificios situados al otro lado del río.

—Lo siento —respondió azorada—, ha debido de vencerme el cansancio, llevo noches sin dormir apenas. Entra, por favor, te lo ruego.

El joven cerró la puerta tras de sí, tratando de acostumbrar la vista a la penumbra.

—¿Has visto a Salvador? ¿Sabes algo de él? Nos dijiste que estabas destinado en prisión. ¿Cómo está?

José casi rio ante aquel aluvión de preguntas. Puso una mano sobre el brazo de Teresa.

—Cálmate, por eso estoy aquí. Salvador está bien.

—¡Oh, gracias! ¡Gracias! —respondió ella, liberando la tensión acumulada durante las últimas jornadas—. ¡Y te arriesgas a venir a contármelo a plena luz del día!

—He venido a esta hora, cuando más pega el sol, porque las calles están desiertas. Estos días hago el turno de noche y me ha sido imposible aprovechar las pocas horas de oscuridad.

—¡Cuánto te lo agradezco! Pero pasa, tonta de mí, sube a casa, por favor.

El muchacho no se negó. Intuía la necesidad de conversación de Teresa, la urgencia de saberlo todo sobre su esposo y no iba a negarle la oportunidad. Atravesaron la imprenta en medio del desbarajuste producido por el registro, y José se fijó en la cerradura reventada de la casa. Poco después estaban sentados en ambos sillones.

—Así pues, no se lo han llevado…

—No, está en el convento de San Francisco, con otros muchos de Puente Real y de los alrededores.

—¿Está bien? ¿Tienen dónde dormir? ¿Y comida? —siguió inquiriendo Teresa, sin poder evitar la urgencia de su voz.

—No es el hotel Unión, pero no les falta de nada —mintió el muchacho.

—¿Y qué va a ser de él? El disparo fue un accidente…

—Tranquilízate, Teresa, todo ha pasado muy rápido. Ni las nuevas autoridades tienen claro cómo van a actuar, los expedientes se acumulan, la administración está patas arriba. Las cárceles siguen llenándose y el atasco tardará en resolverse.

—¡Pero ahí dentro hay gente que sufre! ¡Y fuera también! —protestó Teresa, alterada.

—Debes asumir que todo esto tardará en solucionarse… Es lo mejor para calmar tu sufrimiento. En ese sentido, quizá los que están dentro están más acompañados, todos se conocen y se apoyan unos a otros.

—¿Con quién está? —preguntó.

—No se puede quejar de la compañía. —José rio—. Está con Vicente, con Mauro Castilla, el director del *Eco del Distrito*, con uno de la CNT de la Azucarera y con Felipe, el alguacil.

—¿Cinco personas en la misma celda?

—Son amplias —volvió a mentir el guardia.

—Se llevará bien con todos —comentó Teresa, con cierto alivio—. ¿Podré ir a verlo?

—No se permiten visitas, al menos de momento —respondió José, tratando de suavizar la respuesta con la coletilla final.

—¿Y mandarle algo? ¡Me imagino la clase de rancho que les darán!

—Tal vez bajo manga… alguna fruslería quizá —concedió—. Pero nada voluminoso.

—¿Y libros? El día se les debe de hacer eterno…

—Hay poca luz dentro de las celdas, Teresa. Y sé que van a empezar a sacarlos cada día para trabajar en el exterior.

A Teresa le cambió la expresión.

—¿A la calle? ¡Entonces podré verlo!

—Verlo quizá sí, pero no se te permitirá acercarte, y mucho menos mantener una conversación con él.

—¡Me da igual! Seré dichosa si puedo verle. ¿Cuándo será eso, José?

—No creo que empiecen esta semana, supongo que ya será la próxima, entrado el mes de agosto.

—¡Estaré pendiente! Iré a la cárcel cada día, al amanecer.

—No te preocupes, Teresa, te haré llegar un aviso cuando sepa algo.

—José… —empezó Teresa, tendiendo la mano para coger la suya, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—, no te imaginas cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí, por nosotros…

—Es lo menos, Teresa —respondió, aceptando el contacto—. Lo que me reprocho es que no os diera tiempo a escapar.

—Tú nos advertiste. Ahora veo que fuimos nosotros quienes pecamos de un exceso de confianza. Pero te aseguro que, si lo sueltan, no pasaremos una noche más en Puente Real, a pesar de que me han retirado la cédula y se me ha prohibido abandonar la ciudad.

—Ten confianza… Las cosas volverán pronto a la normalidad. Yo rezo todos los días para que así sea.

—¡Ojalá pudiera hacer yo lo mismo! Estoy segura de que la fe sería ahora una ayuda para mí. Pero por desgracia no creo en lo que crees tú.

Sus manos se separaron, y José se incorporó en el sillón.

—Tengo que marcharme, es tarde. Hay cosas que hacer en casa antes de que empiece mi turno.

Teresa se levantó y abrió una alacena. Cogió un saquete del interior y se lo entregó a José.

—Toma, higos secos. Poca cosa es, pero no esperaba tu visita.

El muchacho se los metió en el bolsillo de los pantalones, asintiendo.

—Se los daré, descuida —dijo mientras caminaba hacia la salida.

—Deberías reparar esta cerradura —sugirió pasando los dedos por el mecanismo destrozado—. No es buena idea estar así.

—El cerrajero al que conocía ya no trabaja.

—Bien, no te preocupes, intentaré buscar alguna cerradura vieja y yo mismo vendré a colocarla.

De nuevo Teresa se emocionó mientras veía al joven perderse escaleras abajo. A

punto de girar la última revuelta, se volvió hacia ella.

—Trata de hacer vida normal, y no te preocupes por Salvador, estará bien.

Teresa asintió sin convicción.

—¡Gracias, José! —gritó cuando el muchacho se había perdido ya de vista, sintiendo que el peso de la soledad caía de nuevo sobre sus hombros.

Capítulo 25

Martes, 28 de julio de 1936

Salvador despertó asqueado por el olor rancio a sudor que impregnaba el camastro. El calor era asfixiante en el interior de la celda, pero el cansancio había acabado por vencerle tras la frugal comida, después de una noche en la que apenas había podido pegar ojo, acurrucado contra la pared del fondo. Las dos colchonetas eran insuficientes para los cinco y habían establecido turnos, de forma que cada uno de ellos pasaba una noche sentado. El «afortunado» obtenía en cambio el privilegio de poder tumbarse en la parte trasera del camastro después de comer, a la espalda del resto de los compañeros, que se sentaban en el borde. En los tres días que Salvador llevaba encerrado, no se les había permitido asearse, pero Mauro, Felipe y Andrés aseguraban que la víspera de su llegada les había correspondido el turno de uso de las duchas. De hecho, la tarde anterior habían oído el sonido del agua y las voces de los guardias que custodiaban a los ocupantes de alguna otra celda. Anhelaba el momento en que aquella rueda diera la vuelta.

Escuchó a Andrés, que tarareaba en voz baja una cancioncilla que sin duda habría aprendido en los días de la revolución de octubre, dos años atrás, cuando las huelgas se extendieron por todo el país y llegaron a Puente Real. Todavía algo aturdido por el sueño, trató de incorporarse frotándose los ojos.

—¡Hombre! ¡Ya estás de vuelta! —bromeó Mauro, apartándose de los pies del camastro para permitir que se pusiera en pie.

Los demás ocuparon de inmediato el sitio que acababa de quedar libre, lo que les permitió apoyar la espalda en la pared. Salvador se asomó a la rejilla que ocupaba el centro de la puerta que, pintada de un color rojo intenso, contribuía a la sensación de agobio dentro de aquel cubículo. En el exterior solo se veían las piernas de un guardia, que parecía dormitar sentado en una silla. Se quedó mirando los sólidos cerrojos que bloqueaban las puertas.

—Joder, ¿hasta cuándo piensan tenernos aquí? —soltó al volverse, presa de la angustia.

Los rostros de los cuatro compañeros de celda le observaban desde la penumbra.

—No te quejes, que yo ya llevo aquí diez días —contestó Felipe, el alguacil, con sorna.

—¿Te cogieron en la plaza? —preguntó Vicente.

—En los retretes del quiosco, donde nos habíamos refugiado cuando empezaron los tiros. Éramos diez.

—Rendirán cuentas por sus fechorías, tú solo cumplías con tu deber, que es defender el orden.

—¿Tú crees? —respondió el sereno, escéptico—. Yo pensaba que el Gobierno iba a parar esto en dos días, y ya han pasado diez.

—Vosotros tenéis que saber más, os trajeron aquí una semana después del golpe —intervino el editor—. Me da la sensación de que no nos lo habéis contado todo.

—Fuera tampoco se sabía demasiado, Mauro —replicó Salvador, mientras apoyaba la colchoneta que estaba en el suelo contra la pared—. Está claro que la revuelta ha triunfado en Navarra, en Castilla la Vieja y en Canarias, pero Madrid se mantiene fiel a la República, y también Cataluña, el Levante y todo el Cantábrico.

—Vamos, que esta mierda de país se ha partido en dos —soltó Andrés—, y si alguien no lo remedia nos vamos a partir la crisma entre todos en una puta guerra.

—De todas formas, la República mantiene el control de las zonas industriales más importantes. —Mauro parecía reflexionar en voz alta.

—Y en Madrid están las reservas de oro, la aviación, y en el Mediterráneo la mayor parte de la flota —añadió Salvador—. Eso al menos es lo que decía el Gobierno a través de la radio los últimos días, supongo que para infundir ánimo a la población.

—Que sí, yo soy optimista —declaró Mauro—. En quince días esto se ha *arreglao* y estamos fuera, ya lo veréis.

—Eso si aguantamos quince días en este agujero —añadió Vicente con gesto de hastío, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Yo creo que ni eso —siguió Mauro—. Tienen que soltarnos ya, no pueden tener a medio Puente Real metido aquí solo por pertenecer a otra facción política. ¿Cómo van a justificar una cosa así ante los jueces?

Salvador caminaba ahora frente a sus compañeros, salvando una y otra vez los tres metros escasos de la celda.

—Nuestra última esperanza es que el ejército acabe liberando las zonas rebeldes —dijo, parado ante el editor—. De otra forma, no pienses que Mola vaya a respetar ninguno de tus derechos constitucionales. No hay más que leer el bando de guerra.

—Hombre, lo que no van a hacer es fusilarnos a todos. —Rio—. No habría sitio en los cementerios.

Salvador advirtió que todos trataban de componer una sonrisa, pero un denso silencio se instaló en la celda.

—Yo lo que más echo en falta son mis hijos —dijo por fin el sindicalista.

—Mira, en eso tengo suerte —le siguió Vicente—, que a nosotros aún no nos han venido los hijos. Pero a la Emilia… joder si la extraño.

—¿Y tú, Salvador? ¿Tienes hijos? —preguntó Andrés.

—Espero el primero. Mi mujer, Teresa, está de cinco meses.

—¿Teresa? ¿No será la maestra…?

—Sí —confirmó.

—Joder, he oído hablar de ella en la fábrica. A muchos de los obreros les ha enseñado a leer por la noche y…

Vicente le hizo un gesto, y el sindicalista se detuvo.

—¿He metido la pata o qué? —dijo, mirando a los demás.

—Tranquilo, es solo que me detuvieron cuando vinieron a por ella. No sé dónde para, ni de qué se la acusa. Me angustia pensar que la puedan tener en un sitio como este, embarazada como está.

—Vaya, lo siento, hombre… Y todo esto, ¿por qué? ¿Por enseñar a leer a jornaleros analfabetos?

—Los dos estamos afiliados a Izquierda Republicana, en mi imprenta siempre se han tirado los pasquines de propaganda de los sindicatos y los partidos de izquierdas, supongo que lo sabes. Y parece que a Herminio Polo no le agradaba mucho que no estuviéramos casados por la Iglesia, a juzgar por los comentarios que hizo durante la detención.

—¿Y quién es él para juzgar a nadie?

—Pues, por los humos con los que llegó a casa, parece que ahora es la autoridad en Puente Real —soltó Vicente.

—¿Y eso le da derecho a meter en la cárcel a la gente? —insistió el sindicalista.

—No usa el derecho, sino la fuerza de las armas —atajó Mauro—. Con el beneplácito de las nuevas autoridades.

—Pues estamos aviados —apostilló el alguacil—. ¡Menudo cabrón!

La poca luz que entraba por la rejilla pareció oscurecerse y una voz resonó en la celda.

—¡Eh, vosotros! Menos cháchara, que esto parece el patio de un colegio.

Salvador se acercó a la puerta. El guardia estaba dando la vuelta por el resto de las celdas. Comprobó que no era más que un muchacho.

—¡Eh, chico! —llamó—. ¿Cuándo nos toca salir a las duchas?

—¡Tú, cállate! No está permitido hablar a los guardias —dijo, regresando a la puerta con rapidez.

—Perdona —musitó él, antes de retirarse de la rejilla.

El muchacho se acercó de nuevo.

—De todas formas, hoy me pilláis de buenas, es mi último día en este antro. Si estáis calladitos, quizás os saquemos en un rato. Que ese agujero apesta.

Salvador no recordaba haber disfrutado nunca tanto de una ducha de agua fría. A pesar de la brevedad, se frotó con rapidez todo el cuerpo y el cabello con el trozo de jabón que les habían proporcionado, y se las arregló para enjabonar y aclarar también la camisa y los calzoncillos. No tuvo más remedio que volver a ponerse los pantalones sucios, pero al menos el resto de la ropa se secaría durante la noche. En todo momento tres guardias los custodiaron con el arma en la mano y aprovecharon el regreso a la celda para entregarles el plato con el rancho de la cena. La puerta se cerró de nuevo tras ellos mientras tomaban asiento para devorar aquel guiso con patatas, arroz y la sombra de algún recorte de carne y tocino, al que ninguno hizo ascos.

Durante más de una hora oyeron los chirridos de los goznes al abrirse y cerrarse las celdas, y las voces de los guardias y de los presos. Del exterior, sin embargo, llegaban pocos sonidos, tan solo el tañer de las campanas de la catedral y de la Magdalena, relativamente cercanas, las bocinas de los escasos vehículos que circulaban por la carretera de Pamplona y las voces de algún arriero azuzando a las cabalgaduras. Cada noche, después del reparto del rancho, se llevaba a cabo el cambio de guardia, al que Salvador estaba atento, con la esperanza de que fuera José quien entrara de servicio. En realidad, su único contacto durante aquel turno se producía al amanecer, cuando se procedía al cambio del cubo de los desechos. Era curioso, pero en apenas tres días tanto Vicente como él habían conseguido acompasar su cuerpo a la necesidad de usar el cubo tan solo un poco antes de su retirada. Por turnos, y aún entumecidos por el sueño y por la incomodidad, ocupaban su lugar junto a la entrada, de manera que el cubo lleno permanecía allí solo el breve tiempo que transcurría hasta que la puerta se abría para ser sustituido. La mañana anterior Salvador se las había arreglado para ser él quien hiciera el cambio. Cuando vio a José ante él, le interrogó con la mirada. El muchacho se había limitado a musitar un «está bien, en casa» en voz queda mientras le entregaba el cubo vacío. Nada más. Poco después Salvador había creído reconocer su voz en el exterior, y ese simple detalle lo puso de buen humor durante el resto de la mañana.

Estaban sentados en el borde de la plataforma de cemento. Salvador propuso entretener la espera hasta el momento en que se les ordenara guardar silencio contando algún tipo de historia, quizá los proyectos que cada uno tuviera entre manos o los que pensaba emprender al salir de allí, alguna anécdota reciente, tal vez… Fue el editor de *El Eco del Distrito* quien se decidió a empezar. Les contó que su pasión era su trabajo, que había empeñado su patrimonio para sacar a la calle el semanario, el cual se había convertido desde su fundación en la referencia de cualquier lector republicano y de izquierdas de la ciudad, y que eso era lo que quería hacer en el futuro. Sabía que, si las cosas no cambiaban en Puente Real, sería una tarea imposible, por lo cual no descartaba el exilio a Francia, un país que conocía y que amaba, en el que ni siquiera la lengua, que dominaba, sería un obstáculo para él a la hora de refundar su negocio.

—Quizá podamos colaborar allí —bromeó Salvador—. También a Teresa y a mí se nos había pasado por la cabeza escapar a Francia antes de que…

—*Parlez-vous français?* —preguntó Mauro.

Salvador asintió.

—Lo suficiente para defenderme allí.

—¡Estupendo! Quizá podamos montar el negocio juntos —añadió, sin dejar el tono de broma.

—¡Eh, eh! Pues ya podéis hacerme un hueco —dijo Vicente, risueño—, que yo con boina roja, de camarero en el Círculo Carlista, tengo poco futuro.

Salvador rio, tratando de imaginarlo. Iba a continuar hablando pero el sonido de

la puerta exterior del corredor al abrirse hizo que se detuviera, y todos aguzaron el oído. Al fondo del pasillo se oyeron varias voces, entre las que destacaba una más poderosa y autoritaria.

—¿Ese no es Herminio Polo? —musitó Vicente.

Salvador asintió, mientras lo que le quedaba de sonrisa se congelaba en sus labios. Las voces se fueron acercando hasta que se oyeron al otro lado de la puerta.

—¿Dónde están?

—En estas dos —contestó el que parecía estar al mando.

—Venga, pues las dos, todos los que haya… Abrid la primera.

El cerrojo se deslizó con dificultad, se alzó el pestillo y los goznes chirriaron. La luz mortecina de las bombillas eléctricas recortó la figura de José, que se apartó para dejar su sitio al jefe local de la Falange.

—¡Estáis de suerte, cabrones! Os vamos a soltar, que hay que ir desalojando esto —anunció con una media sonrisa.

Hizo ademán de asomarse a la celda en penumbra para tratar de reconocer a los ocupantes, pero se llevó la mano a la nariz al momento.

—¡Dios, cómo apesta! —exclamó, retrocediendo dos pasos.

—Tú, chaval, abre la otra —ordenó a José.

De pie frente a la salida, los cinco oyeron los chirridos de las bisagras en la celda contigua. Varios hombres armados permanecían de pie detrás de Herminio Polo, que iba acompañado por cuatro falangistas más, todos ataviados con la camisa azul y con pistolas en la mano.

—Que vayan saliendo… pero ninguna tontería hasta que estéis libres —advirtió dirigiéndose hacia ellos—, a ver si vamos a tener que meteros un tiro ahora.

Vicente y Andrés salieron los primeros. Mauro cedió el paso al alguacil, y Salvador se detuvo para recoger la camisa, que se secaba colgada de una alcayata. No estaba completamente seca, pero se la puso y comenzó a abrocharse los botones. José esperaba de pie a un lado de la salida, sujetando el pasador del cerrojo con la mano izquierda. Salvador le interrogó con la mirada, confiando en que al pasar junto a él le diera alguna respuesta acerca del paradero de Teresa. Lo que se encontró fue la puerta que se cerraba de golpe detrás de Mauro, con tal fuerza que impactó contra su rostro y lo arrojó de espaldas a la colchoneta del suelo. Trató de ponerse en pie para protestar, pero en el instante en que, dolorido, se incorporó de nuevo, alcanzó a ver el rostro de José a través de la rejilla. La intensidad de su mirada, oculta para el resto, los ojos desmesuradamente abiertos y los dientes apretados le hicieron entenderlo todo.

—¿Cuántos son en total? —oyó decir a Herminio Polo.

—Nueve en total, señor —respondió José—. Cinco de una y cuatro de la otra.

—Perfecto, andando entonces.

Aturdido, retrocedió sintiendo la sangre que le salía de la nariz y goteaba sobre su camisa. Un temblor incontrolable en las piernas le obligó a dejarse caer en el

camastro. La primera reacción fue regresar a la rejilla y gritar con todas sus fuerzas para advertir a sus compañeros, pero al cabo de un segundo comprendió que sería un gesto inútil, un gesto que solo conseguiría dejar huérfano a su hijo y llevar a José ante un paredón. Permaneció sentado en el colchón, derrotado y dolorosamente consciente de lo que estaba a punto de suceder. Al cabo de un instante se oyó un golpe metálico procedente de la calle, seguramente del portón trasero de una camioneta al cerrarse, y a continuación distinguió el rumor sordo de un motor al ponerse en marcha. Cerró los ojos, sintiendo que la angustia le atenazaba la garganta, hasta el punto de impedirle respirar. Tuvo que abrir la boca para llenar de aire sus pulmones, y después un llanto sordo se apoderó de él.

No eran el editor, ni el alguacil, ni el sindicalista quienes pugnaban por ocupar su pensamiento, ni siquiera el propio Vicente, sino su esposa Emilia, la misma que los había acogido sin rechistar en su casa, sin sospechar que aquel gesto de generosidad iba a dejarla viuda. Si al menos supieran cuál era su destino… quizás habrían podido intentar huir, saltar del camión para tratar de escapar amparados por la oscuridad. Pero no, aquel hombre sin escrúpulos los llevaba al matadero sin darles ocasión de despedirse siquiera de sus seres queridos. Solo cuando el camión se detuviera y se encontraran ante los fusiles serían conscientes de que aquel era su fin. Salvador gimió y se retorció en la cama sin poder evitarlo. Resultaba paradójico pensar que aquella noche iba a tener toda la celda para él y, sin embargo, no iba a pegar ojo, lo sabía con certeza. Permaneció quieto sobre la colchoneta, sacudido tan solo por los sollozos que de cuando en cuando agitaban su pecho. Y entonces, en medio del silencio, el aire quieto de aquella noche de julio llevó hasta la celda el sonido que habría querido no escuchar nunca, un estampido sordo, lejano, descompasado. Salvador contuvo el aliento. Después, aguzando el oído percibió otras descargas menos intensas, una decena, que sin duda correspondían a los tiros de gracia. Se acurrucó con las rodillas entre los brazos, balanceándose rítmicamente, sintiendo el sabor salado de las lágrimas, mientras se repetía a sí mismo con tono monocorde una sola pregunta: ¿por qué?

Capítulo 26

Jueves, 20 de agosto de 1936

La prensa provincial había informado de la constitución, diez días atrás, de la Junta Superior de Educación, el órgano administrativo encargado de adaptar la enseñanza en Navarra a las directrices del que pomposamente habían dado en llamar Movimiento Nacional de Liberación. Teresa sabía ya, sin embargo, que su cometido no era otro que barrer toda la labor innovadora y los grandes esfuerzos de la República para modernizar un país cuya educación se había hallado durante siglos al alcance solo de unos pocos y cuya tasa de analfabetismo alcanzaba al cincuenta por ciento de la población. Ella misma había dedicado todo su empeño a esa labor, dando más que nadie, porque creía en lo que hacía y sentía que la ingente tarea de alfabetización que se había iniciado en 1931 formaba parte de un proyecto histórico. En Puente Real, como en muchos otros lugares, el mayor problema había sido la falta de edificios escolares, los alumnos se hacinaban en construcciones viejas e insalubres, y la asistencia a clase a partir de los doce años era prácticamente testimonial. Sin embargo, un año después del advenimiento de la República, en Navarra se habían construido más de un centenar de escuelas. Se decía que en toda España sumaban siete mil, con el aumento consiguiente del número de maestros.

Solo un negro nubarrón había ensombrecido en su opinión aquella labor ingente, y era la prohibición de ejercer la enseñanza a las órdenes religiosas. A su juicio ahí erraba el Gobierno republicano, y mil veces se lo había dejado claro a todo el que quisiera oírla: con un millón de niños sin escolarizar, el país no podía permitirse el lujo de prescindir de casi seiscientas mil plazas escolares en colegios católicos. Para Teresa lo fundamental era la educación de todos y cada uno de los jóvenes, y si para alcanzar ese objetivo era necesario pagar el peaje del adoctrinamiento religioso no veía ningún inconveniente en que los padres de aquellos chicos y chicas eligiesen para ellos ese tipo de formación. Quizá, pensaba, haber llevado tan lejos el péndulo tuviera que ver con que este amenazara con retroceder hasta el lado opuesto, arrasando a su paso con el trabajo de los últimos cinco años.

Los acuerdos de la nueva Junta de Educación, publicados en la prensa, no dejaban mucho lugar para la esperanza. Se instaba a colocar el crucifijo en un lugar preferente de todas las aulas, en las escuelas se implantaba la enseñanza católica con la prohibición expresa de cualquier otra, se establecía la separación de los alumnos por sexos, aparte de disponer la reapertura de todos los colegios dirigidos por órdenes religiosas. Y, por último, lo que más la atemorizaba: se había decretado la revisión de todos los nombramientos de maestros realizados por los gobiernos republicanos.

Lo que Teresa sostenía entre sus manos temblorosas era la consecuencia de aquellos acuerdos, una citación que había recibido varios días atrás con la orden de acudir aquella mañana ante la delegación de la Junta en Puente Real. Solo pensar en

la prohibición de ejercer su vocación le generaba una desazón equiparable a la que experimentaba al recordar las casi cuatro semanas que Salvador llevaba en la cárcel. Su único consuelo era que, al menos, la incertidumbre acerca de su destino como maestra estaba a punto de disiparse. Y conservaba la esperanza.

A pesar del calor de aquellos días, se había puesto un recatado vestido gris de manga larga que le cubría las rodillas. Unas medias tupidas terminaban de ocultar el último centímetro de su piel, a excepción del rostro y la parte del cuello que la tela dejaba al descubierto. Los discretos pendientes de perlas eran el único complemento que se había permitido, junto con un coqueto bolso negro, a juego con los zapatos. Dejó la citación encima de la mesa, se puso en pie y se miró en el espejo. Se había cortado ella misma el cabello, antes largo y ondulado, hasta el extremo de poner en riesgo su feminidad. Decididamente su imagen se adaptaba a los nuevos tiempos. Suspiró hondo y, sin dar más oportunidades a la autocompasión, se dirigió a la puerta de la casa, corrió el cerrojo y salió al descansillo. Cerró la nueva cerradura con llave, guardó esta en el bolso y bajó a la calle con determinación.

Realmente, pensó mientras caminaba, la capacidad de adaptación de los seres humanos a las situaciones adversas era infinita. Lo que en los primeros días se le había antojado una situación imposible de sobrellevar, poco a poco se había ido convirtiendo en parte de su rutina, y únicamente en los momentos a solas, al apagar cada noche la luz de la mesilla, aquellas ráfagas de impotencia y desesperación volvían para alterar su estado de ánimo e impedirle conciliar el sueño. Lo que parecía una condena implacable a la soledad más absoluta se había ido suavizando a medida que, con el paso de los días, empezaron a llamar a su puerta. Primero había sido alguna vecina, siempre con un hatillo o un paquete de hortalizas, con algún pan recién horneado o unas rosquillas. Después, suponía que a medida que su situación trascendía entre sus allegados, comenzaron las visitas de mujeres que se encontraban en la misma situación. Acudían en busca de noticias, pero también de consuelo y compañía. Algunas entraban en la casa a regañadientes, cohibidas, y a duras penas aceptaban tomar asiento en uno de los sillones, alegando tener mil y una tareas pendientes. El bálsamo de la conversación, sin embargo, había prolongado alguna de aquellas visitas hasta bien entrada la noche.

También Teresa decidió salir para visitar a algunas de las esposas de otros maestros presos, de compañeros del partido republicano o de simples conocidos. Poco a poco, en aquellas semanas, se había ido urdiendo a su alrededor una red de complicidades y apoyos de los que ya no podría prescindir. Con Emilia, la esposa de Vicente, a la que un mes antes ni siquiera conocía, había forjado una gran amistad. Hablaban de sus respectivos esposos, los imaginaban juntos en la celda y trazaban planes para el futuro junto a ellos. Emilia comentaba con envidia el estado de Teresa y lamentaba no poder ofrecer a su marido una noticia similar el día en que recuperara la libertad. Porque si de algo estaban seguras ambas era de que Vicente y Salvador eran inocentes y de que su detención habría de ser por fuerza temporal.

Había algo, sin embargo, que inquietaba a Teresa, y era la ausencia de noticias por parte de José. Habían transcurrido más de tres semanas desde su última visita para cambiar la cerradura y no había cumplido la promesa de regresar. Los presos tampoco habían salido a la calle para llevar a cabo trabajos en el exterior. Teresa había acudido cada mañana a las inmediaciones de la cárcel de San Francisco, para comprobar que las puertas, cerradas a cal y canto, solo se abrían para franquear el paso a guardias, soldados y una amplia variedad de personajes bien situados en el nuevo orden que regía la ciudad. Nada de visitas, nada de entregas de paquetes…, la incomunicación de los presos era absoluta, y ella no podía hacer nada para evitarlo.

A medida que avanzaba hacia la comandancia militar, donde había sido citada, la inquietud fue en aumento. Atravesó la plaza de los Fueros, sin pasar por alto los gestos de desprecio que algunos parroquianos le dedicaban, los mismos que había recibido en las calles de Puente Real desde el momento del golpe. Al vislumbrar el inicio de la calle Muro, recordó la visita que días atrás había hecho a la Clínica Vega, a su izquierda. En realidad había sido el propio doctor Vega quien la había hecho llamar, valiéndose de una joven empleada.

Tras la exploración que él mismo le había realizado en la comandancia militar el día de su detención, Teresa había relegado al olvido la invitación que el médico le brindó para continuar el seguimiento del embarazo en su propia clínica. Fue una sorpresa recibir aquel aviso, pero no dudó ni un instante en la conveniencia de acudir a la cita. Desconocía el motivo de aquel interés, quizás había alguna vieja relación comercial con Salvador de la que ella no estuviera al corriente, quizás el médico apreciaba el trabajo que había desarrollado en Puente Real… En cualquier caso, Teresa había aprovechado la oportunidad que le ofrecía y comprobó con alivio que la gestación avanzaba según lo previsto y sin complicaciones. Vega le había insistido en la necesidad de mantener una buena alimentación e incluso le ofreció ayuda si la situación que vivía, con Salvador preso, terminaba por ponerla en dificultades.

Cuando, ya vestida, echó mano a su bolso para pagar la consulta, el médico rehusó con firmeza, poniendo la mano sobre la suya y obligándola a guardar la cartera. Había salido de la clínica preguntándose si aquel modo de proceder sería el habitual con todas sus pacientes. Llegó a pensar en un interés más allá de lo profesional, pero don Manuel Vega era un hombre casado, y además con una de las mujeres más distinguidas y elegantes de Puente Real, de la casa de los Esparza. Decidió pensar que era su sentido del deber lo que se imponía a otras consideraciones, quizás el cumplimiento de aquel juramento hipocrático que todo médico hacía al comienzo de su carrera, la obligación moral de atender a una mujer gestante que, bien lo sabía, atravesaba una situación complicada. La inundó una oleada de agradecimiento. A Salvador le gustaría saber lo bien que se estaba portando el médico con ella.

Ya en la calle Primo de Rivera se encontró con una actividad inusitada delante del Círculo Carlista. Varios vehículos, camionetas en su mayor parte, obstruían la vía y,

por el aspecto de aquellos muchachos concentrados frente a la sede de los tradicionalistas, imberbes la mayoría, dedujo que se preparaban para incorporarse a filas. Consiguió abrirse paso entre los petates y las boinas rojas, y se dispuso a salvar los últimos metros antes de entrar en la comandancia. Un escalofrío le recorrió la espalda al franquear la puerta exterior de lo que sabía que era el centro de detención de Puente Real desde el inicio de la asonada militar.

Informó sobre su destino al soldado que la retuvo unos metros más adelante y continuó en la dirección que este le señaló. Atravesó una puerta acristalada con vidrio traslúcido y se detuvo en un vestíbulo amplio con el suelo cubierto de una madera que tiempo atrás seguramente habría sido brillante. Siguiendo las indicaciones del soldado, entró en una pequeña sala de espera con dos largos bancos de madera, presidida por un gran cartel de tonos ocres y amarillos en el que varios hombres y mujeres, soldados y trabajadores, avanzaban con decisión con el brazo en alto, bajo el lema en grandes letras y en relieve: «¡Arriba España!». Al lado de la puerta, en un cartel a carboncillo realizado, a todas luces, con prisa, se leía: JUNTA SUPERIOR DE EDUCACIÓN DE NAVARRA. OFICINA DE PUENTE REAL.

Teresa aguardó sentada en la postura más decorosa que pudo adoptar, erguida, con las piernas muy juntas, estirando el bajo del vestido hasta que la tela negra cubrió más de la mitad de la distancia que separaba las rodillas y los tobillos. Se aseguró de llevar los botones del cuello bien abrochados y de que las mangas le cubrieran incluso parte del dorso de las manos. Por supuesto, no había utilizado ningún tipo de colorete ni carmín de labios, pero tampoco se había puesto ninguna clase de crucifijo ni medalla.

La puerta se abrió y dejó paso a un hombre de mediana edad vestido con una elegante americana, abotonada a pesar del calor, el pelo engominado y los zapatos recién lustrados.

—¿Es usted Teresa Monreal? —preguntó sin un atisbo de cordialidad en el tono.

—Buenos días, sí, yo soy —respondió al tiempo que se ponía en pie.

—Sígame, por favor.

Teresa accedió a una estancia soleada y austera, en la que destacaban dos amplias ventanas desnudas, un gran escritorio de madera de no muy buena calidad elevado sobre una tarima y, tras él, un retrato en el que reconoció el característico rostro del general Mola con sus inseparables anteojos redondos. Sentadas al otro lado de la mesa había otras dos personas: un sacerdote ataviado con sotana negra y alzacuello y, a su lado, una mujer peinada con un moño bajo y de rostro inescrutable, quien, con una plumilla en la mano derecha, aparentaba encontrarse absorta en la lectura de varios pliegos manuscritos que reposaban ante sus lentes. Delante de la mesa había una silla de madera, y Teresa tomó asiento en ella por indicación del hombre que la acompañaba.

—Bien —dijo después de carraspear—, mi nombre es Benigno Astiz, inspector de la Junta. Ellos son Pilar Erro, que actúa como secretaria, y el padre Guerendiain.

Supongo que sabe usted por qué se la ha convocado.

La altura de la tarima obligó a Teresa a alzar la cabeza para responder.

—He leído en la prensa de los últimos días que va a hacerse una evaluación del profesorado.

—Así es —respondió circunspecto—. Es usted una de las primeras en comparecer, lo que tiene su explicación. He de decirle que existe una denuncia contra su persona y, para comprobar los extremos que la sostienen, hemos solicitado varios informes, tal como establece la nueva norma.

El rostro de Teresa debió de reflejar su estupor. Tanto el sacerdote como la mujer habían alzado la vista para estudiar su reacción.

—¿Una denuncia, ha dicho usted? —balbuceó—. ¿Por qué motivo? ¿Quién me denuncia?

—Supongo que tiene derecho a conocer el nombre del denunciante… Se trata de don Herminio Polo, jefe actual de la Falange en Puente Real.

Teresa no pareció consciente de que durante un momento se había quedado boquiabierta y con la mirada fija en los ojos negros y pequeños de aquel hombre.

—¿Qué… qué alega contra mí? —acertó a preguntar al fin con un hilo de voz.

—Apoyo a actividades subversivas, moral dudosa, escándalo público…

—Tiene que haber un error… —trató de explicarse con voz trémula—. Quizás una confusión con los nombres.

—¿Tiene usted noticia de otra Teresa Monreal que mantenga una relación de concubinato con Salvador Urrutia, actualmente en prisión?

—¿«Relación de concubinato»? ¡Por favor! —exclamó, mirando inútilmente a la secretaria en busca de un gesto de comprensión—. ¡Es mi esposo!

—No a los efectos del nuevo ordenamiento, no están ustedes casados.

—¡Claro que lo estamos! —replicó con vehemencia aunque sin alzar la voz.

—¡No a los ojos de Dios! —aulló entonces el sacerdote, con el rostro congestionado—. ¡Vivís en pecado! Y lo peor es que habéis sido el espejo en que se ha mirado la juventud de Puente Real. ¡Que sea precisamente una maestra la que dé semejante ejemplo…!

—Mi marido y yo hemos actuado según las leyes de la República, y no creo que se nos pueda reprochar nada.

—Estamos aquí para decidirlo —se limitó a responder el inspector—. Como sabe, y como marcan las pautas de la Junta, se han pedido informes sobre usted a la alcaldía, a su parroquia y al cuartel de la Guardia Civil.

Teresa siguió la trayectoria de su mirada y comprendió que eran esos informes lo que con tanta atención estaba leyendo la secretaria.

—En ninguno de los tres sitios me conocen.

—Eso forma parte del problema, ni siquiera en la parroquia.

—Quizá debería pedir informes a los padres de mis alumnos o a los jornaleros que han acudido a nuestras clases nocturnas. Muchos de ellos ahora saben escribir, y

podrían redactarlos de su puño y letra.

—¡Basta ya! —atajó el inspector, irritado—, no la hemos citado para escuchar sus peregrinos argumentos. Limítese a responder a nuestras preguntas.

La secretaria le entregó un impreso en blanco.

—Bien, empecemos con su valoración —dijo—. Comenzaré por lo relativo a religiosidad. ¿Es usted practicante?

Teresa negó con la cabeza.

—¿Católica?

De nuevo negó.

—¿Cree usted en Dios?

Ahora Teresa pareció dudar.

—No estoy obligada a responder acerca de mis creencias religiosas, la Constitución de la República así lo dice.

El inspector clavó la mirada en ella.

—Ya ha citado usted en dos ocasiones las leyes de la República, pero yo le recuerdo que la única ley en vigor en Navarra en estos momentos es el bando del general Mola. Y le advierto de que en él se contempla el desacato a quienes desempeñan funciones de servicio público, un delito sometido a la jurisdicción de guerra. ¿Va usted a responder?

El sacerdote se inclinó hacia él, señalando uno de los documentos.

—Lo sé, padre, lo he leído. Todos los informes acompañarán el expediente, pero nos interesa conocer las respuestas de la compareciente. —Se volvió de nuevo hacia ella—. Parece evidente que a misa no iba usted…

Teresa agachó la cabeza, sin responder.

—Al parecer era usted partidaria de la educación laica que impuso el Gobierno anterior.

—Siempre he defendido la necesidad de que las órdenes religiosas siguieran dedicándose a la enseñanza.

—Ah, ¿sí? —replicó el sacerdote—. ¿Tiene usted pruebas de ello? Lo que aquí aparece es que fue usted una entusiasta defensora de que los crucifijos desaparecieran de las aulas, y también de que chicos y chicas compartieran esas mismas aulas, en inmoral mezcolanza.

El inspector esperó una respuesta.

—Pasemos al apartado de moralidad… —siguió cuando comprobó que no iba a obtenerla—. Aunque es evidente lo que habrá de consignarse en este punto: la convivencia con un hombre sin el vínculo sagrado del matrimonio era motivo de escándalo para sus alumnos. Y más cuando su preñez se hizo evidente.

—Le repito que el hombre del que habla es mi esposo.

El inspector se limitó a asentir con gesto sarcástico mientras concluía sus anotaciones.

—¿Qué prensa leía usted habitualmente? —preguntó tras usar un secante sobre la

tinta fresca.

—Toda la que caía en mis manos: *El Eco del Distrito*, *El Ribereño Navarro*, el *Diario de Navarra*, y la prensa de Madrid, incluido el *ABC*.

—También *El Sol*, *El Liberal*… ¡y *Trabajadores*! —completó la secretaria, ojeando el informe que tenía delante por encima de sus lentes.

—Muy bien, tomo nota. —El inspector negó con la cabeza—. Un último epígrafe: la ideología política. En su caso no hay ninguna duda, teniendo en cuenta que figura en las listas de militantes de Izquierda Republicana.

—¿Acaso es censurable pertenecer a un partido legal y democrático? —preguntó Teresa, con muestras de hastío.

—Digamos que son hechos que aportan información muy útil a las nuevas autoridades. ¿Tiene usted algo que alegar?

—¿Tengo derecho a ver esos informes que al parecer hablan sobre mí?

—Por supuesto que no —respondió la secretaria, colocando las manos encima, como si temiera que Teresa fuera a arrebatárselos.

—En ese caso, solo quiero decir que mi vocación es la enseñanza, a ella he dedicado mi vida y no entiendo esa vida sin ella. Mi único interés es sacar de la ignorancia a los chicos y chicas que acuden a la escuela, y también a los que no pueden hacerlo. Y les aseguro que hay tanto trabajo por hacer que no queda tiempo para perderlo inculcando ideas de carácter político o religioso.

—No me negará que la enseñanza recibida en los últimos años es la que ha pervertido a nuestra juventud y ha ocasionado la convulsión a la que asistimos actualmente —intervino el sacerdote con tono agrio.

—Creo, padre, que esta convulsión la han provocado los que no han querido aceptar las leyes democráticas de las que nos hemos dotado.

—Se muestra usted poco avispada, señorita Monreal. Con esa clase de manifestaciones, en el apartado de conclusiones, solo puedo escribir que no se vislumbra ninguna posible corrección en sus actuaciones futuras.

—En primer lugar, soy la señora Monreal. Y respecto a eso —señaló con la barbilla el impreso que estaba rellenando—, escriba usted lo que quiera, porque todo esto es un paripé. Tienen ustedes la decisión tomada, y esas conclusiones podía haberlas redactado esta mañana, en lugar de hacerme venir hasta aquí.

—Muy bien, señorita Monreal, eso es todo. En unos días se le notificará la resolución de la Junta, en todo caso antes del comienzo del curso escolar. Mientras tanto, considere que todas sus funciones y nombramientos se encuentran revocados de forma temporal, hasta que se emita esa resolución.

—Y recuerde —apostilló la secretaria mirando por encima de las lentes— que desde hoy tiene usted prohibido el acceso a la escuela de la que era directora.

Emilia había encontrado a Teresa sumida en el más absoluto desánimo. Acudió a la casa al atardecer con media docena de huevos y una pequeña cántara de latón, completamente abollada, llena de leche recién ordeñada. Su intención era dejarle todo

aquello después de la visita, pero al entrar en el cuarto de estar descubrió a la que ya se había convertido en su mejor amiga postrada en el sillón, con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados. Le confesó que no había probado bocado desde la mañana.

—Vamos a ver, Teresa… —le dijo con tono que trataba de parecer despreocupado, sentada en el borde del sillón contiguo, tomándola de las manos—, lo que ha pasado esta mañana es algo con lo que ya contabas. ¿Por qué si no habíais hecho planes Salvador y tú para huir de aquí? ¿O es que pensabas que las cosas iban a cambiar de la noche a la mañana?

—No lo sé, Emilia, tal vez en lo más hondo conservaba algo de esperanza. ¿Qué voy a hacer?

—Verlas venir, Teresa, en estos tiempos nadie sabe lo que va a suceder mañana. Ya ves lo que está pasando con los hombres, los que no están en la cárcel, me refiero… Si no quieren ir a hacer compañía a nuestros maridos, tienen que aceptar el alistamiento voluntario.

—¡Voluntario, dices!

—Pues eso. —Rio—. Y tu Salvador y mi Vicente… ¿crees que los van a soltar así como así? De la cárcel al frente, ya lo verás. Y contentas. Así que no te preocupes por lo que vas a hacer cuando empiece el curso, si es que empieza.

—Pues sí que me das ánimos… —trató de bromear Teresa, recomponiéndose el peinado.

—Te diré lo que vamos a hacer. Lo primero… nos vamos a ir a la cocina y nos vamos a preparar un par de tortillas con los huevos que he traído. Y un buen vaso de leche, que sin comer no vas a ningún sitio, ni tú ni lo que llevas ahí —añadió señalando su vientre abultado—. Y luego nos sentaremos aquí las dos, que lo único que podemos hacer es darnos conversación y hacernos compañía.

Las ventanas estaban abiertas, y la brisa de la noche mecía las cortinas de forma intermitente. Hacía rato que habían sonado las campanadas de las doce en la Casa del Reloj, y la ciudad se hallaba en total calma. Solo el traqueteo de un par de vehículos había roto el silencio al filo de la medianoche, amén de algunas voces lejanas, seguramente procedentes de la plaza, y del relincho de alguna caballería.

—Quédate a dormir, no estoy tranquila cuando te vas tan tarde…

—Pues no te digo que no porque, sola y sin luz, la casa se me cae encima. Con las velas todo son sombras y fantasmas. —Emilia sonrió—. Coño, hasta que no se han llevado al Vicente no me he dado cuenta de la compañía que hace un hombre. Hay que ver lo que lo echo en falta…

—¿Solo porque te quita el miedo a los fantasmas? —preguntó Teresa con picardía.

—¡No! ¡Porque es un fantasma, pero está de miedo!

Las dos mujeres estallaron en una carcajada ante la ocurrencia. Emilia tenía incluso lágrimas en los ojos.

—Ayyy… —suspiró, tratando de apagar la risa—, qué ganas tenemos de pegarles

un achuchón, ¿eh?

Teresa asintió con la cabeza, cuando desde el exterior le llegó un sonido poco habitual.

—¿Has oído eso?

Emilia negó con el gesto.

—No he oído nada.

—No sé, me han parecido… como disparos.

Teresa se asomó al balcón. Puente Real se hallaba a oscuras salvo por las escasas luces que permanecían encendidas en las calles más céntricas y en la plaza, a su derecha. Guardaron silencio unos minutos, pero no se oyó nada. Luego volvió sujetándose la barriga con ambas manos.

—¿Ya habíais pensado en el nombre que le vais a poner? —preguntó Emilia.

Teresa negó con la cabeza.

—¿Y cuál te gustaría?

—Si es niño, Salvador —dijo sin dudar.

—¿Y si es chica?

—Dejaré que lo elija él.

Emilia asintió.

—A Vicente también le haría ilusión tener un chico. Pero nada… ¡Y no será porque no lo hemos intentado!

Esta vez pronunció la frase sin asomo de sonrisa.

—Ya vendrá, cuando pase todo esto.

De nuevo sonaron varios sonidos secos en la distancia, en esta ocasión más espaciados.

—Ahora sí, lo he oído —dijo Emilia—. ¿Serán las patrullas nocturnas?

—Quizás, habrán encontrado a alguien merodeando, dicen que los robos son cada día más frecuentes.

—Y no es extraño, hay familias que empiezan a pasar hambre.

—Ya las había antes de todo esto…

—Sí, pero con los hombres en casa era distinto, siempre había peonadas o trabajos en el campo, incluso podían cultivar algún trozo de tierra. Ahora muchos están marchando al frente.

—Por no hablar de los que están en la cárcel…

—Dios mío —Emilia se pasó las manos por el rostro—, parece un mal sueño…

—Es un mal sueño —apostilló Teresa—. Pero estoy segura de que dentro de unos meses no será más que un mal recuerdo.

Tras un breve silencio, su cara pareció iluminarse.

—¡Qué demonios! ¡Vamos a brindar por eso! —exclamó, levantándose, ante la mirada extrañada de Emilia.

—¿Brindar?

—¿Por qué no? Por el fin de mi carrera en la enseñanza —propuso con sarcasmo

—. Y por la vuelta de nuestros maridos.

Abrió una alacena, cogió una botella de cristal mediada y dos pequeños vasos finamente tallados, y lo colocó todo en la mesa camilla, junto al balcón.

—Un poco de moscatel no nos vendrá mal.

Retiró el tapón de corcho y llenó los dos vasos.

—Por Vicente y por Salvador —añadió alzando el suyo.

—Eso, porque los suelten de una vez. —Emilia rio y se llevó el licor a los labios.

—Ya sabes que yo no soy de rogar a Dios, pero un brindis por nuestros deseos no estará mal.

—En ese caso… brindo por que toda esta mierda acabe pronto.

—Por la vida que vamos a emprender en cuanto Vicente y Salvador estén de vuelta.

Las dos alzaron los vasos y los apuraron hasta el final.

—Si nos vieran ahora… pensarían que estamos locas, que los echamos poco en falta.

—Todo lo contrario, Emilia. Sé que a Salvador le gustaría verme así.

Hundidas en los sillones, la conversación se había prolongado hasta que el reloj de la plaza dio las dos de la mañana. Después, al parecer, se habían quedado dormidas, porque Teresa se despertó sobresaltada al oír los golpes impacientes que sonaban en la puerta. También Emilia se incorporó, algo aturdida.

—Espera aquí, voy a ver quién es.

—De eso nada, te acompaño.

Teresa caminó hacia la puerta, y Emilia se reunió con ella en el descansillo poco después. La tenue luz de una bombilla iluminó el hueco de la escalera.

—He cogido un cuchillo de la cocina —explicó—. Déjame que abra yo. Si viene alguien con malas intenciones, se va a arrepentir.

—No, Emilia, no bajes. Puede que vengan a buscarme. Si es así no quiero que te vean.

—Pregunta antes de abrir —dijo, empujándola para que bajase.

Teresa llegó a la puerta de la calle con las piernas temblorosas.

—¿Quién llama? —acertó a preguntar a través de la puerta.

—¡Ábrame, Teresa, por el amor de Dios…! —contestó una voz femenina, a todas luces desesperada.

—¿Quién es? —insistió.

—¡La Miguela, la del Modesto! —Prácticamente gritó, aunque se notaba el esfuerzo por no levantar demasiado la voz.

Emilia asintió.

—Abre, abre, que tiene al marido en la cárcel con los nuestros.

En cuanto la puerta giró sobre sus goznes la mujer se precipitó en el interior.

Respiraba con dificultad, sin duda había llegado allí a la carrera. Tenía los ojos arrasados por las lágrimas, y se limpió la moquita con el dorso de la mano.

—¡Ay, doña Teresa! Ayúdeme, que casi me lo matan. ¡Que nos los están matando, doña Teresa! —exclamó con desesperación, al tiempo que caía de rodillas.

Teresa había reconocido en aquella mujer presa del llanto a una de las muchachas a las que había enseñado a leer tiempo atrás.

—¡Cuéntanos lo que ha pasado! —dijo, agachándose junto a ella, tratando de sostener su rostro desencajado entre las manos.

—¡Que los están matando! ¡Que los han *llevao* para fusilarlos! Y mi Modesto se ha *escapao*, que le han *entrao* el tiro entre el pecho y el brazo, pero Dios no quería que muriera hoy.

—¡Pero cómo sabes eso! —inquirió Emilia, saliendo de las sombras, con el pánico pintado en la cara.

—Que los han *fusilao* al borde de una acequia, y mi Modesto ha caído *pa'tras* cuando le ha *dao* el tiro, pero no lo han *matao*. Y mientras iban a darles el tiro de gracia se ha *arrastrao* detrás de unas matas, y no lo han visto.

—¡Los disparos que se han oído! —gimió Emilia.

—Lo tengo en casa, ha conseguido llegar, todo lleno de sangre. Gracias a que vivimos en el arrabal. He venido a pedirle ayuda, ¡oh, Dios mío!, yo no sé cómo curar una herida así.

—Ahora mismo vamos, Miguela. Déjame que coja algo para la cura, bajo enseguida.

Teresa se dirigió a las escaleras, pero al poner el pie en el primer peldaño se detuvo, vacilante.

—Miguela… ¿sabes a quién han… disparado? ¿Sabes si Vicente y Salvador…?

—Sí, el Modesto me ha dicho quiénes eran… Su marido no estaba, sigue en la cárcel y está bien.

Teresa, a su pesar, no pudo contener un profundo suspiro de alivio. Sin embargo, percibió cómo la mujer bajaba la cabeza, como si quisiera evitar la siguiente pregunta. Oyó la voz de Emilia.

—¿Y de mi Vicente? ¿Sabes algo?

La mujer asintió con la cabeza, con lentitud, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—El Modesto me ha dicho que en julio, hace tres semanas, sacaron a otros nueve y… —Hizo una pausa, como si fuera incapaz de continuar, hasta que al fin alzó una mirada cargada de dolor y siguió hablando—. Y tu marido estaba entre ellos.

Con las lágrimas resbalando ya por sus propias mejillas, Teresa contempló cómo el rostro de Emilia se contraía en una mueca de dolor. Le temblaban los labios, y tuvo que agarrarse a la balaustrada para no caer. Fue en vano, porque sus piernas acabaron doblándose, se postró de rodillas y se inclinó hasta que la cabeza rozó el suelo, con los brazos extendidos por delante. En ese momento, todo su cuerpo se vio sacudido por el llanto y un gemido prolongado y casi gutural escapó de su garganta.

Capítulo 27

Miércoles, 4 de noviembre de 1936

El frío se había convertido en un nuevo padecimiento que sumar al hambre y al propio encierro. Poco después del amanecer, Salvador, sentado cabizbajo en el borde del camastro, tiritaba bajo una de las mantas grises y raídas que les habían proporcionado tan solo unos días antes. Los pocos detenidos que habían ingresado en las últimas semanas lo habían hecho provistos de gabanes de invierno, pero no sucedía lo mismo con quienes llenaban aquellas celdas desde el mes de julio, de forma que alguien había autorizado a los parientes a llevar ropas de abrigo. Para Salvador, sin embargo, recibir su gabán de cuero de manos del guardia había sido uno de los momentos más dolorosos del cautiverio. Olía a Teresa y a su perfume, un frasco de Maderas de Oriente que él mismo le había regalado en el último aniversario de su boda. Se sentó en el colchón, en el rincón del fondo, y se cubrió el rostro con el abrigo, inspirando hasta que aquel aroma llegó a lo más hondo de sus pulmones, haciendo que olvidara por completo el hedor que reinaba en la celda. Estaba seguro de que Teresa había perfumado el gabán a propósito, para transmitirle un mensaje de cercanía por el único medio que tenía a su alcance. Se había quedado dormido aspirando aquella mezcla de cuero y colonia, sintiendo el sabor salado de las lágrimas que se deslizaban hasta las comisuras de sus labios.

Los dos únicos compañeros que entonces compartían la celda con él también se habían despertado. Anselmo Zabalza, un ferroviario de cincuenta años, orinaba de forma entrecortada en el cubo metálico, maldiciendo las molestias que aquel simple gesto le producía. Habían colgado una vieja tela en la esquina más cercana a la puerta, lo que les proporcionaba un último resquicio de intimidad, pero no impedía que por fuerza tuvieran que compartir los olores que emanaban de allí. Cuando terminó, Salvador alzó la vista y se fijó en el cabello cano del ferroviario. Juraría que un mes antes, al llegar, tenía el pelo más oscuro y abundante, y por un momento se alegró de no disponer de un espejo en el cual comprobar su propio deterioro, que ya advertía en su cuerpo cuando les dejaban asearse.

Epifanio Ruiz era mucho más joven, un periodista recién licenciado que había cometido el pecado de emprender su carrera en *El Eco del Distrito*. Era pequeño y nervudo, y lucía una barba afilada que, junto a las lentes, le daba aspecto de intelectual. Y de hecho lo era, como Salvador había constatado en las largas conversaciones que mantenían y de las cuales Anselmo, en ocasiones, acababa apartado. Al menos había sido un gran lector, amante de los clásicos rusos y franceses, acerca de los que habría podido hablar durante horas si su prudencia y su perspicacia no le hubieran advertido del riesgo de hastiar a sus compañeros de celda.

Anselmo tenía esposa y dos hijas mozas, de las que hablaba con frecuencia a pesar de que hacerlo le costara acabar recostado en el colchón, tratando de ocultar los

sollozos que su recuerdo le provocaba. Epifanio, en cambio, acababa de iniciar una relación con una muchacha de Puente Real que él mismo consideraba terminada, pues su padre, un convencido carlista, se había opuesto a ella con vehemencia antes incluso del 18 de Julio.

—Buenos días —dijo Salvador después de bostezar, mientras se ponía en pie envuelto en la manta.

—Parece que ya no llueve, ¿no? —preguntó el más joven frotándose los ojos con el dorso de la mano.

—No, no llueve. Estamos teniendo suerte, todo lo que tenía que caer cayó el Día de Difuntos —comentó Salvador.

Epifanio resopló con un gesto que pretendía ser irónico y se metió detrás de la cortina.

—Qué huevos tienes, hablar de suerte aquí dentro…

—Podría ser peor…

En los últimos meses los presos de Puente Real habían salido de sus celdas a diario, en grupos numerosos, custodiados por guardias armados en una proporción que aseguraba que ninguno de ellos pudiera burlar la vigilancia. Habían empezado limpiando la maleza de canales y acequias, incluso el cauce del río Queiles a su paso por la ciudad. En las últimas semanas se dedicaban a recebar las carreteras y los caminos principales, deteriorados por el paso continuo de vehículos civiles y columnas militares. Aquello había supuesto para Salvador y para sus compañeros de cautiverio una suerte de liberación parcial, pues les permitía conectar con el exterior. Eran introducidos en camiones con toldo y conducidos al tajo sin ningún contacto con parientes ni conocidos, algo que había sido prohibido de forma expresa por un bando que imponía graves penas para quienes trataran de abordarlos. Uno de los últimos en entrar en la cárcel había sido el hermano de un preso que, haciendo caso omiso de las órdenes de los guardias y arriesgando la vida, había intentado acercarse para anunciarle la muerte de su padre.

A pesar de las prohibiciones, una vez en el tajo todos alzaban la cabeza con frecuencia, porque no era extraño descubrir en los altozanos cercanos observadores que trataban de ocultar su presencia con mayor o menor fortuna. Salvador estaba seguro de que también Teresa había tratado de aproximarse a él, pero solo una vez había podido verla. Recordaba la fecha perfectamente, el día siguiente a la festividad del Pilar, porque aquella mañana los habían trasladado al cauce del Queiles, justo antes de atravesar la plaza de los Fueros, en la trasera de la imprenta que había sido también su casa. Al poco de que las hoces, las guadañas y los picos comenzaran a mezclarse con las voces de los guardias, había advertido que se movía la cortina de la ventana de la planta superior. Supo que Teresa estaba allí, contemplándolo, durante toda la mañana. Cada vez que se puso en pie después de usar la hoz con la maleza, lo hizo mirando a aquella ventana. Cada vez que se detuvo para retirarse el sudor de la frente con la manga disimuló un saludo con la mano, que de inmediato era

correspondido. Aquel día llegó a la celda reconfortado, sabiendo que todo iba bien, con la imagen de su esposa en la retina, aun en la distancia. Aunque por las escasas noticias que conocía a través de José sabía que Teresa seguía en la casa y que su embarazo avanzaba sin complicaciones, temía lo que pudiera ocurrir si se agotaban sus ahorros. Hasta que naciera su hijo estaban obligados a pagar la renta por la imprenta y la cantidad era considerable, más cuando los ingresos del negocio habían desaparecido.

Los tres aguardaban a que se abriera la puerta, según la rutina diaria. Los guardias cambiarían los cubos, aprovechando para dejar en la celda lo que, desde que habían empezado a trabajar, constituía su desayuno: un mendrugo de pan y un trozo de manteca, que algunos días iban acompañados por una botella de leche más o menos aguada que habían de compartir. Salvador había notado que el esfuerzo y el ejercicio habían mejorado su estado físico y despertado su apetito, pero aun así su delgadez era cada día más marcada, pues la ración no compensaba el gasto de una actividad prolongada y agotadora. No obstante, aquellas salidas se habían convertido en algo imprescindible para todos. Salvador sabía que mantener los músculos y la mente ocupados en el trabajo les dejaba menos tiempo para los negros pensamientos que les asaltaban en los momentos de soledad. Todos sabían ya lo que sucedía cuando, al anochecer, las puertas de las celdas se abrían para anunciar la liberación de alguno de los detenidos. La angustia atenazaba las gargantas durante las despedidas, y solo se oían las voces quedas y el sonido de las palmadas de ánimo en la espalda. Al principio, al ruido de los camiones al alejarse le seguía un silencio sepulcral que duraba minutos, hasta que sonaban las descargas en la distancia. Entonces se oía el llanto de los más cercanos, de los presos que las últimas semanas habían compartido celda con los fusilados. De nada servía protestar. En dos ocasiones se había oído un grito de «¡asesinos!» durante la saca, y en las dos el autor de las voces había terminado en la camioneta. Con el paso de los días, habían aprendido que lo único que acallaba el lejano sonido de los disparos era el murmullo de las conversaciones animadas en las celdas, en las que todos intervenían hasta que las voces se iban apagando poco a poco a medida que les vencía el cansancio.

Aquella mañana comieron con fruición mientras esperaban que las puertas se abrieran para iniciar la jornada de trabajo. Cuando oyeron que el cerrojo chirriaba, cogieron sus gabanes, pero los goznes giraron y ante ellos apareció un rostro que dejó helado a Salvador. El guardia lo empujó dentro sin miramientos, y el hombre, trastabillando, pasó entre Epifanio y Salvador antes de derrumbarse sobre el camastro.

—¡Modesto! ¿Qué haces tú aquí? —exclamó Salvador cuando la puerta volvió a cerrarse a sus espaldas.

El nuevo compañero de celda alzó una mirada que reflejaba desesperación y

espanto. Tenía sangre en las comisuras de los labios y hematomas por toda la cara. También sus nudillos, apoyados en el borde del colchón, aparecían desollados y sangrantes. El llanto lo acometió de inmediato.

Anselmo y Salvador se sentaron a su lado. El ferroviario le pasó un brazo por encima del hombro, en un gesto paternal y, durante un largo rato, dejaron que se desahogara sin pronunciar palabra. El llanto empezó a ceder a unos suspiros entrecortados. Salvador se levantó y se agachó frente a él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz suave y serena—. Fuiste uno de los primeros que…

Modesto se limpió las lágrimas y la moquita con la manga. Parecía que el hipo iba a impedirle hablar, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—Nos llevaron a una corraliza, aquí cerca. Esos hijos de puta nos hicieron bajar del camión, nos obligaron a ponernos en fila en el borde de una acequia… y nos dispararon sin más.

—¡Joder! ¿Quieres decir que te fusilaron? —exclamó Epifanio.

Modesto asintió, con el dolor reflejado en el rostro.

—El tiro me entró por aquí, entre el pecho y el brazo —dijo señalándose—. Fue una herida poco profunda, pero el estacazo me lanzó hacia atrás. Supongo que eso me salvó la vida, porque enseguida vi que no me habían dado bien. Estaba espantado, pero supe que tenía que intentar escapar de allí.

Cerró los ojos de nuevo.

—¡Hostia! —exclamó Anselmo, con gesto de asombro.

—Aún recuerdo sus voces, ¡sus risas!, mientras hacían tiempo para dar los tiros de gracia. Yo era el último de la fila y me arrastré por el barro hasta unos matorrales que caían sobre la acequia, zarzas, supongo… Me acurruqué allí, en la oscuridad, y allí permanecí agazapado y apretando los dientes por el dolor… mientras remataban a Mauro, a Andrés, a Felipe…

Salvador agachó la cabeza y luego recostó la espalda contra la pared, incapaz de hablar.

—Cuando se largaron, salí de allí. Pensé en huir lejos, pero estaba empapado en sangre y no me vi con fuerzas. Así que aproveché la oscuridad para acercarme a casa. Imaginad la cara de la Miguela cuando me abrió la puerta.

Epifanio sopló.

—No supo qué hacer, y solo se le ocurrió… ir a tu casa, a buscar a Teresa. Fue ella la que me curó.

—¿Mi mujer fue a tu casa?

Modesto asintió con la cabeza.

—Vinieron con la Emilia también. A mi mujer no se le ocurrió otra cosa que contarle que le habían *fusilao* al Vicente. La trajeron a rastras, no podían con ella. Allí se estuvo tirada en el suelo, llorando sin parar, mientras me curaban. Luego la acostaron en la otra alcoba, y a mí me subieron al granero, por si iban a buscarme esa

noche.

—¿Y fueron? —preguntó Anselmo desde la puerta, atento a los ruidos del exterior.

Modesto negó con la cabeza.

—Ni siquiera se dieron cuenta de que faltaba uno, si no me habrían *buscao* en la acequia.

—Claro. —Anselmo asintió.

—¿Y has estado escondido en casa todo este tiempo?

—Al principio en el granero. Pero no era seguro, que dar de comer a dos cuesta más que a una sola, y si alguien sospechaba e iban a casa, no tendría escapatoria. Cuando me curó la herida tapié una alcoba ciega del primer piso, donde teníamos el arcón, y le hice una entrada por arriba, desde el granero, entre las vigas. Le apañé la tapa de una tinaja para cerrar el agujero y ahí me bajaba a dormir. La Miguela ponía la tapa boca abajo y colocaba encima la tinaja, y a seguir haciendo vida de viuda, sin contar nada a nadie. Ni a su madre le dijo nada…

—Modesto… —cortó Salvador—, antes de que sigas, ¿cómo viste a Teresa?

—Teresa está bien, ha ido viniendo a menudo, ¡menuda compañía le ha hecho a la Miguela! Bueno, y sobre todo a la Emilia… Allá han *pasao* las tres muchas tardes, sin dar cuartos al pregonero. ¡Menuda tripa tiene! Creo que ya debe de estar para parir…

Salvador cerró los ojos y se los cubrió con la mano cerrada, apretando las comisuras entre el pulgar y el índice. Todos guardaron silencio.

—¿Cómo te han encontrado? —preguntó al fin Epifanio.

—¿Que cómo? Joder, como se encuentra a un gilipollas. Porque no se me ocurrió otra cosa que dejar preñada a la Miguela.

—¿Preñada? —Salvador alzó la cabeza—. Pero si no han pasado ni tres meses… aunque estuviera preñada aún no se le notaría.

—Y no se le notaba, han sido las jodidas *nansias* que decía ella.

—Joder, Modesto, ya te la podías haber *envainao*, tú también, sabiendo en qué situación estabais.

—Si fuimos con *cuidao*, pero todo el día en casa, sin otra cosa que hacer… Y además llevaba semanas sin ver a la Miguela. Al final pasó lo que tenía que pasar, que tanto va el cántaro a la fuente que…

—¿Cómo se dieron cuenta?

—Pues en la iglesia. Ahora tienen que ir todas a misa, que si no las miran mal. Y no está la cosa para andarse con tonterías ahí fuera. No sabéis lo que les están haciendo a las mujeres de los que están en la cárcel y de los que han *fusilao*. Son como apestadas, y no digamos las que ya se habían significado por sí mismas, en las huelgas y esas cosas… Cuentan que en algunos pueblos de aquí cerca les cortan el pelo al cero, las obligan a beberse un vaso de aceite de ricino y, cuando les entran las cagaleras, las sacan a la plaza del pueblo para que todo el mundo las vea, a veces

después de la misa del domingo, a veces después de que hayan *fusilao* a sus maridos esa misma noche.

Anselmo gimió, con expresión atemorizada. Modesto lo miró y debió de ver la pregunta en su mirada.

—No os conozco, no sé quiénes son vuestras mujeres. Pero parece que en Puente Real eso aún no ha *pasao*. Y la tuya, Teresa —dijo mirando a Salvador—, no se han metido con ella, más que un día que la llamaron para decirle que ya no podía enseñar más en la escuela.

Salvador asintió, cabizbajo.

—El caso es que todas van al rosario y a misa cada día, para pasar por beatas y buenas cristianas, que es a lo que obligan ahora. Y a confesarse. ¡De buena hostia venía la Miguela después de contarle al cura que se había *olvidao* de rezar por la noche el Señor mío Jesucristo, o que había tenido envidia de una vecina, cuando sabía que él había *estao* dando el viático a los presos antes de que les pegaran un tiro!

Comenzaron a oírse los cerrojos de las puertas exteriores.

—Parece que nos vamos —anunció Anselmo, asomado a la rejilla.

—Yo sí que me voy por las ramas… Pues que, estando en el rosario hace unos cuantos días, a la Miguela le dio la vomitona, así, sin tiempo para salirse ni para disimular. Y alguna beata debió de sospechar. Ya notó algo el domingo, en la misa de difuntos, que muchas se volvían a mirar, pero la tonta de ella no quiso decirme nada para no preocuparme. Al principio me he *enfadao* con ella, pero solo de pensar en los días que ha debido de pasar…

—Y han ido a buscarte a casa…

—Esta noche, de madrugada. Han *levantao* a la Miguela de la cama, que casi tiran la puerta abajo. Yo estaba metido en la alcoba y ya he visto a lo que venían. A punto he *estao* de salir y liarme a tiros con la escopeta cuando he oído cómo le gritaban, pero ni me han *dejao*. Les ha *faltao* el tiempo para registrar la casa, y en cuanto han subido al granero y han movido la tinaja…

—Lo siento —dijo Salvador.

—Yo lo siento por ella, me cago en la puta —respondió Modesto. La entereza que había mostrado durante el relato pareció abandonarlo entonces, y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos—. Caro me va a salir el polvo, ¡seré gilipollas!

—Tranquilo —intervino Epifanio, rodeándolo de nuevo con el brazo.

—Pero una cosa tengo muy clara —dijo en voz baja cuando ya se abría el cerrojo de la celda—: a mí estos cabrones no me fusilan dos veces.

Capítulo 28

Viernes, 6 de noviembre de 1936

Emilia y Teresa regresaban a casa sin hablar y sin poder apartar de su pensamiento la imagen de Miguela. Desde el momento de la detención, su amiga se había culpado de la suerte que había corrido Modesto, por no haberle advertido para darle tiempo a huir, por haber sido tan estúpida y tan egoísta como para pensar que nadie iba a sospechar y que ella podría conservar a su marido a su lado. Minutos después del arresto, presa aún de la desesperación, había reunido fuerzas para llegar hasta la imprenta ante la mirada atónita de los ancianos y las mujeres que, en ausencia de los hombres, huidos o alistados, se dirigían a las huertas cercanas aquella heladora mañana de lunes. Todos ellos debieron de ver a la misma mujer rota por el dolor que caminaba arrastrando los pies, con el cabello despeinado y la mirada perdida al frente, que dejó caer la aldaba una y otra vez hasta que Teresa, entumecida por el frío, consiguió abrirle la puerta.

No había tenido que hablar para que Teresa adivinara lo ocurrido, y tampoco habría podido hacerlo. Los sollozos la ahogaban mientras la mujer que le había enseñado lo poco que sabía y que en los últimos meses, durante el cautiverio voluntario de Modesto, se había convertido en su confidente y amiga, la ayudaba a subir las escaleras en busca del calor del brasero. Se habría dejado caer sobre las baldosas del pasillo si Teresa, a pesar de lo avanzado de su propio embarazo, no se hubiera empeñado en hacerla entrar en el cuarto de estar, la única habitación caldeada de la casa, donde consiguió que, sin dejar de llorar, se desplomara sobre uno de los sillones. Teresa atizó la leña de la estufa para calentar un cazo con agua, al que añadió una generosa cantidad de hojas de tila y valeriana. A duras penas consiguió que diera unos sorbos, entre arcadas que la obligaban a encogerse sobre el vientre.

Por fin, con la voz entrecortada por el llanto y el hipo, Miguela consiguió explicar su desdicha. Había rogado por su esposo, se había arrojado a los pies del guardia que parecía encabezar la patrulla suplicando por él, pero todo había sido en vano. Dos hombres la habían sujetado por los brazos mientras Modesto se dejaba llevar, resignado. Maniatado, solo había vuelto la cabeza para lanzarle un beso con los labios y dejarle un te quiero y un cuídate, pronunciados con un movimiento exagerado de los labios, apenas sin voz.

La muchacha, hundida en el sillón y sin ánimo para cambiar de postura siquiera, había tardado horas en caer vencida por el agotamiento que produce el llanto continuo, y Teresa aprovechó la ocasión para salir en busca de Emilia. Regresaron juntas al poco, para encontrar a Miguela sentada en el suelo de la cocina en medio de un charco de sangre roja y espesa, con la espalda apoyada contra la cocina de carbón y un cuchillo que se había deslizado desde la mano derecha después de cortarse la muñeca. En sus ojos aún quedaba un hálito de vida, que se fue extinguiendo mientras

Teresa corría en busca de vendas para tratar de hacerle un torniquete en el brazo y obturar las heridas, pese a saber que todo ya resultaba inútil.

Dejó caer las vendas en el suelo de la cocina cuando vio que la luz de sus ojos se había apagado, y se derrumbó de rodillas junto a Emilia. Abrazadas, lloraron hasta la extenuación por ella y por la criatura que albergaba en su vientre. Solo las campanadas que anunciaban el mediodía en la cercana Casa del Reloj les hicieron ser conscientes del tiempo que llevaban allí. Emilia, entumecida, se incorporó y tiró de Teresa.

—Debes tumbarte en la cama, vas a coger frío —había dicho apenas sin voz, señalando su vientre—. No podemos permitirnos otra desgracia, ninguna de las dos podría soportar más dolor.

Despacio, ayudándose de las manos, se había incorporado tratando de recuperar el control de las piernas acalambradas. Con apenas fuerzas para mantenerse en pie, aceptó la ayuda que Emilia le ofrecía para caminar hasta el dormitorio.

En ese momento, pasados dos días, en su memoria se desdibujaba lo que había sucedido a continuación. Tan solo recordaba que la casa se había llenado de hombres a los que no conocía cuando Emilia regresó, después de dar cuenta a la Guardia Civil de lo sucedido. Se había limitado a responder de forma mecánica a sus preguntas, sumida en una especie de sopor que, estaba segura, había sido la reacción de su organismo ante tanto sufrimiento. Reconoció, sin embargo, algunos rostros: el del capitán de la Guardia Civil primero, y después el de Herminio Polo, que conversaba con los otros al costado del lecho.

Aquel había sido el único momento de lucidez que recordaba. Había tratado de incorporarse, repentinamente alerta, para tomar a aquel hombre de la muñeca y preguntarle con vehemencia por Salvador.

—Déjele volver —había rogado—. ¡Tenga piedad, su hijo está a punto de nacer!

El jefe local de la Falange había musitado una respuesta que Teresa fue incapaz de entender, mientras de un tirón se liberaba de la presión de su mano. Dio orden al sargento de la Guardia Civil de que se ocupara de todo y salió sin volver la vista. Poco después, había sido el doctor Vega quien había entrado en el dormitorio para proceder a examinarla bajo la mirada atenta y preocupada de Emilia.

—Todo parece ir bien —le había oído decir al concluir—, pero si mis cálculos no fallan, sale de cuentas en una semana. Cuando llegue el momento mándeme aviso de inmediato o acuda con ella a la clínica. Deseo ser yo quien la atienda en el parto.

Vio a Emilia asentir, cohibida, y ella misma musitó una palabra de agradecimiento desde la cama.

Regresaban del recinto anexo al cementerio donde había sido enterrada Miguela, fuera de terreno sagrado, tal como ordenaban los nuevos cánones en el caso de las muertes por suicidio. No se había celebrado ninguna ceremonia religiosa, pero el

sacerdote que acompañaba al reducido cortejo había rezado un largo responso antes de que un joven enterrador depositara el ataúd en el fondo de la fosa. Teresa, haciendo caso omiso a los ruegos de Emilia, había insistido en estar presente. Sabía que serían pocos los que acompañaran a la desventurada muchacha, y no se equivocó. Solo unos cuantos hombres con las gorras en la mano y la mirada clavada en el suelo, y un par de docenas de mujeres enlutadas componían la triste comitiva aquella mañana de otoño, soleada pero ventosa y fría. Una de ellas, sostenida apenas por otras dos comadres, llamó la atención de Teresa y comprendió que se trataba de la madre, la misma a la que Miguela había ocultado tanto la presencia de su marido en la casa como el embarazo. Teresa valoró lo posibilidad de confesarle la verdad, pero decidió que hacerle saber que aquella caja de madera, además del cuerpo de su hija, contenía el que hubiera sido su nieto, no haría sino agravar el sufrimiento. Se había limitado a acercarse a ella para besarla en las mejillas y musitar una frase de consuelo, a la que la mujer correspondió con un gesto de agradecimiento.

Cuando llegaron al final de la prolongada pendiente que descendía desde el cementerio, Teresa se quedó mirando el camino que conducía a la imprenta.

—No me siento capaz de volver allí —le dijo a Emilia.

—Iremos a mi casa. —Emilia asintió y le rodeó la cintura con el brazo.

Doblaron a la izquierda, en dirección al puente que salvaba el Queiles. Pasaron por delante del convento de las siervas de María y la iglesia del Carmen antes de llegar a la calle de las Herrerías, continuaron por la calle Verjas y de ahí a las proximidades de la modesta vivienda de Emilia. Apenas hablaron durante el trayecto. Teresa caminaba absorta en sus pensamientos, que de nuevo la habían llevado a Salvador. Los acontecimientos de los últimos días casi habían conseguido apartar de su mente el drama que vivía su esposo. Las escasas visitas de José eran el único nexo que mantenía con Salvador, y cada una había sido un bálsamo que conseguía calmar su zozobra, pero estas se habían ido espaciando desde el verano. Teresa quería pensar que los fusilamientos habían terminado para siempre, y que el día menos pensado su marido se presentaría en la imprenta para abrazarla y para estar junto a ella cuando su hijo viniera al mundo. Era el ruego que le había hecho a José en su última visita: que de alguna manera hiciera saber a quienes retenían a su marido que se acercaba el momento del parto. Aún albergaba la esperanza de que aquello terminara de ablandar sus corazones. Se detuvo de repente bajo un soportal.

—Espera —dijo reteniendo a su amiga por el brazo—. No podemos ir a tu casa. ¿Y si vuelve Salvador y no me encuentra?

Emilia la miró con dulzura.

—Quizá tengas razón… —respondió sin querer desengañarla.

—¡Volvamos! —sugirió con la esperanza reflejada en la voz.

—Teresa… será duro, todo nos va a recordar a Miguela allí.

—No puedo marcharme ahora. Ya nos tenemos la una a la otra, ¿no es cierto?

La muchacha asintió con la cabeza, y de repente se encontró entre los brazos de

Teresa.

—¡Gracias, Emilia! No hubiera podido soportar todo esto sin ti.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de ambas, y continuaron abrazadas unos minutos, ajenas a las miradas de sorpresa de los transeúntes.

Teresa alzó la vista hacia las torres de San Jorge y de la catedral, que se alzaban al frente.

—¿Te importa que pasemos antes por la escuela? Hace meses que no la veo.

—¿De verdad crees que es una buena idea? —Emilia vaciló—. Ya no es la escuela que recuerdas, ahora es un cuartel militar.

—Lo sé, pero… me gustaría verla de nuevo, aunque solo sea por fuera. Será un momento.

—Está bien —accedió, esbozando una leve sonrisa—. Después de todo, nadie espera que tengamos la mesa puesta.

Cruzaron la calle, una de las más anchas de la ciudad, pues tenía su origen en el arrabal que bordeaba la antigua muralla medieval desde los tiempos de la dominación musulmana. Al cabo de apenas unos pasos contemplaron la fachada de la iglesia de San Jorge, en el Mercadal, junto a la que se alzaba el viejo edificio que albergaba la mayor escuela pública de Puente Real, la misma que Teresa había dirigido hasta el último mes de junio, cuando finalizó el curso. Levantó la vista al percibir un olor a humo más intenso de lo habitual, y advirtió la columna densa y gris que ascendía hacia lo alto desde el patio interior del edificio.

—Es extraño… parece una hoguera —dijo mirando por encima de los aleros—. Quizá necesiten espacio y estén limpiando los almacenes, estaban atestados de trastos y muebles viejos.

—Pues buena limpieza están haciendo, porque las pavesas salen por encima del tejado.

Teresa advirtió que Emilia tenía razón. Pequeños fragmentos arrastrados por el calor superaban la altura del edificio y empezaban a caer, ya apagados, sobre el pavimento. Trató de capturar alguno de ellos entre las manos. Uno más grande que el resto descendía hacia ellas meciéndose en el aire impregnado de humo. Lo cogió Emilia y se lo mostró a su amiga.

—Es papel —dijo Teresa—. Papel impreso. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa? —inquirió Emilia alarmada por el tono de voz de Teresa—. Algo malo es si tú te acuerdas de Dios.

—Creo que están quemando libros —respondió angustiada—. ¡La biblioteca!

—¿Cómo sabes…?

—Espérame —replicó, mientras se encaminaba hacia la portada tan rápido como su estado se lo permitía.

—¡Teresa, no! —gritó Emilia—. ¡No puedes entrar ahí!

Sin atender a la advertencia, Teresa llegó a la entrada de la escuela y se topó con un joven soldado que, armado con un viejo fusil, montaba guardia al abrigo del

zaguán.

—No puede usted pasar, esto es un edificio militar —declaró, sorprendido, con una voz que delataba su juventud.

—Lo sé, y también es la vieja escuela que yo misma dirigía hace unos meses. Vengo a hablar con el oficial al mando. Me está esperando —mintió.

—Lo siento, señora, pero tengo órdenes de no dejar pasar a nadie ajeno al destacamento.

Teresa, ante la bisoñez que adivinaba en el muchacho, decidió jugar fuerte.

—Mire, soldado. Soy Teresa Monreal, antigua directora de esta escuela, y le aseguro que no se va a librar usted de un arresto cuando el coronel sepa que me ha impedido el paso.

El muchacho pareció confundido.

—Está bien, espere aquí —balbuceó por fin—. Voy a anunciarle su visita y que él ordene lo que corresponda. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Teresa Monreal.

El soldado se marchó dejando la puerta entornada, y Teresa se asomó al interior por la rendija. Vio que el muchacho torcía a la izquierda para subir a la primera planta por la escalera principal. Con un gesto, Teresa indicó a Emilia que esperara allí y empujó la puerta para colarse en el interior. Cruzó el zaguán en cuatro zancadas, accedió al hermoso patio porticado interior y un gemido escapó de su garganta cuando contempló la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Una gran pira formada por viejos muebles, cajas y leños de gran tamaño ardía en el centro. Las ventanas del primer piso, precisamente las de la biblioteca, se hallaban abiertas de par en par y, en una de ellas descubrió a una figura ataviada con sotana negra que identificó de inmediato como el joven y orondo archivero de la catedral. Se encontraba de pie ante la ventana, junto a una mesa que varios soldados abastecían continuamente de nuevas pilas de libros. El archivero los ojeaba de forma somera y decidía sobre su destino: la mayor parte regresaban al lugar del que procedían, pero otros muchos acababan en el centro de la hoguera, arrojados con desdén.

Teresa corrió por el soportal hasta situarse bajo la ventana. Ante ella, varios ejemplares habían acabado en el borde mismo de la hoguera e incluso fuera de ella. Protegiéndose del calor con el brazo, se acercó y los apartó del fuego con los pies. Sabía bien el tiempo y el esfuerzo que había costado conseguir muchos de los ejemplares que ardían sin remedio en aquella pira. Con los ojos arrasados, trató de descifrar los títulos de los que acababa de rescatar de las llamas. *Cañas y barro*, de Blasco Ibáñez; *Resurrección*, de León Tolstoy; *Tres ensayos sexuales*, de Marañón; *Mala hierba*, de Baroja…

Un nuevo gemido brotó de su garganta. Conocía la estructura del edificio como la palma de su mano y corrió hacia el lado oriental del claustro, atravesó una pequeña puerta y ascendió los escalones hasta el primer piso. Giró a la izquierda en la amplia galería y abrió la puerta de cristal y madera que daba acceso a la biblioteca.

—¡Don Hipólito! —gritó.

El archivero volvió la cabeza.

—¿Qué… qué hace aquí esta mujer? —acertó a preguntar, con las pupilas dilatadas por la sorpresa.

La media docena de soldados que lo acompañaban parecían tan desconcertados como él. Teresa aprovechó el momento de confusión para acercarse al sacerdote.

—¿Por qué, don Hipólito? —preguntó sin poder ocultar su conmoción—. ¿Por qué hace esto? ¿Sabe usted lo que nos ha costado reunir los ejemplares de esta biblioteca? Muchos hombres y mujeres de Puente Real han aprendido a leer con ellos.

El archivero pareció reponerse de su estupor. Sin duda la había reconocido, y una expresión de profundo odio cobró forma en su rostro.

—¡Ah, pero si es la maestrilla de los rojos…! Una de las responsables de la contaminación de nuestros obreros y nuestros jóvenes con la ponzoña marxista que reunía en estos estantes. ¡Demasiado se ha tardado en prender esta hoguera! Créame cuando le digo que los libros que arden ahí abajo son la causa de la perdición de todos ellos y de los padecimientos que ahora sufren. ¡Usted misma y los que son como usted son los causantes de su ruina!

—¿Llama usted ponzoña marxista a las obras de Marañón, a las novelas de Blasco Ibáñez…? —Teresa esbozó una sonrisa que no era sino un gesto de despecho, y se dirigió a uno de los estantes que tenía a su izquierda. Tardó un instante en localizar dos volúmenes que extrajo de su lugar y mostró al archivero—. Fíjese, don Hipólito… ¿le parece que estos dos libros están cubiertos de polvo, como si nadie los hubiera ojeado en años? ¿O por el contrario los ve ajados por el uso? Más bien esto último, ¿no es cierto? Son las obras completas de San Juan de la Cruz y de Teresa de Jesús. Yo misma hacía leer algunos pasajes a nuestros alumnos, y también a los hombres y mujeres que acudían aquí para aprender a leer y escribir después de agotadoras jornadas de trabajo.

Teresa buscó una marca en el lomo de uno de los volúmenes y lo abrió. Sin dar tiempo a una respuesta por parte del sacerdote, empezó a leer con voz clara y firme.

¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.
Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

—¿Lo reconoce? Es el «Cántico Espiritual», de San Juan de la Cruz. Créame, he visto a hombres como castillos, endurecidos por los padecimientos del día a día, tratando de ocultar las lágrimas al ser capaces de comprender por sí mismos este fragmento de «ponzoña marxista», como usted lo califica. —La propia Teresa hablaba con los ojos anegados.

—¡Déjese de tonterías! Aquí no se purgan los libros de nuestros santos ni de autores de moral contrastada, sino esos panfletos llenos de ideas perniciosas para nuestros jóvenes.

Teresa se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Es usted un hombre de cultura, con una formación sólida, ¡cómo archivero responsable de la conservación de nuestro legado! No se deje llevar por el odio, no siga con esto —rogó, señalando hacia las llamas que ascendían al otro lado de la ventana—. Hay otras formas…

—Solo cumplo órdenes de la Junta Superior de Educación —se defendió el clérigo, aparentemente afectado por la alusión personal—. Además, yo solo quemo libros contaminados… Otros queman iglesias con todo lo que contienen, ¡incluso con los sacerdotes dentro!

—¡No caiga usted en lo mismo que condena! —replicó Teresa, dirigiéndose hacia él al ver que se volvía de nuevo hacia la ventana.

Dos soldados se interpusieron entre ambos.

—¡Váyase de aquí, déjeme continuar con mi tarea! ¡No les obligue a ser… bruscos! —respondió.

Teresa siguió avanzando. Notaba el calor del fuego, que penetraba a través de la ventana, unido a la rabia que sentía en aquel momento. Estaba decidida a sujetar el brazo del archivero, pero las manos de los soldados la retuvieron de forma férrea.

—¡Sacadla de aquí! —gritó el sacerdote enfurecido, con las gotas de sudor perlándole la frente.

—¡La Historia les juzgará por esto! —escupió Teresa, consciente de que también aquella batalla estaba perdida.

—¡Todo lo contrario, nos alabará —rio el clérigo—, porque nosotros escribiremos la Historia!

Los dos soldados tiraron al mismo tiempo de Teresa, incapaz de dejar de mirar la escena que se desarrollaba ante la ventana. Despreocupado ya, el archivero había tomado un nuevo ejemplar entre las manos, lo abrió por la primeras páginas y ojeó su contenido. Después echó el brazo hacia atrás y arrojó el libro hasta la hoguera. En aquel momento, Teresa se encogió con un gemido que hizo que los soldados aflojaran la presión sobre sus brazos, al tiempo que intercambiaban una mirada, extrañados. El archivero se volvió asimismo hacia la maestra, cuyo rostro se contraía en una mueca de dolor. Libre ya de las manos que la sujetaban, Teresa se dejó caer sobre una de las sillas de la biblioteca, haciendo esfuerzos evidentes por respirar. Al cabo de un momento, un charco transparente comenzó a extenderse por las baldosas del suelo a

los pies de Teresa.

—¡Por el amor de Dios! —gritó don Hipólito—. Que alguien avise a un médico, ¡esta mujer está de parto!

Capítulo 29

Viernes, 6 de noviembre de 1936

Tras la llegada de Modesto se produjo un cambio drástico en la rutina de la cárcel. El miércoles la puerta de la celda se había abierto como cada mañana, pero los camiones que debían trasladarlos al tajo no estaban esperando en la plaza de San Francisco. Pasaron la primera parte de la jornada bajo la atenta vigilancia de los guardias, arrancando las malas hierbas del patio central del edificio y ayudando a tabicar el viejo claustro, que, al parecer, en adelante había de albergar las cuadras de la unidad de caballería que estaba a punto de establecerse en la ciudad. Por los comentarios de los soldados, que Salvador captó al vuelo, comprendió que habían cambiado las consignas y que las salidas de la cárcel se habían terminado. Las camionetas no faltaron, sin embargo, a su cita aquella noche, ni tampoco la siguiente. Era la primera vez que se llevaban a cabo dos sacas de forma consecutiva, y la entereza que, unos más y otros menos, trataban de aparentar durante el día amenazaba con desmoronarse.

La tarde del miércoles un nuevo sonido se sumó a los habituales. Alguien había instalado una radio de galena en las dependencias de la guardia, al otro lado del portalón que aislaba la zona de celdas. Desde entonces, no había dejado de sonar un solo momento, turno tras turno. Hasta ellos llegaban los continuos intentos de captar las pocas emisoras del bando nacional que parecían estar en funcionamiento, el sonido distorsionado de voces estridentes que más parecían arengar que informar de los acontecimientos que se sucedían en el exterior. A pesar de que Modesto había pasado los últimos meses encerrado en un agujero, les había proporcionado alguna información sobre el avance de lo que sin duda era ya una guerra declarada. Salvador encontraba las noticias, que al parecer pasaban de boca en boca de forma clandestina a partir de algún receptor de radio que alguien había conseguido ocultar, demasiado optimistas como para no pensar que eran mera propaganda del Gobierno de la República, que utilizaba las emisoras de Madrid y Barcelona para mantener alta la moral de la población. Esa impresión se había acentuado en los últimos días, pues los soldados de guardia se habían asegurado de que escucharan, a través de la puerta abierta, las alocuciones de un tal Queipo de Llano, al parecer el general al frente de las tropas nacionales en Sevilla, desde donde se emitían sus consignas. Cuando no era él quien hablaba, los guardias trataban de sintonizar una nueva emisora que la Falange había instalado en Valladolid y que daba cuenta del avance imparable que, según ellos, las tropas sublevadas mantenían en dirección a la capital. Entre una alocución y otra, sonaban sin cesar el «Cara al sol» de la Falange, el himno de la Legión e incluso el «Oriamendi» de los carlistas.

Lo cierto era que las esperanzas iniciales acerca de una pronta reacción del Gobierno legítimo se habían desvanecido por completo. En su fuero interno, Salvador

sabía que tenía los días contados, que cada noche de saca en que no se abría la puerta de su celda era un día de existencia que se les regalaba, pero también un paso que les acercaba a su fin. Si algo le consolaba, era haber podido despedirse de Teresa. Una semanas atrás, José era uno de los guardias encargados de vigilar las labores de limpieza de la ribera del río y, de forma aparentemente casual, ambos se las habían arreglado para terminar situados a apenas unos metros de distancia, ocultos del resto por los arbustos de tamariz que poblaban la ribera del río que desbrozaban. José le había tranquilizado acerca del estado de Teresa, y Salvador le había hecho una sola y rápida petición. No obtuvo respuesta hasta que, un día después de la llegada de Modesto, en la bandeja del rancho encontraron dos pequeños paquetes. Uno de ellos era el recado de escribir que esperaba y, aquella misma tarde, a pesar de la penumbra permanente de la celda, Anselmo, Epifanio y él se habían turnado en el uso del lapicero que contenía. Salvador, de forma voluntaria, eligió el último turno, de modo que cuando empezó a escribir apoyado en el poyo de cemento, la despedida que había pergeñado en su mente fluyó a través de su puño y quedó plasmada sobre el arrugado papel. Después, como había convenido con José, guardaron las cartas en la funda de uno de los colchones. Cuando llegara el momento, el chico se las arreglaría para entrar en la celda, recogerlas y hacerlas llegar a sus destinatarios.

Modesto se había negado a escribir nada, pues se conformaba con las conversaciones que había tenido ocasión de mantener con su mujer en las últimas semanas, y tomó el segundo paquete. Con la espalda apoyada en la pared, lo abrió sobre el regazo y, exhibiendo una sonrisa de satisfacción, fue sacando el contenido: lo primero el paquete de picadura, que dejó sobre el colchón; después dos librillos de papel de fumar; y al final, con un gesto de triunfo, un mechero de yesca que blandió ante sí.

—Cuando dé la vuelta la tortilla —dijo entonces dirigiéndose a Salvador—, a este amigo tuyo le vamos a hacer un monumento entre todos.

Abrió el paquete con cuidado, comenzó a liar cigarros con maestría y se los fue entregando a sus compañeros. Cuando terminó con el suyo, tomó el mechero y accionó la rosca sobre la piedra hasta que las chispas prendieron la mecha. Sopló con suavidad y un pequeño círculo de luz le iluminó el rostro. Lo acercó al cigarro y, con los ojos entornados, aspiró el humo, que terminó expulsando hacia lo alto lentamente, recreándose en el aroma. Luego pasó el mechero a Anselmo, que en aquel momento terminaba de escribir.

Salvador había creído que tras aquella última tarea estaba preparado para lo que viniera. Pero aquella misma noche se había producido una saca en la que, de nuevo, tocó el turno a algunos de sus compañeros de galería. Los chirridos de los cerrojos, las órdenes de los guardias y las voces de despedida, acalladas enseguida, se mezclaron con los sollozos de Anselmo y el rechinar de dientes de Epifanio, que se hallaban sentados al borde del camastro, esperando que fuera la puerta de su propia celda la que se abriera. Salvador, tratando de mostrar una fortaleza que no sentía, se

sentó entre ambos y les pasó los brazos por los hombros. Sin hablar, los atrajo hacia sí y percibió el temblor de ambos. El único que permanecía en apariencia sereno era Modesto, tumbado boca arriba en el colchón del suelo, aspirando el humo de un nuevo cigarro que bien pudiera ser el último.

Salvador se había sentido despreciable al experimentar alivio cuando los ruidos de los cerrojos se vieron sustituidos por los de los motores de las camionetas. Aquella sensación se había repetido al día siguiente, cuando las celdas que quedaron vacías fueron las situadas en el pasillo contiguo.

Las sacas de los últimos dos días se sumaban a las que se habían producido las semanas anteriores y, sobre todo, a los comentarios de los guardias, a las arengas de la radio de galena, que no entendían del todo, pero que clamaban con vehemencia por terminar sin escrúpulos con los «enemigos de Dios y de la Patria». Poco les ayudaría, pensaba, el deseo de venganza que sin duda estaría insuflando en el ánimo de los captores el relato retransmitido por aquel aparato de radio, que no dejaba de recordar las atrocidades cometidas por los republicanos allá donde conservaban el control.

Aquella noche, desvelado tras una cabezada por las pesadillas de Epifanio, con quien compartía el colchón, había sido incapaz de volver a conciliar el sueño. De pronto había sido dolorosamente consciente de que Teresa estaba a punto de salir de cuentas, y por primera vez tuvo la certeza de que no estaría con ella para ver nacer a su hijo. O a su hija. Había cometido el error de dejarse llevar, de imaginar a su pequeño recién nacido en los brazos de su madre, de ponerle nombre… Teresa, como su madre, si era niña. Seguro que ella querría ponerle Salvador si era chico. Se vio a sí mismo cogiendo al pequeño, ante la sonrisa de su madre, que los contemplaba a ambos embelesada. Cuando allí, en medio del silencio y de la frescura de la noche, comprendió que aquella escena nunca tendría lugar, la fortaleza que había tratado de mostrar durante el día se vino abajo, y se vio arrastrado a un llanto incontrolable.

Se acurrucó contra la pared pero no sintió su frío, porque el que emanaba de su propio interior ya le helaba el alma, al comprender que iban a arrebatarle la vida, que iban a separarle de lo que más quería, incluso de aquello que aún no había llegado a conocer pero que ya amaba con todo su ser. Ya no temía el disparo de fusil que pronto acabaría con su vida, porque nada podía ser más doloroso que aquel martirio. Por un instante deseó que llegara de una vez por todas el final, la hora de la liberación de aquel tormento que se había prolongado ya tres meses; sin embargo, solo tuvo que imaginar el momento en que Teresa recibiera la noticia de aquel desenlace para apartar con rabia la idea de su cabeza.

Oyó la tos de Modesto y recordó que, ni siquiera cuando todo parece perdido, puede un hombre renunciar al instinto de conservar la vida. Decidió que lucharía por ella, que hasta el último instante trataría de ser dueño de su destino, y esa determinación pareció calmar la angustia que le oprimía el pecho, aunque continuó agazapado bajo la manta.

—¿Quién quiere un cigarro? —preguntó Modesto poco después—. Me parece

que estamos todos despiertos…

Recortado contra el tenue resplandor que entraba por la rejilla de la puerta, Salvador vio a Anselmo incorporarse envuelto en su manta. También notó que Epifanio bajaba los pies al suelo para quedar sentado en el borde del camastro. Estiró los suyos y sintió el frío a través de los calcetines de lana, pero se dio la vuelta y quedó tumbado de costado, apoyándose sobre el brazo izquierdo.

—Tenemos que acabarnos la picadura, no vayan a terminar fumándosela estos cabrones —añadió el jornalero.

Nadie habló mientras Modesto liaba los cigarros. Fumaron en silencio, escuchando las marchas militares cuyo eco les llegaba aun a aquella hora en que las puertas permanecían cerradas.

—Mañana voy a pedir que me dejen hablar con el capitán —anunció Anselmo después de dar la última calada a su cigarrillo.

—¿Y eso? ¿Piensas cambiar de bando? —ironizó Modesto.

—Voy a decirle que estoy dispuesto a ir al frente, a primera línea si hace falta, si acceden a sacarme de aquí. Lo están haciendo con muchos.

—¡Coño, que lo decía en broma! —replicó el jornalero.

—¿Vosotros no estaríais dispuestos? —preguntó alzando la vista hacia ellos.

—¡Qué más quisiéramos! —se adelantó de nuevo Modesto—, pero me parece que esa salida es la que han *dao* a los dudosos, a Guadarrama los han *mandao* a todos. Pero los que estamos aquí adentro… me da que no están por la labor.

—No perdemos nada por intentarlo…

—Como mucho, el tiempo, pero de eso nos sobra —replicó el jornalero con sorna mientras continuaba liando cigarros.

—Por cierto, Modesto —intervino Salvador entonces—, tú fuiste uno de los que nos cubrió la huida en el Círculo Mercantil el día del golpe… a Aquiles Cuadra, a mí y a los otros. Nunca te he dado las gracias por aquello.

—Pues menos mal que no me dieron el tiro de gracia cuando me fusilaron, que si no llegas tarde…

Salvador no pudo reprimir una sonrisa.

—Sí, pegué unos cuantos tiros mientras saltabais por la ventana al río —continuó—. Lo malo es que no les tiré a dar, ¡*mecagüen* todo!

—Sabes que Aquiles consiguió escapar, ¿no?

Modesto asintió, aunque su gesto se ensombreció. Tardó un instante en volver a hablar.

—Unos días antes de cogerme otra vez, la Miguela vino diciendo que lo habían traído a enterrar al cementerio.

Salvador sintió que su rostro demudaba, y un nuevo escalofrío lo recorrió como un calambrazo. Se sentó junto a Epifanio casi de un salto.

—¿A enterrar?

—Yo sé lo que me contó la Miguela, y ella porque lo había oído en el *mercao*…

que le habían hecho un consejo de guerra en Pamplona y que lo habían *condenao* a muerte. Por lo visto andaba por Sevilla, alguien debió de reconocerlo y lo denunció.

Salvador cerró los ojos con fuerza, incapaz de controlar el temblor de sus labios.

—Lo siento. La verdad es que no quería decírtelo, pero como has *sacao* el tema…

Salvador notó que Epifanio se volvía para recoger su manta y echársela sobre los hombros, e hizo un esfuerzo para sujetar los extremos con las manos trémulas.

—Pase lo que pase, aunque consiguiéramos salir de aquí, ya nada sería como antes —dijo el periodista—. Faltarían muchos.

La luz del amanecer empezaba a filtrarse por la ventana de la galería, y parte de ella penetró en la celda, atrayendo la atención de los cuatro hombres, que parecían meditar en silencio sobre aquellas últimas palabras.

—Empiezo yo la ronda —dijo Anselmo mientras se levantaba y se dirigía hacia el retal de tela que hacía de cortina.

—Mejor, que si no se llevarán el cubo y aún no habrás *terminao* de gotear —trató de bromear de nuevo Modesto.

Advirtieron que la puerta exterior, la que comunicaba con las dependencias de la guardia, se había abierto, porque les llegaron con nitidez las notas de la «Marcha de Granaderos». A continuación comenzaron a oírse los sonidos familiares de los cerrojos, las voces de los soldados y el ruido de los cubos al ser empujados con los pies. El desayuno de aquel día fue magro: en las escudillas no había más que un caldo oscuro que empapaba varios trozos de pan negro reblandecido por la humedad. Sin embargo, los cuatro se lo comieron todo.

—Hoy tampoco nos sacan —dedujo Epifanio.

A media mañana comprendieron que no solo no iban a salir del convento de San Francisco, sino que tampoco trabajarían en el claustro. Antes de la llegada de la radio de galena, pese a la distancia, se oían las campanadas de la Casa del Reloj, pero ahora tenían que calcular la hora por otros medios. Poco después del mediodía, abrieron la puerta para dejarles el rancho, y Anselmo aprovechó para pedir una entrevista con el oficial al mando. En toda la tarde no hubo respuesta, y la luz fue apagándose hasta que la celda quedó de nuevo sumida en la oscuridad. La conversación también decayó a medida que se acercaba el momento que todos, a pesar de que nadie lo mentaba, temían. El martilleo de la música militar iba y venía entre interferencias y chisporroteos, pero de alguna manera cubría el silencio que de otro modo se hubiera hecho insoportable. Calcularon que rondarían las diez cuando el motor de varios vehículos en la plaza, las voces y las pisadas sobre la tarima les pusieron en guardia.

Anselmo gimió.

—¡Otra vez! —exclamó desde el borde del camastro, apretándose el entrecejo entre las palmas de las manos.

Se abrió la puerta de su galería. La conversación de los que entraron parecía trivial por el tono, como si hablaran de un partido de fútbol o de un cotilleo en la ciudad. Una sombra cubrió la luz que entraba a través de la rejilla, al tiempo que las

voces y los pasos se detenían.

—¡Abre!

El cerrojo se desplazó con el quejido característico, y el haz de luz de la galería iluminó el interior. Varios hombres ataviados con guerreras idénticas sobre las que destacaban el yugo y las flechas rodeaban al que parecía al mando. Salvador lo reconoció de inmediato. Tras ellos, los guardias armados parecían haber sido desplazados, y solo un cabo sostenía entre sus manos un soporte de cartón con una pinza en la parte superior, con la que sujetaba algún papel que no se veía desde la celda. Herminio Polo le agarró del brazo sin contemplaciones, le obligó a acercarlo y durante un momento consultó su contenido.

—Salvador Urrutia —dijo al fin, alzando la vista—. Un paso al frente.

Salvador obedeció, tratando de que el temblor de sus piernas pasara desapercibido, y avanzó hasta salir de la penumbra que reinaba en el fondo de la celda. Notó el torpe intento de Epifanio de apretarle la mano cuando se separó de él.

—Epifanio Ruiz…

El sobresalto hizo que el joven emitiera un sonido apagado, similar a un quejido.

—¡Adelántate! —ordenó el falangista—. No te ponía cara, cabrón. Tú, en cambio, parecías conocerme bien a mí, a juzgar por las lindezas que me dedicaste en ese panfleto subversivo en el que escribías.

A Salvador no le pasó inadvertido el énfasis que Herminio había puesto al utilizar el tiempo pasado en su acusación. Epifanio se situó a su lado, formando con él un ángulo abierto, y Salvador trató de aprovechar aquella circunstancia para dirigirle de soslayo una mirada de ánimo; pero el muchacho tenía los ojos clavados en el pavimento, y en su expresión se advertía algo más que miedo. Comprendió la razón cuando descubrió que en torno a la bragueta de sus pantalones se extendía una mancha de humedad y comenzaban a salpicar las primeras gotas de orina al suelo.

—¡Será maricón! ¡Pues no se está meando de miedo! —exclamó Polo riendo, un instante antes de que guardias y falangistas estallaran en una sonora carcajada—. Contentos teníais que estar, que venimos a sacaros de aquí.

Mientras las risas se reproducían, Salvador oyó cómo Epifanio, llevado ya sin duda por la humillación, rompía a llorar; sintió crecer la rabia en su interior.

—No les des esa satisfacción —musitó sin apenas mover los labios, con los dientes apretados.

Supo que Polo le había oído porque le clavó una mirada cargada de sorpresa.

—¡Aquí tenemos al gallito! Siempre hay uno cerca de las gallinas…

Se produjeron más risas, pero Salvador le sostuvo la mirada.

—Veremos si tienes huevos de mantener ese gesto desafiante dentro de un rato, rojo de mierda —escupió el falangista, indignado hasta el punto de que las venas de su cuello parecían dos gruesos cordones que se perdían en la tela azul de la camisa—. Aunque quizá…

Salvador observó el cambio en su semblante. Había fruncido el ceño con

expresión pensativa, y se llevó los dos pulgares al cinto que ceñía su guerrera.

—Sí, vosotros dos, retroceded. Quiero que sigáis disfrutando de nuestra hospitalidad, no os voy a «liberar» tan pronto —declaró al fin con un gesto de la cabeza, y se giró hacia el cabo para consultar el listado—. Que salgan… Modesto Sola y Anselmo Zabalza.

Con el cambio de posiciones que exigía Herminio Polo, se produjo un momento de cierta confusión, que los cuatro aprovecharon para intercambiar gestos de ánimo. Modesto se había puesto en pie sobre la colchoneta para ceder el paso a Salvador hacia el fondo de la celda. En el momento en que se cruzaban le susurró unas palabras al oído.

Cuando Salvador se volvió, la puerta ya se cerraba. Epifanio se había quedado parado sobre el charco que se había formado a sus pies. Cuando sonó el chirrido del cerrojo, los sollozos se apoderaron de nuevo de él, dio dos pasos hacia atrás y se dejó caer al borde del camastro, cubriéndose el rostro con las manos. Del exterior seguían llegando sonidos de puertas que se abrían y nuevas voces; algunas con tono imperioso y respuestas apagadas, otras puros lamentos, súplicas y quejidos de impotencia. Supieron que la puerta exterior se había abierto para dejar salir a Modesto, a Anselmo, y a los demás porque les llegó con claridad la música militar salpicada de interferencias. Salvador se colocó junto a Epifanio y le apretó el hombro izquierdo con fuerza.

—¡Hijos de puta! —soltó el periodista—. ¿Por qué han tenido que montar este circo? ¿No les vale con…?

No había terminado la frase cuando un estrépito de cristales rotos, gritos de advertencia y maldiciones llegó hasta ellos a través de la puerta exterior, aún abierta. Ambos salvaron de un salto la distancia que los separaba de la rejilla y prestaron atención.

—¡Maldita sea, joder! ¿Es que nadie ha visto lo que se proponía? —Oyeron gritar a Herminio Polo—. ¡Alguien pagará por esto! ¿Quién coño era?

No fueron capaces de oír la respuesta, pero ninguno albergaba la más mínima duda.

—¡Qué cojones! ¡Se ha *tirao* por la ventana! —dijo Epifanio cerrando los ojos, con el rostro contraído en una mueca de dolor.

—Me lo acababa de decir de nuevo…

—¿Que a él no lo fusilaban dos veces?

Salvador asintió. Los dos retrocedieron hasta el borde del camastro. Durante unos minutos permanecieron sentados en silencio, inclinados hacia las rodillas, con la mirada clavada en el suelo de cemento.

—Anda, quítate eso y ponlo a secar, vas a pillar un pasmo —dijo Salvador al cabo de un rato, volviéndose hacia Epifanio.

El muchacho asintió. Temblando de frío, se quitó la ropa mojada y la colgó de los mismos clavos que sujetaban la cortina. Después se envolvió en una de las mantas y

se sentó de nuevo. Seguía tiritando.

—¿Por qué han tenido que montar esa escena para dejarnos aquí de nuevo? —repitió Epifanio—. ¿Por qué se recrean con nuestro sufrimiento? ¿Por qué esta humillación?

El muchacho no obtuvo respuesta. Era Salvador el que sollozaba entonces. Epifanio tardó un rato en volver a hablar, y esta vez fue él quien apoyó su mano izquierda sobre la pierna de Salvador.

—No debemos avergonzarnos por esto, cualquier otro hombre reaccionaría de la misma manera…

Salvador pareció asentir, sorbiendo la moquita.

—Pensaba en Teresa —confesó—. Tiene que estar a punto de dar a luz a nuestro hijo, si es que no lo ha hecho ya.

—Joder…

—No puedo seguir aquí, esperando a que cualquier día nos saquen como a reses que llevan al matadero.

—¿Y qué alternativa tenemos?

—Modesto nos ha enseñado el camino.

—Para eso tendríamos que esperar a que nos sacaran, y ahora no van a dejar que saltemos por la ventana.

—No hablo de esperar. No puedo esperar. Tengo que ir a buscar a mi mujer, quizá también a mi hijo, y sacarlos de este infierno.

—Pero… ¿cómo?

Salvador se levantó, se arrodilló en el colchón del suelo que había ocupado Modesto y hurgó en el ángulo que coincidía con la esquina de la celda. Volvió al camastro con el recado de fumar. Mientras liaba los dos cigarros no dijo nada. Le pasó el suyo a Epifanio y cogió el mechero. Accionó la rueda con un golpe seco de la mano derecha, y las chispas que brotaban de la piedra de pedernal iluminaron por un instante sus rostros, al tiempo que prendían en la yesca. Repitió un par de veces la operación y sopló con fuerza. Dio fuego a Epifanio y luego encendió su propio cigarro. Entornó los ojos para protegerse del humo, pero no recogió la mecha dentro del cilindro metálico que debía apagarla. Por el contrario, siguió soplando, y cada vez que lo hacía, el extremo de yesca se convertía en un círculo candente.

—Esto puede sacarnos de aquí.

Epifanio lo miró sorprendido.

—¿Hablas de prender fuego a los colchones?

—Es nuestra última posibilidad. Saldríamos de aquí. Vivos o muertos, no lo sé, pero saldríamos.

Epifanio guardó silencio.

—Es una muerte terrible… —dijo al fin.

—Está bien —asintió Salvador, sin ocultar en el gesto su desaliento—. Si no estás de acuerdo, no haremos nada.

—… pero esto no es vivir —continuó el muchacho—. ¿Cuándo?

—Ahora, Epifanio. He visto a José entre los guardias. Si alguna oportunidad tenemos es con él ahí fuera.

El muchacho cabeceó para afirmar, pálido.

—¿Cómo lo haremos? —acertó a preguntar.

—Tendremos que poner los colchones en pie, al fondo de la celda. Nos taparemos la nariz y la boca con un trozo de la cortina, y nos cubriremos con las mantas mojadas —señaló con la vista la jarra de agua que reposaba en el rincón—. Trataremos de respirar a través de la rendija que queda debajo de la puerta y así aguantaremos hasta que nos abran.

—Esto se llenará de humo enseguida…

—Sí, pero la mayor parte saldrá por la rejilla superior. Tenemos que confiar en que a ras de suelo quede aire suficiente. ¿Estás preparado?

Epifanio no respondió.

—Si me dices que no, apagaré el mechero y nos tumbaremos en los camastros. Hoy tenemos uno para cada uno.

El silencio se instaló en la celda, hasta que ambos se volvieron hacia la puerta con un ligero sobresalto.

—¿Has oído eso? —preguntó Epifanio—. Ha sido cerca. Ya ni se molestan en alejarse de la ciudad.

—Ha podido ser allá arriba, junto al cementerio. Las noches de niebla el sonido llega mejor.

—¿Hay niebla?

—La he visto por la ventana cuando nos han sacado.

—Joder, yo no he visto nada. Ni la niebla ni a José… Tenías esto pensado de antes, ¿no es cierto?

—Se me había pasado por la cabeza, pero lo que han hecho hoy…

—Es cierto, Modesto nos ha marcado el camino. A él tampoco le darán el tiro de gracia.

Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando el eco de varios disparos, espaciados y atenuados por la distancia, alcanzó la celda.

—Si nosotros los oímos, todo Puente Real los está oyendo —reflexionó Epifanio—. No podemos permitir la zozobra que nuestras familias deben de estar sintiendo.

—¿Entonces…?

—Hagámoslo —concluyó el periodista, levantándose para ponerse de nuevo los pantalones mojados.

Salvador tuvo la precaución de sacudir los colchones para separar la paja apelmazada en su interior. Rasgó la tela de la funda de uno de ellos y extrajo gran parte del contenido, que dejó apartado en una esquina. Después apoyó el colchón entero y lo

que quedaba del otro contra la pared del fondo. Amontonó la paja suelta alrededor de ambos, rellenando bien el hueco que quedaba junto al muro, y recogió el mechero, que permanecía encendido en la plataforma de cemento.

Epifanio, entretanto, se había ocupado de rasgar la cortina y de empapar las mantas con el contenido de la jarra.

—¿Estás listo?

Epifanio asintió, temblando de nuevo.

—Cúbrete con la manta —le indicó Salvador mientras soplaba la yesca.

Se acostó en el suelo junto al montón de paja que llenaba el hueco bajo los colchones, acercó la mecha y sopló con fuerza. Las primeras llamas no tardaron en prender. Repitió la operación en el lado opuesto, y una luz amarillenta y vacilante iluminó la celda. Se puso en pie, se envolvió en la manta húmeda y se tumbó de nuevo al lado de Epifanio, que se cubría ya el rostro con la improvisada mascarilla.

—Respira hondo, llena de aire los pulmones —le dijo Salvador.

Cuando las llamas treparon por los colchones y alcanzaron el techo, Salvador comenzó a gritar. El resto de los presos no tardaron en despertar, y el olor a humo hizo que se unieran a las voces que advertían del peligro. Pronto reinó un tremendo griterío en la galería. El humo empezaba a salir en densos penachos a través de la rejilla, y llenaba gran parte del pasillo central. A través de la rendija oyeron las voces y los pasos apresurados de los guardias que, advertidos por los gritos de auxilio, habían abierto la puerta exterior. A Salvador le escocían los ojos, y sintió que el aire se hacía irrespirable. Epifanio tosió varias veces con fuerza, y aplicó la boca a la rendija de debajo de la puerta, protegiendo los lados con ambas manos. Salvador echó un rápido vistazo al fondo de la celda antes de imitarlo. Las llamas se alzaban con fuerza hacia el techo, que al parecer no era sino una fina capa de yeso que cubría los cañizos que servían de soporte, apoyados a su vez sobre las vigas de madera de la estructura. El enlucido se estaba desprendiendo con sorprendente facilidad, y las cañas entrelazadas ardían ya con fuerza, facilitando que las llamas lamieran las vigas que sostenían todo el entramado. Se maldijo por no haber pensado en aquella posible vía de escape, a través de aquel techo vetusto que se revelaba tan frágil.

El calor empezaba a resultarle insoportable en las zonas del cuerpo que quedaban fuera de la protección de las mantas, y trató de encoger las piernas para alejarlas de las llamas. Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Epifanio, que lo miraba con expresión de pavor por encima de la tela, a menos de un palmo de distancia. Entonces volvió a gritar a través de la rendija que los había mantenido con vida hasta el momento.

Desde el otro lado de la puerta llegaban la confusión de las voces de otros presos, las toses, que ya eran continuas, y los gritos de los carceleros lanzando órdenes contradictorias que nadie parecía cumplir. Las pavesas que caían del techo los cubrían

de una capa blanquecina, los colchones ya prácticamente consumidos ardían en el suelo y, cuando un trozo del cañizo en llamas cayó en medio de la celda, la nube de humo negro les alcanzó de lleno. A pesar de los esfuerzos de Salvador por inspirar, el aire ya no le llegaba a los pulmones, pero de cualquier forma prefería morir así que ante un pelotón de fusilamiento. Dedicó a Teresa sus últimos pensamientos mientras sentía, en medio de un sufrimiento atroz que le llevaba a retorcerse en busca de una brizna de aire, que su conciencia se apagaba y su mente se precipitaba en un pozo de negrura.

José, cubriéndose la nariz con un pañuelo, apartó de su camino a otro de los guardias que se retiraban hacia la salida.

—¡Abrid las celdas! ¡No podéis dejar que se asfixien ahí! —gritó de forma infructuosa.

Calculó su posición en medio del humo y avanzó a tientas, sintiendo que le faltaba el aire. Arrojó el pañuelo para sujetar el cerrojo con ambas manos y tiró de él con todas sus fuerzas. Abrió la puerta de par en par en el momento en que se oyó el estruendo de un desplome y una llamarada se precipitó hacia él desde lo alto, obligándolo a arrojarse al suelo. Percibió el olor de su propio pelo quemado, pero sus manos tropezaron con una cabeza. A tientas, con los ojos inundados por la irritación, logró agarrar un brazo y tiró de él, pero no consiguió moverlo. La viga que acababa de desprenderse parecía haber caído sobre su pie izquierdo. Lo intentó de nuevo, tirando con todas sus fuerzas, y esta vez consiguió liberar el miembro atrapado. Con la última reserva de aire de sus pulmones, lo arrastró sin contemplaciones a través de la galería en dirección a la salida.

Al otro lado de la puerta abrió la boca e inhaló con ansiedad. Se frotó los ojos y, aguantando el escozor, miró el rostro del hombre al que acababa de rescatar. Un alivio inmenso lo inundó: era Salvador, que, semiinconsciente, había empezado a boquear, tratando también él de llenar sus pulmones de aire. Comprobó que algunos de sus compañeros habían decidido por fin entrar a liberar los cerrojos del resto de las celdas, y varios presos salían ya tosiendo de forma desesperada, para encontrarse con los cañones de las pistolas que los esperaban en el exterior.

—¡Conducidlos a las bodegas del ala opuesta, allí estarán seguros! —oyó decir al suboficial al mando—. El fuego se está extendiendo por el tejado, y pronto todo esto será un infierno. ¡Tenéis orden expresa de tirar a matar al primero que intente algo!

José aprovechó el desconcierto para cargar a Salvador sobre el hombro. Cruzó el rellano que ocupaba la guardia en medio de las notas de una marcha militar. Sin una idea preconcebida, descendió las escaleras que llevaban al amplio distribuidor de la planta baja. En medio del trasiego de guardias, militares y también civiles que acudían para prestar ayuda, no dudó en abrir la puerta que comunicaba con el viejo claustro del convento de San Francisco. El patio se encontraba a oscuras salvo por la

luz que proyectaban las ventanas de la planta superior y por el resplandor de las llamas, que habían alcanzado ya la cubierta del edificio. Avanzó hacia el extremo opuesto y, agotado, dejó caer a Salvador sobre el enlosado.

—¿Estás bien? —preguntó abofeteándole ligeramente en las mejillas.

Salvador trató de abrir los ojos, parpadeando sin parar.

—¿José? —dijo, antes de que un nuevo ataque de tos le impidiera seguir hablando.

—¡Tienes que escapar! ¡Ahora! Si alguien te descubre aquí, estás perdido.

Salvador asintió y, recostándose sobre un brazo y con la ayuda de José, intentó levantarse apresuradamente. Cuando apoyó la pierna izquierda cayó al suelo de nuevo con un gemido de dolor.

—¡El tobillo!

—Lo sé, se te ha quedado atrapado bajo una viga. Pero tienes que aguantar. Te puedo abrir la puerta que da al río. Trata de bajar al cauce y síguelo hasta el Ebro. La niebla te ayudará, pero aléjate cuanto puedas antes de que amanezca, quizás envíen patrullas si sospechan que ha huido alguien.

Salvador aceptó de nuevo la ayuda de José para ponerse en pie. Le pasó el brazo por detrás del cuello y, apoyando tan solo el pie derecho, avanzaron con dificultad hacia la portezuela que comunicaba con la carretera de Pamplona y con el río que discurría oscuro y en silencio al otro lado. Se detuvo antes de salvar aquella distancia y se volvió hacia su antiguo aprendiz.

—¿Y Epifanio?

José movió la cabeza en señal de negación, y Salvador cerró los ojos un momento.

—No te culpes, podrías haber sido tú. Cuando he tirado de ti, no sabía a cuál de los dos estaba arrastrando.

Salvador asintió y, cojeando, retiró el brazo del cuello de José.

—Muchos se han quedado dentro, ¿verdad? —preguntó con pesar.

—Creo que han abierto las puertas a tiempo —mintió.

—Gracias —se limitó a responder, con los ojos de nuevo empañados, esta vez por la emoción.

—La mejor manera de agradecerme esto es que consigas escapar y que te lleves a Teresa de aquí. Procura ponerte en contacto con ella, yo intentaré ayudarla a reunirse contigo.

Salvador se quedó mirando fijamente el rostro de José hasta que los dos se fundieron en un abrazo.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por nosotros. Solo espero conservar la vida hasta que pueda corresponderte de alguna manera.

—Haz lo que te digo, y me daré por bien pagado. A pesar de todo, ahí arriba han quedado hombres atrapados… —reconoció—. Intentaré que te den por muerto, cambiar tu cédula por la de uno de los fallecidos.

—Adiós, amigo mío —se limitó a decir Salvador con un gesto de agradecimiento antes de volverse.

Con pequeños saltos, sin apenas apoyar el pie izquierdo, atravesó la calzada, desierta a aquellas horas. Los jirones de niebla que ascendían desde el río parecieron tragarse a Salvador cuando se dejó caer por el talud hasta la orilla.

Capítulo 30

Viernes, 6 de noviembre de 1936

Teresa avanzaba por un túnel de contornos difusos, pero sentía que sus pies no tocaban el suelo. Trataba de abrir los ojos pero, cada vez que lo hacía, una intensa sensación de náusea la obligaba a apretar los párpados de nuevo, respirando con rapidez para contener el vómito. Pese a que hacía rato que oía voces quedas que iban y venían junto a ella, no alcanzaba a comprender lo que decían. Y el olor… aquel olor penetrante que la asaltaba y que trataba de asociar con algún lugar que, estaba segura, había visitado antes. Ansiaba deshacerse de aquel estado de confusión que le impedía pensar con claridad pero, a la vez, algo le decía que tenía motivos para temer lo que habría de descubrir cuando se hiciera la luz.

De repente, un sonido nuevo se abrió paso por el pasadizo que transitaba, un sonido que conocía y que encendió la chispa del recuerdo en lo más profundo de su mente. Era, sin duda, el llanto de un bebé. Como la avenida de un río que se precipita por el cauce, una oleada de imágenes se abrió paso ante ella. Se vio a sí misma siendo trasladada por varios soldados al hospital de Nuestra Señora de Gracia en una de las parihuelas del cuartel, preparadas sin duda para transportar heridos en el frente. Recordó las fuertes contracciones que durante el trayecto le crispaban el rostro mientras trataba de contener el grito, la imagen del doctor Vega dando instrucciones precisas y, a continuación, un nuevo y breve traslado, protegida del frío de noviembre por una gruesa manta, hasta un lugar de paredes blancas alicatadas hasta el techo, iluminado con una luz tan intensa que le había lastimado los ojos.

Alguien la había desvestido para cambiar su ropa negra de luto por un ligero camisón que no había evitado que temblara de frío. Después, de nuevo, el doctor Vega, con una curiosa indumentaria de color verde, hablándole en susurros, y una enfermera de rostro agradable cuya mano apretaba en cada contracción, entre gemidos. Y luego, por fin, una almohadilla sobre su rostro, un olor extraño… y el túnel del que en ese momento pugnaba por salir.

Con esfuerzo, trató de deslizar el brazo derecho bajo la sábana que la cubría. Lo primero que notó fue que el familiar abultamiento del vientre que la había acompañado en los últimos meses había desaparecido. Poco a poco, el recuerdo se abría paso en su mente. Encogió las piernas y alcanzó su sexo con la mano, pero no sintió dolor cuando sus dedos palparon temblorosos la piel cálida. Ascendió por el vientre, y supo que allí estaba el origen de la molestia sorda que empezaba a notar. En medio del creciente dolor de cabeza que experimentaba, comprendió que había sido sometida a una cesárea, y que el llanto que había oído era el de su hijo recién nacido. Redobló los esfuerzos para volver a la realidad, pero solo el dolor parecía decidido a hacerse presente, hasta el punto de volverse insoportable. Se oyó gemir a sí misma, luego le llegaron voces amables, y sintió alivio cuando le pusieron algo fresco en la

frente. Confortada y protegida, se dejó llevar de nuevo hacia el sueño.

Abrió los ojos, ya del todo despejada, y advirtió que era de noche. La persiana de la pequeña habitación en la que se encontraba estaba echada, y una luz auxiliar situada por detrás de ella iluminaba de forma tenue la estancia. Un rostro que se le antojó angelical ocupó todo su campo de visión. Pertenecía a una muchacha muy joven, que de ninguna manera sobrepasaba los veinte años, y por la cofia que le cubría los cabellos supo que se trataba de una enfermera.

—¡Ah, Teresa! Ya despierta usted… —dijo con tono afectuoso, aunque una nota de amargura pareció flotar en el aire.

—¿Dónde… dónde está mi hijo? —fue lo primero que preguntó, con voz débil—. ¿Es un niño? ¿O una niña?

La enfermera apretó los labios, pareció tragar saliva, y miró a Teresa con gesto compungido antes de apartar la vista. De forma aparentemente despreocupada, con un gesto mecánico, estiró la ropa de la cama.

—Ahora llamo al doctor… Él le dirá.

—¿El doctor? ¿Qué me tiene que decir el doctor? —La alarma se reflejaba en su voz—. ¿Por qué no está mi hijo aquí, junto a mí?

—Tranquilícese, Teresa. Ahora mismo viene él y se lo explica. Ha surgido un contratiempo.

La enfermera, con su voz casi infantil, pronunció estas palabras ya desde la puerta de la habitación. Un minuto después, la figura del doctor Vega apareció en el mismo lugar. En ese tiempo, Teresa había tenido tiempo de repasar una larga lista de posibles contratiempos que justificaran la ausencia del bebé. Al ver entrar al médico, suplicó una respuesta con la mirada.

—Buenas noches, Teresa. ¿Me conoces?

Teresa asintió una sola vez con la cabeza.

—Mi hijo, doctor… ¿Dónde está?

El médico le tomó la mano y se la apretó.

—Me temo, Teresa, que no tengo buenas noticias. Ha surgido una grave complicación durante el parto. La posición no era la correcta, el niño venía de nalgas, y ha sido preciso practicar una cesárea. Pero además el cordón umbilical se había enrollado en torno al cuello del bebé. —Hizo una pausa antes de continuar—. No hemos podido hacer nada por él.

Teresa no pareció reaccionar, y el doctor Vega la miró, extrañado.

—¿Me has entendido, Teresa?

—Eso no es cierto, doctor —respondió al fin, con una extraña seguridad, al tiempo que negaba con la cabeza—. Lo he oído llorar.

El médico lanzó una mirada a la enfermera, que había regresado y se encontraba a su lado. Esta se encogió de hombros, con gesto de desconcierto.

—Eso no es posible, Teresa —respondió el médico con voz amable, a la vez que le apretaba la mano con mayor firmeza—. Quizá lo hayas soñado, es frecuente al despertar de la anestesia. Por desgracia, el niño ha nacido sin vida.

—El niño… —musitó.

Entonces sí, una lágrima se deslizó por la mejilla de la maestra. Sus ojos arrasados le impidieron ver que la enfermera también apartaba la cara, incapaz de mantener la serenidad, y abandonaba la habitación entre sollozos ahogados.

—Lo siento, lo siento mucho, Teresa. Hemos hecho cuanto era posible.

—Quiero verlo —rogó, alzando el brazo derecho para agarrar la bata del doctor Vega.

—Es mejor que no lo hagas, Teresa. Esa imagen te acompañaría para siempre. Es mejor olvidar.

Un llanto profundo y desgarrador se apoderó de ella. El médico permanecía en pie, con la mano apoyada todavía en su brazo. Alzó la vista a lo alto y después cerró los ojos, inspirando profundamente por la boca. Cuando bajó la cabeza de nuevo, también por sus mejillas empezaron a correr las lágrimas, y su pecho se vio agitado por un llanto tan violento como el de la muchacha.

—Lo siento —repitió entre sollozos, y salió de la habitación a grandes zancadas.

A Teresa le parecía que ya no le quedaban más lágrimas. El dolor más intenso que hubiera experimentado jamás le atenazaba las entrañas, y trató de secarse los ojos con el dorso de la mano para calmar el escozor que la atormentaba. Ni siquiera la ausencia de Salvador, la consciencia de que tal vez no volviera a verlo, le había producido una angustia como la que entonces la ahogaba. Porque todo lo había confiado a la esperanza de tener a su hijo entre sus brazos. Salvador… así se hubiera llamado, como su padre.

Se volvió hacia la puerta, de donde en sueños procedía el llanto de su hijo. Intentó incorporarse, pero un agudo dolor en el vientre la dejó inmovilizada y sin aliento. Gimió de impotencia, y se dejó caer, conteniendo el quejido que pugnaba por salir de su boca. Por mucho que aquel médico se lo negara, por muchas voces que trataran de convencerla de lo contrario, nadie le arrebataría la seguridad de que lo que había oído era el llanto de su hijo. Su hijo estaba vivo, o lo había estado. Pero entonces… ¿por qué aquella mentira?

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al comprender. Una luz hiriente se abrió paso en su mente, y todo lo que había vivido los últimos meses cobró sentido de repente. Entendió el motivo del inusitado interés del doctor Vega en su embarazo, en el deseo tantas veces expresado de atenderla en el parto. Comprendió por qué no la habían encarcelado como a muchas otras mujeres, maestras y militantes de partidos de izquierdas, por qué ella no había sido humillada como otras cortándole el pelo y obligándola a pasear por la plaza después de ingerir un vaso de aceite de ricino. Supo

por qué no la habían fusilado. Querían a su hijo.

El horror la atenazó aún más al comprender que ya tenían lo que querían, seguramente lo único que la había mantenido con vida y en libertad. Y supo entonces que sus horas estaban contadas: quien hubiera urdido todo aquello no iba a dejar un testigo de aquella infamia, y menos aún a su protagonista. Quiso gritar pidiendo ayuda, pero sabía que era inútil, nadie iba a atender sus ruegos. La dolorosa certeza cayó sobre ella como una losa que parecía impedirle cualquier movimiento. Solo sus ojos se movían para recorrer con la mirada el techo de aquella habitación impersonal, pero iluminada por una luz extrañamente cálida. Sintió que una debilidad inmensa se apoderaba de todo su cuerpo, que la determinación por luchar la abandonaba, y cuando la idea de aceptar su destino se abrió paso en su interior, comprobó que una placidez extraña y agradable se adueñaba de su ser. Comenzó a acariciar la idea de dejar atrás el sufrimiento con el que había cargado los últimos meses, de descansar para siempre, y se sorprendió al comprobar que tal pensamiento no le causaba dolor, sino alivio. Sin embargo, aun cuando aquella fuera su decisión, le quedaba por cumplir una última tarea, una necesidad que se anteponía a cualquier otra.

—¡Enfermera! —trató de gritar—. ¡Enfermera!

El rostro dulce y amable de la muchacha apareció al instante en la habitación. Esta vez Teresa pareció estudiarlo con atención.

—Acércate —le pidió.

La enfermera se aproximó al costado de la cama y dejó que Teresa le tomara la mano entre las suyas.

—Tu rostro me resulta tan familiar… —dijo, con un tono que seguía reflejando una profunda tristeza—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Carmen, pero todos me llaman Carmencita.

—Y me conoces, ¿no es cierto?

La enfermera asintió con la cabeza.

—Usted enseñó a leer a mi padre.

—¡Claro que sí! Y tú le acompañaste en alguna ocasión. ¡Pero no eras más que una niña!

El rostro de Teresa se ensombreció de pronto.

—Tu padre… murió, ¿verdad?

Carmencita asintió, cabizbaja.

—Al poco de que usted le conociera… Se lo llevó una pulmonía.

—Lo recuerdo —dijo, sin dejar de apretarle la mano—. Lo lamento.

La joven asintió de nuevo.

—Me ha llamado… ¿Ocurre algo?

Teresa fijó la mirada en los ojos de la muchacha.

—Tengo que pedirte un favor. Un gran favor.

—Dígame. Si está en mi mano…

—Necesito que me traigas recado de escribir.

La joven la miró con gesto de sorpresa.

—Tendré que pedir la autorización al doctor, yo no sé si puedo…

—¡No! Te lo ruego, no le digas nada.

—Tengo que hacerlo, si se enterara de que he hecho algo así sin su permiso…

—Carmencita… es vital para mí. Sé… sé que voy a morir. Tengo que despedirme de él.

—¡No diga usted eso! ¿Por qué habría de morir, estando bien cuidada como está aquí? —mintió.

—Hay cosas que quizá no sepas, pero estoy convencida de que así va a ser. Por la amistad que me unió a tu padre, haz lo que te pido. Te lo ruego. —Apretó su mano y le dirigió una mirada de súplica.

Carmencita pareció reflexionar antes de hablar de nuevo.

—Veré lo que puedo hacer, pero no le prometo nada.

—Eso será suficiente… Veo en tus ojos que eres una buena chica —añadió antes de que abandonara la habitación—. Puedes traerlo esta noche, cuando todos duerman, de esa manera nadie sabrá nada. Pero tendré que pedirte una cosa más…

Carmencita se detuvo junto al quicio de la puerta.

—Tendrás que hacérsela llegar.

—Podrá hacerlo usted misma.

—Por favor, tienes que prometerme que lo intentarás por todos los medios.

—Claro que lo haría si algo le sucediera… pero no va a ser así —mintió de nuevo —. Se la entregará usted.

—¿Lo conoces? —insistió Teresa.

Carmencita negó con la cabeza.

—Salgo poco de esta casa. Me he cruzado con ustedes por la calle alguna vez, pero mentiría si le dijera que me he fijado en él. No tengo tiempo que perder, y si hubiera de entretenerme mirando la cara de alguien, no sería la de un hombre casado.

—Su nombre es Salvador Urrutia. Si no ha habido novedad, se encuentra en la cárcel, aquí en Puente Real. ¿Conoces a José Aparicio? Debe de tener tu edad…

—¿El hijo de Aparicio el carlista?

—El mismo. Trabajó como aprendiz en la imprenta, y nos une una buena amistad. Entrégale la carta a él, y él se la hará llegar a Salvador.

Una extraña quietud se adueñó de ella cuando se quedó sola. Su pensamiento, una vez más, se dirigió a Salvador, y en su mente comenzaron a tomar forma las palabras que aquella misma noche habría de plasmar en el papel. No sabía si habría más noches, no sabía si el destinatario de la carta que se proponía escribir tendría ocasión de leerla algún día, ni siquiera sabía si aún estaba vivo. Pero tenía que intentarlo. Estaba convencida de que su hijo había nacido con bien, y su padre, por pocas que fueran las posibilidades de que Salvador siguiera con vida, debía conocer aquella

circunstancia. La tranquilizaba saber que su hijo era deseado, que la mujer en cuyas manos cayera lo anhelaba tanto como para ensuciar su conciencia de por vida. Sospechaba que habría de ser alguien relevante y con influencia entre la nueva clase dirigente que desde el golpe de julio se había hecho con el poder y, si era así, no habría de faltarle de nada. Pero no por eso habría de privar a Salvador de la verdad. Si conseguía que aquella carta llegara algún día a sus manos, de nada le serviría al doctor Vega afirmar que su hijo había nacido muerto.

Carmencita guardó con rapidez en el bolsillo la carta que Teresa le acababa de entregar y acudió presurosa a abrir la puerta de la clínica. No dejaba de oírse el timbre, cuyo sonido estridente se alternaba con golpes impacientes en la aldaba. Consultó la hora en el carillón del vestíbulo y se sorprendió al ver que eran más de las dos de la mañana. Alzó la mirilla y observó el exterior, iluminado tan solo por la luz mortecina de una farola, tamizada además por la niebla que ascendía desde el río. El uniforme de uno de los guardias la tranquilizó, descorrió el cerrojo y abrió la pesada puerta.

—¿Está el doctor Vega en casa? —preguntó el joven, a todas luces alterado—. Dígale que lo reclaman en el hospital. Se ha declarado un incendio en la cárcel.

—¿Hay heridos? —preguntó Carmencita preocupada.

—Hay heridos —confirmó—. Y muertos también.

Capítulo 31

Miércoles, 1 de septiembre de 1937

Salvador dormitaba recostado al pie de uno de los troncos del olivar que había detrás de la línea de trincheras, al abrigo del sol que calcinaba aquella estepa a las puertas del pueblo de Belchite. Mientras esperaban nuevas órdenes, todos los camaradas de su unidad, encuadrada en la 11.ª División de Líster, trataban de recuperar fuerzas después de las últimas escaramuzas que pretendían aislar a los defensores de aquel pueblo, que se había convertido en una piedra en la bota para los intereses del ejército republicano en su ofensiva hacia Zaragoza. Los nacionales llevaban una semana resistiendo tras las barricadas y las trincheras en el interior del pueblo. Se decía que no sumaban más de cinco mil, contando los efectivos del ejército y los vecinos comprometidos con su causa, pero ni la sed, la falta de suministros o los continuos ataques de la artillería, ni siquiera los bombardeos de la aviación republicana, parecían hacer mella en su voluntad de plantar cara a unas fuerzas atacantes mucho más numerosas.

El día anterior, tras durísimos combates, habían conquistado la estación del tren de Utrillas y el molino de aceite, con lo que cerraron el cerco al casco urbano, en el que ya se acumulaban los cadáveres. La lucha se libraba casa por casa, pues soldados y vecinos se refugiaban en bodegas que habían logrado comunicar entre sí como vías de escape. Cada vivienda era una batalla, después de lanzar granadas de mano al interior se hacía necesario perforar los muros para penetrar, se ganaba habitación tras habitación, venciendo la resistencia de hombres que preferían morir a ceder un palmo de terreno. Los edificios, debilitados por los bombardeos, apenas se tenían en pie, y en ocasiones se desplomaban con estrépito, sepultando a familias enteras en las bodegas. El día anterior, habían tardado toda la tarde en «limpiar» una sola calle. Las barricadas que eran superadas volvían a aparecer unos metros más allá, a veces usando los propios cadáveres amontonados, y las bajas se contaban por centenares en ambos bandos. Por eso el hedor, que permanecía suspendido en el aire inmóvil, llegaba a todas partes en oleadas y las moscas se habían convertido en una tortura añadida a aquel infierno.

Una de las primeras acciones al iniciar el sitio de Belchite había sido cortar el suministro de agua, lo cual, al cabo de una semana, era la causa del mayor número de bajas entre los defensores. Los pocos desertores que habían escapado del cerco contaban que los hombres, una vez agotado el vino de las bodegas, se bebían su propia orina o cortaban las venas a los mulos para sorber su sangre. Acuciados por la sed, algunos abandonaban las trincheras desesperados por encontrar agua en el arroyo o en los pozos cercanos, pero lo único que encontraban allí era una bala certera de los tiradores apostados a la espera. También a los atacantes les acuciaba la sed. Eran muchas las gargantas que aliviar, y la llegada de las cisternas con agua enfangada de

alguna balsa cercana se recibía con algarabía, aunque hubiera que malgastar el poco vino de las raciones para conseguir trasegar aquel líquido casi opaco.

Habían amanecido con el vuelo rasante de los «moscas» soviéticos, que anunciaba la cercanía de los bombarderos, encargados de ablandar las defensas ante el asalto inminente a la población que se había encomendado a la XV Brigada Internacional, al mando del general Walter. La unidad de Salvador llevaba toda la mañana realizando tareas de apoyo, terminando de limpiar posiciones defensivas y trincheras en pajares, altozanos, ermitas y otras construcciones cercanas al pueblo. El tableteo de las ametralladoras había acompañado a los disparos de los fusiles y los morteros, y al lanzamiento de algunos obuses contra los edificios más destacados, sobre todo el Seminario, que, se decía, habría de ser el siguiente en caer en manos republicanas, quizás aquel mismo día. También se había oído durante toda la mañana el rugido lejano de los tanques rusos al aplastar trincheras y nidos de ametralladoras. Un espectáculo insólito se había desarrollado ante sus ojos, cuando sobre el cielo de Belchite habían coincidido los «moscas» y los «chatos» soviéticos con los Stukas alemanes de la Legión Cóndor, los Fiat italianos y los bombarderos Savoia.

A eso del mediodía, sin embargo, se había establecido una cierta calma, quizás debido al calor que azotaba la inmensa llanura en la que se alzaba el pueblo. Salvador, sin camisa, agradecía la sombra del olivo centenario, en cuyas ramas ya se apreciaban los pequeños botones verdes que en invierno se convertirían en olivas. Se preguntó si para entonces quedaría en Belchite alguien en pie para recogerlas. Se incorporó, apartándose las moscas de la cara, incapaz de acabar de conciliar el sueño. Los hombres se habían distribuido bajo la sombra de los árboles, con los fusiles y los petates apoyados en los troncos. Todos mostraban el rostro sin afeitar y cubierto por una capa de polvo en la que el sudor había trazado caminos sinuosos. Las escudillas en las que habían recibido el rancho se encontraban desperdigadas por el suelo, y solo alguna bota de vino seguía circulando de mano en mano. Algunos hablaban, pero la mayoría intentaba dormir. Otros, más allá, se dejaban atender por dos milicianas que recorrían el improvisado campamento curando magulladuras y sorteando con soltura y con paciencia los requiebros de los soldados. Por fortuna, después de dos meses de sufrimiento, las heridas que habían desfigurado la parte derecha del rostro de Salvador ya no necesitaban cura y las milicianas se limitaron a saludarle con la cabeza cuando pasaron por delante de él.

Sacó del petate el cuaderno que le había acompañado en los largos ratos de soledad de los últimos meses, tomó el lápiz del bolsillo lateral y comenzó a esbozar el perfil del tronco centenario que tenía más cerca. Pese a que nunca se le había dado mal dibujar, pues desde niño había destacado hasta el punto de llamar la atención de sus maestros, durante su estancia en la milicia se había convertido en su única afición, y los resultados que producía la práctica continua comenzaban a resultar visibles, incluso para él mismo. Unos pocos trazos habían bastado para reflejar sobre el papel las ramas retorcidas de forma inverosímil, los nudos de las podas y la copa

frondosa que podía contemplar desde su posición, a ras de suelo, y que tamizaba los rayos del sol que se filtraban a través del follaje. De vez en cuando alzaba la vista para calcular las proporciones y en una ocasión, al hacerlo, observó a un muchacho que se había acercado al grupo protegiéndose la cabeza con un simple pañuelo anudado en los extremos. Era poco más que un adolescente, a juzgar por su rostro lampiño y su complexión, todavía inmadura. Hablaba con los camaradas que descansaban sobre las mantas, pero a aquella distancia Salvador era incapaz de oír lo que decía. Varios hombres negaron con la cabeza y entonces se dirigió a uno de los compañeros de unidad con los que Salvador había compartido trinchera en la reciente toma de Quinto de Ebro. Este alzó la cabeza hacia él y lo señaló con la barbilla. El muchacho se acomodó la mochila que portaba a la espalda y con ojos escrutadores en los que se adivinaba cierta expectación avanzó hacia donde se encontraba Salvador.

—¿Tú eres de Puente Real? —preguntó sin más presentaciones, parado ante él.

—¿Quién lo pregunta? —contestó, mirando de soslayo.

—Otro de allí. Busco a alguien… Salvador Urrutia, ¿lo conoces?

Ignoraba si había conseguido ocultar el sobresalto que le produjo escuchar su nombre.

—Puede ser… —respondió con cautela—. ¿Para qué lo buscas?

—¿En serio? ¿Lo conoces? —El rostro del muchacho se iluminó—. ¿Está aquí?

—¿Para qué lo buscas? —repitió.

—Tengo un recado importante para él.

—¿Qué clase de recado? —preguntó, aún con recelo.

—Oye, ¿lo conoces o no? No creo que te incumba…

—Yo soy Salvador Urrutia, ¿qué recado es ese?

—¡No jodas! ¿Tú eres Urrutia? ¿Qué te ha pasado en la cara? El hombre al que busco no tenía eso. —Señaló sus heridas.

—Estalló un mortero y me dio de lleno. Hace dos meses, en la ofensiva contra Huesca —explicó, llevándose la mano a la parte derecha del rostro, que una incipiente barba empezaba a cubrir.

—Lo siento —dijo el chico, con gesto vacilante—. Oye, ¿me dejarías ver tu cédula? Lo que tengo que decirte es demasiado personal e importante como para… equivocarme de hombre.

Salvador echó mano del petate, hurgó en su interior y sacó una pequeña cartera de piel, de la que extrajo una cédula del ejército republicano. Se la tendió al muchacho.

—Es nueva… —advirtió todavía desconfiado.

—La mía se quedó en la cárcel de Puente Real cuando se quemó.

—¡Joder, eres tú! —exclamó tendiéndole la mano, a todas luces emocionado—. Llevo ocho meses buscándote. Estabas casado con Teresa Monreal, la maestra, ¿no?

La expresión de Salvador se ensombreció mientras asentía con un movimiento seco de la cabeza.

—Salvador, lo que tengo que decirte tiene que ver con ella.

De forma inconsciente, se irguió.

—¿Con Teresa? ¿Qué sabes de ella? ¿Acaso la conocías? —preguntó de forma atropellada, con un repentino brillo en los ojos.

—No exactamente. Bueno sí, la vi alguna vez, pero apenas la recuerdo. Enseñó a leer a mi padre, aunque yo era muy joven y solo coincidí con ella un par de veces. Mi nombre es Félix Hualde. ¿Qué te han dicho acerca de lo que le ocurrió?

Salvador pareció remiso a contestar, pero al final habló.

—Que esos cabrones la fusilaron.

—¿Nada más?

—Me contaron que cuando la llevaron a fusilar había perdido al niño, porque no estaba ya embarazada. Según me dijeron, fue el propio Herminio Polo el encargado de darle el tiro de gracia, ¡ese malnacido hijo de puta! ¡Dios, deseé morir al enterarme!

El muchacho cabeceó, asintiendo.

—¿Ya no has vuelto por allí?

Salvador negó con la cabeza.

—No sé si me creerán muerto o saben que conseguí escapar. Pero tampoco tengo intención de comprobarlo, ya no tengo nada en Puente Real: mi mujer y mi hijo están muertos. Quién sabe lo que haré cuando acabe esta mierda, pero sé que allí no puedo poner más los pies. Pero joder… ¿por qué me has estado buscando?

Mientras escuchaba, Félix había sacado una petaca de tabaco y estaba liando dos cigarros.

—Salvador, lo que te contaron es cierto… solo en parte —dijo, al tiempo que sacaba el mechero, prendía uno de ellos y se lo tendía.

—No te comprendo —repuso él con estupor, completamente incorporado y con todos los sentidos alerta.

Félix encendió su propio cigarro con parsimonia, en silencio, y le dio una calada antes de empezar a hablar.

—Mi hermana trabaja en la Clínica Vega, adonde llevaron a tu mujer cuando se puso de parto. Pero no fue un parto normal, se lo sacaron abriéndole la tripa…, una cesárea se dice, ¿no? Pues eso. Según le dijeron, el crío nació mal y murió al rato. Pero me da que tu mujer no se lo creyó…

—¿Y cómo sabes eso? —inquirió Salvador, atónito, con el cigarro colgando de la boca abierta.

—Porque te escribió una carta —respondió Félix, mientras metía la mano en su mochila y rebuscaba—. Se la dio a mi hermana para que te la hiciera llegar si moría, y mi hermana me la dio a mí en una visita que hice a casa, en Navidad. Por eso te he estado buscando. —Sacó de la mochila un sobre algo amarillento y bastante arrugado —. Aquí la tienes —añadió, tendiéndosela—. Perdona cómo está, pero lleva ahí ocho meses. Y perdona que la haya leído, pero en tanto tiempo… la curiosidad. Además, si la perdía o me la quitaban, quería saber lo que decía, para poder contártelo.

Salvador se había puesto en pie. Abrió el sobre con dedos temblorosos y sacó la carta. La desplegó con cuidado y comenzó a leer, con los ojos entrecerrados a causa del humo. A continuación cogió el cigarro con dos dedos y lo arrojó al suelo, aunque su ceño continuó fruncido. Durante el minuto siguiente, Félix se limitó a escrutar el rostro de aquel hombre, a la espera de una reacción que durante meses había tratado de imaginar. Salvador acabó cerrando los ojos por completo y su cara se contrajo en una mueca de dolor. Dos grandes lágrimas resbalaron por sus mejillas, se dejó caer sentado y apoyó la espalda contra el tronco del olivo. La mano en la que sostenía la carta quedó flácida encima de las hojas de olivo que cubrían la tierra. Los rostros de los camaradas que los rodeaban se habían vuelto hacia ellos y contemplaban la escena en silencio, antes de volver la vista en señal de respeto. Félix se agachó y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento —musitó—. Lo siento mucho.

Salvador leyó la carta una y otra vez. Por fin se incorporó en parte y apoyó las manos en las rodillas.

—Tengo que regresar a mi unidad —dijo el muchacho finalmente.

Salvador levantó la cabeza, con gesto de no haber vuelto del todo a la realidad.

—Sí, claro, debes regresar… —respondió—. Félix Hualde, has dicho, ¿verdad?

El chico asintió.

—Espera, no sé nada de ti —pareció advertir—. Joder, si eres un crío todavía… —La pena se reflejó en su voz y en su gesto.

—Tengo dieciocho, para diecinueve.

Salvador sonrió, resoplando.

—Mala suerte, muchacho, deberías estar jugando con los amigos y rondando a las mozas. ¿Dónde has estado desde que te alistaron?

El rostro de Félix se ensombreció.

—Si no quieres contármelo lo entenderé —añadió Salvador al comprobar el efecto de su pregunta.

Por un momento, Félix pareció indeciso, pero al final dejó caer la mochila, se acomodó en el suelo y se recostó en el mismo tronco, hombro con hombro. No habló inmediatamente, sino que sacó la petaca de nuevo y empezó a liar otro cigarrillo.

—Tendré que darte de mi tabaco… —dijo Salvador, excusándose.

—Fumar me tranquiliza —explicó el muchacho mientras prendía el mechero—. Y el humo del tabaco tapa el olor a muerto.

—No deberías estar viviendo esto con dieciocho años. Es duro oírte hablar así.

—Lo más duro ya lo he pasado.

Salvador se volvió hacia el chico con gesto interrogante.

—Estuve en el Tercio de Sanjurjo.

Esta vez Salvador emitió un silbido, a la vez que fruncía el ceño. Dejó que Félix siguiera hablando.

—Ya me habían llamado los de la Junta de Guerra, a mediados de agosto, hace un

año. Cuando me presenté, se acababa de formar la Segunda Bandera de la legión General Sanjurjo, la Bandera Palafox, y estaban reclamando efectivos para reforzar Zaragoza, acosada por las columnas anarquistas que llegaban desde Cataluña. La mayor parte éramos jornaleros e hijos de jornaleros, todos conocidos simpatizantes de izquierdas. Nos llevaron al banderín de enganche del palacio de la Aljafería, y allí nos cambiaron la ropa del campo por el uniforme de la Legión. Ninguno de nosotros había empuñado un arma, y el entrenamiento fue duro, muy duro, a veces cruel. Los mandos no tenían tiempo ni ganas de andarse con miramientos, y más de uno acabó con la cabeza abierta por un culatazo por no saber marcar el paso o por apuntar a un mando con el fusil. Nos hicieron jurar bandera a finales de septiembre, en San Gregorio. Aún me acuerdo del comandante diciendo que nadie volvería a preguntarnos por nuestras ideas anteriores, y dando vivas a la Legión y a la muerte… Luego desfilamos por las calles de Zaragoza. —Hizo una pausa—. ¿Sabes? Incluso sentí cierto orgullo al hacerlo… No imaginaba lo que nos esperaba.

—¿A qué unidad te destinaron?

—Yo era de los más jóvenes y, como sabía leer y escribir, me mandaron a servicios auxiliares. Eso fue lo que me salvó la vida. De alguna manera, se la debo a tu mujer… Ella fue la que enseñó a mi padre y la que insistió en la importancia de que sus hijos fuéramos a la escuela.

—¿Qué ocurrió después? Las noticias que nos llegaron eran muy confusas.

Félix dio una nueva calada al cigarro y exhaló el humo hacia arriba.

—Nos mandaron a Almudévar, ya sabes, cerca de Huesca, y nos dijeron que íbamos a entrar en combate para tomar Leciñena. Pero antes de hacerlo, nos subieron de nuevo a los camiones para volver a Zaragoza. Y cuando llegamos fuimos desarmados.

—¿Y eso por qué?

—Entonces no lo sabíamos, nos hicieron creer que iban a renovar el armamento. La verdadera causa la conocí tiempo después. Parece ser que el Estado Mayor había recibido la confidencia de que la bandera en pleno, o parte de ella, tenía intención de pasarse a las filas republicanas aquella misma noche.

—¿Y era cierto?

—Si lo era yo no lo sé, ya te digo que estaba en servicios auxiliares, y viajaba con algunos mandos en otro furgón, separado de los camiones en los que iban los fusileros y los de ametralladoras.

—¿Y sucedió lo que se contó por entonces?

Félix cerró los ojos.

—El día dos de octubre empezaron a sacar hombres de los barracones para llevarlos en grupos pequeños a la parte posterior de la academia. A un centenar de metros los ponían en fila y los ametrallaban. —Se le había quebrado la voz, y luchaba por impedir que se le saltaran las lágrimas—. Los gritos y las descargas se oyeron durante una semana, hasta casi la víspera del Pilar. Cargaban a los muertos en

camiones y se los llevaban al cementerio de Torrero, donde los que seguían con vida habían excavado una enorme fosa.

—¿Y tú?

—Unos cuantos salvamos la vida, porque hubo oficiales que se responsabilizaron personalmente de hombres bajo su mando. Eso fue lo que ocurrió conmigo: el capitán de mi unidad impidió que acabara ante las ametralladoras. A mí me tocó hacer las listas con los nombres de muchos compañeros con los que había pasado el mes en la bandera.

—¿Cuántos?

—No lo sé, fueron muchos días, no todos los apunté yo… Pero varios cientos, la mayor parte navarros y riojanos como yo. A muchos los conocía de Puente Real.

—¡Joder! Así que era cierto…

—¡Si lo sabe todo Zaragoza! Los volquetes atravesaban toda la ciudad hasta llegar al cementerio, e iban dejando un reguero de sangre por las calles.

—¿Y cuándo te pasaste?

—En cuanto tuve oportunidad. No soportaba verles la cara a todos aquellos hijos de puta que habían matado a sangre fría a cientos de mis compañeros. Eché a andar campo a través hacia el este, hasta que me encontré a una brigada republicana.

—Y después de desertar, ¿tuviste los huevos de volver a Puente Real?

—Volví para Nochebuena. Quería ver a mi madre y a mi hermana. Guardaba el uniforme de la Legión y la cédula. Gracias a eso, la carta de tu mujer ha llegado a su destino. Y no sabes cuánto me alegro, joder. Llevaba meses buscándote.

Salvador asintió y le dio una palmada en la pierna.

—Gracias, Félix. Espero poder devolverte el favor algún día.

—Estamos en paz. Esto se lo debía mi familia a tu mujer. ¿Y tú? ¿Dónde has parado todo este tiempo? Mi hermana me dijo que te tenían en la cárcel, en Puente Real.

Esta vez fue Salvador el que pareció turbado al revivir los últimos meses.

—Prendimos fuego a los colchones y provocamos un incendio. Escapé de milagro, con ayuda de uno de los guardias, que había estado conmigo de aprendiz. José Aparicio, seguro que lo conoces —dijo sin detenerse a comprobar la respuesta—. Me había roto un tobillo, y no habría llegado lejos de no ser por los camaradas que me recogieron en el río. Al parecer, por la noche ayudaban a escapar a gente de Puente Real hacia las Bardenas, con una barca con la que cruzaban el Ebro aprovechando la oscuridad. Fueron ellos los que me encontraron y me ocultaron en una paridera. También me contaron que Teresa había muerto y que mi hijo no había llegado a vivir. Estuve escondido hasta que pude apoyar el pie, a principios de diciembre, y luego pasé a la zona republicana como tú, por el monte, cerca de Zuera.

—Por esas fechas yo ya había desertado. No debimos de estar lejos —especuló Félix.

—¿Dónde paras ahora?

—Ahora estoy en la 32.ª Brigada. De cabo furriel, por si quieres cualquier cosa —se ofreció—. Aunque aquí mi trabajo consiste en recoger las cédulas de los muertos de la unidad. Llevo la mochila llena.

Salvador levantó la cabeza, con interés.

—¿Tienes cédulas de nacionales?

—Sí, claro. No te creas que es fácil distinguir a los muertos cubiertos de sangre y polvo. Anda, ¡no me he encontrado veces sacando la documentación de algún muerto del otro bando…! Por no hablar de los que acuden a beber a los pozos que controlamos.

—¿Llevas alguna ahí? ¿Puedes enseñármelas?

—Claro, ¿por qué no? —Se volvió para acercar la mochila.

Félix hurgó en uno de los compartimentos y sacó un puñado de cédulas que se distinguían de las republicanas por los colores de la bandera rojigualda impresos en tres bandas verticales. Salvador cogió los documentos y los revisó uno a uno, hasta que se detuvo en un carnet de identidad de la Falange fechado aquel mismo año, cuya fotografía tenía cierto parecido con sus propias facciones y estaba lo bastante borrosa como para que nadie percibiera la diferencia. El titular era un militante de Zaragoza.

—¿Me lo puedo quedar?

—Todo tuyo, su dueño ya no va a necesitarlo.

—¿Seguro que este hombre estaba muerto?

—Tan seguro como que tú no lo estás y que, más pronto que tarde, vas a volver a Puente Real.

—Los dos volveremos, tú aún tienes allí a tu madre y a tu hermana.

—¿Y a quién tendré el gusto de buscar si queremos vernos de nuevo?

Salvador le mostró el documento.

—A Ángel Expósito.

—De acuerdo. No olvidaré ese nombre.

TERCERA PARTE

Puente Real, 1949

Capítulo 32

Domingo, 20 de noviembre de 1949

Manuel paseó la mirada por la estancia, que, situada en la base de la torre, había acogido durante generaciones a los campaneros de la catedral. Desmadejado en el sillón, alzó de nuevo aquel papel ajado que tan bien explicaba lo ocurrido en torno a su vida en los últimos meses. ¡Cómo había podido estar tan ciego! A la luz de la revelación contenida en aquella carta, trató de repasar mentalmente el momento en que había conocido a Ángel, el inicio de su relación, la primera vez que el campanero había puesto los pies en casa, las entregas de los dibujos, las largas conversaciones… Nada de todo aquello había sido casual, como había supuesto hasta aquella misma tarde. Todo formaba parte de un plan, en el que él no había sido más que una marioneta que bailaba al son de los hilos que movía Ángel Expósito.

Intentó leer una vez más la carta de Teresa Monreal, a pesar del velo de lágrimas que le cubría los ojos.

Puente Real, 7 de noviembre de 1936

Querido esposo:

Postrada en el lecho después de alumbrar a nuestro hijo, y convencida de estar viviendo mis últimas horas, te escribo estas líneas que van a ser nuestra despedida. Deseo con toda mi alma que esta carta llegue a tus manos, porque eso significará que estás vivo y que la verdad se habrá abierto camino, a pesar del dolor que la lectura de estas letras va a llevar a tu corazón.

Te dirán que nuestro hijo está muerto, pero no les creas. Es un varón, y yo misma he oído su llanto, aunque me lo hayan negado. Al hacerlo, sin embargo, me han abierto los ojos a la evidencia. He comprendido por qué no he corrido la misma suerte que otras, hasta ahora. Querían a nuestro hijo, y ha sido él quien me ha mantenido con vida hasta hoy.

Un día me dijiste que nuestro destino parecía ligado al de la República. Nos conocimos el día de su advenimiento, concebimos a nuestro hijo la noche del triunfo del Frente Popular, y el final de la República significó el final de nuestra vida en común. Sobre todo quiero que sepas que no me arrepiento de nada. En estos cinco años que hemos pasado juntos, he sido más feliz de lo que jamás lo serán otras mujeres aunque mueran de viejas. Por eso no quiero que llores por mí. Algún día toda esta locura terminará, y deseo que rehagas tu vida. Eres un hombre bueno y mereces encontrar a otra mujer que te haga feliz, a la que puedas hacer feliz como yo lo he sido.

Sé que si lees esto buscarás a nuestro hijo. En tus manos dejo la decisión sobre la

actitud que debas tomar. Estas últimas horas he tenido ocasión de reflexionar y, si algo me consuela es pensar que, quienquiera que se haya prestado a esto es porque lo anhela y con seguridad se va a ocupar del niño. Confío en que sabrás actuar de la mejor manera para garantizarle una vida dichosa.

Sería un milagro que volviéramos a encontrarnos, y ni tú ni yo creemos en los milagros. Me duele irme, más por lo que dejo atrás que por mí misma, pero en estos meses he visto que todo aquello por lo que había luchado ha quedado destruido, nada será igual ya, y estoy segura de que la amargura y la desesperanza habrían de marcar mi vida en el futuro.

Es Carmencita, la enfermera del doctor Vega, quien se ha arriesgado a traerme el recado de escribir y a quien voy a confiar esta carta. Si algún día cae en tus manos, sabrás que es a ella a quien debes agradecérselo.

Llenaría mil hojas recordando lo feliz que he sido junto a ti, mi querido esposo, pero no hay sitio para más. Si algo es seguro es que, si muero, mi último pensamiento será para ti. Te he amado mucho y te sigo amando. Una vez más, te ruego que no llores por mí, el mejor tributo que puedes hacerme es tratar de ser feliz de nuevo. Debes prometerme que lo intentarás.

Te quiero.

Tu esposa,
TERESA

—¿Desde cuándo le permiten sus principios leer la correspondencia ajena, don Manuel?

El médico dio un respingo en el asiento y se puso en pie como un resorte. No obstante, el sobresalto duró apenas un instante. Los dos hombres se hallaban cara a cara. El gesto de Ángel otorgaba a sus facciones toda la dureza que un rostro es capaz de expresar. El de Manuel era una mezcla de dolor, amargura y temor.

—¿Por qué, Ángel? —preguntó—. ¿O debería llamarte Salvador…?

—Como usted prefiera, Manuel. Salvador Urrutia tuvo que escapar de Puente Real hace trece años, y el hombre que era ya no existe. Se vio despojado de toda su vida: su casa, su negocio, sus amigos y, sobre todo, su esposa y su hijo. No, ya no existe —aseveró con amargura, acompañando la negación con un enérgico movimiento de cabeza antes de continuar—. ¿Ve?, en cambio yo nunca he tenido la más mínima duda acerca de quién era usted: un hombre sin personalidad, dominado por una mujer a la que nunca fue capaz de negar nada, hasta el punto de traicionar sus principios deontológicos y el juramento hipocrático que, como médico, prestó en su juventud.

Manuel pareció acusar el golpe y durante un momento no dijo nada. Poco a poco comenzó a cabecear, negando, con la mirada perdida en las losas del suelo.

—Dios sabe que lo que piensas no es cierto. En gran parte actué movido por la

piedad. Tu pobre esposa estaba condenada desde el día del alzamiento, y solo su embarazo la mantuvo con vida hasta el parto. De no haber mediado ante Herminio, de no haber pedido que dejara nacer al bebé, este habría muerto con su madre ante el pelotón de fusilamiento. Otras mujeres, embarazadas también, no tuvieron la misma suerte.

Salvador esbozó un gesto de incredulidad.

—¡Por favor, Manuel! Intercedió ante el hijo de puta de Herminio porque su esposa le pidió ese bebé cuando se enteró de que Teresa estaba encinta.

—Cuando un hombre toma una decisión, pocas veces interviene un solo motivo. Debes creerme que, cuando se acercaba el final, cuando vi a tu mujer en la clínica, desvalida, preguntando por su hijo, toda mi fortaleza se vino abajo. Recuerdo que tomé mi abrigo y salí en busca de Herminio, para rogarle que permitiera a Teresa seguir con vida y conservar a la criatura. Estaba dispuesto a quitárselo a Margarita. Pero mis intentos fueron vanos…, había otros factores.

—Lo sé —concedió Salvador—. Engracia, la amante de Herminio, ambicionaba el puesto de directora de la escuela.

Manuel asintió.

—Te aseguro que aquel día en la clínica se vivió un drama, recuerdo como si fuera ayer que Carmencita no dejaba de llorar. La lástima que sentía debió de ser, sin duda, lo que la llevó a proporcionar a tu esposa el recado de escribir, sin pensar en las consecuencias de lo que estaba haciendo. Nunca imaginé que esta carta pudiera existir —reconoció, mirando el papel amarillento que tenía en la mano—. Ninguno de los dos fuimos capaces de estar presentes cuando se llevaron a Teresa. Tampoco mi mujer, que se había encerrado en el dormitorio, arrullando al pequeño, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, quizá como un mecanismo de defensa frente a su conciencia atormentada.

—¿Por qué habrían de tener la conciencia atormentada si, como acaba de decir, solo pretendían salvar la vida del pequeño? Usted mismo se está contradiciendo…

Manuel simplemente asintió, con los ojos entrecerrados por un instante.

—¿Cuándo llegó esta carta a tu poder? —preguntó, al tiempo que doblaba el papel y volvía a introducirlo en el sobre con sumo cuidado.

—Fue Félix, el hermano de Carmen. Coincidimos en la toma de Belchite, en septiembre del treinta y siete.

—¡Estás al corriente de todo desde el año treinta y siete! —Guardó silencio durante un momento, mientras valoraba lo que aquello significaba—. ¿Y por qué has regresado ahora, trece años más tarde?

Salvador lo miró con expresión inescrutable.

—Supongo que, dadas las circunstancias, le debo una explicación —concedió—. Pero esa explicación está ahí, en el sobre que tiene en la mano. Creo que lo acaba de leer. Es algo más que una carta de despedida: es el testamento de una mujer íntegra e inteligente, en el que me pedía que actuara de la mejor manera para garantizar a

nuestro hijo una vida dichosa. Por eso, en principio, volví a Puente Real solo para estar cerca de él, para verlo crecer, quizá para ver cómo un día tomaba esposa y me daba nietos… aunque jamás supieran quién era su verdadero abuelo, como Alfonso no supo quién era su padre.

Manuel acusó el reproche bajando la cabeza.

—Todo cambió cuando Alfonso murió, ¿no es cierto? —supuso.

—Con la muerte de Alfonso, la barrera que contenía el deseo de venganza y la necesidad de cumplir la promesa que me había hecho a mí mismo en Belchite de vengar la muerte de Teresa se vino abajo, y el camino para obtener esa venganza quedó expedito.

—¿Por qué… por qué toda esta escenificación? —preguntó Manuel con incomprensión.

—Si le digo la verdad, he pasado todo este tiempo madurando la mejor manera de cobrar mi deuda, cada noche durante estos largos años, torturado por el dolor, me vencía el sueño acariciando ese pensamiento. Con la luz de la mañana lo desechaba, pensando en Alfonso. Pero ni por un instante se me pasó por la cabeza… —Dejó la frase sin terminar—. Hasta que al entrar en la catedral vi que la respuesta estaba en la Puerta del Juicio, en la Puerta Pintada. Escrita en la piedra. Allí aparecía representado el castigo reservado a cada uno de los pecados cometidos por todos los malnacidos que me robaron a Teresa y a mi hijo.

—Pero ¿por qué tomarte tantas molestias, por qué asumir tantos riesgos innecesarios? ¿No hubiera sido suficiente esperar oculto entre las sombras y descerrajarles un tiro a quemarropa?

—Quizás en mi fuero interno lo que quería era llamar su atención, retar su inteligencia, traerlo hasta aquí para…

—… Para completar tu venganza —terminó Manuel—. Porque yo soy el último de la lista, ¿no es cierto? Además puedo decirte la marca que tienes pensado grabar en mi espalda. La dovela III-3. Aunque no alcanzo a comprender por qué, es una de esas imágenes cuyo significado no está claro, aunque si no me equivoco se la suele asociar con la pereza.

Salvador, por vez primera en aquel encuentro, esbozó una sonrisa irónica.

—No se equivoca. Por eso precisamente la he elegido, aunque siendo bastante generoso en la interpretación. Representa a una mujer que carga sobre sus hombros a un demonio, condenada a realizar eternamente el esfuerzo que en vida no hizo. Mientras tanto, por detrás, otro demonio la empuja con una especie de tenaza.

—No entiendo qué relación…

—A mí me resulta evidente; la falta de decisión para imponerse a los deseos de su mujer. Prefirió ceder a su ambición por no enfrentarse a ella. Eligió el camino fácil. Además, en cierto modo, la desidia, la falta de atención hacia Alfonso… pudieron estar detrás de su muerte.

—¡No! —exclamó—. ¡La muerte de Alfonso fue un accidente! ¡No tienes

derecho a cargar también eso sobre mi conciencia!

Salvador no insistió.

—¿Desde cuándo sabe quién soy?

—Tú mismo has traído esta mañana la respuesta a mi casa…

—El dibujo de la dovela II-3, el pecado de lujuria… —De nuevo esbozó una sonrisa—. Ha sido usted rápido atando cabos. ¿Por qué ha venido aquí, en lugar de acudir al cuartel para pedir ayuda a Domingo?

Manuel no respondió de inmediato. Devolvió a Salvador la carta, se dirigió después al pasadizo que atravesaba el muro de la torre y salió al exterior, donde arreciaba la lluvia. Salvador lo siguió, sin hacer ningún intento por detenerlo.

—Un lugar magnífico para vivir, a pesar de las incomodidades… —dijo el médico sin abandonar el tono de amargura, alzando la vista hacia lo alto—. Estas piedras rezuman Historia, ochocientos años de la Historia de Puente Real.

Cruzó el tejado bajo la lluvia hasta el pasadizo que conducía al rosetón, y se introdujo en él seguido por Salvador. Salieron bajo la arcada que protegía la vidriera, al abrigo del agua que se precipitaba hasta la calle a solo un metro de distancia.

—Me fascina este lugar, con el rosetón aquí, al alcance de la mano —añadió mientras pasaba las yemas de los dedos por los radios de piedra más cercanos—. Desde abajo no se aprecia su magnificencia.

—Le preguntaba por el motivo por el que no me ha denunciado a la Guardia Civil —repuso Salvador, ignorando su comentario.

Manuel se apoyó en la balaustrada, dándole la espalda.

—Porque en el fondo sé… que todos los que han muerto merecían su destino —contestó al fin con amargura—. Quizá también yo lo merezco. Lo deseo, incluso. Puede que sea la única manera de librarme de la carga que he arrastrado durante todos estos años. Mientras Alfonso vivía, dediqué mi existencia a darle todo lo que pudiera necesitar. Ahora, con la muerte de Margarita, no me queda nada. De hecho tú y tus dibujos erais lo único que me hacía mantener alguna ilusión. Pero después de este día negro… ya nada me retiene aquí. Estoy dispuesto a afrontar el destino que me hayas reservado.

La expresión de Salvador delató algo parecido a la sorpresa.

—Hay algo que debe saber. Yo no maté a su esposa. Se cayó del caballo de verdad.

El médico soltó una carcajada sorda.

—No puedo creerlo, tenía los signos en la espalda… ¿Por qué estabas allí si no era para matarla?

Salvador se apoyó también en la balaustrada antes de responder.

—De alguna manera estaba obsesionado con su sufrimiento, fascinado por él. Resulta difícil de explicar, pero era un bálsamo para mi propio dolor. Me gustaba verla expiar su culpa, la seguía. Cuando salía con el caballo, se detenía en el soto de Valdelagua y lloraba a solas, de manera desconsolada, a veces durante largo rato.

Desde que lo descubrí, contemplarla constituía mi venganza… Muchos días la esperaba en el soto, oculto entre la maleza. Aquel día se subió al caballo con los ojos arrasados y lanzó al animal al galope. Casi la había perdido de vista cuando cayó; sin duda las lágrimas le habían impedido ver la rama que cruzaba el camino. Ni siquiera creo que el animal estuviera desbocado antes del accidente. Se rompió el cuello, murió de forma instantánea. Cuando acudí hasta ella ya no respiraba. Y estábamos solos. No me costó ningún esfuerzo sacar la navaja y hacerle las marcas que usted vio más tarde.

—Y si no hubiera sido así… ¿la habrías matado?

Salvador no respondió.

—Siento curiosidad por conocer el motivo que te llevó a matar a algunos de ellos y el significado de las marcas que dibujaste en los cadáveres. En el caso de Engracia es evidente, la dovela representa el castigo a la lujuria.

Ante ellos, por delante de la balaustrada, el agua se precipitaba en chorros paralelos, procedente del tejado acanalado que cubría el rosetón.

—No me tome por un mojigato. A mí me traía sin cuidado con quién se acostara esa mujer, pero utilizó el lecho para ganarse la voluntad de Herminio Polo, para conseguir que Teresa no tuviera ninguna oportunidad de librarse del pelotón de fusilamiento. Ambicionaba su puesto en la escuela, a pesar de no estar preparada para ejercer como directora. Teresa, viva, habría sido un continuo recordatorio para todos de lo que era una excelente gestión del centro.

—Las señales del cuerpo de Herminio representaban el castigo a la maledicencia, ¿no es así?

—Y la lengua quemada con ácido… Sabe bien que en la iconografía de la Puerta del Juicio se representa a menudo el castigo al órgano que ha pecado. Los pechos y el sexo en el pecado de la lujuria, la boca y la garganta en el caso de la gula, la mano para el delito de robo. En su caso, fue la lengua la que pecó mediante las falsas acusaciones que llevaron a la muerte de Teresa.

—El tercer cadáver que se encontró fue el de Hipólito, el archivero.

—El pecado de la gula… por razones obvias; y el castigo, la ingestión de las brasas contenidas en aquel cáliz. Pero el verdadero pecado del archivero fue la falsificación del libro de registro de defunciones. Tuve ocasión de consultarlo en los archivos. La muerte de Teresa aparece en la fecha correcta, pero la causa que se refleja es, literalmente, «muerta por desgracia de tiro». Una expresión muy propia de quien está acostumbrado al doblez del lenguaje, a no mentir sin decir la verdad. También el registro de bautismo de Alfonso está falsificado, pues son usted y su esposa quienes aparecen como padres naturales del bebé.

Manuel volvió hacia Salvador unos ojos tristes y brillantes. Una vez más, se sacó el pañuelo para enjugárselos.

—Ahora te miro y tu cara… había algo que me resultaba familiar en ella. Es el mentón, y tus ojos… son los mismos que los de Alfonso. ¡Por Dios bendito! Todo

este tiempo lo he tenido ante mí y no he sabido verlo.

Salvador notó que el médico se estremecía.

—Hace frío aquí.

—¿Y qué más da el frío ahora? —Manuel rio—. Todavía no me has dicho el motivo de las otras muertes.

—Nazario Paladín, el impresor. ¿No lo imagina?

—Quizá sí…

—Él se quedó con la imprenta y con la casa, contraviniendo las disposiciones que el viejo impresor había dejado escritas en su testamento.

—¿Cómo pudo hacer tal cosa?

—Con la ayuda del notario, su cuñado.

—¡Villanueva! ¡Lo has matado esta misma tarde!

—El testamento decía que Teresa y yo heredaríamos la propiedad de la imprenta a la muerte de su dueño, pero había una cláusula adicional: la disposición no se haría efectiva hasta que naciera nuestro primer hijo varón. Eso, a efectos legales, no llegó a suceder, y en ese caso la propiedad debía haber pasado, transcurridos diez años, al hospital de Nuestra Señora de Gracia. Pero Villanueva alteró el testamento en favor de su cuñado, Nazario, que ambicionaba el local. Ahora sé que a cambio de una parte del valor.

—¿Se repartieron tu casa y tu negocio?

—Como ocurrió con las propiedades de muchos otros fusilados, desaparecidos o huidos a Francia, transcurrido el tiempo necesario para poder darlos por muertos. Villanueva ha estado en el centro de todas estas operaciones, y por eso era tan apreciado por las mejores familias de Puente Real: muchos le debían sus propiedades y parte de sus fortunas. Eso sí, le garantizo que más de uno se habrá alegrado de su muerte, a nadie le gusta deber favores de tal enjundia, ni que haya quien conozca el mezquino, cuando no criminal, origen de tu riqueza. Me consta que Villanueva no se privaba de usar ese poder cada vez que deseaba algo, y su incipiente carrera política en la Diputación no estaba basada sino en el chantaje.

—¿Y las señales? El sargento Guzmán me ha dicho que al notario le faltaba la mano derecha. ¿De nuevo el castigo al órgano que comete el pecado?

—En efecto, la mano que se utiliza para jurar sobre la Biblia, el castigo al pecado de perjurio. Supongo que sabe usted de qué dovela se trata.

—Una de las seis últimas que no me has entregado. Quinta arquivolta, sexta dovela.

—Veo que ha trabajado usted rápido desde que he salido de su casa —dijo Salvador con una media sonrisa.

—Estoy seguro de que ya las has dibujado. ¿Sabes?, me gustaría verlas antes de…

—No las tengo ya, las tiene usted. Hace días que se las dejé en la consulta, tras los historiales de sus antiguos pacientes. Conservarlas aquí podría incriminarme si

alguien tan avispado como usted atara cabos, aunque no creo que sea el caso del bueno de Domingo.

—Dime algo más… ¿por qué aceptaste el encargo de los dibujos?

—No lo sé. Quizá para estar cerca de usted y de su esposa, conocer sus hábitos y preparar mi venganza. Quizá, como he pensado más tarde, por un íntimo deseo de conocer cómo eran quienes habían educado a mi hijo.

—Y por Carmencita, supongo.

—Y por Carmencita.

—¿Qué vas a hacer cuando hayas acabado conmigo? ¿Te casarás con ella?

—¿Es eso lo único que le preocupa?

—Te aseguro que es lo único. La quiero como si fuera mi propia hija.

—¿Ni siquiera le angustia la idea de su propia muerte?

—No, si me aseguras que vas a ocuparte de ella.

Los dos hombres se miraron de frente.

—Tal vez me equivocara con usted, va a resultar que tiene más cojones de lo que pensaba.

—Júrame que a partir de hoy te ocuparás de ella.

—La amo, don Manuel. Usted lo sabe bien, esta tarde solo le ha faltado rogar que pidiera su mano. Y lo haré.

Manuel soltó un profundo suspiro, y sacó el pañuelo de nuevo para secarse los ojos.

—¿Cómo lo vas a hacer? ¿Empujándome por encima de la balaustrada, como el demonio a la pecadora de la dovela que me has reservado? —preguntó, lanzando una mirada de soslayo al vacío que se abría a su derecha.

—No voy a matarlo, don Manuel. Confieso que esa ha sido mi intención hasta hace muy poco, pero no creo que lo merezca. Sé que sus palabras acerca del deseo de conservar la vida de mi mujer eran sinceras. Y sé también que bastante le ha atormentado ya su conciencia durante estos años, y lo seguirá haciendo hasta el fin de sus días. Si fuera usted como Herminio, un cabrón incapaz de experimentar remordimiento, ahora mismo lo arrojaría por encima de ese pasamano. Pero sé que usted mismo se va a aplicar el castigo, un castigo mucho más cruel que una muerte rápida.

—Sabes que tendré que denunciarte si no lo haces.

—No lo hará, don Manuel. No lo hará, por Carmencita. Usted mismo ha confesado que los que han muerto merecían ese final y quiere demasiado a esa muchacha para hacerla infeliz para siempre. Perdió a su padre, a su hermano Félix, después a Alfonso y más tarde a Margarita. Si ahora me denuncia usted, mi destino será el garrote y ¿cuál cree que será el de Carmen? ¿Un sanatorio mental? ¿Un convento?

—No podría vivir con ese secreto.

—No me haga reír, don Manuel. Está usted acostumbrado a vivir con secretos

oscuros. Considérelo parte del castigo por lo que hizo hace trece años.

Manuel agachó la cabeza, negando a la vez. Salvador comprendió que la mente del médico funcionaba en aquel momento con enorme celeridad, pero sus hombros parecían haber cedido bajo un enorme peso. Con la amargura reflejada en la mirada, alzó hacia él unos ojos enrojecidos que consiguieron causarle alarma.

—No puedo permitir que un asesino como tú quede impune por los delitos que ha cometido y seguir viviendo con eso sobre mi conciencia.

Se sacó del bolsillo derecho el estilete que había guardado.

—No lo intente, don Manuel —dijo Salvador dando un paso atrás, en actitud defensiva—. Podríamos hacernos daño.

El campanero no esperaba lo que sucedió a continuación. Manuel estiró el brazo izquierdo con fuerza, de modo que la parte anterior de su antebrazo quedó al descubierto. Con los dientes apretados, se hizo tres rápidos cortes paralelos por encima de la muñeca y algunos más hasta dibujar lo que parecía ser un tres. Arrojó el estilete ensangrentado al suelo ante Salvador y, sin darle tiempo a reaccionar, inclinó su cuerpo sobre la balaustrada y se impulsó con los pies.

Salvador se lanzó hacia delante soltando la carta y consiguió agarrar al médico por la pernera del pantalón un instante antes de que se precipitara al vacío, pero el peso de su cuerpo se lo arrebató entre los dedos. Por encima de su propio gemido, Salvador oyó con nitidez el ruido sordo que hizo al caer sobre el pavimento. Permaneció inmóvil, incrédulo, doblado sobre el pasamano y con el corazón latiéndole desbocado hasta el punto de que tuvo que incorporarse para poder llevar aire a los pulmones. Cerró los ojos con fuerza, y su rostro se contrajo en una mueca de rabia y dolor. Tardó un minuto en atreverse a asomar la cabeza por encima del saliente, y entonces contempló el cadáver de Manuel boca arriba, con los brazos extendidos y las palmas abiertas, en una grotesca posición que recordaba a alguno de aquellos mártires de la catedral que aparecían representados pidiendo piedad al causante de su tormento. Por el suelo encharcado a los pies de la Puerta del Juicio comenzó a extenderse una mancha carmesí. Salvador permaneció allí parado, hipnotizado, hasta que el grito aterrorizado de una de las primeras beatas que salían de la misa de ocho lo sacó de su ensimismamiento.

Capítulo 33

Martes, 22 de noviembre de 1949

Carmencita levantó la tapa de la cazuela para comprobar que el agua, a la que había añadido sal, un chorro de aceite y media hoja de laurel, hervía antes de incorporar todo el arroz del saquete. El simple olor de la comida le provocaba náuseas. Después del entierro de don Manuel, los familiares llegados a Puente Real habían regresado a la casa y se encontraban reunidos en la biblioteca. Sabía que sus días en aquel lugar estaban contados, y aquel pensamiento, unido al tremendo golpe que la noticia de la muerte de su protector le había supuesto, la había mantenido en vela las dos últimas noches. Sabía que las ojeras le ensombrecían el rostro, pero aquello era lo que menos la preocupaba en aquel momento. La situación posiblemente se alargaría unos días más, hasta que se efectuara la lectura del testamento del doctor Vega y, por otra parte, el cierre más que seguro de la residencia le supondría un duro trabajo.

Pensó en Ángel. Había experimentado un alivio inmenso al verlo delante de ella en el cementerio, después de haberse enterado de que los oficiales de la Guardia Civil procedentes de Madrid lo habían retenido para interrogarlo en el cuartel. Ignoraba el motivo, pero imaginaba que estaba relacionado con el hecho de que el médico hubiera elegido la torre de la catedral para quitarse la vida. Al finalizar la ceremonia había regresado a toda prisa para ocuparse del almuerzo de los parientes, tal como se le había pedido, y no había tenido ocasión de cruzar palabra con él.

Salió a la fresquera en busca de ajos y de los huevos que pensaba freír para acompañar el arroz. Quizás a primera hora de la tarde, después de recoger la cocina y el comedor, encontrara un hueco para ir a verlo. Sentía que necesitaba su compañía, en aquel momento más que nunca, pero también sabía que debía guardar discreción. Dejó la huevera a un lado y rompió una cabeza de ajos de un puñetazo, con lo que los dientes se desparramaron por encima de la mesa. Había empezado a pelarlos cuando oyó los golpes suaves de alguien que llamaba a la puerta de la calle. El corazón le dio un vuelco, conocía aquella forma de llamar a la perfección y dio gracias al cielo. Dejó el cuchillo, se limpió las manos a toda prisa en el delantal y corrió al vestíbulo antes de que alguien escuchara la llamada desde el piso superior. Se atusó el cabello y descorrió el cerrojo con cuidado. Al levantar las manos para hacerlo, percibió el olor a ajo que se le había quedado adherido a los dedos y maldijo para sus adentros.

La figura de Ángel se recortaba contra los árboles y las fachadas del lado opuesto de la calle en aquel mediodía brumoso. A pesar del gesto grave y circunspecto del campanero, y de que por un instante, como un relámpago, la muchacha constató la evidencia de su inmensa soledad, ver aquel rostro familiar tuvo un efecto tranquilizador en ella.

—Vengo a hablar contigo, ¿puedes? —preguntó a modo de saludo.

—Pasa —le respondió Carmencita, haciéndose a un lado—. Están arriba, en la

biblioteca.

—¿Quiénes?

—Los parientes de don Manuel que han venido al entierro.

Ángel entró al zaguán, y Carmen cerró la puerta tras él. Cuando se volvió hacia el interior, se encontró en medio de la penumbra con su mirada clavada en los ojos. No necesitaba hablar para transmitir sus sentimientos.

—No sabes cuánto lo siento —dijo un instante antes de rodearla con los brazos.

Carmencita se abandonó a su abrazo, y un llanto inevitable la agitó mientras Ángel depositaba pequeños besos en su rostro, en su frente, en su cabello y también en sus labios, al tiempo que le susurraba cálidas palabras de consuelo.

—Pasa a la cocina, pero no puedes quedarte mucho, estarán aquí unos días. Estaba haciéndoles la comida —dijo Carmen al fin, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano al tiempo que señalaba la planta superior.

—Ya lo he notado, hueles a ajo —trató de bromear Ángel.

—¡Serás tonto! —protestó—. Anda, entra antes de que se asome alguien.

El ambiente caldeado de la cocina resultaba agradable. Carmen se dirigió a la cazuela y removió el contenido. Metió una cucharilla, probó el agua para comprobar el punto de sal y pareció asentir para sí misma. Entretanto, Ángel había cerrado la puerta y se había colocado tras ella, recostado contra los azulejos.

—He venido porque tengo algo importante que contarte —espetó, muy serio.

Carmen se volvió.

—En este momento, cualquier cosa que me digas va a ser importante. Lo que hasta hace dos días me parecía una vida tranquila y estable se ha ido al garete, y todo lo que ahora se abre ante mí es incertidumbre. Solo hay una cosa de la que creo estar segura…

—¿Te refieres… a lo nuestro? —preguntó Ángel al ver que Carmen no continuaba, enfrascada en su tarea mientras esperaba a que se calentara la sartén que acababa de poner al fuego.

Carmen asintió, enarcando las cejas en un gesto de complicidad.

—Precisamente de eso quería hablarte, Carmen.

El tono grave de Ángel hizo que la muchacha dejara lo que estaba haciendo para volverse hacia él, limpiándose las manos de nuevo en el delantal.

—Mira, Carmen, voy a contarte algo que no sabes sobre mí. Algo que te va a afectar de forma directa y que puede dar al traste con nuestra relación.

—Me estás asustando, Ángel —repuso con inquietud.

—Quiero que escuches con atención, que valores lo que vas a oír y que actúes en consecuencia. Si después quieres seguir junto a mí, cogeremos un tren y nos marcharemos juntos. En caso contrario me iré solo y saldré de tu vida para siempre.

—Pero ¿qué me estás diciendo, Ángel? ¿Por qué me hablas así ahora, cuando más te necesito? —Carmen parecía a punto de echarse a llorar.

—Te amo con locura, Carmen. Pero tú no sabes quién soy, y no podemos basar

nuestra relación en una mentira. Debo contarte la verdad antes de seguir adelante, y este es el momento de hacerlo.

Carmen acercó una silla y se sentó de cualquier forma al sentir que le flaqueaban las piernas. También le temblaban las manos.

—¿Recuerdas a Teresa Monreal?

Al principio Carmen lo escrutó sin comprender, hasta que una chispa en sus ojos indicó a Ángel que ya había encontrado en el fondo de su memoria una imagen con la que asociar aquel nombre.

—¿La maestra?

—¿Solo la recuerdas por eso?

—No, bueno…

—Seamos francos, Carmen. Nuestro futuro en común va a depender de esta conversación. Yo voy a abrirte mi alma de par en par, y tú debes hacer lo mismo. No debe quedar ninguna duda entre nosotros. Teresa Monreal dio a luz aquí, en la clínica, al otro lado del vestíbulo.

Carmen asintió con un simple movimiento de cabeza.

—Le dijisteis que su hijo había muerto, pero no fue así. El doctor Vega consiguió que esperaran hasta después del parto para llevarla a los muros del cementerio y fusilarla. Y el niño se quedó aquí. Ese niño era Alfonso.

Ángel comprobó que los labios de Carmen se abrían y se cerraban de forma involuntaria, y que las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Teresa te pidió lápiz y papel para escribir una carta de despedida. Sabía que, una vez nacido el bebé, ella estaba condenada. Y tú te apiadaste de ella y le concediste ese deseo a escondidas de don Manuel. Es más, te quedaste con aquella carta y, cuando tu hermano Félix regresó del frente por Navidad, se la entregaste con el encargo de que buscara a Salvador Urrutia, el marido de Teresa.

—¿Cómo… cómo sabes todo eso? —preguntó Carmen haciendo un esfuerzo evidente por hablar.

—Félix encontró a Salvador y le entregó esa carta.

—¿Cómo puedes estar seguro? —dijo Carmen con la voz ahogada por el llanto.

Por toda respuesta, Ángel sacó un sobre amarillento del bolsillo de su abrigo y se lo tendió. Ella acercó la mano, y la carta tembló entre sus dedos. El llanto más amargo se apoderó de ella al revivir aquel momento que creía arrinconado en lo más hondo de su memoria.

—Te has enamorado de un hombre que se llama Ángel Expósito. Pero esa no es su verdadera identidad.

Carmen lo escrutó atónita, recorriendo cada milímetro de su rostro, examinando sus rasgos a la luz de la nueva revelación. Apenas tenía voz cuando leyó en voz alta el nombre que figuraba en el sobre.

—Salvador… Urrutia —gimió.

—Teresa era mi esposa, Carmen. Y Alfonso era mi hijo.

Carmen se limitó a mirarlo, boquiabierta.

—Pero, entonces… —balbuceó, y la luz difusa de la esperanza le iluminó los ojos — entonces, Félix te encontró, ¡conociste a mi hermano!

Salvador asintió con la cabeza.

—Me encontró en Belchite, en vísperas de la toma del pueblo por el ejército republicano. Me entregó esta carta, y con ella el deseo de continuar con vida, que ya había perdido. Para entonces ya me habían desfigurado. —Se tocó las cicatrices del rostro.

—¿Y mi hermano? —se apresuró a preguntar.

—Carmen, sabes bien que si tu hermano no volvió es porque cayó en el frente. Su tarea era recoger las cédulas de identificación de los camaradas caídos, él fue quien me proporcionó el carnet de identidad de un falangista muerto, Ángel Expósito.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, enterrando el rostro entre las manos.

—Félix murió dos días después de nuestro encuentro, mientras realizaba su cometido. Una bala disparada desde la torre de una de las iglesias de Belchite acabó con su vida mientras hacía su trabajo.

A continuación se metió la mano en el bolsillo de nuevo y extrajo una ajada tarjeta de identidad, en la que destacaba el rostro casi infantil de un muchacho, junto al nombre escrito con letra apresurada en tinta azul: Félix Hualde. Se la tendió a Carmen y ella la tomó como si se tratara de un relicario. Durante un rato la contempló entre las lágrimas que se derramaban por su rostro, luego se la llevó a los labios para besar aquella imagen. Finalmente, alzó la vista hacia Salvador.

—¿Por qué no me has contado esto antes? —le espetó entre sollozos, destrozada—. ¡No tenías derecho a ocultármelo!

Salvador se disponía a responder, pero unas voces procedentes de la planta superior hicieron que Carmen se pusiera en pie.

—¡Bajan! —exclamó secándose las lágrimas a toda prisa—. Ya no puedes salir, di que has venido a dar el pésame.

En el último instante, Carmen cogió la carta de la mesa y se la guardó en el bolsillo del delantal. Dos hombres seguidos de dos mujeres aparecieron conversando en el umbral de la cocina. Se detuvieron al ver a Salvador, y su atención de inmediato se dirigió a los ojos enrojecidos de Carmen.

—¿Quién es este hombre? —preguntó alarmado el que había entrado en primer lugar—. ¿Acaso te está molestando?

—¡No, no, en absoluto! —se apresuró a responder Carmen—. Discúlpenme, es la emoción, que me ha podido. Él es Ángel Expósito, un amigo de la casa, ha venido a trasladarnos su pésame.

—Y es lo que voy a hacer antes de marcharme —corroboró Salvador—, discúlpenme también a mí, sé que la hora no es la más adecuada. Tuve la suerte de conocer a don Manuel, era un gran hombre, y la pérdida para quienes le tratamos resulta enormemente dolorosa. Les acompaño en el sentimiento.

Salvador se adelantó hacia ellos y les tendió la mano, sin darles tiempo a responder. Hizo lo mismo con las dos mujeres, tomándolas de los dedos de forma delicada, antes de abandonar la cocina.

—Le acompañaré a la puerta —dijo Carmen—. Regreso en un segundo, el almuerzo estará listo enseguida.

Salvador se entretuvo abrochándose los botones del abrigo, hasta que ella lo alcanzó cerca de la puerta.

—No he terminado —susurró, nervioso—. Hay más cosas que debes saber. Volveré.

Carmen desvió la mirada hacia la planta superior. No se oían voces, la puerta de la biblioteca parecía estar cerrada, y los cuatro que habían bajado se encontraban en el interior de la cocina. Retuvo a Salvador por la manga y tiró de él.

—¡Rápido, sube a mi dormitorio, espérame allí! —masculló.

Aquellas horas fueron interminables para Salvador. Ni siquiera en los largos meses que había pasado encerrado en la cárcel, muy cerca de allí, el tiempo había transcurrido tan despacio. Tumbado en el lecho de Carmen, aspirando el olor que todavía impregnaba la almohada, tuvo tiempo de repasar los últimos meses y, aunque no se arrepentía de nada, no pudo evitar un nudo en el estómago al anticipar el momento en que ella conociera la verdad. Hacía casi veinte años que no experimentaba una sensación así y supo que, por segunda vez en su vida, estaba perdidamente enamorado de una mujer. Con el sonido de la vajilla al entrechocar en el piso de abajo, dejó vagar sus pensamientos, que de forma terca se empeñaban en confluir en el mismo momento, el de la reacción de Carmen al saber que el hombre al que quería no era sino un asesino vengativo que había contribuido de forma activa a destruir todo cuanto ella quería, a la única familia que le había dado calor, cobijo y aprecio.

El aroma del café llegó hasta la habitación al tiempo que en la cercana Casa del Reloj sonaban cuatro campanadas. Poco después, en la biblioteca, alguien decidió que aquel era un buen momento para poner en marcha el gramófono de Manuel. Sonrió al descubrir que habían tenido la prudencia de elegir un *adagio* de Albinoni, apropiado sin duda para la ocasión, y también una de las pocas obras que era capaz de identificar sin la ayuda del médico. Las notas de aquella pieza para cuerda y órgano que se colaban por la puerta entreabierta despertaron en él un sentimiento de profunda nostalgia, y por primera vez desde su regreso a Puente Real la culpa le corroyó las entrañas. Definitivamente, Manuel había sido un hombre bueno y Salvador empezaba a sentir un dolor auténtico y profundo por su muerte. Al otro lado de la ventana de Carmen, su mirada se detuvo en la torre de la catedral, que se recortaba contra el cielo plomizo del atardecer. Notó que una lágrima resbalaba por su pómulo hasta perderse en la poblada barba con un desconocido cosquilleo. De

inmediato se pasó la mano por el rostro para secarla.

No tardaron en oírse voces. Cesó la música y se abrió la puerta de la biblioteca, donde los hombres parecían haberse reunido tras el almuerzo para tomar el café, y quizá para fumar uno de los cigarros de Manuel. Desconocía el parentesco de aquellos hombres y mujeres con el médico, y tampoco le importaba. Ni siquiera sabía si tenía hermanos o eran primos más o menos cercanos, y reparó en que era muy poco lo que en realidad sabía sobre él. Demasiado poco para haberlo juzgado.

Se consoló al pensar que, al menos, no había sido él quien le había dado muerte, sino que fueron el remordimiento y la culpa los que lo empujaron al vacío. En realidad, en los últimos momentos, el médico había obtenido si no su perdón, sí algo parecido a un indulto. No, no se sentía culpable por aquella muerte, pero poco le pesaba ya su propia conciencia. Su incertidumbre provenía de la interpretación y la respuesta que Carmen iba a dar al relato que desgranaría en cuanto ella terminara con sus tareas. Incapaz de permanecer inmóvil un minuto más, se incorporó y comenzó a caminar de forma mecánica por la amplia habitación, con las manos a la espalda, tratando de salvar las juntas de las baldosas, como siempre hacía.

Oyó que los familiares de Manuel bajaban hasta el vestíbulo, se abrió la puerta, y las voces se perdieron en el exterior. Después reinó el silencio. El corazón de Salvador, en cambio, emprendió un galope frenético, que no se detuvo hasta que Carmen apareció en el umbral de la puerta, frotándose todavía las manos en el delantal húmedo. Entró y cerró la puerta tras de sí, sin pronunciar palabra. Salvador se colocó de perfil junto a la ventana. Ninguno de los dos parecía atreverse a romper el silencio.

—Se me hace difícil seguir llamándote Ángel —dijo ella al fin.

Salvador volvió la vista hacia ella.

—Decidirás la manera en que has de llamarme más tarde, cuando hayamos terminado esta conversación. Puede que no tengas que tomar esa decisión, pues quizá decidas no pronunciar mi nombre nunca más.

—Sigues asustándome.

—¿Se han ido todos? —preguntó él, señalando la puerta con el mentón.

Carmen asintió.

—Iban a la notaría, a ultimar los detalles para la lectura del testamento de don Manuel.

—¿Sabes si se va a realizar hoy?

—Por lo que he oído, están citados para mañana con el hijo de Villanueva, que parece ocupar de forma interina el puesto de su padre.

A Carmen le pareció aliviado.

—Óyeme bien —dijo entonces—. Lo que te voy a confiar va a poner a prueba tus sentimientos hacia mí, tus convicciones y tu propia integridad moral. Nadie te ha pedido jamás que tomes una decisión tan trascendental como la que te vas a plantear tras escucharme. Vas a tener que elegir aquí, en un momento, entre meter tus cosas en

una maleta y tomar conmigo esta misma tarde un tren hacia ninguna parte… o enfilar el camino del cuartel para presentar una denuncia. Solo te pido que antes de hacer una de las dos cosas me escuches hasta el final.

—Pero ¿qué puede ser tan…?

Salvador alzó la mano y Carmen guardó silencio.

—Llegué a Puente Real con la única intención de estar cerca de Alfonso. Quería verlo crecer desde la distancia, observarlo caminar por la calle en compañía de sus amigos, contemplarlo desde el coro en las misas de la catedral… Y tuve ocasión de hacerlo durante unos meses, hasta que aquel trágico accidente nos lo arrebató. ¿Has leído la carta? —preguntó.

Carmen asintió, un tanto avergonzada.

—En ese caso has leído lo que Teresa quería que pasara con su hijo recién nacido. Yo me acomodé a su deseo, a pesar de que la rabia me comía por dentro al ver cómo seguía conduciéndose Herminio Polo, al comprobar lo que Engracia Huerta había hecho de lo que un día fuera una escuela modélica, al pasar por delante de mi casa y de mi imprenta, ahora en manos de un usurpador con camisa azul. Me encerraba en la torre a rumiar mi desgraciado destino, refugiándome en los libros que conseguí rescatar de la feroz censura, temeroso de prodigarme demasiado en público para no despertar sospechas, para evitar ser descubierto por alguien que me conociera. Alfonso era la barrera que se interponía entre mi implacable deseo de venganza y los causantes de nuestra desgracia. Pero esa presa se rompió hace un año… y las aguas se precipitaron. Comencé a acariciar la venganza que llevaba trece años pergeñando. Tenía que hacerlo, a riesgo de volverme loco en caso contrario. Se lo debía a ellos, a mi mujer y a mi hijo… y a tantos otros que sufrieron sus injusticias y sus abusos.

Carmen dio cuatro pasos cortos y se dejó caer sobre la cama. Había perdido el color, y Salvador temió que se desvaneciera. Sin embargo, las venas de su frente enseguida comenzaron a hincharse y su rostro fue adquiriendo un color grana. Con un esfuerzo y apoyándose con los brazos, se alzó de nuevo y se plantó ante Salvador.

—¿Tú? ¿Me estás diciendo que tú eres el criminal que ha matado a siete personas en Puente Real? ¡Oh, Dios mío! —exclamó, llevándose las manos a la boca. Sus ojos desorbitados asomaban por encima de sus dedos, y Salvador vio el miedo reflejado en ellos.

—Todos aquellos a los que he quitado la vida lo merecían. En este país no hay justicia para criminales como ellos.

—¡Nadie merece la muerte! —gritó Carmen descompuesta, con los puños apretados a ambos costados de su cuerpo—. ¡Margarita! ¡Mataste a Margarita!

Se lanzó hacia delante. Salvador reaccionó a tiempo para evitar que los puños crispados de Carmen le golpearan el pecho con rabia. Hubo de emplear toda su fuerza para sujetarla por ambas muñecas, pero no pudo evitar que su boca hiciera presa en su pulgar derecho. Aulló de dolor.

—¡Cálmate, Carmen! —dijo, sacudiéndola—. ¡Cálmate!

La muchacha le clavó los ojos inyectados.

—¿Cómo puedes pedirme que me calme, asesino? —gritó de nuevo, tratando de liberarse de forma infructuosa—. ¡Suéltame! ¿O vas a matarme a mí también? ¿Eh, cabrón? ¿Soy yo la siguiente? Di. ¿Soy la siguiente de tu lista?

Estaba fuera de sí y respiraba de forma acelerada, como si le faltara el aire. Sus ojos se movían de un lado a otro, buscando una manera de liberarse. De repente, levantó la pierna y estrelló su rodilla contra la entrepierna de Salvador, que en un acto reflejo la arrojó sobre la cama y se llevó las manos a los testículos, pálido.

Carmen aprovechó el momento para rodar por el colchón. Se dejó caer al otro lado de la cama y, tras tropezar con la alfombra, gateó hacia la puerta intentando ponerse de pie. Salvador, todavía encogido por el dolor, tuvo el tiempo justo para rodear el lecho y alcanzarla cuando ya tenía la puerta abierta e intentaba lanzarse hacia las escaleras. De nuevo la sujetó por ambos brazos, con la pierna presta para protegerse de una nueva patada.

—¡Cálmate, te lo ruego! ¡No tienes nada que temer de mí! —gritó, sacudiéndola de nuevo—. ¿Me oyes? ¡Solo quiero que me escuches! Dame cinco minutos y desapareceré de tu vida para siempre. ¡Pero dámelos, por todo lo que hemos compartido!

Carmen, respirando fatigosamente, tragó saliva varias veces y pareció ceder bajo la fuerza de Salvador. Este cerró la puerta con el pie, la condujo hasta el borde de la cama y la obligó a tomar asiento.

—Ahora te voy a soltar —dijo con el tono de voz más templado que fue capaz de adoptar—, y quiero que me escuches. ¿Entendido?

Interpretó que Carmen cerrara los ojos como una afirmación y aflojó la presión sobre sus brazos. Retrocedió dos pasos para evitar la amenaza que su proximidad suponía para ella.

—Está bien, Carmen. Lo primero que quiero que sepas es que no maté ni a Margarita ni a Manuel.

—¿Y pretendes que te crea? —aulló.

—Manuel respondió lo mismo, con palabras muy parecidas, pero acabó creyéndome.

Con toda la paciencia de que fue capaz, Salvador repitió el episodio de la caída del caballo, y el motivo por el que él estaba allí. Luego pasó a relatarle los detalles del resto de las muertes, de la misma forma en que dos días antes lo había hecho ante Manuel, aunque en esta ocasión no hubo preguntas, pues Carmen permaneció en silencio en todo momento, con la palma de la mano a modo de visera, negando con la cabeza ante cada nueva revelación. Le explicó la relación de las marcas de los cadáveres con las dovelas de la Puerta del Juicio, el significado de aquellas representaciones del infierno y el motivo de la elección de cada una de las víctimas, hasta que la luz del sol comenzó a declinar.

—¿Qué pasó con don Manuel? —preguntó al fin cuando Salvador concluyó el

relato con la muerte del notario.

—Manuel descubrió que yo era el autor de todas las muertes.

Carmen, todavía llorosa y con expresión descompuesta, lo miró de hito en hito.

—¿Me dices eso y quieres que crea que no lo mataste?

—Te acabo de confesar la muerte de esos cinco hijos de puta. ¿Qué más me daría seguir? Pero no quería matar a Manuel.

—¡Le habías reservado su propio dibujo, como en el resto de tus crímenes!

—Eso lo tenía planeado desde hacía meses. Todo cambió cuando comprendí que los motivos de Manuel para quedarse con el bebé tuvieron más que ver con la piedad que con el egoísmo. Me lo confirmó en la larga conversación que mantuvimos allá arriba. Fui un estúpido al no comprender a tiempo que acudió allí buscando su propia muerte, la expiación de su culpa, el final de su tormento. De ser de otra manera habría corrido al cuartel de la Guardia Civil en cuanto le llevé las últimas láminas, en cuanto dedujo la verdad.

—¿Cómo lo descubrió?

—Era cuestión de tiempo. Dejé para el final las dovelas relacionadas con las seis muertes. La correspondiente a la mujer adúltera, con la serpiente penetrando en su sexo, le reveló la relación con el cadáver de Engracia. A partir de ahí, solo tuvo que atar cabos.

—¿Qué ocurrió en la torre?

—Entró en mi casa y descubrió la carta de Teresa que ocultaba en mi mesilla. En ese momento, la culpa, que a duras penas había conseguido recluir en el rincón más oscuro de su alma, regresó a la superficie. Simplemente no quiso cargar con ella el resto de su vida y se arrojó al vacío ante mis ojos.

—¿No pudiste impedirlo? —preguntó con los ojos arrasados.

Salvador miró por la ventana. Los últimos rayos de sol incidían sobre el campanario de la catedral, y el bronce de las campanas los reflejaba.

—Si creyera en un dios, lo pondría por testigo de que no pude hacer nada por impedirlo —dijo con sinceridad y amargura—. Se me escurrió entre los dedos.

Un espeso silencio se instaló en el dormitorio, roto solo por los sollozos ahogados de Carmen.

—¿Has pensado qué vas a hacer? —preguntó Salvador al fin, cuando la oscuridad en la habitación ya era casi total—. Ahora ya lo sabes todo. Solo te pido que, si vas a denunciarme, me des tiempo para alejarme de aquí.

Carmen lo miró en la penumbra, sorprendida ante la pregunta, con una infinita tristeza en los ojos. Se puso en pie lentamente, y una vez más rodeó la cama, hasta acercarse al único punto por el que penetraba un resto de claridad en la habitación.

—¿Crees que soy un monstruo? —preguntó Salvador.

Carmen se detuvo ante él y clavó la mirada en su rostro deformado. Salvador podría haber parado la bofetada que vio venir, pero no lo hizo. Volvió la cara con la fuerza del golpe, aunque ni el más leve sonido salió de sus labios. Aún con el pómulo

izquierdo palpitando por el dolor, se mantuvo firme frente a ella, de espaldas a la ventana, con los brazos colgando a ambos costados. La poca luz del ocaso que se filtraba a través del cristal iluminaba el rostro de Carmencita, arrancando destellos temblorosos a las lágrimas que se precipitaban por sus mejillas. Aquel era el semblante de la mujer a la que amaba por encima de todas las cosas, y pensaba luchar hasta el último momento por ella. Sabía que su futuro dependía de lo que sucediera en el minuto siguiente. Con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, trató de proyectar en su mirada lo que sentía en aquel momento. Con lentitud, temeroso, temblando, alzó las manos, muy despacio, al tiempo que cerraba los ojos.

Sintió que los dedos de Carmen se dejaban atrapar entre los suyos, y poco después, los labios de la muchacha se precipitaron sobre su boca de forma impulsiva, apasionada, uniéndose en un beso casi animal y desbocado. El minuto transcurrió como una exhalación, hasta que Carmen apoyó las manos en el pecho de Salvador y, con delicadeza, con la mirada clavada en el suelo, se apartó un paso. Después lo rodeó y se colocó delante de la ventana, por la cual ya solo se vislumbraban las escasas luces que iluminaban las calles del casco viejo de Puente Real.

—También hay algo que tú no sabes —dijo entonces hablándole al cristal, que se empañó con el calor de su aliento.

Salvador se volvió.

—Casi me consuela que tú también tengas secretos conmigo.

—La diferencia es que yo me acabo de enterar, ni siquiera estoy segura de lo que te voy a decir.

Salvador guardó silencio, esperando a que continuara. Un nuevo halo blanquecino apareció en el vidrio helado cuando habló.

—Creo… que vas a ser padre de nuevo.

Observó a Salvador a través del reflejo en el cristal. Este permaneció inmóvil y abrió la boca con la intención de decir algo, pero la volvió a cerrar, sin duda porque no encontraba palabras. Por fin, dio dos pasos hacia ella y la abrazó por detrás.

—¡Oh, Carmen! —susurró con los labios pegados a su cabello—. ¿Estás segura? ¡Es casi imposible!

—Ya es la segunda falta… y las náuseas no dejan lugar a muchas dudas —contestó al tiempo que se volvía hacia él.

Salvador la rodeó con sus brazos poderosos, al tiempo que sus labios se juntaban de nuevo. Después, todavía unidos en un beso profundo y prolongado, él bajó su mano derecha y la apretó contra el vientre de Carmen. Ella, con dedos aún trémulos y torpes, trataba de soltar los botones de la camisa blanca con la que Salvador había acudido al sepelio de Manuel, decidida, por una vez en su vida, a no poner puertas a la pasión, a no dejar pasar el que sin duda sería su último tren, para el que el destino le había reservado un billete que, entonces lo supo, llevaba impreso su nombre y el nombre de Ángel. O Salvador. Comprendió que le resultaba indiferente llamar de una u otra forma a aquel hombre, al que sentía estremecerse bajo los dedos ávidos con los

que le acariciaba el torso, ya desnudo.

Capítulo 34

Miércoles, 23 de noviembre de 1949

Apenas había movimiento en la estación de Puente Real aquel brumoso mediodía. El viejo edificio, maltratado más por el transcurso del tiempo que por el trasiego de pasajeros, necesitaba sin duda una reforma urgente. La carbonilla llenaba todos los rincones y había ennegrecido de tal forma las paredes que resultaba imposible decir cuál era su color original. Salvador, sin quitarse el sombrero, se acercó a la ventanilla, mientras Carmen permanecía de pie junto a las dos maletas con las que viajaban, amén de un voluminoso cartapacio de piel marrón, atado con dos cintas en ambos extremos.

—Tenemos suerte, hoy no viene con demasiado retraso —explicó él mientras se guardaba en el bolsillo interior del abrigo los dos billetes para el correo con destino a Zaragoza—. Dice que ya ha salido de Castejón.

Salieron al andén. Soplaba un suave viento de bochorno que había hecho subir la temperatura, aunque el cielo amenazaba lluvia, habitual en aquella época solo cuando el viento soplaba del sur. No obstante, la media docena de bancos que bordeaban la fachada del edificio, frente a las vías, estaban vacíos y caminaron para tomar asiento en el más alejado. Sin duda los pasajeros esperaban en la cantina o el vestíbulo, pero Salvador prefería mantenerse lo más apartado posible de miradas que pudieran resultar indiscretas. Habría preferido marcharse a primera hora de la mañana, pero habían tenido que adaptarse al horario del tren correo. De cualquier forma tendrían que haber esperado en la estación de Zaragoza al expreso con destino a Barcelona, que con suerte llegaría de Madrid alrededor de las cuatro de la tarde.

—Es la tercera vez en mi vida que salgo de Puente Real —confesó Carmen, con la mano apoyada en la maleta de lona gris—. Ni maleta tenía, he tenido que tomar prestada una de las de Margarita.

—Ve haciéndote a la idea de que tu vida va a cambiar bastante de ahora en adelante —contestó Salvador, y depositó un fugaz beso en su frente.

—¿Adónde iremos? —preguntó sin ocultar su preocupación.

—Ya te lo dije anoche… en principio a Barcelona. Allí tengo a un buen amigo que nos proporcionará alojamiento, le he telegrafiado esta misma mañana.

—¿Y después?

—¿Qué te parece Francia? —Salvador sonrió.

—¿Francia? —exclamó Carmen, sinceramente asustada—. ¡Ni siquiera sé francés!

—Yo te enseñaré… —Rio.

—¡No te rías de mí! —protestó.

—Carmen, no tienes de qué preocuparte —contestó entonces con tono grave, al tiempo que la tomaba por la muñeca—. Todo saldrá bien. Pasaremos una temporada

en Barcelona, hasta que haga unas cuantas gestiones que tengo pendientes, y tiempo habrá de pensar en el futuro. Pero, en mi situación, Francia es el único lugar seguro en el que podemos terminar. Tengo familia en París, pero ni siquiera había pensado en ellos… Sé que la Costa Azul te encantaría.

—¿La conoces?

—Fuimos allí en nuestro viaje de bodas.

Carmen asintió con la cabeza, pero a Salvador no se le escapó el cambio en su expresión.

—Han pasado dieciocho años desde entonces…

—¡Oh, no es eso! —trató de explicar la muchacha, al comprender que había malinterpretado su gesto—. Es solo que el recuerdo de Teresa… Desde ayer, desde que volví a leer esa carta, no consigo quitarme su sufrimiento de la cabeza.

—Bienvenida al club… Yo llevo trece años soportando ese tormento, pero ahora sí, ahora debemos pasar página —dijo apoyando con suavidad la mano en su vientre.

La sonrisa que esbozó Carmen no terminó de disipar su inquietud y apenas duró un instante. El rostro de Salvador estaba demudado y pálido.

—¿Qué te pasa?

—Carmen… ¡la carta! ¡Lo había olvidado por completo! ¿Qué hiciste con ella? —preguntó alarmado.

—La llevaba en el bolsillo del delantal para devolvértela cuando subí al dormitorio. Pero cuando me contaste que… ¡Oh, Dios mío, me olvidé de ella!

—¿Y el delantal?

—Se ha quedado en mi habitación, doblado en la silla. ¡Al plegarlo no me he dado ni cuenta de que la carta seguía en el bolsillo!

Salvador consultó el enorme reloj de la fachada, a la entrada del vestíbulo.

—Ya no hay tiempo, el correo está a punto de llegar.

Como si hubiera querido confirmar sus palabras, un silbido lejano llegó hasta ellos, y ambos giraron la cabeza a un tiempo para contemplar la columna de humo y vapor que se alzaba ya al final de la prolongada recta que conducía a la estación.

—¡Oh, Dios mío! —repitió Carmen—. ¡Cómo he podido ser tan estúpida!

—No te preocupes, tranquilízate. En cuanto subamos a ese tren, todo esto quedará atrás. Además, quizá nadie la encuentre.

—Podemos volver y esperar al correo de la tarde… Incluso te puedes marchar tú y esperarme en Zaragoza.

Salvador negó con la cabeza.

—Perderíamos el expreso de Barcelona, y eso nos obligaría a hacer noche allí. Olvídalo, ya no tiene importancia.

—Esa carta significaba mucho para ti…

—Esa carta forma parte del pasado que intento dejar atrás de una vez por todas —respondió, cogiéndola de la mano.

El tren se aproximaba, y los viajeros comenzaron a ocupar el andén. El jefe de

estación salió de su garita, farol en mano, justo antes de que la imponente locomotora de vapor hiciera su entrada en la estación. El estruendo hizo que Carmen se encogiera, mientras la nube de humo y vapor que brotaba detrás de la máquina inundaba el aire. En medio del chirrido de los frenos y los resoplidos del vapor liberado al aplicar la contramarcha, los tres vagones de color verde del correo se deslizaron ante ellos, dejando entrever por las ventanillas a los pocos viajeros que se encontraban en pie, listos para apearse en Puente Real.

Salvador asió las dos maletas y dejó a Carmen el cartapacio, que la muchacha sujetó bajo el brazo derecho, mientras se colgaba el bolso del izquierdo. Caminaron hacia la portezuela del último vagón, que se abrió en cuanto el convoy se detuvo con un último estremecimiento. Los zapatos relucientes de un hombre ataviado con un elegante abrigo de paño negro quedaron a la altura de sus cabezas. Viajaba sin equipaje, salvo por una carpeta de piel que portaba bajo el brazo junto al periódico del día, se apeó con agilidad y pasó por su lado musitando un saludo. Salvador levantó las dos maletas y las depositó en el suelo de la plataforma. Después se asió de una de las barras metálicas que flanqueaban la puerta, ascendió los tres empinados escalones y después cogió el cartapacio. Por último, tendió la mano a Carmen y la ayudó a subir, aunque la estrecha falda de tubo que vestía, el bolso y los zapatos de tacón no se lo pusieron fácil.

Una vez arriba, Carmen insistió en llevar su propia maleta. Avanzaron por el estrecho pasillo y comprobaron que más de la mitad de los compartimentos iban vacíos. Eligieron uno situado cerca del final, y abrieron la portezuela de madera. Salvador pasó su equipaje por delante, lo levantó y lo introdujo en el portamaletas. A continuación hizo lo mismo con la segunda maleta. Oyeron el silbato del factor de RENFE que daba la salida, seguido de inmediato por un pitido más grave del maquinista, y los sacudió un brusco tirón. Salvador estuvo a punto de perder el equilibrio, pero Carmen le sirvió de apoyo. Ambos rieron. El portafolio quedó encima del asiento mientras Salvador se apresuraba a regresar al pasillo. Bajó la ventana y se asomó al exterior mientras el tren, de forma gradual, iniciaba la marcha y dejaba atrás el andén.

—¿Algo extraño? —preguntó Carmen cuando volvió al compartimento.

—No he visto a nadie que me haya llamado la atención. Creo que podemos relajarnos. —Sonrió.

—En ese caso, comamos algo. He traído pan recién hecho, un poco de queso y una longaniza que quita el hipo —anunció satisfecha—. Pero me temo que vas a tener que bajar de nuevo la maleta antes de sentarte.

El tren había adquirido ya velocidad de crucero cuando pasaron ante la hermosa presa de Pignatelli, el lugar de nacimiento del Canal Imperial de Aragón, que regaba toda la vega desde allí hasta la capital aragonesa. Los campos de maíz se extendían hasta perderse de vista, y Carmen comía abstraída, contemplando cómo el paisaje se deslizaba ante ella a velocidad de vértigo. De vez en cuando, la nube de humo negro

procedente de la caldera envolvía los vagones, arrastrada por el viento, y la visión se desvanecía, para acto seguido volver a aparecer mostrando un lugar distinto.

—Creo que te gustará viajar —observó Salvador, que acababa de hincar el diente a un generoso trozo de longaniza.

—Yo también lo creo —respondió Carmen, mientras guardaba la servilleta en la que había recogido cuidadosamente todas las migas.

Después se volvió hacia el asiento en el que reposaba el cartapacio.

—Supongo que son los carboncillos de la Puerta del Juicio.

—He invertido demasiadas horas de trabajo para dejarlos atrás.

—¿Están todas las dovelas?

—Todas, incluidas las que había dejado escondidas en la consulta.

—Quizás en Barcelona encuentres quien las edite.

—Sí, con mi nombre, y publicaremos un anuncio en el *Diario de Navarra*. O mejor, en el periódico de la Falange de Puente Real —bromeó.

El revisor comprobó y perforó sus billetes a la altura de la muga entre las dos provincias, pero las numerosas paradas del tren correo y las dificultades para arrancar hicieron que el viaje se prolongara más de lo que Salvador había previsto.

—A este paso vamos a llegar con el tiempo justo para enlazar con el expreso —se lamentó, inquieto, mientras abría de nuevo la portezuela para asomarse al pasillo desierto.

—¡No, mira! ¡Estamos llegando! Ya se ven allá a lo lejos las torres del Pilar.

Carmen se inclinó a la izquierda y apoyó la mejilla en el cristal para obtener un mejor ángulo de visión.

—¿Lo conoces? —preguntó Salvador cuando regresaba al compartimento—. Creía que tú no habías…

—Don Manuel y Margarita me trajeron una vez a Zaragoza, precisamente para ver el Pilar —respondió, afligida.

Salvador asintió y apartó el portafolio para sentarse junto a ella. La tomó de la mano y la retuvo así, en silencio, mientras los primeros edificios de los arrabales de Zaragoza desfilaban al otro lado de los cristales. Entraron en la estación de Santo Sepulcro bien pasadas las dos de la tarde, según marcaba el reloj de pared, más grande todavía que el de Puente Real. Algunos pasajeros pasaron por delante del compartimento y Carmen hizo ademán de levantarse, pero Salvador la detuvo.

—No, sigue sentada, nosotros no bajamos aquí. El tren cruzará ahora el Ebro y continuará hasta la estación del Arrabal, donde enlaza con el expreso a Barcelona.

—Ah, ¿no es aquí? Si hubiera viajado sola, me habría bajado.

Una vez más, Salvador salió al pasillo y abrió la ventanilla, en el preciso momento en que el tren se detenía con una sacudida. Carmen observó que escrutaba el andén a derecha e izquierda, y solo volvió al asiento cuando el tren estuvo de nuevo en marcha, no sin antes comprobar los compartimentos vecinos. El convoy ya no volvió a coger velocidad: atravesó el río por un estrecho puente de hierro y

después se adentró en un laberinto de vías y cambios de aguja que no terminaron hasta que la vieja máquina se detuvo en la estación del Arrabal.

Disponían de una hora todavía, y esta vez Salvador no tuvo inconveniente en conducir a Carmen a la cantina. Apenas hubo terminado el café con leche que habían pedido, se levantó en busca de los nuevos billetes. Regresó al poco, agitándolos en la mano derecha.

—El pasaje hacia una nueva vida para los dos —anunció de forma teatral, aunque sin alzar demasiado la voz.

Carmen esbozó una sonrisa, y Salvador apoyó los brazos en la mesa y la observó detenidamente. Vestía de luto, pero el negro la favorecía. La falda de tubo estilizaba su figura, y los zapatos de tacón, que le había visto ponerse en contadas ocasiones, le daban un toque de elegancia. A todo ello se sumaba un sobrio pero airoso abrigo de paño que dejaba entrever el collar de perlas de bisutería que le adornaba el cuello, a juego con los sencillos pendientes. Por fin, el cabello peinado a la moda, con suaves ondulaciones, era uno de los rasgos de Carmen que le resultaban más atractivos.

—¿Acaso no te alegras? —insistió ante su falta de efusividad.

—Supongo que me alegraré más cuando asimile que todo lo que está pasando es real —respondió ella haciéndole un gesto para que se sentara—. Hace tres días llevaba una vida tranquila, y ahora todo se ha ido al traste. Ha muerto el hombre que me garantizaba una estabilidad, cada día que pasa confirma más mis sospechas de que estoy encinta y, para colmo, me he enterado de que el hombre del que creía estar enamorada es un asesino sin escrúpulos, que ha matado a sangre fría a cinco personas e, indirectamente, ha provocado la muerte de otras dos.

—Chsss… —Salvador lanzó una mirada de soslayo a las mesas contiguas—. No digas eso en voz alta, podrían oírte.

La espera se prolongó hasta las cuatro y media, pues el expreso procedente de Madrid llegaba con retraso. De nuevo entró en la estación exhalando bocanadas de humo negro y vapor que parecieron oscurecer aún más la tarde. Por segunda vez en el día, Salvador acarreó las maletas por el andén, esta vez atestado de personas que recibían a los recién llegados con grandes muestras de afecto. Parecían ser menos los que partían hacia Barcelona, pues en ninguna de las puertas se estaba produciendo la más mínima aglomeración para subir al tren. Salvador ayudó a Carmen a hacerlo, y cerró la portezuela del vagón, no sin antes asomar la cabeza para echar un último vistazo al andén. Buscaron un compartimento vacío y lo encontraron, de nuevo, en el último vagón.

—Mejor así, el viaje será largo y me temo que llegaremos a Barcelona cerca de la medianoche. Tendremos que dar alguna cabezada.

Carmen se dejó caer en el asiento, recién tapizado con un material mullido y brillante que no había visto nunca. Colocó la mano en la rejilla de la calefacción situada bajo la ventana e hizo un gesto de satisfacción, antes de incorporarse de nuevo para quitarse el abrigo. Salvador, en cambio, volvió a abrir la puerta corrediza

que comunicaba con el pasillo y, una vez más, salió para asomar la cabeza por la ventanilla del lado opuesto.

Desde el rincón donde se había acomodado, Carmen vio que el rostro de Salvador demudaba. Sujeto al borde de la ventanilla, se había subido a un reborde para ver mejor el exterior, y sin duda su gesto había pasado a ser de temor. Cuando regresó al compartimento, Carmen sabía que algo iba muy mal.

—Quédate aquí, y no te muevas —ordenó él.

En cuatro zancadas alcanzó la plataforma de acceso, a la cual se abría el fuelle, que comunicaba con el furgón anterior a través de una portezuela. Carmen se asomó al pasillo y lo vio abrir la puerta del vagón para sacar la cabeza con precaución. De repente la retiró, como si pretendiera evitar que alguien lo viera desde el exterior. Regresó tan rápidamente como se había marchado, casi empujando a una pareja que avanzaba con las maletas, entorpeciéndole el paso. Su rostro todavía reflejaba temor, pero enmascarado por una clara determinación. Sacó del bolsillo de su abrigo un pequeño bloc y uno de sus lapiceros, arrancó una hoja y se arrodilló para garabatear algo apoyado sobre el asiento. Carmen lo observó. Parecían un nombre y una dirección.

—Me están buscando, Carmen —le espetó, al tiempo que se ponía en pie de nuevo—. Voy a intentar escapar.

Con un gesto de la mano interrumpió cualquier posibilidad de protesta.

—Toma esto, son las señas del amigo del que te hablaba, en Barcelona. Es de total confianza, un viejo compañero de la milicia. Creo que harás buenas migas con su esposa. Cuando llegues coge un taxi y le indicas esta dirección. Espérame allí, iré a por ti.

Salvador alzó los brazos para bajar su maleta.

—Viajas sola, recuérdalo. Nadie debe asociarte conmigo. Si alguien te pregunta di que vas a visitar a un familiar a Barcelona. Yo voy a pasar mi equipaje al compartimento contiguo —anunció, anticipando quizá su negativa.

Las piernas de Carmen temblaban, y sintió que el pánico comenzaba a apoderarse de ella.

—¿Quiénes son? —preguntó, tratando de ocultar su angustia, con una voz que parecía un gemido.

—Han debido de descubrirlo todo esta mañana, al leer el testamento de don Manuel y habrán atado cabos.

—¡La carta! —exclamó Carmen.

—Puede ser. No hay duda de que han telegrafiado a la policía de Zaragoza, el andén está lleno de hombres armados.

Carmen comprendió entonces el origen de los gritos y voces asustadas que procedían del exterior. Salvador cogió la maleta, salió al pasillo y se introdujo en el compartimento contiguo. Al cabo de un instante estaba de regreso, sin su abrigo.

—No llores —le pidió al verla allí, parada en el mismo lugar donde la había

dejado, incapaz de reaccionar—. Escucha con atención lo que te voy a decir, no hay tiempo.

Carmen asintió con el rictus que se dibuja en los labios cuando se pretende contener el llanto.

—No te separes ni un segundo de esa carpeta. ¿Me entiendes? Ahí está vuestro futuro. —Le colocó una mano en el vientre—. Me encontraré contigo en Barcelona, pero si algo me sucediera, estudia con atención los documentos que hay ahí dentro, entre los carboncillos. Y actúa en consecuencia.

Las lágrimas caían ya por el rostro de Carmen.

—No llores, te lo ruego, si te interrogan podrían sospechar. Trata de mantener la entereza —le pidió mientras tomaba su cabeza entre ambas manos para depositar un beso en su frente.

Se oyeron voces apresuradas cuando la puerta del vagón se abrió desde el exterior. Salvador dirigió una mirada cargada de tristeza al rostro de la muchacha.

—Te amo, Carmen. Recuérdalo —dijo, y le dio un último beso sobre sus labios.

Bajó la ventana hasta que hizo tope, se subió al asiento y, con agilidad, asomó su cuerpo al exterior, agarrándose a algún saliente que Carmen no alcanzaba a ver. Por un instante, los pies de Salvador quedaron apoyados en el borde inferior de la ventanilla, hasta que se dejó caer sobre las vías. Carmen fue incapaz de reaccionar, todo había sido demasiado rápido. Se encontró allí, de pie, en medio del vagón, con el recuerdo de los labios de Salvador mezclándose con el sabor salado de sus propias lágrimas. No podía ser cierto que se hubiese marchado así. Sin embargo, el sonido de la puerta corrediza del compartimento contiguo hizo que su mente se pusiera en marcha de nuevo. Alzó la ventana ayudándose con ambas manos y la bloqueó con el pasador metálico. Después tomó asiento sobre la huella que el pie de Salvador había dejado profundamente marcada en el tapizado. En ese preciso momento, un hombre enjuto con bigote, traje y sombrero negros corrió la puerta con violencia, asomando el cañón de la pistola que portaba en la mano derecha.

—¿Viaja usted sola, señorita?

Carmen asintió, con fingido gesto de sorpresa y temor, sin apartar la vista de la pistola.

—Sí, sí, señor —respondió, al tiempo que agitaba la cabeza arriba y abajo, nerviosamente.

Con la misma energía, el policía cerró la puerta y avanzó por el pasillo.

—¡Aquí! —gritó enseguida—. ¡Aquí! ¡La ventana está abierta! ¡Ha saltado a las vías!

El disparo pareció estallar dentro de su cerebro, y no en los andenes exteriores. Las voces de advertencia de los policías se mezclaron con los gritos aterrorizados de los pasajeros, y poco después llegaron dos estampidos más.

—¡Le he dado! —se oyó gritar.

Carmen se hundió un poco más en el asiento con cada uno de ellos. Su rostro se

contrajo y su pecho estalló en un sollozo incontenible. Se sintió incapaz de controlar el dolor y rogó a Dios que la privara del sentido en aquel preciso instante para evitarlo. Completamente doblada sobre sí misma, se agarró las rodillas y su cuerpo empezó a balancearse adelante y atrás mientras sus lágrimas formaban un reguero en la moqueta del compartimento.

No tuvo valor para asomarse a la puerta cuando los gritos y las advertencias se vieron sustituidos por las voces alborotadas de los pasajeros, los acompañantes y los empleados de la estación, en un revuelo interminable. Imaginaba a Salvador tendido sobre las vías, atravesado por una de aquellas balas, pero en aquel momento lo único que deseaba era que aquel maldito tren se pusiera en marcha y se la llevara lejos de allí, lo más lejos posible. Después de la muerte de don Manuel solo tres días antes, no era capaz de sobrellevar aquella nueva tragedia que en unos minutos se había abatido sobre ella. Su mente se negaba a aceptar que el hombre con el que un poco antes había compartido el café en la cantina, yaciera muerto sobre las traviesas de la vía en aquella estación que entonces se le antojó extraña, cruel e inhóspita.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero el revuelo sin duda había cesado, porque los últimos pasajeros habían sido autorizados para subir al tren, a juzgar por los sonidos que llegaban desde el exterior del compartimento.

Un hombre de mediana edad, acompañado por una mujer más joven, abrió la puerta con cuidado.

—Perdone, ¿está libre? —preguntó, señalando el asiento vacío frente a Carmen.

Ella lo miró como si no comprendiera, todavía agazapada sobre sí misma.

—¡Oh, Elvira! Esta señorita parece muy asustada, y no me extraña… —dijo abriendo la puerta de par en par para dejar paso a su acompañante.

—¡Oh, mi niña, tranquilícese! —exclamó ella, casi arrojándose sobre el asiento, para pasarle la mano por el hombro—. Ha sido terrible, pero todo ha terminado ya.

—Ya se han llevado el cuerpo —explicó él—. Era un delincuente peligroso, a juzgar por el despliegue de la policía. Hay que alabar el trabajo de esos hombres, le han dado caza cuando trataba de huir, sin provocar un solo herido.

—Pero ya podían haber buscado otro sitio… —protestó la mujer—. Mira qué susto tiene esta muchacha.

Carmen alzó la vista.

—Sí, ya está usted más tranquila, ¿no es cierto? —dijo la mujer, frotándole el hombro con energía.

Carmen le apartó la mano con un manotazo.

—¡No me toque! ¡Váyanse! —gritó con rabia.

Los dos la miraron con los ojos desorbitados.

—¿No me han oído? —añadió entre sollozos—. ¡Váyanse! ¡Déjenme sola!

La mujer se levantó como impulsada por un resorte, con temor en la mirada.

—¡Vámonos, Ezequiel! —soltó entonces con un gesto de desprecio—. ¡Esta mujer está loca! Deberíamos llamar a la policía, tendrían que llevársela también.

—¿Habrase visto persona más desagradecida? ¡Que la zurzan, señorita!

La puerta se cerró con un golpe tras ellos, y Carmen los vio regresar por donde habían venido, sin duda en busca del vagón más alejado que pudieran encontrar.

Oyó el silbato que precedió a los esfuerzos de la máquina para poner en marcha el convoy. Cuando el tren salió de la protección de la marquesina, la luz de la tarde ya era escasa, y la lluvia comenzó a golpear el cristal de la ventana. Carmen tenía un nudo de angustia en la garganta y la náusea llegó en oleadas. Tuvo el tiempo justo para sacarse de la manga el pañuelo con el que trató de contener el vómito, aunque no pudo evitar mancharse las manos y la barbilla, y un olor agrio se extendió por el compartimento. Se puso en pie, y sintió el suave traqueteo del tren en las vías bajo sus pies. Llegó hasta la puerta y la hizo deslizarse hacia la izquierda. Eran ya las bombillas incandescentes las que proporcionaban su escasa luz al pasillo, pues del exterior encapotado solo llegaba un reflejo tenue y gris. Caminó hacia la plataforma y abrió la puerta en la que se leía SERVICIOS. Abrió el grifo del lavabo sin querer mirarse en el pequeño espejo circular encastrado al frente y, para su sorpresa, comprobó que había agua caliente. Se lavó las manos, y luego hizo un cuenco con ellas y llevó el agua a la cara. Pasó varios minutos allí y, por fin, se atrevió a enfrentarse a su propia imagen. Tenía los ojos enrojecidos, y se sorprendió al descubrir dos marcados cercos amoratados bordeando la parte inferior.

—Hola, Carmen —musitó en voz apenas audible, ahogada por la pena—. Estás sola. Lo sabes, ¿no?

Sabía que se estaba recreando en la autocompasión, pero nadie podía reprochárselo. Quizá necesitara decírselo en voz alta para poder asumir la realidad. Estaba sola, camino de una gran ciudad completamente desconocida, en los servicios de un moderno expreso con agua caliente en el lavabo. Alguien accionó la manilla de la puerta desde el exterior. Sin secarse del todo la cara, salió para regresar al compartimento. Cuando alcanzó la portezuela, advirtió que acababa de descuidar lo que había prometido a Salvador, pero el cartapacio seguía allí. Se disponía a entrar, pero de repente la asaltó una duda. Avanzó por el pasillo hasta el siguiente compartimento, que continuaba vacío, al contrario que los siguientes, de donde procedía el sonido de animadas conversaciones a través de las puertas entreabiertas. La maleta de Salvador no estaba, pero sí su abrigo negro, tirado en la moqueta del suelo con el forro de los bolsillos vuelto hacia fuera. Se agachó para recogerlo por el cuello y se lo acercó a la cara. De inmediato la inundó su conocido olor, y con él de nuevo la más profunda añoranza. Sin embargo, respiró hondo y se obligó a ahogar el llanto.

Regresó a su asiento y contempló de nuevo su imagen reflejada en el cristal. Después encendió la luz que había sobre su cabeza antes de tomar entre sus manos el enorme portafolio. Las cintas habían sido anudadas con cuidado, con lazadas que no le costó aflojar, y la propia presión de la gran cantidad de láminas acumuladas en el interior hizo que las dos tapas de cuero se abrieran para mostrar el contenido. Cada

uno de aquellos maravillosos dibujos se hallaba separado del siguiente por un pliego de papel de seda. Pasó alguno de ellos, recordando los momentos en que Ángel Expósito había visitado la casa para enseñárselos a don Manuel. Sin embargo, en esta ocasión le llamó la atención el borde de una de las láminas colocada al final. El motivo era muy evidente: el reborde que asomaba presentaba trazos de color. Con cuidado, separó el papel de seda y la imagen que apareció ante ella la dejó sin habla. Salvador había dibujado la Puerta del Juicio por entero, pero cada una de las dovelas estaba pintada con vivos colores que, a pesar de su simplicidad, producían una imagen policromada que la impactó de tal manera que el corazón le latía aceleradamente. Se le hacía difícil apartar la vista de aquel dibujo, en el que los tonos rojizos imperaban en la parte derecha, la que representaba el infierno, mientras que en el lado izquierdo predominaba el celeste. En el centro del borde inferior, Salvador había titulado el dibujo con cuidadas mayúsculas: LA PUERTA PINTADA. Tuvo que acercar el cartapacio a la luz para leer la anotación que Salvador había hecho más abajo, con su letra apretada y puntiaguda: «Reproducción de lo que bien pudo ser la policromía original de la Puerta del Juicio, conocida durante sus primeros siglos de existencia como la Puerta Pintada». Carmen sintió un escalofrío al imaginar la impresión que debían de experimentar los vecinos y los visitantes de Puente Real setecientos años atrás cuando alzaran la vista para contemplar aquel espectáculo brillante y sobrecogedor. Justo en el borde inferior derecho parecía haber otra inscripción oculta en parte en el ángulo que formaban las dos tapas. Dejó el cartapacio abierto en el asiento de delante y tomó la lámina entre sus dedos. La acercó a la luz y leyó.

«Para mi adorada Carmen. Sea lo que sea lo que el destino nos tenga reservado. 19 de noviembre de 1949».

Salvador había firmado su trabajo cuatro días atrás, antes de la muerte de don Manuel, antes de su propia confesión… y antes de saber que iba a ser padre. Cerró los ojos con fuerza, pero esta vez las lágrimas no asomaron a ellos. Simplemente volvió a colocar el dibujo en su lugar y pasó la lámina en blanco que cerraba la colección. Tras ella aparecían varios documentos, sin duda aquellos de los que Salvador le había hablado. Cogió el primero y comprobó que se trataba de la copia del testamento de don Manuel. Detrás había varias escrituras de compraventa y, al final, un documento manuscrito en el que reconoció la cuidada manera de escribir de Salvador. Vio que estaba fechado aquella misma mañana y lo leyó en primer lugar. Era una declaración de paternidad, en la que reconocía como suyo el hijo que empezaba a crecer en su vientre. Tomó el testamento, en el que figuraba como notario don Francisco Villanueva. Se trataba de una copia validada por él mismo del original que sin duda aún se encontraba en la notaría, aquel que se habría leído aquella misma mañana. En él se había añadido una cláusula por la que se dejaban sin efecto las anteriores y que declaraba heredera universal de todos los bienes de don Manuel Vega a doña Carmen Hualde, incluida la clínica y residencia situada en el número 9 de la

calle Muro, así como la finca agrícola y de recreo de su propiedad. Estaba fechado a principios de noviembre, pero Carmen no tenía duda de que aquel era uno más de los datos que el notario había incluido en aquellos papeles unos minutos antes de su muerte, pensando quizá que con ello podría salvar la vida.

Las escrituras correspondían a la compraventa de inmuebles y locales propiedad de Nazario Palacín, el impresor, del propio notario Villanueva y también de Herminio Polo, todas ellas falsamente fechadas antes de sus respectivas muertes. La antigua imprenta de Salvador, junto con la vivienda situada en la planta superior, estaba incluida entre aquellas adquisiciones supuestamente llevadas a cabo por doña Carmen Hualde. En las últimas escrituras, sin embargo, no era ella quien figuraba como compradora. Una correspondía a dos amplios solares ubicados en pleno centro de Puente Real y estaba redactada a favor de un tal José Aparicio. Carmen sonrió al recordar al joven aprendiz en la imprenta de Salvador. Por las siguientes, dos viviendas en la carretera de Zaragoza pasaban a ser propiedad de doña Emilia Salazar, viuda de Vicente Hernández. Ojeó las últimas, pero no conocía a las beneficiarias de las transacciones, aunque todas eran mujeres, y todas aparecían como viudas. Sin duda, el último día en la vida del notario Villanueva había sido el más atareado de su carrera.

Devolvió los documentos a su lugar, cerró el portafolio y anudó las cintas con cuidado. Se recostó en el respaldo del asiento y volvió el rostro hacia el cristal, por el que resbalaban las gotas de lluvia, agitadas por el traqueteo del tren. En el reflejo era incapaz de distinguir aquellas gotas de sus propias lágrimas, que de nuevo se deslizaban por sus pómulos al comprender lo que podría haber sido: disfrutar de lo que aquellos papeles decían que era suyo… junto a Salvador. Recordó sus palabras antes de saltar del tren: «Ahí está vuestro futuro». Pensaba sin duda en su hijo, en el pequeño Salvador. O Teresa, si era niña. Una vez más, Carmen se llevó la mano al vientre.

Oyó el silbato de la locomotora, y no tardó en notar que el tren perdía velocidad. Se puso en pie y, con esfuerzo, bajó el equipaje del portamaletas. Se enfundó el abrigo y se abrochó los botones, antes de colocarse el portafolio debajo del brazo. Cuando el tren se detuvo en la estación, Carmen ya estaba preparada para descender por la escalerilla.

Ni siquiera se fijó en el nombre de aquel lugar, tan solo vio que el reloj estaba a punto de marcar las siete de la tarde. El jefe de estación, con el farol verde en la mano, se disponía a dar la salida al tren. Carmen cargó la maleta con dificultad y a empentones por el breve y solitario andén, y entró en el vestíbulo. El encargado de la taquilla no se encontraba en su puesto y Carmen decidió esperar. Sin embargo, al cabo de un instante, el jefe de estación apareció al otro lado de la ventanilla, aparentemente para cerrarla. Se detuvo cuando Carmen le hizo una seña con la mano, al tiempo que se levantaba del banco que había ocupado. Sin soltar el portafolio, se acercó al mostrador de madera.

—Un billete para Puente Real, haga usted el favor.

En Puente Real, a las 17:15 h del
sábado 18 de enero de 2014

Nota del autor

Puente Real es el nombre imaginario del lugar donde se desarrolla la trama de esta novela, aunque cualquier lector que haya estado en ella reconocerá sin problema las calles y los rincones de la ciudad de Tudela, en Navarra.

He querido hacerlo así para resaltar la necesidad de desubicar los acontecimientos que se describen de un lugar concreto. Ocurrieron en Tudela en aquel año fatídico de 1936, pero bien pudieron tener lugar en cualquier otra ciudad de nuestra geografía, castigada en todos sus rincones por una guerra fratricida que jamás debió tener lugar. Aquí, los protagonistas del horror fueron los que se describen en la novela. En zona republicana hubieran sido otros distintos. He puesto esta reflexión también en boca de alguno de los protagonistas de la novela, precisamente porque es algo que me interesa resaltar: este trabajo de ficción literaria no pretende ser un ejercicio de revanchismo escorado, porque soy consciente de que crímenes atroces se cometieron en los dos bandos confrontados durante aquellos tres largos años en que nuestro país se desangró. No quiere esto decir que haya pretendido mantener una imposible equidistancia, porque una de las facciones contendientes contaba con la legitimidad de estar defendiendo la legalidad democrática basada en la Constitución de 1931, mientras que la otra se alzó contra ella por la fuerza de las armas.

Dicho esto, en Tudela, la ciudad que bajo otro nombre se describe en la novela, sucedió lo que sucedió, y los protagonistas fueron los que aparecen en los libros de historia, para bien o para mal. El proceso de documentación ha sido en ocasiones un doloroso ejercicio de memoria, durante el cual he tenido ocasión de recordar con detalle aspectos de nuestra guerra que ya conocía, y también de conocer episodios que ignoraba, todos ellos de una dureza tal que ahora, casi ochenta años después, nos cuesta creer que pudieran tener lugar. La lectura, por ejemplo, de *Navarra 1936*, de la esperanza al terror (Altaffaylla, 2003) no puede dejar indiferente a nadie. Estremecido por los testimonios de muchos protagonistas que relatan en sus páginas el horror vivido en aquellos años, no podía obviar en la novela el sacrificio de aquellos que, o bien perdieron la vida, o bien la vieron truncada para siempre. Y todo ello por el simple hecho de pensar distinto que quienes ostentaban el poder.

La guerra y la posguerra eran, en principio, tan solo el telón de fondo para una trama que se imbrica en aquella sociedad convulsa pero, a medida que avanzaba en el desarrollo de la historia, me resultaba más necesario dejar constancia en el texto de algunos de aquellos episodios conmovedores, aunque solo fuera a modo de pequeño homenaje a sus protagonistas anónimos.

Casi todos los nombres que aparecen en la novela son ficticios para evitar alusiones personales, con excepción de unos pocos, como el concejal Aquiles Cuadra, el comandante Rodríguez Medel de la Guardia Civil y un puñado de políticos electos y trabajadores municipales que se mantuvieron fieles a la legalidad que habían jurado defender. Respecto al primero, aunque en la novela se hace referencia al fusilamiento

de Cuadra ya en 1936, este no se produjo en realidad hasta octubre de 1939.

El pueblo viejo de Belchite, en la provincia de Zaragoza, es el escenario de uno de los capítulos finales, y sus ruinas se alzan aún en pie como testimonio de aquel horror. Me daría por satisfecho si, a la hora de remover el ánimo de los lectores, esta novela tuviera la fuerza de uno solo de aquellos ladrillos.

Si en todas mis publicaciones anteriores el contacto con los lectores ha resultado fundamental, en esta lo es especialmente. Utiliza las redes sociales, busca «La Puerta Pintada» en Facebook, en Twitter, el blog de la novela (lapuertapintada.blogspot.com). Allí están las imágenes de la catedral, las dovelas de la Puerta del Juicio, los objetos cotidianos que se describen en el libro, la música que escucha el protagonista… Hazme llegar tus impresiones después de llegar al final, sean en el sentido que sean. Que la relación entre el autor y los lectores no termine aquí.

Agradecimientos

Quizá el germen de esta novela surgió cuando tuve noticia de una familia de campaneros que, entre 1925 y 1940, habían vivido encaramados en los tejados de la catedral de Tudela, bajo las campanas que volteaban cada día. «Vivir en la catedral», el artículo que me reveló su existencia, fue publicado el 2 de enero de 2013 por Fermín Pérez Nievas en el *Diario de Noticias de Navarra*.

Las connotaciones literarias de esta historia, que de manera inevitable nos recuerdan a Victor Hugo y a Quasimodo, el inolvidable protagonista de *Nuestra Señora de París*; mis frecuentes visitas a la catedral de Tudela llevado por mi afición a la fotografía y por el asombro que despierta en mí nuestro rico patrimonio histórico; la repetida contemplación de la magnífica Puerta del Juicio, con su representación en piedra de los castigos del infierno, única en el arte medieval europeo; el interés que desde siempre he sentido por esa dramática etapa de nuestra Historia que es la Segunda República y la Guerra Civil… de toda esta amalgama surgió en mayo de 2013 el esbozo de esta novela.

De inmediato comencé la complicada búsqueda de bibliografía sobre la interpretación detallada de cada una de las escenas de la Puerta del Juicio, tomé fotografías de todas ellas y, por supuesto, traté de visitar la antigua vivienda de los campaneros. En este punto tengo que citar al deán de la catedral, D. Bibiano Esparza, que autorizó la visita, y a Ana Carmen Martínez Ballarín, fiel lectora y buena amiga, quien me acompañó para mostrarme los entresijos de una catedral que conoce bien.

La visita a la cárcel que se describe en la novela, ubicada en el viejo convento de San Francisco, actualmente cerrado y en estado de abandono, fue posible gracias al permiso y la colaboración de la concejala de Cultura del Ayuntamiento de la ciudad, Merche San Pedro.

La sorpresa llegó cuando, ya iniciada la novela, tuve noticia de la publicación de un libro monográfico sobre la Puerta del Juicio, editado por *Diario de Navarra*. Diego Carasusán (texto) y Blanca Aldanondo (fotografía) llevaban tres años trabajando en un proyecto que llegó justo a tiempo para facilitar mi trabajo de documentación. El resultado era asombroso, pues los autores, además de proporcionar una rigurosa interpretación de cada una de las dovelas, recuperaban con el uso de la tecnología su posible policromía original. Quien tenga el libro en sus manos (algo que recomiendo con entusiasmo) comprenderá mejor el título de la novela, *La Puerta Pintada*.

En cuanto a la documentación, tengo que citar a Luis María Marín Royo, historiador y autor de uno de los pocos trabajos sobre los antecedentes y el desarrollo de la Guerra Civil en la ciudad, y a José Miguel Jiménez Arcos, quien me proporcionó el ejemplar de esta obra que, como buen bibliófilo, tenía en su poder.

Varias personas accedieron a leer el original para trasladarme sus impresiones. Tengo que citar en primer lugar, como no podía ser de otra forma, a mi esposa, a

quien agradezco sus acertadas indicaciones; a Diego Carasusán, Blanca Aldanondo, y Edurne Jiménez, los tres periodistas de *Diario de Navarra* quienes, como buenos profesionales, la leyeron con lápiz y papel para no dejar detalle en el tintero; a Jesús María Ramírez, quien desde el primer momento mostró gran interés por este trabajo, y cuyos comentarios me han sido de gran ayuda; y dejo para el final a mis buenos amigos Paco Monzón y Rosa Blasco, sobre todo por sus autorizados apuntes en los aspectos forenses.

A mi agente literaria, Antonia Kerrigan, agradezco la confianza depositada en mi trabajo. Una confianza demostrada también por mi editora en Ediciones B, Verónica Fajardo quien, en un tiempo tan duro como este para el sector, ha seguido apostando con decisión por mis novelas.

He de volver a citar a mi esposa, y también a mis tres hijos, que sufren mis prolongadas ausencias cuando un proyecto como *La Puerta Pintada* me atrapa y me retiene durante meses sentado frente al ordenador, en el rincón más apartado de la casa.

Y no puedo cerrar el capítulo de agradecimientos sin referirme a los miles de lectores de la trilogía *Banu Qasi*, en especial a aquellos que, con su opinión y su empuje a través de las redes sociales, han hecho que las puertas del mundo editorial sigan abiertas para que esta novela vea la luz.



CARLOS AURENSANZ (23-Julio-1964, Tudela, Navarra) es un escritor español. Estudió la carrera de Veterinaria en la Universidad de Zaragoza y compagina esta profesión con su pasión por la escritura.

Su primera novela vio la luz en 2009, *Banu Qasi*, y en ella reflejaba su pasión por la historia. El escritor plasma tres años de investigaciones en torno a la ciudad de Tudela que se relatan en *Muqtabis*, de Ibn Hayyan. La historia se convirtió en una trilogía con la publicación de *Banu Qasi: La guerra de Al Ándalus* y *Bani Qasi: La hora del califa*. Tras ellas, el autor ha continuado con relatos históricos y de suspense como *La puerta pintada* o *Hasday. El médico del califa*.

Notas

[1] Todos los números encerrados entre corchetes, incluido este, que encuentres a lo largo de la novela se corresponden con el número de la figura que, según el autor, se encuentran «[…]en el blog de la novela (lapuertapintada.blogspot.com). Allí están las imágenes de la catedral, las dovelas de la Puerta del Juicio, los objetos cotidianos que se describen en el libro, la música que escucha el protagonista… […]» (*Nota del E. D.*). <<